Salvatore Lupo

HISTORIA DE LA MAFIA

Desde sus orígenes hasta nuestros días

La mafia negocia pero no es empresa; trafica pero no es banda de traficantes; comete crímenes sistemáticos pero no sólo es crimen organizado. ¿Qué es entonces?

Salvatore Lupo responde a este interrogante con un ensayo de estricto rigor histórico. En él consigue evocar la vida ancestral de las *signorie territoriali* y reconstruye la trama de relaciones entre los diversos grupos familiares y sus tensiones criminales.

La mafia aspira a mezclarse con el Estado y, al hacerlo, consigue desempeñar funciones primordiales, lo mismo detenta un monopolio de violencia que ejerce un control absoluto del territorio. La ciudad y provincia de Palermo han sido, finalmente, el centro de una organización que, difundiéndose a través de miles de hilos sangrientos, alcanzó a toda una nación y se proyectó sobre el resto del mundo.

Salvatore Lupo

Historia de la mafia

Desde sus orígenes hasta nuestros días

ePub r1.0
Titivillus 18.10.2018

Título original: *Storia della mafia. Dalle origini ai giorni nostri*
Salvatore Lupo, 1996
Traducción: Stella Mastrangelo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

ADVERTENCIA

Esta nueva edición se entrega a imprenta con importantes diferencias respecto de la anterior. He reescrito la introducción y los primeros párrafos del capítulo I a fin de dar mayor importancia a la cuestión de los orígenes y tomar en consideración los documentos publicados de la investigación Franchetti.

Para emplear los materiales de la instrucción del proceso contra Andreotti, en el cual intervine con mi *Andreotti, la mafia, la storia d'Italia*, publicado en 1996 por Donzelli, el párrafo final de la vieja edición se transformó en tres párrafos nuevos. En todos esos lugares el lector encontrará partes inéditas junto con otras ya presentes en otros capítulos de la edición precedente. Por último, he actualizado las notas y la bibliografía. Espero que esto haya enriquecido el discurso y mejorado su presentación.

La generosidad de varias personas contribuyó a facilitar mi investigación. Recordaré solamente a algunas de ellas: Claudio Torrisi del Archivio di Stato de Caltanissetta; Marina Giannetto del Archivio Centrale dello Stato; Ada Becchi; a los miembros del personal de la Comisión Antimafia. Las discusiones en el seno del Istituto Meridionale di Storia e Scienze Sociali (IMES) y en la redacción de *Meridiana* me proporcionaron muchas ocasiones de aclarar mis ideas. Por su estímulo, también tengo una deuda con Giuseppe Barone, Pinella Di Gregorio, Giovanna Fiume y Rosario Mangiameli; en particular, con este último con quien elaboré algunas de las líneas interpretativas que después se concretaron en este libro.

S. L.
Catania, diciembre de 1996

ABREVIATURAS

ACS	Archivo Central del Estado
AC	Ministerio del Interior, Administración Civil
CPC	Fichero político central
Giustizia	Ministerio de Gracia y Justicia, Asuntos Generales Penales
MAP	Miscelánea Asuntos Penales
PG	Ministerio del Interior, Policía Judicial
PS, AAGGRR	Ministerio del Interior, Dirección de Seguridad Pública, Asuntos Generales Reservados
Segreteria, CR	Secretaría particular del *duce*, Correspondencia reservada
Antimafia	Comisión parlamentaria de investigación sobre el fenómeno de la mafia en Sicilia. Actas. Roma 1972
Doc.	Documentación anexada a la relación final
Rel. Bernardinetti	Relación sobre las vinculaciones entre mafia y bandidismo en Sicilia
Rel. Carraro	Relación final
Rel. La Torre	Relación de minoría (de izquierda)
Rel. Zuccalà	Relación sobre el tráfico mafioso de tabacos y estupefacientes, así como sobre las relaciones entre mafia y gangsterismo italoestadunidense
Singoli mafiosi	Relación sobre la investigación referente a casos de mafiosos individuales
APCD	Actas Parlamentarias de la Cámara de Diputados
ASAG	Archivo de Estado de Agrigento
ASCL	Archivo de Estado de Caltanissetta
ASPA	Archivo de Estado de Palermo
GP	Gabinete de la Prefectura
GQ	Gabinete de la Jefatura de Policía
QAG	Archivo General de la Jefatura de Policía
BCI	Biblioteca Municipal de Ímola
CS	*Corriere della Sera*
GDS	*Giornale di Sicilia*
Inchiesta Bonfadini	*L'inchiesta sulle condizioni sociali ed economiche della Sicilia (1875-76)*, ed. por S. Carbone y R. Grispo, 2 vols., Bolonia, 1968.
Inchiesta Fabrizi	*I moti di Palermo nel 1866. Verbali della Commissione parlamentare d'inchiesta*, Roma, 1981.
Istruttoria maxiprocesso	*Mafia. L'atto d'accusa dei giudici di Palermo*, ed. de C. Stajano, Roma, 1986, extraído de la sentencia instructoria del Tribunal de Palermo contra G. Abbate + 706
Processo Amoroso	*Processo dei fratelli Amoroso & C.*, Palermo, 1883.
Processo Andreotti	*La vera storia d'Italia*, presentación de S. Montanari y S. Ruotolo (extraído de la Memoria depositada en el Ministerio Público), Nápoles, 1995.
Rapporto Sangiorgi	ACS, PS, Atti speciali 1898-40, b.1, f.1.
Testimonio Buscetta	Tribunal de Palermo, Proceso acta de interrogatorio a T. Buscetta ante el juez G. Falcone, 21 de julio de 1984 ss.
Testimonio Buscetta, dibattimento	Interrogatorio a T. Buscetta en el debate del maxiproceso, texto conservado en la Comisión Antimafia, 3 vols.
Testimonio Calderone	Tribunal penal de Marsella, Acta del interrogatorio a A. Calderone ante los jueces M. Debacq y G. Falcone, 9 de abril de 1987 ss.
Testimonio Calderone-Arlacchi	P. Arlacchi, *Gli uomini del disonore. La mafia siciliana nella vita del grandepentito Antonino Calderone*, Milán, 1992.

INTRODUCCIÓN

1. Acerca del nombre y del concepto

Entre la creciente masa de publicaciones sobre la mafia no se encuentran fácilmente libros de historia.[1] Y sin embargo toca a la historiografía dar respuesta a una serie de cuestiones esenciales, no sólo la de los orígenes, que con demasiada frecuencia se reduce a la búsqueda de un comienzo mítico para contraponerlo a un *hoy* carente de profundidad. ¿Cuándo, cómo y por qué surge del complejo de la historia siciliana el conjunto de hechos definible como mafia? En esa fenomenología, ¿qué es lo que cambia con la variación del contexto histórico, y qué permanece (relativamente) estable? ¿A través de qué líneas el pasado se proyecta sobre el hoy?

Mafia es una palabra que desde mediados del siglo XIX hasta hoy aparece constantemente en el debate político o periodístico cotidiano; en las indagaciones judiciales; en la literatura de los publicistas; en la ficción; en los estudios de los antropólogos, de los sociólogos, de los juristas, de los economistas y de los historiadores. Sin embargo, se trata de un término polisémico, que se refiere a hechos diferentes según los contextos, las circunstancias, las intenciones y los intereses de quien lo usa. Es difícil identificar un tema, una tipología o una sucesión de fenómenos homogéneos entre sí que puedan agruparse bajo la voz *mafia*, y es igualmente difícil evitar la impresión de que es precisamente esa amplitud e indeterminación de los campos de aplicación lo que ha hecho la fortuna de esa palabra.

Giovanni Falcone escribió:

> Mientras que antes la gente dudaba en pronunciar la palabra *mafia* […] ahora incluso se abusa del término […] Ya no me parece bien que se siga hablando de *mafia* en términos descriptivos y omnicomprensivos porque se entreveran fenómenos que son sí de criminalidad organizada, pero que tienen poco o nada en común con la mafia.[2]

La polémica de Falcone se dirige contra los que agrupan en forma promiscua una superélite criminal originaria de Sicilia occidental, ahora llamada comúnmente *la Cosa Nostra*, y su igualmente célebre equivalente en Estados Unidos, con la delincuencia organizada en general y a veces incluso con la delincuencia común. Según la acepción hoy prevaleciente, *mafia* sería la criminalidad regional siciliana, *camorra* la criminalidad regional de la Campania, y por simetría los medios han introducido recientemente un término análogo para Calabria, la *‘ndrangheta.* Igual podríamos agregar una mafia china, turca, colombiana, rusa, etc. Pero no estamos

sino al comienzo de la confusión de las lenguas, puesto que el término asume acepciones mucho más amplias e incluso distantes del campo de la criminalidad organizada. Puede referirse a la influencia de *lobbies*, asociaciones secretas o aparatos estatales desviados;[3] también indica una relación estrecha entre política, negocios y criminalidad; una ilegalidad o corrupción difusa; una mala costumbre hecha de favoritismo, clientelismo, fraude electoral; incapacidad de aplicar la ley en forma imparcial. Por ejemplo, se ha discutido si el grupo político-empresarial que hace algunos años encabezaba el dirigente socialista Alberto Teardo podía ser considerado una *cosca* mafiosa, por más que no acostumbrase usar la violencia; dilema que estaba lejos de ser científicamente neutral, ya que desde 1982 en Italia se pueden imponer condenas por "asociación mafiosa".

A esta altura es preciso recordar un elemento contrario al que está generalmente presente para los observadores. No es verdad que la sociedad siciliana haya corrido siempre una cortina de silencio sobre el tema, exceptuando quizá la década de 1950; en Sicilia siempre se habla abundantemente de la mafia, y la calificación de mafioso o de protector de mafiosos es la que todos (incluso los mafiosos) aplican a sus rivales o adversarios políticos y a diversos representantes de la autoridad pública. En particular en Palermo, pero también en otras ciudades de la isla de las que históricamente este tipo de problema está ausente (pienso en la Catania de fines del siglo XIX), desde hace mucho más de 100 años toda operación de renovación o simplemente de oposición se ha llevado a cabo en nombre de la lucha contra la mafia. Piénsese además en cuántas veces la mafia ha servido de metáfora o de pretexto para batallas referentes al sistema político nacional: en 1875, con las medidas extraordinarias de seguridad pública y el pasaje de la derecha a la izquierda; en 1926, con la operación Mori y la instauración de un régimen totalitario en Italia; en la segunda posguerra, cuando Portella della Ginestra anuncia la hegemonía de la democracia cristiana sobre las fuerzas de derecha y sobre todo el país; con la primera Comisión Parlamentaria Antimafia y la llegada al poder de la centroizquierda; hoy se hace coincidir a la mafia con la imagen de un Mezzogiorno parasitario, o bien de un sistema de gobierno decadente y corrupto. No hay de qué asombrarse. La lucha política pliega a sus propios fines un instrumento conceptual ya de por sí impreciso, y además todos los elementos antes mencionados tienen entre sí puntos de contacto capaces de proporcionar legitimidad a un uso del término en sentido amplio. Pero no siempre esa confusión de factores conceptualmente más o menos homogéneos hace más sencilla la lucha contra la mafia, o el conocimiento que siempre se produce por distinciones. A veces "la superestructura de las palabras se autoalimenta, envuelve la estructura de los hechos como una metástasis, la mata";[4] el concepto pierde todo anclaje sólido porque las categorías de corrupción y clientelismo son variadamente aplicables a fenomenologías, tiempos y lugares muy diversos. Si todo es mafia, nada es mafia.

El regreso al uso *originario* del término puede parecer un buen antídoto contra las ambigüedades del concepto. Pero en el caldo primordial de la Sicilia posterior al *Risorgimento*, cuando la palabra *mafia* entra en el uso, esas ambigüedades eran de alcance aún más vasto. De mafiosos se habla por primera vez en 1862-1863 en una comedia popular de gran éxito titulada justamente *I mafiusi di la Vicaria*,[5] ambientada en 1854 entre los *camorristas* detenidos en la cárcel de Palermo. En abril de 1865 se hace mención de la "*maffia*, o asociación de malandrines", en un documento privado firmado por el prefecto de Palermo, Filippo Gualterio,[6] y ya en 1871 la ley de seguridad pública se refiere a "ociosos, vagabundos, mafiosos y sospechosos en general". Durante los 15 años siguientes el término convive con el otro —*camorra*— sin caracterizaciones regionales —Sicilia o Campania— y sin diferenciaciones conceptuales unívocas. La palabra *camorra* indica sobre todo sistemas de control ilegítimo de los mercados, de las subastas, de los contratos gubernamentales, de los votos, y a veces las fuentes la refieren a ambientes urbanos, dejando a la "mafia" los rurales. Pero también encontramos usos opuestos: los protagonistas de *I mafiusi di la Vicaria*, por ejemplo, son artesanos urbanos, y el prefecto de Palermo en 1874, Gioacchino Rasponi, define la mafia como "hampa de la ciudad".[7]

Los funcionarios de la derecha histórica llaman "mafiosos" a los bandidos y a los que se resisten a la leva, a los notables que encabezan los partidos municipales y a pequeños delincuentes, a los enemigos del orden político y a los del orden social, a los empresarios de las minas de azufre y a sus trabajadores, a los propietarios y a los campesinos. Entre todos estos sujetos tan distintos entre sí, el único rasgo unificador es el contexto en que se mueven, el de una sociedad violenta, bárbara y primitiva tanto en la parte inferior de la jerarquía social como en la superior, en la que prefectos, jueces, comandantes militares y delegados de seguridad pública consideran imposible hallar para el Estado liberal un interlocutor social, lo que el lenguaje de la época llamaba la clase media, pero mejor podría definirse como un estrato superior de *optimates* y notables: los sicilianos parecen demasiado pendencieros, facciosos, decididos a administrar la cosa pública como cosa privada. Gobernar a "pueblos como éstos […] con leyes y órdenes como los ingleses o los belgas, que suponen un pueblo culto y moral como allá o por lo menos como en la parte superior de la península", significa emprender "un azaroso y terrible experimento" inevitablemente destinado a desembocar en el caos y la violencia. Tal es la opinión del prefecto de Caltanissetta, Guido Fortuzzi, a quien podríamos definir como el último de los hombres de la derecha;[8] pero en sustancia es la que guía la primera gran reflexión sobre nuestro tema, la de Leopoldo Franchetti (1876).[9] Ese descubrimiento de la diversidad *sociocultural* de la isla, esa primera versión de la mafia como metáfora del atraso, se conjuga por lo demás con las dificultades del moderatismo posterior al *Risorgimento* para encontrar un interlocutor incluso *político* en una Sicilia occidental, en una Palermo donde la opinión pública se orienta hacia los republicanos, los

“regionistas” y los representantes de la izquierda moderada, antes que hacia el partido gobernante. La intención política en la base de la relación de Gualterio caracteriza a la mafia por sus vinculaciones con los partidos extremos —republicanos y borbónicos — y señala sus figuras clave en el general Giovanni Corrao, jefe del grupo radical garibaldino, y después del asesinato de éste (1863) en su sucesor, Giuseppe Badia: los prefectos hacen su “descubrimiento” por accidente, en cuanto sirve para explicar su impotencia para crearse un consenso y satanizar a la oposición.[10]

Pasan tan sólo 20 años y la palabra *mafia* aparece también en los Estados Unidos para definir a una misteriosa organización que se hace remontar a épocas antiquísimas, que conservaría su cabeza pensante en la isla y tendría filiales por todas partes; para estigmatizar una *alien conspiracy*, un complot extranjero tramado por “socialistas, nacionalistas y de todo”.[11] No falta la sospecha de complicidad del gobierno italiano, como en la viñeta satírica de fines del siglo XIX en que un flautista mágico atrae al otro lado del océano a las inmundas ratas del Viejo Mundo, incluyendo a los mafiosos, entre la alegría de los monarcas europeos y la desesperación del Tío Sam. Se trata de una de las formas en que la sociedad estadunidense wasp *(White, Anglo-Saxon, Protestant)* expresa su miedo a lo desconocido, el endurecimiento etnocéntrico frente a la “segunda ola” de la inmigración, y en la práctica un argumento que conduce a reclamar la limitación de los permisos de entrada a los Estados Unidos para italianos (especialmente meridionales), a quienes se acusa de reproducir en el Nuevo Mundo las peores características de su sociedad de origen: enfermedades, ignorancia, superstición y, naturalmente, criminalidad, tanto más temida cuanto más exótica y misteriosa.

El primer uso italiano y el primero estadunidense del término tienen pues puntos en común: la mafia es una metáfora de algo irreductible a los valores afirmados por el Estado del siglo XIX, y en cuanto tal aparece oscuramente ligada a la subversión política, y sobre todo refleja el temor de la permanencia de un pasado oscuro, de un código cultural hostil a la modernidad. Este esquema está destinado a reproducirse en varias formas en el siglo siguiente, igual que se reproducirá una singular contradicción en la actitud de las autoridades públicas, las cuales denuncian la incapacidad de la cultura tradicional siciliana para entender la soberanía de la ley, pero al mismo tiempo hacen amplio uso de la patología denunciada como instrumento de gobierno. Eso justifica que los opositores vuelvan la acusación contra ellas e inaugura otra temática, la de la relación entre mafia y poder político. De 1860 en adelante la Italia liberal recurre en la lejana provincia siciliana a una práctica de gobierno fuertemente autoritaria y basada en métodos “excepcionales”, pero sobre todo, como veremos, en la gestión más cotidiana del orden público se sirve de delincuentes, por no hablar del uso de mafiosos como asistentes electorales ya en épocas de sufragio restringido. También aquí se propone un paralelismo con lo que ocurre en los Estados Unidos, donde el *establishment*, la policía, las maquinarias políticas, los empresarios utilizan a los mafiosos (así como a los representantes de

otras formas étnicas de *organized crime)* como intermediarios hacia el universo *extraño* de la inmigración.

Ya en esa primera fase —y también más adelante— los individuos, los grupos empresariales-clientelares, la comunidad siciliana o la italoestadunidense, todos los que son acusados de ser mafiosos responden en los tribunales, o en la prensa, o desde una tribuna parlamentaria, con dos argumentos. Por un lado se declara que la criminalidad "normal" existe en todas partes, mientras que la mafia en cambio no existe en absoluto. El otro argumento, más sofisticado, invierte la tesis de la contraparte, acepta la referencia al carácter arcaico de Sicilia, la denuncia de las fallas en la comunicación entre ésta y el Estado, pero para invertir, polémicamente, su significado. Se afirma que sólo una mal disimulada intención persecutoria puede trasladar a la esfera de las clases superiores ese concepto típico del universo cultural de la plebe, visto con condescendencia paternalista (¿o con interés ideológico?) como residuo caballeresco de un mundo tradicional, como "robusta barbarie" en vías de desaparición por natural evolución histórica; sólo la incapacidad de comprender a Sicilia es capaz de traducirlo en la idea de una asociación secreta y criminal. Es natural que la formulación original de ese argumento se deba a un etnólogo, o más bien a uno de los mayores etnólogos europeos del siglo XIX, el palermitano Giuseppe Pitrè, y es natural que eso ocurra inmediatamente después del descubrimiento de la palabra y del concepto, en la década de 1880. Por lo tanto, para Pitrè la mafia "no es una secta ni una asociación, no tiene reglamentos ni estatutos […] el mafioso no es un ladrón, no es un malhechor […] la mafia es la conciencia del propio ser, el concepto exagerado de la propia fuerza individual […] de ahí la intolerancia de la autoridad y, peor aún, de la prepotencia ajena". La otra palabra clave, *omertà*, derivaría de la raíz *uomo, hombre*, y significaría hombre por excelencia, el que virilmente responde por sí mismo a las ofensas sin recurrir a la justicia estatal.**[12]**

Pitrè afirma que el término *mafia* se utilizaba habitualmente aun antes de 1860 en los barrios populares de Palermo como sinónimo de *belleza* y *excelencia*, de manera que *mafiusu* sería un hombre valiente, y *mafiusedda* una joven bella y altiva. Se trataría de un término de la "vieja" Sicilia, que después de 1860 pierde su "significado originario" y positivo para asumir otro, poco claro pero seguramente negativo, cercano a mala vida, bandidaje, hampa; por ese camino —advierte con malicia Pitrè— se llega a un *quid* "casi imposible de definir". La tesis viene a converger, en su intención apologética y regionalista, con la aparentemente opuesta de los lingüistas Traina y Mortillaro, según los cuales el término era desconocido en la isla antes de 1860 y habría sido introducido por el mal ánimo o el mal gobierno de los "continentales".**[13]**

Es como si los protagonistas, frente a la rápida fortuna de la palabra, creyesen posible resolver a través de la etimología el misterio del concepto hallando su significado más *originario* y más verdadero. En la realidad las opciones filológicas prefiguran ya las interpretativas, y hay una superposición entre estas últimas y las

opciones de campo, a la que por supuesto no escapa la vertiente estadunidense. Quienes no entendieron esas finalidades prácticas de las interpretaciones de la mafia han superpuesto en forma promiscua los distintos puntos de vista de los acusadores, los apologistas, los coludidos, los democráticos, los totalitarios, los sicilianistas y los antisicilianistas: el resultado es la característica marcha repetitiva de la mafiología donde, como en el juego de los espejos deformantes, el estereotipo se vuelve tanto más indiscutible cuanto más remoto y misterioso es el lugar en que fue formulado por primera vez. Oponiéndose a ese círculo vicioso, este trabajo mío recurrirá a los instrumentos clásicos de la historiografía, los documentos de archivo y judiciales, así como a los materiales de las investigaciones parlamentarias, relatando siempre, rigurosamente, historias de seres humanos que realmente existieron y no de personajes de novela disfrazados de tipos sociológicos ideales. La dialéctica de las interpretaciones del pasado y del presente, las de Franchetti, Pitrè, Mosca, Sciascia, las expresadas en la prensa o en los tribunales, será considerada como *uno* de los instrumentos de conocimiento posibles, del cual partir con conciencia de que la prevalencia de una u otra opción entra a formar parte de la historia y, definiendo en el sentido más amplio el campo de la acusación y el de la defensa, contribuye a determinar los resultados de la lucha por y contra la mafia.

Esquematizando al máximo líneas interpretativas que en la realidad la mayoría de las veces se presentan mezcladas, podemos distinguir algunos puntos fundamentales: la mafia ha sido vista como espejo de la sociedad tradicional, con atención a los factores políticos, económicos o —con más frecuencia— socioculturales; como una empresa o un tipo de industria criminal; como una organización secreta más o menos centralizada; como un ordenamiento jurídico paralelo al del Estado, o bien como anti-Estado.

2. LA MAFIA COMO ESPEJO DE LA SOCIEDAD TRADICIONAL

Las contribuciones periodísticas, las de escuela socioantropológica y hasta los informes de las comisiones antimafia intentan encuadrar fenómenos y comportamientos incluso actualísimos recurriendo a la historia de hace 100 años o más. Por desgracia, sin embargo, la mayoría de las veces esos textos hacen referencia a una vieja historiografía que describe el Mezzogiorno —el sur de Italia— en los siglos XIX y XX como una sociedad semifeudal, totalmente agraria y latifundista, económica y socialmente inmóvil, recorrida por un solo impulso de renovación: el movimiento campesino. En este esquema parece lógico pensar que la mafia sirve esencialmente para asegurar la subordinación de los campesinos a las clases dirigentes, aun cuando esa función sólo aparece claramente en la primera y la segunda posguerra; es decir, en algunos momentos específicos de la larga vida de la mafia. Además es preciso considerar que en otros casos de latifundismo italiano y

extranjero no se encuentra una fenomenología de este tipo, que evidentemente no se deja reducir al tema de los ejércitos privados con los que feudatarios y *fazendeiros* sostienen su poder en todas partes del mundo. Por lo demás, los mafiosos considerados como más representativos del modelo tradicional, Calogero Vizzini y Giuseppe Genco Russo, lejos de ser ciegos instrumentos del poder agrario son organizadores de cooperativas que conquistan buena parte de su poder a través de las transferencias de tierras de los grandes propietarios a los campesinos; es decir, colocándose a la cabeza de los movimientos colectivos justamente en las dos posguerras: no son los guardianes del feudo sino sus enterradores, y el papel que desempeñan es inimaginable, al margen de los grandes procesos de modernización política y social del siglo XX.

Podríamos preguntarnos por qué el contexto casi universalmente evocado es el del latifundio, mientras que desde el primer momento se puede observar la compatibilidad entre mafia y fragmentación de la propiedad rural, entre mafia y alto grado de integración con ricos comerciantes internacionales e incluso transoceánicos, en la Sicilia del azufre y en las áreas costeras de los municipios de Palermo, de Trápani y —al otro lado del estrecho de Messina— del Reggino:[14] sectores y momentos de dinamismo económico-social que el Mezzogiorno, por atrasado que sea, ofrece en abundancia. Fascinados por los contextos rurales y "primitivos", los estudiosos con frecuencia han olvidado la "capital" de la isla y su campo urbanizado, que, sin embargo, muchas fuentes del siglo XIX consideran el centro de la infección. Según Antonino Cutrera (1900), es allí donde "reside la verdadera mafia, la mafia legendaria, la mafia de los grandes procesos criminales, que con sus grandes delitos provocó el terror […] dando la primacía a la historia de la criminalidad siciliana"[15]. No podemos estar de acuerdo en el concepto de una mafia palermitana más "verdadera" que la de Trápani o la de Agrigento, pero es cierto que la mayor parte de los hechos de mafia más clamorosos se dan en un área que coincide aproximadamente con la provincia de Palermo: del *hinterland* ciudadano —la zona de agricultura "rica" de la Conca d'oro— al resto de la faja costera que se extiende hacia Trápani y al interior de la provincia, la zona del latifundio, vinculada a la ciudad en el siglo XIX y en parte también en el XX por la cadena de los arrendamientos, el movimiento de las ganancias del interior hacia la ciudad y con frecuencia el movimiento de los cuadros (administradores, *gabellotti* [arrendatarios subarrendadores], guardianes) en sentido contrario. En esta *Historia de la mafia* encontraremos, en una vasta área centrada en Palermo, una desconcertante continuidad de *los grupos, los lugares, las experiencias y los sectores de intervención*. El poder de los Greco en el suburbio de Ciaculli y en el Gotha mafioso urbano tiene más de un siglo, un siglo en el que todo ha cambiado en la economía, en la sociedad, en la política; todo, se diría, menos la continuidad de ese señorío territorial. En particular, en lo que en el siglo XIX se llamaba "el agro palermitano", a caballo entre la ciudad y el campo, en los suburbios y los pueblos del *hinterland*, los

grupos mafiosos dan lugar a un sistema de control del territorio que parte de la tupida red de las guardianías y llega a filtrar los tráficos lícitos o ilícitos, el abigeato, el contrabando y la primera intermediación comercial de los cítricos y demás productos de la rica agricultura. La misma área se ha revelado en un periodo más reciente como la rectora más o menos natural de la expansión y de la especulación edilicia: antiguos espacios y antiguos poderes para nuevas ocasiones de ganancia. Además, la inserción en una cadena migratoria transoceánica y la costumbre de un comercio a gran distancia como el de los cítricos han predispuesto mentalidades y capacidades adecuadas para pasar al contrabando de tabaco y después al de estupefacientes.

La ecuación *mafia = latifundio*, junto con la otra, *pequeña propiedad = progreso social*, representa en realidad un modo de leer el fenómeno como un residuo más o menos feudal, proyectándolo hacia un oscuro pasado y liberando al futuro de su sombría hipoteca. En la historia de las interpretaciones de la mafia y de la lucha contra ella regresa cíclicamente la idea según la cual lo "moderno" (la reforma agraria, la industrialización, la escolaridad, el desarrollo de costumbres sexuales más libres) debería destruir por sí solo el fenómeno junto con su caldo de cultivo, esquema propagandeado a partir de la posguerra y de buena fe por la izquierda, y después retomado un poco por todos en forma más bien instrumental, con el objeto de obtener más fondos públicos, más recursos que administrar… Del mismo modo, en su vertiente estadunidense la mafia ha sido descrita como el residuo de una civilización "campesina", destinado a agotarse con la inserción de la comunidad italiana en las capas superiores de la sociedad estadunidense. Pero es posible remontarse aún más, a cuando también los liberales señalaron el "feudalismo" y el mal gobierno borbónico como causa de todos los males del Mezzogiorno. Muchos pensaron que la mafia desaparecería cuando en los pueblos del desolado interior de Sicilia se oyera el silbato del tren, sin imaginar que se seguiría hablando de ella después del silbido de la locomotora, el estruendo del *jet* y el sonido de la computadora.

Hoy, a 150 años de la unificación de Italia, el contexto que antes se presuponía en forma simplista como arcaico ha cambiado en todos sus elementos, y sin embargo todavía nos encontramos frente a algo que llamamos mafia tratando de entender de qué modo sobrevivió a la modernización ese fenómeno aparentemente típico de un universo "tradicional". Por lo tanto, lo moderno no entra en contradicción con una fenomenología de tipo mafioso, como lo demuestran tanto el caso estadunidense como el meridional del periodo más reciente, y tampoco la categoría de inmovilismo es adecuada para comprender el fenómeno ni su contexto. Hace más de 100 años que la mafia siciliana está bajo los reflectores, y todavía está por demostrarse que los fenómenos indicados con ese nombre muestren realmente, todos y siempre, un grado significativo de homogeneidad. La camorra se presenta en momentos determinados y como en una serie de *flashes:* el periodo posunitario, el de Giolitti, la segunda posguerra.[16] En Calabria la *picciotteria*, surgida repentinamente y reprimida con

dureza a comienzos del siglo XIX, viene a iluminar por un instante una historia que es oscura también porque está escasamente presente en el debate de su tiempo, y no es casual que sólo recientemente haya llegado a ser objeto de análisis historiográfico.[17] Como quiera que sea, tradicionalmente se trataba de un fenómeno zonal, característico de Palermo y casi toda su provincia; de Nápoles y de algunas realidades del *hinterland;* de la provincia de Reggio Calabria; de una parte de la de Trápani; del área del azufre y el latifundio en el interior de Sicilia, con exclusión de la parte oriental de la isla. En cambio en los últimos 30 años la infección se ha extendido hasta cubrir con cierta homogeneidad tres regiones: Sicilia, Campania y Calabria, por no hablar de la cuarta, la Apulia.

Esa evolución, o quizá involución, pone en duda no sólo la explicación basada en el arcaísmo socioeconómico sino también su correlato sociocultural, que hace del comportamiento mafioso una consecuencia directa de la antropología de los sicilianos o de los meridionales en general, cultura que se caracterizaría por la desconfianza hacia el Estado y, por lo tanto, la costumbre de hacerse justicia uno mismo, por el sentido del honor, por el clientelismo y el familismo que impiden al individuo percibir sus propias responsabilidades frente a una colectividad más vasta que la primaria.[18] Esas características deberían ser relativamente homogéneas en todo el Mezzogiorno, por lo cual no se explica la distribución en manchas del fenómeno en el pasado, ni se entiende cómo ese producto de la cultura tradicional pudo generalizarse más allá de sus propios ámbitos de origen hoy, por mucho que la “hibridación” sociocultural sea parte integrante del cambio histórico.[19]

No es que queramos expurgar el elemento cultural de la explicación de este fenómeno social (o de cualquier otro). Admitiendo que la expresada más arriba sea una descripción creíble de la antropología meridional, habría que tratar de distinguir el fenómeno de su contexto indagando los modos como la organización mafiosa se apropia de los códigos culturales, los instrumentaliza, los modifica y los amolda para sí misma. Piénsese en el rechazo del concepto de la impersonalidad de la ley, en el desprecio por los esbirros y por quien colabora con ellos, rasgos ciertamente muy difundidos tanto entre los elementos populares como entre los burgueses y los aristócratas en la Sicilia de los siglos XIX y XX, pero que la mafia reutiliza para sus propios fines. O bien piénsese en la imagen de la mafia moderada y protectora que siempre presentan los mafiosos, ya sea a través de sus representantes o en primera persona. Veremos al gran *capomafia* Antonino Giammona descrito por su abogado como un hombre de orden que no estaba dispuesto a soportar la prepotencia; veremos a los defensores de los hermanos Amoroso (1883) insistir en la extracción popular de sus clientes, ignorantes sí, pero condicionados por una antropología hecha de férreos códigos de honor, de espasmódico apego a las solidaridades y los odios familiares.[20] El abogado de Vito Cascio-Ferro afirma (1930) que en su cliente la mafia representa “una actitud de marcado individualismo jactancioso, carente de maldad, de bajeza y de criminalidad”[21]. En contextos muy diversos, la mafia se autodefine siempre del

mismo modo: “La mafia no fue delincuencia, sino respeto a la ley del honor, defensa de todo derecho, grandeza de ánimo”, leemos en el epitafio inscrito sobre la tumba de Ciccio Di Cristina, *capomafia* de Riesi en la posguerra. “¿Queremos definir lo que los jueces o los gobernadores llaman mafia? No se llama mafia, se llama *omertà*; es decir, hombres de honor que ayudan a los débiles y no se aprovechan de ellos, que hacen siempre bien y nunca mal”, está escrito en un texto confiscado a Rosario Spatola,[22] empresario de la mafia y príncipe de los recicladores de las ganancias del narcotráfico en los años setenta.

Por lo tanto, es ante todo la mafia la que se describe a sí misma como costumbre y comportamiento, como expresión de la sociedad tradicional. Todo mafioso eminente insiste en presentarse como mediador y pacificador de controversias, tutor de la virtud de las niñas; ostenta en su carrera por lo menos un caso de justicia ejemplar contra asaltantes violentos, violadores, secuestradores de niños. Por lo demás, estamos frente a un grupo de poder que expresa una ideología que se propone crear consenso en el exterior y compacidad en el interior: hay en ella algo de autoconvencimiento, mucho de veleidad y más aún de propaganda destinada a chocar en la enorme mayoría de los casos con la muy distinta realidad de los hechos. Entonces el esquema ideológico se salva mediante la referencia a una *nueva* mafia, reducida *ahora* a delincuencia, que ya no tiene el sentido del respeto y del honor de la *vieja*. Sin embargo, el argumento resulta sospechoso si tan sólo recordamos que aparece ya en 1875 en los informes del delegado de policía de Monreale[23] y, en distinta forma, también en Pitrè (“la palabra indica un concepto otrora bueno y ahora degradado”), para después reproponerse cíclicamente durante toda nuestra historia: en los años de la primera Guerra Mundial, cuando los viejos mafiosos habrían sido sustituidos por feroces delincuentes; al otro día de la represión fascista de los años veinte, cuando —según las memorias del *capomafia* italoestadunidense Nick Gentile — “murió en Sicilia la honorable sociedad, la mafia que tenía sus leyes, sus principios, que protegía a los débiles y […] el campo quedó a […] la gente sin honor acostumbrada a robar sin freno y a matar por dinero”;[24] en los Estados Unidos a comienzos de los treinta, cuando según el *capomafia* neoyorquino Joe Bonanno la vieja *tradizione* siciliana habría comenzado a ceder a los venenos del nuevo mundo;[25] en el curso de los años cincuenta, fase en que la honorable mafia agraria habría dejado el campo a un feroz gangsterismo urbano, y por último —*last but not least*— al advenimiento de los corleoneses, con el cual —explica Buscetta— la *Cosa Nostra* perdió sus antiguas virtudes y fue desfigurada por la violencia y la avidez de riquezas. Sin embargo es al revés: la avidez y la ferocidad, como documentan las páginas de este libro, son características de la mafia tanto de ayer como de hoy, ambas capaces de masacrar inocentes, mujeres y niños, sin el menor respeto por los códigos de honor. Las distintas cantidades y calidades de violencia tienen que ver más bien con las coyunturas políticas (por ejemplo las dos posguerras), o bien con los varios saltos

generacionales que renuevan la cúpula y los cuadros, dando lugar a conflictos internos de tipo cíclico y no epocal.

3. LA MAFIA COMO EMPRESA

La contraposición mafia nueva/mafia vieja, aun cuando evidentemente no tiene más sustancia que la ideológica o retórica, regresa a continuación, porque representa una vía de escape conceptual demasiado fácil frente a la compleja hibridación de nuevo y viejo que nuestro tema revela. Así, Pino Arlacchi, en su famoso libro sobre *La mafia imprenditrice* [“La mafia emprendedora”] (1983), trató de mantener igual la figura del viejo mafioso —tal como podía tomarla de Anton Blok, de Jane y Peter Schneider y sobre todo de Henner Hess— y además la redujo a la del notable pueblerino deseoso únicamente de adquirir consideración social, pobre y de todos modos desdeñoso de la riqueza, contraponiéndola a una moderna mafia empresaria, nacida en los años setenta, interesada en la acumulación capitalista y en particular en el narcotráfico, tan feroz como moderada era la precedente. Pero esa oposición conceptual tan nítida no convence. Por lo que se refiere al pasado, hay que decir que también los *gabellotti* eran empresarios, no muy innovadores, es cierto, pero de todos modos definibles como “especuladores, que como medio de especulación usan pólvora y plomo” —decía un propietario del siglo XIX—**[26]** o bien —afirmaba Franchetti— como “industriales de la violencia”. Es sintomático que la equívoca descripción que da Arlacchi de Calogero Vizzini derive una vez más del cuadro deliberadamente minimalista *que el mafioso hace de sí mismo* como pobre campesino ignorante (“Hablo poco porque sé poco. Vivo en un pueblito, sólo raramente vengo a Palermo, conozco poca gente”),**[27]** mientras que las fuentes en cambio lo presentan como “un caballero, varias veces millonario”, entre otras cosas involucrado, en Londres en 1922, con otros “industriales” del azufre, con los dirigentes de la Montecatini, con el Gotha de la industria química mundial, en las negociaciones para la constitución del cártel internacional del ácido sulfúrico.**[28]** En la otra vertiente, la de hoy, Arlacchi ha puesto un énfasis excesivo en un presunto carácter schumpeteriano; es decir, creativo e innovador, de la actividad empresarial mafiosa. En el campo de la economía legal, es muy dudoso que el mafioso pueda mostrar capacidades empresariales más complejas que las necesarias para el ejercicio de una empresa agraria *tradicional*, que (salvando la gran diferencia de contexto) tienen su equivalente actual en la industria edilicia y en el comercio, mientras que la inserción en actividades financieras incluso en gran escala, como el lavado de capitales “sucios”, no hace del mafioso un empresario sino más bien un rentista. Más en general, la estructura clientelar de los núcleos mafiosos, obligada a una redistribución continua entre sus famélicos adherentes, a una fragmentación infinita de las

estructuras sociales con el objeto de ocultar sus actividades, no parece que pueda parecerse mucho a la estructura racional y vertical de una empresa.[29]

Es evidente que en el fenómeno existe una continuidad mucho más fuerte. Las doctas citas de Luciano Leggio de Pitrè, el escrito de Spatola, las declaraciones de los *pentiti* [“arrepentidos”] incluso de la última generación demuestran que no hay ninguna mutación epocal que impulse a la llamada mafia empresaria a renunciar a su imagen, a su ideología protectora y tradicionalista, que sin embargo no le impide, como no le ha impedido nunca, la búsqueda de la acumulación y la ferocidad. Los mafiosos sicilianos e italoestadunidenses continúan afirmando su hostilidad a la droga, destructora de los vínculos socioculturales de la comunidad, hasta cuando los agarran con las manos en la masa del narcotráfico.[30] Desde la cárcel en la que fue encerrado después de una demora interminable, *Nitto* Santapaola —*boss* de la mafia de Catania— pinta una ciudad carente de seguridad y, por lo tanto, de prosperidad porque ha sido despojada de la garantía que en los años setenta representaban él mismo y sus amigos: “¿Dónde está aquella Catania floreciente, dónde están sus empresarios, los comerciantes que podían vivir y trabajar sin tener miedo?”, se pregunta, olvidando lo que ese tipo de orden había costado en lágrimas, sangre y corrupción.[31]

Teniendo en cuenta elementos de esa naturaleza, recientemente Diego Gambetta ha replanteado el tema de la mafia-empresa en forma distinta, y mucho más rigurosa, afirmando que el mafioso vende un “bien” específico, la protección, en un contexto histórico, el siciliano o meridional, en el que la confianza es un bien muy escaso.[32] Como se verá también a través de la lectura de esta *Historia de la mafia*, ese concepto vuelve desde los orígenes en cada fase de su desarrollo: lo hacen suyo magistrados, policías, estudiosos, novelistas[33] y —una vez más— los mafiosos mismos, que siempre se ofrecen como protectores contra la criminalidad. En ese sentido podemos identificar el corazón del problema, la función básica, en el *racket*, que tutela una institución legal, la empresa, utilizando, para asegurarse el monopolio, la violencia; es decir, la intimidación verbal y física de los ladrones, de los traidores, de los testigos y de los competidores. Las guerras de mafia se libran la mayoría de las veces entre aspirantes a protectores. Sin embargo, parece discutible la subestimación que hace Gambetta del factor extorsión respecto al factor protección.[34] La mafia de orden presupone siempre un desorden que hay que organizar y tener bajo control, tanto en Sicilia después del *Risorgimento* como en el curso de las más recientes oleadas de delincuencia y, en consecuencia, en gran medida es justamente la mafia la que crea la inseguridad de la que se beneficia, de manera que se puede decir que su única función es la que ella misma determina, considerando también que la criminalidad común es la base de reclutamiento de las *coscas*. Muy a menudo la amenaza es aumentada o incluso creada desde cero para llegar a estipular la póliza, y no es raro que entre el que es amenazado y el que dice querer defender al amenazado, entre el extorsionador y el protector, no haya sino un juego de partes, una división del

trabajo dentro de la misma organización para convencer a los emprendedores de ayer y de hoy de suscribir el “seguro”. La mafia, como decíamos, es un poder, y el hecho de que se cree consenso por medio de una mezcla de violencia e ideología no prueba nada acerca de la sustancia de su pretensión de prestar un servicio. Ya en 1901 Gaetano Mosca señalaba que: “Se actúa pues de manera que la propia víctima, que *en realidad* paga un tributo a la *cosca*, pueda *halagarse* con la ilusión de que se trató más bien de un regalo o la compensación por un servicio prestado, antes que de una extorsión mediante la violencia”.[35] El mismo razonamiento vale para el tipo de protección *post factum* que es la mediación para recuperar objetos robados, intervención “aparentemente en favor del robado”, pero que de hecho es obra de organizaciones en las que sólo hay una “división de partes *escénicas*” entre ladrones y mediadores.[36] Además está el juego de la protección y la mediación artificiosamente alimentado para modificar las relaciones de fuerza entre las facciones dentro de la mafia. Piénsese por ejemplo en el caso de Vito Ciancimino, el político coludido con quien varios aspiraban a tener una relación más íntima, pero que se encontraba “en las manos” de Totò Riina: imposible llegar a Ciancimino más que a través de Riina. Pippo Calò, uno de los jefes de *cosca* de Palermo, propuso entonces a Leonardo Vitale secuestrar al hijo del propio Ciancimino para obtener unos pesos, pero sobre todo con otra finalidad: “Se preveía que, dadas sus relaciones, Ciancimino se dirigiría a Riina y él [Calò] podría hacer a su vez el papel de mediador, mientras que en realidad estaría defendiendo nuestros intereses”.[37]

No hay que pensar que, como en el mercado perfecto de los economistas clásicos, la demanda y la oferta de protección son equivalentes, que los sujetos estén en posición de igualdad. La asimetría entre los contratantes es máxima en una sociedad clasista como la del siglo XIX, y tiende a disminuir con el paso del tiempo. En todo caso, ayer como hoy, es difícil imaginar una libertad de elección, y por consiguiente un verdadero ajuste de cuentas, para los campesinos, para los pequeños negociantes, para los empresarios no coludidos que se ven forzados a salir del mercado o a limitar artificiosamente el radio de sus actividades: si hay que hablar de pacto, entonces, en este caso se trataría de un pacto leonino y, por lo tanto, dirían los juristas, nulo. En cambio, en lo que tiene que ver con los grandes empresarios de hoy y de ayer el contrato de protección puede considerarse efectivamente ventajoso. Particularmente respetuosas de sus cláusulas se han mostrado las empresas “continentales” instaladas en las zonas infectadas: es el caso por ejemplo del grupo Standa-Berlusconi, que recientemente la autoridad indagatoria catanesa encontró particularmente reacio a revelar a la justicia los términos de su acuerdo con sus extorsionadores/protectores locales.[38] La lógica de la colusión es, pues, común a los del norte y los del sur; más bien se podría decir que los elementos externos, al no estar insertos en las redes clientelares locales, tienden a conceder un espacio mayor a sus fiduciarios, un poco como aquellos viejos latifundistas que vivían en Nápoles, en Roma o quizás en Madrid, que en ocasiones nunca habían visto sus tierras y dejaban hacer a sus

administradores. Ésa era la opinión del economista Carlo Rodanò en un testimonio “desde adentro” de la penetración mafiosa en la fábrica Chimica Arenella, orgullo de la industria palermitana desde 1911, propiedad de un grupo alemán y dirigida por un alemán:

> Su conducta fue la de un hombre que conocía mal el país. Los sicilianos de pura sangre, incluso cuando eran obligados a tratar con mafiosos, si no eran tontos hacían de modo de no dejarlos acercarse demasiado, porque si esas buenas gentes se distinguían por la actitud simpática con que acordaban a los posibles clientes una protección aparentemente desinteresada, también es verdad que, con el tiempo y la amistad, siempre encontraban la manera de llevarse el cien por ciento de lo que el protegido había evitado perder gracias a la protección, y ordinariamente también un buen porcentaje del resto.[39]

Ciertamente esa capacidad de los estratos dirigentes locales de “mantener las distancias” remite a situaciones todavía típicas de una sociedad elitista. Con el tiempo, la asociación nacida para suministrar servicios a la clase dominante se ha vuelto autónoma, y los casos de grandes empresarios sicilianos de periodos más recientes que han recurrido a la protección (los Salvo, los Cassina, los Costanzo) configuran una inserción mucho más estrecha en la retícula mafiosa propiamente dicha.

Finalmente, hay un elemento básico que distingue el tipo de protección que vincula a la mafia con el *establishment:* el de la reciprocidad. Como afirmaba entre los siglos XIX y el XX el comisario palermitano Ermanno Sangiorgi, “los jefes de barrio de la mafia están bajo la tutela de senadores, diputados y otros personajes influyentes que los protegen y los defienden para después ser ellos a su vez protegidos y defendidos”,[40] y también hoy, como ayer, es la “industria de la protección” la que tiene que pedir a la política y a los aparatos estatales protección contra los rigores de la ley.[41] La verdad es que el entrelazamiento con la política no se puede reducir a ninguna lógica “económica”, y cualquier intento por reducirla a la fuerza resulta más bien inútil. En esa fisiológica y variada relación de dar y recibir con la máquina política, pero sobre todo en grandes coyunturas históricas como la unificación nacional o la segunda posguerra, ese entrelazamiento determina profundamente la naturaleza misma de la mafia; puede ocurrir que ésta incluso intente manipular a los gobiernos, como ha ocurrido en Italia en época reciente. La historia de la mafia no se reduce a un solo esquema, válido para todas las situaciones y todos los tiempos.

Por lo demás, la protección no es la única “industria” que ejercen los mafiosos, más bien representa un puente hacia otras actividades. Quien tiene las llaves de la seguridad, el amigo de los mafiosos o el propio mafioso, es el más apto para entrar en

un mercado como el de las gabelas del latifundio en el siglo XIX, o bien el de la mediación comercial en la zona de los cítricos en torno a Palermo, o el de las concesiones edilicias del siglo XX. Igual que ayer se utilizaba la amenaza de los bandidos para inducir a los propietarios rurales a confiar a los mafiosos el ejercicio de la empresa agraria, hoy los negociantes son impulsados a aceptarlos como socios por la amenaza del robo, la extorsión y la usura. Así, tenemos el pasaje de la empresa de protección al control de la empresa, que a su vez es coesencial de otro fenómeno: por un lado, una continua transformación de los mafiosos en hombres de negocios; por el otro, una continua transformación de empresas limpias en empresas —genéricamente— corruptas o "contiguas" a la mafia. Este proceso biunívoco no es determinado por las características intrínsecas de las actividades en cuestión, sino por el grado de arraigo de los grupos mafiosos en sus contextos, por el nivel de control del territorio que sean capaces de ejercer. Desde esa base de fuerza, los mafiosos pasan a administrar negocios ilegales (el gran contrabando, el narcotráfico) que en sí mismos poco tienen que ver con la protección y el control territorial.

El carácter doble de las actividades de la mafia remite a un doble modelo de organización. Por un lado —en el caso de Palermo—, tenemos una serie de organizaciones que toman el nombre del territorio en que operan, que a través de la protección/extorsión financian sus actividades y eventualmente pagan salarios a los socios y financian los gastos legales y la manutención de las familias de los arrestados. Por el otro, como nos ha explicado Buscetta, está la retícula de los negocios, que corta transversalmente las organizaciones y en la que los afiliados pueden participar en condiciones más o menos favorables, pero arriesgando capitales y ganando dinero en cuanto individuos.[42] Para distinguir el primer modelo de organización, basado en la extorsión, del segundo, fluido y empresarial, podemos hacer referencia a la distinción formulada por el historiador estadunidense Alan Block entre *power syndicate* y *enterprise syndicate*, aunque en un contexto interpretativo algo diferente del de este trabajo.[43] Las dos funciones, como se verá, reaccionan, chocan y de alguna manera siempre están en conexión entre sí, de modo que, de hecho, es imposible distinguir al mafioso del traficante, considerando al primero como protector (intermediario, garante) y al segundo como protegido,[44] en presencia de un proceso opuesto de inserción de emprendedores, contrabandistas y comerciantes de droga en las organizaciones mafiosas, en cuyo interior los papeles se van superponiendo. Puede ocurrir que un camorrista como Cutolo imponga el pago del *pizzo* a los Nuvoletta, afiliados napolitanos de la *Cosa Nostra*, y que éstos paguen hasta encontrarse en condiciones de hacerle la guerra; pero eso deriva de las variables relaciones de fuerza entre dos grupos, y ciertamente no de una diversidad ontológica entre ellos.

4. LA MAFIA COMO ORGANIZACIÓN

La fuente policial y judicial es casi tan intencionada como las demás. Quien la utiliza entra de inmediato en un juego de espejos, el de las opuestas verdades de la acusación y la defensa, de la *fama* y la *infamia* en que se basa la calificación de mafioso. En la *voz pública*, interpretada por policías y magistrados, se basaron por muchísimos años los procedimientos administrativos (amonestación, arresto domiciliario) y judiciales con los que el liberalismo, el fascismo y la república han enfrentado la fenomenología mafiosa. No hay nada de espontáneo en esa *voz:* es creada con fines instrumentales por algunas facciones mafiosas para combatir a las facciones opuestas, y después es recibida con fines instrumentales por los órganos del Estado, o sólo por algunos de ellos, cuando razones de política criminal o de política sin más aconsejan un momento represivo. Es un mérito de los jueces de Palermo (Chinnici, Falcone, Borsellino) haber conseguido meter ese antiguo mecanismo en el esquema de garantías del proceso penal, gracias a lo cual hoy disponemos, a través de los testimonios de los que colaboran con la justicia, de una fuente de información desde adentro, ya no filtrada —como en la época liberal o en el periodo fascista— por los informes policiales o el arbitrio del Ejecutivo.

Evidentemente también aquí estamos frente a un punto de vista, el de la mafia decidida a rendirse y a “arrepentirse”, que no puede eximirnos de la necesidad de análisis refinados, de reconstrucciones en el campo, de referencias a una problemática mucho más amplia que la que los protagonistas mismos —mafiosos o investigadores — pueden tener presente o desear presentarnos. Sin embargo en conjunto las declaraciones de Joe Valachi (1962), las memorias de Nick Gentile (1963), las revelaciones de Leonardo Vitale (1974) y además, como se ha dicho, las de Tommaso Buscetta y tantos otros mafiosos después de él nos han revelado una mafia como organización secreta y que, como tal, sería llevada después a los tribunales y condenada.

Como se ve, los primeros de esos testimonios traen al primer plano a la homóloga y correspondiente de la mafia siciliana, ubicada en la otra orilla del océano, en el corazón del desarrollo capitalista mundial. La dirigencia de las “familias” de la mafia neoyorquina, delineada a comienzos de la década de 1930 con la creación de la llamada Comisión, incluye personajes que llegaron a América casi todos muy jóvenes. La excepción es Salvatore Maranzano, quien desembarcó en 1927 a los 43 años de edad y se convirtió inmediatamente en un *boss*, ciertamente como consecuencia de un poder construido ya en su nativa Castellammare del Golfo. Fuentes estadunidenses indican en los años veinte un momento importante de la inmigración *ya mafiosa*, con la llegada de más de 500 criminales que huían del prefecto Mori.[45] ¿Podemos entonces hablar de una especie de trasplante? En ese sentido parecería apuntar el hecho de que los dirigentes de origen siciliano de las familias Bonanno, Luciano, Gambino, Reina, Lucchese, Profaci, provenían de zonas infectadas del área occidental de la isla: tres de Palermo, los otros de Lercara, Corleone y Castellammare. ¿O bien la mafia de los Estados Unidos es

sustancialmente nueva, puesto que asume un carácter interregional que no tiene equivalente en Italia, y que entre los jefes de las familias encontramos a dos napolitanos (Genovese y Gotti) y dos calabreses (Costello y Anastasia)?[46] Grandes *bosses* como Joe Bonanno se han presentado como epígonos directos de una *tradición* siciliana, pero eso podría ser resultado de la autorrepresentación ideológica que conocemos.[47] El propio Bonanno considera que la línea "purista" fue derrotada ya en la "guerra de Castellammare" de 1930-1931, frente a la evidencia del proceso de hibridación italoestadunidense en que él mismo participó en función dirigente; por no hablar del papel decisivo que en esos acontecimientos tuvieron delincuentes judíos como Meyer Lanski y Benjamin Siegel.

En los Estados Unidos la unidad elemental de la organización, que en la Sicilia del siglo XIX se llamaba *cosca, nassa, partito* [partido], *società* [sociedad] o *fratellanza* [hermandad], pasa a llamarse *famiglia* [familia]. En la realidad, tanto en Palermo como en Nueva York, y hoy como ayer, puede suceder que a pesar de las ideologías familistas en los conflictos intramafiosos padres e hijos, hermanos y hermanos se encuentren en bandos opuestos y se maten entre ellos.[48] El énfasis puesto en el elemento de familia aparece como un homenaje al tradicionalismo, que es típico de los italoestadunidense también en otros campos. También parece llegar de los Estados Unidos un nombre para designar a la organización en su conjunto —*la Cosa Nostra*—, por lo que podemos saber, desconocido hasta entonces en Sicilia, que hace pensar en un inmigrante en busca de alguna cosa "nuestra" límpida y clara, que contraponer a las incomprensibles cosas "de ellos". Esta terminología referente al componente siciliano sólo volveremos a encontrarla entre los *pentiti* actuales, lo que puede conducirnos a invertir el esquema acostumbrado según el cual Sicilia exporta arcaísmo, preguntándonos cuánto de arcaizante se genera en América para ser después exportado hacia el Viejo Mundo. Nos hallamos frente a una interacción de modelos que siguen los desplazamientos de las personas no sólo de Sicilia a los Estados Unidos, sino también de los Estados Unidos a Sicilia. El episodio más conocido lleva a las autoridades estadunidenses, después de la segunda Guerra Mundial, a mandar a Italia a 65 "indeseables" de nacionalidad italiana, con la idea de mandar de vuelta a su casa a delincuentes extranjeros infiltrados en los Estados Unidos; pero los italianos, en cambio, los ven como embajadores y propagandistas de una costumbre, o de una organización criminal, típicamente estadunidense y mucho más peligrosa que la mafia local. Sin embargo, hay una serie mucho más tupida y continuada de movimientos a lo largo de los circuitos de la emigración de regreso. Un solo caso por ahora: Nick Gentile construye su carrera en los Estados Unidos, adonde llega de su nativa Siculiana en 1903, a los 18 años, pero regresa a Sicilia en 1909, 1913, 1919, 1925, 1927-1930 y —definitivamente— en 1937, encontrando el modo de participar en su patria de origen en competencias electorales y diversos comercios de importación y exportación, organizar homicidios, hacerse arrestar y liberar gracias a sus conocidos también entre los representantes del régimen fascista.[49] Eso

conduce al tema —sobre el cual volveremos— de las actividades empresariales internacionales, incluso de narcotráfico, “manejadas por esta asociación [la mafia] en los Estados Unidos y en Europa”, a las que aparentemente se refiere un documento que —antes de las revelaciones de Valachi, Gentile y Bonanno— hace mención de la existencia de la Comisión neoyorquina: un informe de la policía fiscal italiana fechado en 1940, dirigido al U. S. Customs Supervisor de Nueva York y al Federal Bureau of Narcotics,[50] que, partiendo de Italia para relatar a los estadunidenses una historia estadunidense, indica la intensidad de la relación entre las dos orillas aun al final de una fase histórica —el periodo entre las dos guerras mundiales— en la que hay un colapso de los flujos migratorios.

Eso naturalmente no significa que la mafia estadunidense no se distinga de la siciliana, ante todo porque está profundamente modelada sobre la sociedad estadunidense, como destaca una corriente de estudios (predominantemente democrática e italoestadunidense) que tiende a privilegiar los elementos criminogénicos de la sociedad de llegada, en polémica con la tradicional tesis wasp del complot extranjero. Esa encomiable tentativa de rebotar la idea racista de una predisposición de los italoestadunidenses al crimen, por lo demás, termina por proyectar un modelo de mafia que en la sociedad de partida sería solamente una forma de clientelismo, “un sistema de padrinos y clientes que intercambian favores, servicios y otras ventajas”, recreado por los emigrados a su llegada al Nuevo Mundo y destinado a agotarse en el momento de la inserción plena de la comunidad italoestadunidense en los estratos superiores de la sociedad de los Estados Unidos.[51] Para el antropólogo Francis J. Ianni, los mafiosos Lupollo eran “gente modesta, taciturna […] hombres de honor”, dignos de “simpatía y admiración”, unidos entre ellos en un *family business* en el cual las actividades legales fueron sustituyendo poco a poco a las ilegales antes necesarias para promover a quienes venían de un mundo en el que no había ley ni justicia.[52] Se trataría en realidad de “una forma de vida en vías de desaparición”:[53] enésima variación sobre el tema, siempre desmentido por los hechos, de la modernidad destinada a disolver automáticamente el arcaísmo mafioso. La organización vertical y estructurada descrita por Valachi sería en esencia una invención paranoica de la autoridad y del poder wasp. La mafia es como Dios, afirma Hawkins: creer en ella equivale a una profesión de fe que no puede ser respaldada por pruebas empíricas.[54] Sin embargo, hay que decir que el estudio de Ianni se llevó a cabo sobre documentos proporcionados por los mismos Lupollo y ciertamente refleja el punto de vista de ellos; mientras que Hawkins, sin saberlo, formula el mismo razonamiento, la misma ecuación mafia = Dios que ya proponía Pasquale Sciortino, lugarteniente e “intelectual” de la banda Giuliano, en polémica con Girolamo Li Causi.[55]

Esas resistencias estadunidenses a ver a la mafia como una organización criminal, sobre todo (pero no exclusivamente) en los años siguientes a las revelaciones de Valachi, tuvieron una profunda influencia en el debate socioantropológico acerca de

la mafia siciliana de los años sesenta y setenta. En ambos casos lo que se consideraba digno de estudio era únicamente "el comportamiento mafioso", identificado con el del siciliano tradicional, mientras que "la mafia" como estructura autónoma no existía en absoluto, puesto que los sicilianos sólo eran capaces de identificarse en la familia y en la clientela, agrupaciones "naturales" y personales que no tendrían necesidad de ulterior vínculo asociativo, como por ejemplo un juramento o un ritual específico. Característica en su obstinación en ese sentido es la obra del sociólogo alemán Hess (1970),[56] según el cual la *cosca* coincidiría con "una serie de relaciones que el mafioso mantiene con personas *independientes entre sí*"; sería inestable y constituida cada vez para una finalidad específica; se congregaría en torno al carisma y a la red de relaciones del capo, y moriría con ellas. "No estamos frente a una asociación estática de conspiradores", escribiría algunos años más tarde Arlacchi, parafraseando una formulación más equilibrada de los Schneider, "sino ante un grupo de amigos y parientes que, igual que todas las entidades similares, se reúne con frecuencia para jugar a las cartas, ir de caza, festejar un nacimiento o un matrimonio, para hacer un *schiticchio* (banquete entre hombres)".[57]

Una vez más, es imposible no observar que el esfuerzo por reducir toda la temática a la de la antropología mediterránea tiende a coincidir con la interpretación que suelen dar de sí mismos los mafiosos, felices de retratarse como inocuos personajes del campo antes que como miembros de peligrosas asociaciones criminales. El viejo *boss* de Ribera, Paolo Campo, reivindica sin dificultad cierto comportamiento al declararse mafioso, pero —habitualmente— critica a los mafiosos de hoy (1985), reducidos a "simples delincuentes", y sobre todo está muy atento a negar haberse "asociado" nunca con la afiliación formal (el juramento): "Jamás he delinquido, ni me he asociado para ese fin con otros. Debo decir que he nacido y moriré mafioso, si por mafia se entiende, como entiendo yo, hacer bien al prójimo, dar algo a quien tiene necesidad, encontrar trabajo al que está desocupado".[58] Es una estrategia típica de la defensa en los procesos de mafia y que, como se ha dicho, coincide con la enfatización de los factores tradicionales; ya en el curso del citado proceso del siglo XIX a los hermanos Amoroso, los defensores habían definido la acusación de asociación como "una quimera", "una cola postiza", "un *quid* misterioso"; mientras que se subrayaba el "individualismo" de la figura de Cascio-Ferro. Los esquemas interpretativos al estilo de Hess, incluyendo la referencia a Pitrè, "verdadero e insustituible conocedor del alma siciliana", encuentran su precedente en la cultura de abogados de los siglos XIX y XX, para la cual el siciliano tradicional, el hombre del pueblo, el "hombre de campo", no sería capaz de dar vida a ninguna asociación compleja como la que presupone la policía, ya que es individualista o al máximo familista.[59]

En 1965, inmediatamente después de la confesión de Valachi, Robert T. Anderson intentó salvar la tesis tradicional interpretando la trayectoria que conduce de la *mafia* a la *Cosa Nostra:* la mafia de los orígenes habría sido un conjunto de grupos

familiares, pero en América, en contacto con la modernidad, habría adoptado modelos “impersonales” de organización, instituciones de gobierno centralizadas para evitar una violencia intestina primitiva y sobre todo perjudicial para los negocios. También la hermana siciliana, según Anderson, habría seguido ese camino, frente al efecto de demostración del modelo estadunidense y a los mismos procesos de desarrollo económico.**[60]** Nos encontramos de nuevo frente a la habitual contraposición de mafia vieja y nueva, en el marco de un modelo ingenuo y omnicomprensivo de modernización que relega la cultura, la clientela y la familia de sangre al mundo tradicional, colocando en el mundo presente la organización “impersonal”, mientras que el verdadero problema consiste en comprender las complejas interacciones que corren, ayer y hoy, entre las primeras y la segunda.

Hoy, tras las investigaciones de los últimos 30 años en Italia y en los Estados Unidos, casi todos están dispuestos a reconocer que las organizaciones mafiosas se caracterizan por su *continuidad* más allá de la vida de sus miembros, por la *estructura* jerárquica y por la *militancia* con su correspondiente filtro de ingreso, según la definición propuesta por organismos gubernamentales estadunidenses.**[61]** Sin embargo, con frecuencia se oye repetir —en la línea de Anderson— que esas características han sido adquiridas recientemente, mientras que sería más exacto decir que han sido apropiadas recientemente, más que por la mafia, por la mafiología, o por lo menos por su corriente mayoritaria, puesto que siempre, desde los orígenes, ha habido quienes describían “asociaciones de mafia” de este tipo; así lo hicieron por ejemplo los dos policías-criminólogos Giuseppe Alongi y Antonino Cutrera, a caballo entre los siglos XIX y XX, utilizando los resultados de las investigaciones de la policía de Palermo entre 1860 y 1890, análisis que Hess apresuradamente juzga “erróneos”.**[62]** Las modalidades de la división del territorio y de la coordinación entre *coscas* que esa documentación revela son muy similares a las que describe con insistencia Buscetta; en particular, entre el siglo XIX y el XX existía una estructura de comando —formada por los representantes de esos grupos, cuyas hazañas y reglas se narrarán aquí siguiendo al ya citado comisario Sangiorgi— que en muchos aspectos se parecía a la Comisión neoyorquina y a la que en Palermo coordina desde la década de 1960 las actividades de la *Cosa Nostra*, hasta la ulterior contracción centralizadora de los corleoneses. Eso no quiere decir que los grupos mafiosos de Palermo hayan quedado desde la Unidad de Italia hasta hoy bajo el control de organismos dirigentes que por ser inestables, sujetos a romperse bajo el peso de divergencias intestinas, probablemente vivieron historias diferentes; por lo demás, aun en la historia reciente el propio radio territorial de su autoridad (¿ciudadana?, ¿provincial?, ¿regional?) se ha ido definiendo de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, es verosímil que el relativo éxito de las tentativas de centralización en Palermo (como en Nueva York) sea resultado de esa antigua costumbre de coordinación, puesto que en el crimen organizado esas tendencias existen en todas partes, pero no siempre conducen a resultados: en Nápoles el intento en esa dirección de la “Nueva camorra organizada”

de Raffaele Cutolo naufragó en la sangre, y allí como en Reggio Calabria prevalece hoy un modelo horizontal o "pulverulento";[63] en la región de Caltanissetta y de Catania los grupos ligados a la *Cosa Nostra* no lograron imponerse del todo debido a la continua aparición de nuevas bandas. La propia afiliación de personajes eminentes de la '*ndrangheta* o de la camorra a las familias palermitanas, tendiente a reforzar los vínculos de negocios tejidos en el curso del contrabando de cigarros o del narcotráfico, no tuvo los efectos centralizadores que se esperaban.

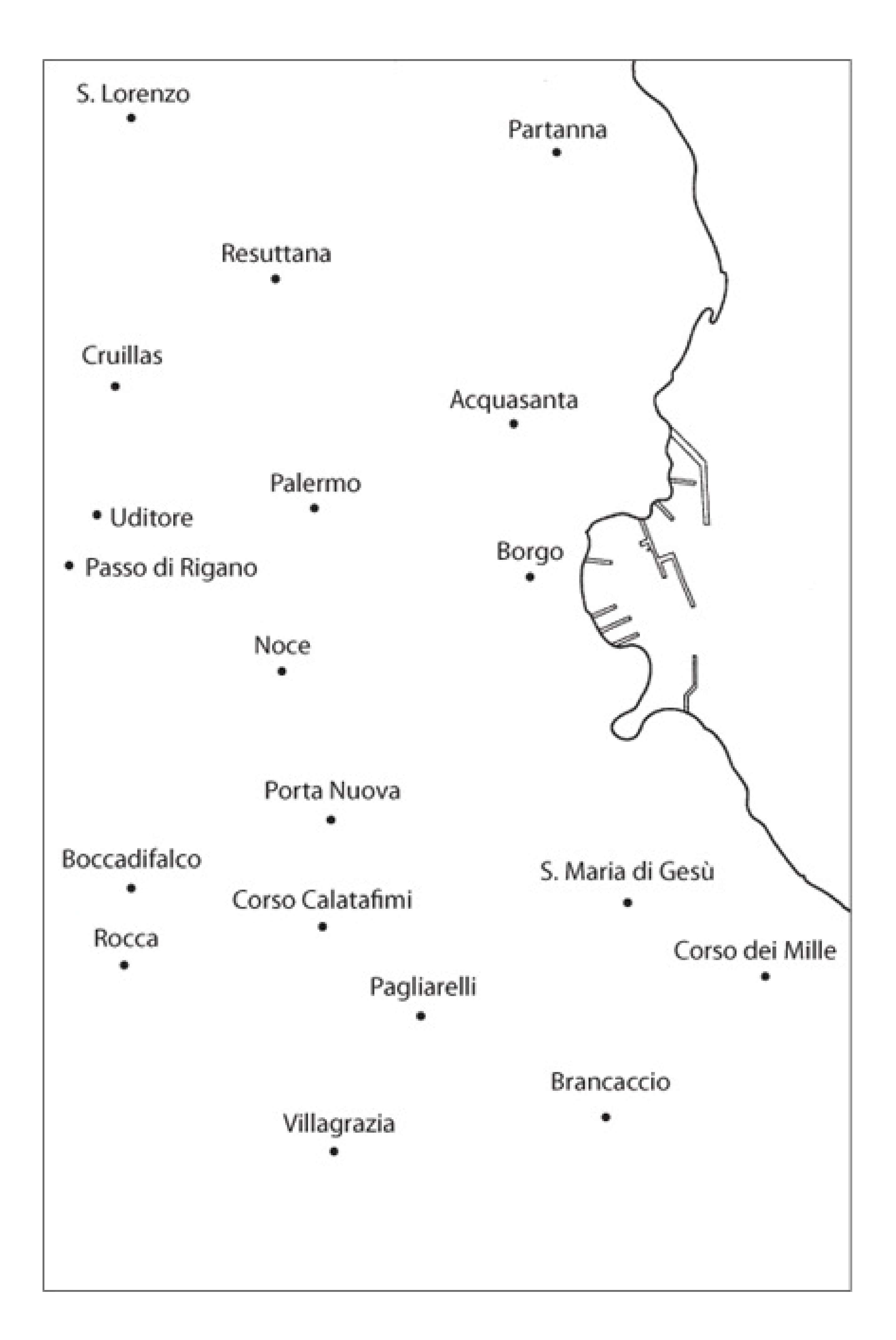
En suma, es preciso guardarse de la idea del Complot Grande y Único, de la imagen popular de un "pulpo" con una cabeza y mil tentáculos, con una dirección omnisciente y omnipotente, que en ocasiones nos han propuesto las autoridades, en forma bastante simplista, tanto en los Estados Unidos como en Sicilia, en particular durante las primeras investigaciones del siglo XIX. Los mafiosos están insertos en relaciones de negocios que los vinculan con sujetos que no pertenecen ni pueden pertenecer a la mafia: intermediarios, criminales de todo tipo y nacionalidad, narcotraficantes turcos o chinos, banqueros. En su función de protectores —muy ambigua, como hemos visto—, se relacionan con propietarios rurales, empresarios y comerciantes. En su necesario interactuar con la política y las instituciones se comunican con notables, políticos profesionales, policías y jueces. Como veremos, los mafiosos individuales dialogan con el exterior, incluso con autonomía de la mafia-organización: eso vale entre otras cosas para redimensionar cuanto hay de excesivo y equívoco en el concepto de anti-Estado, y replantea el tema de las relaciones entre la mafia y el poder oficial.[64] Es ésta una problemática que es preciso considerar atentamente, y que de hecho muestra aspectos efectivamente judiciales —me refiero al elemento penal, recientemente introducido en la ley italiana, de *concurso externo* en la asociación mafiosa— y políticos: piénsese en la tentativa de distinguir una *responsabilidad política* de la *responsabilidad penal* de los funcionarios públicos relacionados de diversas maneras con el crimen organizado. Stefano Bontate, los Greco y otros eminentes capos de la *Cosa Nostra* consideraron útil encontrar en las logias masónicas más o menos encubiertas un terreno de encuentro con sus *partners* del mundo de la política y de la economía, y también desde el punto de vista cognoscitivo —aparte del político y judicial— es útil preguntarse cómo esas retículas fluidas y variadas van a superponerse a la organización que liga entre sí a los mafiosos.

FIGURA 1. *La geografía de la mafia palermitana según Buscetta*

FUENTE: E. Biagi, *Il boss è solo*, Milán, 1986.

Palermo

Villagrazia
di Carini
Terrasini
Cinisi
Palermo
Ciaculli
Partinico
Borgetto
Bagheria
Balestrate
Villabate
Casteldaccia
Altofonte
Misilmeri
Termini Imerese
S. Giuseppe Jato
Bolognetta
Caccamo
Ficuzza
Ciminna
Corleone
Prizzi


S. Lorenzo
Partanna
Resuttana
Cruillas
Acquasanta
Palermo
Uditore
Passo di Rigano
Borgo
Noce
Porta Nuova
Boccadifalco
S. Maria di Gesù
Corso Calatafimi
Rocca
Corso dei Mille
Pagliarelli
Brancaccio
Villagrazia

5. La mafia como ordenamiento jurídico

La relación entre mafia y masonería va más allá de la ocasional presencia de algún *boss* entre los albañiles libres. La actual difusión de logias “atípicas”, y más aún el hecho de que durante toda la época liberal Sicilia fue la región de Italia con más presencia masónica,[65] representa un elemento contextual que hay que tener presente en términos de modelos de organización y de propensión a la opacidad del poder. Para explicar a los profanos la lógica que empuja a los mafiosos a reunirse en sociedades, a Nick Gentile se le ocurre naturalmente la comparación con la masonería,[66] y en efecto la función de la solidaridad masónica entre profesionistas y hombres de negocios es análoga a la de la solidaridad mafiosa entre personajes vinculados a grupos distintos e incluso opuestos, situados en diferentes continentes, lo que crea un campo de comunicación, de conocimientos y de influencias que representa una ventaja comparativa para este tipo de criminalidad en relación con las otras. En el curso del Maxiproceso Buscetta respondió sarcásticamente a un abogado que mostraba incredulidad frente a su descripción del juramento de la mafia: “He leído en los periódicos que un abogado, presente aquí en la sala, una vez por locura juvenil se inscribió en la masonería y se rió mucho del juramento. Es un facsímil de nuestro juramento”.[67] Es natural que los mafiosos hayan querido hibridar ese llamado a una lógica sectaria con los temas de “protección” típicos de su ideología: de ahí la referencia a la tradición de los *Beati Paoli;* es decir, a una mitología hecha de sociedades secretas con ritos tenebrosos que defienden a los débiles, muchas veces propuesta en el siglo XX al público más amplio de Palermo a través de un famoso folletín de Walter Natoli.[68]

Además hay entre mafia y masonería un vínculo histórico, aparte del funcional. Los rituales y juramentos de la mafia —totalmente idénticos en las descripciones que quedan en los archivos policiales del siglo XIX, en los viejos trabajos de Cutrera, Colacino y Lestingi, así como en las confesiones de Valachi, en las de Buscetta y en las interceptaciones “ambientales” del FBI— expresan no sólo la genérica simbología de la sangre presente en diversas experiencias de crimen organizado, sino el impresionante testimonio de la continuidad más que secular de un tipo de organización secreta tomado del modelo proporcionado por la masonería y la carbonería que, como se verá, a mediados del siglo XIX estaba al alcance de todos en Sicilia entera. Hess en su momento se negó a admitir siquiera la “posibilidad” de tales rituales,[69] quizá porque indican mecanismos de movilización político-delincuencial bastante más complejos que los que él teoriza, porque la idea misma del juramento iniciático contradice la presunta identidad entre mafia y cultura difusa: al atravesar el *limen* el iniciado se convierte de verdad en un individuo culturalmente nuevo.

> El neófito en la marginalidad debe ser una *tabula rasa*, una hoja en blanco, en la cual debe imprimirse el saber del grupo por lo que

> respecta a nuestra condición […] Ellos deben comprender que en sí mismos son tierra y polvo, simple materia que recibirá forma de la sociedad.[70]

La palingenesia hace de un delincuente el miembro honrado de una sociedad. “Con la decadencia de la aristocracia del nacimiento surgió la aristocracia del delito reconocido, acariciado, honrado”[71]. El concepto de *honor*, tomado del lenguaje aristocrático, se presta muy bien para expresar el orgullo de pertenecer a una élite aunque sea criminal, marcando la distancia de la gente común: un hombre es honorable y honrado justamente en cuanto otros no lo son y no pueden serlo. Así, el efecto de identificación se amplifica en un sistema de normas que expresa “el lenguaje interno de la organización y no el de la legitimación externa”,[72] aun cuando es preferible que ese lenguaje evoque por lo menos formalmente el común. En las organizaciones masónicas del siglo XIX, incluso fuera de Sicilia, el delator es calificado de infame.[73]

Del concepto masónico de *humanidad* [*umanità*] deriva el concepto camorrístico de *humildad* [*umiltà*]; es decir, subordinación a la voluntad de la organización, y de ahí, a través de la transformación de la *l* en *r* típica del dialecto siciliano, vendría la palabra *omertà*, según una interpretación[74] mucho más plausible que la de Pitrè (*omertà* = virilidad), si queremos distinguir una subcultura genérica de una infraestructura criminal dispuesta a matar o indiferentemente a denunciar a sus enemigos “con cartas anónimas o por vías secretísimas a la policía. *Ésa es la humildad de la mafia*”: tal es la definición dada con autoridad por el bandido Salvatore Giuliano.[75]

Para realizar sus fines la organización mafiosa reglamenta las relaciones dentro de cada uno de los grupos, evita la rivalidad entre los grupos mediante el principio de competencia territorial y con una serie de claúsulas y codicilos para el caso de que tal principio no sea aplicable a las condiciones concretas, prevé acuerdos *ad hoc* o estructuras federativas menos inestables en caso de que el conjunto de las normas todavía no sea suficiente para mantener la paz. En la descripción de los ya numerosísimos *pentiti*, los mafiosos parecen estar obsesionados por “reglamentos y estatutos”, contrariamente a lo que sostenían los epígonos del tantas veces mencionado Pitrè. A ellos se puede oponer la interpretación formulada ya en la primera posguerra por otro palermitano, el gran jurista Santi Romano:

> Es sabido que, bajo la amenaza de las leyes estatales, con frecuencia viven, en la sombra, asociaciones cuya organización se diría casi análoga, en pequeño, a la del Estado: tienen autoridades legislativas y ejecutivas, tribunales que dirimen controversias y castigan, agentes que llevan a cabo inexorablemente los castigos, estatutos elaborados y

> precisos como las leyes del Estado. Por lo tanto, realizan su propio orden, igual que el Estado y las instituciones oficialmente lícitas.[76]

Según Romano, la mafia sería entonces un "ordenamiento jurídico", uno de los muchos ordenamientos de hecho que los grupos organizados se dan en los repliegues del tejido social. En algunos casos esos ordenamientos serán declarados ilícitos —"Una sociedad revolucionaria o una asociación para delinquir no constituirán derecho para el Estado que desean derrocar o cuyas leyes violan, tal como una secta cismática es declarada antijurídica por la Iglesia"[77]—, sin que eso modifique la sustancia del hecho y sin que pueda modificarla el juicio ético, positivo o negativo, sobre las finalidades y los métodos de los grupos en cuestión. En otros casos, siempre según Romano, el Estado será indiferente a los otros ordenamientos, por considerarlos inocuos o no rivales del propio. Eso explica por qué la atención a los rituales y aglutinantes internos de la mafia (que no deben ser confundidos con los delitos cometidos por los mafiosos), muy fuerte en las autoridades policiales a fines del siglo XIX, después de la Unidad, fue disminuyendo en la fase siguiente para hacer una clamorosa reaparición en la más cercana a nosotros, hasta llegar a configurar como delito en sí la adhesión a las *coscas,* a partir de un momento dramático de la aparición de la mafia, en 1982.

Giuseppe Guido Lo Schiavo, alto magistrado en la Sicilia de la segunda posguerra, tomaba de Romano argumentos teóricos para su exaltación de la mafia de orden, auxiliar de las instituciones en la lucha contra el bandidismo, claramente manifiesta en su elogio fúnebre de Calogero Vizzini, cuando auguraba que el "autorizado sucesor" de éste, Genco Russo, orientase a "la sociedad oculta […] por la vía del respeto a las leyes del Estado y del mejoramiento social":[78] un ordenamiento jurídico menor que habría debido converger con el mayor en la lógica de la coexistencia pacífica, o bien de la complicidad basada en el interés mutuo, típica del régimen democristiano. Esto, sin embargo, no significa que el reconocimiento *realista* de la existencia del ordenamiento mafioso conduzca necesariamente al acuerdo con él, como se ha afirmado recientemente y no sin una dosis notable de unilateralidad.[79] El propio Lo Schiavo había sido uno de los hombres de punta del grupo de magistrados que en el periodo fascista combatió duramente a la mafia, considerándola como una asociación para delinquir e incluso haciendo referencia a las teorías de Romano, el procurador general de Palermo, Luigi Giampietro, gran acusador en los procesos de los años veinte y treinta, utilizaba al mismo tiempo el paradigma económico (la mafia es "un seguro" suscrito por "propietarios y hombres de negocios" para tutelar "sus bienes y sus personas") y aquello del *otro* Estado o anti-Estado.[80] Quiero decir que la teoría, tan fecunda desde el punto de vista cognitivo, era en verdad neutra en cuanto a sus aplicaciones prácticas, que en realidad el Estado puede reconocer el ordenamiento mafioso como adverso o no, dependiendo de las circunstancias políticas. Alineándose en esa tradición, Cesare Terranova, el

magistrado y diputado comunista destinado a caer bajo el plomo mafioso, adversario inflexible tanto de los corleoneses como de los palermitanos, insistió en sus sentencias de los años sesenta en la existencia de “una sola mafia, ni vieja ni joven, ni buena ni mala”, “eficiente y peligrosa, reunida en sociedades o grupos o ‘familias’, o mejor aún ‘coscas’”: la organización estructurada cuya existencia habría sido por fin demostrada a comienzos de los ochenta por las investigaciones del *pool* de los magistrados palermitanos. En su territorio la *Cosa Nostra* reglamenta los negocios, cobra impuestos o “mordidas”, produce legitimidad y define lo ilícito estableciendo reglas y excepciones, juzga, absuelve y castiga. Es “una sociedad, una organización, a su manera, jurídica”, afirma Falcone, haciendo eco una vez más a Romano.[81]

El hecho de que la mafia quiera ser un sistema jurídico, sin embargo, no significa que consiga realmente reglamentar las relaciones en su interior y también en el exterior. Los propios procesos de centralización provocan choques durísimos y la violencia entra como elemento solucionador, plegando la presunta regla general al interés de individuos y grupos. No hay por qué asombrarse de ello, puesto que la violación o el uso instrumental de las normas pertenecen a la realidad histórica de sistemas políticos mucho más complejos que la mafia, y no creo que se pueda decir que los *capomafia* tienen una ética “pública” más elevada que la de sus homólogos del mundo superior. Valachi, Gentile, Bonanno, Buscetta, Calderone se presentan a sí mismos y a sus amigos como hombres prudentes que aplican las reglas, que buscan la mediación, que evitan el choque ilegal, que utilizan la violencia sólo como *ultima ratio*, para aplicar las decisiones racionales y ponderadas de la organización. Al mismo tiempo retratan a sus enemigos como individuos indignos de confianza, que no respetan las leyes de su (propia) sociedad, siempre prontos a la traición, que matan por nada, con inclinación a la locura y el sadismo. Se puede considerar sincera la representación de los *pentiti*, pero si sus adversarios hablaran posiblemente contarían la misma historia al revés: y, en efecto, el falso *pentito* de Catania, Ferone, y su enemigo irreductible, el citado Santapaola, recientemente se acusaron uno a otro de lo mismo; es decir, de no respetar las leyes de la guerra, de matar a mujeres y a inocentes y, en suma, de tender a una violencia bestial y descontrolada.[82] En la realidad esa polémica intestina —igual que la contraposición entre mafia vieja y nueva— es parte integrante de la ideología mafiosa, es expresión de una visión mediocre y mixtificante del mundo, saliendo de la cual sería necesario reconocer que ese sistema de reglamentación es en sí mismo ineficiente porque es injusto, y siempre precursor de las peores perversiones. Trágicamente, la guerra de todos contra todos que se deseaba evitar está siempre presente como amenaza en todas las deliberaciones de las comisiones mafiosas, mucho más que en las sentencias de los tribunales del poder oficial, en las resoluciones de los parlamentos o incluso de los organismos internacionales.

Es en esa contradicción que es preciso encuadrar la discontinuidad mayor en la historia más que secular de la mafia siciliana, la que a partir de 1979 se ha vuelto

protagonista de una feroz escalada terrorista contra magistrados, policías, políticos honestos y políticos coludidos, rompiendo con su propio pasado de prudente mimetismo a la sombra de poderes sociales e institucionales que eran sentidos como indiscutiblemente superiores y hacia los cuales era conveniente y habitual una actitud de colaboración. Esa línea agresiva ha distinguido en los últimos años a la *Cosa Nostra* de cualquier otro tipo de criminalidad, por lo menos de los activos en Italia. ¿Es posible que se trate de un efecto de la fragmentación del Estado, convertido —ése sí— en una débil red de relaciones informales que deja el campo a la compacta estructura clandestina? ¿O nos encontramos frente a una elección miope y arrogante, producto extremo de la propia ideología mafiosa, con la que el ordenamiento mafioso se revela finalmente como antagónico al estatal, de modo que ese submundo se hace por fin claramente distinguible del mundo superior, y en consecuencia atacable por él?

I. LA REVELACIÓN

1. PROTOMAFIA

En sí no tiene mucho interés saber de dónde deriva el término *mafia*,[1] y en qué acepción fue utilizado por alguien antes de 1860; en cambio, es esencial el hecho de que a partir de esa fecha es empleado por todos para definir aunque sea confusamente una relación patológica entre política, sociedad y criminalidad, y por lo tanto de que el momento genético de nuestra historia nacional y estatal señale la primera, genérica y muy ambigua percepción de la existencia de *un* problema de ese tipo. *Esse est percipi*, por lo tanto es justo partir de aquí. La idea misma de *mafia* remite por contraste a la existencia de un Estado que promete libertad de opiniones y de comercio, igualdad jurídica de todos los ciudadanos, gobierno del pueblo (o bien, en esa primera fase, de los *optimates*) y de la ley, transparencia y formalización de los procedimientos. La palabra y la cosa derivan del hiato entre las promesas y la realidad, al que no es extraña la misma derecha histórica que de palabra lamenta que los sicilianos sean incapaces de percibir la majestad de la ley. La ausencia de un auténtico bandidismo "grande" no impide al gobierno aplicar también a la isla la ley Pica de 1863, que confía la defensa del orden a los tribunales militares. Las operaciones del general Giuseppe Govone y del prefecto general Giacomo Medici, tendientes a capturar a los muchos evasores del servicio militar, incluyeron el rastrillaje de provincias enteras en Sicilia occidental, el asedio y la ocupación *manu militare* de ciudades y pueblos y hasta la persecución de familiares de los evasores con base en el concepto de responsabilidad colectiva de las comunidades frente a la autoridad militar. Usando y teorizando esos sistemas, esa autoridad termina por conseguir el resultado opuesto al que buscaba, agregando al número ya enorme de los evasores y los desertores (26.000 en 1863) una vasta faja de personas que se volvieron prófugas justamente en ocasión y a consecuencia de las acciones (que no es exagerado calificar de terroristas) del ejército. En 1867 un anónimo palermitano escribía: "Me han asegurado que en un pueblo del distrito, por un solo evasor de la leva se llevaron a 34 prófugos".[2] Ya a fines de 1861 un moderado como Diomede Pantaleoni señala que el aislamiento político lleva a los representantes del gobierno a apoyarse en los "borbónicos y filoborbónicos" e incluso en los "cuchilleros", hasta utilizar el delito político,[3] y en efecto parece verosímil que también en los años siguientes el partido gobernante haya recurrido a ese instrumento —es el caso del asesinato del ya citado general garibaldino Corrao—, así como a una especie de estrategia de la tensión —piénsese en el oscuro episodio de los apuñalados de 1863 en Palermo—,[4] con la finalidad de favorecer la división de la izquierda

criminalizando su ala extrema y conquistando al grupo más "moderado" para una colaboración subalterna.

En suma, el tema mismo propone su periodización, y es inútil deslizarse hacia atrás por una interminable cadena de supuestos nexos causales basados en el concepto de una metahistórica peculiaridad siciliana. Dejando de lado a los muchos que llegaron a las Vísperas, a Verres, a la presunta dialéctica étnica entre la zona occidental de la isla —cartaginesa— y la oriental —griega—, la referencia más frecuente de los estudiosos es al virreinato español, aplicación específica de la gran polémica nacionalista contra la corruptora influencia ibérica y la "preponderancia extranjera".[5] Siguiendo el hilo de la continuidad entre la historia siciliana del siglo XIX y la precedente,[6] sin duda en las vicisitudes de la isla en los siglos XV y XVI pueden encontrarse conexiones entre poder político, poder social y criminalidad, asimilables a situaciones del periodo siguiente.[7] Pero eso no puede hacer olvidar la gran diversidad de los contextos. En una sociedad de *ancien régime* (no sólo en Sicilia), las vinculaciones personales prevalecían no sólo de hecho sino de derecho; los sujetos eran desiguales y hacían referencia a jurisdicciones diversificadas según la calidad de las personas y de los grupos; algunos tenían derecho a emplear la fuerza, otros no. A ese contexto histórico el concepto de *mafia* es inaplicable justamente porque en él eran fisiológicas las relaciones que en la época contemporánea aparecen como patológicas, escandalosas al punto de requerir una palabra específica que defina su carácter ilícito. Y la palabra aparece en ese preciso momento.

El contexto que resulta útil evocar para quien busca el caldo de cultivo de la mafia, o bien de una "protomafia", es en cambio el del siglo XIX antes de la Unidad, que es además donde nace el concepto de *camorra*. La abolición del sistema feudal, decretada en la isla en 1812 con modalidades diferentes de la ley para el Mezzogiorno continental de 1806 y completada después en la década de 1830, destruye algunos de los marcos fundamentales del *ancien régime*. Ése es el punto que ya en 1875 Leopoldo Franchetti señalaba como decisivo para iniciar el proceso de "democratización de la violencia", en el que el derecho a usar la fuerza, que antes estaba en manos de la aristocracia, es transferido *legalmente* al Estado, pero *materialmente* queda en manos privadas, involucrando a cada vez más grupos sociales más allá de cualquier jerarquía rígida de órdenes o clases.[8] No hablaría en cambio de *introducción* de la propiedad privada, que en la Sicilia de comienzos del siglo XIX como en la Rusia de hoy llevaría a la mafia como estructura paralegal de protección de la nueva institución.[9] Como todas las explicaciones monocausales, ésta tropieza con objeciones sencillas. ¿Cómo es que las leyes tendientes a destruir el feudalismo provocaron la mafia en la Sicilia occidental y no en la oriental? ¿Por qué no se registra una fenomenología similar en tantas partes de Europa donde durante la ocupación napoleónica y la primera parte del siglo XIX se dan procedimientos antifeudales?

Por lo demás, en la Sicilia del siglo XVIII la propiedad privada ya existía en medida muy grande, ya sea en sentido propio (como *allodio*, por ejemplo) o en el sentido de que los feudos eran manejados sustancialmente como propiedades privadas. Después de la reforma la mayor parte de las tierras feudales, asignada a los barones, queda en manos de sus antiguos poseedores o entra en un circuito de compraventa. El efecto del conjunto de esas medidas anteriores y subsiguientes a la Unidad es favorecer la mercantilización de una cantidad considerable de tierras, feudales y eclesiásticas, dando libre curso al impulso decimonónico de intensificación cultural con la abolición de los derechos promiscuos y de los gravámenes causados por el endeudamiento de la nobleza. En un caso que conocemos, el del ducado de Nelson (cerca de Bronte), el proceso fue llevado a cabo por la administración ducal a través de una serie de puntillosas reivindicaciones judiciales y políticas; la reacción de las poblaciones a lo que considera "usurpaciones" ducales se da en el mismo nivel, y también en forma dramática en las insurrecciones de 1848 y 1860.[10] En general, las controversias más violentas sobre el estatuto de la propiedad; es decir, los llamados conflictos demanialistas, se verifican en la Sicilia oriental, donde nunca se ha hablado de mafia, mientras que la parte occidental, lugar de preferencia del fenómeno mafioso, conserva una estructura con más influencia directa del pasado "feudal".

Las medidas de comienzos del siglo XIX adquieren todo su significado si las vemos junto con la reforma administrativa borbónica, que también en Sicilia —aunque con retraso respecto al Mezzogiorno continental debido a los distintos acontecimientos políticos— es afectada por las instancias del periodo napoleónico, proponiendo por primera vez una idea moderna de Estado[11] e inaugurando así el contexto histórico en el cual podemos colocar el tema de la mafia. El cambio conlleva, entre otras cosas, la introducción de una magistratura profesional y de una policía. Los magistrados, extraídos de las filas de las élites pueblerinas, toman posición según sus orígenes, sin mayor respeto por el concepto de impersonalidad de la ley que han sido llamados a interpretar. La fuerza pública puede identificarse tanto en la nueva gendarmería, centralizada pero escasamente capaz de moverse entre grupos y facciones —entre los bandidos y los notables que los protegen—, como en las "compañías de armas", cuyos miembros son escogidos por los notables pueblerinos entre los jóvenes "ágiles de mano" de la zona, no tanto para perseguir a los delincuentes como para recuperar los bienes robados en los alrededores a través de negociaciones con los ladrones. Muchos consideran que entre unos y otros hay acuerdos previos.

> Se instaura así, entre la compañía, los notables y la criminalidad de la zona, una dialéctica perversa que garantiza a los que poseen algo la incolumidad de sus bienes y la tranquilidad de sus tierras, a través de un control de tipo muy particular ejercido por los capitanes de armas

> sobre la criminalidad; la praxis de la transacción entre la víctima y el ladrón permite a la primera recuperar parcialmente el bien, al segundo la autoridad y parte del botín; al capitán un "premio" por el trabajo de mediación realizado, casi como una comisión honesta acordada entre el vendedor y el comprador en un asunto público.[12]

La polémica del periodo borbónico es similar a la posterior a la Unidad; por un lado, hay quien propugna una gestión del orden público en sustancia extralegal, a través de las compañías de armas primero y de los milicianos a caballo después; por el otro, los partidarios de un cuerpo estatal (*gendarmi* primero y después *carabinieri*). Estos últimos consideran desastroso el primer sistema en cuanto vehículo de convergencia entre propietarios y delincuencia, y después de 1860 usarán para designarlo la palabra "mafia". Aquí hay que recordar también las discusiones de comienzos del siglo XIX sobre los decretos de *fuorbando*, que incluían una incitación al asesinato legal y remunerado de los prófugos por parte de sus compañeros y que también estaban destinados a crear un puente entre los delincuentes, los notables y las autoridades. Un eco de esas discusiones volveremos a encontrarlo después de la Unidad en las continuas negociaciones entre bandidos, mafiosos y autoridades policiales, destinadas con frecuencia a terminar con el asesinato (éste ilegal) de algún *capobanda*. Como ha sostenido Giovanna Fiume, siguiendo a Franchetti, la cuestión tiene dos aspectos: el bandidismo representa un instrumento de las luchas de facciones de las nuevas élites pueblerinas, una extensión de sus redes clientelares; pero, por otra parte, también representa el progresivo afirmarse de una nueva idea de legalidad que deslegitima comportamientos tradicionales de las élites locales y del propio Estado, poniendo en entredicho una "justicia" que se coloca a medio camino entre la esfera pública y la privada.[13]

Entre los miembros de las élites pueblerinas se reclutan los *gabellotti* (o bien los arrendatarios) y los administradores de las minas de azufre, de los latifundios, de los huertos de cítricos que durante el siglo XIX, antes y después de la Unidad, tratan de recoger la sucesión de la aristocracia ex feudal que lenta pero seguramente va perdiendo su poder sobre los campos isleños al fraccionar y redistribuir, junto con sus bienes, su poder social. Sin embargo, una condición de ese poder parece ser el disponer de una fuerza militar: ésta es necesaria no sólo para el manejo de los trabajadores sino más en general para la tutela de las azufreras y las fincas, así como de la propia seguridad personal de los notables expuestos a secuestros. La misma fuerza puede servir además durante los numerosos conflictos entre los grupos clientelares-familiares que constituyen los "partidos" municipales en la Sicilia del siglo XIX. Me refiero a los *campieri* [camperos], milicia privada que del mismo modo que las seudopúblicas compañías de armas, los milicianos a caballo y los guardias municipales, debería mantener el orden en el campo, y que igual que las otras es reclutada habitualmente entre ex bandidos capaces de intimidar a los

malintencionados con sus mismos argumentos, o eventualmente de llegar a un acuerdo con ellos en la lógica de la buena vecindad: gente capaz de hacer para su patrón incluso el trabajo sucio, o de encargárselo a algún prófugo con el cual ya desde antes tienen una relación de *patrocinio*.

El *gabellotto* desempeña una función de orden y de control social que va más allá de los ámbitos de la gran empresa de cultivo extensivo: su aparato de *campieri* y capataces sustituye a las milicias feudales del siglo XVIII, se agrega a las municipales del XIX, cubre los espacios que dejaba vacíos el control del Estado borbónico primero y liberal después. Ya Emilio Sereni, hace muchos años, veía la mafia no tanto como un residuo feudal sino como instrumento de una burguesía "abortada", justamente la de los *gabellotti*, que en el curso de la larga disgregación de la economía y los poderes feudales desarrolla una capacidad de intimidación que después ejerce tanto hacia arriba como hacia abajo de la jerarquía social.[14] Mientras se disgregan los patrimonios de las vieja aristocracias, las fracciones de la comunidad local intentan interceptar los flujos de esa riqueza definiendo incluso mediante la violencia, en el interior o hacia el exterior, la competencia por el arrendamiento o la adquisición de las tierras. Desde los municipios, a través de los impuestos, los nuevos estratos dirigentes pasan a ejercer su influencia sobre ámbitos geográficos más amplios. Se trata de un elemento que encuentra sus características típicas en la Sicilia centrooccidental.

Aquí, en el periodo posterior a la Unidad, la "industria agrícola" se ejerce necesariamente en gran escala para poder asegurar el descanso de las tierras y, en consecuencia, la alternación de cultivo de cereales y pastoreo. Normalmente el cultivo se confía a campesinos *(borgesi)* en parcelas pequeñas, mientras que la ganadería es manejada directamente por los arrendatarios; además, en ausencia de zootecnia estabular, los campos de pastoreo deben estar situados a diferentes alturas, lo que determina la notable amplitud de los movimientos de los rebaños. Así, aunque los patrimonios de la nobleza se van fragmentando, la unidad económica con frecuencia se mantiene íntegra con el sistema de los llamados "condominios" controlados por grandes operadores.[15] En 1866 Antonio di Rudinì, joven aristócrata destinado a una gran carrera política, afirmaba:

> La falta de seguridad ha producido este fenómeno, que quien va y quiere vivir en el campo tiene que volverse bandido. No puede evitarlo; para defenderse a sí mismo y su propiedad, es necesario que busque el patrocinio de los forajidos.[16]

Sin embargo, más que la propiedad en sí misma, me parece que el problema de la tutela se refiere a la empresa, sobre todo ganadera. Como ya se ha dicho, la capacidad de controlar la criminalidad representa una condición necesaria para acceder al ejercicio de la gabela, con exclusión de los competidores que no llenen ese requisito.

Es significativo que durante todo el siglo XIX permanezca en el centro del debate la cuestión del abigeato, porque la de ganadero es la función más propiamente empresarial del *gabellotto*, y el rebaño el principal de sus capitales, así como el más fácil de robar. En torno a ese nudo se desarrolla durante el periodo borbónico la praxis de las *componendas*, negociaciones entre víctimas y autores de los delitos para la devolución de lo robado, conducidas bajo la égida de influyentes representantes de la delincuencia, de los profesionistas o de los notables. A comienzos de los años cuarenta el subintendente de Términi, Puoti, describe un sistema articulado en tres niveles, el de los ejecutores de los delitos, el de los mediadores y el de los organizadores que "se quedan en sus propias tierras, mantienen correspondencia entre ellos, regulan las operaciones […] alojan en sus tierras los animales […], establecen quién merece la muerte y quién debe encargarse de la ejecución".[17] En 1838 el magistrado Pietro Calà Ulloa denuncia que "el pueblo ha entrado en tácita convención con los delincuentes" a través de "uniones o hermandades, especie de sectas que llaman *partidos*", las cuales, capitaneadas por "propietarios" o "arciprestes", llegan a ser "pequeños gobiernos dentro del gobierno" para las *componendas*, mediante las cuales se sustrae al orden legal el poder de perseguir los crímenes por otras tramas contra los funcionarios públicos.[18]

Calà Ulloa no atribuye a esas hermandades "color u objetivo político", pero el término partidos indica cuál es el problema para él, que más tarde será uno de los máximos representantes de la reacción legitimista. Puoti es claro cuando afirma que "los ladrones en Sicilia son sin proponérselo los medios de una revolución y serán el instrumento de la revuelta de la que gozará quien ahora los protege".[19] Igual que en el periodo siguiente a la Unidad, también aquí el descubrimiento del espesor protomafioso del hecho criminal se puede estimar por el temor que la "nueva" autoridad estatal siente frente a la insubordinación política y social, tanto de la plebe como de los estratos dirigentes. Sin embargo, los funcionarios borbónicos saben que deben enfrentar un proceso mucho más amplio de movilización política, que es su problema principal a la luz del programa enunciado por Ferdinando II apenas un año antes de la relación de Calà Ulloa: "La primera cosa a la que es necesario acostumbrar a Sicilia es a obedecer".[20] En este caso, mucho más que en el de la Italia liberal, el malestar social, el crecimiento de la criminalidad y la oposición política se presentan como una mezcla inseparable en la interpretación de los contemporáneos y también en la realidad de los hechos.

De 1815 a 1860 los periodos de orden representan sólo breves paréntesis, marcados por las insurrecciones de 1821 y 1848, por la alternación de las revoluciones y las restauraciones. Naturalmente no se trata de un choque frontal entre *la* Sicilia y los "napolitanos", sino de la opción antiborbónica de una parte significativa de la clase dirigente, sobre todo de Palermo, que en los mil ámbitos locales asume el carácter de una guerra civil de baja intensidad. En ésta como en tantas situaciones análogas del siglo XIX y del XX, los sujetos utilizan la historia

grande en cuanto les sirve para sus fines de enfrentar la pequeña historia de los pueblos, de las familias, de los individuos; la violencia actúa como partera, si no de una nueva civilización, de nuevos equilibrios; el proceso revolucionario define conflictos políticos, conflictos sociales, realiza venganzas privadas, luchas de facciones, escalamientos hacia la riqueza y el poder. En Marineo 1821 y 1848 presencian masacres llevadas a cabo por un “partido” contra el adversario; en Castellammare del Golfo la rebelión popular de 1862 se dirige contra el grupo neoburgués de los *cutrara;* en Bronte, en Biancavilla y en otras partes, tanto en 1848 como en 1860, la cuestión de los bienes de dominio público exacerba las insurrecciones sangrientas y las feroces represiones.**[21]** Individuos y grupos se habitúan a resolver sus conflictos mediante la violencia, a vincularlos a contextos más vastos sugeridos por la marcha de la política “grande”, a armar, utilizar y mantener bajo control lo que las fuentes de la época mencionan genéricamente como el estrato de los “facinerosos”.

Como se ve, es imposible distinguir el desorden social e institucional creado por las reformas de comienzos del siglo XIX del desorden político. El carácter sincrónico de los dos trastornos da a ambos un carácter radical e incontrolable, de manera que parece que en cada conmoción, detrás de la revolución o la reacción se mezclan segmentos dispersos del *ancien régime*. Uno de los entrevistados por la Comisión parlamentaria de 1875 afirma: “En Sicilia ocurre lo mismo que en todas partes después de una revolución. En las revoluciones las riquezas se desplazan, hay quien se enriquece y quien se empobrece. Nuestro país todavía no ha encontrado su centro, de ahí toda esta perturbación social”.**[22]** Caso típico de superposiciones de elementos políticos, sociales y criminales es el de las organizaciones militares que promueven las insurrecciones de Palermo; es decir, las corporaciones, las “guerrillas”, las milicias ciudadanas (1821),**[23]** las escuadras, las contraescuadras y la guardia nacional (1848 y 1860). Al contrario de lo que ocurre en el Mezzogiorno continental, las fuerzas populares no se inclinan hacia el *sanfedismo,* sino que más bien siguen a la burguesía y a la aristocracia primero independentista y después liberal; pero eso no garantiza el orden social, como lo demuestran los dramáticos choques en el interior del frente revolucionario en 1821 y sobre todo en 1848, cuando frente a las acciones de las “guerrillas” y de las escuadras populares se desencadena el terror blanco de las contraescuadras y de la guardia nacional.**[24]** En cada ocasión, según la historiografía del *Risorgimento*, la revolución habría cedido terreno a la reacción (o por lo menos, como en 1860, a la estabilización moderada) debido al estallido de una “lucha de clases” entre sus integrantes; pero en realidad no siempre se ve con claridad quiénes eran los sujetos de esa lucha, y con frecuencia la representación de las escuadras anárquicas sedientas de saqueo se contrapone a otra de las escuadras ligadas a la aristocracia por los vínculos tradicionales de la fidelidad y el vasallaje, o por un salario cuantificable en seis *tarì* por día.

Es natural pensar que la violencia política del *Risorgimento*, y en particular el fenómeno de las escuadras, representa el caldo de cultivo del fenómeno mafioso.[25] Muchos contemporáneos, filoborbónicos o liberales moderados, sugieren una tesis similar, y entre ellos el prefecto Filippo Gualterio, quien señala como cómplices de la mafia a los liberales en las fases de revolución, los borbónicos en las de restauración, y sobre todo los republicanos de sus tiempos. Con un juego de aprendiz de brujo que recuerda los de la policía borbónica, en septiembre de 1866 el comisario de policía Felice Pinna permanece deliberadamente inerte frente a los pródromos de una revuelta destinada a conmover a Palermo, con el objetivo de provocar la insurrección y poder intervenir con una represión en toda regla,[26] dando más crédito al fantasmal complot entre clericales, borbónicos, mazzinianos y "mafia". La insurrección se desarrolla según la táctica ya bien experimentada por las precedentes sublevaciones urbanas: en el momento preestablecido el centro es invadido por las escuadras procedentes de los suburbios y de los pueblos cercanos (Monreale,[27] Bagheria, Misilmeri) al tiempo que también la "plebe" urbana se pone en movimiento. En el momento culminante del 19 de septiembre hay en la ciudad 12 000 insurgentes, entre ellos 1 200 provenientes del campo y "dos mil entre jardineros, campesinos y carreteros, y los más feroces de todos, que viven en los suburbios y los caseríos" que rodean a Palermo.[28] "Algunos de la escuadra Ciaccio me decían, y después lo oí repetir a muchos del pueblo, que las escuadras del 66 eran las mismas del 60, y también formaban parte de ellas muchos del 48"[29].

"Viva la república italiana", gritaban los insurgentes de 1866. El grito evoca una experiencia, un conjunto de símbolos tomados de la izquierda accionista y mantenidos en ese ámbito, como lo demuestra la insistencia en una república "italiana" de preferencia a una quizá más previsible de referencia regionalista. "El republicanismo revolucionario hacía su obra. El malandrinaje armado del agro palermitano se hizo su defensor armado y la plebe quiso seguirlo entonando su grito de venganza";[30] tal era la situación de las fuerzas en pugna, sólo que ningún partido está en condiciones de ponerse a la cabeza y en realidad ni siquiera lo intenta, como si la sección inferior de una red de relaciones políticas hubiera perdido su sostén superior representado por la aristocracia liberal y su tradición conspirativa. Es la tesis que sostiene el duque Gabriele Colonna di Cesarò: "La primera cosa que hicieron los insurrectos fue ir en busca de los que en 1860 habían Estado a la cabeza de ellos: Pignatelli Monteleone, Riso, Turrisi, Torremuzza […] Naturalmente éstos no quisieron saber nada de ellos y entonces las filas de los facinerosos quedaron desorganizadas".[31] Sin embargo, no me siento capaz de dar crédito total a fuentes habituadas a definir a los estratos superiores como "inteligentes" y, por lo tanto, a negar a otros el bien del intelecto, reduciéndolo todo al deseo de robar y saquear. Los problemas de Palermo después de la Unidad eran enormes y en gran parte —por estar ligados a la pérdida del *estatus* de capital posfeudal— diferentes de los del resto de la isla, en particular la parte oriental.[32] De ahí provienen las pasiones *esencialmente*

políticas que llevan a las calles a 20 000 personas entre combatientes y no combatientes, de las que hasta hoy sabemos muy poco, y tampoco sabemos mucho más de la organización militar que en ese momento enfrenta su última prueba.

El problema de los "facinerosos" se plantea en 1866 igual que antes. Un ejemplo bien conocido es el de Salvatore (Turi) Miceli, "jardinero" (arrendatario de plantación de cítricos) de Monreale y jefe de escuadra en 1848 que había sido cooptado por la policía borbónica de Maniscalco; participó de nuevo en la insurrección de 1860; fue arrestado como cómplice de bandidos y liberado misteriosamente por intervención del comisario Pinna. Evidentemente Miceli no logra continuar con el régimen liberal el juego ya esbozado con el borbónico, el de utilizar como hombre del orden la profesionalidad violenta adquirida en la escuela de la política: de hecho muere en 1866 encabezando el asalto a las prisiones donde está detenido Giuseppe Badia, ex comandante garibaldino que había sucedido a Corrao a la cabeza del grupo radical, futuro internacionalista, "rico industrial" con relaciones con importantes mafiosos de la Conca d'oro, por ejemplo con aquella familia Amoroso cuyos miembros participan en el movimiento "anarquista"[33] y que volveremos a encontrar al frente de la *cosca* "de Piazza Montalto". Sin embargo no todos los facinerosos se adhieren a la rebelión. Los que asaltan el palacio del príncipe de Sant'Elia son rechazados por una "contraescuadra":

> He ahí un ejemplo de la utilidad práctica que los propietarios de Sicilia obtienen de proteger a sus colonos. Sant'Elia restó tantos hombres a la insurrección y los hizo volver sus armas, no digo contra los bandidos porque ellos mismos eran bandidos, sino para su propia salvación […] con ese sistema se salvó también algún otro señorito de Palermo.[34]

Se alinean en defensa del orden algunos de los principales hombres de la revolución. Es el caso, como veremos, de Antonino Giammona, también el de Salvatore Licata, a quien el comisario Rastelli define en tono indulgente como un viejo *capomafia:* nacido alrededor de 1805, "en 1848 hizo incluso actos de buen patriota; también en 1860 y en 1866. Se le acreditan también algunos homicidios, pero la justicia nunca ha llegado a tocarlo". Quizá desesperando de alcanzarlo, en 1861-1862 las autoridades lo incluyen entre los milicianos a caballo, mientras que su hijo Andrea es nombrado comandante de los guardias rurales de Piana dei Colli, corazón de la Conca d'oro, llegando a tal grado de autoridad que fue definido como "un segundo comisario"; en cambio, otros dos hijos conocen el arresto domiciliario y la prisión como delincuentes peligrosos.[35]

En suma, de cualquier lado que se hayan colocado en 1866, los mafiosos de Palermo vienen de la revolución. Como afirma también el duque de Cesarò, "si vamos a ver quiénes son los mafiosos más reputados no se encuentran, nombre por

nombre, más que los Licata, los Cusumano, los Di Cristina […] y en suma precisamente los que eran el brazo más eficaz en 1860, los que eran los más fieles y devotos a la parte inteligente”;[36] es decir, a la aristocracia liberal; sólo que, al contrario de lo que él dice, la fidelidad (recíproca), la red del patrocinio, no se rompe en 1860.

2. Red y organización

Provincia de Caltanissetta, 1861. Don Giuseppe Lumia, ex alcalde de Montedoro, posee y administra “en economía” una azufrera en la que emplea también trabajadores provenientes de la cercana Sutera. Mientras se traslada a ese pueblo para contratar a algunos, es descubierto por dos ex trabajadores suyos con quienes en otra ocasión había tenido conflictos por cuestiones salariales, uno de ellos es conocido por el significativo apodo de *lu Rinchiu* (el Ladrido). Al salir del poblado le tienden una emboscada, lo matan y arrojan sobre su cuerpo una carta de la baraja: el cinco *d’aremi* (de oros). Algunos meses más tarde los dos son hallados asesinados a su vez en el campo, según la voz pública debido al tenaz rencor de la viuda de Lumia.[37]

La familia Lumia, junto con la de los Caico, con la que está estrechamente emparentada, forma parte de la “burguesía” en surgimiento en los pueblos de la Sicilia interior, que en el siglo XIX llegó al rango de clase dirigente sobre la ola del gran negocio del azufre, partiendo del arrendamiento o la compraventa de los bienes demaniales o de dominio público. Hablamos de un poder basado en una exhibición dosificada de prestigio y riqueza, la que en un buen año del comercio de azufre lleva a los Caico a pagar totalmente “en oro” a sus empleados en ocasión de la fiesta de la Virgen del Rosario. Hablamos de un poder cuyo ejercicio requiere el aparato de los *campieri*, del que dejará una descripción romántica Louise Hamilton, la joven inglesa que se casó con un retoño de la familia y que necesitaba particularmente una escolta por su extraña costumbre de andar a caballo por las landas de la región, pero que, según se sabe, sirven a don Giuseppe, a su esposa y a toda la familia Lumia-Caico para reafirmar su propia ley entre los azufreros, los bandidos y los abigeos, sin tener que recurrir a la del Estado.[38] Volvemos a encontrar a muchísimos de los elementos y de los actores que hemos considerado típicos de la mafia, aunque todo podría reconducirse al tema más general del ejercicio del poder de clase en un ambiente de latifundio. Si vemos el episodio narrado desde el punto de vista de los trabajadores del azufre, también podríamos referirnos a una forma primitiva de lucha de clases, a un episodio de bandidismo social. Es difícil distinguir una fenomenología específica, llamada *mafia*, y en particular una trayectoria que conduzca a la mafia de nuestros días.

En cambio, si regresamos a Palermo veremos surgir con mayor claridad algo que nos permite encontrar conexiones más evidentes entre pasado y presente. Partimos de

una *network* o red, una retícula de relaciones que desde la capital se extiende hacia su vasta provincia, una cadena que vincula a varios personajes. El primer eslabón corresponde a Antonino Giammona, que parece ser el mayor exponente de la mafia palermitana del siglo XIX y que volveremos a encontrar en varias ocasiones en nuestra exploración, a la cabeza de la *cosca* del Uditore desde los años setenta hasta el final del siglo. Giammona nace en el suburbio de Passo di Rigano alrededor de 1819 y se forma en el ambiente revolucionario; es "pobrísimo" hasta 1848 pero, "bandideando bajo la bandera de la revolución", llega a ser arrendatario de jardines, propietario de terrenos e inmuebles adquiridos en las ventas de bienes de dominio público del periodo inmediatamente siguiente a la Unidad, así como titular de una finca ganadera; un patrimonio estimado en 1875 en alrededor de 150 000 liras. En tiempos de sufragio restringido, él controla unos 50 votos. Su carrera da un viraje decisivo en 1860 cuando, como capitán de la guardia nacional, destaca entre los protagonistas del "regreso al orden" en el interior de la isla; también en 1866 participa en favor del orden. A partir de ese momento, afirma complacido su abogado, Francesco Gestivo, "en la ausencia absoluta de seguridad pública oficial", Giammona utiliza su "autoridad moral" para colocarse al frente de una "liga de los que tienen contra los que no tienen".

> Entonces en los alrededores de Palermo se formó como una especie de guardia nacional, y Giammona como los otros propietarios de jardines, *gabellotti* y otros que están en las mismas condiciones, se asociaron, y con su unión prevalecieron al punto de que no hubo más delitos, ni crímenes ni estafas. ¿Y qué sucedió? Sucedió que se ganaron el odio de los que no pudieron hacer lo que ellos habían hecho, y por lo tanto las denuncias contra ellos los presentaron como personas facinerosas, mafiosas, sospechosas.[39]

De Giammona parten tres hilos: hacia abajo, hacia la criminalidad; hacia sus iguales, los otros dirigentes de la mafia; hacia arriba, a los hombres eminentes que lo protegen y a quienes él protege. Él puede dar "refugio y protección" en su zona a diversos prófugos de la ley, pero frente a una tentativa de extorsión de éstos contra Francesco Paolo Morana (hermano de un diputado) y el barón Dionisio Maggio, no vacila en perpetrar una verdadera masacre entre sus indisciplinados huéspedes.[40]

Pero el hilo que parte de Giammona hacia arriba lleva sobre todo al barón Nicolò Turrisi Colonna, gran propietario de linaje no antiquísimo, moderno e ilustrado en el manejo de sus empresas, cultor de estudios de agronomía, patriota antes de la Unidad y después representante de primera línea de la izquierda moderada, senador y alcalde de Palermo,[41] que representa el segundo eslabón de nuestra cadena. Como ya se ha visto, el duque de Cesarò señala a Turrisi como referente de los mafiosos-patriotas. En 1860 lo encontramos a la cabeza de la guardia nacional ciudadana en la que

Giammona es oficial: relación que se mantuvo sólida durante el periodo siguiente, hasta los certificados de buena conducta extendidos en 1875 al *capomafia* que por primera vez tenía problemas con la justicia. Por lo demás, también en Castelbuono, el pueblo del interior donde su padre había sido *gabellotto*, Turrisi se sirve de facinerosos: por lo menos tres de sus *campieri* aparecen en una lista de mafiosos compilada por la subprefectura de Cefalù. En 1874 las fuerzas del orden irrumpen en un feudo suyo en busca de una banda de prófugos, suscitando sus protestas por la persecución política de la que se siente objeto; después de ese episodio el prefecto Rastelli confía a Franchetti que sabe que "de Palermo tendrá que irse […] porque ha cometido el error de tocar a los *campieri*" del senador.[42] Algunos años más tarde Domenico Farini, presidente del Senado, recordará que en 1876 los diputados Morana y La Porta le confiaron que Turrisi es el *"capo della mafia"*.[43]

Andrea Guarneri, en 1875, admite que quizás haya sido un error en 1860 "fundar la policía sobre la mafia" como se hizo en Palermo, aunque observa además que hubiera sido difícil hacer otra cosa en una ex capital de 200.000 habitantes, agitada por tensiones políticas y sociales muy fuertes. En contextos como el de la región de Agrigento, donde él había sido prefecto en los años sesenta, fue posible en cambio establecer directamente una "policía de los propietarios".[44] También por otras fuentes sabemos que en Términi, cerca de Palermo, y en la zona limítrofe de Agrigento, la normalización posrevolucionaria fue obra de grupos armados bajo el control de pocos notables, entre los cuales destacan los Nicolosi de Lercara y los Guccione de Alia, alcaldes, propietarios y (los segundos) arrendatarios de enteros "estados" latifundistas en diversas zonas de la provincia de Palermo.[45] Sin embargo, también allí esos procesos de movilización revolucionaria, y en particular las insurrecciones de 1860 y 1866, figuran como momentos importantes en las biografías de bandidos eminentes como Leone y Valvo, así como de varios mafiosos: el nombre de Giuseppe Brancato, médico y *capomafia* de Ventimiglia, remite a un pasado de conjuras antiborbónicas, y en particular a la de 1859 en la que el barón Bentivegna perdió la vida al ser abandonado por las escuadras, entre ellas la comandada justamente por Brancato.[46]

También Angelo Pugliese, alias *don Peppino el lombardo*, el máximo bandido del periodo posunitario, encuentra la insurrección palermitana de 1860 que lo libera de la cárcel donde está purgando su pena de por vida, y donde según él ha conocido a muchos eminentes patriotas, entre ellos Spaventa y Settembrini, que intentaron convertirlo al amor a la patria; tal vez por eso durante el tiempo que pasa prófugo gusta de presentarse como "garibaldino". Después de la fuga se oculta en el suburbio del Uditore y allí entra en contacto con cierto jardinero llamado Giammona, que creo que puede ser identificado como el mismo *capomafia* y que lo recomienda a un notable, Angelo Palazzolo, quien le consigue un puesto de supervisor *(sovrastante:* algo más que *campiere)* con los Guccione. De ahí parte la carrera delictiva del ex condenado a cadena perpetua.[47] Los Nicolosi y los Guccione son mencionados

como cointeresados en las empresas de *don Peppino*, a quien procuran compañeros y partidarios que extraen de sus propias redes clientelares, que colaboran en el reciclado de las ganancias provenientes de la economía bandidesca.[48] A cambio, el bandido se compromete a respetar sus posesiones y a hacerle la vida difícil a sus competidores. Dos propietarios de Prizzi, Giuseppe Valenza y Luciano D’Angelo, participan directamente en las acciones de la banda para incrementar sus ingresos, llevar a cabo venganzas y ganarse la fama de violentos que les permitirá permanecer a la cabeza, en los años siguientes, de los dos partidos contrarios de su pueblo natal, además de administrar una confrontación, a veces amigable y por momentos feroz, con la pequeña criminalidad.[49] Los Guccione, los Nicolosi, Valenza y D’Angelo son interrogados por las autoridades a raíz de la “propalación” (confesión) del propio *don Peppino* en la instrucción, pero en el juicio éste se retracta; sin embargo, saldrán indemnes del proceso que en 1868 terminó en cambio con pesadas condenas para el núcleo de los prófugos, “¡unos cuantos harapientos enviados a expiar en las galeras la culpa común a los ricos impunes!”, según el procurador del rey, Giuseppe Borsani, futuro presidente de la comisión investigadora parlamentaria de 1875.[50] Nos encontramos en un punto de desenlace importantísimo: de hecho, hasta la década de 1920 encontraremos el nombre de los Guccione en el centro de todas las polémicas sobre la complicidad entre los propietarios y los bandidos, y veremos que las redes bandidescas de *don Peppino* estaban destinadas a regenerarse ya en los años siguientes, dando origen a las bandas de Leone y De Pasquale y a otras hasta el final del siglo XIX.

La cadena tiene pues cuatro eslabones principales: el *capomafia* Giammona, el *capobrigante* Angelo Pugliese, los grandes *gabellotti* Guccione, el gran notable y propietario Turrisi. Alrededor de ellos, una miriada de guardias, ladrones, extorsionadores, bandidos, policías. No falta el abogado, que en el caso de Gestivo es además un político a quien corresponde la justificación ideológica de la mafia, tarea que en cambio no asume Turrisi, quien mira las cosas desde su punto de vista más elevado. Los comisarios cierran los ojos o, si hace falta, los abren. Incluso pueden encaminar la fuga de algún prófugo o acelerar la constitución de *coscas* mafiosas: es el caso, como veremos, del jefe de policía Albanese, que a su vez remite al modelo posterior a 1848 del famoso jefe de la policía borbónica, Maniscalco, que según él había actuado “con felices resultados […] interesando a los capos de la mafia en la tutela de la seguridad”.[51] Esa red, de dimensiones provinciales, no tiene mucho que ver con la retícula de las solidaridades familiares, clientelares y de amistad, que según muchos científicos sociales[52] correspondería a la *cosca* de pueblo, única forma posible de organización mafiosa.

La propia autoridad policial, naturalmente propensa a ver complots por todas partes, oscila y oscilará por mucho tiempo entre las dos ideas de la solidaridad delictiva pero informal y la estructura única piramidal, ambas —así contrapuestas— forzadas y engañosas. El prefecto Rasponi, que en 1874 habla de la *mafia* como “una

especie de acuerdo tácito [que] no tiene normas definidas pero se ejerce *también* bajo la forma por así decirlo instintiva y habitual", se refiere al mismo tiempo a un "anillo permanente de conjunción" entre el campo y la ciudad, y sobre todo describe los grados de iniciación y las jerarquías[53] de una organización que él y su colega de Trápani llaman *camorra*, aunque con una débil tentativa de dar un matiz de significado con esa palabra distinta. A medida que los acontecimientos de 1848, 1860 y 1866 se van alejando, la mafia se distancia cada vez más del tipo de organización que casi todos tienen en mente, la asociación política subversiva, "clase de ilícito considerada con sospecha y aversión por toda la cultura jurídica liberal".[54] ¿Cómo es posible encuadrar políticamente al conjunto de miembros y protectores que rodea a *don Peppino el lombardo* y que incluye a un admirador de Crispi como Valenza al lado del borbónico Nicolosi? Sin embargo, las grandes conmociones del *Risorgimento* están destinadas a influir también en el plano de los modelos de organización, aunque sea por caminos tortuosos.

El propio Turrisi Colonna nos ofrece indicios importantes en un escrito impreso en 1864 —dos años después de la comedia de Mosca y Rizzotto, un año antes del informe Gualterio— donde tenemos un lúcido análisis del problema a partir del periodo del *Risorgimento*, y vemos que el de ese liberal siciliano no difiere mucho del de los funcionarios borbónicos y napolitanos. El barón, en efecto, registra sin emoción la convicción borbónica de una vinculación de los facinerosos con los liberales, y por su parte aclara que desde 1848 la revolución ha tenido necesidad de cualquiera que supiese portar armas, que en 1860 "estaba en armas toda la secta de los viejos ladrones […] en armas toda la juventud que vivía del oficio de guardias rurales, y la numerosa clase de contrabandistas del agro palermitano".[55] El del contrabando es un elemento importante en la mafia palermitana, igual que en la camorra napolitana, que remite al régimen anterior, que "toleraba en paz tales contrabandos, a cambio de que no se cometiesen robos en el camino, chantajes u otros; y los célebres *caporioni* de la mafia asumieron esa responsabilidad".[56] En ese espacio tolerado también en el periodo liberal se realizará una serie de transacciones entre facinerosos, hombres de negocios y administración municipal; el contrabando se entrelazará con la guardianía, puesto que los guardias podían dejar pasar —o no— la mercancía por sus huertos, y con otro cuerpo público de policía, el de los guardias fiscales, frecuentemente acusado de benevolencia hacia mafiosos y contrabandistas.

En el escrito de Turrisi todavía no aparece la palabra *mafia*, y en cambio tiene un relieve central el concepto de *secta.* A la secta, originalmente compuesta por abigeos, "por necesidad deben afiliarse" los contrabandistas y los guardias palermitanos, los *campieri* y los *gabellotti* del latifundio, los traficantes de toda índole: la secta controla la isla, no teme a la justicia, ofrece protección y recibe socorro.[57] Al lado de ésta el barón emplea otras palabras clave: *camorra*, *infamia*, *umiltà*.

> Humildad implica respeto y devoción a la secta y obligación de abstenerse de cualquier acto que pueda perjudicar directa o indirectamente a los afiliados […] Quien haya vivido algún tiempo en los campos de Palermo, sabe con cuánta frecuencia se forman grandes reuniones de la secta para discutir la conducta de un afiliado […] La asamblea, incluyendo a todos sus componentes, decide.[58]

En verdad, no creo que nadie supiera más sobre el funcionamiento de esos tribunales-asambleas, que volveremos a encontrar en el curso de nuestra historia, y eso me convence más aún de que Turrisi debía tener información de primera mano. Él se presenta como opositor al gobierno incapaz de cumplir su función de defensa del orden; como un liberal que recuerda con cierta simpatía a las compañías de armas borbónicas; como un estudioso que mira casi como desde afuera acontecimientos en los que ha participado y participa personalmente; como un propietario moderno que tiene que llegar a negociar con la delincuencia en el interés superior de la producción agrícola, el primero de la larga serie de los teóricos del Estado de necesidad de la clase dominante siciliana.[59] Creo que no era el capo de la mafia, sino el protector de algunos de los mafiosos más importantes, el representante de un grupo social y político que ha adquirido una conexión con los facinerosos y ha decidido que es preciso servirse de ellos aun después de la revolución.

Durante la conspiración del *Risorgimento* existía una red clandestina inspirada en la masonería a través de su filial, la carbonería. Según Giuseppe Giarrizzo, ya en el periodo siguiente a 1824 la red de las sectas carbonarias empezó a "perder motivaciones culturales o políticas", a esclerotizarse en "estructuras locales o paralelas de poder".[60] En realidad, por todo el periodo que va de la Restauración a 1866 la amplísima difusión de la violencia común y política hace muy difícil distinguir entre la movilización revolucionaria, la tendiente a la gestión del poder local y la delictiva. Todo el proceso puede resumirse en la fórmula de Franchetti de la "democratización de la violencia", si acentuamos el elemento político-revolucionario que en Franchetti no existe, y de todos modos teniendo siempre bien presente el hecho de que por su complejidad, riqueza y significado liberador la revolución ciertamente no se puede leer como mera anticipación de la mafia. En cambio, la mafia representa el residuo o producto secundario de ese proceso, que se evidencia como tal justamente en el momento en que la revolución se agota, entre 1861 y 1866, y análogamente puede decirse que el ritual mafioso representa un subproducto del ritual masónico o carbonario. Según un documento fechado en 1818,[61] la distinción entre masonería y carbonería consiste en el espacio concedido en esta última a los estratos inferiores, al "buen artesano", al "honesto agricultor" y quizás incluso a la "plebe". La organización militar revolucionaria en Sicilia, como sabemos, no se basa solamente en la guardia nacional movilizada con base en el censo, porque entre las varias facciones burguesas y aristocráticas, con frecuencia en lucha entre ellas, tanto

en los pueblos como en el gran crisol de Palermo, también el pueblo se moviliza en armas, y no sólo el pueblo “honesto” e “industrioso”. Los pactos jurados de que hablan las fuentes, en los que el pueblo se compromete a seguir al estrato “civilizado” sin entregarse a saqueos ni a robos, parecen estudiados a propósito para movilizar a los facinerosos y al mismo tiempo mantenerlos bajo control. Después de 1861 la clase dirigente volverá a organizarse por su cuenta en la masonería, y los facinerosos en cambio reproducirán a su manera los módulos sectarios.

La primera descripción que conozco del juramento mafioso (que como se ha dicho coincide con el actual de la *Cosa Nostra* siciliana y estadunidense) se encuentra en una relación de la policía de Palermo sobre la *cosca* del Uditore capitaneada por Giammona: el padrino pincha al aspirante en el dedo índice, con la sangre que brota mancha una imagen sacra y la quema “para simbolizar la aniquilación” del afiliado que quiera traicionar.**[62]** Como ha escrito Nino Recupero, las truculentas amenazas contra los traidores, “el penetrar con los ojos vendados en un ambiente secreto (simbología de renacimiento), el jurar con la propia sangre y sobre el fuego […] son una tosca exageración de algunos aspectos de los rituales masónicos, apropiados por los carbonarios”.**[63]** Después están los ritos de reconocimiento. Un afiliado que encuentra a otro de otro grupo, desconocido para él, se lamenta de dolor en un *scagghiuni* (diente); sigue un intercambio de frases que identifica la *cosca* a la que pertenecen, no sin extrañas evocaciones teológicas: “—¿A quién ordenaron adorar? —El sol y la luna. —¿Y quién era vuestro Dios? —Un Ariu. —¿Y a qué reino pertenecéis? —Al del índice”.**[64]** El “Gran Oriente de Monreale”, o bien la local *cosca* de los *stoppagghieri*, para la cual la policía registra rituales idénticos a los del Uditore, aparecerá también en la prensa como una seudologia que decreta vida y muerte para sus afiliados y sus enemigos.**[65]**

Estamos, por lo tanto, como diría Turrisi, frente a una secta o un conjunto de sectas que tienen en común los mismos rituales. Esa homogeneización de distintas organizaciones que se presentan como locales se explica por la experiencia de la política pero también por el arresto domiciliario de Ustica y Favignana, por la cárcel palermitana de Ucciardone, que representa “la universidad del crimen”, o bien —según declara en 1866 el marqués de Rudinì— “una especie de gobierno”**[66]** de las *coscas*. Allí Salvatore D’Amico, futuro *pentito* de los *stoppagghieri*, presta —como se dirá— juramento y es iniciado en los secretos de la organización. Por lo demás, ya en el periodo borbónico, la cárcel representaba un punto de encuentro entre detenidos políticos y comunes, lo que nos lleva de vuelta al cruce de criminalidad y *Risorgimento*, a la entrada en escena del concepto de *mafia*, en la comedia de Rizzotto y Mosca, en la que un gran patriota (posiblemente Crispi, un poco como ocurría con Spaventa en la confesión de *don Peppino*) enseña a los facinerosos a orientar hacia el bien su deseo de organización; en particular, a constituir una sociedad de socorros mutuos.

En realidad la mafia está emparentada con el fenómeno mucho más amplio del asociacionismo popular, en sus albores frecuentemente sectario y conspirativo. Y frente a sociedades secretas como las de la *posa*, que con métodos terroristas inducen a la coalición a los trabajadores de los molinos de Palermo a fin de obtener el control monopólico de precios y salarios, la policía palermitana en la realidad de los hechos, y no en la ficción escénica, invita a constituir sociedades de socorros mutuos. Por lo demás, en adelante muchas veces veremos a las *coscas* mezclarse con instituciones formalizadas, las típicas de un asociacionismo popular en expansión: los *fasci* sicilianos, las cooperativas agrícolas (y no hay que olvidar, en la versión estadunidense, los sindicatos) y en algunos casos también organismos más tradicionales como las cofradías, desempeñarán su papel. Pero el área donde parece posible vislumbrar una mafia "popular" es la de Agrigento y Caltanissetta, donde al ambiente latifundista se superpone el del azufre, el de los empresarios de las minas y, como se ha dicho, de los propios trabajadores azufreros.

El minero del siglo XIX, por otra parte, no es tanto un proletario, sometido a una disciplina y una jerarquía de la empresa, como el jefe de un grupo que obtiene por licitación (incluso asociándose con otros) la explotación de una galería, teniendo a sus órdenes ayudantes y peones. Para ese empresario minúsculo, la capacidad de emplear la violencia es una cualidad profesional, "el delito de oficio […] es también un accidente de trabajo": de hecho sirve para reglamentar la competencia entre los "partidos" que se disputan la explotación de las vetas mineras.[67] Azufreros son la mayoría de los afiliados a la *fratellanza* de Favara, procesada como *cosca* mafiosa en 1885, caracterizada también por los mismos rituales del Uditore y de Monreale, aquí definidos por un magistrado como "una extraña mescolanza de misticismo y cábala, de conceptos sacros y de insípidas vulgaridades".[68] Significativamente, es en esa vertiente agrigentina que Luigi Pirandello ambientará (1910) un relato sobre una liga campesina que utiliza el abigeato —con la habitual *componenda* para la restitución de lo robado— como instrumento de contratación salarial con los terratenientes. Parece una aplicación de la teoría de Eric J. Hobsbawm sobre la mafia como forma primitiva de lucha de clases. Sólo que el escritor siciliano muestra un realismo algo mayor que el del historiador inglés: para él no hay ningún socialismo salvador destinado a rescatar esos arcaísmos al advenimiento de la modernidad, sino que más bien —al alejarse la motivación política y autodisolverse la liga— el mecanismo mafioso se consolida y termina por funcionar por sí solo, según su propia lógica de protección-extorsión.[69]

El caso de la *fratellanza* indica que los modelos de organización mafiosa circulan en escala interprovincial ya en el paso de la década de 1870 a la de 1880. Favara y otros pueblos de la región de Agrigento representarán también en el futuro núcleos de irradiación del fenómeno, aunque siempre —en mi opinión— menos importantes que los pueblos de la provincia de Palermo y la propia capital. En el área del azufre tenemos además una caracterización social de los mafiosos más "baja" que la que se

encuentra en otras partes. Ciertamente es significativo que Franchetti haya excogitado la definición "facinerosos de clase media" justamente pensando en la condición social de los *capomafia* de la provincia de Palermo, y también en su mayor capacidad de funcionar como intermediarios entre la criminalidad común y los estratos superiores. En la provincia de Palermo, gracias a la "extraordinaria aglomeración" de las *coscas;* es decir, a su capacidad de cubrir el territorio y mantener una relación de reciprocidad entre ellas, podemos distinguir los contornos de una organización de tipo horizontal, definida por el sistema de las afiliaciones mafiosas, lo cual no excluye sino que más bien presupone una serie de retículas de tipo vertical que ligan a los mafiosos con los propietarios, el submundo con el mundo superior, involucrando a sujetos de calidad social diferente, ineluctablemente marcadas por el principio de autoridad y el poder de clase.

En conclusión, desde Palermo la aristocracia más o menos nueva del siglo XIX domina la propiedad de tierras en Sicilia occidental y controla el mercado de los arrendamientos, pero en los pueblos y en los suburbios de la propia capital tiene que enfrentarse con el vasto mundo de los facinerosos. Se afirma al día siguiente de la Unidad, para después arraigar en el sentido común, la contraposición entre la zona oriental y la zona occidental de la isla, una "tranquila" y la otra "criminal": la parte principal de esta última es justamente la provincia de Palermo, que en 1871 aporta 1 265 de los 1 877 prófugos sicilianos.**[70]** Palermo es la "ciudad de la revolución", pero es también una ciudad en la que —según la malévola interpretación de los funcionarios borbónicos— "viven 40 000 proletarios, cuya subsistencia depende del azar o del capricho de los grandes".**[71]** Tales "grandes" intentan manejar el proceso revolucionario y negociar su propio papel en el nuevo Estado, sin Catania y Messina y con frecuencia contra ellas, sin y contra la parte oriental: como se ve en las insurrecciones de 1820-1821, pero también en la de 1866, Palermo identifica en sí misma los intereses de la nación siciliana. La relación entre los facinerosos y los grandes propietarios de Palermo es el elemento decisivo para caracterizar históricamente los orígenes de la mafia y localizar a ésta en la sección occidental de la isla.

3. ¿ORDEN O DESORDEN PÚBLICO?

En un periodo de 130 años, la mafia se ha presentado con frecuencia como un problema "excepcional". Se trata de un error de perspectiva. Vistas en conjunto, las presuntas excepciones se disponen en un esquema cíclico, hecho de emergencias político-criminales en el curso de las cuales el fenómeno mafioso sale de su dimensión subterránea y se muestra a los ojos de todos.

La primera de esas emergencias es la de 1875, cuando el gobierno pide al Parlamento que apruebe un proyecto de ley que permita al Ejecutivo, cuando lo

considere necesario, aplicar “medidas extraordinarias de seguridad pública”[72] en los periodos y en las zonas particularmente caracterizados por delitos o “donde existan asociaciones de bandidos, malandrines, cuchilleros, camorristas, mafiosos”. En la práctica se habla solamente de Sicilia. El proyecto autoriza al gobierno a disponer, sin aprobación de la autoridad judicial, arrestos de sospechosos, registros domiciliarios, disolución de asociaciones aunque no se encuadren en las especificaciones del Código Penal; dentro de un límite de tiempo determinado los arrestados podrán ser entregados a la justicia ordinaria o bien puestos en arresto domiciliario previo juicio de una comisión *ad hoc*.

El presidente del consejo, Minghetti, se presenta en la sala en condiciones de particular debilidad. El proyecto ya ha sido rechazado en comisión, con informe del líder de la oposición de izquierda Agostino Depretis, pero se vuelve a presentar casi sin modificaciones. La documentación que se publica muestra que efectivamente la situación del orden público es grave, pero mientras que los militares se declaran en favor de la solución propuesta, los prefectos expresan perplejidad y entre ellos Rasponi, que por prestar servicio en Palermo es *primus inter pares*, termina incluso por renunciar en protesta. El único que muestra entusiasmo es el prefecto de Caltanissetta, Fortuzzi, que como se ha dicho atribuye a la propia libertad política el resultado de 550 muertos en la provincia de Palermo, “tantos como se cuentan en un hecho de armas sangriento, que además allá se renueva cada año”. Después Fortuzzi se detiene en la “perversión moral de esta población para la cual las ideas de justicia, honestidad y honor son letra muerta, y que en consecuencia es rapaz, sanguinaria y supersticiosa”:[73] clamoroso ejemplo (según los diputados de la oposición) de prefecto acostumbrado a “calumniar en masa a la población administrada”.[74] Para muchos isleños es sólo el último de los funcionarios “continentales” que desde 1861 sentencian que Sicilia (o bien todo el Mezzogiorno) no es digna de formar parte de la civilización moderna. Justamente por temor a herir la sensibilidad isleña el ministro del Interior, Cantelli, vacila largamente entre una medida general y una especial para Sicilia, terminando por adoptar una solución que no convence a nadie. Sin embargo, el gobierno no usa la misma prudencia cuando utiliza como modelo las medidas tomadas por los ingleses en Irlanda, mostrando entre las protestas de la asamblea una concepción bastante curiosa de la unidad nacional.

Inútilmente el conde Giovanni Codronchi, nativo de Ímola y hombre de Minghetti, invita a distinguir “la cuestión política de la de seguridad pública”,[75] aunque él no es muy creíble en cuanto principal representante de la línea represiva que pocos meses antes llevó a los arrestos de los republicanos en Villa Ruffi. En vista de la declinación del número de delitos en 1874-1875 (después del pico de 1871-1872), parecen tener razón los que sostienen que el verdadero carácter excepcional de la situación siciliana reside en que han sido elegidos 40 representantes de la oposición de izquierda (sobre un total de 48); la contraposición frontal entre el gobierno y la diputación de la isla hace pensar en el ajuste de cuentas de una partida iniciada en

1861 con la brutal liquidación de la experiencia garibaldina y la marginación de las fuerzas democráticas. Y es Francesco Crispi, el más autorizado exponente de aquella iniciativa, quien exclama: “Convénzanse: estamos sintiendo todavía las consecuencias de una revolución que no fue calmada, no fue sedada en los ánimos”; y Ferrari: “Desearía saber cómo recuerda Palermo a aquel general Govone que le cortaba el agua, y a aquella legislatura que apoyaba al general Govone. La cuestión es política, la política penetra en todas partes”.[76]

La experiencia de 15 años de gobiernos militares, de negación de las libertades estatutarias, de “piamontesismo” de la administración autoriza, pues, a la oposición a pensar que la propuesta de ley de 1875 representa una tentativa tan extrema como instrumental de obtener “obediencia” de una Sicilia totalmente contraria al gobierno. Desde la izquierda se observa que de 1860 en adelante la isla se ha encontrado siempre, con breves interrupciones, bajo un régimen de excepción; que para la lucha contra la criminalidad la Ley de Seguridad Pública de 1871, pedida justamente por Medici, ya da al gobierno poderes amplísimos porque facilita la amonestación que debería solucionar el problema de la presunta inconfiabilidad de los tribunales y sobre todo de los jurados de la isla. Por lo demás, observa la comisión Depretis, demasiadas veces ese instrumento representa un sustitutivo del judicial: “El veredicto […] de la opinión pública, pronunciado y a veces adivinado a puertas cerradas por los agentes del gobierno, no puede ser base de un juicio ni fundamento de una condena”.[77] La amonestación sigue una lógica totalmente policial, por más que desde 1865 se ha exigido al consejo municipal su revocación.[78] De hecho, puede representar una condena, por cuanto su contravención lleva a la cárcel o al arresto domiciliario; véase por ejemplo hasta qué punto las instrucciones de Medici a sus subalternos acentúan el carácter antijurídico de un circuito vicioso totalmente basado en la fama del sospechoso y el arbitrio del funcionario:

> Puesto que la contravención a la amonestación consiste en la persistencia del advertido en causar sospechas, en la mala fama y en ese complejo de circunstancias que dieron lugar a la denuncia, para pillarlos en contravención bastará con sorprenderlos en un hecho o acto de tal naturaleza que haga revivir las sospechas contra ellos.[79]

Por lo demás, las numerosas fricciones entre los dos poderes del Estado se deben también a una justificada prudencia de la magistratura en los procesos políticos, lo que arroja una luz diferente sobre las acusaciones de tibieza que le han dirigido jefes de policía, prefectos y comandantes militares sobre la cuestión del hampa; ya en 1865 el patriota de Catania Gabriele Carnazza había abandonado la toga para defender de una escandalosa acusación amañada a algunos representantes locales del partido borbónico,[80] demostrando así que la convergencia entre “rojos” y “negros” podía realizarse en el plano de la defensa de las libertades amenazadas más que en la

perspectiva insurreccional temida (¿o auspiciada?) por la derecha. Esa temática fue evocada en la discusión de 1875 por el diputado napolitano de izquierda Diego Tajani, quien con abundancia de detalles expone las divergencias que entre 1868 y 1872, siendo procurador general del rey en Palermo, lo enfrentaron al prefecto general Medici y al jefe de policía Albanese: "Un día los curas, los reaccionarios, los autonomistas conspiran y están dispuestos a realizar atentados; una semana más tarde nadie ha oído hablar de curas, reaccionarios ni autonomistas; un día los bandidos pululan por los campos y casi amenazan las puertas de la ciudad; al día siguiente no se habla más de bandidos".[81] Y además, abuso de la amonestación para intimidar a los opositores, protección de delincuentes y sustracción de los mismos a la autoridad judicial, o bien arrestos y detenciones arbitrarios incluso después de la absolución por el tribunal. Sólo quien "no sepa nada de esas cosas" podría votar en favor del proyecto del gobierno.[82]

En vista de tales precedentes, uno se pregunta con qué títulos pide el gobierno que se le concedan poderes excepcionales, y qué garantía hay de que no los emplee para fines políticos. Fortuzzi, líder del extremismo prefectural, representa un ejemplo del posible uso instrumental de las temáticas criminales, como lo demuestra el caso del barón Angelo Varisano, viejo mazziniano acusado de favorecer a colaboradores de la criminalidad y absuelto después de la sublevación de la opinión pública, en la que participó entre otros el joven Napoleone Colajanni.[83] Las medidas se aprueban por un margen mínimo, entre un *crescendo* de indignación que en Sicilia sólo se aplacará con la caída del gobierno de Minghetti (marzo de 1876).

Para responder a los mil porqués suscitados por el gran choque de derecha e izquierda, que es a la vez una feroz controversia periodística, se ha constituido mientras tanto una comisión parlamentaria para investigar las "condiciones sociales y económicas de Sicilia", bajo la presidencia de Giuseppe Borsani.[84] Así, aun cuando los aspectos políticos de toda la cuestión parecen predominar una vez más sobre los aspectos criminales, se hace accesible un material de extraordinario valor cognoscitivo, que arroja una primera luz sobre el fenómeno mafioso. A las actas de la discusión parlamentaria, a la rica documentación anexa en ocasión de la presentación de la Ley de Seguridad Pública, se agregan las numerosísimas entrevistas y la relación final de la Comisión investigadora, firmada por Romualdo Bonfadini, y al mismo tiempo se imprimen, en contraposición a esta última, los volúmenes derivados de la investigación "privada" de Franchetti y Sonnino, mientras se publican también otras intervenciones, entre las que destacan las dos *Lettere meridionali* de Pasquale Villari sobre la camorra y la mafia.[85] En el breve periodo de dos años, 1875-1876, tenemos finalmente un conocimiento de qué es la mafia, cómo se ubica en la política, en la economía, en la sociedad de la nueva Sicilia y de la nueva Italia.

Es útil partir de las adquisiciones de la relación Bonfadini, no tanto por la mediocre definición de mafia como "solidaridad instintiva, brutal, interesada, que une en perjuicio del Estado, de la ley y de los organismos regulares, a todos los

individuos y los estratos sociales que prefieren obtener su existencia y comodidades, antes que del trabajo, de la violencia", como por la distinción entre "tres tipos" de amenazas: una predisposición a los "delitos de sangre" que la isla entera tiene en común, el "bandidaje rural" practicado sobre todo en las provincias de Agrigento, Caltanissetta y Palermo, y las "asociaciones de malhechores" difundidas "con gran prevalencia" en esta última provincia.**[86]**

Algún intelectual siciliano intenta contrabandear el bandidismo como mercancía de importación, tomando como pretexto el origen calabrés del primer y más famoso bandido posunitario, aquel Angelo Pugliese, conocido como *don Peppino el lombardo*, apresado y llevado a juicio en 1868, de cuya banda derivan por escisión muchas de las posteriores.**[87]** En cambio, el fenómeno está históricamente bien arraigado en Sicilia como en otros sitios del Mezzogiorno, y entre el periodo borbónico y el posunitario mostrará una notable continuidad de métodos y de características en las áreas de influencia que desde la parte occidental tocan la oriental sólo en los distritos limítrofes. Muy activos son los grupos Rocca-Rinaldi, entre Cefalù, Mistretta y Nicosia; Leone, entre Términi y Cefalù; Capraro-De Pasquale, entre Sciacca, Corleone y Términi; Vaiana, entre Agrigento y Bivona; caracterizados también, por sus municipios de origen, con los nombres de *vallelonghesi* y *valledormesi*.**[88]** Es decir, las bandas no son muchas y en apariencia son pequeñas (entre tres y 10 personas), pero aumentan "por el eventual concurso de campesinos que se suman a ellas para participar en un botín grande y después vuelven a colgar el fusil en la pared y regresan al trabajo en los campos", mientras que alguno, "que no participa directamente en la consumación de los delitos, prepara en la sombra los medios, hace llegar los avisos, protege y asegura los escondites, cuida las defensas".**[89]** Los bandidos se mueven en espacios más o menos defendidos por las fuerzas del Estado, por los guardias a caballo, por las milicias privadas. Ya sea que se dediquen a la rapiña, al abigeato o al secuestro de personas, necesitan interlocutores para conservar o para colocar en el mercado todo lo que se han procurado. En algunas zonas recorren armados los campos, en otras se limitan a traficar y a permanecer escondidos: es el caso, entre otros, de los prófugos capitaneados por un herrero de Favara, cierto Sajeva, que según las autoridades militares "tienen un compromiso tácito con los favareses […] sus delitos los llevan a cabo en los municipios de Grotte, Racalmuto y Canicattì, hasta Licate y Girgenti, pero […] si tocan a alguien de Favara es sólo para ejecutar una venganza por encargo de Fulano o de Mengano".**[90]**

Por lo tanto, "a diferencia del napolitano" —es decir, continental—, el bandidismo isleño "no está solo",**[91]** sino que necesariamente vive en una densa red de relaciones entre los delincuentes y la población, interpretables como complicidad abierta, como relaciones clientelares y de buena vecindad, como síntoma de prudencia o de terror, complejo que en su conjunto las autoridades llaman *manutengolismo; manutengoli* son tanto los elementos que aseguran a las bandas el

aparato logístico y obtienen beneficio de ello, como los pobres campesinos obligados a dar refugio a los bandidos o bien reacios a dar información a la “fuerza”. *Manutengoli* son los ciudadanos eminentes, los propietarios que mantienen relaciones con los facinerosos por justificado temor por su vida y sus bienes, por cobardía o por demostrar que su propia *auctoritas* está por encima de la ley común. Los términos de intercambio son universalmente conocidos: el notable ocultará en sus propiedades al bandido, le proporcionará información o, por lo menos, permitirá tácitamente que le sea proporcionada por sus empleados y sus arrendatarios; en cambio, el bandido evitará los actos hostiles contra los familiares, clientes e intereses del protector-protegido, y más bien le hará favores volviéndose contra sus adversarios. Igual que en Favara, es posible que los bandidos intervengan en los conflictos municipales como brazo armado de una de las facciones; por ejemplo, en la disputa entre dos familias eminentes de Partinico, los Scalia se sirven del bandido Nobile para matar a un hijo del notario Canizzo, quien para vengarse recurre a algunos asesinos de Monreale.[92]

En su indeterminación, la palabra *manutengolismo* refleja el carácter de hechos y relaciones, las mil ambigüedades determinadas por un ambiente que hace difícil la distinción entre Estado de necesidad y libre elección. Prefectos, jefes de policía, delegados, militares, funcionarios de rango modesto o elevado de la época de la derecha acusan a los propietarios de cobardía si no de complicidad; la izquierda y gran parte de la opinión pública devuelven la acusación hacia las autoridades que no son capaces de asegurar los derechos elementales e incluso criminalizan a las víctimas de chantajes e intimidaciones. Como antídoto contra la mafia y el bandidismo, de muchas partes se evoca el concepto de autodefensa en armas de los propietarios, elemento ideológicamente importante para un Estado de clase, de constitución reciente y futuro todavía incierto. Se confieren elogios y medallas a quienes “armados hasta los dientes” salen a caza de los bandidos, como en un episodio de 1873 protagonizado por los hermanos Matrona de Racalmuto;[93] en el aparato militar que muestran los latifundistas se depositan esperanzas excesivas, como las de un oficial continental para quien “si Sicilia tuviese necesidad de defenderse contra el extranjero, podría organizar un ejército de gente ya perfectamente armada para una guerra de montaña, con fusiles de retrocarga, de caño doble, y buenos tiradores”.[94]

Pero es evidente que la práctica de la autodefensa privada implica, entre delincuentes y propietarios, las mismas negociaciones de potencia a potencia que representan uno de los nudos de la cuestión. Mangiameli escribe:

> La opción antibandidismo de los notables locales se convierte en un importante rito de fidelidad al Estado […] Y, sin embargo, el reconocimiento del monopolio estatal de la violencia es sólo teórico, tanto de parte de las élites como de los propios funcionarios gubernamentales: el Estado pide y agradece una participación en las

> acciones contra el bandidismo y con ello invita a una vigilancia armada que en los hechos reproduce el problema de una pluralidad de fuentes de poder cuya legitimidad depende también del uso de la violencia.[95]

La idea de la soberanía de la ley, por lo tanto, tiene dificultad para afirmarse en contra de la difusión de la fuerza privada y de la propia reaparición cíclica de la teoría o la práctica de los gobiernos de excepción. Por lo demás, los mismos funcionarios que piden procedimientos liberticidas contra la criminalidad son también los que con la mayor desenvoltura emplean a la propia criminalidad, o sea, la mafia, como instrumento de "gobierno local".

Es la tesis que Tajani expresa en el Parlamento y arroja a la cara de la opinión pública nacional de manera que suscita un eco enorme, superior al de las intervenciones de los líderes de la izquierda, Crispi y Depretis. Los miembros de la oposición, no sin retórica y grandes despliegues de indignación por las calumnias contra Sicilia, habían insistido en las ilegalidades gubernamentales pasando más o menos en silencio por la mafia. En cambio, Tajani admitía con tranquilidad que particularmente en Palermo, pero también en Agrigento y Trápani, negar la existencia de la mafia era como "negar el sol"; que la mafia tenía la consistencia de algo "que se ve, se oye, se toca":

> Allí el delito no es más que una transacción continua; se hace el billete de chantaje y se dice: podría quemar sus cosechas, sus viñas, no las quemo pero déme algo que corresponda a la sustancia de usted. Se secuestra y se hace lo mismo: no lo mato pero déme algo si quiere seguir incólume. Se ve a grandes jefes de la mafia que se plantan en el centro de alguna propiedad y dicen: le garantizo que no habrá robos, pero déme un tanto por ciento de sus ganancias.[96]

Transacciones, pues, entre propietarios y mafiosos, pero también entre los mafiosos, los prófugos, la autoridad; entre las cuales la máxima consiste en proporcionar salvoconductos a los bandidos para que eliminen de cualquier manera a otros bandidos, sistema empleado muchas veces en el periodo de Medici, con frecuencia con resultados desastrosos como en el caso del ya citado bandido Di Pasquale "que con el propósito de hacer el *bien* la policía *lanzó* en medio de la sociedad civil"[97] y que en la década de 1870 representó uno de los mayores problemas para el orden público. Según Tajani, y muchos otros con él, las autoridades entraron por ese túnel al día siguiente de 1866, cuando la torpeza del jefe de policía Pinna, debida a la "acostumbrada ignorancia de la situación local", había conducido a la rebelión. En esa ocasión el prefecto Medici se había apoyado en el jefe de policía Albanese, que como sabemos era un admirador de Salvatore Maniscalco, famoso jefe de la policía borbónica después de 1848. Ya por ese camino, Albanese había

cooptado entre otros a cierto Salvatore Marino de Monreale, “pésimo sujeto, el cual […] tenía sus relaciones con cuatro o cinco falsos republicanos, por un lado, y con el partido clerical, por el otro, y al mismo tiempo era uno de los principales agentes secretos de la policía”, al punto de que en 1869 proporcionó la información exacta para el arresto de Mazzini apenas éste desembarcó en Palermo**[98]**. Pero el entrelazamiento de revolucionarios y hombres de orden, de guardias y ladrones, iba más allá. Al año siguiente, por obra del procurador general, de un grupo privado de investigadores y quizá de los carabineros, fue descubierta una banda que había llevado a cabo robos muy sonados, con participación directa, además de Marino, de varios policías, entre ellos un agregado personal al gabinete del jefe de policía, un tal Ciotti en cuya casa se encontró parte del botín.

La participación de la fuerza pública en actividades delincuenciales era una praxis sobre todo en el caso de los milicianos a caballo. Igual que las guardias rurales en los municipios, éstos estaban obligados hasta determinada cifra a resarcir de las pérdidas por robo a los propietarios de su circunscripción y, por lo tanto, estaban interesados en evitar los delitos o eventualmente reparar sus efectos; no lo estaban tanto en capturar a los delincuentes, especialmente si podían encaminarlos hacia otras zonas en las que ellos no fueran responsables. Nótese la similitud entre los guardias estatales, los municipales y los privados, todos los cuales realizaban sus finalidades institucionales a través de una negociación continua con los malvivientes. Y efectivamente con frecuencia se trataba de ex presidiarios que, como admitía tranquilamente Albanese, “siendo también ellos *manutengoli*, [tienen] relaciones aquí y allá y por eso [son] respetados”.**[99]** Su posición en la red de las relaciones entre instituciones, propietarios y malvivientes variaba de caso en caso, y en muchas circunstancias existía la sospecha de que eran ellos los que amenazaban o realizaban los delitos.

A partir de la Unidad, el cuerpo de los milicianos a caballo había sido varias veces restructurado, suprimido, reexhumado. Filippo Cordova y otros de la izquierda pidieron su eliminación, contra la derecha que pedía su reforma. Entre los defectos de la institución y su utilidad frente a la ineficiencia de los carabineros, los guardias de Seguridad Pública, el ejército, Bonfadini tomó partido recordando que los triunfos en la lucha contra el bandidismo se debían precisamente a los milicianos:

> El miliciano a caballo […] representa, en la fase actual de los humores, la única fuerza apta para romper ese estrato de desconfianza que hay entre la población y la autoridad. El miliciano no es continental, no representa funciones odiosas […] no presta su mano para ejecuciones fiscales. Las informaciones que un brigadier de los carabineros necesitaría una semana para obtener, que un capitán del ejército posiblemente no conseguiría nunca, el miliciano las obtiene

en un cuarto de hora de coloquio en confianza con las comadres de su pueblo o con los borrachos en la taberna.[100]

La descripción está totalmente endulzada, en cuanto los conocimientos de los milicianos no derivan de comadres y borrachos sino de bandidos y *campieri*. Además, es difícil distinguir entre seguridad pública y privada: Pietro Landolina, barón de Rigilifi, por ejemplo, se jactaba de haber evitado en una ocasión el secuestro del barón Sgadari gracias a las informaciones que le había proporcionado un fantasmal señor A, así como a la capacidad de alertar a los milicianos comandados por un gran amigo suyo; mientras que en una segunda ocasión la operación habría fracasado debido a la estólida interferencia del habitual Fortuzzi.[101] Esto quiere decir que la acción de los milicianos podía hacerse más o menos eficaz según la presión ejercida por el poder político (el prefecto) o social (los propietarios) para la captura de un bandido o la tutela de un objetivo; la falta de oposición también formaba parte del sistema de relaciones entre los propietarios, los bandidos y los guardianes del orden. En 1874 ocurrió en Misilmeri que la disolución del cuerpo de los guardias rurales provocó una súbita caída del número de delitos, pero en general las guardias se cuidaban de tales eventualidades protegiendo a los exponentes de la facción gobernante de un pueblo, dejando el campo libre para los miembros de la oposición.

Era lo que ocurría en Monreale, donde según la voz pública los delitos eran cometidos con la aprobación de un tal Lo Biundo, comandante de la guardia nacional, y de una camarilla formada por personas colocadas en los puestos estratégicos para la defensa del “orden”. En 1869 dos prófugos se declararon dispuestos a denunciar la situación, pero antes que pudieran ser oídos por la autoridad judicial cayeron en una emboscada, al parecer, por obra de Lo Biundo y los suyos. De acuerdo con Tajani, el juez Salvatore Barraco dirigió sus indagaciones contra ellos, pero Albanese lo llamó y lo invitó a no insistir por cuanto los dos eran “facinerosísimos”, de modo que “razones de orden público habían inducido a la autoridad a ordenar su muerte”.[102] De ese episodio había salido una orden de captura contra el jefe de policía como mandante del asesinato, su absolución sólo por insuficiencia de pruebas y la renuncia del procurador que en la discusión de 1875 habría estigmatizado esas conexiones entre la mafia y la autoridad pública. La jefatura de policía daba un mandato a personajes como Lo Biundo, y cuando éstos exageraban “llamaba a esos *caporioni* y decía: “Bueno, demasiado es demasiado, cumplan sus promesas”.[103] Más allá de las responsabilidades penales, un hilo muy firme ligaba a Lo Biundo, Marino, Ciotti, Albanese y Medici.

Ya antes del discurso de Tajani, Rasponi había considerado “absolutamente [necesario] abandonar” el sistema “que en Palermo ha durado desde Maniscalco hasta el jefe de policía Albanese”; según él, al destinarlo a la prefectura de Palermo el ministro Cantelli le había encargado llevar el servicio de policía a la modalidad “de

los pueblos civilizados”; es decir, excluir los “elementos mafiosos”.[104] ¿Era la mafia una especie de “policía secreta”? La expresión fue utilizada. Las locuciones *mafia oficial* y *alta mafia* muestran la difusa percepción del vínculo con una finalidad de orden, o de control del desorden, que involucraba los 15 años de gobierno de la derecha. Cordova afirmó:

> Se ha dicho por algunos periódicos que nosotros no queríamos la ley excepcional porque éramos amigos de la mafia, en otros términos, que éramos *manutengoli* […] Pues bien, señores del gobierno, el centro de la mafia está en las filas de vuestra fuerza pública y, naturalmente sin saberlo, los *manutengoli* sois vosotros.[105]

4. Bajo la lente de Franchetti

La comisión investigadora presidida por Borsani y Bonfadini, aunque está en manos de moderados, no cancela la derrota sufrida por la derecha en 1875. Apunta a remendar las fracturas en el interior de la clase dirigente, dando espacio a los reclamos de la izquierda siciliana que quiere hablar de puertos, de ferrocarriles, de las exigencias de una sociedad económicamente en ascenso.[106] El hampa, la mafia, el aparato policial y judicial permanecen en el centro de la atención, pero el riquísimo material recogido no se publica y la relación de Bonfadini termina por representar un resultado de perfil bajo.

Los juicios expresados en 1875 por los funcionarios de la derecha permanecen sin defensa y aparentemente indefendibles; la compacta oposición de la clase “de orden” a medida para la tutela del orden parece representar en sí misma una condena. La réplica, más que a una investigación oficial, corresponde a la “privada” de dos jóvenes intelectuales toscanos, Leopoldo Franchetti y Sidney Sonnino, simpatizantes de la derecha pero convencidos de que es preciso refundar conceptualmente las cuestiones después de la derrota inevitable del gobierno de Minghetti, y de que es posible demostrar “científicamente” la absoluta insuficiencia del estrato dirigente siciliano y, por consiguiente, de la izquierda meridional que con la victoria electoral de 1874 era candidata al gobierno de la nación. Sonnino se ocupa de la condición de los campesinos, critica como inicuos los pactos agrarios, propone la medianería al estilo de Toscana como camino obligado para la reducción de la tasa de violencia y de conflicto en las relaciones entre clases.[107] Franchetti no enfrenta explícitamente el problema de la mafia, sino que se eleva a los temas generales de la política y la administración local, de una clase dirigente acostumbrada a considerar las instituciones como instrumento de dominio, incapaces de elevarse a la concepción *moderna* de la cosa pública en que el ejercicio del poder pasa por la impersonalidad de la ley y los egoísmos de los estratos superiores son moderados por una paterna

solicitud por los intereses de los estratos subalternos. Por la forma tardía e incompleta en que salió del feudalismo, Sicilia no está en condiciones de hacer realmente propia esa concepción, que en el plano formal prevalece desde 1860, con la imposición de un orden jurídico derivado de un nivel superior de evolución histórica: de ahí la recíproca funcionalidad de las dos temáticas, político-institucional y económico-social, de los volúmenes de la *Inchiesta*. Afirma Franchetti:

> El sustantivo *mafia* encontró dispuesta una clase de violentos y facinerosos que no esperaba otra cosa que un sustantivo que la designara, y a la cual sus características y su importancia especial en la sociedad siciliana daban derecho a un nombre distinto del de los vulgares malhechores de otros países.[108]

Sin embargo, el término no representa el "hecho social completo" de un fenómeno cultural más general, el "comportamiento mafioso", verdadera "*manera de ser* de [esta] sociedad". Al referir el adjetivo *mafioso* no necesariamente a un criminal sino a cualquier individuo que quiere "hacer respetar sus propios derechos, haciendo abstracción de los medios que emplea para ese fin", el joven estudioso evoca el sentido común isleño, "juez competente en esta materia". Piénsese en efecto en el marqués de Rudinì, que en ese mismo periodo distingue una o varias mafias delincuenciales "malignas" de una "mafia benigna […] espíritu de valentía, ese no sé qué de disposición a no dejarse dominar", que representaría un patrimonio común a todos los sicilianos.[109] Pitrè, por su parte, reduce la mafia a "intolerancia" de la "prepotencia ajena", y maliciosamente deja de lado el aspecto propiamente criminal en favor del referente a una cultura difusa, por lo demás vista con ojos muy benévolos; pero en sustancia hasta el adjetivo *benigno* empleado por Rudinì deja entrever una tentativa de diluir la relación entre la condición general de la isla y la existencia de organizaciones mafiosas, que, sin embargo, en los años sesenta el propio Rudinì desde la derecha y Turrisi desde la izquierda habían colocado en el centro del escenario. Evidentemente el choque frontal de 1875, o incluso una mejor relación entre la clase dirigente y la propia criminalidad, induce a esta elaboración (¿instrumental?) del análisis, a la condensación de lo que Pezzino llama el "paradigma" mafioso.

En Palermo alguien le dirá abiertamente a Franchetti que él mismo es un mafioso, evidentemente en el sentido de un hombre con fuerte conciencia de sí mismo. Tomo la noticia de los apuntes de viaje de Franchetti, recientemente publicados,[110] que arrojan luz sobre muchos aspectos, y en particular sobre el hecho de que "la opinión de los sicilianos" recogida por él no es sólo la de la clase dirigente —lo cual parece obvio— sino en gran medida la de la propia mafia, o bien de personajes directamente coludidos con ella. En su viaje hacia el interior, los dos gentilhombres toscanos discuten en Alia con Guccione y en Valledolmo con Runfola; es decir, con las dos

figuras máximas de *gabellotti manutengoli*, quienes se explayan sobre la ineficacia de la seguridad pública y sobre las relaciones entre mafia y bandidos. En Palermo Raffaele Palizzolo, el diputado que volveremos a encontrar en el centro de las más estrechas relaciones entre mafia y política, admite que no tiene problemas con bandidos en sus tierras de Alia gracias a las buenas relaciones que mantiene "su hermano", se jacta de la amistad de Medici y define como tramposo a Albanese, a quien él —como por lo demás todos los entrevistados— considera culpable de las acusaciones de Tajani.**[111]** Pero la fuente principal de la indagación es aquel abogado Gestivo a quien ya hemos visto como apologista de Giammona. Gestivo define como mafioso a Albanese y como apenas deshonesto a Medici, y encuadra el asunto en el contexto más general de la historia posunitaria, partiendo del asesinato de Corrao y continuando con los movimientos de 1866, que juzga el punto central de todas las ilegalidades gubernamentales. Mucho menos enfática, con respecto a las declaraciones publicadas por la comisión parlamentaria, es la defensa de Giammona, que según Gestivo es blanco de ataques de la autoridad gubernamental por ser el jefe electoral de la izquierda en Monreale y por ser enemigo de Licata en el ambiente de la Conca d'oro. Aquí —admite tranquilamente Gestivo— florecen asociaciones de mafia para la gestión monopólica de la gabela y de la guardianía, dotadas de "estatuto y afiliación. Muchas de Palermo extienden su acción hasta Términi o por lo menos mantienen correspondencia y se entienden con sociedades similares de aquella región".**[112]** Absolutamente no trivial es la descripción de los orígenes sociales de los bandidos, procedentes de la clase media, así como el juicio sobre los nobles, "verdadero fundamento de la mafia", que en realidad no choca con la tesis de que los *gabellotti* y la mafia sirven para limitar la libertad de acción de los propietarios.**[113]** Sin disimulo, finalmente admite la denuncia de las relaciones entre los Nicolosi y *don Peppino el lombardo*, y del complot judicial llevado a cabo para salvar a los primeros y condenar al segundo.**[114]**

Como se ve, nadie niega la existencia de la mafia, contrariamente a lo que podría hacer pensar un sentido común superficial. Cada uno da al viajero su propia interpretación, más o menos instrumental: la mafia es un código cultural inocuo, o bien se trata de una organización peligrosa, pero alimentada por otros, y en particular por el gobierno. Según los dos hombres de la izquierda moderada, Turrisi y Gestivo, serían mafiosos Licata y Albanese, pero no Giammona; serían *manutengoli* los Nicolosi (antes borbónicos y después cercanos a Medici), pero no ciertamente los propietarios "obligados" a dar asistencia a los bandidos. Eso me confirma en la idea de que la mafia, desde sus orígenes hasta los *pentiti* actuales, siempre da, directamente o a través de sus protectores, una interpretación de sí misma en la que a menudo se sobreentiende que la ausencia del Estado requiere la organización de una mafia buena, defensora y protectora, que se contrapone a la mafia mala, cruel y sanguinaria. En esa fase del siglo XIX el cuadro se complica todavía más por la extraordinaria capacidad de hombres como Gestivo o —más aún— Turrisi para

juzgar, por así decirlo, desde afuera un fenómeno en el que en cambio están profundamente involucrados.

Ignoro cuánto sabe Franchetti sobre el papel que desempeñan las personas con las que habla en la jerarquía mafiosa que él les pide que interpreten.[115] Seguramente el viajero se da cuenta claramente del carácter instrumental de todos los análisis que le proponen. De ahí su convicción de que en las condiciones de Sicilia la moralidad y el derecho no pueden derivar más que de la fuerza: contra la cual puede levantarse otra fuerza, pero siempre ligada al individuo, a la facción o a la clientela. Así hace suya la tesis que se le propone, según la cual lo mafioso es esencialmente un comportamiento, pero sin la indulgencia habitual hacia su presunta forma benigna. Así, la argumentación adquiere un carácter personalísimo, tomando casi el aspecto de un teorema que con extrema lucidez extrae las conclusiones de las premisas, desdeña los datos empíricos y resulta convincente aun cuando (o quizá justamente porque) evidentemente los lleva al extremo, como en la descripción de las empresas y las adhesiones de los bandidos. Nos encontramos frente al texto fundamental para las sucesivas explicaciones socioantropológicas, que por lo demás se mantendrán, todas, muy por debajo del modelo, en cuanto asumen el concepto de la *consecuencialidad* entre los antecedentes culturales y el fenómeno mafioso, pero descuidan la necesaria *distinción* entre una cosa y otra, que en cambio en Franchetti deriva de la existencia de una “clase con industria e intereses propios, una fuerza social independiente”,[116] la de los malhechores.

Para Franchetti la dialéctica entre el comportamiento mafioso y la mafia explica las solidaridades ideológicas que contra la autoridad constituida unen a los delincuentes con la población, incluyendo a esa clase de propietarios (o clase media) que en toda Europa es la base de la fuerza de las instituciones liberales. ¿Por qué los propietarios sicilianos no se rebelan contra un orden de cosas que en último análisis reduce su poder cuando, por lo menos en apariencia, les bastaría con “actuar de acuerdo por tres días para hacer desaparecer el bandidismo”?[117] Éste es el tema crucial de la discusión de 1875. El análisis de Franchetti sobre la “democratización de la violencia” en esencia muestra que tiene clara conciencia del hecho de que las claves de la cuestión ya no están, todas, en las manos de la clase dirigente tradicional. Él más bien centra su análisis en la provincia, en el papel que desempeña en la Sicilia posfeudal y posunitaria una élite pueblerina que tiene su base en el control de los recursos locales, económicos (terrenos públicos y ex feudos privados) y políticos (sistema electoral nacional y municipal). Sobre estos temas Franchetti nos ha dejado páginas de tal lucidez que inauguran un *topos* en la polémica meridionalista, de Turiello a Salvémini. Sin embargo aquí estamos frente a un fenómeno generalmente meridional, difícil de vincular directamente con la mafia,[118] mientras que en cambio es más específica de la Sicilia centrooccidental la función de algunas élites pueblerinas en el control de las gabelas y del bandidismo,[119] de donde puede surgir un interés común, una relación más íntima que la de tutela recíproca que liga con

facinerosos a tantos propietarios, aristocráticos o no. "Están formándose casi públicamente patrimonios con el manutengolismo y con la complicidad en los abigeatos",[120] anota Franchetti sin dar los nombres de los que fueron sus interlocutores, los Guccione y los Runfola, o también los Nicolosi, exponentes de esa clase dirigente a pleno título, municipal y provincial, la cual —como nos lo confirma hoy Mangiameli—[121] sale de las crónicas policiales para entrar en las políticas como interlocutor del general Medici o quizá de la oposición.

Las relaciones que Franchetti intenta analizar no son las que existen entre el títere y el titiritero. No sólo los aristócratas palermitanos sino también los notables pueblerinos que van tomando el lugar de los primeros en la propiedad además de la gestión de la tierra, y entre ellos incluso los grandes *manutengoli* señalados como Estado mayor de la mafia, sólo pueden desempeñar su papel a cambio de mantener la justa relación con la sociedad caliente y violenta en la que les toca actuar. Tenemos, pues, una serie de poderes sociales, el del príncipe de Sant'Elia, el de los Guccione, el de Valenza, el de *Peppino el lombardo*, hasta el más evasivo que reside en cada uno de los eslabones de la cadena de protecciones en que se apoya el bandido; poderes, por cierto, desigualmente distribuidos que operan en formas diferentes, pero que están unidos en una red de mediaciones y de contrapesos que no es posible eliminar por voluntad de uno, aunque sea el más fuerte de todos ellos.

En verdad, esa articulación de poderes sólo puede encontrarse definida en forma tan clara en la provincia de Palermo, donde efectivamente se concentran los fenómenos más clamorosos, mientras que Franchetti afirma que el "comportamiento mafioso" afecta tanto a ésta como a las otras "provincias criminales", así como a las "tranquilas" de la Sicilia oriental. Se trata de un punto arduo de su razonamiento. En efecto, la comparación entre las dos partes de la isla hace dudosa la supuesta conexión causal entre el prerrequisito cultural y el extraordinario poder de los malhechores, y todavía falta explicar por qué en la Sicilia oriental la clase dominante habría sabido "conservar preciosamente el monopolio de la fuerza e impedir hasta ahora que la compartieran con ella, sirviéndola, facinerosos ascendidos desde las clases ínfimas de la sociedad";[122] es decir, los "bravos" que originalmente estaban al servicio del poder feudal y después se habían independizado. De hecho, no parece que aquí los propietarios muestren una aptitud militar mayor que los de la provincia de Palermo,[123] y nuestro autor no está dispuesto a admitir que en la región de Siracusa o en la de Catania se haya llegado a un mejor acuerdo entre Estado y sociedad, o bien a una hegemonía social basada en algo más que la fuerza. Su renuncia a explicar la difusión zonal de la mafia y el bandidismo a través de las diferencias socioeconómicas entre las distintas áreas, por ejemplo por el diferente impacto del latifundio (que en cambio está muy presente en Sonnino) o por la tradición de las ciudades con grandes terrenos públicos, parece paradójica para un intelectual tan atento a las modalidades de la disgregación del sistema feudal. Pero en realidad la paradoja es sólo aparente.

Franchetti trabaja en una construcción intelectual que, como sucede con frecuencia, es grande porque es unilateral, si no es que facciosa. En ella la mafia debe aparecer como el elemento revelador, alarmante y repulsivo, de un contexto social totalmente inadecuado a los principios liberales en que se basa el mundo civilizado. En esto se manifiesta como un perfecto epígono de la vieja derecha que, aun predicando la teoría de la "descentralización administrativa" y el autogobierno de los propietarios, había preferido el centralismo por estar convencida de la inmadurez de las clases dirigentes, especialmente las meridionales,[124] inmadurez aún más evidente en 1874-1875, el momento en que éstas pretenden ser socias plenas del gobierno de la nación. La *Inchiesta* representa, por lo tanto, la reproposición a otro nivel de la operación hecha con las leyes de Seguridad Pública. Sólo que Franchetti no propone para Sicilia remedios "excepcionales", sino —un poco como Fortuzzi —[125] una forma de gobierno distinta, lúcida y terrible como todas las utopías reaccionarias. "Los sicilianos de todas las clases y estratos [… son] igualmente incapaces de entender el concepto del derecho". Deben ser tratados como enfermos que se lamentan pero que "no se dan cuenta del cómo y del porqué" de su mal; en realidad, no pueden "entender el fin último de las medidas tomadas o por tomar". El Estado no debe utilizar ninguno de los canales de comunicación que ofrece esa sociedad infectada: a ningún nivel su personal debe ser reclutado entre sicilianos, y naturalmente "para llevar a Sicilia a la condición de un pueblo moderno" el gobierno no debe "en ningún caso" tener en cuenta los deseos, las propuestas y sobre todo las protestas de la opinión pública y de los diputados de la isla.[126]

Esos presuntos "remedios" corren el riesgo de dejar la discusión al nivel de junio de 1875. En Sicilia, la *Risposta all'orrendo libello di Leopoldo Franchetti*[127] no puede ser sino hostil, y no sólo por espíritu conservador o por adhesión a los "valores" de la cultura mafiosa, sino también porque la evidente intencionalidad política del autor aparece como la conclusión del ya largo proceso de instrumentalización del hecho criminal organizado por la derecha. Cualquiera que reflexione sobre el problema de la mafia corre el riesgo de verse trastornado por la superinflación ideológica del tema, como le ocurrió al delegado de policía Giuseppe Alongi que, exponiendo sus ideas a un juez, recibe una reprimenda por seguir la "novela fantástica" de Franchetti, que él en cambio ignora por completo.[128] Y, sin embargo, en algunos momentos el análisis de Franchetti se aproxima al de Tajani; por ejemplo, en que ambos reconocen que los sistemas tipo Albanese minan en su base la credibilidad de instituciones ya tan mal aclimatadas. Pero la acentuación del discurso es diferente en los dos, según la intención política. Para el primero lo que ocurre es que la ética estatal ha cedido a la nefasta influencia de la colectividad regional, de ahí la salida jacobina e irrealista de renunciar a relacionarse con ella; para el segundo la mafia, enemigo peligroso pero al que es posible vencer, se vuelve invencible en cuanto instrumento del régimen. Para Franchetti la infección se origina en la sociedad, para Tajani en la política.

La situación evoluciona al revés de lo que esperaba Franchetti. Cae la derecha, llega al poder una izquierda propietaria y meridional que efectúa una primera homologación entre las secciones regionales de la clase dirigente más allá de las fracturas posteriores al *Risorgimento*. El Mezzogiorno encuentra su Estado. En particular para el estrato político siciliano se inaugura un periodo de influencia que tocará su punto más alto a partir de 1887 con la asunción a la presidencia del consejo del líder de la democracia isleña desde la campaña de Garibaldi en adelante, Francesco Crispi. Pero el punto de cambio, también en nuestro proceso, se produce en 1876 con la previsible renuncia del nuevo gobierno de Depretis a utilizar la Ley de Seguridad Pública. Sin embargo, en el curso del año el orden público en la Sicilia occidental se deteriora nuevamente, incluso con complicaciones internacionales debido al secuestro del comerciante inglés Rose por obra de Antonino Leone, heredero de *don Peppino el lombardo* en el Gotha bandidesco. El ministro del Interior Nicotera, uno de los líderes de la izquierda meridional, llama entonces a un hombre de su confianza, Antonio Malusardi, a la prefectura de Palermo (diciembre de 1876).

5. Mafiosos y bandidos

Entre los métodos de Malusardi y los de Gerra, último prefecto de la derecha, a primera vista no hay mayor diferencia: amonestación y arresto domiciliario, operaciones militares en gran escala, ilegalidad y palizas. “Lo que el *onorevole* Gerra vio obstaculizado todos los días por obra del partido, el comisario Malusardi pudo hacerlo con entera libertad”,[129] escribe Giacomo Pagano, exponente de la derecha pero admirador del nuevo prefecto, con intención de poner en evidencia la incoherencia de una izquierda que ya no es inflexible paladín de las reglas. En realidad, tampoco en este caso faltan las protestas, que durante 1877 desembocan entre otras cosas en un centenar de procedimientos judiciales contra agentes de la Seguridad Pública, entre ellos no menos de 15 contra el inspector Michele Lucchesi, principal colaborador del prefecto; sin embargo, se trata de la reacción de algún potentado local como el barón Antonino Li Destri de Gangi, presionado en el curso de las acciones policiales, antes que de una sublevación sobre temas políticos generales.[130] Después de la “revolución parlamentaria” se realiza una primera desintoxicación de los venenos que durante la época de la derecha habían hecho imposible la formación de cualquier solidaridad en torno a las instituciones.

Malusardi puede así dar pruebas de capacidad de maniobra llevando a cabo la contraofensiva estatal ya emprendida desde mediados de los años setenta, y que entre otras cosas había incluido la captura, la muerte en conflicto, el asesinato de los bandidos Capraro, Valvo, Di Pasquale. La eficacia de las operaciones de los primeros siete meses de 1877 no tiene precedentes: eliminación de varias bandas, muerte de cinco de los bandidos más célebres, entre ellos Leone.

Esos resultados se alcanzan merced a una estrategia de desviación. Como señala también Pagano, frente a la estructura del "malandrinaje" siciliano el objetivo principal "no podía ser la destrucción de los bandidos que de tanto en tanto tomaban los campos, sino la destrucción de la red con cuyo apoyo operaban".[131] Según la policía, la mafia corresponde precisamente a esa red. Podemos hacernos una idea comparando, para las inmediaciones de Cefalù y de Términi, las listas de mafiosos preparadas en 1877, que incluyen respectivamente 123 y 96 fichas personales.[132] Son numerosísimos los presuntos *manutengoli*, activos en el reciclado de bienes robados y en el apoyo a los bandidos así como en la participación ocasional, junto con ellos, en asaltos, abigeatos y secuestros. En ese sentido la lista de Términi, zona de máxima actividad de las bandas, está claramente definida. Por ejemplo, figuran en ella 40 favorecedores del bandido Leone, contra 11 de la otra lista, y en general aquí es más evidente la configuración criminal de los fichados, aspecto que es preciso tener presente recordando el carácter posiblemente arbitrario de esas listas, basadas en la fama del sospechoso, en la buena (o mala) voluntad del funcionario y en particular en la relación del funcionario y del gobierno que representa con los partidos locales, elemento con frecuencia determinante en la inclusión o exclusión de cada persona en la lista. De los datos podemos deducir la modalidad en que los presuntos mafiosos se encontraron en el curso de su vida con la represión estatal, en particular con la amonestación o el arresto domiciliario, puesto que la jurisdicción ordinaria no siempre cumple con su obligación: los fichados de Términi en su mayoría ya han sido alcanzados por lo menos una vez por medidas de seguridad pública, mientras que entre los de Cefalù menos de la cuarta parte ha tenido la misma experiencia, y más de un tercio, aun siendo mafiosos según la "voz pública", no se han cruzado con la justicia nunca. Eso podría indicar cierta tendenciosidad de la información de Cefalù, o bien un mayor mimetismo del fenómeno en los repliegues de la sociedad, considerando también la mayor incidencia del bandidismo en Términi, donde de hecho la misma "voz pública" atribuye a los mafiosos delitos en promedio más graves.

Hasta ahora nos hemos referido a los mafiosos considerados "de segunda categoría", que los compiladores de la lista distinguen de los de "primera categoría" con el siguiente criterio: el nivel superior en la jerarquía criminal corresponde *exactamente* al ocupado en la jerarquía social, de modo que en la primera faja estarán los propietarios y los arrendatarios, notables y profesionistas. La elección es interesante y tiende a dar respuesta al debate sobre la "alta mafia" o "mafia de guantes amarillos", aunque es justo advertir que con el estatus del enlistado asciende el riesgo de instrumentalidad política en la acusación de ser un mafioso. Evidentemente es más variada la configuración social de la segunda faja, que agrupa una criminalidad difundida entre los estratos más diversos, en que la peligrosidad del individuo a menudo es evaluada por los autores de la lista con base en una supuesta capacidad de "influenciar" a los miembros de su propia clase, o a alguna masa de

gregarios no identificada. Sólo en pocos casos encontramos calificaciones ideológicas como *reaccionario* o *internacionalista.* Aquí también abundan los propietarios y los profesionistas, como el notario de Cerda, que está en la lista a pesar de que nunca fue “posible encontrar y poder citar hechos delictivos que puedan atribuírsele directamente”, ni siquiera interrogando insistentemente a la “voz pública”.[133] Desde luego hay *campieri* y caporales *manutengoli*, a veces provenientes de las fuerzas del orden; encontramos al guardia municipal, ex presidiario y ex amonestado, el que en 1865 estaba en arresto domiciliario y se ha convertido en miliciano a caballo, el que en 1875 fue expulsado por *manutengolo* y desde entonces se ha transformado en propietario y contratista de la recaudación de impuestos, siempre en Cerda.[134] El enriquecimiento repentino alcanza a muchos de los hombres de la lista, por lo que parecería que el crimen paga, por lo menos para los policías acostumbrados a considerar significativos dos síntomas: el “cambio de estado” y la facilidad de movimiento en campos generalmente inseguros.

Tomemos por ejemplo a cierto Giuseppe Sansone, alias *Chiariano*, contratista de obras públicas en Términi Imerese que, según nuestros informantes, “es un verdadero mafioso en el sentido más amplio de la palabra”. En 1863 fue arrestado y después absuelto por un asalto, y a continuación fue sospechoso de haber participado en una serie de secuestros. Por esa vía (¿u otras?) ha acumulado “bienes de fortuna”. “Con frecuencia se lo ve recorrer en actitud sospechosa los campos, donde se asegura que mantiene relación con malhechores, ya sea asociados en bandas o aislados”. En su empresa emplea a “muchas personas sospechosas”, esconde a prófugos e incluso para el reclutamiento aparece como enlace con las bandas. Habría prometido públicamente “proteger a los mafiosos que hacían buena carrera, agregando que la mafia era grande y que él se esforzaría por hacer que el *capobanda* Leone asociara a cierto Matteo Neglia, prófugo peligroso”.[135] Estamos frente a figuras de “hombres de negocios” e intermediarios que se mueven entre las áreas rurales y los pueblos, entre un pueblo y otro, dibujando radios de acción ampliamente extralocales, como ocurre con el comerciante de quesos de Términi que viaja con frecuencia a Palermo por sus actividades, pero también “para comunicarse con los capos mafiosos de aquella ciudad y quizá también para proveerse de billetes falsos de los que después se va deshaciendo en varios lugares”;[136] como veremos, la fabricación de billetes de banco es una actividad importante de la mafia palermitana.

Entre las dos listas, la de la comarca de Términi ilumina una sección superior de la pirámide social: más *borgesi* (campesinos ricos), menos labradores y jornaleros, más traficantes (industriales, contratistas), más *civili* (empleados y profesionistas), aunque en la lista de Cefalù destacan los ocho sacerdotes que una vez más suscitan una sospecha de instrumentalidad, teniendo en cuenta la línea dura de Malusardi contra los católicos. La “primera categoría” acentúa la caracterización socialmente elevada de la mafia de Términi, puesto que esta lista (a diferencia de la de Cefalù)

incluye a personajes de gran relieve como los hermanos Guccione, los hermanos Nicolosi y los Torina.

Malusardi ejerce sobre la infraestructura mafiosa una enérgica presión, como demuestra la gran cantidad de individuos pertenecientes a la “segunda categoría” de la lista de Términi que durante 1877 son arrestados o deben pasar a la clandestinidad. Intentando esquivar la amonestación se vuelve prófugo Giuseppe Torina, así como Giovanni Nicolosi. Según el delegado de Seguridad Pública de Caccamo, Torina y su hermano representan “el partido de la alta mafia”; son *manutengoli* en cuyos feudos Leone “encuentra alojamiento y cualquier ayuda”, en cuanto los miembros de la banda han sido “pastores o dependientes de ellos”. En el pueblo, contratistas y empleados municipales se suman a los *campieri* y *borgesi* para formar, alrededor de ellos, un grupo caracterizado en control de la administración del municipio. Es decir, negocios, política local, clientela, delincuencia. Es interesante notar que la ofensiva contra Torina viene inicialmente de Roma, del propio Nicotera, que paradójicamente es quien, citando “informaciones por vía reservadísima”, informa a sus subordinados en Palermo de quién es “el capo de la mafia en Caccamo”.**[137]** El objetivo es impedir la infiltración en las instituciones, pero también aumentar la fuerza del gobierno en las negociaciones: éste hace amonestar a Torina y amenaza con la amonestación a Raffaele Palizzolo, los dos candidatos rivales en la repetición de las elecciones de Caccamo programada para la primavera de 1877, después de ser anuladas por fraude las de noviembre de 1876. Malusardi escribía al subprefecto de Términi:

> Es necesario actuar rápido, puesto que la citación que el juez mandará a Torina influirá en decidir a Raffaele Palizzolo a renunciar públicamente a su candidatura […] siendo deseo del gobierno que ni uno ni otro sean elegidos diputados, porque la elección de uno o del otro no sería expresión de la legítima voluntad de los electores, sino de la [ilegible] y de la prepotencia de la mafia.**[138]**

Palizzolo forma parte del grupo regionalista palermitano, pero tiene intereses en Caccamo como consejero provincial y como enfiteuta del ex feudo de San Nicola, propiedad del seminario arquidiocesano y por lo tanto cotizado como consecuencia de las leyes posunitarias. Sus referentes en la zona son figuras como Domenico Nuccio, pequeño propietario ya acusado de asesinato, amonestado dos veces, favorecedor y “compadre” de Leone, que será perseguido por Malusardi por secuestro y escapará a Nueva York. Éste es el cuadro de la llegada de Palizzolo al pueblo de Ventimiglia,

> seguido por 50 individuos a caballo […] toda gente autocalificada de civilizada, a la cabeza de los cuales venía el famoso Domenico Nuccio y su familia, donde Palizzolo encontró hospitalidad, y cuyo séquito no era otra cosa que una mescolanza de mafia, hampones e

> intrigantes cada uno de ellos […] El objeto de la visita del señor Palizzolo a Ventimiglia y a Ciminna es el de mendigar votos, para ser nombrado consejero provincial.[139]

En 1877 Palizzolo, en efecto, renuncia a la candidatura a la Cámara, evitando la amenaza de la amonestación y el choque con el gobierno. Por lo demás tampoco este último busca el choque. Puede ayudar a comprender esto el caso de Giuseppe Anzalone, propietario de Lercara que había sido *manutengolo* de *don Peppino*, único de los notables que estuvo encarcelado por mandar asesinar a alguien: en caso de absolución, anota preocupado el redactor de su ficha personal, habría que renunciar a aplicarle una amonestación, sería mejor ponerlo de inmediato en arresto domiciliario para evitar que se vaya al campo “a ponerse a la cabeza de bandas de malhechores, causa ésta de desdicha segura para estas comarcas ya fatigadas por el bandidismo”.[140] Aquí, más allá de las declaraciones reiteradas sobre la peligrosidad “moral” del *manutengolismo*, es evidente que el mayor temor de la autoridad se dirige al bandidismo militante. El objetivo de Malusardi y Nicotera no es reforzar el vínculo entre éste y los notables, sino romperlo; no cambiar la clase dirigente, sino hacerla jurar por el orden y reforzar el juramento con la prisión de los bandidos. No es ninguna novedad, y los propietarios —hasta los más coludidos de ellos— no se muestran renuentes a conceder su colaboración. Los Li Destri de Gangi, los Cannizzo de Partinico, hasta los Valenza de Prizzi reivindican siempre su compromiso contra el bandidismo, su propio tipo de control sobre la anomia delincuencial. Eso explica también por qué Palizzolo, acusado como *manutengolo*, puede ser recordado años después como “campeón de la moralidad, campeón de la liga de propietarios, organizados para resistir al bandidismo” por el diputado Salvatore Avellone,[141] personaje por lo demás muy estudiado. Como se desprende de algunas fichas personales, a pesar de todos los presuntos códigos de *omertà*, hasta los mafiosos “de segunda categoría” tratan de evitar la amonestación o de arruinar a algún adversario confiando secretos y fechorías al delegado de su pueblo; no hablemos de los grandes notables que para ejercer su poder necesitaban mantener relaciones positivas con la autoridad. Leonardo Avellone, pariente del citado Salvatore y alcalde vitalicio de Roccapalumba, *capoclientela* y protector de mafiosos, “ha prestado alguna vez óptimos servicios a la seguridad pública”.[142] Giovanni Nicolosi, que según la policía mientras fue alcalde (1875-1876) protegía a delincuentes y organizaba delitos, en algunos casos “se cuidaba, sin embargo, de avisar previamente a las autoridades, las cuales en consecuencia pudieron pillar a los malhechores en el acto, y así creía él haber prestado un señalado servicio a la seguridad pública”;[143] los Guccione, contra quienes se dictó en 1875 orden de prisión, “con fáciles promesas de hacer caer a los bandidos en las manos de la justicia […] obtuvieron la revocación de esa orden”.[144] Todos los que quieren apresar a Leone aluden al estado mayor provincial de los Nicolosi, los Guccione, los Cerrito, los Runfola, los Torina.[145] Detrás de la

amonestación contra este último, detrás de las presiones sobre Palizzolo está el deseo de asegurarse la cabeza de Leone.[146] El más estrepitoso de los episodios que tienen como protagonista a Lucchesi durante 1877 ocurre en casa de los Guccione, donde el superinspector es descubierto inesperadamente durante una irrupción de los carabineros:[147] estamos dentro de la trama que, después de llevar al asesinato de Di Pasquale por mano de Leone, culmina en la muerte de este último por la policía.

Termina aquí la historia de las bandas del periodo posunitario. En 1877 el Estado acentúa su capacidad de mantener relaciones con la sociedad y a la vez de mantenerse autónomo frente a ella. No se debe subestimar la espectacular señal de viraje que es la disolución del cuerpo de milicianos a caballo y la puesta en arresto domiciliario de 100 (¡nada menos!) de ellos. “El bandidismo clásico ha terminado definitivamente”, escribirá Alongi en 1886;[148] pero la mafia no. Frente a la nueva sintonía entre Estado y clase dirigente declinará hasta casi desaparecer el secuestro, delito símbolo del conflicto entre los facinerosos y los estratos más altos de la sociedad. La mafia se replegará sobre las gabelas, sobre la guardianía de feudos y jardines, y por lo demás (como veremos) también respecto a esta fenomenología el Estado mostrará después de 1875 una capacidad de control y con frecuencia de ataque superior a la mostrada anteriormente. Los ciudadanos de San Mauro Castelverde agradecen a Malusardi por la “recuperada tranquilidad” que los sustrae a la espiral de los rencores facciosos y la contienda: “El bandidismo entre nosotros era un mito, al cual se cedía con más facilidad que a cualquier fuerza constituida. El mito hoy ha desaparecido”.[149] El agradecimiento es posiblemente sincero, aunque San Mauro seguirá siendo un centro bandidesco de primera importancia; más en general, observa Pezzino, “se percibe que no mucho había cambiado” observando que las comunicaciones de encomio dirigidas al prefecto están firmadas también por los notables involucrados en los actos más escandalosos de la mafia.[150]

Veinte años después, en un discurso parlamentario no demasiado críptico, el propio Palizzolo dará su interpretación. La “fácil” acusación de manutengolismo, según él, sirve solamente para encubrir la “ignorancia” de las cosas de Sicilia, donde la policía debe mantener “las relaciones más amplias y cordiales con *toda* clase de ciudadanos” con tal de que sean “amantes del orden y de las instituciones”: haciéndolo así los prefectos “han tenido en todo tiempo informaciones, denuncias y servicios preciosos”.[151] Estamos frente a la teorización de una praxis y un trozo autobiográfico que, si se refiere a Malusardi, pasa de largo con desenvoltura sobre los métodos enérgicos con que se obtuvo la colaboración. Por otra parte, Palizzolo consigue algo a cambio de sus servicios: entre otras cosas el salvamento de algunos personajes ligados a Leone que posiblemente representan en Caccamo la “tercera categoría” del manutengolismo, con el fin de consolidar en torno a su autoridad una red nueva y diferente. En febrero de 1876 interviene ante el delegado de policía local para protestar contra la orden de regresar a su municipio de origen dictada contra Pietro Rini, “porque ya he dado en gabela o en medianería no pocas tierras mías a

Rini, que si se va él, no sabría a quién dar mejor”; pasada la tormenta de comienzos de 1877, se dirige directamente al jefe de policía para obtener lo contrario; es decir, para que sus protegidos (Filippo y Salvatore Pesco, Matteo Filippello), ya acusados de homicidio y amonestados como *manutengoli*, puedan moverse libremente de Caccamo hacia Monreale y la zona rural de Palermo, a lo largo del eje provincial de sus intereses.**[152]** Sin embargo, las cosas no siempre andan bien entre Palizzolo y las autoridades. En 1896 se referirá retrospectivamente a los funcionarios que (quizás como consecuencia de un cambio político) no han respetado la función de los notables, exponiendo “a la ira de los bandidos” a la facción mafiosa antes gobernante que “había masacrado el ganado, demolido las casas y quemado las cosechas”. Era absurdo además que, en la alternación de ministros y prefectos, los “beneméritos” colaboradores de la autoridad hayan sido “perseguidos, amonestados y deportados” por ella.**[153]**

La mafia provincial aparece desde 1877, al término de la prolongada turbulencia del *Risorgimento*, acentuando su papel de orden y revelando la complejidad de su estructura. Quienes enfatizan la dimensión comunitaria como escenario *exclusivo* de esa fenomenología van hacia un grave malentendido, especialmente si de hecho ello significa no mirar más allá de los confines municipales. Tenemos, por un lado, lugares desde los cuales se expande la infección: de otra manera no se entiende cómo es que pueblos como Alia o San Mauro producen bandidos en porcentajes y con una continuidad sin igual; por más que cambien los protagonistas, los bandidos *maurinos* están activos desde fines de la década de 1860 hasta fines de la de 1920. Por el otro lado, tenemos áreas de expansión y de movimiento de las bandas, determinadas por la necesidad de evitar o por la utilidad de encontrarse con los diversos aparatos territoriales de la seguridad estatal o la de los propietarios. Como dice una frase popular, “el bandido nace en San Mauro y crece en Gangi”. Cutrera se pregunta: “¿Qué significa eso? Quiere decir precisamente que en Gangi encuentra fuertes protectores” como los barones Sgadari y Li Destri, cuyos nombres reaparecen constantemente en las crónicas del manutengolismo entre los siglos XIX y XX.**[154]**

En suma, si el municipio representa efectivamente el lugar de la escisión facciosa, la problemática mafiosa debe ser vista en relación con fuerzas que operan en una escala por lo menos distrital o provincial: la gran propiedad y, por lo tanto, los grandes arrendamientos, el mercado de la tierra y de la gabela que pone a las comunidades en contacto y a sus miembros en competencia; el sistema político-administrativo, que no es sólo municipal sino que toca el nivel del colegio electoral y de la diputación provincial, institución en cuyo control están interesados muchos mafiosos (Palizzolo, Torina, Francesco Nicolosi), y finalmente, como se ha visto, el radio de acción de las bandas, que implica una amplitud proporcional de las redes del manutengolismo. Basta pensar en cómo mueve Palizzolo a sus mafiosos. En la zona de Términi esa red de relaciones aparece en forma particularmente evidente, dotada de las características de *estabilidad* y *extralocalidad*. La fuerte presencia del

bandidismo ¿es causa o más bien efecto de eso? Consideremos el mecanismo de filiación de las bandas una de otra, de *don Peppino* a Leone, señalado por el magistrado-reportero Giuseppe Di Menza; comparémoslo con el que se evidencia en las listas, según el cual muchos elementos actúan como favorecedores de *todos* los grupos que se han alternado en el tiempo en los campos y han ido siendo desbandados por las autoridades, disueltos por conflictos intestinos o por la traición. Los *manutengoli* pequeños y grandes ligados a Leone son por lo menos en parte los mismos ya involucrados en los asuntos de *Peppino el lombardo.* Pensemos nuevamente en lo dicho anteriormente sobre los bandidos como articulación de los partidos locales: en este caso, en lugar de bandidos *en* los partidos (municipales) tenemos el partido (subprovincial) *de los* bandidos, la red mafiosa que representa el elemento estable, no importa si primigenio o derivado, que deben tener en cuenta tanto los bandidos como la policía. Detrás de la atenuación de las actividades de los bandidos en 1874-1875, considerada como una tentativa de desviar las leyes extraordinarias de seguridad pública, detrás de la exitosa apelación al estado mayor del manutengolismo para la eliminación de Leone, podemos vislumbrar un mecanismo que no se puede reducir a la antropología mediterránea de las señas disimuladas y los guiños con que se comunicarían los mafiosos, por lo menos en la opinión por una vez unánime de los observadores continentales y los sicilianos coludidos.

6. FACINEROSOS DE CLASE MEDIA

A medida que va perdiendo su aspecto de capital del *ancien régime,* Palermo se va reforzando en el papel de motor de la transformación del interior de la isla. El proceso se inició en el siglo XVIII con la expansión de la ciudad y el “gran veraneo”; es decir, con el nuevo impulso a la inversión en tierras y construcciones por parte de la aristocracia. Alrededor de las mansiones nobiliarias o a lo largo de los caminos que llevan a la ciudad se forman los suburbios, que ya en 1861 albergaban a 27 000 de los 200 000 habitantes de Palermo, mano de obra ocupada en la agricultura intensiva de viñas, huertos y “jardines”; esto es, las plantaciones de cítricos que predominan donde quiera que se pueda encontrar o llevar agua.

Partinico, Bagheria, Monreale viven el mismo proceso de transformación; el vastísimo territorio agrícola de esta última comarca, en particular, representa una continuación directa del agro palermitano. El paisaje siempre verde asume un aspecto característico, con las instalaciones para el riego, las casetas para guardia de las fincas y recolección del producto, el dédalo de callejuelas encajadas entre los altos muros que rodean los jardines y que significativamente se llaman *firriati,* es decir, rejas.

Está, pues, en singular contraste con el árido latifundio que lo apremia de cerca, este oasis transformado inconcebible sin la cercanía de la ciudad, ante todo por el

mercado que representa, pero también porque sólo un gran centro portuario y comercial puede permitir que mercancías como los cítricos lleguen, ya en la época de los veleros y después en la de los trasatlánticos, a sus lejanos destinos: el norte de Europa y, sobre todo, los Estados Unidos. La Conca d'oro acentúa así la imagen tradicionalmente ofrecida a los viajeros, la de un edén de belleza y fecundidad creado por la naturaleza y el trabajo humano en colaboración. Sonnino, sin embargo, anota sarcásticamente:

> Cuidado con dejarse invadir por entusiasmos excesivos y querer examinar demasiado de cerca esas maravillas, no sea que en algún agradable paseo nos toque por error, a pesar de las numerosas estaciones de carabineros y las muchas patrullas, un disparo de venganza o de "broma" lanzado hacia el patrón por el ingenuo agricultor apoyado detrás del muro de uno de esos jardines sombreados […] Porque ése es el reino de la *mafia*, que tiene sus cuevas en las ciudades y en los suburbios que rodean a Palermo, en el distrito de los Colli, en Monreale, en Misilmeri, en Bagheria.**[155]**

La incongruencia es grande, y evocaría la imagen del paraíso habitado por demonios si no hubiera sido edificado por sus habitantes. Aquí la difusión de la mafia se presenta en contradicción con la evidencia de una tierra feraz y "feliz" donde la gente encuentra un trabajo decente, cuyos productos se comercializan con facilidad y a precios altos en un vasto mercado, en la que los terrenos tienen un valor unitario igual a cincuenta veces el de los sembradíos secos, esos latifundios que a los ojos de la naciente sociología positiva efectivamente justifican con su existencia el malestar social al que se debe la delincuencia. Esa contradicción se puede leer en el debate que enfrenta al senador Simone Corleo, estratega del censo de los bienes eclesiásticos, con Carlo De Cesare, miembro de la comisión de investigación de 1875 y precursor de las ciencias sociales en Italia. El primero sostiene que la gran propiedad —residuo de la barbarie del feudalismo—, la despoblación del campo y la proletarización de las masas son las que provocan la infección mafiosa, pero tiene que admitir que la situación del agro palermitano representa "una excepción". De Cesare responde impaciente: "Oiga, profesor, esas teorías son exactas en la ciencia, pero en Sicilia ocurren fenómenos que no permiten seguir creyendo en la ciencia […] En Monreale casi todos son propietarios, cada uno tiene su pedazo de tierra, y sin embargo no hay pueblo en el que la seguridad pública esté en peores condiciones". A lo que Corleo, como positivista honesto, sólo puede responder que "eso turba la mente de la ciencia", turbación que experimentaron también personajes de mayor estatura intelectual, como Pasquale Villari y Napoleone Colajanni.**[156]**

No todos se adaptan a considerar a Sicilia como la excepción a las "leyes" sociales o bien, como hacen los más superficiales, a negar cualquier raíz social de la

fenomenología mafiosa.[157] Tajani distingue el dinamismo económico de la crisis "moral" de los años siguientes a la Unidad.[158] Franchetti se inclina a pensar que en Palermo se refleja el complejo de los problemas de la Sicilia posfeudal, atribuyendo una prioridad lógica a la situación del interior, pero después señala que tales ocasiones de ganancia y movilidad social, muy raras en la generalidad del Mezzogiorno, no pueden menos que estimular la "industria" de la violencia;[159] oportunidades particularmente deseables para una Palermo que con la unificación de Italia pierde prestigio y riqueza a causa del "desplazamiento de intereses" con que los contemporáneos explican la rebelión de 1866. El príncipe de Sant'Elia afirma:

> Palermo […] representaba la capital para todos los órdenes de cosas, y así una especie de vida ficticia gozaba de las ganancias obtenidas de otras provincias sicilianas. He aquí la industria de Palermo en otros tiempos: rogar al rey un empleo y a Dios un terno ganador en la lotería. Los acontecimientos resultaron desfavorables para esa industria: los empleados fueron pasados a disponibilidad; los proventos derivados de la dependencia de las otras provincias cesaron; vinieron los impuestos; sobrevino la miseria.[160]

En esa situación, el control de las empresas agrícolas de la zona rural cercana a la ciudad pasó a representar un vehículo muy importante de promoción social, en particular para los mafiosos que se interesan por las custodias, las gabelas, la mediación comercial. Ya se ha visto el caso de Giammona. No sin cierta exageración, los hermanos Amoroso son definidos como "personas de bien, hijos de propietarios"; los Licata son descritos como acomodados. En todos ellos es fácil identificar a los "facinerosos de clase media" a los que hace referencia Franchetti para representar el modelo típico del *capomafia* palermitano.[161] "Medios" y en consecuencia representativos de un ambiente social mucho más variado que el del interior, formado no sólo por aristócratas y *gabellotti* sino también por comerciantes, intermediarios de toda índole, campesinos cultivadores directos y otras figuras varias: personajes "limítrofes", como el propio régimen de propiedad, que con frecuencia no es nada claro debido a las antiguas concesiones enfitéuticas, por la difícil solución de los pleitos sucesorios y la consiguiente pulverización de las fincas, por la usurpación de los bienes de las numerosísimas personas morales. El campo palermitano, Misilmeri, Monreale, son de las pocas zonas donde la redistribución de los bienes eclesiásticos y públicos posterior a la Unidad tuvo éxito, "con beneficio de la pública y privada riqueza",[162] pero no con el efecto esperado en el plano de la armonía social, más bien con un recrudecimiento de los conflictos. En Monreale las autoridades no logran imponer los cánones enfitéuticos, distinguir a los usurpadores de los asignatarios y a estos últimos de los propietarios a pleno título. Es una "revolución" permanente lo que opone al príncipe Pietro Mirto Seggio a los "villanos" que tienen en concesión

500 fanegas del ex feudo de Renda que fue del convento de los benedictinos, lo que lo induce a mantener el orden por medio de los bandidos y “su aterradora mafia”. Mirto es el alcalde liberal que la autoridad considera políticamente aceptable en una comarca llena de “usureros, borbónicos, reaccionarios de septiembre”. Se trata, por lo demás, del único gran propietario que reside por periodos en el lugar, muy por encima del grupo de facinerosos de clase media que forman parte del consejo municipal, entre ellos Giuseppe, hijo del *capomafia* Simone Cavallaro.**[163]** También el capo de la otra facción mafiosa, Pietro Di Liberto, es un propietario acomodado, administrador de los bienes del arzobispado.

Ya antes de la reforma de 1882, en tiempos de sufragio restringido, Giammona controla alrededor de 50 votos; los Amoroso y los Badalamenti en las elecciones políticas trabajan para el diputado Valentino Caminneci, y en las provinciales (al parecer) por Palizzolo. Éste emplea en su villa de Malaspina a uno de los pocos miembros del grupo Amoroso que saldrá absuelto del proceso de 1883, Giacomo Lauriano, alias *Jacuzzo*. El discutido notable, citado como testigo de descargo en esa ocasión, explica:

> Más tarde supe que fue varias veces arrestado y procesado, pero puesto que en todos los casos la fiscalía lo liberó con sentencia de que no había lugar a procedimiento y puesto que estaba siempre provisto de porte de armas, pensé que no era sino la víctima de alguna persecución.**[164]**

El argumento suena paradójico, *puesto que* es justamente Palizzolo quien interviene, en diversos pasajes peligrosos de la carrera de Lauriano, para que consiga nuevamente el porte de armas o para otros favores.**[165]** Es el intercambio clásico que involucra a los grandes propietarios, los políticos coludidos y notables de todo tipo. Don Michele Serra es el director de *L’Amico del popolo*, periódico de izquierda pero en su momento a sueldo de Medici, que “ejerce mucha influencia en Piana dei Colli”, sobre todo mediando entre mafiosos como los Biondo y la policía: “La Alta mafia manda”, escribe un excluido de esa red. “Con la protección que tienen, o nos hacen amonestar, o nos mandan a una isla [al confinamiento], pero más fácil nos matan.”**[166]** Las relaciones entre los hombres de las instituciones y los mafiosos pueden ser aún más directas. Andrea Licata obtiene amonestaciones y arresto domiciliario para sus adversarios e impunidad para su padre y sus hermanos merced a su relación privilegiada con el comisario Biundi**[167]**. Giacomo Pagano, típico profesionista-propietario, se dirige al mismo comisario para denunciar los robos que se producen en su huerto de cítricos, y recibe promesas de ocuparse del asunto de Licata “guardia”, que le parecen desconcertantes cuando descubre que los autores de los robos son los Licata “delincuentes”; lo que deduce de la historia es que “ni el comisario, ni los oficiales de policía ni nadie del personal de Seguridad Pública tiene

ideas claras sobre los malhechores”,[168] pero sabe bien que si él tuviese una relación sólida con Biundi o con el propio Licata no tendría esos problemas. Es la clientela lo que garantiza la protección, es la clientela lo que determina si el facineroso debe asumir el aspecto de guardián del orden o mantener el de bandido. Por lo demás, no siempre nos encontramos frente a personajes importantes como Turrisi y Giammona: a veces las partes se ubican en una sección lateral de la red de relaciones. En ese caso los que poseen bienes deben “perder algo sólo para no perder más”:[169] renunciar a la gestión directa de los jardines y darlos en arrendamiento aun en una fase de precios altos; contratar la custodia de instalaciones y cosechas soportando al mismo tiempo una tasa *aceptable* de robos. Y finalmente también los ladrones deben autoimponerse limitaciones, mantenerse dentro de las reglas de un juego que no es simple y sobre todo es muy inestable, porque toda garantía recíproca se refiere a *algunos* facinerosos, *algunos* propietarios, *algunos* funcionarios, excluyendo a otros, los que, para emplear palabras de Gestivo “no pudieron hacer lo que les habían hecho a ellos” y pueden estar insatisfechos con la situación. El conflicto está siempre latente.

Veamos un caso concreto. En 1872 Gaspare Galati, médico estimado y acomodado propietario, se hace cargo de la administración de un huerto de cuatro hectáreas “en gran parte” propiedad de su cuñada Marianna Fiorentino, situado en Malaspina cerca del suburbio del Uditore. Una plantación de cítricos de esas dimensiones es ya una empresa de importancia considerable, dotada entre otras cosas de un equipo a vapor para subir el agua, y por eso la modestia de sus entradas provoca perplejidad en Galati, quien averiguando descubre los robos del guardián Benedetto Carollo, en particular en el acto de venta de los cítricos. En 1874 el médico cree descubrir una ocasión favorable para librarse del “infame” guardián y finalmente lo despide. Pero sus problemas no han hecho más que empezar. En realidad Carollo forma parte de la mafia del Uditore que encabeza el propio Giammona: después de las amenazas rituales, el nuevo vigilante es asesinado, otro que lo sucede es herido e intimidado y el propio Galati tiene que huir a Nápoles con su familia después de nombrar a otro vigilante.[170]

Galati se dirige a Biundi en varias ocasiones, siempre con resultados poco satisfactorios. Evidentemente él no forma parte de la red correcta, ni en el plano de las relaciones institucionales ni en el de las locales, puesto que tiene motivos de disgusto con un propietario de Malaspina vinculado a la *cosca* de Giammona, el notario Francesco Sardofontana. Éste, en efecto, es hermanastro de Marianna Fiorentino y ha sido desheredado por su madre, entre otras cosas del huerto donde se produjeron los dramáticos acontecimientos descritos. En este como en otros casos análogos el título de propiedad es indiscutible, y la opinión pública señala justamente a Galati como artífice de las “sugerencias” que indujeron a la madre a castigar a su hijo *por sus relaciones con la mafia del Uditore*.

Nos hallamos aquí frente a dos conflictos relacionados, que oponen por un lado a los propietarios y por el otro a los guardianes. Pero no necesariamente las cosas son

siempre así. La iniciativa puede surgir de la sección inferior del “partido” interclasista *propietarios/funcionarios-guardianes/facinerosos*, en la lógica del *racket* o bien de la búsqueda del monopolio, con lucha entre los competidores. Esa competencia por la guardianía es lo que ensangrienta el campo palermitano, lo que en 1874 provoca 34 muertes en el Uditore, suburbio de 800 habitantes, lo que suscita guerras asesinas como la que se dio entre los Badalamenti y los Amoroso. La ruptura entre esos dos grupos, antes pertenecientes a “la misma sociedad”, se juega inicialmente con una serie de hurtos recíprocos y con el castigo sangriento de los ladrones, como si cada una de las dos ramas del aparato de orden quisiera demostrar ser más eficiente que la otra. Eso desconcierta al político Caminneci, que no sabe de qué lado ponerse, y al propio comisario Sant’Agostino, que en 1880 incluso promueve la suscripción de un acta de pacificación por los principales de ambos “partidos” en el ambiente oficial de la jefatura de policía. “Negociaciones, ciertamente no honorables, con aquellos que el día anterior y al día siguiente la misma [policía] juzgaba malhechores peligrosos.”[171] En otro caso Serra puede intentar una mediación entre grupos opuestos y convencer al cuidador de un huerto, Andrea Ajello, de que deje el campo a la competencia si quiere salvar el pellejo; pero de todos modos la historia termina trágicamente con la muerte del cuidador en una emboscada organizada por Giuseppe Siino, lugarteniente de Giammona y guardián de un jardín de Turrisi[172].

Tampoco Ajello era un santo. Sus hijos están en la cárcel y él mismo andaba en busca de un asesino para matar a sus enemigos. Todos los guardianes y cuidadores forman parte del mundo de los facinerosos, ya que existe un filtro a la entrada que bloquea a los extraños. El conflicto viene después de la reglamentación de las relaciones recíprocas. Las fuentes tienden a esconder este dato dando una visión simplificada en la que algunos buenos ciudadanos son perseguidos por feroces delincuentes; una vez más, la autoridad termina así por abrazar, aunque sólo sea ideológicamente, a una facción en contra de la otra. El guardián Sedita, asesinado por los Amoroso, descrito como un hombre honesto que se oponía a las actividades de la mafia, era en realidad un adherente del grupo Badalamenti. Antonio Lo Cascio, el primero de los guardianes nombrados por Galati, ciertamente no es una persona de bien, de otro modo “no habría querido sustituir al Carollo”;[173] Gaetano Cusumano, el segundo, es hermano del Giovanni Cusumano asesinado por obra de Giammona, que debería ser el Cusumano citado por el duque de Cesarò entre los mafiosos-patriotas; el tercero, Francesco Paolo Mazzara, es él mismo un sujeto peligroso, “ya acusado de contrabando y de rebelión” y que forma parte de un “grupo potente de mafia” dispuesto a reconocer la autoridad de Giammona pero capaz de amenazarlo de muerte en el curso de una dramática cumbre entre las dos facciones.[174]

De esas luchas las autoridades, Galati, Pagano, son parte más o menos consciente, pero lo que resulta incontrolable es la lógica de la competencia. Estrechamente entrelazados o independientes entre sí, los conflictos manejados por los propietarios y los manejados por los facinerosos se diferencian en las formas y en los resultados.

Este elemento, que el debate de la época no toma en cuenta, me parece sin embargo absolutamente central. Los propietarios no coludidos padecen presiones y perjuicios, no pueden escoger a sus dependientes, tienen que arrendar sus huertos a la persona correcta y en ocasiones venderlos, sólo porque están sometidos a una especie de boicot que crea un vacío alrededor de ellos. Los que arriesgan la vida son otros. Eso explica por qué sobrevive al gran viraje político de 1875-1877 una fenomenología deletérea para los intereses de cada propietario individual pero que es considerada casi inocua para la clase dirigente en su conjunto, especialmente si se compara con la práctica de los secuestros que (aun cuando también podía formar parte de los conflictos clientelares) corría el riesgo de enfrentar frontalmente el mundo de los facinerosos con el de los propietarios. Los mafiosos de la región de Palermo, entre los cuales hay muchos que han cumplido condenas por este tipo de delito, tienden a desentenderse: cuando alguien propone a los Amoroso secuestrar al propietario Catalfamo (1879), éstos responden que esas operaciones son demasiado riesgosas y poco redituables; ellos no las impedirán, pero no quieren participar directamente.

De ahí la subestimación de la peligrosidad de la mafia, considerada como un problema interno de los grupos delincuenciales, por la opinión pública burguesa, que volveremos a ver en época reciente y que vemos hábilmente explotada por el abogado Lucifora, defensor de los mismos Amoroso en el proceso de 1883:

> ¿Qué nos importa a nosotros, gentes de bien, si los Amoroso y los Badalamenti se despellejan entre ellos? ¿Qué importa […] si dos partidos contrarios en una comarca se disputan la supremacía? […] Si causaran daños a propiedades y personas entonces estaría en juego nuestro interés, estarían en peligro nuestros bienes y nuestros seres queridos, todos estarían expuestos a la carabina y al puñal del asesino. Pero en cambio los muertos y los matadores de la sección Huerto Botánico eran todos bandidos, *se mataban entre ellos*.[175]

7. El juicio público

La protección de ilustres personajes, la imagen de ciudadano absolutamente impecable no impide a Giammona llegar a la crónica criminal después de casi 40 años de carrera sin poder alcanzar, pasado el momento difícil de 1860, una tranquila respetabilidad burguesa. Opera un mecanismo que volveremos a encontrar en épocas y circunstancias muy diferentes. Esos mafiosos median entre los facinerosos y las autoridades político-sociales buscando dar garantías a unos y otros, pero en todo momento están en peligro de ser reabsorbidos por la dimensión criminal por la confrontación con otros grupos, en primer término, y también por las protestas de los excluidos de las redes de patrocinio, que pueden contrabalancear las viscosidades y

las protecciones de que goza la mafia en la periferia movilizando el centro del sistema político, sobre todo en un cuadro dinámico como el de 1875-1876.

Frente a la pasividad de la policía y la magistratura de Palermo, es, pues, el ministro del Interior el que aprovecha la ocasión del memorial con que Galati, en agosto de 1875, denuncia *I casi di Malaspina*. Es él quien señala que los delitos de sangre del Uditore no dieron lugar a ningún procedimiento y ni siquiera fueron considerados dignos de destacarse, "aunque por su gravedad y frecuencia constituirían un estado anormalísimo, sobre el cual habría sido conveniente llamar mi atención".[176] Bajo la dirección de un hábil policía oriundo de Romagna, Ermanno Sangiorgi, la investigación se inicia entonces, indagando en situaciones que con toda probabilidad ya eran conocidas. Sigue una historia habitual. Se intenta desacreditar a Mazzara, incluso se le hace arrestar con una falsa acusación de evasión del servicio militar. En plena noche se da el asalto al huerto en disputa, se lanzan diversos mensajes oblicuos, como cuando Benedetto Carollo solicita autorización para ir de cacería en el huerto junto con el comendador Schiavo, primer presidente de la Corte de Apelaciones de Palermo, "mientras que no se puede ignorar toda la tragedia de sangre ocurrida en dicha finca […] por obra del mismo Carollo". La mafia ostenta su propia red de protección: por otra parte, si la acusación se basa en la "fama" y en la "voz pública", la defensa tendrá que partir de un dato análogo y contrario elogiando la confirmada confianza de personajes excelentes. Serafino Siino, propuesto con otros para la amonestación, viaja por el interior del agro palermitano acompañado por su protector Nicolò Morana (hermano del diputado) recogiendo firmas que dan fe de su "notoria" honestidad; "por deferencia al señor Morana por un lado, por temor al señor Siino por el otro, todos se dejan convencer fácilmente de firmar".[177]

Giammona intenta otro camino. A través del diputado Morana hace saber a Codronchi que para evitar la amonestación "se prestaría a revelaciones". La operación no llega a buen fin porque Gerra, aunque presionado por Codronchi, no acepta la idea de que "un diputado se ocupe de recomendar a los amonestados".[178] Entonces también Giammona presenta las firmas de personajes importantes cuyas suertes ya hemos visto entrelazarse con la suya: los barones Turrisi y Di Maggio, el diputado Morana y su hermano Nicolò, otros propietarios y "negociantes". Gestivo prepara un documento defensivo que, como de costumbre, lleva la problemática mafiosa al tema de la autodefensa de clase, no sin algún "victimismo" que hace de Giammona y su hijo Giuseppe dos perseguidos por "la doble e imperdonable culpa de vivir de lo propio y de haber cuidado de no dejarse robar ni dominar".[179]

El jefe de policía, el prefecto y la magistratura de Palermo quisieran limitarse a la amonestación que en diciembre de 1875 cae sobre los Giammona, mientras Gestivo los desafía a llevarlos al tribunal "sin distraerlos de [sus] jueces naturales". La provocación debe ser recogida, según el ministro Cantelli, consciente de que el instrumento del Estado de derecho es el juicio público también para el hecho asociativo sin el cual no es posible comprender ni enfrentar a la mafia:

> La idea de un proceso por asociación de malhechores […] es mía. No es absoluta, sino que se sugiere como medio de limpiar, si es posible, esos campos de un solo golpe […] Es importante que frente al hecho bastante insólito de un formal pedido de apoyo a la autoridad, ésta no aparezca como impotente.[180]

Así se intenta responder al (presunto) reclamo de la opinión pública y a la situación existente, que no es sólo la del Uditore sino que se presenta igualmente en la otra vertiente del campo palermitano, en Monreale, con la "secta" de los *stoppagghieri*, para la cual —según la reconstrucción de las autoridades— tenemos una fecha de nacimiento, 1872, y un padre, Gabriele Palmeri di Nicasio, mazziniano. Éste tiene un hermano, Paolo, que es el delegado local de Seguridad Pública, y sabiéndolo expuesto a las insidias de la mafia forma "un contrapartido" (una especie de contramafia) al que adhiere "lo más terrible y malvado que se agita en los bajos fondos". En un primer momento ellos prestan "algún servicio útil a la seguridad pública", pero después se dan a perpetrar rapiñas y homicidios.[181]

Stoppagghiere [literalmente *estopajero*] es en realidad una palabra despectiva empleada en la cárcel para significar espía[182] (los miembros de la "secta" se llaman mutuamente "compadre"). La policía admite haber constituido una mafia de orden, haber aplicado "el *similia similibus* de los homeópatas"[183] en aquella Monreale en la que, como se recordará, Albanese había hecho lo mismo a fines de la década de 1860 con los miembros de la Guardia Nacional. Son los representantes de una "vieja mafia que puede decirse de caballeros […] que se han enriquecido mediante sus tenebrosas maquinaciones", a la que se oponen "los jóvenes también mafiosos, que con las mismas artes quisieran crearse una posición".[184] Un punto de contacto entre ambos grupos es aquel Marino, falso republicano e informante de Albanese, que encontramos entre los *stoppagghieri* y que se volvió prófugo no sin antes haber hecho desaparecer su expediente del tribunal palermitano[185]. La mafia "vieja" tiene el mayor interés en volver a ganarse el apoyo de las autoridades, incluso acusando a los adversarios de ser "internacionalistas". También aquí se expresa la particularidad de Monreale, centro primario de la movilización políticodelincuencial desde 1848: algunos de los *stoppagghieri* participaron en los movimientos de 1866, y todavía en la década de 1870 aparecen en el pueblo carteles entre anarquistas y legitimistas. El delegado Negri, sucesor de Palmeri, intenta obtener informaciones sobre Marino de un tal Caputo, otro miembro de la secta, pero las indagaciones son detenidas por una descarga de perdigones. Es un golpe teatral. Con Negri y el siguiente delegado, Bernabò, los "viejos" vuelven a ser amigos y colaboradores de las instituciones, mientras que los "jóvenes" vuelven a las filas de la delincuencia, entre los cultores de la más férrea *omertà*.

Giuseppe Palmeri responde a las acusaciones con sutil ironía, mostrando una calidad social que no se presta a involucrarse en montajes policiales: "Yo no tengo

necesidad de arruinarme la vida y la conciencia para satisfacer mis necesidades. Yo vivo de rentas y no de empleo, siempre he sido enemigo de mezclarme en cosas serias, o malas, o profundas como el cuento de su periodista”.[186] La del hermano es, pues, una extraordinaria figura de delegado-notable: conozco otro ejemplo de lo mismo en aquel Stanislao Rampolla de Tindaro que perteneció al personal de Albanese, que en su propia familia contaba incluso con un cardenal.[187] Más en general, en un pueblo como ése la alternación de los delegados representa un elemento determinante para los equilibrios locales.

Todo el asunto de los *stoppagghieri* es una mezcla de posibles mentiras y posibles verdades. Bernabò sostiene que se trata en origen de una sociedad de socorros mutuos que en el pueblo cuenta con 150 adherentes organizados en secciones y que se va extendiendo por los suburbios y los pueblos cercanos, pero no hay prueba de ello en la documentación, más bien sus colegas delegados tienden a observar que “cada pueblo tiene su mafia local”. Sin embargo, los funcionarios denuncian asociaciones de mafia en Misilmeri (“Fontana nuova”), en Bagheria (“Fratuzzi”) y en otras localidades, y “nadie de buena fe duda de la existencia de relaciones” entre los miembros de esos grupos para el manejo de negocios individuales.[188] Otros aspectos del “teorema” Bernabò se basan en elementos más sólidos y en particular en el testimonio de un *pentito*, Salvatore D’Amico de Bagheria, pariente de Caputo y por consiguiente involucrado en la fractura interna de la organización. En efecto, a su tiempo D’Amico, condenado por homicidio y detenido en la cárcel de Palermo, había sido afiliado a la secta mediante un complejo ritual “en medio de los representantes eméritos del hampa de Bagheria, San Giuseppe, San Lorenzo, Altarello, Misilmeri, Borgetto”[189] y naturalmente Monreale.

D’Amico no llega a dar su testimonio en el proceso que se celebra en Palermo en mayo de 1878 porque es asesinado apenas un mes antes. Sólo 12 personas son llevadas a juicio y condenadas por asociación y por los homicidios individuales. Entre ellas no figura el presunto capo Di Liberto. Sin embargo, un vicio de forma impone la repetición del proceso, que por legítima sospecha se desarrolla en Catanzaro (Calabria) en 1880 y termina con una absolución general. Distinto resultado alcanzan los procesos a los *fratuzzi* de Bagheria y sobre todo a la *cosca* de Piazza Montalto, último de la serie (1883), que termina con el reconocimiento de la asociación y nada menos que 12 condenas a muerte por los homicidios.

Los Amoroso y sus acólitos ya habían sido investigados en 1875, pero en 1878 ocurre un hecho nuevo. En la ciudad de Zaragoza se presenta al cónsul italiano, proveniente de América, un tal Rosario La Mantia, nativo de Monreale que ya había cumplido una condena por rapiña, diciéndose dispuesto a revelar informaciones importantísimas. Después de negociaciones dirigidas por Tajani, que en esos momentos era ministro de Justicia, llega a Roma donde es interrogado. Cuenta que en Nueva Orleans encontró a un paisano comerciante de fruta, quien después de algún tiempo le confesó llamarse Salvatore Marino, “que había tenido que trasladarse al

exterior […] pero que había dejado en la patria compañeros que seguían cumpliendo sus órdenes”. Marino mientras tanto contrae la fiebre amarilla, y en trance de muerte pide a su paisano que queme algunas cartas, cosa que La Mantia se abstiene de hacer. Así, las cartas regresan a Palermo: los autores son personajes destacados como Michele Amoroso y Giuseppe Giammona, y en algunas expresiones oscuras los investigadores creen leer en código la preparación de delitos.**[190]** Ni los documentos ni el testimonio son utilizados en el segundo proceso de los *stoppagghieri:* en cambio figuran en la instrucción del proceso Amoroso, también por las revelaciones de otro *pentito* que esta vez consigue declarar. Del asunto La Mantia sale reforzada la tesis de la estrecha coordinación entre las *coscas* que ya Franchetti asociaba con la “extraordinaria aglomeración” de mafiosos en la región de Palermo.**[191]** Salvatore Di Paola y Giuseppe Maraviglia, miembros del grupo de Piazza Montalto, viajan a Marsella para interceptar al informante y matarlo, cosa que por lo demás hace aún menos creíble la historia de su encuentro casual con Marino: La Mantia debía estar metido en los asuntos secretos de la mafia y la policía desde tiempo antes. Después de haber estado un par de años a sueldo de los investigadores, desaparece en el exterior justamente en el momento en que habría debido declarar.**[192]**

La dirección de la policía aparece claramente en cada fase de los procesos de los *stoppagghieri* y de los Amoroso. Aquí tenemos la retractación de otro acusado que había confesado después de un mes de secreta e ilegal detención en la jefatura de policía: a las protestas de la defensa el comisario Taglieri responde: *“salus patriae suprema lex est”*.**[193]**

Los textos de las distintas facciones juzgan de diferente manera la “capacidad de delinquir” de los acusados, su buena y mala fama, pero ninguno de ellos tiene nada realmente decisivo que decir sobre los delitos en cuestión; la acusación es sostenida por funcionarios del gobierno que relatan lo que se les ha confiado en secreto. Se registra en consecuencia una polarización destinada a ser típica de los procesos de la mafia, en que la Seguridad Pública aparece al mismo tiempo como testigo, como parte en la causa y como ministerio público, con delegados que obtienen el resultado deseado cuando logran “sostener tan bien la acusación que convencen a los jurados de la plena culpabilidad” de los acusados.**[194]** En particular la prueba del delito de asociación queda confiada a la voz pública y al modo como la interpretan los órganos de seguridad; en un proceso posterior contra una modesta banda palermitana de ladrones se definirá como excepcional el hecho de que “la prueba […] fue deducida no sólo de las actas de los testimonios de funcionarios y agentes de la Seguridad Pública, sino también de declaraciones explícitas de ciudadanos particulares”.**[195]** Esto generalmente está ausente de los procesos de mafia, pero también es dudosa la credibilidad de los funcionarios que se niegan absolutamente a revelar la fuente de sus esenciales informaciones. Tanto en el caso de los *stoppagghieri* como en el de los Amoroso la corte tutela ese “secreto de cargo”, que se parece al “secreto de Estado” que los funcionarios de los servicios secretos reivindican en procesos por masacre,

oponiéndose al pedido de la defensa de incriminar a Bernabò por reticencia y a las críticas a Taglieri.[196] El colmo se alcanza cuando el propio jefe de policía admite haber sido llevado de la mano en todas las fases de la investigación de los Amoroso por un personaje de autoridad “por encima de toda excepción”, de quien obviamente no puede ni quiere dar el nombre.[197]

Así, los procesos sobre la fama de los mafiosos se transforman en juicios sobre la fama de los policías; es decir, sobre la credibilidad de ellos y de sus misteriosos informantes, los cuales todos evidentemente acusan a uno para encubrir a otro. De la guerra de mafia aparece siempre un solo protagonista: si la de los Amoroso es una asociación para delinquir, se pregunta el abogado Marinuzzi, “¿por qué no acusar también a los Badalamenti?”[198] El *stoppagghiere* que mata a Simone Cavallaro (definido ya como capo de la “vieja mafia”, ya como “excelente caballero”) es asesinado a su vez esa misma noche; pero nada sabremos de eso, ni de los otros delitos cometidos por su facción. Sabemos en cambio con certeza que el delegado Cicognani, enviado a seguir el proceso de Catanzaro, interviene para condicionar a los jurados.[199] Son poco creíbles los funcionarios, y poco creíble es el gobierno que los mantiene. Los defensores, entre los cuales los más importantes (Cuccia, Lucifora, Marinuzzi) reaparecen en ambos casos, sostienen esa tesis sobre todo para el proceso de los *stoppagghieri* y con bastante razón, dado que en dos casos diferentes, en los tiempos de Albanese y de Palmeri, la policía ha confesado haber suscitado asociaciones “de malhechores”. El alegato de Marinuzzi en Catanzaro parte nuevamente de los crímenes denunciados por Tajani y los vincula con los más recientes, juzga las acusaciones contra los *stoppagghieri* como parte de la tentativa de la derecha de acreditar la ley extraordinaria de Seguridad Pública, y termina con un discurso sicilianista que convence plenamente a los jurados calabreses cuyo veredicto propina “otra merecida lección a quien, *hijo* y *huésped* de nuestra querida Sicilia, impunemente la deprime y desconoce”[200].

El recurso al tono regionalista por parte del crispiniano Marinuzzi y todavía más desvergonzadamente por el habitual Gestivo no tiene éxito y en realidad ni siquiera se intenta en el curso del proceso Amoroso celebrado apenas tres años después, pero en un clima muy diferente. El presidente del tribunal observa que la asociación de la que se trata no es de tipo político, “como algunos podrían creer”,[201] previniendo malentendidos en nombre del garantismo liberal. Las contestaciones de la defensa se refieren a la existencia y la naturaleza de una asociación constituida para matar pero no para robar, nacida en 1874 e inactiva por cuatro años, en vista de que el primer delito que se le atribuye es de 1878: hecho curioso, argumenta Cuccia, “puesto que las asociaciones para delinquir, cuando existen, por necesidad deben estar activas”.[202] Esa vez la respuesta de Taglieri parece convincente: “la base de la asociación criminal” es la guardianía;[203] la asociación —agregaría yo— no amenaza la propiedad sino que la defiende, los homicidios se cometen en momentos de conflicto por la oferta de protección.

Los guardianes no siempre residen en la finca, ya que su fama es suficiente para disuadir a los malintencionados; permaneciendo en los suburbios o en la ciudad, pueden incluso colocarse en el centro de una red comercial. En realidad el guardián desempeña funciones no indiferentes en el complejo y frenético circuito del intercambio, cosa que diferencia un poco a esta mafia de los jardines de la del latifundio. Los “hurtos” que la vigilancia tiende a reprimir, por ejemplo, con frecuencia están vinculados con la compraventa de cítricos, en el curso de la cual un acuerdo entre el guardián y el comprador puede resultar nocivo para el vendedor. El Carollo guardián del doctor Galati pretende quedarse con 20% del precio que acuerda con los compradores “siendo ésta una acostumbrada *camorra* de la mafia en general”; mucho más grave es el hecho de que haga otras deducciones clandestinas sobre la partida de frutas “ya compradas y pagadas” (pero todavía no cosechadas), con grave daño para el comprador, “lo cual *desacredita* a la propiedad y *aleja* de ella en el futuro a los compradores de cítricos”. En este caso el guardián-traficante termina por sabotear el mecanismo que debería garantizar. Galati intenta librarse dando la finca en arrendamiento, pero no se presenta ninguna oferta porque Carollo desanima a los interesados declarando en tono amenazante que “ese jardín nunca será arrendado, ni vendido”.[204] Existe además otra guardianía, la del agua, confiada a los llamados *fontanieri* [fontaneros] que en el periodo crítico de la temporada pueden, si quieren, reducir la cantidad de agua en las tuberías para revender subrepticiamente el remanente, provocando la destrucción (o la salvación) de una cosecha, la ruina (o la fortuna) de un empresario: para una agricultura intensiva como la del campo palermitano se trata de un recurso irremediablemente escaso y seguramente estratégico, un típico género de monopolio para los propietarios de los pozos y los fontaneros que en concreto los administran. Para los cultivadores de cítricos “no hay manera de hacerlos cumplir con su deber, ni legalmente, porque la justicia cuesta, ni económicamente, porque son mala gente peligrosa y comprometedora”;[205] pero la organización mafiosa sí puede hacerlo, especialmente en caso de que el guardián suministre agua al grupo equivocado, como hace el Felice Marchese asesinado (según Bernabò) por orden de Di Liberto.

Los fontaneros, señala el economista Ferdinando Alfonso, “se encuentran en la mejor correspondencia” no tanto con los propietarios sino con los jardineros; es decir, los *gabellotti* y los intermediarios, los que frente al auge del mercado de los cítricos después de la Unidad “*van* comprando todos los frutos de los jardines de los propietarios y después se *unen* y *hacen* aumentar los precios” pagados por los grandes exportadores que despacharán la mercancía hacia las lejanas Américas.[206] Esa coyuntura de altos precios y baja producción impulsa a la competencia por compras cada vez más precoces respecto a los plazos naturales de la temporada, a la anticipación de grandes sumas por parte de los intermediarios con la perspectiva de amenazantes pedidos de devolución en caso de que la riesgosa transacción no llegue a buen fin. Los contratos de compraventa se formulan en forma deliberadamente

ambigua, para dejar espacio a un acuerdo "de buena voluntad" que proteja la continuidad de los negocios y la convivencia de todos, a condición de que haya un interlocutor autorizado de ambas partes, productores e intermediarios. El control de los empleados que evalúan la producción, a quienes toca el papel de garantes y con frecuencia de custodios del producto después de la estipulación de los acuerdos, es por lo tanto uno de los campos de acción de la mafia.[207] Los Amoroso son definidos indiferentemente como jardineros o como traficantes; muchos de los asesinados, como Caputo o Gaspare Amoroso, son atraídos a la penumbra discreta de un jardín con la excusa de una compraventa de cítricos. "Todos, tal es la condición de las cosas, son especuladores que como medio de especulación utilizan pólvora y plomo"[208]. Así, partiendo de la originaria exigencia de seguridad pública y privada, a través de la estrecha "correspondencia" entre guardianes, fontaneros, *gabellotti* e intermediarios, mediante la relación de confianza con los propietarios que transforma a los facinerosos-custodios en hombres de negocios y propietarios de bienes, se delinea el carácter de la organización:

> A diferencia de otras que ya han sido llevadas a sufrir los rigores de la justicia (por ejemplo la del albergue de molineros y carreteros), [ésta] no tiene por objetivo el monopolio forzado de una industria determinada, la imposición coercitiva de tributos ni el encarecimiento arbitrario de la mano de obra, sino que ataca en general a todas las fuentes de la propiedad, todas las manifestaciones económicas de la riqueza, de la industria y del trabajo.[209]

Esta oportuna distinción entre monopolio sectorial y monopolio territorial no debe ser entendida en forma demasiado rígida. Las actividades controladas encuentran en los suburbios un momento de paso (abigeato, contrabando) o de partida (comercio en cítricos) en el que los miembros de la organización desempeñan un papel de mediadores de negocios en contacto con otros mafiosos o con sujetos extraños al mundo de los facinerosos. Es dentro de los suburbios y de los pueblos del interior que se determina un sistema que *tiende* al modelo del monopolio territorial partiendo del nudo de la custodia de las instalaciones, de las cosechas, del agua. Los dos aspectos, que conceptualmente debemos mantener diferenciados, en la práctica se superponen, sin excluir las relaciones entre las *coscas* que se configuran también como relaciones de negocios o bien como reconocimiento de sus respectivas señorías territoriales.

La temporada de procesos por asociación para delinquir de 1875-1883 tiene el mérito de sacar a la luz esa realidad con un poco más de atención que en los años sesenta a los principios de la civilización jurídica, a pesar de que la ilegalidad y la relación clientelar entre personajes de la mafia y personajes del Estado subsisten.



II. GUARDIANES Y HOMBRES DE NEGOCIOS

1. MAFIA Y POLÍTICA

El 1.º de febrero de 1893, en un vagón del tren que recorría la línea Términi-Palermo, fue asesinado Emanuele Notarbartolo di San Giovanni, descendiente de una de las más eminentes familias aristocráticas sicilianas, exponente de la derecha histórica, pero ubicado *por encima de las partes*, unánimemente apreciado por su rectitud moral y por la capacidad administrativa demostrada como alcalde de Palermo (1873-1876) y como director general del Banco di Sicilia (1876-1890).[1]

No se trata de un episodio de terrorismo político como los del periodo posunitario. La agresión bandidesca parece descartada, aunque sólo sea por el escenario tan "moderno" y tranquilizador, que había inducido a la víctima a abandonar las precauciones que mantenía desde 1882 —cuando había sido objeto de un secuestro—, descargar el fusil que llevaba consigo y dormirse ("entre el bandido y el ferrocarril hay una incompatibilidad total, un anacronismo").[2] El homicidio es efectuado con un arma, un cuchillo, más propia de los crímenes pasionales que de los "encomendados" ("el arma de la que se sirve el sicario […] es siempre el arma de fuego").[3] No se trata de una lucha entre iguales por las gabelas o por una guardianía: sabemos que los mafiosos de la comarca de Palermo no suelen matar a propietarios, mucho menos a hombres tan eminentes. Y sin embargo la "voz pública" conjetura un delito de mafia, y el procurador general Sighele incluso afirma que de "alta mafia",[4] señalando como ejecutores a dos miembros de la *cosca* de Villabate, Matteo Filippello y Giuseppe Fontana, y como mandante a Raffaele Palizzolo. "En los lugares públicos, por las calles, en todas partes se decía: *la mano* debe haber sido la de Palizzolo".

Ese crimen marca un salto cualitativo, pero en algunos aspectos queda como un pico aislado, una señal de procesos futuros. Para apreciarlo en su justa dimensión, hay que pensar que en más de un siglo éste es el único caso en que la mafia se ha atrevido a golpear tan arriba. El de Notarbartolo es el primero de los cadáveres ilustres, y también el último hasta la muerte del procurador general Pietro Scaglione; es decir, desde la Unidad hasta 1971. A gran delito, gran reacción. La "emergencia de mafia" se impone no sólo a Sicilia sino a toda la nación, gracias al hecho de que los tres procesos Notarbartolo se celebran, por legítimas sospechas, en Milán (1899-1900), Bolonia (1901-1902) y Florencia (1903-1904),[6] y también a que la prensa, al dar gran relieve a los debates, "nacionaliza" el oscuro objeto "mafia", peculiaridad de la provincia del extremo meridional del país, mucho más que durante los debates parlamentarios de 1875. Empezando por lo que el marqués de Rudinì llama "el escenario de Milán",[7] todos los italianos asisten a un espectáculo sensacional en el

que figuran como comparsas los centenares de testigos provenientes de Sicilia, que visten ropas diferentes y se expresan en una lengua que sólo los intérpretes nombrados por los magistrados hacen comprensible.

En el primer proceso hay solamente dos acusados, los ferroviarios Garufi y Carollo, que la lógica de los hechos indica como cómplices del asesinato; contra Palizzolo y Fontana no hay nada (las sospechas contra Filippello se habían desvanecido). La solución no satisface a la familia Notarbartolo, y en particular al hijo del muerto, Leopoldo, quien ha debido morder el freno ante las vacilaciones y contradicciones de la indagatoria y ahora, "en el aire libre de Milán",[8] lleva a cabo el clásico golpe de escena acusando a Palizzolo. El cronista del periódico *Avanti!* relata:

> No puedo decir el estremecimiento de ansiedad, la suspensión del ánimo de los magistrados, de los jurados, del público ante esas palabras; invenciblemente una atención aguda, casi dolorosa, unió al tribunal con la palabra rápida, incisiva, segura de ese joven de veintiocho años que venía a reclamar venganza contra el presunto poderoso asesino de su padre.[9]

Bajo el impulso del ministerio público el proceso se transforma en una "instrucción pública",[10] contrapuesta a la instrucción oficial. El inspector de Seguridad Pública Cervis acusa a su colega Di Blasi, hombre de Palizzolo, de haber desviado las indagaciones y ocultado pruebas. Di Blasi es arrestado en la sala del tribunal. Una investigación promovida por el prefecto de Palermo exhuma una nota en la cual, apenas al día siguiente del asesinato, el inspector incriminado había solicitado espontáneamente ser asignado a esa pesquisa indicando "pistas" fantásticas, y concluye: "Su íntima relación con el comendador Palizzolo da motivos para dudar que no haya sido extraño a él el interés de tener en sus manos los hilos de la madeja para salvar a su amigo y protector".[11]

Cervis da a entender que el "partido" de Palizzolo ha encontrado indulgencia, si no complicidad, en el jefe de policía de Palermo de 1893, Ballabio, quien enfrentado a Di Blasi estalla en un ataque de nervios definiéndolo como "un mentiroso vil [que] ha atraído el deshonor sobre la policía de Palermo".[12] El general Mirri, en 1899 ministro de Guerra del gobierno Pelloux y a la cabeza de la Seguridad Pública de Palermo en el periodo del estado de sitio, acusa a la magistratura de "máxima laxitud, negligencia e incluso culpabilidad".[13] El siguiente jefe de policía, el ex inspector Lucchesi, clama: "Una mano mágica, misteriosa pero potente, ha influido en este proceso. Así se explica que se desarrolle seis años después, cuando cuatro meses habrían sido suficientes".[14] Todos ellos, y muchos otros, atestiguan la "capacidad de delinquir" de Palizzolo y sus relaciones con la mafia.

Como se verá, tanto el general como el jefe de policía tienen algo que necesitan hacerse perdonar, dando así su contribución a un escándalo "demasiado amplio e indefinido" que, observan preocupados Pelloux y Sonnino, pone en peligro los propios equilibrios políticos.[15] En el escenario de Milán los actores representan un guión tan subversivo que induce al comando militar a prohibir a los oficiales asistir a las salas del tribunal;[16] sin embargo, los enviados especiales trazan para todos, presentes y ausentes, el cuadro de los abogados que acusan a las instituciones de complicidad, de los políticos y policías que se acusan recíprocamente, suscitando el desprecio de las personas decentes y el júbilo de los subversivos. Los primeros tienen que admitir la presencia de "un veneno misterioso, sutil […]: florece bajo la piel de la mafia la fuerza de la política, y bajo la piel de la política la fuerza de la mafia";[17] los segundos pueden constatar la miseria del Estado que pretende juzgarlos:

> Algo más que "negligencia", aunque sea máxima, algo más que "descuido", aunque sea enorme, hay en todo eso. Más que "culpabilidad" hay crimen organizado en la administración de la justicia, hay una justicia cómplice y protectora de los asesinos, hay infamia, vergüenza, deshonor.[18]

Con respecto a ciertos episodios, admite el procurador general de Milán, el juicio debe ser remitido "a la opinión pública, la cual con frecuencia no falla y distribuye a quien corresponda, según justicia, la alabanza y el vituperio".[19] Pero para la opinión pública las responsabilidades se reparten entre magistrados, jefes de policía y prefectos, extendiéndose hacia los gobiernos bajo los cuales las investigaciones encallaron en la arena.

Entre estos últimos, paradójicamente, se cuenta el presidido por el marqués de Rudinì, amigo personal de Emanuele Notarbartolo y líder de su partido político, la derecha. Son los años (1896-1897) del comisariado civil para Sicilia, confiado por Rudinì a Codronchi, cuya tarea oficial es destruir las clientelas, mientras que la tarea real, señala sarcásticamente Sonnino, es la de crear un "Comisariado electoral" que disperse el partido de Crispi y recupere el ala moderada de éste reorganizando alrededor del gobierno las fuerzas disponibles.[20] Para ese fin, Codronchi es el hombre adecuado: exponente de la derecha hostil a la democracia de la isla desde 1875, pero fiel ejecutor de la política de Crispi durante el periodo 1889-1890, como prefecto de Nápoles.

En abril de 1896, aun antes de su nombramiento oficial, Codronchi expresa sus propósitos:

> Todos saben quién fue el mandadero y quién fue el mandante. La justicia se detuvo ante algún alto personaje amigo de Crispi […] Yo le dije a Rudinì que no tengo intención de detenerme frente a sus

> amigos, el diputado Palizzolo, por ejemplo. Rudinì me respondió: está bien, Palizzolo es un canalla.[21]

Codronchi se sobreestima. La reapertura del caso se debe probablemente a instrucciones de Rudinì, por lo demás difíciles de cumplir porque los indicios terminan por señalar no a los crispinos sino a Palizzolo, quien por muy “canalla” que sea representa uno de los puntales de la derecha. Por otra parte el diputado tiene necesidad absoluta del apoyo gubernamental; a las sospechas por el caso Notarbartolo se suman otras sobre el asesinato de un tal Francesco Miceli, que él atribuye a una persecución de Giolitti, de ahí las motivaciones seudogarantistas en que basa su apoyo al proyecto de comisariado civil:

> Apenas se produce un delito grande en la provincia, es en la oficina del prefecto donde se redactan las primeras actas procesales, y el prefecto no desdeña la ayuda de algún consejero tribunicio, que podría ser un candidato político ministerial para las próximas elecciones […] ellos siempre consideran autor de todo crimen o delito al candidato de la oposición, y cómplices más o menos necesarios a sus amigos y partidarios.[22]

Por lo tanto, no debe sorprender la desagradable situación en que cae Leopoldo Notarbartolo al encontrar a Codronchi en conciliábulo con Palizzolo.[23] En los meses siguientes se desarrolla un intercambio cotidiano en el que el conde nativo de Ímola da las instrucciones para la alta política, mientras que el parlamentario palermitano se encarga de la gestión local: disolución de administraciones municipales, cotización de terrenos públicos, más plazos para las deudas de alguna sociedad, selección de los farmacéuticos que se encargarán de manejar el servicio para los pobres de Palermo, formación del cuerpo de policía fiscal.[24] El diputado presta gran atención a la selección de los tutores del orden: protesta por el traslado a Palermo del delegado de Seguridad Pública Olivieri, a quien define como “afectuoso elector mío que podría ayudarme mucho”, mientras “permanecen en esta [provincia] y en mi colegio otros funcionarios no tan bien dispuestos hacia mí”; interviene en favor de un ex delegado, un tal Francesco Saitta, suscitando en esa ocasión la indignación del alto comisario que escribe: “Este Saitta fue condenado y destituido, y ahora lo recomiendan para que lo nombre jefe de los Guardias Rurales”. Palizzolo se muestra particularmente interesado en obtener el nombramiento como asesor de la policía urbana en la administración clerical-moderada guiada por el senador Amato-Pojero, que gracias a la dirección de Codronchi se instala en 1897 en el ayuntamiento de Palermo:

> Yo tengo numerosos amigos cuyos derechos y razones han sido pisoteados y a ellos les interesa enormemente que yo, aunque sea por un mes, forme parte del poder ejecutivo *[¡sic!]* […] Amato habría

> debido seguir los sabios consejos de V. E. y de aquellos amigos sin los cuales no podrá permanecer 48 horas en el puesto de alcalde.[25]

Para comprender de qué “amigos” se trata, obsérvese que con miras a las elecciones administrativas de la capital de la isla se ha aprobado una reforma del sistema electoral que garantiza a los candidatos triunfantes en los suburbios un peso desproporcionado: según De Felice, eso hace que personajes con aroma mafioso resulten elegidos con decenas de votos, mientras en el centro fracasan candidatos de la oposición que han obtenido más de 1 000 sufragios; entre otros un tal Salvatore Licata, hijo del Andrea a quien ya hemos encontrado en la década de 1870.[26] Sólo Palizzolo puede tener bajo control a semejantes personajes. Por lo tanto, no puede sorprender que en 1897 Codronchi declare estar seguro de la inocencia de Palizzolo y sospechar en cambio de los crispinos Figlia y Tenerelli.[27]

El jefe de policía de Palermo es Lucchesi, a quien el alto comisario considera “hombre habilísimo, [que] conoce todo y a todos”, aunque prevé que tendrá que alejarlo porque tiene “poco de bueno”.[28] Se trata en realidad de un fino instrumento de la policía, interiorizado por lo menos desde los tiempos de Malusardi en los “venenos” palermitanos; en una ocasión, sorprendido en amistoso conciliábulo con un célebre mafioso, habría exclamado: “¿Ven lo que estoy obligado a hacer? Éste merecería esposas, y de buena gana lo conduciría yo mismo a la cárcel”.[29] Son verdaderamente singulares las instrucciones que da a sus subordinados en el verano de 1896 de no dar curso a ninguna de las denuncias contra los mafiosos de Villabate “para evitar que personas difamadas por fechorías graves pasen a la clandestinidad, comprometiendo las condiciones de la seguridad pública”.[30] Tal es el hombre que debe reabrir el caso con el nuevo procurador general, Vincenzo Cosenza. Se decide basarse en las “propalaciones” de un detenido, un tal Bertolani, según el cual Fontana (por entonces encarcelado en Venecia por tráfico de billetes falsos) se habría jactado de haber matado a Notarbartolo; como mandante, Bertolani —interpretando exageradamente los deseos de sus protectores— nombra nada menos que a Crispi.[31] Eso permite revisar la instrucción anterior e incriminar a Garufi y Carollo, pero no a Fontana cuya coartada parece inatacable, también porque Cosenza nunca enfrenta a Lucchesi con el ferroviario Diletti, quien había confiado al jefe de policía que había reconocido al mafioso como el hombre que estaba en el tren el día del crimen; como nadie lo apremia, el testigo se retracta, y sólo en el proceso volverá a acusar a Fontana.[32]

Como se ve, en 1896-1897 funcionan mecanismos distintos de los utilizados en 1893 por los adherentes de Palizzolo. Codronchi está decidido a encontrar al mandante, pero después, cuando todas las pistas conducen a Palizzolo, termina por apuntar únicamente a Fontana, objetivo que también fracasa por la renuencia de Cosenza. Por lo demás, tanto el alto comisario como su aún más alto inspirador

político continuarán convencidos de que su ex aliado no es culpable, o al menos no es el único culpable. En diciembre de 1899 Rudinì le escribe a Codronchi:

> Yo no sería garante de Palizzolo. La corriente de opinión que se ha formado contra él dice que es un hombre capaz de delinquir. Pero […] el encarnizamiento que hubo en la primera instrucción contra él casi demuestra que se buscó deliberadamente desviar la justicia alejándola de la pista correcta.[33]

La carta llama a la calma en los días convulsionados del proceso de Milán en que todos tratan de exculpar a Palizzolo. Rudinì continúa sosteniendo que el verdadero escándalo es que no se haya incriminado a Fontana, y que por lo tanto "si hay algo podrido" debe buscarse en la magistratura;[34] a Codronchi le arrancan apenas admisiones limitadas sobre la "capacidad de delinquir" de Palizzolo. En cambio Lucchesi clama contra los magistrados pero también contra el diputado, sin darse cuenta de que pone en aprietos a sus protectores: "¡me parece maravillosa esa actitud suya!", comentaba irritado Rudinì.[35] Según el prefecto de Palermo, De Seta, esa actitud del ex jefe de policía tenía una explicación sencilla: "Él guió su acción por el cálculo de su conveniencia personal: ahora convenía mostrarse violento contra Palizzolo, de quien en otros tiempos había sido amigo".[36]

En Palermo los acontecimientos preocupan a la magistratura, tan gravemente cuestionada; Cosenza protesta por el espacio que el tribunal milanés dedica al "innoble y nauseabundo espectáculo de […] una venganza privada".[37] El procedimiento atípico es justificado por el ministerio público como una acción "revolucionaria" frente a las influencias de Palizzolo justamente sobre el procurador "que dolorosamente demostró que de él no se podía esperar el triunfo de la verdad y la justicia".[38] Si Palizzolo se apoya en la maquinaria judicial y policial palermitana, los Notarbartolo utilizan su red de relaciones en el campo moderado-aristocrático, en particular en los meses del proceso de Milán, gracias al apoyo proporcionado por el propio Humberto I a pedido del príncipe de Camporeale y por la relación personal que une al tío de Leopoldo Notarbartolo, el mayor del ejército Gaetano Merlo, con el jefe del gobierno general Pelloux. El propio Notarbartolo hijo escribirá:

> Veíamos que el Ministerio nos apoyaba. Si una madeja se enredaba, mi tío […] tomaba el tren para Roma y obtenía de su amigo Pelloux todo lo que queríamos. Así logramos asegurar para la justicia los documentos reservadísimos del Banco de Sicilia, de la jefatura de policía y del comando de los Reales Carabineros de Palermo, y hasta los del Ministerio del Interior.[39]

Sin embargo, el asunto registra una inédita complicidad entre este bloque de fuerzas de extracción tradicional-moderada y la extrema izquierda, que desempeña un

papel de primer plano ante todo en la gestión del proceso: Leopoldo Notarbartolo confió su representación a dos abogados socialistas, Carlo Altobelli y Giuseppe Marchesano, quien viene a representar un puente hacia el socialismo palermitano de Aurelio Drago y el príncipe Alessandro Tasca di Cutò. En los años de los escándalos bancarios, la convergencia no es tan paradójica como podría parecer; entre la derecha y la izquierda existe un punto de contacto en la denuncia de la complicidad entre los negocios, la política y la administración, en la crítica a la degeneración del sistema representativo que conduce a la utilización de la mafia: "¿Qué tendría que hacer el gobierno?", se pregunta Drago. "¿Combatirla? ¿Y quién hará las elecciones? Organizarla entonces. Y el gobierno la organiza, la arma y la paga"[40].

Por lo demás, socialistas y radicales tienen necesidad de volver a entrar en el juego político del que los sacó el estado de sitio de 1894, y en una posición común anticrispina intentan aproximarse a los rudinianos ya con Codronchi; sin embargo, sus avances no encuentran respuesta, de ahí las violentas acusaciones que lanzará en 1899 sobre todo Giuseppe De Felice Giuffrida, ex dirigente de los *fasci*, contra el "ex virrey de Sicilia". "Somos los dos blancos principales del famoso De Felice —escribe Lucchesi a Codronchi— porque usted como monárquico sincero le disputó la elección, y yo lo procesé y lo mandé a la cárcel"[41].

El proceso de Milán sigue a la violenta represión de los movimientos de 1898 y la primera fase del obstruccionismo parlamentario contra las leyes "liberticidas" de Pelloux (junio de 1899); los últimos dos meses de ese año y el inicio del siguiente presencian una ofensiva de la izquierda contra un gobierno tan duro hacia los socialistas y tan flexible hacia los mafiosos. Como afirma Bissolati, "la política italiana tiene dos caras, y en una tiene la figura-símbolo de Palizzolo, en la otra la imagen de los diputados De Ambris, Chiesi, Turati, fichados y vigilados por la Seguridad Pública"; después de un durísimo discurso de De Felice, uno de los protagonistas del obstruccionismo, Pelloux tiene que admitir que de Milán viene "una lección, una dura lección para todos".[42] La onda de choque del escándalo, por lo demás, alcanza también al gobierno en la persona de Mirri, quien tiene que renunciar cuando el procurador general Venturini, violentamente atacado por él en Milán, entrega al periódico *Il Tempo* algunas cartas de 1894 en las que el general pretende la excarcelación del mafioso Saladino, vinculado a los crispinos.[43] El 8 de diciembre, mientras se difunde el rumor de que Palizzolo se ha fugado al extranjero (aunque en realidad se encuentra en Sicilia), Pelloux suspende las comunicaciones telegráficas entre Roma y Palermo, y contra cualquier normalidad del procedimiento consigue que el Parlamento vote inmediatamente la autorización del arresto, que se lleva a cabo sin orden del juez.

Eso plantea un problema grave, considerando las relaciones palermitanas del diputado encarcelado. Como ya tantas veces en el pasado, es evidente la escasa consonancia entre la policía y el Poder Judicial, que (como observa el *Giornale di Sicilia*) "en lugar de ser el respaldo y aliado natural de la Seguridad Pública,

obstaculiza la acción de ésta, haciéndola impotente y ridícula”.[44] El delegado Lancellotti, incriminado por abuso de poder después de que los miembros de la *cosca* investigada por él fueron absueltos, “como de costumbre”, por insuficiencia de pruebas, revela que uno de ellos le dijo en su cara que se sentía más que seguro mientras estuviera en Palermo el juez Pezzati, amigo de Palizzolo.[45] Palizzolo en la cárcel repite que deposita “todas sus esperanzas, toda su confianza” en el procurador general.[46] La resistencia de Cosenza a las presiones de Gianturco, ministro de Gracia y Justicia del nuevo gobierno Saracco,[47] corren el riesgo de desatar un conflicto entre el Poder Ejecutivo y el Judicial, sobre todo cuando el procurador decide hacerse cargo personalmente del alegato porque no confía en los acusadores, que parten de la base de que el acusado es culpable. Finalmente Cosenza tiene que mandar a juicio a Palizzolo y Fontana, pero con motivaciones tales que constituyen una especie de arenga en su favor. En ese clima de fracturas, presiones, paradojas, nuevas y más graves sospechas, se prepara el proceso de Bolonia.

2. EL *ONOREVOLE* PALIZZOLO

“Palizzolo era de temperamento suave, bueno, afectuoso, poeta en ratos perdidos, un poco presumido, muy platicador, incapaz de guardar un secreto y, por lo tanto, incapaz de confiar a otro un mandato para un crimen de sangre”:[48] éste es el retrato que hacen de él sus defensores. En realidad se trata de un personaje casi incoloro, de oratoria anticuada tendiente a caer en efectos casi ridículos, por lo menos para los oídos maliciosos de un periodista milanés que lo escucha en el proceso de Bolonia: “Habla apoyándose en una silla, en actitud trágica, con muchos gestos, modulando la voz, haciéndola ya dulce, ya grave, ya tonante, con evidente búsqueda del efecto”. El tono es más sencillo cuando el acusado explica su influencia: “Yo era el único diputado accesible para los electores […] Yo bajaba y vivía entre el pueblo, tratando de ser su consejero y amigo. Y el pueblo sentía gratitud”.[49]

Como la defensa admite sin pudor, Palizzolo, administrador de obras de beneficencia, miembro de una infinidad de comisiones, consejero municipal y provincial, se había creado una clientela que incluía a personas de todas clases, y en consecuencia también algún mafioso del que “se servía en las elecciones”[50] igual que otros parlamentarios. En algunos puntos esa interpretación coincide con la de Gaetano Mosca, quien la transmitió a la posteridad con el sello del gran intelectual:

> Era muy popular, si la popularidad consiste en ser fácilmente accesible para personas de todas las clases, de todos los estratos y de todas las moralidades. Su casa estaba abierta indistintamente a caballeros y a bribones. Él recibía a todos, prometía a todos, estrechaba la mano a todos, platicaba incansablemente con todos; a

> todos les leía sus versos, les narraba sus triunfos oratorios en la Cámara y, con hábiles alusiones, les daba a entender cuántos y cuán poderosos adherentes tenía.[51]

Para Mosca, por lo tanto, no nos encontramos ante un delincuente, sino ante el típico fruto del sufragio ampliado, uno de los *homines novi* que hacen de la política una actividad profesional, habituado a conquistar el consenso de los electores mediante una praxis de pequeños favores para pequeñas clientelas. Desde el punto de vista práctico, Mosca reduce el jefe de *cosca* a jefe de una clientela para que resulte más aceptable la evidente complicidad con él de Rudinì y Codronchi; a nivel teórico presenta a Palizzolo como uno de los pequeños burgueses triunfantes contra los cuales polemiza el marqués de Rudinì, su mentor político.[52]

Palizzolo, en efecto, se ha creado un patrimonio mediante la adquisición de bienes públicos, pero no se trata de un hombre nuevo, como lo indica el título de *cavaliere* que usa antes de su nombre. Accede al Parlamento en 1882, fecha que es símbolo de la ampliación del sufragio, pero no es un demócrata crispino sino un “regionalista”, representante del partido “palermitano” que, como sabemos, está viviendo el problema de la “perturbación” siguiente al *Risorgimento*. La indagación que excava en su carrera nos lleva al momento crucial de 1876-1877, contradiciendo todos los retratos edulcorados y presentando en cambio el del *manutengolo* de los bandidos Valvo, De Pasquale y Leone, del colaborador forzado de Lucchesi y Malusardi. También más adelante Palizzolo aparece involucrado en episodios de bandidismo, como aquel en el que encontramos a Emanuele Notarbartolo en el papel de secuestrado (1882).[53] Muchos hilos conducen al diputado. Quien proporciona a los bandidos los uniformes del cuerpo de policía con que se disfrazan es un cliente suyo. Después del pago del rescate, los bandidos se atrincheran en una finca lindante con una propiedad de Palizzolo en Villabate; por iluminación misteriosa, quien descubre ese refugio es el ya conocido comisario Di Blasi. Según De Luca Aprile, habría operado el mecanismo habitual: Bardesono, presionado por la opinión pública y por el propio Depretis, le habría “mostrado los dientes a Palizzolo”,[54] obteniendo así su colaboración.

Un *manutengolo* de la banda es un tal Giuseppe Fontana (hijo de Rosario) que en 1882 en Villabate y “por cierta extensión de territorio que llega hasta los confines de la provincia limítrofe de Messina […] ejerce una influencia incontrastada”. En 1866 había sido amonestado, en 1873 terminó en la cárcel por homicidio y esperó confiado quedar nuevamente en libertad gracias a “personas distinguidas por su posición social”; en la década de 1880 estuvo confinado en Ventotene y dos veces en Ustica, adonde Palizzolo fue a visitarlo y después consiguió su liberación.[55] Se trata de un primo del Giuseppe Fontana (hijo de Vincenzo) señalado como asesino de Notarbartolo. Otro contacto entre el diputado y la *cosca* de Villabate es el Filippello de Caccamo que ya hemos visto como *manutengolo* de Leone, que en 1875 se había

trasladado allí por deseo justamente de Palizzolo. Los miembros de la “hermandad”, que según la policía tienen reuniones entre Villabate y Ciaculli y han sido casi todos señalados en algún momento como favorecedores de bandidos, se dedican al chantaje, al abigeato, al asesinato de presuntos espías, y también a la actividad política desarrollada en favor del alcalde Pitarresi así como de Palizzolo.

> La esfera de acción y de influencia de esta sociedad de malhechores no se limita sin embargo al territorio de Villabate solamente, sino que se extiende a los cercanos suburbios de Palermo, a Ficarazzi y a Misilmeri, y sus numerosos delitos han quedado casi siempre sin castigo por el terror que sabe provocar en los testigos e incluso en las víctimas que, temiendo exponerse a una muerte segura, prefieren callar y sufrir.[56]

La responsabilidad del secuestro de 1882 se puede deducir de esa lógica territorial, en cuanto el lugar del hecho (Caccamo) y el sitio donde se refugian los bandidos después de cobrar el rescate (Villabate) tienen un solo rasgo común, que es el patrocinio de Palizzolo. En 1892 esa zona no forma parte de su colegio electoral; en particular la Albergheria, barrio de Palermo donde obtiene el mayor consenso, está ubicada en el centro histórico, como lo subrayan Mosca y la defensa con intención de desmentir sus relaciones con la mafia que, como sabemos, tiene su sede de preferencia en los suburbios, mientras que en los barrios más viejos la criminalidad asume más bien la forma del *ricottaro*, el explotador de prostitutas.[57] El asunto remite nuevamente al momento en que Palizzolo se presentaba en Caccamo, y podría implicar conexiones diferentes de las electorales. Tanto en Caccamo como en el área al sureste de Palermo, en Mezzomorreale, en Ciaculli, en Villabate, Palizzolo posee tierras, y por lo tanto relaciones en el ambiente de los guardianes, de los *gabellotti*, de los fontaneros. Aquí podríamos remitir a la categoría general de la vinculación entre mafiosos y propietarios, salvo por el hecho de que las propiedades de Palizzolo no son tan grandes que necesite emplear, como lo hace, gran número de asalariados fijos, “todos capaces de delinquir […] aunque, como en Inserra, el producto de la finca no es suficiente para pagar el salario del administrador: se diría que conserva esos pedazos de tierra sólo para tener en ellos a ex presidiarios”.[58]

Acerca de esto puede esclarecer algo el delito Miceli, del cual Palizzolo es llamado a responder al mismo tiempo que del crimen Notarbartolo.[59] El escenario del crimen es la vasta hacienda Rocca di Monreale, cuya propietaria, Marianna Gentile, había muerto en 1873 dejando como heredero principal (pero no único) a su nieto: una situación muy intrincada, porque hay nada menos que 500 parientes interesados, a algunos de los cuales tocan legados significativos, mientras que otros cuestionan la legalidad del testamento. Palizzolo adquiere los derechos sobre una parte consistente de las cuotas de la herencia, invirtiendo una cifra

desproporcionadamente grande considerando el cultivo deficitario de la finca, la modestia de sus ingresos y la situación de caos de la empresa. Y, sin embargo, no consigue llevar a cabo el rastrillado por "los gastos de administración y judiciales, la rapacidad de muchos que ya habían afectado el patrimonio y la escasez de medios", [60] y entonces cambia de estrategia buscando llegar a algún acuerdo y, por de pronto, impidiendo la entrada a la propiedad a Francesco Di Liberto, nombrado *gabellotto* por el administrador judicial: en consideración a los "muchos adherentes" del diputado, Di Liberto se retira "por la paz".[61]

No ocurre lo mismo con Francesco Miceli, factor de la villa Gentile, "valeroso, fuerte y activísimo para hacer cumplir con su deber a los cultivadores" y que hasta por tradición familiar no se intimida fácilmente: en efecto, es el hijo de aquel Turi Miceli, jefe de las escuadras monrealesas de 1848, 1860 y 1866. Palizzolo declara que no teme a "la mafia de Miceli" y anuncia que "tendría en su finca personas que lo pusieran en su lugar".[62] Entre éstas hay figuras terribles, como Nicolò Trapani y Filippo Vitale, ex presidiario confinado bajo Malusardi, *capomafia* de Altarello di Baida. Miceli continúa criticando la gestión de Palizzolo y de sus protegidos, entre otras cosas convenciendo a algunos de los coherederos de no vender; no se muestra impresionado cuando el diputado se jacta de sus pasadas relaciones con el bandido Leone, y no se ablanda ni siquiera cuando una bala pasa rozándole la cabeza. Finalmente tiene que ceder ante la ráfaga de perdigones que lo mata el 17 de julio de 1892. Después de su muerte, los hombres de Palizzolo tienen las manos libres y hacen de la finca Gentile un punto de paso del contrabando de tabaco y del abigeato, en la ruta que lleva desde el interior a Palermo; allí son encontrados, por ejemplo, en 1889 los animales robados en Sciara, alrededor de 30 kilómetros al este de la cabecera. Allí es llevada una joven secuestrada y después liberada gracias a la mediación de Palizzolo.[63]

Eso puede explicar la deseconomía de los negocios de Palizzolo, y también ayudar a comprender por qué Francesco Paolo Vitale, aunque de familia acomodada, se adapta a trabajar allí como simple guardián, junto con su hermano Filippo. No se trata tanto de una finca manejada con personal mafioso como de un punto estratégico para actividades criminales: Palizzolo no trata con los mafiosos como propietario o como político, sino que actúa en la propiedad y en la política como elemento de conexión entre las *coscas*, gran coordinador a escala subprovincial. Desde mucho antes la policía considera cosa "sabida" que Palizzolo es "el mecenas de la mafia del agro palermitano y especialmente de la zona meridional y oriental",[64] pero es en el debate de Milán y mucho más en el de Bolonia que su figura se define sin velos, sin equívoco posible. Más allá de la iniciativa del ministerio público, gran parte del mérito de ese resultado corresponde a Ermanno Sangiorgi, el antiguo perseguidor de la *cosca* del Uditore, que en agosto de 1898 fue nombrado por Pelloux jefe de policía de Palermo, siendo prefecto Francesco De Seta, para conducir la batalla contra el diputado y la mafia.

En la jefatura de policía, el partido anti-Palizzolo vuelve a levantar la cabeza. Es Sangiorgi quien organiza el arresto de Palizzolo aun antes de que el recalcitrante Cosenza emita la orden de prisión, es él quien elimina toda demora para la captura de Fontana, contratado por el príncipe de Mirto para enfrentar al bandido Varsalona en sus tierras del interior, convocando al noble señor a su oficina y amenazándolo incluso con encarcelarlo; Fontana entonces se presenta, pero al caballero y no al policía, presentándose en casa de Sangiorgi (no en la jefatura) en la carroza del príncipe, acompañado por su abogado. El ritual recuerda a la prensa una negociación "de potencia a potencia". De Seta se justifica: "Ese príncipe tiene propiedades y latifundios en diversas provincias de Sicilia, y arrestar a Fontana habría resultado dificilísmo […] Aquí no es nada vergonzoso que un propietario incluso honesto tenga para custodia de su propiedad a miembros de la mafia y los proteja con ese fin".[65] Es también el jefe de policía, tanto en Milán como en Bolonia, quien atestigua la "capacidad de delinquir" de Palizzolo y saca de los archivos de su oficina las pruebas documentales de las presiones ejercidas por el diputado en favor de numerosísimos mafiosos, que después representan el argumento más sólido de que dispone el ministerio público. Mientras tanto el jefe de policía y el prefecto disuelven "comisiones y consejos de administración de los que formaba parte Palizzolo", manejan las elecciones políticas de 1900 a las que el diputado encarcelado se presenta "obligado por su numerosa e interesada clientela" y sostienen victoriosamente al abogado Giuseppe Di Stefano Napolitano, candidato que tiene todos los requisitos correctos: "joven rico, estimado en el foro y en la ciudad, y nuevo en la vida política".[66]

Hace ya tiempo que la "voz pública" "insiste en querer establecer relaciones" entre el caso Notarbartolo y otros delitos "típicos, característicos", preguntándose cómo se puede explicar todo eso "sin recurrir a la idea de una asociación, o por lo menos una red de intereses criminales".[67] El antiguo jefe de policía, Farias, ya había iniciado las investigaciones; el nuevo retoma antiguos contactos y "bajo secreto de oficina" obtiene informaciones sobre una fábrica de billetes falsos que identifica, embargando sus equipos y arrestado a los falsificadores. A esa altura el mismo confidente ofrece la clave para la interpretación de otros delitos.[68] Reaparece, como en los tiempos de Amoroso y los *stoppagghieri*, la intervención mágica, el superinformante, la "fuente atendible" pero anónima a la que "se puede y se debe prestar pleno y absoluto crédito",[69] que lleva de la mano a la autoridad para delinear la "tenebrosa asociación" que está detrás de los distintos delitos. La coyuntura del caso Notarbartolo induce a Sangiorgi a tratar de demoler el poder mafioso con un solo gran golpe, aportando elementos de conocimiento que por completos y minuciosos no tienen paralelo. En 31 relaciones manuscritas en un total de 485 páginas, redactadas entre noviembre de 1898 y febrero de 1900, el jefe de policía delinea el cuadro de una gran organización, de sus jerarquías y sus delitos:

> El agro palermitano […] desafortunadamente es afectado, como otras partes de esta provincia y las vecinas, por una vasta asociación de malhechores, organizados en secciones, divididos en grupos; cada grupo es dirigido por un jefe *[capo]*, que se llama *caporione* […] Y todo ese conjunto de malvivientes tiene un jefe supremo. Los *caporioni* son elegidos por sus afiliados, y el capo supremo por los *caporioni* reunidos en asamblea.**[70]**

Los nombres bien conocidos por nosotros (y por Sangiorgi) de los Giammona, los Siino, los Bonura y los Biondo representan la cúpula de la organización. Encontramos a Gaetano Badalamenti, protagonista de aquella disputa con los Amoroso. La "mente dirigente" de ella es todavía Antonino Giammona, "el cual da dirección a través de consejos, informados por su larga experiencia de viejo ex presidiario, e instrucciones sobre el modo de llevar a cabo los delitos y de crearse posiciones de defensa".**[71]** La dirección operativa queda a los más jóvenes, Giuseppe Giammona para Passo di Rigano, Francesco Siino para Malaspina; éste funge también como jefe del conjunto de la organización, que aparentemente cuenta con alrededor de 670 elementos entre los "grupos" basados en los suburbios que rodean la cabecera por el suroeste (la Conca d'oro propiamente dicha), pero la policía no puede demostrar que extienda su autoridad por la provincia. Tampoco los capos de las *coscas* de la zona que se extiende por el sureste de Palermo hasta el mar participan en la cumbre ni se involucran en los sangrientos conflictos al interior de la propia organización. En particular quedan fuera los palizzolianos: los mafiosos de Villabate y los mediadores de la significativa reconciliación entre el propio Palizzolo y el *capomafia* de Settecannoli, Salvatore Conti, otro miembro del concejo municipal de Codronchi en 1897 que, después de haber intentado declararse autónomo, termina por besar la mano del diputado: son Salvo Saitta, Francesco Motisi, Filippo Vitale y Salvatore Greco.**[72]**

Sin embargo, es significativa la acrimonia con que "Calpurnio", tinterillo inspirado por Palizzolo, señala las redadas de 1900:

> ¡Por todo Palermo se recordó con horror el proceso de una vastísima asociación para delinquir iniciado por Sangiorgi! Centenares de desventurados languidecieron en la cárcel, y cuando los infelices cumplieron los pocos meses de pena a que habían sido condenados, ¡qué ruina irreparable no encontraron al volver a sus casas, entre sus familias!**[73]**

Como escribe De Seta, "la mafia […] ha sido reducida al silencio y a la inacción".**[74]** El proceso por asociación para delinquir celebrado en 1901 termina, sin embargo, con muchas absoluciones y pocas leves condenas, provocando un comentario de

Sangiorgi que permite entrever circunstancias y relaciones desafortunadamente poco claras para nosotros: “No podía ser de otro modo, si los que de noche los denunciaban de mañana iban a defenderlos”.[75] En ausencia de un *pentito* dispuesto a atestiguar en el juicio, la realidad asociativa de la mafia es imposible de demostrar.

3. La tenebrosa asociación

Según Sangiorgi, nos encontramos frente a una organización centralizada, o mejor podríamos decir ante una federación de las *coscas* de los suburbios. También aquí es oportuno preguntarse si la fuente policial no está forzando un poco los datos para encuadrarlos en la legislación relacionada con las asociaciones, a fin de causar más alarma en las autoridades gubernamentales. Por lo demás, la fuente judicial no ofrece mayores garantías de objetividad, por las razones opuestas, dado que la dificultad de los maxiprocesos puede llevarla a perseguir los delitos individuales, renunciando a investigar sobre estructuras complejas y subterráneas.[76]

En este caso concreto la policía posiblemente exagera al hablar de una infraestructura mafiosa de dimensiones provinciales, pero no al subrayar la interrelación de todos los grupos de la zona occidental palermitana, que efectivamente se desprende del conjunto de las circunstancias narradas y de la propia historia de la mafia de los suburbios a partir de 1875. Podría provocar alguna perplejidad el carácter muy formalizado de esas organizaciones criminales: los “socios” que pagan regularmente una cuota en dinero y toman las decisiones más importantes reunidos en asamblea; la posibilidad concedida a los sospechosos de traición de defenderse frente a una de esas asambleas;[77] el ritual de los delitos de sangre, que siempre que es técnicamente posible son perpetrados en forma colectiva; la elección de capos, subcapos y capo supremo. Pero también es preciso observar la similitud entre esa estructura y la que se desprende de las declaraciones de los *pentiti* (Buscetta, Contorno, Calderone, etc.) de los años 1960-1980. El juez Falcone y el jefe de policía Sangiorgi pueden afirmar ambos, con un intervalo de 100 años, que existe una coordinación entre dirigentes de organizaciones con la misma base territorial. La dirigencia necesita delegados y, en consecuencia, un mecanismo electoral, un conjunto de normas. Naturalmente los equilibrios son inestables y ese sistema jurídico se presta más que otros a ser violado por la fuerza: acuerdo y conflicto representan las dos fases cíclicas, la orgánica y la crítica, en la vida de cada una de las *coscas* y con mayor razón de las coordinaciones entre ellas. También en esto a fines del siglo XIX operan lógicas similares a las de la década de 1970. La guerra de mafia determina nuevos equilibrios rompiendo antiguas alianzas: en este caso entre los Giammona y los Siino.

El desacuerdo se manifiesta en diciembre de 1896, cuando el descubrimiento de una primera imprenta clandestina crea dificultades económicas y desconfianzas

recíprocas; la venganza efectuada a ciegas contra la joven hija de la supuesta espía, la tabernera Giuseppa Di Sano, ciertamente no mejora la situación.[78] El prestigio de Francesco Siino cae bastante bajo y su liderazgo es cuestionado por los Giammona, los Biondo y los Bonura, capos de las *coscas* de Passo di Rigano, Piana dei Colli y Perpignano, "que siendo gente agitada y reputadísima en la mafia, mal soportaban la superioridad de Siino". En una reunión celebrada en enero este último exclama: "Bueno, puesto que ya no se me respeta como se debe, que cada grupo piense y actúe por sí mismo".[79] Se inicia así una fase de provocaciones e invasiones recíprocas: "Entre los cánones de la mafia está el del respeto de la jurisdicción de los demás, cuya infracción constituye un insulto personal", había escrito Sangiorgi.[80] Fracasados todos los intentos de conciliación, cuya sinceridad no es posible juzgar, se inicia "una lucha dispareja en los medios y en el poder" en la que los Giammona triunfan debido a sus mayores recursos económicos y militares, el gran número de adherentes a su partido y la —imprecisa— red de protección de que gozan. Después del asesinato de su sobrino Filippo, Francesco Siino debe afirmar: "Nos contamos y contamos a los otros: somos 170 incluyendo a los *cagnolazzi* (aspirantes) y ellos son 500 […] tenemos que hacer las paces".[81] La rendición implica la retirada de los Siino del "frente" de las guardianías controladas por ellos y la fuga a Livorno del propio jefe del clan.

La parte final del conflicto se entrelaza con las redadas de la policía, que afectan particularmente al partido de Giammona. Por lo demás, algunas de las informaciones de Sangiorgi no pueden provenir más que del interior, cosa que podría arrojar luz sobre el modo como "la policía […] penetraba silenciosamente en el organismo de la mafia palermitana",[82] y la identidad del misterioso informante nos lleva de regreso al habitual esquema de facciones en las que están involucrados personajes de la mafia y de la política. Desde el momento de la ruptura, el grupo Giammona acusa a Siino de estar "entregado a la policía". Al ser arrestado un mafioso grita: "Yo sé que la causa de la persecución de tantos hijos de madres es ese infame y esbirro de Francesco Siino, pero ¡sangre de la Madonna! […] no nos detendremos hasta exterminar a toda su raza".[83]

El choque no es particularmente sangriento: cuatro muertos y algunos heridos, todos del grupo Siino; es decir, sólo una pequeña parte de los delitos que Sangiorgi atribuye a la organización. Éstos se deben a la dimensión cotidiana de la actividad de las *coscas*, la de control de las transacciones económicas que se desarrollan en el territorio de los suburbios para imponer "los capataces, los guardianes, la mano de obra, las gabelas, los precios de venta de los cítricos y demás productos de la tierra".[84] Entre los 218 mafiosos fichados con más detalle en el *Rapporto Sangiorgi*, el grupo numéricamente más consistente es el de los *asalariados fijos* dedicados a la custodia y dirección de la empresa agrícola: son 45 entre jardineros, custodios, cuidadores y capataces, a los que deben agregarse los seis mecánicos encargados del funcionamiento de las máquinas de vapor para subir el agua. Además encontramos 26

poseedores, propietarios de jardines, inmuebles o fincas rurales que a menudo sólo han llegado a esa situación en fecha reciente (dato siempre destacado por la policía), o bien "civiles", lo que significa que poseen algún título de estudios. Otros 25 elementos pueden agruparse como "intermediarios": traficantes, gestores, comerciantes y *gabellotti*, mientras que entre peones, campesinos y vaqueros tenemos 27. Los 11 cabreros y los siete carreteros representan una típica categoría de conexión entre el centro, el interior y el campo. Siguen los dedicados al pequeño comercio y los asalariados: taberneros, panaderos, abarroteros, zapateros, cargadores, albañiles, pedreros, etc. La comparación con la mafia de Cefalù, que aparece en el cuadro II.1, muestra no sólo la (evidente) mayor incidencia de figuras urbanas, sino sobre todo la superior *especialización* en las funciones de protección (véase el número de "*campieri* y custodios"). Se podría decir que la mafia rural refleja más generalmente la estructura social, y en efecto he tenido que excluir de la comparación la "primera categoría" de los grandes notables, que están presentes en las listas de la provincia pero no tienen un equivalente en la organización palermitana, más compacta tanto desde el punto de vista social como del funcional.

"Gente intermedia entre el condado y la ciudad":[85] tales son los personajes que el caso Notarbartolo llevó al primer plano, de nuevo o por primera vez. Una vez más la jerarquía social corresponde a la jerarquía criminal, y custodiostraficantes, propietarios y *gabellotti* forman la casi totalidad del cuadro dirigente. Según Mosca, "la condición social de los miembros más influyentes de las *coscas* es un poco superior a la de la parte más pobre de la población siciliana, pero raramente ocurre que llegue al nivel de la clase media".[86] Aquí, como de costumbre, el politólogo intenta restar importancia a la cuestión mostrando cierta mojigatería ideológica frente a un concepto como el de "clase media", tan importante en la simbología del liberalismo moderado y precisamente por eso utilizado en su momento por Franchetti con clara intención polémica. En realidad se trata de una clase media, aunque de promoción social reciente y sospechosa.

CUADRO II.1. *Mafia de los suburbios de Palermo y mafia rural: composición social (1877-1898).*

	Suburbios (218 elementos)	*Provincias (206 elementos)*
Propietarios y poseedores	26	23
Supervisores, *campieri*, custodios, cuidadores y jardineros	45	19
Traficantes, intermediarios	25	15
Sacerdotes	—	8
Civiles y empleados	2	8
Artesanos, negociantes, trabajadores urbanos en general	46	29
Vaqueros, cabreros, ovejeros	19	17
Trabajadores agrícolas encargados de máquinas	6	2
Peones	11	5
Campesinos	12	44
Borgesi	—	20
No identificados	19	6

FUENTES: *Rapporto Sangiorgi*, ASPA, GP, 1877, b. 42, listas de Términi y Cefalù, segunda categoría. Elaboración mía. Las listas se refieren a 1898 para los suburbios y a 1877 para la provincia.

También en el viejo centro de la ciudad, entre "las callejuelas y los callejones de los barrios Castro y Albergheria" (corazón del electorado de Palizzolo), actúan organizaciones "antiguas y estratificadas" formadas por mendigos, asaltantes y rateros con frecuencia menores de edad, violadores de cajas fuertes, prostitutas, lenones o *ricottari;* "la jerarquía de las personas es paralela a la de los delitos", y el liderazgo corresponde a los que manejan burdeles y casas de juego, a los receptores de bienes robados que dan vida a florecientes actividades comerciales alrededor de "negocios que dicen ser agencias de préstamos o de compraventa de objetos usados".[87] Algunos años más tarde será denunciada una organización difundida por toda la ciudad que se dedica a robar a los cocheros.

En conjunto, esta criminalidad de los callejones parece ser muy distinta, por su composición social y por sus funciones, de la mafia de los jardines y de los suburbios con su cuadro de propietarios, traficantes, guardianes y fontaneros. Sólo una mirada más de cerca puede permitirnos distinguir diferencias entre la parte occidental del *hinterland* (la Conca d'oro) y la oriental (Villabate, Mezzomorreale, etcétera). Ante todo parecería que en el primer caso la fuerte conexión organizativa manejada por la propia mafia representa una realidad diferente de la que el gran intermediario político asegura en el segundo. Es cierto que el caso Palizzolo provoca una atención a la política local que en la zona occidental, más tratada por Sangiorgi, conduce solamente a una reprobación general por la protección que "diputados, senadores y otros personajes influyentes" dan a los mafiosos "para ser después, a su vez, protegidos y defendidos por ellos".[88] Obsérvese, sin embargo, que Villabate y

Monreale, al revés de los suburbios, son municipios autónomos donde el *partido* mafioso puede participar directamente en la conquista del poder local, mientras que en el ámbito del gran poder palermitano la organización tiene que tomar en cuenta intereses y grupos políticos más complejos. Por eso los grupos de la parte oriental del interior palermitano muestran un menor grado de especialización territorial y criminal, aprovechando redes de relaciones más amplias por lo menos en la línea que va de Caccamo y Sciara a Palermo a través de Ciaculli y Monreale. Esos pueblos, además de vivir de una rica agricultura intensiva, representan la puerta hacia el interior de la isla, mientras que el referente inmediato de la Conca d'oro es la ciudad. Un análisis comparativo de los delitos cometidos por los dos núcleos criminales, el del oriente y el del poniente de la capital, indica que en el primer caso tenemos una mayor abundancia de delitos "comunes" (rapiñas, secuestros, abigeatos), mientras que en el segundo prevalecen las funciones "de orden" (guardianía, mediación comercial).

Desde luego, no debemos exagerar. También en la zona oriental encontramos el típico asesinato del intermediario comercial. Fontana acepta acuerdos benévolos para la devolución gradual de una deuda, evitando así la expropiación del jardín de su cuñado.[89] Filippello puede aparecer como un hombre de orden no sólo en defensa de su patrón Palizzolo sino también de personajes como Gaetano Focher, el inspector del monte de piedad de Palermo, que lo envía a Altavilla para una expropiación contra un campesino que evidentemente no quiere pagar sus deudas. El ex *manutengolo* de Leone se limita a explicar al ex propietario que existe la movilidad descendente, ordenándole "que no pase más por las tierras de Focher que le han expropiado, porque en caso contrario le podría ir mal"; después se va del pueblo, no sin haber impuesto una gabela a la finca del *capomafia* local.[90]

El contrabando y la puesta en circulación de billetes falsos, las rapiñas y los fraudes son delitos ampliamente practicados también en la Conca d'oro. Sin embargo, y quizá eso no sea casual, ni Siina ni Giammona fueron los responsables del asesinato de Notarbartolo. Las historias que narra el *Rapporto Sangiorgi* describen una mafia que permanece "en su sitio". No hablaremos de criminalidad "plebeya", como lo hace Marcella Marmo al darnos el cuadro de una camorra napolitana del siglo XIX que intenta "sacar oro de los piojos"; es decir, explota relaciones comerciales pobres y cobra una cuota sobre los salarios; el cobro de porcentajes sobre pequeñas actividades comerciales, la "componenda" para la resolución de tales extorsiones y para la devolución del fruto de hurtos existen también en Palermo, pero son más que nada fenómenos de los barrios del centro.[91] La mafia de los suburbios, terminal de una economía rica, vive de las relaciones entre la pequeña delincuencia, el estrato medio y las clases dominantes, fenómeno intersticial en el que el contacto entre la esfera de los facinerosos y la de los *optimates* se limita a ámbitos determinados. No encontramos ningún caso de miembro de las clases altas asesinado: sólo un abogado que intenta obtener una compensación por gabelas no pagadas es muerto de un tiro de

fusil.[92] La respuesta al propietario demasiado independiente es siempre el boicot o una cadena de delitos que crea el vacío a su alrededor. Cuando el senador Eugenio Olivieri nombra administrador a un primo suyo para limitar los hurtos del cuidador mafioso, la *cosca* intenta desacreditar al intruso con diversos artificios, hace que por años el senador no pueda conseguir un guardián, pero no lo toca; si en vez de un "civil" hubiera sido un jardinero, el resultado habría sido diferente. Incluso el típico "mensaje" consistente en dañar los árboles sólo se puede emplear una vez para cada jardín, porque si se repitiera representaría una ofensa al propietario y no al *gabellotto* o al guardián,[93] sutileza del ritual que remite una vez más a la prudencia con que los intermediarios se manejan con los estratos superiores.

Los redactores del *Rapporto* dicen estar seguros de que la función de la organización mafiosa consiste en limitar el derecho de propiedad, pero no pueden negar el hecho de que justamente la defensa de la propiedad representa la motivación de la mayoría de los delitos, como en el caso de las cuatro personas asesinadas alrededor del final de 1897, cuyos cadáveres se hacen desaparecer para obstaculizar las investigaciones y reforzar el mito de la omnipotencia de la mafia, no sin sofisticadas pistas falsas, como testigos que afirman haber visto a los asesinados en Túnez y cartas de los desaparecidos que llegan de ese lugar, hasta que finalmente los cadáveres son encontrados. Todavía no se utiliza el término "*lupara* blanca", de ahí el nombre de "caso de los cuatro desaparecidos", pero es de eso que se trata.[94]

El primero de ellos es el panadero Tuttilmondo, ajusticiado por haber robado a su patrón. El segundo es Antonino D'Alba, tabernero y miembro de la *cosca* de Falde. Esta vez nos hallamos frente a un personaje que tiene "un poco de autoridad" a partir de "dos puntos estratégicos": una de las tantas tabernas en las que los mafiosos se reúnen y un almacén en Arenella, "comarca hecha a propósito para el contrabando".[95] El tabernero es primo de un tal Francesco D'Alba que trabaja para Eduardo y Samuele Hamnet, importantes comerciantes en cítricos pertenecientes a la colonia inglesa instalada en Palermo. Los Hamnet sospechan que su empleado es el autor de ciertas cartas "de estafa", así como del atentado dinamitero que en septiembre de 1897 tomó como blanco su casa, junto con las de otros fabricantes de derivados, indicio quizás de las tensiones que en ese periodo enfrentan a diversos actores del mercado de los cítricos.[96] Para protegerse, los Hamnet movilizan a un pariente suyo, Francesco Serio, *gabellotto* del grupo "civil" que "mantiene con la mafia relaciones de patrocinio y de clientela". Pero cuando éste se pone en contacto con los capos del grupo Falde, éstos comprenden que Francesco D'Alba ya ha sido advertido por su primo, y esa traición cuesta la vida al tabernero.[97]

Por último tenemos a Vincenzo Lo Porto y Giuseppe Caruso, cocheros afiliados a la *cosca* de la Olivuzza. En ese suburbio se alza la célebre mansión de Ignazio Florio, el gran armador-financista hijo de un comerciante que se ha emparentado con la crema de la aristocracia palermitana. Las dos mitades de Florio, la aristocrática y la burguesa, aspiraban a una tranquila seguridad, y para eso confiaron la guardianía de

la mansión a Pietro Noto, junto con su hermano Francesco, capo de la *cosca* local. En el verano de 1897 las relaciones entre Lo Porto, Caruso y Noto, en otros tiempos “en gran intimidad” entre ellos, están en vías de deterioro porque según los cocheros los Noto se han llevado la parte del león en la gestión de la suma derivada de la estafa de que fue víctima Joshua Whitaker, otro gran comerciante-emprendedor inglés.[98] Los dos deciden entonces hacer un gesto muy visible y provocativo: robar de la villa Florio algunos objetos de arte de gran valor. Una vez más, el robo significa más que nada una falta de respeto, un instrumento para disminuir la credibilidad de la organización y de sus dirigentes, quizá reclamando una nueva dirigencia. Aquí se ve que es la inestabilidad de las jerarquías mafiosas lo que expone a los miembros de las clases dominantes, que desean entrar en relación con una mafia “de orden”, a la complicidad en hechos criminales más bien incompatibles con la calidad de sus personas. Ignazio Florio, “sorprendido e indignado” por lo sucedido, le pide cuentas personalmente a Pietro Noto en cuanto responsable de la seguridad de la villa y más en general de la Olivuzza. “El objetivo que se habían propuesto los dos cocheros, el de humillar a su capo y subcapo, había sido alcanzado”,[99] y los Noto tienen que conducir una negociación que (posiblemente tras el pago de un rescate) lleva a la recuperación de lo robado, que misteriosamente reaparece en la casa de Florio exactamente en la misma posición en la que se encontraba antes de desaparecer.

A continuación hay una fingida pacificación entre los cocheros y los Noto; estos últimos en realidad convocan una cumbre de coordinación ciudadana, en la que intervienen también mafiosos de la provincia, en el curso de la cual los insubordinados, habitualmente ladrones, son acusados de actuar fuera del control de la “sociedad”, en particular al evitar pagar a ésta la parte que le corresponde de cada botín. Condenados a muerte, entre el 24 y el 25 de octubre son atraídos a una emboscada y ajusticiados.

Esta vez la estrategia de la organización —visibilísima ejecución colectiva confiada a alrededor de 30 personas como advertencia a los cuadros internos y a los elementos contiguos a las *coscas*, cuidadosa dosificación de informaciones verdaderas y falsas para desorientar a las autoridades— no logra alcanzar plenamente el objetivo buscado, incluso porque la *omertà* representa más un modelo ideal que un mecanismo de comportamiento válido en cualquier circunstancia. El padre de Caruso denuncia explícitamente “sin reticencia, en privado y en público” la mano de la mafia, amenazando con viajar a Roma para pedir justicia al gobierno “si las autoridades locales no hacen justicia frente a tan horrendos delitos”;[100] sólo nuevas y graves intimidaciones lo inducen a moderar su protesta. Más interesante para nosotros es la reacción de dos mujeres, la esposa de Lo Porto y la de Caruso, porque revela el punto crucial, la relación entre el mundo de los facinerosos y las clases superiores.

Hacia fines de noviembre, alrededor de un mes después del homicidio, Agata Mazzola, viuda de Lo Porto, se aproxima a doña Giovanna d’Ondes Trigona de

Florio, la madre de los dos jóvenes hermanos, Ignazio y Vincenzo, que va de su palacio al convento de las hermanas de la caridad, y le pide justamente una caridad para sus hijos huérfanos y para ella misma, carente de medios para sustentarse. Sangiorgi cree que la viuda no sabe nada del robo a la villa; sin embargo, posiblemente sea más verosímil pensar que la mujer quiere precipitar la situación con una provocación desesperada. “No me fastidie, porque su marido era un ladrón que iba a mi palacio a robar junto con Caruso.”[101] A la salida de la señora del convento la discusión se reanuda con participación de la viuda de Caruso. Las dos mujeres sostienen que sus maridos han sido asesinados por haber rechazado el proyecto de los Noto de secuestrar al joven Vincenzo Florio; es decir, no por un agravio a la ilustre familia sino más bien por un extremo gesto de respeto hacia ella, un intento de alcanzar la benevolencia de la altiva dama que incluye lanzar contra Pietro Noto la desconfianza provocada por la violación de la seguridad de la casa. La viuda Mazzola afirma: “Los ladrones estaban empleados en el palacio de usted, donde no entran personas extrañas”[102].

El singular y público intercambio de palabras entre las viudas de dos cocheros y la señora más conocida de la más alta sociedad de Palermo revela un dato paradójico: entre las dos partes, la que conoce mejor los verdaderos contornos del hecho criminal no son las esposas de los ladrones sino la señora noble, que ha introyectado la función de orden del aparato mafioso al punto de considerar normal el sangriento castigo del robo, siempre que éste haya sido cometido por los dos sospechosos; la otra parte no logra hacer otra cosa que negar el hecho, sin discutir la devoción debida por la clase de los facinerosos a los estratos superiores. El pobre Sangiorgi no sabe cómo encuadrar esas relaciones dentro de los artículos del Código Penal, y en el caso específico cómo aproximarse a tanto prestigio y tanta riqueza:

> La señora Florio es noble, religiosa y piadosa, y no se sabe si son mayores las inmensas riquezas de que dispone o las preclaras virtudes de su ánimo nobilísimo, bien nacido; por lo que debemos creer que, invitada a declarar bajo juramento, no querrá ni podrá ocultar a la justicia investigadora su encuentro con la viuda.[103]

4. La escalada de los intermediarios

Dos hombres eminentes de la Palermo de fin del siglo, Notarbartolo y Palizzolo, están asociados con los sórdidos mafiosos de Villabate en la trama del gran delito. ¿Por qué razón es asesinado el ex director del Banco de Sicilia? La respuesta a esta pregunta es decisiva, y no sólo para la solución del caso. Aquí nos encontramos ante un viraje fundamental en la historia de la mafia palermitana: la participación de un miembro muy autorizado de la clase dirigente en la negociación violenta, hasta ahí

reservada a las relaciones mutuas entre los facinerosos, implica un cambio fundamental, quizá la ruptura del diafragma que hasta ese momento había separado a los dos mundos, o de la válvula que regulaba la comunicación entre ellos. Por lo demás, ya Palizzolo representa un caso peculiar para su tiempo en la relación entre políticos y mafiosos. Falta identificar algún terreno común entre esas dos figuras tan distintas, el notable famoso por su integridad moral y el político del que "se dice" que tiene relaciones con bandidos y delincuentes; un terreno en el cual Notarbartolo, que se jacta de no haber tratado nunca en privado a Palizzolo, al punto de evitar los salones a los que éste era invitado,[104] tiene que renunciar a su altivez de gran aristócrata e incluso —es preciso decirlo— a su condición de persona decente.

Ante todo está el campo de las instituciones representativas en el que efectivamente se produce la primera fricción entre ambos en 1873, en el momento de la transición del municipio de Palermo de la junta clerical-regionalista, en la que Palizzolo era asesor del presupuesto, a la liberal, guiada por Notarbartolo; entonces el nuevo alcalde invita bruscamente al ex asesor a pagar 3 625 liras que adeuda la administración en relación con la compra de ciertas harinas.[105] Pero a partir de 1875 Notarbartolo ocupará la dirección de un gran banco público, y aparentemente estará resguardado contra las corrientes más peligrosas del sistema político; está allí por voluntad del último prefecto de la derecha, Gerra, y permanece en el cargo aún después de la "revolución parlamentaria" por los méritos que ha hecho en el saneamiento de la institución, que estaba en graves dificultades.

Apenas asume el puesto, el nuevo director analiza las razones de esa crisis según la fórmula del moderado estilo antiguo, contrario a las finanzas alegres y partidario de una línea prudentemente deflacionaria: "Quizá la medida del crédito concedido ha sido superior a la necesidad, de ahí la fiebre de especulaciones arriesgadas, las cuales, lejos de beneficiar, en sustancia han perjudicado al comercio verdadero y fecundo".[106] Más tarde Notarbartolo, modificando su propio juicio, apuntará más bien a la concentración excesiva de los financiamientos en dos sujetos de riesgo, La Trinacria (casa armadora de Palermo) y la Genuardi (empresa de exportaciones de azufre de Agrigento), a causa de la presencia de personajes interesados en esas sociedades en los órganos dirigentes del banco.[107]

Según el estatuto, el director general es acompañado en el gobierno del banco por un Consejo General de 50 miembros formado por los representantes de la provincia y de las cámaras de comercio, instrumento que debería representar las instancias de la sociedad civil y que en realidad se configura como un contrapoder político-clientelar respecto a la estructura administrativa del banco. Como escribe Notarbartolo en una carta de 1889 al ministro de Agricultura del gobierno Crispi, Luigi Miceli, se hace cada vez más "difícil, si no imposible, administrar con seguridad de tutelar los intereses de la institución", porque el Consejo General se propone "dominar a la Dirección General y a las comisiones de descuento […] invadir todos los campos".[108] Los miembros del consejo no tienen competencia en asuntos bancarios, pero son

“los que más se agitan en las elecciones provinciales, municipales y comerciales”, al grado de que “el objetivo de llegar a ocupar un puesto en los consejos administrativos y en las comisiones de descuento del banco enciende en Sicilia las luchas electorales”. Esta evaluación es, con todo, “diplomática” comparada con el cuadro que describió en privado a su hijo Leopoldo de un consejo formado por algún caballero, hombres de negocios como el senador de Catania, Tenerelli, protectores de mafiosos y delincuentes como el messinés Orioles y los palermitanos Figlia, Muratori y Palizzolo.[109] Al príncipe de Camporeale le confía que esos hombres “consideran el banco como *res nullius*”.[110]

Las perplejidades del director general se van acentuando a partir de 1887, cuando en el Mezzogiorno la crisis económica golpea a los bancos populares comprometidos con el sostén de la transformación de la estructura de tenencia de la tierra, e indirectamente a los bancos de Sicilia y de Nápoles que garantizan a aquéllos el redescuento. Se corre el riesgo de volver a las dificultades de 1875, con la diferencia de que ahora ya no es sólo un gran deudor el que condiciona las opciones, sino los pequeños bancos en dificultades, en cuyas direcciones figuran algunos miembros del consejo, como el agrigentino Todaro, el messinés Palermo y el propio Muratori, que se encuentran así en el doble papel de controlados y controladores.[111]

A algunos días de distancia de la primera, Notarbartolo vuelve sobre el tema en una segunda carta a Miceli:

> En el Consejo General se le hace una oposición personal, que no se puede llamar de otro modo. La lucha más o menos disimulada dura desde hace unos cuantos años […] En realidad, de los cuatro consejeros electivos del Consejo Central, tres (el marqués Ugo, el *commendatore* Palizzolo y el licenciado Figlia) votan siempre en contra de las propuestas de la administración.[112]

Notarbartolo buscaba una reforma del estatuto que redimensionara el consejo y cambiase el sistema de selección de sus miembros, valorizando la autonomía del grupo de funcionarios creado por él. Por lo demás, el apoyo que le aseguraba Miceli, ministro del gobierno Crispi, no necesariamente podía bastar a un rudiniano para reducir la influencia de crispinos fieles como Figlia, Muratori y el propio Tenerelli: más bien Notarbartolo podía dar por sentado su propio aislamiento político. El 23 de abril las dos cartas “personales” desaparecieron de la mesa del ministro, y por obra de Palizzolo reaparecieron en copia en la sesión del 19 de mayo del Consejo General, en ausencia del director; Tenerelli solicitó ver los originales, y después de algunas vacilaciones fue Muratori quien se los mostró. A continuación Palizzolo “atacó a Notarbartolo diciendo que era incapaz de juzgarlo a él y a los colegas, acusándolo de prevaricación por las acusaciones lanzadas contra consejeros que lo eran desde años antes y proponiendo un voto de desconfianza que fue aprobado”.[113] Esa aprobación

fue anulada por el ministerio (el director general no dependía de la confianza del consejo) y se abrió un procedimiento penal por el robo, pero no por eso se adoptaron las medidas propuestas por Notarbartolo; por el contrario, el 6 de febrero de 1890, tras meses de incertidumbre, Crispi decretó la disolución de la administración del Banco de Sicilia junto con la del Banco de Nápoles.

Las condiciones de las dos instituciones eran, considerando el periodo, bastante buenas; la resolución gubernamental, por lo tanto, cayó como algo imprevisto e injustificado. Girolamo Giusso, director del Banco de Nápoles, declaró en la Cámara: “Me parece que me encuentro en un país de bandoleros, y que me han clavado un puñal en la espalda […] ¡Esos decretos tienen la apariencia de un delito!”[114] Crispi eliminaba a dos representantes de la vieja derecha, Giusso y Notarbartolo; la acusación de exposición excesiva es paradójica cuando había sido el gobierno el que había insistido en que no se redujera el crédito ni la emisión[115]. Por lo demás, en otras circunstancias los dos bancos meridionales habían ofrecido su apoyo, como en el caso del proyecto, caro a Miceli, de una sociedad de navegación italobritánica, que habría debido asegurar a los productos agrícolas del Sur el acceso al mercado inglés después de la ruptura de relaciones con Francia.

Notarbartolo había tenido alguna dificultad para manejar esa operación en agosto de 1889. Al ministro Lacava le escribió: “Los hechos de mayo y su continuación dan todas las razones para temer que la Asamblea no esté dispuesta a secundar los deseos del ministerio”.[116] Por lo demás, la cuestión no era como para aumentar la popularidad del director en su ciudad. En Bari, en Catania, en Nápoles, el proyecto había sido una prueba de la atención del gobierno a los intereses de los exportadores, pero en Palermo el nerviosismo de la compañía Navigazione Generale Italiana (NGI) ante la creación de una línea subvencionada fuera de su monopolio a escala nacional tenía que provocar un efecto muy diferente, como lo demostraron los virulentos ataques de que fue objeto el Banco de Sicilia por parte de la prensa próxima al *trust* naviero.[117] Al apoyar a Miceli, Notarbartolo se estaba colocando en el frente opuesto al grupo de interés de lejos más poderoso de la ciudad, el que partiendo de las vastísimas relaciones de los Florio en los ambientes aristocráticos y burgueses, a través del bloque laborista que tenía como base a los trabajadores de las fábricas navales y de las fundiciones Oretea, constituía un partido transversal que incluía a la casi totalidad del mundo político municipal: ante todo a los crispinos, pero después a todo el frente conservador y hasta a Colajanni y los socialistas “marca Florio”.

De ese grupo de interés que desde Palermo se ramifica hacia Génova y donde quiera que la NGI tiene sus intereses, Raffaele Palizzolo es un instrumento, junto con el crispino Rocco de’ Zerbi (otro personaje discutido), en las batallas parlamentarias por las subvenciones estatales y contra las reformas antimonopolistas que se proyectan periódicamente y que encontrarán su más autorizado partidario en Giolitti.[118] En este caso nuestro personaje, enemigo jurado de los crispinos de Palermo, se encuentra en una barca que tiene como piloto justamente a Crispi, lo que desmiente el

esquema reductivo de Mosca, pero también la figura de soldado descrita por Salvémini, por la capacidad para colocarse en la intersección entre el circuito grande y el pequeño de la vida política.

Al defender en el Parlamento los intereses de la NGI, entre evocaciones históricas y citas doctas, el diputado adopta los tonos nacional-laboristas de tantos grupos de presión proteccionistas. En 1885 reconoce "en Florio y en Rubattino individuos beneméritos de Italia entera que han prestado a la patria enormes servicios"; alaba su desinterés; destaca su papel en la defensa de la nación; sostiene su derecho a las subvenciones públicas: "No se puede decir 'no hay dinero'. Un acorazado menos, os gritarán de todas partes, pero no neguéis la ayuda necesaria a la marina mercante, a esa gran fuerza nacional, a esa gran industria del país".**[119]** En febrero de 1893, pocos días después del asesinato de Notarbartolo, Palizzolo interviene una vez más acerca de los subsidios a la NGI, delineando escenarios apocalípticos en caso de que éstos sean bloqueados:

> Si no se aprueba este contrato, veremos en un solo día a 106 vapores arriar la bandera italiana, y 6 000 familias, es decir 20 000 o 25 000 mil individuos, quedarán sin pan, y millones y millones dejarán de circular en nuestra patria […] sería un desastre nacional.**[120]**

Quizás también habría sido un desastre (¿pero para quién?) el éxito de la italobritánica. Felizmente, después de la desaparición de Notarbartolo la actitud del Banco de Sicilia hacia la sociedad se va haciendo cada vez más fría (lo que no es la menor de las causas de su fracaso), en particular desde que en febrero de 1891 asume la dirección de la institución Giulio Benso, duque de Verdura, crispino fidelísimo y accionista de la NGI. A partir de ese momento las relaciones entre el mayor banco de Sicilia y el *trust* naviero se intensifican; en julio, mientras se desarrolla una áspera discusión sobre la renovación de las convenciones marítimas, el nuevo director general emprende una operación de recolección de 6 950 acciones de la NGI, por el muy considerable monto de 1 800 000 liras (equivalentes a 10 000 millones actuales), con el objeto "de sostener su precio en los mercados de Milán y Génova".**[121]** El primer lote (3 000 acciones) es adquirido por cuenta del propio Florio, quien, sin embargo, regulariza la transacción con una orden escrita sólo a comienzos del año siguiente, después de que uno de los consejeros de la nómina gubernamental, el duque de Craco, expresa la perplejidad de los funcionarios que consideran tales especulaciones ilegales para un banco oficial; por lo demás, se trata del grupo formado por Notarbartolo y que se ha mantenido fiel a él, como bien saben los vencedores de 1889, que desde entonces tronaban contra la "camarilla notarbartoliana", formada por empleados "de enorme vanidad elevados a los altos grados por el favoritismo del antiguo director".**[122]**

Son ellos quienes informan a Notarbartolo de la nueva fase del *affaire* NGI: las adquisiciones de 1892 ya no se hacen a favor de Florio, sino —sin garantías reales— por cuenta de otros personajes menos ilustres como un tal Salvatore Anfossi; sigue el envío de un informe reservado al ministro del Tesoro, Giolitti, y después una inspección confiada al comendador Biagini (el mismo que tres años antes había descubierto las marañas de la banca romana), que con bastante verosimilitud se considera "inspirada por Notarbartolo"[123] y que empieza a arrojar alguna luz sobre la complicada historia. Anfossi, íntimo de Palizzolo, es un prestanombres: el diputado, como administrador del mismo banco e íntimo de la NGI, está muy metido en la operación de elevación del precio de los títulos de la compañía, y ha decidido aprovechar en beneficio propio el negocio ya bastante incorrecto realizado con dineros públicos por Florio y el duque de Verdura. La inspección de Biagini podría hacer fracasar todo; detrás de ella se perfila la sombra de Notarbartolo, que mañana podría ser de nuevo director general en una fase en que Crispi alterna en el gobierno del país con Rudinì y Giolitti, quien se ha propuesto limitar el extraordinario poder del *trust* naviero.

Biagini afirmará que "Anfossi no es más que un empleado de cambio, no inscrito en la lista de comerciantes de la Cámara de Comercio, que de por sí tiene muy poco valor y en cuanto a moralidad deja mucho que desear",[124] y por lo tanto sería impensable que el Banco de Sicilia arriesgara sumas importantes sobre la palabra de semejante personaje. Aquí posiblemente el inspector ministerial se queda en la superficie más que Antonino Cutrera, el delegado-criminólogo que la jefatura de policía pone sobre las huellas de Anfossi, y que descubre que la garantía del agente de cambio es aceptada por los bancos incluso por sumas significativas, a pesar de que es conocido como individuo "que maneja todos los negocios turbios del comercio". Carece de medios propios, pero funge como fiduciario de algunas compañías inglesas de exportación-importación para la financiación de los intermediarios antes de la apertura de la campaña cítrica, y recoge los cheques de los mismos comerciantes, que se encarga de cambiar mediante una comisión.[125] La mediación de Anfossi es verdaderamente estratégica si es capaz de transformar en exportadores a personajes como Antonio Rizzuto, alias *Perez*, y Pietro La Mantia, *manutengoli* y ex confinados que han cumplido condenas graves por hechos de mafia, ambos en el pasado sustraídos a las "trampas" de la justicia por la intervención de Palizzolo,[126] y son sus negocios en el comercio de cítricos, desarrollados con Fontana en Túnez justamente en el invierno del delito Notarbartolo, los que proporcionan al asesino una coartada suntuosa, casi perfecta.

Anfossi desempeña en el mundo empresarial-mafioso el mismo papel de conexión con Palizzolo que Filippello desempeña en el mundo bandidesco-mafioso. El poder de las *coscas* palermitanas está anclado en el control territorial de los suburbios, pero las redes de relaciones y de negocios de los mafiosos tienen una amplitud muy diferente. Esa amplitud se refiere ante todo a su función de fiduciarios

de los grandes comerciantes y de los grandes propietarios. Salvatore Di Paola, entre los condenados a muerte del proceso Amoroso, se movía de Palermo a los azufreros de la región de Agrigento al servicio del señor Reys; para encontrar a Fontana la policía tiene que "apretar" a ciertos Santomauro y Perricone, respectivamente administrador y agente de negocios del príncipe de Mirto en Villafrati y en Agrigento.[127]

En otros casos son obras de beneficencia concentradas en Palermo, pero con propiedades rurales por toda la isla, las que representan un vehículo de expansión de la red mafiosa a lo largo de la cual encontramos a uno de los Badalamenti (Bartolomeo) en plena provincia de Catania, en Palagonia, como administrador y después oculto *gabellotto* de los latifundios pertenecientes al fideicomiso Príncipe de Palagonia:

> Entonces Badalamenti cambió […] su habitual *bonaca* de guardia rural por un traje de paño costoso, elegante; el látigo de los *campieri* por un fino bastón-estoque con puño de plata y oro, y sobre el chaleco ostenta la gruesa cadena de oro con una serie de colgantes y en los dedos esos grandes anillos con brillantes, que en Sicilia suelen ser distintivo característico de los capos camorristas. Así el ex confinado, reciclado y renovado, de guardia rural a intendente rural, pudo ser rebautizado y elevado al delicadísimo cargo de procurador de una obra de beneficencia. ¡Poder de la mafia![128]

La familia Badalamenti siembra cadáveres y hace negocios en un radio aún más grande entre Palermo y Nueva York, según una línea de conversión de custodios en hombres de negocios que conduce a Gaetano Badalamenti, "antes jardinero", a transformarse en exportador de cítricos.[129] Los ex intermediarios, como no tienen grandes capitales, entran en relación con armadores como los Florio o con banqueros desinhibidos como Muratori, con financistas de la Cámara de Comercio italoestadunidense o con los judíos que controlan los remates de cítricos en Nueva York. Estamos en el apogeo de la crisis agraria que ha barrido a la vieja generación de grandes exportadores, a menudo de origen extranjero, que se habían establecido en Sicilia antes de la Unidad. En Palermo el fenómeno de la fragmentación de las estructuras comerciales es evidente: en 1892 tenemos 81 exportadores contra los 39 que operan en la mayor plaza de cítricos de Sicilia, Messina: son numerosísimos los "especuladores que sin freno alguno […] ejercen el tráfico ilícito", y sobre los cuales muchos piden que se realice un control de certificados penales. Una solución para reducir su papel podría ser la creación de almacenes generales, pero una tentativa en ese sentido fracasa en 1898 porque (observa la Cámara de Comercio) su éxito "ofendería intereses gravísimos de organizaciones usureras".[130]

La economía y la política, pero sobre todo la relación entre esas dos esferas, el modo como se manejan los negocios al final del siglo, rompen la configuración clasista de los aparatos de poder palermitanos y también de la mafia, que por primera vez, con Palizzolo y sus íntimos amigos en lo alto y en lo bajo, entrevé una apuesta grande y trata de apoderarse de ella. “Quien tuvo interés en hacer desaparecer un informe de la oficina de un ministro gastando tantos miles de liras, esta vez habrá gastado el doble para matar a Notarbartolo”, afirma tranquilamente un *capomafia* hablando con Cervis al día siguiente del delito,[131] y efectivamente quien es capaz de llegar hasta la mesa del ministro también puede eliminar al descendiente molesto de una antigua aristocracia. Tenemos, pues, un móvil que vincula los escenarios más diversos: los campos del interior de Sicilia recorridos por los bandidos, los jardines de Villabate, las playas de Túnez, las ventanillas del Banco de Sicilia, la oficina de Anfossi y las mucho más lujosas de la NGI y los salones del Parlamento de Italia. Todo adquiere una lógica propia frente a esa Sicilia, a esa Italia nueva de fines del siglo, en que espíritu empresarial, mafia y política provocan una reacción en cadena en torno a la cuestión bancaria, nudo crucial de la modernización del país.

5. Revuelta moral

El 31 de julio de 1902 la Corte de Apelaciones de Bolonia condenó a Palizzolo y Fontana a 30 años de reclusión, pero por un vicio de forma la Corte de Casación anuló la sentencia y ordenó la repetición del proceso, que tuvo lugar en Florencia.

A esa altura habían pasado muchos años desde el crimen, y también desde el estallido del escándalo en Milán; la participación de la opinión pública en los dos primeros debates no era sino un recuerdo desvaído. Las pruebas “caían por tierra una por una como las piezas de un mosaico descompuesto, y faltaba el ánimo trágico que les había dado vida en Bolonia”.[132] Sólo un testigo importante nuevo, Filippello, fue convocado por el ministerio público, que desconfiaba del hecho de que éste nunca hubiera sido citado por la defensa en Bolonia. De hecho, el casero de Palizzolo representaba el único posible punto débil en el frente de la *omertà*. En 1896 había sido herido en un atentado, según la voz pública, por una divergencia con sus socios acerca del reparto de la remuneración por el delito.[133] Algunos días antes de la fecha prevista para su testimonio apareció ahorcado en una pensión de Florencia: suicidio, sentenció la encuesta. Siguió una absolución general por insuficiencia de pruebas, y el caso Notarbartolo se cerró (el 23 de julio de 1904).

Palizzolo regresó en un vapor de la NGI a Palermo, donde fue recibido como un triunfador:

> El martirio de la víctima, iniciado con la primera calumnia de los cobardes delatores, debía llegar, paso a paso, al triunfo de la Justicia.

> Y triunfó Raffaele Palizzolo, después de 56 meses de desgarrador martirio: triunfó rodeado de la deslumbrante aureola de su Dolor y de su Virtud. Y ese Dolor, esa Virtud, consagrados con sublime abnegación, merced a los inauditos tormentos de cinco años, en homenaje a esta ultrajada Sicilia, fueron las coronas húmedas de lágrimas con las que en las tristes horas de su prisión Raffaele Palizzolo pudo componer las guirnaldas del duro sufrir; esos *Ricordi* que nos hacen estremecer de horror, sufrir de infinita piedad.**[134]**

La paradoja de esta desbordante retórica del martirio y de la persecución sorprendió entre otros a Mosca, quien sentenció que la apoteosis "ofendía el sentido moral": "Es cierto que contra el acusado de los asesinatos de Miceli y Notarbartolo poco o nada se pudo probar, pero el hombre apareció en su peor aspecto, si no como delincuente, como protector de delincuentes e incluso sospechoso de tener relaciones con los bandidos".**[135]** Desde mucho antes de la sentencia de Florencia se había delineado un movimiento "inocentista" con el nombre de "Pro-Sicilia", por obra de la clientela de Palizzolo; de hecho, buscaba crear consenso con base en la más torpe ideología regionalista, señalando en el diputado-mafioso la enésima víctima de los agravios y las opresiones padecidas por la isla. El movimiento "Pro-Sicilia" ganó fuerzas y consensos mucho más allá del área palermitana, pero en el curso de esa expansión geográfica la referencia al caso concreto de Palizzolo se fue haciendo cada vez más tenue al tiempo que prevalecían temas modelados sobre los de *Norte* y *Sur* publicitados por Nitti, sobre las polémicas liberistas en torno al "mercado colonial", sobre otras razones de la protesta meridional,**[136]** en forma similar a lo que estaba ocurriendo con el "nasismo", otro movimiento sicilianista aún más grande que se batió en defensa de Nunzio Nasi, ministro originario de Trápani acusado de corrupción. En esos primeros años del siglo, la clase dirigente isleña recurría cada vez más al tono regionalista por encontrarse huérfana de la gran función nacional que desempeñó en la fase precedente con Crispi y Rudinì, y preocupada por los nuevos equilibrios que amenazaban con castigarla también económicamente.

El punto de coagulación del grupo favorable a Palizzolo tenía como representante a *L'Ora*, diario propiedad de los Florio,**[137]** como prueba de una relación política perdurable aun a través de todas las peripecias judiciales. A la cabeza del comité que representaba al diputado encarcelado en la Cámara en 1900 para su tradicional Colegio del Palacio Real encontramos de nuevo a la señora Florio. Marchesano, que se proponía competir por la misma circunscripción, al parecer fue convencido de cambiar de idea por la promesa de una financiación electoral por parte de la naviera: singular transacción que quizá pueda explicarse por la subsiguiente cooptación del dirigente socialista, que pasó a formar parte del departamento legal de la NGI e incluso habría asumido el papel de gran intermediario en las negociaciones con Giolitti y la Banca d'Italia.**[138]**

Florio fue escuchado en Bolonia (a pedido) como testigo de descargo. He aquí la versión del diario socialista palermitano *La Battaglia:*

> —*Testigo:* ¿La mafia? Nunca la he oído nombrar. —*Ministerio público:* Sí, la mafia, una asociación que comete delitos contra personas y propiedades, y de la que a veces se sirven también en las elecciones. —*Testigo* (indignado): ¡Es increíble cómo se calumnia a Sicilia! ¡La mafia en las elecciones! ¡Jamás! ¡Jamás! —*Ministerio público:* Entonces usted excluye la posibilidad de que las elecciones en Sicilia se hagan con la mafia y con dinero. —*Testigo:* Bueno, para ser exacto debo decir que en una ocasión reciente, en septiembre del año pasado, los socialistas gastaron cien mil francos para derrotar a la lista monárquica, pero no lo consiguieron.**[139]**

Esta información no aparece en ninguna otra fuente, y podemos considerarla como un ejercicio de sátira, justificado por las actitudes políticas adoptadas por el gran armador que milagrosamente logra permanecer fuera de la batalla; nunca es involucrado, por ejemplo, en el episodio de los dos cocheros, que la prensa había traído a colación como prueba del poder de "algunos mafiosos de guantes amarillos", pero atribuyéndolo a un "señor palermitano" no identificado.**[140]** Ésta es sólo una de las prudentes omisiones que tienen lugar cada vez que aparece el nombre ciertamente no desconocido de Ignazio Florio: en las crónicas de los procesos, en el alegato de Marchesano, en las *Memorie* de Notarbartolo hijo, no encontramos ninguna mención de la NGI como parte del bloque de fuerzas hostil al asesinato o por lo menos como referente político de Palizzolo; en cambio ya hemos visto cómo y cuántas veces reaparece en la historia el *trust* naviero, gloria municipal y gran industria de las ciudades de Génova y Palermo.

Florio mantenía relaciones con todos los sectores políticos, sin excluir a los socialistas; incluso pocos años después el bloque popular y la casa familiar de los Florio serían descritos como el verdadero *trust* de la vida política palermitana.**[141]** Sin embargo, en ese caso la operación realizada era de cuño claramente conservador, tendiente a la recuperación de las fuerzas moderadas, que habían sido sonoramente derrotadas por socialistas y radicales en las elecciones administrativas de julio de 1900: en las nuevas elecciones de septiembre, después de la disolución del consejo municipal, el resultado se invirtió con el triunfo de una lista de concentración monárquica capitaneada por el príncipe de Camporeale, que se configuraba como un zurcido de las escisiones provocadas en la clase dirigente por el caso Notarbartolo-Palizzolo "para impedir el triunfo de quienes quisieran hacer del municipio de Palermo una tribuna de propaganda contra las instituciones, contra el sagrado patrimonio de las ideas de familia, patria y libertad".**[142]** También en materia de consensos el "Pro-Sicilia" se limitó a las fuerzas moderadas, excluyendo casi por

completo a la izquierda que, sin embargo, estaba destinada a representar una útil posición interclasista en el posterior caso de Nasi y en las movilizaciones en torno a las cuestiones del azufre y de los cítricos: la "persecución" sufrida por Palizzolo, por lo demás, fue atribuida a un complot tramado contra un diputado siciliano por los nórdicos y por "esa mezcla de espías de la policía, asaltantes de caminos, calumniadores de taberna y de lupanar que usurpan en Italia el nombre de partido socialista".[143] No era el tema de la mafia el que permitiría crear una comunicación fácil entre el ala conservadora y la progresista del espectro político.

Aquí se nota el tiempo transcurrido desde 1875. Sobre estos temas la apologética regionalista, antaño patrimonio de la izquierda, ha sido heredada por las fuerzas moderadas, mientras que la lucha contra la mafia, que fuera caballo de batalla de la derecha histórica, entra a ser parte integrante del armamento político de la izquierda. Es cierto que se trata de fuerzas políticas que se definen en forma muy diferente que en el pasado: la extrema izquierda, radical o socialista, es la que desempeña el papel decisivo, desde el punto de vista ideológico, en la gestión del caso Notarbartolo. Por lo demás, un lustro de discusión no ha pasado en vano, y ahora el público, la gente común que se informa en los periódicos, puede pensar que detrás de los tenebrosos misterios de Sicilia puede encontrarse una de las claves interpretativas de la historia de Italia, conmovida en sus cimientos por el estallido de los escándalos político-bancarios.

Como instrumento de renovación, la cuestión moral se revela eficaz; por lo demás, en situaciones y con protagonistas muy diferentes, en la historia posunitaria palermitana los virajes políticos siempre están ligados a movilizaciones antimafia. La ofensiva conducida por Malusardi marcó la llegada de la izquierda al poder; con la operación Mori el fascismo intentará cambiar los mecanismos de la representación política y de la relación entre Estado y sociedad. En una trama análoga, también el caso Notarbartolo demuestra que la mafia prospera en una atmósfera de "normalidad" y es cuestionada en un clima de movilización, cosa que por lo demás ha ocurrido todavía en años muy cercanos a nosotros. "Ha llegado el momento de la rebelión moral", afirma De Felice.[144] La cuestión moral es la única que a comienzos del siglo puede devolver aliento al socialismo urbano meridional, tanto al grupo palermitano como al napolitano de *La Propaganda,*[145] aquella batalla contra las varias "mafias" y camorras que conducirá a las investigaciones sobre el "mal gobierno urbano" en las grandes ciudades del sur, puntal esencial para la operación giolittiana de renovación del personal político local. En Sicilia, en particular, se avanza hacia la época de los "bloques populares", el nuevo sistema "abierto" de alianzas con el que la extrema derecha es candidata a desempeñar un papel de primer plano en la lucha político-administrativa de los primeros años del siglo XX. Es así que los "elementos democráticos y socialistas de la isla" intentan llevar a cabo la obra de "recuperación del terreno social" que les asignara el líder del Partido Socialista Italiano al día siguiente de la sentencia de Bolonia.[146]

En realidad, los ex subversivos convertidos al socialreformismo no mostrarán en el curso de la experiencia populista un perfil moral mejor que el de sus adversarios, así como los gobiernos giolittianos no brillarán por su corrección, por lo menos en el Mezzogiorno, aunque (al contrario de lo que se piensa) se mantuvieron por encima de sus predecesores. Los radicales y socialistas del norte oscilan entre el reconocimiento de la complejidad de la relación entre Estado y sociedad y la satanización de la sociedad del Mezzogiorno, preocupados —sobre todo a partir de la experiencia de la reacción crispina— por el hecho de que su Italia civilizada y progresista esté expuesta al contagio de una Italia bárbara corrupta y corruptora, freno al desarrollo del país en su conjunto.

> Allá abajo, donde no había industrias, ni cultura difundida, ni iniciativa y vigor de raza para fundar aquéllas y conquistar ésta, surgió, de la emulación de las ganancias rápidas, de la envidia de las riquezas de la Italia superior, una raza de aventureros y estafadores consumados, los cuales […] se agarraron de la vida política súbitamente abierta a sus vanidades y codicias, invadieron las administraciones, empezaron a relacionarse con los bancos, y tuvieron como programa mínimo y máximo el venderse al mejor postor. Este tipo de barones improvisados, de los que De' Zerbi fue el campeón más genial y refinado, y Crispi el más malvado y enérgico (y en consecuencia el rey de la tribu, como en las hordas salvajes, por derecho divino), a quienes bajo el frac de gala del caballero les asoma la cartuchera del antiguo bandido, viven de la basura y en la basura, son los verdaderos saprofitos de la nación.**[147]**

Estas descripciones antropológicas de la clase política meridional sólo en apariencia son comunes a los socialistas del norte y a los del sur, a Turati y a Salvémini, o bien, dentro de la misma cultura radical-positivista, a Lombroso y a Colajanni. Aquí se vislumbra una cuestión crucial: la enfermedad moral del sur ¿se explica simplemente por un nivel "inferior" de civilización o por una característica nacional del sistema de poder? Y como quiera que sea: ¿la corrupción de las clases dirigentes es suficiente para provocar el juicio negativo sobre la sociedad entera? Polemizando con *Critica sociale,* Arturo Labriola escribe: "A mí me parece abandono evidentísimo de cualquier criterio de materialismo histórico el considerar que naciones o regiones en su conjunto puedan ser declaradas corruptas o perfectas, como los pueblos elegidos y los pueblos condenados por el Señor".**[148]**

El caso Notarbartolo es una nueva ocasión para el desarrollo de esa temática. Frente a la posición equilibrada de periódicos moderados como *Il Corriere della Sera*, la prensa radical con frecuencia da señales de intemperancia: así, Alfredo Oriani, el republicano-imperialista destinado a ascender al empíreo de los precursores

del fascismo, en un artículo denominado “Le voci della fogna” [“Las voces de la cloaca”] define a Sicilia como “un paraíso habitado por demonios”, “un cáncer en el pie de Italia […] una provincia en la que ni la costumbre ni la ley pueden ser civilizadas”.[149] La respuesta que llega de un personaje libre de sospecha como Colajanni apunta más a la responsabilidad del Estado que a la de la sociedad: “Los sicilianos están cansados de ser invadidos por los Govone, por los Serpi, por los Pinna, por los Medici, por los Bardesono. En la cloaca chapotearon alegremente los Ballabio, los Venturini, los Codronchi […] los Mirri […] nacidos y criados más allá del Tronto”.[150]

La cuestión de la mafia representa sólo una de las posibles ocasiones de disputa regionalista. Para el área napolitana, carente de las tradiciones separatistas sicilianas, hay que ver por ejemplo las reacciones desenfrenadas de Scarfoglio frente al suicidio de Rosano, causadas por las acusaciones de negocios sucios y relaciones con la camorra formuladas por la extrema izquierda; estamos todavía en el cuadro de la polémica del moderatismo meridional contra socialistas y nórdicos:

> Nada nos une ya a ese Estado, nutrido con nuestra mejor sangre. El vínculo de la solidaridad nacional se ha quebrado en nosotros; *nosotros somos los que debemos perecer*. Y para apresurar nuestra agonía, nuestros hermanos de Italia han desencadenado contra nosotros a la mesnada socialista, que se nos ha echado encima con la boca llena de fango y con el corazón desbordante de odio asesino […] Es un verdadero estado de guerra guerreada el que vivimos: guerreada contra un rebaño de borregos que no reacciona, que agacha la cabeza bajo el cuchillo fraterno y se deja degollar plácidamente.[151]

El entrelazamiento de la polémica entre derecha e izquierda con una disputa regionalista hace más difícil la evaluación de las complejas relaciones que en esos años se instauran entre política, finanzas, corrupción, criminalidad común y criminalidad mafiosa. El problema fundamental es el de los productos secundarios del proceso de modernización y de democratización del país, que lleva al área del poder, con mecanismos nuevos, a nuevos sujetos sociales. El riesgo de un debate de este tipo es el de satanizar, a los ojos de la gente, el proceso en sí y no sus bordes deteriorados.

Eso reabre el camino a una posición similar a la de la vieja derecha histórica, que progresivamente se abrirá paso frente a la imposibilidad de desbloquear el sistema político salvo por medio de los lentos ajustes de Giolitti y el giolittismo. En las *Memorie* de Leopoldo Notarbartolo, escritas en los años de la Gran Guerra “regeneradora”, las figuras del padre de rígida moral kantiana y el hijo con su desesperada búsqueda de justicia se recortarán *aisladas* y necesariamente derrotadas en una fase histórica totalmente marcada por los efectos perversos del

“parlamentarismo”, que a esa altura se identifica no en el mafioso Palizzolo sino en el deshonesto Cosenza, el viscoso Rudinì, el despreciable Giolitti. No hay memoria, salvo por escasas apreciaciones meramente personales, de las fuerzas que se batieron contra la mafia: Marchesano y los demás socialistas; Sangiorgi; la opinión pública de Milán, de Bolonia e incluso (en ocasiones) de Palermo; los periódicos radicales y los moderados, entre ellos el mayor diario de la isla, el *Giornale di Sicilia*. La Italia de finales del siglo, escindida en un campo conservador y un campo progresista capaz de adoptar una actitud crítica ante los arcanos del poder, gracias también a los instrumentos de información y al debate político de masas empleados por primera vez libremente, se convertirá en una enorme escaramuza de corruptos y corruptores, un país donde “llovía fango, y con bolas de fango se jugaba”, donde “cada plaza se convertía en picota, y en verdugo cualquier mísero tinterillo que blandiese como arma una sucia hoja salida de los talleres del chantaje”.[152]

Es la interpretación de quienes quizás ya estaban en busca de un *duce* a quien confiar su propia suerte.

6. La cultura dentro y fuera de la organización

Con respecto a los procesos contra los *stoppagghieri* y los Amoroso, el proceso Notarbartolo marca un enorme progreso por la concatenación lógica de los hechos y por la desaparición de las aporías más evidentes en la construcción de la acusación en casos de mafia. Asombrado de que en Bolonia no se hubiera llegado a una absolución por ausencia de pruebas, el corresponsal del *Times* escribe que “los jurados parecen haber basado su veredicto en impresiones generales […] más que sobre tal o cual hecho particular”.[153] Y las “impresiones generales” son las suscitadas por el único dato seguro en Milán y en Bolonia (pero ya no tan caliente en Florencia): el papel de las instituciones en la maniobra tendiente a encubrir a Palizzolo y más en general en la génesis y perduración del fenómeno mafioso, papel denunciado por la acusación pero ya no, instrumentalmente, por la defensa de los Marinuzzi y los Gestivo. El gran delito arroja un haz de luz, como ya lo había hecho el viraje político de 1875-1876. Colajanni con su afortunado panfleto *Nel regno della mafia* reconstruye una historia en la cual, partiendo del *Risorgimento*, los gobiernos de la derecha y de la izquierda se colocan en una línea de desoladora continuidad con los precedentes. También eso viene del debate. Basta ver la reacción escandalizada del público de Bolonia frente a la revelación de las negociaciones entre Palizzolo y Malusardi-Nicotera en 1877: “Estas elecciones celebradas teniendo suspendida sobre la cabeza de los candidatos la espada de Damocles de la amonestación, arrojan una luz muy mala sobre los candidatos por un lado, pero también sobre la obra del gobierno”.[154] La responsabilidad de las instituciones está presente incluso en las obras de los funcionarios Cutrera y Alongi, impresas o reimpresas en ese periodo y ricas en

anotaciones de gran interés. En la prensa aparecen grandes artículos y entre ellos uno, del *Giornale di Sicilia*, que merece ser colocado entre los mejores ensayos sobre el tema: en él se denuncia el carácter faccioso de la relación entre las *coscas* y la policía, los Albanese, los Bardesono, los Lucchesi que se han servido “de una parte de la mafia para descubrir las fechorías de la otra”, y se concluye que en el agro palermitano las “relaciones secretas” entre “guardianes, cuidadores y gente de ese tipo” configuran “una vastísima organización”.[155] Como sabemos, es el tema del *Rapporto Sangiorgi*.

Sin embargo, la confusión de lenguajes sigue siendo grande:

> En ocasión del proceso Palizzolo, tanto en el Tribunal de Apelaciones como en la prensa, e incluso en el Parlamento, las definiciones de mafia pulularon multiplicándose en forma maravillosa, yendo de la más completa negación de cualquier contenido antijurídico a la denuncia de todo y de todos, de manera que para unos la mafia no existe, y para los otros Sicilia y los sicilianos no son más que una cueva y un hato de mafiosos.[156]

En efecto, cualquier adquisición cognoscitiva queda ahogada y como escondida dentro de un debate político-periodístico caótico e incontinente, por un lado incapaz de delimitar el tema, por el otro demasiado ávido de explicaciones sobre la *naturaleza* de la mafia.

Es el tipo de pregunta que en las tres etapas del proceso plantean los jueces “continentales” a muchísimos testigos, igual que en los años anteriores había sido planteada a los interrogados por las comisiones parlamentarias. Es una pregunta que se puede proponer a un demopsicólogo, a un etnólogo, experto en la definición de las peculiaridades, de las “creencias” y de los “prejuicios” del pueblo siciliano. En Bolonia Giuseppe Pitrè, llamado a explicar, insiste en que la palabra *mafia* indicaba antiguamente el concepto de “belleza, gracia, excelencia en su género”, pero en los tiempos modernos pasa a indicar “la conciencia, *a veces* exagerada, de la propia personalidad, de la propia superioridad, de la propia dignidad, que no se resigna a ningún tipo de dominación” y *puede* “conducir a la delincuencia”.[157] Pitrè tiende a identificar una costumbre de los sicilianos, en origen positiva y en ese sentido reivindicable, como lo había hecho en su momento el diputado Morana: “Si por mafia se entiende la gente que no está dispuesta a soportar los abusos, la violencia, las ofensas […] mafiosos son todos en Sicilia”.[158] Con Franchetti (*mutatis mutandis*), Oriani en cambio piensa que todos los isleños son irrecuperables para la civilización, es decir, mafiosos. La tercera posición, intermedia, sigue siendo la rudiniana expresada por Mosca con su distinción entre delincuencia y “espíritu de mafia”, esta vez no ya *benigno* sino *simpático*, pero siempre generalmente difuso en la isla.[159] Las tres teorías, y en particular las dos extremas, curiosamente coinciden en

presuponer que la mafia no es *otra cosa* respecto a la cultura regional y representa un fenómeno no limitable, en sí imposible de conocer, prácticamente invencible incluso porque la identificación hace de todos los sicilianos, por lo menos por una reacción lógica, defensores de la misma mafia: es el esquema de los movimientos del tipo “Pro-Sicilia”.

En su alegato de Bolonia, Marchesano define a Pitrè como “óptimo folclorista, pero pésimo testigo. Interrogado sobre la mafia, en lugar de decir lo que es, dijo cuál es el origen de la palabra”.[160] En realidad, esa referencia a una mafia inicialmente benigna siempre presunta, nunca vista en acción, esa búsqueda continua de la definición como realidad última del fenómeno a estudiar en repliegues profundos (e insondables) de la psicología social, representa un terreno terriblemente resbaladizo. Un catálogo de las innumerables citas de las pocas páginas dedicadas por Pitrè a la mafia propondría un mapa atendible de los ingenuos y los coludidos desde fines del siglo XIX hasta hoy, quienes no se dan cuenta (o fingen no darse cuenta) del carácter visiblemente apologético o desorientador de esas consideraciones, todos los cuales creen (o fingen creer) encontrarse frente a la fuente *objetiva* sobre la cultura de los sicilianos. Por lo demás, existen elementos muy concretos para juzgar la posición del etnólogo: su estrecha colaboración en el consejo municipal y en la guía de entidades y obras de beneficencia con Palizzolo, “verdadero caballero […] correctísimo y honesto administrador”; su rechazo de la invitación gubernamental a presentar su candidatura en el colegio palizzoliano del Palacio Real; su participación activa, aunque fuese en el papel de ideólogo, en el “Pro-Sicilia”.[161]

Entre un significado antiguo y positivo y un significado nuevo —vulgar e impreciso— que *podría* indicar algo negativo, Pitrè hace referencia a un *quid* inescrutable (“es casi imposible definirlo”),[162] con lo que no se diferencia mucho de los imputados y de los abogados defensores de los procesos de mafia, todos los cuales sostienen que no saben qué significa esa palabra. Es la respuesta que dio Carmelo Mendola, miembro de la *cosca* Amoroso, al magistrado que le preguntaba si pertenecía a la mafia: “No sé lo que significa”.[163] Ese diálogo le pareció revelador a Hess, que lo colocará como epígrafe de su libro, y a Sciascia que lo recordará varias veces:[164] el mafioso efectivamente no sabría qué es la mafia, porque la legalidad representa para los sicilianos un concepto abstracto, producto de un Estado totalmente extraño, y porque lo que nosotros llamamos mafioso es el único modelo de comportamiento posible en esa sociedad. Por lo demás, no es el único caso en el que los interrogados en el proceso Amoroso aparecen como defensores algo extremistas de las teorías socioantropológicas, por ejemplo sobre el “familismo” de los meridionales. Cuando le preguntan si los miembros de la *cosca* son amigos suyos, Caravello responde: “Yo sólo soy amigo de mi mujer y de mis hijos […] fuera de ellos no conozco a nadie”, y frente a una pregunta sobre sus odios “de partido” Emanuele Amoroso afirma: “Mi partido son mi mujer y mis hijos”. En esa línea los acusados terminan por exagerar contraponiendo la familia “verdadera” a la

consanguínea, como cuando uno de los Amoroso hace ostentación de no tener ninguna relación con sus hermanos para que no crean que pueda planear una venganza contra los Badalamenti, que habían asesinado a otro hermano suyo.[165]

Hess interpreta una fuente tremendamente intencionada como si ésta pudiera *reflejar* la cultura "de los sicilianos", y no se le ocurre que los sicilianos pueden decir, o no decir, según las conveniencias: conveniencias político-ideológicas (¿o de otra índole?) en el caso de Pitrè, desesperada tentativa en los protagonistas de salvarse de un proceso destinado a terminar con tantas condenas a muerte. Cuando Giuseppe Amoroso, tío de los acusados, revela circunstancias que acusan a éstos del asesinato de su hijo (primo de ellos), el imputado Emanuele Amoroso lo desafía a jurar por el alma de su padre, que representa el ascendiente común de la víctima y los sospechosos de asesinarlo. El presidente del tribunal, perplejo, observa: "Aquí no hay más que un juramento, el previsto por la ley", pero el abogado Marinuzzi insiste: "Eso no vale en este caso […] porque el vulgo no cree en él", hasta que hacen jurar al testigo como quiere la defensa.[166] Para Hess eso sería prueba de la distancia sociocultural que separa al Estado de los sicilianos, de la "laguna entre la sociabilidad y la moral estatal" que genera el comportamiento mafioso.[167] A mí en cambio me parece que se trata de una hábil puesta en escena de Marinuzzi, tendiente a construir ante los ojos de los jurados (y quizás del propio testigo) la imagen de sus defendidos como personajes injustamente acusados, que creen en los mismos valores familiares de la gente común y que, por lo tanto, no pueden ser los feroces asesinos a sangre fría de un pariente cercano. Pero está claro que esa instrumentalización de la cultura tradicional sólo puede confundir las ideas de un sociólogo alemán a través de una compleja mediación culta, en la que justamente Pitrè tiene un papel central y que la importancia de los abogados en la cultura de la isla contribuye a difundir.

Esa cultura se propone principalmente ocultar bajo el dato folclórico el hecho asociativo, una "quimera, un sueño de la fantasía alterada de un delegado", el "*quid* misterioso", la "cola postiza" denunciada por los defensores de los *stoppagghieri* y de los Amoroso.[168] Reduce las luchas de las *coscas* a enemistades de familia, en un mundo arteramente presentado como primitivo en el que se hace pasar por "vulgo" a traficantes acomodados como los Amoroso, y por analfabeto a un Fontana que comercia cítricos de un continente a otro.[169] Desvanecido el efecto del gran escándalo, la percepción de la mafia se organizará en ese plano folclórico y tradicional, perdiéndose entre otras cosas la conexión con el gran tema de los escándalos bancarios que por un instante había dado al fenómeno una dimensión mucho más "moderna" y peligrosa.

Intuyendo la ventaja que la discusión sobre la *esencia* de la mafia da a la defensa, Marchesano inicia su alegato declarando que quiere hablar solamente de comportamientos criminales específicos, pero no mantiene ese propósito hasta el fin:

> ¿Qué es hoy la mafia? ¿Una organización, como creen algunos, con capos y subcapos? No. Eso no existe más que en los sueños de algún jefe de policía. Por lo tanto, esto no es la mafia, sino un sentimiento natural, un acuerdo espontáneo, una solidaridad que reúne a todos los rebeldes a las leyes de la sociedad civilizada […] Las *coscas* tienen entre ellas un vínculo ideal, el interés común, y en común los protectores.[170]

Aquí los datos aportados por la policía, que sin embargo ha sido una aliada preciosa para el ministerio público, son casi ridiculizados; la interrelación entre las *coscas* queda reducida a tener protectores en común; se recurre a conceptos de escaso valor heurístico como el "sentimiento natural". Recalcando la antigua y superficial definición de Bonfadini, Marchesano devalúa el poderoso trabajo de documentación sobre las conexiones entre hechos y personas realizado por él mismo y por Sangiorgi, del cual se deduce algo muy diferente de "un acuerdo espontáneo". Una vez más la estrategia procesal conduce a ejemplificar sin alcanzar el resultado final. Pitrè y Palizzolo pierden la batalla, pero se preparan para ganar la guerra: la mafia no sería "secta ni asociación", no tendría "reglamentos ni estatutos",[171] sino que se identificaría como un comportamiento y una cultura. En cambio, yo creo que existe una ideología mafiosa que refleja códigos culturales, pero sobre todo para deformarlos, volver a apropiárselos y hacer de ellos un conjunto de reglas tendientes a garantizar la supervivencia de la organización, su cohesión, su capacidad de encontrar consenso, de infundir terror en el interior y en el exterior.

Los cantos carcelarios expresan desprecio por "l'omu chi parra assai" que "cu la sò stissa vucca si disterra.[172] La propia familia de Rosario La Mantia reniega de él. La calificación de espía, siempre "infame", representa una carga muy pesada para aquel sobre quien recae y a la vez una justificación para quien lo mate, por lo que se presta a ser utilizada como un arma en las luchas de facciones: al asesinar a Damiano Sedita, los Amoroso exclaman: "Acababa de recibir el permiso de portar armas de la policía". Cusumano es definido como "infame espía". La organización decreta que los habitantes del suburbio boicoteen a la señora Di Sano, tabernera y presunta informante, antes de atentar contra su vida. Al acusar a Filippo Siino de estar "vendido a la policía", Giuseppe Biondo no hace más que "lo que debía hacer para mandar él";[173] es decir, descalificar al adversario frente a una opinión pública formada por *cagnolazzi* y adherentes. La *omertà*, entendida como repulsión "moral" frente al recurso al sistema legal, representa quizás un valor general, un modelo ideal de comportamiento de las poblaciones sicilianas y en particular del vasto universo criminal, pero ciertamente no es una guía para la acción de los mafiosos, que como hemos visto muchas veces colaboran cuando y como les conviene. No hay que olvidar que la organización tiene que mediar entre el Estado y los criminales y, por lo tanto, tiene que ser creíble tanto para los unos como para los otros. La autoridad con

frecuencia sabe quiénes son los autores de los delitos porque los mafiosos *hablan* sin ningún prejuicio ideológico, aunque no se exponen atestiguando en el tribunal: es de allí, y no de una genérica sociedad, de donde proviene la demasiado citada “voz pública”. Además está el caso del mafioso perdedor que se dirige a la policía en busca de ayuda y protección, a veces obteniendo un pasaporte para los Estados Unidos, como le sucedió a Santo Vassallo, condenado por sus compañeros de *cosca* a muerte por traidor; sin embargo, en ese caso el infeliz fue perseguido hasta Nueva Orleans y asesinado.[174] Los Vassallo, o peor aún los La Mantia y los D’Amico, amenazan con dejar a la *cosca* a merced de las tendencias colaboracionistas de sus miembros y de sus enemigos. A la “propalación”, que pone en peligro la existencia misma de la organización, se responde con el terror, para que todos calculen la probabilidad de represalias aun a grandes distancias en el espacio y en el tiempo. Como sostiene Sangiorgi, “todos, desde los propietarios más acomodados a los campesinos más pobres, de los notables a los individuos más oscuros, callan porque temen”,[175] pero el hecho ya subrayado de que no todos temen la misma sanción, la muerte, da una eficacia distinta al precepto dirigido hacia el mundo de los facinerosos.

Pero si los mafiosos no quieren reducirse al papel de confidentes, si quieren mantener o acentuar su autonomía respecto a la autoridad, tienen que conseguir tutelar la cohesión de su asociación con métodos no exclusivamente terroristas, garantizando fidelidades como la que impulsa a Filippello, ya abandonado y amenazado por sus cómplices, a suicidarse antes que atestiguar en contra de Palizzolo.

Evidentemente, los lazos de sangre no son suficientes para garantizar todas las alianzas, a pesar de que representan el núcleo más sólido (en esta como en cualquier otra sociedad): Mazzara puede oponerse a Giammona apoyándose en “la activa solidaridad de los miembros de su familia”;[176] el partido Siino tiene una marcada fisonomía familiar. En un cuadro de familia nuclear como el de la isla, es el contexto lo que decide si corresponde utilizar el potencial de cohesión inherente a la institución familiar: los Schneider, por ejemplo, mostraron con un fino análisis cómo la relación entre hermanos, muy tenue en las familias de peones del pueblo de Sambuca, en la región de Agrigento, es en cambio exaltada en las haciendas ganaderas de las que deriva el estrato medio de los *gabellotti*, porque ese tipo de actividad implica particularmente una relación de confianza entre sus miembros.[177] Esa exigencia es obviamente máxima en un grupo criminal, aunque después el círculo familiar no siempre será suficiente para alimentar las *coscas:* el compadrazgo, parentesco artificialmente recreado, representa el puente hacia relaciones más complejas, en las que como sabemos operan también otros aglutinantes, copiados de modelos carbonarios o masones del periodo del *Risorgimento*.

En muchos casos, por ejemplo en el de la “Fratellanza” [“Hermandad”] de Favara, el que es iniciado promete abandonar los delitos más vulgares como el hurto,

disponiéndose a asumir el papel de persona de orden, de notable o por lo menos el de intermediario de negocios. Así gusta la mafia de presentarse, aunque la realidad es más prosaica y, como ha señalado ya Alongi, en los hechos las cosas son más complicadas: el que garantiza el orden en general actúa en estrecha correlación con el que lo viola, esquema que tiende a extenderse, partiendo de su ámbito original de la custodia rural, a un gran número de manifestaciones criminales. Los *santones* que prometen a los cocheros de Palermo la devolución de los coches robados a cambio de sumas que "dan a entender que han sido solicitadas por los *muchachos*", ya están de acuerdo con estos últimos para el reparto de lo recibido.[178] La mafia de orden representa más que nada un modelo ideal para mostrar a las clases dirigentes y que resulta fascinante también para la criminalidad "común". El jefe de la banda de asesinos y ladrones de Albergheria descubierta en 1904, interrogado por la policía, busca mantenerse muy por encima de los pequeños delincuentes: "Como mafioso hábil y avezado se presentó como un caballero ofendido […] De hecho dijo que él habría podido encontrarse en homicidios y atentados, y ha estado en la cárcel por esto último, pero mostró un olímpico desprecio por los ladrones".[179]

Por lo tanto, los códigos de la mafia están ligados a la necesidad de mantener la cohesión interna, al reconocimiento público de la capacidad de infundir terror a los potenciales competidores y a los espías. El más eficaz de los guardianes será el que desalienta a los ladrones no tanto con su presencia física sino con su sola fama, según el dicho "el miedo guarda la viña". Los documentos de archivo, como las páginas de Alongi y Cutrera, nos conducen a un mundo en el que el robo de limones puede representar una ofensa que sólo se lava con sangre, en el que un daño incluso menor representa un agravio, una disminución de la autoridad, una provocación ritual a la que se debe responder en forma siempre proporcionada. Igual que en cualquier tipo de conflicto privado, "la gravedad del crimen no está tanto en las características intrínsecas como en el desafío al prestigio de la víctima".[180] Es la simbología de tantos episodios que ya conocemos, bien expresada en el relato en el que el hijo del propietario que ha sido obligado a vender su plantación al mafioso juega puntillosamente a robar limones de ese jardín todas las noches, hasta que el rito tiene su desenlace sangriento.[181] Pero, sin ser etnólogo ni literato, ya Sangiorgi utiliza el doble concepto de *daño* económico y de *ofensa* hecha a la *cosca* para explicar cómo el negarse a proporcionar agua a los primos Vitale (los del delito Miceli) condujo a la muerte del fontanero La Mantia, e invita a no asombrarse de que "por ese motivo, *en apariencia y en otro ambiente no suficientemente grave*, los Vitale y sus socios determinaron matarlo, como lo hicieron".[182] La incapacidad de responder a una ofensa es un elemento de deshonor, que los adversarios subrayarán ritualmente. El cuidador Ajello, alejado de la finca que ha atendido por tantos años, es perseguido cada noche por una "serenata" titulada "Senti l'acqua e di siti muori" ["Oyes el agua y de sed mueres"], que significa: estás cerca de la fuente de la legitimación, del poder y de la riqueza, pero no puedes alcanzarla; cosa que lo lleva a la exasperación y al

error decisivo que implica muerte. Su cadáver será transportado bajo las ventanas de la cárcel de Ucciardone y mostrado a sus hijos presos, como gesto último de deshonra.[183]

Por lo demás, el honor que los mafiosos se atribuyen difiere en puntos significativos de lo que generalmente se entiende como tal en la sociedad meridional y en otras. No sería necesario recordar cuántos delitos se han enmascarado bajo cuestiones de honor sexual tan presuntas como inexistentes, si detrás de uno de ellos no estuviera la “alta mafia de Ciaculli” en las personas de Salvatore y Giuseppe Greco, que en diciembre de 1916 decretan el asesinato del sacerdote Giorgio Gennaro, culpable de haber denunciado durante el sermón dominical la injerencia mafiosa en la administración de las rentas eclesiásticas; naturalmente, en el pueblo se dice que se trata de la venganza de un marido celoso.[184] El *gabellotto* Gaetano Cinà, en cambio, es eliminado por un complot tramado por su hermano Luigi, enamorado de su cuñada, y por el capo mafioso Giuseppe Biondo, decidido a castigar a quien le ha sustraído el control de un jardín:[185] hermanos que asesinan a sus hermanos aliándose con “extraños”, pasiones e intereses perseguidos ferozmente por encima de cualquier “familismo”. No faltan los asesinatos de mujeres, como en el caso de la sirvienta seducida por uno de los Amoroso o en el de la joven Di Sano. Está el asesino de Monreale que, al no lograr encontrar a los enemigos del capo de su *cosca,* mata a un hijo pequeño de uno de ellos para no tener que regresar con las manos vacías.[186] Por otra parte, en situaciones extremas los propios mafiosos terminan por señalar la diferencia entre el honor “verdadero” y aquél en que se envuelven las *coscas.* Antonio Badalamenti, mientras corre a buscar una partera para su mujer que está por dar a luz, cae bajo los disparos de los sicarios de los Amoroso imprecando contra sus enemigos que “matan a traición”, y en un folletín inspirado en esos trágicos hechos Scalici se refiere sarcásticamente a los “leales caballeros de Piazza Montalto”.[187]

El modelo de la competencia leal, muy presente en la cultura popular y que se puede encontrar todavía en los duelos a puñal de los camorristas o de los *ricottari*, como en los de los “espaderos” de Palermo, de Catania o de Messina, está muy lejos de las emboscadas de sicarios armados con fusiles y apostados detrás de un muro, que perpetran los crímenes mafiosos sin dar a la víctima ninguna posibilidad de defenderse; el término *usticano*, que los *ricottari* aplican a quien ataca a traición,[188] podría referirse a comportamientos o a grupos mafiosos nacidos en los confines de Ustica o de alguna otra isla similar. La idea de Arlacchi según la cual las jerarquías entre los mafiosos son determinadas por una “libre competencia por el honor” que se juega a través de “desafíos y combates”[189] refleja tal vez una divergencia entre la ’*ndrangheta* y la mafia “tradicionales”, pero sobre todo se basa en una documentación literaria muy alejada de la realidad. En la mafia verdadera la eliminación de los adversarios generalmente va acompañada de “razonamientos”, testimonios falsos y presuntos acuerdos que sirven solamente para lograr que los

condenados bajen la guardia; así, el asesinato de Filippo Siino, precedido por una solemne reconciliación en la iglesia de los dos partidos, es posibilitado por la traición de un amigo de la víctima predestinada que la conduce al sitio de la emboscada, por el "perjurio" y por la "traición".[190] El honorable desafío a un duelo puede ser utilizado como un simple instrumento. Antonino D'Alba, a quien la *cosca* de Falde ha decidido eliminar, es un hombre advertido que se cuida muy bien de no dejarse sorprender fuera de su casa. Sólo cuando un adversario lo provoca proponiéndole un duelo frente a frente sale armado con un revólver, pero cuando llega al lugar de la cita encuentra a una docena de personas que lo acribillan a balazos[191]. Al rito del enfrentamiento individual basado en la valentía y la habilidad se opone el de la ejecución colectiva, que subraya el hecho de que quien ha decretado la pena extrema es la organización, y sus miembros asumen solidariamente la responsabilidad de ese gesto igual que el pelotón de ejecución del Estado, sobre el cual la mafia tiende a modelarse.

El acusado Mendola y los demás saben perfectamente qué es la mafia: sólo que no les conviene decirlo.

III. DEMOCRATIZACIÓN, TOTALITARISMO, DEMOCRACIA

1. DE SICILIA A LOS ESTADOS UNIDOS

En 1890, el capitán Hennessy, de la policía de Nueva Orleans, muere en una emboscada, por la que 18 sicilianos son procesados y después absueltos por el tribunal.[1] El control de los muelles y del comercio de frutas es la causa, típicamente mafiosa, del conflicto entre los dos grupos de los Provenzano y los Matranga que representa el telón del fondo del delito; también es familiar para nosotros el esquema de una alianza de una de las facciones (los Provenzano) con la policía, lo que al parecer conduce a la muerte de Hennessy en represalia. La conclusión de la historia en cambio es estadunidense como el pastel de manzana: 10 de los absueltos son linchados por una multitud aparentemente azuzada por quienes quieren impedir a cualquier precio una convergencia de irlandeses e italianos para la conquista de la administración municipal.

La "mafia" aparece en Luisiana, y de allí parte la teoría del "complot extranjero" destinada a reaparecer después en tantas formas y circunstancias. Nada podría representar su primera confirmación mejor que una organización misteriosa y "subversiva". Se supone que se remonta a las Vísperas sicilianas, que tiene su cabeza pensante en la isla y gregarios por todos lados; una variante demuestra tener alguna información de la situación siciliana al afirmar que su jefe es un bandido llamado *Leoni*.[2]

La sociedad estadunidense WASP no tolera la "segregación" voluntaria con respecto a las "otras razas" o a los "nativos" "donde quiera que se verifique una concentración de mano de obra italiana",[3] situación a la cual se atribuye la persistencia de malas costumbres como la mafia. El esquema no convence. En los Estados Unidos la mafia pierde su caracterización regional y se cruza con otras formas de criminalidad; tiene relación con una problemática *nueva* que es la del universo multiétnico, mucho más que con la otra, *residual*, de la sociedad de origen. Los anglosajones que se escandalizan ante las resistencias a la homologación cultural del *melting pot* son los mismos que refuerzan los aglutinantes internos de las Little Italy, utilizando como intermediarios a los italoestadunidenses *prominentes* que, con el llamado *patron system*, encaminan a los inmigrantes hacia el mercado de trabajo, de la vivienda, del crédito, y hacen de esa gestión de sus connacionales una empresa lucrativa.[4] El crimen organizado representaría en este caso una variante del *bossism* político, empresarial o parasindical. Desde la década de 1920 muchos estudiosos estadunidenses, con frecuencia de origen italiano, han trabajado sobre estos temas con un honesto enfoque funcionalista, destacando el vínculo entre la delincuencia y

las “máquinas” político-clientelares de las grandes ciudades, uno de los pocos vehículos de integración y de promoción social al alcance de los inmigrantes, función que con simpática desvergüenza fue reconocida desde comienzos del siglo XX por uno de los máximos dirigentes de Tammany Hall, la organización electoral demócrata de Nueva York.[5] Según las fases del ciclo migratorio, los protagonistas de tales “máquinas” fueron alemanes, irlandeses, judíos, italianos, los mismos que se alternan a la cabeza del “crimen organizado”, el cual a su vez se configura como un intermediario entre las instituciones (policías locales, municipalidad) y el submundo de los juegos de azar, de la prostitución, del contrabando. Como lo ha destacado Albini, la xenofobia anglosajona presupone que el “inocente, indefenso público estadunidense es víctima de malhechores extranjeros que secretamente le roban su virginidad moral”.[6] En realidad, al requerir esos bienes y servicios más o menos legales la sociedad estadunidense está expresando por su cuenta gérmenes patógenos suficientes para valorizar cualquier tradición criminal “inmigrada”, como por ejemplo la siciliana que aquí, como en su patria, encuentra el sistema triangular formado por clase política, policía y delincuencia.

Sin embargo, la teoría del trasplante presenta, al lado de exageraciones paranoicas, fragmentos de realismo que los estudiosos italoestadunidenses no han apreciado debidamente quizás por cierta fidelidad a la patria (o a la etnia). Visto desde una perspectiva siciliana, el caso Hennessy no indica mucho más que la amplitud de las redes de negocios de intermediarios palermitanos más o menos mafiosos; Nueva Orleans representa una terminal de esas redes, igual que Túnez con su inmigración del Mezzogiorno, con su ir y venir de evasores del servicio militar y de mercancías (los cítricos de Fontana, pero también animales robados) entre las costas del canal de Sicilia. En el paso de un siglo a otro Nueva Orleans es el segundo puerto de Estados Unidos para el comercio de cítricos sicilianos, hacia el cual se encaminan los pequeños operadores deseosos de emanciparse de la gran organización mercantil Palermo-Nueva York.[7] Allí había muerto Salvatore Marino[8] 12 años antes del crimen de Hennessy, de ahí partió un hilo de la madeja que en Sicilia condujo a procesos por asociación para delinquir; allí fue alcanzado y muerto Vassallo, sospechoso de espiar en una *cosca* palermitana. Comerciante de fruta era Marino, comerciantes e importadores son los Provenzano y los Matranga, apellido este último que aparece con frecuencia en el curso de la guerra entre los Badalamenti y los Amoroso en las décadas de 1870 y 1880, aunque quizá sea por simple homonimia; en cambio, seguramente es significativo el hecho de que los dos grupos en lucha en Luisiana adopten las muy conocidas denominaciones de *stoppagghieri* y *giardinieri* [jardineros].

Sólo entre 1901 y 1914 llegan a los Estados Unidos más de 800 000 sicilianos. Pero mientras que Sicilia llega a América a través de sus hombres, en Sicilia América se presenta con los rasgos del “agente de migración”, el intermediario por excelencia que paga el pasaje en el vapor y consigue trabajo al otro lado del mar. Inicialmente

irse a América significa desaparecer, tanto que según el autorizado testimonio del bandido Bufalino (1901), la expresión “mandar a América, arreglar los papeles para América” significa irónicamente “matar a alguien”.[9] Sin embargo, con el tiempo las dos orillas parecen acercarse porque entre ellas está singularmente difundida la emigración transitoria. Parten, regresan y después vuelven a partir los pobres, los aventureros, los perseguidos por razones políticas o por motivos menos nobles. Obviamente, en el Nuevo Mundo vuelven a encontrarse ex presidiarios, amonestados y prófugos procedentes de Sicilia, igual que encontramos en Sicilia mafiosos que han llegado de regreso, que intentan (re)insertarse en los equilibrios locales “llevando sumas significativas de dinero de procedencia sospechosa” y a veces dejan la vida en el intento.[10] Las familias de mafia, igual que las naturales, se dividen y se vuelven a unir en la red de relaciones que atraviesa el océano en los dos sentidos.

Se ha destacado que la “mano negra”, así llamada por la firma estampada en muchas cartas de extorsión, representa no una organización sino una fenomenología delictiva practicada por grupos independientes entre sí, no específicamente sicilianos sino italianos en general, que en mi opinión operan siguiendo el modelo de la camorra más que el de la mafia; en efecto, igual que la camorra, la “mano negra” se dedica a la extorsión sobre relaciones económicas pobres, referentes a una comunidad situada al nivel más bajo de la jerarquía social, de la que forman parte tanto los chantajistas como los chantajeados. Sin embargo, tampoco se puede excluir que en un centro de fortísima inmigración como Nueva York los mafiosos *sicilianos* desempeñen un papel importante en el *underworld* aun antes de la formación de una red autóctona.

Ésa es en efecto la hipótesis de la que parte en 1908 la administración neoyorquina en la persona del asesor Theodore Bingham, siguiendo un informe preparado por un “experto” absolutamente convencido de que “el inmigrante italiano común, en general, nunca se convierte en criminal cuando llega a América”, y de que la “mano negra” está integrada por criminales “que ya eran tales en Italia y que al llegar aquí a América se agrupan con otros del mismo tipo”.[11] El sistema jurídico estadunidense —agrega— no está preparado para combatir a esa gente, ya que faltan los instrumentos de policía (amonestación, arresto domiciliario) que representan el único elemento eficaz en Italia. Es necesario expulsar a los indeseables demostrando que han ocultado antecedentes penales y que, por lo tanto, han entrado ilegalmente a los Estados Unidos.

Bingham organiza entonces una operación “secreta” que, sin embargo, es inmediatamente anunciada por la prensa. Para desarrollar investigaciones sobre antecedentes penales viaja a Italia el teniente de policía Joe Petrosino, originario de Padula, temido perseguidor de los miembros de la “mano negra” y en particular responsable de la repatriación de muchos inmigrantes ilegales.[12] Se presupone que las autoridades italianas son cómplices o por lo menos incapaces,[13] y efectivamente, más allá de algunos contactos informales, el policía neoyorquino rechaza cualquier

colaboración institucional e incluso la escolta discreta que se le ofreció a su llegada a Palermo. Como comentará el jefe de policía Ceola, Petrosino "seguía en todo el prejuicio de aquellos sicilianos que creen que estarán mejor protegidos dirigiéndose no a la Autoridad y a la Justicia sino a algún delincuente conocido y temido que ejerza autoridad e influencia";[14] más que nada, Petrosino sigue la tradición de la policía palermitana, aunque sin darse cuenta de ello y sobre todo sin tener más fuerza contractual que la que deriva de los dólares que paga a los informantes y de la pálida sombra de una autoridad al otro lado del océano. Así, desarmado, "con imprudencia que resulta casi inexplicable en un detective tan celebrado",[15] entra en el clásico triángulo policía-mafia-delincuencia. Y el 12 de marzo de 1909 acaba asesinado a tiros de pistola en la centralísima plaza Marina.

A continuación hay agrias polémicas de la prensa estadunidense que una vez más acusa a los italianos de complicidad, mientras éstos señalan el carácter nada profesional de la operación. Las investigaciones, por supuesto, siguen la ruta Palermo-Nueva York. Los confidentes habituales, así como cartas anónimas provenientes de la metrópoli norte-americana, señalan al corleonés Giuseppe Morello, jefe de un grupo de falsificadores neoyorquinos que en 1903 habían resuelto una divergencia de negocios con un compatriota matándolo y llamando así la atención de Petrosino; de ese grupo formaba parte también otro personaje ya bien conocido por nosotros, Giuseppe Fontana, quien después de la absolución de Florencia se había establecido en el Nuevo Mundo para retomar su antigua ocupación de falsificar y poner en circulación billetes falsos. Dos miembros del grupo, Carlo Costantino y Antonino Passananti, habían reaparecido súbitamente en su nativa Partinico en el mismo momento de la llegada de Petrosino, manteniéndose en contacto con Morello a través de enigmáticos telegramas cifrados; posiblemente temían que Petrosino descubriera que Morello tenía antecedentes que permitirían expulsarlo de los Estados Unidos.[16] Había muchas razones, del pasado y del presente, capaces de inducir a Costantino y Passananti a pasar a la acción. Además de ellos dos, la policía arrestó a 15 individuos, casi todos los cuales habían estado en los Estados Unidos y regresado, a toda la red de informantes del detective, y finalmente a un *capomafia* como don Vito Cascio-Ferro.

El expediente penal de este interesante personaje, antes de 1914, contiene un número no excesivo de imputaciones (extorsiones, incendios, secuestros) y una totalidad de absoluciones. Ciertamente no se trataba de un notable de provincia: más bien su poder se había construido sobre una red de relaciones que abarcaba dos continentes y sobre un acontecimiento de importancia internacional como el asesinato de Petrosino, que le dio el prestigio suficiente para permitirle "asumir con mano segura la dirección de la mafia para toda la provincia de Palermo".[17] Cascio-Ferro formaba parte, junto con Morello y Fontana, del grupo de falsificadores arrestado por Petrosino en 1903. Su estancia en Nueva York, iniciada en 1901, había terminado bruscamente en esa misma ocasión, pero no sin el acostumbrado viaje a Nueva

Orleans. Después del crimen se encuentra entre sus papeles una foto de Petrosino, y entre los de Petrosino un apunte sobre Cascio-Ferro: “criminal peligrosísimo”. El policía tenía entre sus actividades programadas un viaje a Bisacquino, feudo del *capomafia:* ¿es posible que planeara obtener de él mismo las informaciones que deseaba? Esa hipótesis no fue propuesta, pero me parece coherente con la finalidad de la operación y con la observación del jefe de policía sobre los delincuentes con “autoridad e influencia”. Al parecer, Petrosino estaba sobre las huellas de una organización para la falsificación de pasaportes encabezada por un aristócrata de mala fama, Francesco di Villarosa; es decir, de una red tendida entre Sicilia y los Estados Unidos; obsérvese que hasta la década de 1920 una de las principales actividades de un mafioso siciliano-estadunidense como Salvatore Maranzano era justamente la importación clandestina de mano de obra.**[18]** Aparentemente también don Vito estaba involucrado en la emigración clandestina, organizada por él en barcos pesqueros de Mazara del Vallo en ruta hacia Túnez y de ahí en vapor por la ruta Marsella-Nueva York.**[19]** El *capomafia* figuraba oficialmente como “representante de la empresa de transportes postales” Caruso:**[20]** ¿es otra manera de decir agente de emigración? Es posible que Cascio-Ferro, después de haber jugado al informante, quisiera favorecerse a sí mismo y a los amigos estadunidenses que en las personas de Costantino y Passananti habían hecho el viaje a Bisacquino que no llegó a hacer el teniente Petrosino. Como quiera que haya sido, muchos años más tarde don Vito se jactó de haberlo matado “des-interesadamente” con sus propias manos.**[21]**

Todos los imputados fueron liberados en la instrucción. Cascio-Ferro presentó el testimonio del *onorevole* Domenico De Michele Ferrantelli, quien afirmaba haberlo tenido como invitado en su casa la noche del delito. La coartada no parece muy creíble considerando las estrechísimas relaciones entre ambos. De Michele era un gran comerciante de aceite y cereales, Cascio-Ferro su “agente de negocios”; De Michele era el alcalde indiscutido e inamovible de Burgio además de diputado por el colegio de Bivona, Cascio-Ferro era su jefe electoral. Sería interesante saber si De Michele participaba en la expansión del comercio entre Sicilia y los Estados Unidos que acompañaba al fenómeno migratorio,**[22]** porque de ser así don Vito con sus viajes a Nueva York y a Nueva Orleans reproduciría en escala más vasta la figura ya conocida por nosotros del mafioso que se crea una red propia a lo largo de las líneas preparadas por los negocios de grandes personajes. De todos modos, no hay que olvidar las funciones de protección que siempre acompañan a las empresariales. Palermitano de nacimiento, Cascio-Ferro se había establecido en Bisacquino siguiendo a su padre, *campiere* del barón Inglese, notorio usurpador de terrenos públicos. En realidad se trata de la centralización en el mercado de Palermo de alquileres y custodias: recuérdese a *don Peppino el lombardo* que, gracias a Giammona, obtuvo un cargo de capataz en Alia; la transferencia a Caltagirone de don Bartolomeo Badalamenti con todo su aparato “de sirvientes, de mozos y de caras prohibidas nunca vistas, que iban y venían y desaparecían sin dejar rastro alguno”;**[23]**

la operación llevada a cabo por el príncipe de Mirto al desplazar a Fontana hacia las zonas batidas por el bandido Varsalona;[24] es decir, en el área de Corleone-Sambuca-Burgio, en los confines entre la provincia de Palermo y la de Agrigento. Allí habría residido Cascio-Ferro, aunque sin descuidar frecuentes estancias en la cabecera, que evidentemente era un punto estratégico para la función de *capomafia: gabellotto* o administrador del *onorevole* De Michele y del barón Inglese en la región de Corleone, señor elegante en Palermo.

Recorriendo hacia atrás la biografía de Cascio-Ferro, encontramos una coyuntura política extraordinaria, la de los *fasci* sicilianos de 1892-1893: con ligera sorpresa encontramos a don Vito como presidente del *fascio* de Bisacquino, cuando en calidad de conferencista en pro del socialismo obtiene, “cosa que parece increíble […] que las mujeres ya no sigan las procesiones del viático y se confiesen con él y con el presidente del *fascio*”. Es difícil imaginar el argumento de tales confesiones. Al sobrevenir la represión, Cascio-Ferro huyó a Túnez (diciembre de 1893), de donde poco después “regresó espontáneamente a la patria dando seguridad al señor jefe de policía de Palermo y al subprefecto de Corleone de que nunca más se ocuparía de política”.[25] A partir de ese momento mantiene “una conducta política irreprensible”, y por sus “relaciones de amistad con el barón Inglese y con el *onorevole* De Michele Ferrantelli” conquistó el papel de notable, se inscribió en el círculo de los “civiles”, se ganó “la estimación de sus conciudadanos” y de la autoridad.[26] Estamos en diciembre de 1908, a menos de un año del crimen de Petrosino.

El subversivo se convierte en hombre de orden, calificación que no es incompatible con la de mafioso. Subsiste el interrogante sobre la lógica de su adhesión a un movimiento de izquierda, hostilizado hasta la histeria tanto por las clases dominantes como por el gobierno de Crispi, que promovió su represión *manu militari*. Enfrentando esta pregunta, podríamos comprender cómo es que no sólo en las máquinas político-clientelares de Nueva York y de Chicago, sino también en las de Corleone y Monreale, la fenomenología mafiosa se vincula a procesos —aunque distorsionados— de democratización; cómo tanto en los Estados Unidos, la tierra de la oportunidad, como en la Sicilia posfeudal, el ascenso de la mafia se ubica en un marco de movilidad social y de profundas transformaciones históricas.

2. Tierras y pueblos

Al día siguiente de la proclamación del estado de sitio (diciembre de 1893), muchos de los militantes de los *fasci* tuvieron que responder ante los tribunales militares a las acusaciones de “ex presidiarios y presos por delitos comunes”.[27] Las guardias municipales, rurales o fiscales, que como sabemos representan una articulación del poder mafioso, en muchos casos disparan sobre la multitud, la provocan a la insurrección para justificar la represión.[28] En las provincias de Palermo y Agrigento,

al agitar las cuestiones de la política municipal, de la fiscalidad, del uso de los terrenos públicos, o también el problema de los pactos agrarios, los *fasci* pueden encontrarse frente a clases dirigentes opresivas o corruptas capaces de cualquier violencia. Sin embargo, no existe una incompatibilidad ideológica absoluta entre la izquierda y la mafia: "Si el gobierno la abandona, se pondrá al servicio del clero; si todos la abandonan se presentará como revolucionaria",[29] señala el socialista Drago confirmando lo que ya sabíamos del periodo posterior al *Risorgimento*.

El único ámbito en el que ese problema puede definirse es el local. Si no es posible imaginar una posición política común a toda la mafia, tampoco es fácil afirmar la plena homogeneidad entre los *fasci* municipales que se formaron en pocos meses convulsos y carentes de verdadera coordinación salvo por un autoproclamado comité coordinador central palermitano. En cambio, es posible identificar la línea de continuidad en la que se inserta, en el plano local, la llamarada súbita. En Misilmeri la organización es fundada por Girolamo Sparti, joven estudiante universitario emparentado con las dos familias en lucha desde muchos años antes por el control de la administración municipal. En Monreale se constituyen tres *fasci*, entre ellos uno capitaneado por el alcalde crispino Rocco Balsano, que encuentra conveniente convertirse repentinamente al socialismo para salvaguardar la fortuna de la asociación agrícola en torno a la cual organiza su propia clientela. En Lercara el *fascio* es fuerte pero no se entiende quién lo dirige; los sangrientos desórdenes de la Navidad de 1893 son de alguna manera atizados por el partido de los Nicolosi, bien conocidos ya por nosotros como *manutengoli* de los bandidos, contra el de los Sartorio que desde 1876 se ha adueñado del municipio. En Marineo el *fascio* goza del apoyo del partido Calderone, que ha perdido recientemente el poder después de haberlo manejado con total desenvoltura por más de 10 años.[30]

A veces nos encontramos frente a un verdadero camuflaje, otras a contraposiciones más lineales entre progresistas y conservadores, siempre a luchas de familias que se dividen y se reagrupan usando el idioma ideológico para sus propios fines. En muchísimos casos, en la década de 1890, se define un equilibrio entre los partidos locales que durará hasta la guerra mundial. "En los pueblos pequeños las familias de condición civil están casi todas unidas por parentesco […] y no sólo las de un partido, sino también las de oposición son parientes, a pesar de militar en campos opuestos."[31] Es difícil que surjan hombres realmente nuevos, mientras que habrá nuevos instrumentos de relación entre la clase dirigente y la sociedad (asociaciones agrícolas y de socorros mutuos, círculos) también para adecuar las maquinarias clientelares a la ampliación del sufragio sancionada por las reformas electorales de 1882 (política) y 1889 (administrativa); este proceso culminará en 1913 con el sufragio universal masculino. Además, hasta en las pequeñas ciudades y los pueblos grandes de Sicilia, al final del siglo XIX y comienzos del XX la legislación estatal y los propios procesos de modernización empiezan a imponer la realización de un sistema de iluminación pública, primero de gas y después eléctrico; de una red vial

y cloacal; de un sistema de salud y de instrucción pública. Son nuevas ocasiones de negocios y de empleo que se suman a las más tradicionales de la gestión del patrimonio público o la determinación de la fiscalidad local (¿qué se debe gravar?, ¿quién debe pagar?, ¿quién debe recaudar los impuestos y cómo?) para determinar un fuerte interés en el control de las administraciones municipales por parte de grupos políticos locales con sus correspondientes contratistas, arrendatarios, arrendadores, enfiteutas, abogados, maestros, farmacéuticos, clientes, electores, primos, aspirantes e intrigantes[32].

Ése es el mundo tumultuoso de las clientelas meridionales que nos ha retratado la pluma genial y feroz de Gaetano Salvémini, el mundo al que la prensa y las fuentes policiales se refieren con el término *mafia*. Sin embargo, quien intente distinguir ese término del de *clientelismo* se verá en graves dificultades. Con mucha frecuencia, delegados de Seguridad Pública y jefes de policía definen como “mafiosos” simplemente a los adversarios del gobierno, por ejemplo en Misilmeri las familias Sparti, Scozzari y Di Pisa;[33] pero el grupo favorecido por el propio gobierno es el encabezado a escala provincial por Salvatore Avellone, uno de los diputados más discutidos por sus relaciones con la mafia. Las frecuentes intervenciones —con nombramiento de un comisario especial— a las que el prefecto somete a ese municipio deben ser vistas en el marco de ese conflicto, más que como una tentativa de reprimir a la “mafia”. En Monreale el partido municipal encabezado por Balsano, futuro diputado, es acusado de favorecer a sus clientes al administrar las finanzas y los contratos de obras públicas, y también aquí, bajo el impulso del diputado Masi (adversario de Balsano) intervienen comisarios prefecturales que comprueban las irregularidades y después de algún tiempo convocan a elecciones que, sin embargo, igual que en Misilmeri, confirman los equilibrios preexistentes. Obsérvese cómo el prefecto giolittiano, que la historiografía supone omnipotente, actúa no por un impulso central y centralista, sino para favorecer al diputado deseoso de conquistar el turbulento municipio, y también cómo las “mafias” municipales resisten con éxito a uno y a otro. En Monreale la población se pregunta irónicamente por qué los comisarios prefecturales no son “vitalicios”, como “en una ciudad turca”; junto a los tonos municipalistas sobre la “orgullosa Atenas de Sicilia” que no se doblega, surgen los regionalistas, ya muchas veces consagrados, sobre las “libertades conquistadas a precio de sangre” por la “desgraciada Sicilia” y no respetadas por el gobierno.[34]

Pero todo esto se refiere más que nada a la historia. Con respecto a nuestro tema específico, podemos registrar una conexión genérica pero significativa de los grupos dirigentes con la esfera delincuencial. Del partido de Balsano “son amigos y fautores personas que han sido arrestadas y procesadas”.[35] Di Pisa es un personaje sanguíneo acostumbrado a definir sus controversias con el bastón animado que lleva siempre consigo, hasta que es herido a balazos. Más definida es la figura de Salvatore Sparti, que asume el cargo de alcalde poco después de volver de la cárcel donde ha estado durante un proceso por homicidio en el que finalmente es absuelto (pero ha sido

condenado por agresiones, amenazas, etcétera): “protector natural de la mafia y de la canalla”, ha declarado en favor de los propuestos para la amonestación con “la eterna cantilena de que estaba obligado a hacerlo para oponerse a la obra de los adversarios”.[36]

Dos pueblos seguramente “de mafia” como Misilmeri y Monreale no muestran la presencia de la mafia misma dentro de las instituciones municipales con la claridad que podríamos haber esperado.

Intentemos entonces ampliar el cuadro. Hay un elemento que asimila las dos situaciones: la presencia de grandes cantidades de terrenos públicos que en varias ocasiones son lotificados sin que las administraciones municipales puedan o quieran imponer los cánones utilizados. En particular, sólo los comisarios prefecturales nombrados cíclicamente después de la disolución de tales administraciones se mueven contra los autores de usurpaciones “por varios centenares de hectáreas” de esas tierras, “ya que ninguno de los hombres del pueblo, por temor a venganzas, se atreve a iniciar las correspondientes acciones judiciales”.[37] Además está la posición geográfica: Misilmeri y sobre todo Monreale se ubican en el confín entre la zona de latifundios y la de agricultura intensiva, tienen un vasto territorio agrícola que económicamente gravita en torno a Palermo. En esa campaña la clase política municipal no tiene, al parecer, intereses muy grandes. Esto es una clave que nos proporcionan los propios protagonistas para entender las luchas de facciones. Los grupos mayoritarios de los dos pueblos representarían una burguesía que no posee “bienes rústicos”, contra la cual se volvería unánimemente la opinión *sana* de la “autoridad”, de los “hombres de orden”, de los “latifundistas”.[38] Probablemente una parte de la clase dirigente, en efecto, tiene mayores intereses en las finanzas municipales, los contratos de obras públicas y las convergencias de negocios alrededor de ellos, y gana consensos tolerando que los arrendatarios descuiden el pago de los alquileres de las tierras municipales, o las compren a precios ridículos para después revenderlas con provecho. Esos grupos están interesados en la campaña en cuanto a través de ella consiguen ingresos para la administración municipal (sobreimpuesto predial, cánones enfitéuticos), y porque deben garantizar el orden en ella. Estamos frente al viejo problema de las guardias rurales, a lo largo del cual se resbala de la esfera de las clientelas violentas a la de la violencia mafiosa. El servicio resulta ineficiente “por la falta de disciplina y por las escisiones que existen en el cuerpo”[39] o peor aún, contaminado: en Misilmeri, en 1903-1906, cinco guardias rurales son asesinados; en 1907, ocho de los 25 miembros del cuerpo están bajo proceso por asociación para delinquir, dos están en la cárcel por homicidio y uno es despedido por robo. Cada tanto hay una implosión del sistema de la guardianía privada y pública. Alrededor de 1911, en Monreale, Vittorio Caló, *capomafia* del pequeño centro agrícola de Borgo Molara, entra en conflicto con la familia de los Sciortino, que al parecer se coloca en la tradición de los *stoppagghieri*; los Sciortino son masacrados. En noviembre de 1912, mientras regresa de un jardín de su

propiedad, cae bajo los tiros de un asesino desconocido apostado detrás de un muro Giuseppe Cavallaro, tesorero del municipio, 30 años después y del mismo modo que el padre Simone.[40] Mientras tanto, Caló perfecciona “el sistema de enriquecimiento, las guardianías y los sistemas de chantaje o de recaudación de los tributos” hasta pretender un porcentaje sobre “todas las manifestaciones de la vida humana”[41].

Como escribe un propietario de Misilmeri, la “cofradía” municipal es responsable de “vandálicos delitos, como cortes de árboles y de viñas, incendios de pajares y de eras”, de la “gangrena social” llamada *maffia*; más moderada, la policía afirma que “asesores y consejeros, a varios de los cuales también les han sido dañadas propiedades, evitan, por temor a mayores represalias, meterse en cosas relacionadas con la seguridad pública”.[42] Es posible que nos encontremos frente a una división de tareas entre la política pueblerina y la organización extorsionista rural, dos esferas distintas pero estrechamente funcionales una a la otra; situación que corresponde a la que muestra Giovanna Fiume en relación con los Calderone de Marineo para el periodo inmediatamente anterior.[43]

Si del área parcialmente transformada que gravita en torno a Palermo nos volvemos hacia la parte interna y latifundista de la provincia, o aún más allá, hasta el llamado “Vallone”, donde se encuentra con la región de Agrigento y la del Nisseno, encontramos situaciones diferentes, una relación mucho más estrecha entre el pueblo y el área rural. También allí la trayectoria de los *fasci* se inserta en la continuidad de los partidos locales. En Burgio en 1891 existen tres organizaciones que siguen la división en parroquias (de la Virgen del Carmen, de María, de San Nicolás) y que “a causa del encarnizamiento de los partidos […] ejercen influencia sobre las masas”; en 1893 las primeras dos se convierten en *fasci*, para después volver a asumir su forma anterior al día siguiente de la represión.[44] En Casteltermini el *fascio*, considerado extremista, se defiende de las insidias de la policía desarrollando sus reuniones en el palacio del gran propietario Francesco Lo Bue Perez, sobrino de un senador, al grito de “¡Viva el *cavaliere* Lo Bue, viva el socialismo, vivan los *fasci*!”[45] En Contessa Entellina son los Lo Jacono, que con altibajos controlan el poder local y el mercado de las gabelas desde fines del siglo XVIII, quienes constituyen el *fascio*, y además pasan a conceder sus tierras en medianería en lugar del tradicional sistema de alquiler y subalquiler[46]. Sobre esa perspectiva de reforma de los pactos agrarios se abre desde los municipios una ventana a los grandes campos de los latifundios. “En los *fasci* de Girgenti, que tienen como loable ejemplo a Santa Maria Belice, los jefes son propietarios. Han insinuado a los campesinos […] que el trabajador con su esfuerzo, su ahorro y su cooperación debe llegar a ser también propietario”. En S. Stefano Quisquina el *fascio* es fundado al grito de “¡Viva el Rey y Margarita, viva la ley!” por el concejal municipal Lorenzo Panepinto que, sin embargo, igual que los miembros de los *fasci* de Prizzi y los de Bisacquino (entre ellos Cascio-Ferro), se adhiere a las huelgas por el reparto del producto proclamadas por Nicola Barbato y Bernardino

Verro, prestigiosos dirigentes socialistas de Piana degli Albanesi y de Corleone. Para moderados y radicales el objetivo es siempre la introducción de la medianería.

Las crisis de las décadas de 1880-1890 redujeron los réditos, pero entre ellos la ganancia de la empresa agrícola se redujo más que el arrendamiento. El resultado fue el desplome del mercado de las gabelas, cosa que hizo a los propietarios ausentistas, que viven en Palermo o incluso en Roma o Madrid, aún más detestables para una clase dirigente municipal súbitamente conquistada por la alternativa de la medianería, deseosa de nuevas relaciones con los campesinos medios que comienzan a desesperar de alcanzar el rango de *gabellotto*. Ellos representan la estructura de los *fasci*, los que andan a caballo por los feudos para convencer a los trabajadores de que boicoteen a los propietarios que no estén dispuestos a aceptar las condiciones establecidas, los que aún después de la represión crispina mantendrán vivo el socialismo “del interior”, por lo menos en las situaciones de algunos pueblos donde va emergiendo el liderazgo de los Verro, de los Barbato, de los Panepinto.[47] Se puede afirmar que aquí socialismo y mafia inciden sobre los mismos grupos sociales aun cuando les proponen dos modelos diferentes de movilidad y de relación con la burguesía pueblerina y los latifundistas: la presencia simultánea en una misma zona de altas tasas de movilización política y de movilización mafiosa no se resuelve en la lógica opositiva de la acción y la reacción. La noticia de que Verro en su juventud habría sido protagonista de una especie de iniciación mafiosa,[48] sea verdadera o falsa, se encuadra en ese humus común que puede ejemplificarse bien en las dos figuras del propio Verro y de Cascio-Ferro, tan cercanas en sus orígenes como distantes en sus resultados.

Los estatutos de muchos *fasci* prevén la negación de la inscripción a las personas que causen escándalo público, a los ex presidiarios, a los mafiosos; sin embargo eso no cierra la puerta a lo que con mucha ingenuidad *Avanti*! define como una “mafia fiel a su generoso origen, surgida de legítima rebelión a cualquier forma de prepotencia”.[49] *La Plebe*, periódico socialista de S. Stefano Quisquina, nos describe el encuentro casual entre dos grupos, el de los inscritos en la liga campesina y el de los “mafiosos”, que se resuelve en un intercambio de frases ingeniosas y en el reconocimiento común de la superioridad de los miembros de la liga.[50] En un acto público celebrado en Prizzi en 1902, Verro afirma que “desde que el socialismo se ha divulgado, ha disminuido la baja delincuencia, y se espera que con el tiempo llegará a disminuir también el asesinato ordenado por la alta mafia”.[51] Nos encontramos frente a una hipótesis de civilización lineal del conflicto social, durante la cual el socialismo tomaría el lugar de la mafia, por lo menos de la mafia “baja”, eliminando su razón de ser: cuando el caballero Emanuele Arezzo acusa a sus campesinos en huelga de mantener “un aire nada civilizado y *absolutamente mafioso*”, Panepinto replica que la mafia representa solamente un “producto espontáneo” del latifundio.[52]

Sin embargo, el mismo Panepinto, persuadido —como buen maestro de primaria que era— de que el socialismo representa una forma de pedagogía colectiva, tiene

que convencerse de la vacuidad de cualquier automatismo progresista al visitar la comunidad de sus compatriotas emigrados a Florida:

> Alimentaban ilusiones sobre nuestros trabajadores de Tampa pero, por desgracia, ni siquiera el ambiente lejano parece afectar su vieja alma de inconscientes o de criminales. De nada valen los dólares y los salarios elevados, si después nadie forma la conciencia política y moral de esos proletarios.[53]

El viaje de Panepinto representa también una tentativa de evasión de las dificultades del socialismo quisquinés, que después de los entusiasmos de las grandes huelgas agrarias de 1902 se había visto imposibilitado de ganar ningún espacio a nivel de colegio o de provincia debido al eterno choque con De Michele Ferrantelli. También Verro, perseguido por las autoridades, abandona Corleone refugiándose en el exterior o aceptando cargos del partido en Messina o en Reggio Calabria. Es difícil seguir una línea “de clase” en los pueblos del latifundio siciliano; pero es aún más difícil que hombres como ésos puedan reciclarse fuera de la dimensión municipal.

El movimiento campesino sale de ese callejón sin salida al final de la primera década del siglo con el auge de los arrendamientos colectivos, que toman el lugar de las ligas como principal instrumento de la organización. Gracias a la ley Sonnino de 1906, las cooperativas pueden funcionar como sucursales del Banco de Sicilia para la erogación del crédito agrario y, por consiguiente, tomar en arrendamiento los latifundios para después concederlos en partes a sus socios. Entre otras cosas, en esta fase, el mayor uso de cultivos de renuevo (haba, trébol) y la primera introducción de fertilizantes químicos permiten una intensificación de las rotaciones, rompen el férreo vínculo entre el cultivo de cereales y la ganadería que era la base de la gran gabela del siglo XIX y hacen relativamente económica la finca campesina. Después de una primera fase de hostilidad, los propietarios pasan a considerar “la intervención colectiva de los campesinos en los arrendamientos como efecto natural de la revolución social”,[54] apreciando en particular el sostén que ofrece a sus rentas amenazadas antes por la crisis y después por la rarefacción de la mano de obra debido a la emigración. La demanda de las cooperativas vuelve a poner en movimiento el mercado de los arrendamientos en el que ahora participan el *gabellotto* individual y el “*gabellotto* colectivo”, según la terminología de los contemporáneos, que significativamente subraya el común papel de intermediario económico y político-social en relación con el gran (único) recurso existente en la sociedad pueblerina; sin embargo, al transformar la contigüidad en competencia los cooperantes se encuentran en la competencia por el monopolio, que como sabemos puede provocar la máxima sanción.

Empieza por Bernardino Verro, que en 1910 es obligado por un atentado a abandonar Corleone. Con lúcida conciencia delinea los niveles de la red mafiosa: en

el pueblo el *gabellotto capomafia*, Michelangelo Gennaro; a escala provincial la "camarilla" protegida por el subprefecto Spata, que tiene por esposa a una Torina de Caccamo; es decir, a un retoño de antigua dinastía mafiosa, y por Vincenzo Cascio en la junta administrativa provincial, ambos unidos por clientela y por parentesco al diputado Avellone, el que atestiguó en favor de Palizzolo y es como él representante del grupo rudiniano promovido en su momento por la operación "moralizadora" de Codronchi. No falta la conexión con Palermo:

> Avellone no es el inspirador ni el mandante [del atentado], sino que es el diputado del colegio que debe mantenerse fiel a los parientes y a los grandes electores. Yo mismo lo he visto en el café del Teatro Massimo de Palermo confabulando con Gaspare Tedeschi, palermitano residente en Villafrati, donde hace de *capomafia* y tuvo escondido a Giovanni Mancuso, uno de los dos, el que me disparó y que después recibió un balazo cuando lo transportaron a la clínica de Palermo dirigida por el doctor Giuffrè, hermano del *capomafia* de Caltavuturo y conocedor del arrendamiento que provocó los disparos de fusil contra mí. ¡Qué red! ¡Qué madeja! Tedeschi es un tipo muy conocido por la magistratura de Palermo, y una noche justamente había venido a buscarme en *piazza* Bologni queriendo hacer de pacificador entre yo y la mafia.[55]

Sigue con Lorenzo Panepinto, líder del socialismo quisquinés en pleno renacimiento después de haber conseguido la financiación del Banco de Sicilia para el arrendamiento del ex feudo Mailla. "Decididamente, el 'subversivo' de 1911 es mucho más temible para vosotros los señores que el subversivo de 1893"[56] y, por lo tanto, la sanción tiene que ser más dura. El 16 de mayo de 1911, frente a la puerta de su casa, Panepinto cae asesinado. Su imponente funeral trae al primer plano una Sicilia profunda y antigua, que al corresponsal de *L'Ora* le parece una "tribu salvaje" en la que la expresión del dolor colectivo se juega por entero alrededor de figuras femeninas: rodeando a la hija del capo "las mujeres de S. Stefano, todas envueltas en sus mantos negros, parecían invadidas por quién sabe qué pasiones y aullaban en forma aterradora […] Venganza era la palabra que corría por todas las bocas". "Vengadlo, vengadlo", repetía la viuda como una letanía.[57] Pero naturalmente el socialismo no puede enfrentarse a sus adversarios con las mismas armas: "No parece ser verdad que estamos en 1911", escribe desconsolado Verro, acusado como *cascitunni* (espía), incapaz de encontrar una vía intermedia entre "hacerse delincuente, instigar a delinquir, o ser asesinado"[58].

Cuando, en la primavera de 1914, la izquierda corleonesa triunfa en las elecciones administrativas, Verro tiene que regresar y asumir el cargo de alcalde, aun con plena conciencia del peligro. "O beber o ahogarse […] ¿Qué habría sido de este

movimiento socialista si los trabajadores, después de haber tenido el poder en sus manos, hubieran renunciado a él?”[59] Menos de un año más tarde es muerto de un tiro en pleno pueblo. Un año más y se produce un atentado contra Nicolò Alongi, ex miembro de los *fasci*, dirigente del movimiento campesino de Prizzi y campesino él mismo. Hay una tregua y después, en septiembre de 1919, es asesinado el presidente de la liga Giuseppe Rumore; a partir de ese momento Alongi se autodefine como “un muerto de vacaciones” y se despide de sus compañeros: “No sé si mañana podré volver a abrazarlos, pero estoy seguro de que otro surgirá para alzar la bandera que quieren arrancarme de las manos”[60]. No pasa ni siquiera un mes y el socialismo del latifundio llora a otro mártir.

La historia de las batallas por el arrendamiento de los feudos alrededor de Prizzi, antes y sobre todo después de la guerra, indica claramente cuál es la causa del delito. Mientras que los propietarios están “dispuestos a ceder”, “la fuerza negativa” proviene íntegramente de los *gabellotti* locales y de sus “relaciones de reciprocidad, de mutualidad, de intereses y también de mafia”.[61] El más autorizado de ellos es Silvestre Cristina, muy ligado a Cascio-Ferro, que terminará también asesinado, pero en Palermo, algunos años más tarde;[62] el número dos es Giorgio D’Angelo, hijo de aquel Luciano D’Angelo que encontramos como *capomafia* en la década de 1880 y antes, en la de 1860, como *manutengolo* de la banda de *don Peppino el lombardo*. Por otra parte, el sospechoso de asesinar a Panepinto es un tal Giuseppe Anzalone, joven *gabellotto* de Lercara, con el mismo lugar de nacimiento y el mismo nombre (¿sobrino?) de otro de los *manutengoli* más conocidos de la banda; Anzalone junior es un personaje de relieve, más que nada por sus relaciones, como lo demuestra su calificación de “ahijado” de Camillo Finocchiaro-Aprile, el diputado de Lercara que fue ministro de Gracia y Justicia.[63] Así, a distancia de 50-60 años, se confirma el papel fundador de la experiencia bandidesca de *don Peppino*.

Sin embargo, el cuadro de la mafia del latifundio en esos primeros 20 años del siglo XX es más complejo y está más íntimamente ligado al nuevo orden que va surgiendo. La muerte de Panepinto se ubica en el marco de la “sublevación de la mafia *gabellotta*”,[64] pero también en el de las divergencias con la Caja Rural Católica con la que aparentemente los mafiosos tienen relaciones de lo más amigables. Buena parte del problema de Verro en Corleone tiene que ver con la dificultad para evitar que la cooperativa socialista caiga presa de apetitos empresariales; la policía considera que la mafia ha encontrado acceso al interior de ella a través de Angelo Palazzo, el administrador denunciado por malversación por Verro.[65]

En suma, hay una tentativa de bloquear las cooperativas pero también, por otras vías, de conquistarlas. El *gabellotto* colectivo puede representar un instrumento de la restructuración del poder mafioso; así como más en general alrededor del final de la primera década se va articulando de otra manera la maquinaria política pueblerina en la Sicilia occidental, con la generalización del instrumento de los arrendamientos y de

las cajas rurales. Se crean instituciones poderosas como la Federación Siciliana de Cooperativas, que en 1911 reúne bajo la dirección del radical-socialista Enrico La Loggia a 313 organizaciones de la comarca de Agrigento. Así, los sacerdotes Michele Sclafani y Luigi Sturzo, clerical-moderado el uno y democratacristiano el otro, renuevan el movimiento católico.

Tomemos el caso de Villalba, pueblo del Vallone tradicionalmente escenario de acciones bandidescas así como de un conflicto entre los latifundistas, que no residen en el pueblo, y los campesinos protagonistas de clamorosas huelgas ya en 1875, y después en 1893, 1901, 1907; estos últimos enfrentan la alternativa de alinearse “con los *gabellotti* contra el feudatario o con éste contra los *gabellotti*”.[66] La discordia tiene que ver con los dos feudos de Micciché y Belici, uno propiedad de la familia principesca palermitana de Trabia, el otro administrado también desde Palermo pero perteneciente al duque Francesco Thomas de Barberin, residente en París.

Al firme poder de los Trabia sobre el primero corresponde el poder de los intermediarios sobre el segundo, y se trata de los infaltables Guccione, que han hecho de él un refugio de bandidos entre los que figuró en su momento Antonino Leone. Los villalbeses organizados en la Caja Rural Católica piden el arrendamiento del feudo Belici, que obtienen en 1908. El sacerdote Sgarlata, presidente de la sociedad, escribirá:

> Se había alcanzado el ideal, la usura ha casi desaparecido; los opresores y los intermediarios explotadores han sido eliminados. El campesino con su libertad ha readquirido el amor al campo y al trabajo, ahora que se ha convertido en *gabellotto* y trabaja por cuenta propia […] sabe que el sudor que derrama volverá a él en gracia de Dios.[67]

Pero a los ojos de la población el mérito corresponde al joven sobrino del sacerdote, aquel Calogero Vizzini que apenas algunos años antes había sido arrestado como *manutengolo* del bandido Varsalona, pero que ahora, como garante de la transacción entre el propietario parisiense, el administrador palermitano, la cooperativa, los campesinos (y los Guccione), conquista el título de *don*, destinado a acompañar su nombre en todo el curso de una larga y emblemática carrera. La gabela es asignada personalmente a Vizzini según una práctica bastante frecuente en las transacciones entre latifundistas y organizaciones campesinas que indica el papel central que tiene en ellas la credibilidad *personal*, financiera o política. En este caso don Calogero, o más familiarmente don Calò, retiene para sí una parte consistente del feudo (290 hectáreas), concediendo graciosamente el resto a la Caja Rural.[68] La movilización colectiva ofrece a la mediación notable-mafiosa nuevos campos de aplicación.

Cammarata, 1891. Luigi Varsalona, hijo de un ex miembro de la banda de *don Peppino* muerto en la cárcel, riñe con sus cómplices por la división del botín de un robo al príncipe de Mirto y es asesinado. El proceso contra los asesinos termina con una sentencia blanda debido en parte a un testigo de descargo; menos de un año más tarde éste a su vez cae en la emboscada que le tiende el hermano del muerto, Francesco Paolo Varsalona, quien inmediatamente después huye y se vuelve prófugo de la justicia.[69] *S. Mauro Castelverde, 1894*. El campesino Mariano Farinella es asesinado por algunos miembros del clan Glorioso, acusados por él del robo de una vaca. El adolescente hijo de la víctima, Vincenzo, presencia el delito y después de muchas vacilaciones, "rompiendo el silencio" acostumbrado, se dirige a las autoridades. Sin embargo, el proceso termina con una absolución a la que sigue ineluctable la eliminación del "espía" (1899). Algunos meses después, tras un asalto nocturno a una casa de campo, tres de los presuntos asesinos de Farinella son masacrados, según los investigadores por obra de Antonio Farinella, hijo y hermano de los dos muertos. Otros dos Glorioso huyen entonces a América, pero al regresar a su pueblo, más de 14 años después, todavía encuentran esperándolos la venganza de Farinella y sus cuatro hermanos.[70]

Ambos casos se desarrollan en una secuencia clásica de saga bandidesca: el pariente muerto, la justicia negada, la guerra familiar. Pero la coincidencia entre mito y realidad no va más allá. Farinella se convertirá en un típico representante de la "alta mafia", arrendatario y alcalde, pero también *manutengolo* de Melchiorre Candino, el principal exponente del bandidismo *maurino*.[71] Varsalona continuará prófugo por más de 10 años, personificando lo que según el inspector Alongi es el viraje del bandidismo: el abandono del secuestro de personas y la aplicación al área interna de una estrategia de extorsión organizada aprendida de la mafia de la costa, con la creación de una red que incluye a bandidos, *campieri*, campesinos y propietarios, con la exacción de

> una nueva especie de sobretasa predial que permite a propietarios y *gabellotti* moverse libremente por los campos […] con la certeza de recuperar lo que les sea robado por delincuentes extraños a la banda, que son inexorablemente eliminados.[72]

En los casos de Varsalona y Farinella se ve claramente la contigüidad de los papeles de mafioso y bandido, la única diferencia entre los cuales es la orden de captura. Candino vive como prófugo más de 30 años, según la opinión pública tolerado "por servicios prestados a la Seguridad Pública"[73] y mantenido por "cheques de los feudatarios", y saldrá de esa condición en 1922 con el toque surrealista de una manifestación pública de simpatía de los notables de Gangi,

preocupados por el mantenimiento del orden en los campos después del retiro del “bandido” a la vida privada.[74] En este escenario siciliano estamos muy lejos de la figura del *primitive rebel*, del vengador de los abusos padecidos por los pobres por obra de los ricos y poderosos… De eso deben haberse dado cuenta también dos miembros de la banda Varsalona cuando proponen, “en un momento de ebriedad”, el secuestro de un tal G. G. (Guccione) que ha hecho expropiar al padre de uno de ellos; sin embargo, como se trata (como de costumbre) del “mayor y más generoso contribuyente de la asociación”, la idea es recibida por el capo de la banda en forma tan negativa que decreta una condena a muerte, ejecutada *ipso facto*, contra los gregarios imprudentes.[75] Frente al “*crescendo* impresionante del abigeato” alguien tendrá que *abandonar* “el cultivo de los campos y de los feudos”, lamenta el alcalde de Contessa Entellina, Nicolò Lo Jacono, cuya familia se encuentra expuesta a la presión del bandido Grisafi. Por lo demás, hay quien utiliza la relación positiva con el bandido para *entrar* en el mercado de los arrendamientos; así, Emanuele Coco, *capomafia* de Chiusa Sclafani, puede sustituir a los Lo Jacono.[76] Alrededor del prófugo encontramos siempre a los mismos personajes: el notable que opera como mediador hacia la sociedad pueblerina, el mafioso palermitano, los inspectores, los campesinos, los marginales[77]. También en la sección más baja de la escala social hay víctimas y usufructuarios de las empresas agrícolas, ganaderas, comerciales e incluso industriales[78] que el prófugo administra en el ámbito de la parentela y de la clientela.

Muchos funcionarios de Seguridad Pública van “repitiendo que la delincuencia [ha] alcanzado tal predominio que hace ineficaz cualquier procedimiento”.[79] Una empresa de Catania que construye una línea ferroviaria no logra evitar la fuga de sus trabajadores (siracusanos), “aterrados” por el asesinato de un técnico que trabaja con ellos y en general por los 12 hombres asesinados en un año en el territorio Prizzi-Palazzo Adriano; las autoridades tranquilamente observan que “en todo eso, teniendo en cuenta el ambiente, no hay nada de anormal”.[80] Por lo demás, quien quiera investigar protecciones y complicidades avanza por un terreno minado. Cutrera incurre en la desaprobación de los superiores dos veces: la primera, cuando intenta “atrapar” como *manutengolo* de Varsalona al joven barón Peppino Coffari de Cammarata; la segunda, cuando como estudioso destaca la impotencia de las autoridades.[81] El inspector a quien robaron una suma importante durante el asalto al “automóvil postal” Palermo-Camporeale teme que la situación pueda perpetuarse al infinito

> con las intrigas y los protegidos y garantizados por los diputados de Sicilia que están de acuerdo con la mafia y cuando es el día de la causa se imponen con amenazas a los jurados y consiguen sacarlos en libertad.[82]

Obviamente el sistema no es tan total ni tan estable: la protección, como siempre, tiene carácter clientelar, hay quien paga bajo presión y quien se resiste. Cada tanto, en forma de denuncia abierta o de carta anónima, las protestas llegan a las autoridades que movilizan las fuerzas en las zonas calientes: entonces se asiste a la fuga de los *manutengoli* de los pueblos del centro de la red, Cammarata y Castronovo en el caso de Varsalona, "aun antes de que las cuadrillas y los funcionarios lleguen a los puestos designados, prueba ésta espontánea y no solicitada del amplio proselitismo de la criminal asociación".[83] Las cuadrillas son grupos móviles que incluyen carabineros y agentes de Seguridad Pública y que con el tiempo pasan a sustituir al ejército en la vigilancia del territorio bajo la dirección de funcionarios capaces como los comisarios Cesare Mori y Augusto Battioni.

Muchos bandidos son capturados así, pero sobreviene la guerra mundial y la situación empeora por el regreso de ex presidiarios de Túnez y de los Estados Unidos y, sobre todo, por la reactivación del ciclo *evasor del servicio militarprófugo-bandido*.

> Más de la mitad de las tierras han quedado sin cultivar y entre nosotros miseria y rebelión y revolución son sinónimos. Agréguese que ya se da un inmenso recrudecimiento del abigeato y otros delitos en el campo. Y hay muchos millares de desertores que recorren el campo, entre 20 000 y 30 000, y que por ahora piden pan pero mañana estarán organizados en bandas armadas: el bandidismo clásico de los peores tiempos.[84]

El abigeato, en efecto, representa la principal ocupación de los prófugos viejos y nuevos: mientras los *campieri* permiten el paso de los rebaños a través de los feudos, los mafiosos falsifican la documentación necesaria para pasar los controles. La escasa disponibilidad de mano de obra y de capitales conduce al retroceso de la agricultura hacia la ganadería, debido también al elevado precio de la carne ligado a la demanda del ejército, la inflación y la abolición del impuesto a los cereales que sólo volverá a proponerse después de 1924. Se trata de la típica oscilación de la economía latifundista, que según el ciclo desplaza la inversión hacia el lado ganadero o hacia el agrícola. La legislación promulgada durante la guerra e inmediatamente después, al bloquear los arrendamientos, hace la gabela cada vez más apetecible para quien pueda evitar ser víctima del abigeato, o más bien hacer que esa y otras desgracias recaigan sobre sus competidores. "Un ex feudo gabelado por 11 000 liras rendía casi 150. Por lo tanto, era necesario imponerse a los propietarios para que concedieran en arrendamiento, a precios irrisorios, sus tierras, y era así la fortuna pronta, rapidísima, segura, la 'baronía'"[85].

La respuesta estatal da por descontada la carencia numérica de la "fuerza", que lleva a desguarnecer áreas estratégicas como el agro palermitano. En el interior

actúan las “cuadrillas para la prevención y represión del abigeato”, las cuales llevan a cabo el viraje esbozado en el periodo precedente. Las cuadrillas, formadas por siete u ocho hombres a caballo, se mueven de una provincia a otra sin regresar a sus bases sino raramente y sin confiar en refuerzos en caso de conflicto; táctica riesgosa, como se ve en octubre de 1916 cuando cerca de Contessa dos policías son asesinados mientras siguen a Grisafi. No hay que pensar en un retorno al periodo posunitario, con pueblos sitiados y represión ciega: las cuadrillas son un instrumento de la policía, se mueven dirigidas por un sistema informativo muy refinado gracias al cual Mori, entre Caltanissetta, Agrigento y Palermo, aniquila las bandas Carlino y Grillo y finalmente captura a Grisafi; alrededor de este último actúa una red que incluye a más de 375 *manutengoli*, entre los cuales 90 son de Caltabellotta, su pueblo natal.[86]

Al final de la guerra, la situación es grave. Al este, en Madonie, la disolución del reino de Candino deja espacio a sus adversarios, como el otro viejo prófugo Gaetano Ferrarello, a quien se unen su sobrino Salvatore Ferrarello, Nicolò Andaloro, los hermanos Dino, Onofrio Lisuzzo. El objetivo es siempre la creación de una red de *campieri* y de arrendatarios, la imposición fiscal sobre la propiedad a través de la falsificación de papeles, el robo de animales, el daño. Quien garantiza los acuerdos es el supermediador, barón Sgadari di Grangi, quien escribe a su cuñado Leonardo Signorino, atormentado por cartas de extorsión: “A título de transacción los he convencido de conformarse con 8 000 liras, mientras que por parte de ellos se mantienen firmes los compromisos asumidos en mi presencia”; sin embargo, el barón Pottino tiene que ceder a las exigencias de su *campiere*, que a la vez se declara consciente de que un pago anterior “habría debido dispensarlo de ulteriores tributos”. Andaloro escribe a Signorino que “yo le pido simplemente otras 10 000, y tenga cuidado de no dejarse engañar por *algún amigo fingido, que seguramente querrá gozar de la fiesta entre usted y yo*, porque le juro que le haré sentir mi fuerte indignación”.[87]

Aquí se hace referencia a diferencias intestinas entre los aspirantes a protectores, y, en efecto, el bandidismo gangitano, que en ciertos momentos actúa en forma concertada, atraviesa también fases de conflicto interno como la que en 1922 conduce al arresto del propio Andaloro por mano de Battioni, señalado por un soplo del amigo-enemigo Ferrarello. La reglamentación de las divergencias se hace más difícil que en los tiempos en que Candino y Varsalona habían encontrado un acuerdo practicable para el reparto de la provincia, uno al este y el otro al oeste; la oferta y los apetitos criminales se multiplican. Se inaugura en ese periodo la guerra familiar entre los Barbaccia y los Lorello por el control del bosque de la Ficuzza, punto de descanso de los rebaños robados entre Corleone y Palermo;[88] en el pequeño pueblo de Godrano, entre la primera y la segunda posguerra habrá 58 muertos por esa razón. Hay impresionantes incursiones en casas de campesinos, donde son fríamente masacradas familias enteras, mujeres y niños incluidos: como en Burgio y en Sclafani

en 1922 (siete y ocho muertos). ¿La causa? “El predominio en el campo de la mafia”[89].

La primera masacre se encuadra en una guerra familiar interminable iniciada a principios del siglo entre Lucca Sicula, Bivona y justamente Burgio, durante el cual una facción juró “la supresión *hasta de los gatos*” de la familia adversaria;[90] la segunda en el conflicto entre la banda Dino, que está en expansión de Gangi hacia el suroeste (Petralie, Polizzi, Alimena), y la “vieja mafia” dirigida por los Mogavero de Polizzi y los Sorce de Mussomeli, con los cuales se alía el otro grupo gangitano, capitaneado por Lisuzzo. Entre feroces represalias contra los respectivos *manutengoli*, pacificaciones fingidas, traiciones y rupturas entre hermanos, sería vano contraponer el bandidismo a una mafia de orden movida por el simple “sentido de autodefensa”, porque en ambas partes encontramos “desmesurada sed de enriquecimiento […] rapiñas, extorsiones, homicidios”;[91] en ambas la aspiración a un orden *propio*.

Menos dura es la confrontación que tiene lugar al oriente, hacia la región de Mistretta. Para los *gabellotti* y *campieri* locales, seguir a los abigeos significaría meterse “en tierras de Ferrarello”; es mejor recurrir a un mediador, pedirle que “le diga una palabra en Gangi” para tratar el precio del rescate y recuperar los animales.[92] Una gran cantidad de cartas de ese tenor aparece en el curso de dos cateos (1925 y 1926) realizados en el estudio del abogado Antonio Ortoleva de Mistretta, concejal del ayuntamiento, propietario, penalista que en los años 1901-1903 defendió con éxito a varios acusados de abigeato (entre ellos a uno de los Farinella). Las cartas muestran el papel de Ortoleva en el mecanismo abigeato-pago de rescate, en el condicionamiento de jurados, en la organización extorsionista de las gabelas; a veces los propietarios le pagan a él la “mordida” acordada con los prófugos. Aparecen instrucciones y noticias, en un código en verdad no muy claro, sobre delitos de sangre. Un ex secuaz del abogado denuncia que éste preside un tribunal de mafia activo desde 1913, que decide sobre los negocios pero también sobre la vida y la muerte, y, en efecto, sobre el denunciante recae la sanción capital.[93]

Es algo digno de notar que Ortoleva recibe cartas de la región de Mistretta y más en general de la provincia de Messina, de la parte oriental de la provincia de Palermo y también de la occidental, de las zonas de Caltanissetta y de Enna y hasta de la provincia de Catania. Esa ampliación de las redes mafiosas hacia la Sicilia oriental se realiza según una lógica de contigüidad territorial un poco distinta de la que conocemos a través de las vicisitudes de Bartolomeo Badalamenti en la no lejana Palagonia. Tomemos el caso de dos corresponsales del abogado, los hermanos Tusa, de Mistretta, que se ponen de acuerdo con él sobre el personal a emplear en un feudo previo conocimiento de la “voluntad de los amigos que se sabe”, que median entre un sacerdotepropietario y el bandido Salvatore Rapisarda de Adrano que quiere “protegerlo”.[94] Los Tusa y sus primos Seminara se mueven progresivamente hacia el sureste a lo largo de los senderos de los pastores trashumantes que de las montañas

de la región de Messina llevan los rebaños a invernar en Calatino: en 1906 los encontramos en Leonforte como administradores de los feudos del príncipe de Gangi, en la posguerra hasta cerca de Catania.[95] Por lo demás, en la zona interna de la provincia del Etna los *gabellotti* llegan habitualmente del este, trayendo consigo el habitual aparato compuesto de *campieri* "duros" y de buenas relaciones con los prófugos.[96] El *onorevole* Gesualdo Libertini afirma: "Es tradición de mi familia tener óptimos elementos de Mistretta como *campieri*":[97] tradición mantenida en 1926 cuando el mismo Libertini llama a los Tusa y a los Seminara a administrar el gran feudo de Mandrerosse en territorio de Ramacca, antes propiedad del municipio de Caltagirone y cedido por éste al notable gracias a la mediación de Luigi Sturzo, y confirmada en los años treinta y cuarenta cuando Sebastiano Tusa, el único de los hermanos no involucrado en la investigación,[98] continuará administrando la propiedad y al mismo tiempo actuando como delegado-alcalde en el recién nacido suburbio de Libertinia. Abierto el camino, un circuito opuesto puede conducir a los prófugos de la Sicilia oriental a buscar la protección de la mafia en Madonie: es la historia del contrabandista catanés Luigi Saitta que tendrá consecuencias importantes.[99] Menos pacífica es la expansión de *gabellotti* y *campieri* de Mistretta hacia zonas de vieja mafia: el barón catanés Giuseppe Camilleri, que desde 1913 les confía sus tierras de la comarca de Agrigento, después tiene que cambiar de política frente a la dura reacción proveniente de Canicattì.[100]

Tanto la amplitud de la red de relaciones como la calidad social de Ortoleva parecen alcanzar finalmente el nivel de la "alta mafia". Los protagonistas del proceso de 1928-1929 pensarán que han llegado a la "central" "interprovincial" de la isla. Esto es parte del alegato de Angelo Abisso, diputado agrigentino y representante del ministerio público:

> Como la mafia es un Estado dentro del Estado, tiene necesidad de una persona decorativa que, casi como un ministro plenipotenciario, la represente en las relaciones diplomáticas con el otro Estado. El licenciado Ortoleva […] logra participar en las luchas políticas y determinar sus resultados, entrar en contacto con las autoridades del Estado y dominarlas, introducirse subrepticiamente en la administración de la justicia y desviarla. La toga del defensor servía óptimamente para cubrir las sombrías intrigas y las turbias relaciones.[101]

En verdad, el papel del embajador no corresponde al del capo, y es necesario partir de esa diferencia para comprender cómo súbitamente se nos propone como capital de la mafia Mistretta, pueblo antes escasamente interesado por el fenómeno mafioso, donde tradicionalmente "la arrogancia del poder […] no necesitaba

instrumentos específicos que no fuesen su bien aceitado mecanismo de autorreproducción y cooptación”.[102]

Yo distinguiría dos niveles. El primero es el de la red de relaciones en la que Ortoleva actúa como mediador para la recuperación de animales robados, tan amplia como el radio de movimiento de los rebaños, de los *campieri* y de los *gabellotti*. Después, en el espacio más restringido de la zona de Mistretta, hay un conjunto cuya mutación posbélica, de la esfera clientelar a la delincuencial, no se puede interpretar sobre la base de una lógica evolutiva totalmente interna, sino a la luz de un impulso procedente de Madonie, que en las zonas limítrofes provoca reagrupamientos de los sistemas territoriales para que los propietarios y los intermediarios puedan chocar o negociar.[103] En otros aspectos, la evolución de Contessa, reconstruida por Blok sobre las actas procesales de 1929, indica un proceso análogo, la marginación violenta de la *cosca* local dirigida por la familia Gassisi por obra del grupo Cascio-Ferro colocado en el eje Burgio-Bisacquino-Corleone. En contra de la evidencia resultante de su propio trabajo, el antropólogo holandés insiste, por lo demás, en que es preciso atender casi exclusivamente a la dimensión municipal:

> No existe un término local para indicar un conjunto de mafiosos en áreas más extensas que la comunidad. Cada pueblo o centro urbano tenía su propia *cosca*. Sus miembros actuaban en un territorio distinto y limitado que generalmente coincidía con el municipio […] La *cosca* local era una pequeña unidad relativamente autónoma.[104]

En cambio, es precisamente en esta fase histórica que la idea de la *cosca* como sistema pueblerino cerrado, ya poco realista con referencia al siglo XIX, se vuelve errónea.

4. La primera posguerra

La primera posguerra vive las extraordinarias transformaciones de la representación proporcional (1919), en la que culmina el efecto del sufragio universal masculino (1913), del regreso a casa de centenares de miles de hombres decididos a obtener una vida mejor, de la lucha por la tierra. Estamos en el penúltimo acto de la secular crisis/transformación de la economía latifundista, y además se combinan con ella factores coyunturales como el retroceso de la agricultura cerealera al pastoreo, que resulta inaceptable para los movimientos campesinos y que es la causa a la que responden las ocupaciones, las insurrecciones campesinas, los pedidos de intervención de la Obra Nacional de Combatientes (ONC), los proyectos de reforma agraria. El proceso desemboca en una movilización del mercado de las tierras que durará hasta el viraje deflacionista de la segunda mitad de los años veinte: se venden

y se dividen 341 feudos por un total de 139 802 hectáreas, 51 971 por negociaciones directas, 45 346 a través de particulares y 41 482 mediante cooperativas.[105] Las dos últimas categorías indican que para alcanzar ese resultado el impulso campesino necesita en muchos casos de intermediarios, individuales o colectivos: cooperativas, cajas rurales, sociedades "de obreros", todas articulaciones de los partidos pueblerinos. Es el contexto el que define el eventual componente mafioso. Son significativos —aunque aislados— los ejemplos de la Sicilia oriental: Palagonia, donde Bartolomeo Badalamenti controla la división del feudo; Adrano, donde un ex presidiario de regreso de América asume el cargo de alcalde insertándose en la Caja Rural Católica y en las operaciones de lotificación.[106] Ortoleva participa en las distribuciones de terrenos públicos de 1921-1922,[107] pero sería difícil definirlo mafioso por eso, si no conociéramos su acción en el campo del abigeato, de la extorsión, de las relaciones con los prófugos.

En Ribera existen dos facciones. Una es encabezada por el farmacéutico Liborio Friscia, tío del diputado combatientista Abisso; la otra por el *onorevole* Antonino Parlapiano-Vella, clerical-moderado, así como por su hermano Gaetano, alcalde del pueblo. En el verano de 1919 la cooperativa Cesare Battisti, dirigida por Friscia, se dirige a la ONC pidiendo para sus 800 socios el arrendamiento del latifundio que se extiende sobre más de la mitad del territorio municipal, perteneciente a don Eristano Álvarez de Toledo, duque de Bivona, senador y grande de España. Algo preocupado, don Eristano llega al pueblo que nunca había visitado antes, con la idea de venderle todo a los Parlapiano; pero los combatientes secuestran al duque por tres días (26-28 de enero de 1920) en el palacio ancestral, y sometiéndolo a enérgicas presiones lo obligan a arrendar sus tierras a la cooperativa. Sin embargo, su excelencia, apenas liberado, hace de la violencia sufrida a manos de los "bolcheviques" de Ribera un incidente internacional.[108] Así, los Parlapiano compran el latifundio, que arriendan a tres cooperativas constituidas para ese fin por *campieri* "pertenecientes a la mafia local", quienes a su vez las subarriendan, "a precios muy altos", a otros socios de las mismas cooperativas, mientras, por otra parte, preparan la venta entre los adherentes a su clientela.[109]

En este caso son los latifundistas los que quieren vender, de acuerdo con los intermediarios político-financieros. Es distinto el caso del feudo Polizzello de Mussomeli, perteneciente a la familia de los príncipes de Trabia. Allí las cooperativas Combattenti y Pastorizia piden inicialmente la intervención de la ONC para la expropiación, pero frente a la reacción de los Trabia se avienen a manejar un *statu quo* que garantice el papel de las entidades intermediarias en las que con mucha frecuencia los propios socios representan una élite que después administra los subarrendamientos. En esa actividad se forma Giuseppe Genco Russo, considerado como el *alter ego* de Calogero Vizzini, con quien en efecto está ligado por vínculos de compadrazgo; miembros de la familia Genco son *campieri* en las fincas de don Calò. Sin embargo, la figura de Genco Russo muestra una caracterización criminal

más clara, se cruza con la justicia con frecuencia, sobre todo a causa del sangriento conflicto con los varios grupos (también enfrentados entre ellos) de la familia Sorce, empeñada en contener a la banda gangitana de los Dino.[110] Tomemos ahora el caso de Villalba. Allí la cooperativa combatientista ocupa el feudo Belici y pide, por el momento, que le sea arrendado. Desde 1909 la propiedad ha pasado a Matteo Guccione en persona, nuevo latifundista que igual que los antiguos no tiene ninguna simpatía por las cooperativas, las comisiones provinciales para tierras incultas y las entidades expropiadoras como la ONC. Gracias una vez más a la mediación de Calogero Vizzini, los combatientes son hechos a un lado y se estipula un acuerdo de compraventa con la cooperativa católica; cuando ésta no logra cumplir los términos previstos, el mismo don Calò convence a Guccione de no ceder.[111] ¿Se trata de un acuerdo entre hombres de honor decididos a no perder un gran negocio? ¿O es un ajuste de cuentas entre dos generaciones? Considerando que en ese mismo periodo Guccione es obligado “con medios tramposos” a aceptar a Giuseppe Sorce como socio en otra propiedad suya,[112] podemos considerar emblemático el cambio de la guardia del feudo Belici, del que Vizzini sacará para sí las mejores tierras, así como autoridad y fama entre sus conciudadanos, más allá de los aspectos algo sucios de la compleja transacción.

La comparación entre Mussomeli, Villalba y Ribera es esclarecedora. Genco Russo sigue siendo por el momento el intermediario entre el príncipe y la comunidad. Vizzini, en cambio, ya tiene, tanto como los Parlapiano, la capacidad política y financiera necesaria para conducir toda la operación de compraventa. Se trata de “un hombre rico, poderoso, temido”, de un “caballero varias veces millonario” que posee “grandes extensiones incluso fuera de la provincia”,[113] dedicado a la gestión (*gabela*, también en este caso) y la adquisición de azufreras; aunque, igual que otros “industriales” del azufre de la misma región, será arruinado por la crisis. Sin embargo, en esas circunstancias él demuestra su estatura: obtiene grandes préstamos del Banco de Sicilia, debate sobre el futuro del consorcio azufrero, participa en Londres en las negociaciones para crear un cártel internacional del azufre (1922) junto a personajes del calibre de Donegani, fundador de la empresa Montecatini, o Jung, futuro ministro de Hacienda.[114]

En este aspecto, Vizzini no corresponde al estereotipo del tío del campo que nunca salió del pueblo, del notable interesado en el estatus y no en la ganancia, sobre el cual se modela la imagen de la mafia *tradicional* y *protectora*, y si el primer rasgo es falso —puesto que nos hallamos frente a evidentes discontinuidades históricas—, el de la “tutela” comunitaria parece efectivamente relevante. Vizzini, Ortoleva y Genco Russo muestran cómo en esa fase histórica la figura del mafioso se aproxima a la del notable que, con fraseología progresista, pero con intenciones negociantesclientelares, se monta en los procesos de democratización y los utiliza en beneficio propio.

Y *progresistas* son los grupos que obtienen los mayores consensos en las elecciones de 1919 y 1921: la galaxia combatientista que se expande en el escenario isleño; los radicales, los socialreformistas, los demosociales. El nuevo partido popular, o bien católico, se inscribe tanto como cualquier otro (¿o más?) en ese flujo político-delincuencial, como ya hemos visto en los casos de los Parlapiano y de Vizzini y como se ve también en otros. Los Gassisi de Contessa Entellina apoyan a Giovanni Lo Monte, propietario de Mezzojuso y "capo político de la mafia", oponiéndose al latifundista local Antonio Pecoraro apoyado por el grupo Cascio-Ferro y por el citado Coco, que tiene con él antiguas relaciones de clientela. Este cuadro parecería el modelo tradicional de relación entre clases dirigentes y facinerosos, si el propio Pecoraro no fuese el proponente de uno de los proyectos de reforma agraria (!) así como el representante de un partido *nuevo;* el sangriento choque que ve caer a algunos miembros de la familia Gassisi-Lo Voi se debe a la ley de representación proporcional y a la ampliación de los colegios a escala provincial, lo que, según la línea evolutiva más general de la posguerra, aumenta los territorios de influencia (y en consecuencia los espacios de conflicto) de los grupos mafiosos. Cada vez más raras se hacen las votaciones plebiscitarias y la tranquila mediación del notable elegido entre *todos* los intereses presentes en el colegio, según el modelo del sistema uninominal que muchos años más tarde el mayor político siciliano del periodo, Vittorio Emanuele Orlando, evocará no sin nostalgia:

> Ahora si esa unanimidad de sentimientos y de votos incluyera elementos calificables como mafia, no por eso disminuiría la solidaridad que me une a aquella gente, aun cuando por eso debiera pasar yo mismo por mafioso.**[115]**

Al mismo Orlando se debe la enésima distinción entre una mafia "mala", por delincuencial, y una mafia "buena", expresión de honor y de fidelidad: "¡Mafioso me declaro y contento de serlo!", declara en un célebre discurso de 1925,**[116]** evocando las palabras pronunciadas por Morana en 1875. En ambos casos la paradójica declaración de orgullo sicilianista viene de una clase dirigente en lucha, entonces con las leyes de Seguridad Pública, ahora con el fascismo. Sin embargo, la gradual aclaración del concepto de mafia en los 50 años transcurridos, y en particular el arreciar de la violencia en la posguerra, hacen mucho más evidente la seña amistosa hacia la esfera delincuencial que representa en parte la "unanimidad de sentimientos" con que se elige a un diputado en Partinico. La clase dirigente está tan involucrada en el mecanismo que parece incapaz de percibir su peligrosidad: el joven diputado católico de Gela, Salvatore Aldisio, futuro dirigente democristiano, defiende una presunta libertad polemizando contra la decisión gubernamental de retirar el permiso de portar armas, que según sus palabras "suena a ofensa" al "pueblo siciliano" y provoca un "perjuicio económico" (!?) sólo con el objeto de acreditar "viejas

leyendas”.[117] Y, sin embargo, lo que ocurre en este periodo en su propio colegio debería provocar a Aldisio algunas dudas: los 109 muertos asesinados de Canicattì sólo en 1919; las batallas cotidianas en Sommatino donde grupos opuestos de azufreros se enfrentan con bombas y tiros en pleno centro y todas las noches van a reaprovisionarse de municiones en la armería del pueblo…[118]

En la vertiente fascista la situación no parece ser mejor. Como telegrafía en 1925 el prefecto de Palermo:

> El fascismo aquí consiste en grupos existentes en cada municipio […] Cada sección asume en su propio municipio actitudes particulares según el predominio en las administraciones municipales o según sus vinculaciones con elementos de mafia o lazos personales con situaciones pasadas.[119]

En 1924, fascista es Ortoleva; en Gangi los barones Sgadari y Li Destri dirigen una administración municipal que la policía define como “fascista-mafiosa”;[120] hacia el fascismo se orientan el grupo de Cascio-Ferro en Bisacquino y el del discutido alcalde de S. Giuseppe Jato, Santo Términi. En muchos casos los mafiosos mantienen su apoyo a los notables que “acompañan” al gobierno de Mussolini: así los Farinella que fundan el *fascio* en S. Mauro pero apoyan a Lo Monte; así Ciccio Cuccia, alcalde de Piana degli Albanesi, anteriormente acusado de una variedad de crímenes entre los cuales hay varios homicidios.[121] En una orgía de transformaciones sin precedentes, los notables grandes y pequeños intentan saltar al carro de los fascistas en busca de consensos que oponer a Finocchiaro Aprile y a Orlando, que sólo en 1925 pasó a la oposición. El caso Lo Monte demuestra que se embarcan personajes muy descalificados. Entre los pocos hombres nuevos Alfredo Cucco, el “pequeño *duce*” palermitano que se jacta de sus relaciones con el cirujano de Bagheria, Giuseppe Cirincione, a quien alguien definirá como “temido y tremendo capo, desde hace 30 años, de la mafia palermitana”.[122]

Como se ve, *el* jefe “político” de la mafia es identificado demasiadas veces para que la identificación resulte creíble. Sin embargo, eso mismo evidencia la conexión entre el sistema político y la criminalidad, las invasiones recíprocas entre una y otra esfera. Obsérvese el tono de la apelación desesperada al procurador del rey de un hombre destinado a ser asesinado:

> Pero si es verdad lo que asegura Pietro Palazzolo, o sea que él es el amo no solamente de Gangi sino de toda Italia porque todos son súbditos suyos empezando por los ministros hasta el último policía, si esta desgracia existe en Italia como casi me parece, entonces discúlpeme por haberlo molestado.[123]

La arrogante afirmación de Palazzolo, lugarteniente de Ferrarello, corresponde al sentido común de los mafiosos y de las personas decentes, y por eso abre el camino al reinicio de la polémica antidemocrática fascista. Eso permite a un movimiento ampliamente contaminado por presencias notables recuperar una fisonomía propia: si la mafia se vincula al “parlamentarismo”, será preciso actuar contra la mafia para superar la debilidad y la escasa fuerza de atracción del fascismo isleño. El secretario del *fascio* de Alcamo escribe:

> Si se quiere salvar a Sicilia es necesario romper ese extraño tipo de organización que es la mafia; si el fascismo quiere llegar a ser benemérito en Sicilia, debe resolver este problema, y entonces podrá estar seguro de plantar en la isla tiendas aún más sólidas que las alzadas en el septentrión derrotando al bolchevismo.[124]

El péndulo de la antimafia vuelve hacia la derecha, como en el periodo posterior al *Risorgimento*. Durante su viaje a la isla en mayo de 1924, Mussolini identifica en esa lucha el banco de prueba del Estado “regenerado”, evitando, con feliz intuición política, la peligrosa identificación de la mafia con Sicilia: “No se debe tolerar más que pocos centenares de malvivientes dominen, atormenten y perjudiquen a una población magnífica como la vuestra”.[125] El 23 de octubre de 1925 Cesare Mori es nombrado prefecto de Palermo, con poderes amplísimos.[126]

Estamos en el punto de cambio. Mori ciertamente no es un fascista; lejos de ello, es el prefecto que, nombrado por Nitti, en 1921 enfrentó a las escuadras en Bolonia ganándose el odio eterno de los extremistas. Darle el cargo a él significa retomar los hilos de la acción estatal del periodo bélico, apostando como entonces a la unidad del comando y a la movilidad de las fuerzas sobre toda la parte occidental de la isla. Un hombre capaz de matar personalmente a un bandido y escribir un libro (aunque sea atroz)[127] representa una buena inversión para un gobierno en busca de efectos propagandísticos. La experiencia de Mori, por lo demás, no se limita a eso. En 1920, en Trápani, supo encontrar una posición de equilibrio apoyando al movimiento campesino pero manteniendo el orden a modo de ganarse el aplauso de los propietarios[128]. Ya antes había combatido a la facción antigiolittiana de Nunzio Nasi con energía suficiente para suscitar el dicho: “Ver Trápani y después morir”:[129] lucha contra la criminalidad y al mismo tiempo contra los adversos al gobierno, similar a la que Mussolini le propone en una escala enormemente mayor. Y hay un aspecto personal: en 1925 Mori es visto como “el hombrecillo que con medios insuficientes tuvo a la mafia casi en un puño por varios meses, hasta que un diputado consiguió hacerlo trasladar”:[130] del mismo modo que otros técnicos del tiempo de Nitti, como Serpieri o Beneduce, Mori ve en el totalitarismo la posibilidad de alcanzar resultados escapando por fin a las trampas de la democracia.

En esa perspectiva, la acción de un prefecto debe ser “no una campaña de policía en más o menos gran estilo, sino insurrección de conciencias, revuelta de espíritus, acción de pueblo”.[131] Frente al riesgo de impopularidad de la represión, a posibles reacciones de tipo sicilianista, Mori está siempre atento a buscar puntos de contacto, un código de comunicación con la cultura verdadera o presunta de las masas. Para él, como para Pitrè, existe una *omertà* buena que corresponde al concepto de virilidad, cuyos valores honoríficos deben ser considerados como valores nacionales y fascistas; se trata sólo de eliminar de ella la contaminación delincuencial.

> La *omertà* tiene en sí misma los medios específicos para combatir sus propias degeneraciones. Por lo tanto, recurre —esto es lo que quiero decir— al orgullo para reaccionar ante la prepotencia; a la valentía para reaccionar ante el delito; a la fuerza para reaccionar ante la fuerza; al mosquete para reaccionar ante el mosquete.[132]

Obsérvese el *crescendo* hasta las ecuaciones finales, en las que la fuerza representa un valor en sí, independientemente de la finalidad que persiga: lo que Mori cree haber comprendido de los códigos culturales sicilianos se parece mucho, demasiado, a lo que cree el fascismo. “La fuerza que defiende la producción”, se lee en la insignia que el prefecto prende *individualmente* sobre el pecho de los *campieri,* porque con los sicilianos es necesario el contacto personal. Es interesante el intercambio de frases que se verifica en tales ocasiones. Mori: “¿Y si viéndote con esta insignia te llaman esbirro?” *Campiere:* “Vuecencia debe excusarme pero en tal caso yo disparo”, el prefecto queda satisfecho *(“bravo”)*,[133] ya que evidentemente no está interesado en el concepto de legalidad sino solamente en la recuperación de una fidelidad y una fuerza. Todo esto en mítines oceánicos durante los cuales resuena infaltable el llamado a la autodefensa individual y social, la exaltación de la valentía de los que no ceden, propietarios o campesinos, y empuñan las armas tal como en su momento “desafiaron las ametralladoras austriacas”.[134] Mori elogia el ejemplar comportamiento en la guerra de mafiosos patriotas aunque corruptos; tesis algo risible si se piensa en la relación entre bandidismo y evasión del servicio militar, pero funcional a la idea de una comunidad itálica que subsiste más allá de cualquier contingencia. Es lícito preguntarnos hasta qué punto la retórica prefectural crea un consenso real en la opinión burguesa, mientras que yo tendería a excluir que conmueva a los *campieri* paramafiosos. *Mutatis mutandis*, el lombardo Mori recuerda al toscano Fanfani que frente a la campaña contra el divorcio evocará (inútilmente) a los ciudadanos de Caltanissetta el riesgo de los cuernos con el objeto de instrumentalizar su miedo a la libertad sexual femenina.

El año 1926 es el de las grandes redadas, cada una de las cuales conduce a centenares de arrestos para un total que en 1928 debería ascender a 11 000 personas en la cárcel, 5 000 de ellas de la provincia de Palermo.[135] Empieza por Gangi,

continúa hacia Mistretta, Bagheria, Misilmeri, los suburbios de Palermo, Monreale, Corleone, Partinico; después sigue hacia la región de Agrigento y Caltanissetta y hacia el oriente, hasta rozar a través de la comarca de Enna la zona de Caltagirone y al occidente la zona del Etna. En esa fase se utiliza un gran núcleo de fuerza, que se desplaza de pueblo en pueblo: sobre Bagheria, por ejemplo, convergen 800 carabineros, divisiones de la policía y agentes de Seguridad Pública que arrestan a 300 personas.[136] Bastante compleja es la operación en la Conca d'oro contra los dos grupos de los Sparacino y los Gentile, cuya guerra intestina en 1923-1924 había causado 46 homicidios o intentos de homicidio, porque muchos de los buscados se refugian en sofisticados escondites subterráneos. Lo mismo ocurre también en Gangi, ocupada militarmente en enero de 1926 en beneficio de la opinión pública internacional, nacional y local. Es el prefecto quien quiere tan aplastante victoria, y no la rendición acordada ya desde diciembre de 1925 entre el comisario Spanò y las bandas Ferrarello-Andaloro con la decisiva mediación del barón Sgadari.[137]

Para realizar la reconquista de los valores folclóricos, el Estado debe ganarse el “respeto” mostrándose más mafioso que los mafiosos, desde el duro discurso que Mori pronuncia en la plaza de Gangi ante una multitud atónita por el arresto de 450 personas, entre las cuales hay 300 “favorecedores”.[138] De ahí los inútiles despliegues de fuerzas, las negociaciones fingidas que preceden a la traición en que se complace, las truculentas amenazas de represalias universales contra los prófugos a través del sacrificio público de todos sus animales, la venta de sus bienes, la deportación de sus familias y, veladamente, la violencia contra sus mujeres. Extraño tipo de propaganda, cuyo recuerdo durará hasta muchos años después: ante el arresto de su madre y su hermana, Salvatore Giuliano afirmará que no quiere imitar a “esos miserables de los mafiosos de 1926” que frente a tales métodos se rindieron sin combatir.[139] La captura de 213 mujeres y niños que impulsa a rendirse a 35 prófugos de los campos palermitanos no representa “un paseo”,[140] sino una operación terrorista; por otra parte, para Mori-Javert los parientes sólo pueden ser inocentes “en sentido relativo”. Una antropóloga estadunidense que estuvo en Sicilia en esos años nos describe a los habitantes de Milocca llevados a pie por los carabineros, junto con sus rebaños y (además) las familias de los que habían logrado escapar, hacia Mussomeli: más de 100 de los 2 500 habitantes permanecerán en la cárcel.[141] Uno de ellos, un campesino absuelto después de cuatro años de detención, relata el terrible episodio:

En mil novecientos veintiocho
el siete de enero fue el hecho.
Dormían todos como lirios en el huerto
durante la noche se hizo el arresto.
El arresto empezó en Mussomeli,
en dos horas quedó terminado.

Uno grita “hijo”, otro grita “mujer”,
uno grita quién sabe quién fue el traidor.[142]

5. CON LA MAFIA *AI FERRI CORTI*

A fines de 1926 Mori envió a Roma un voluminoso expediente sobre ilícitos cometidos por Cucco, número uno del fascismo palermitano; en enero siguiente la federación del partido fue disuelta y el “pequeño *duce*” acabó procesado tras una fulminante autorización parlamentaria. Otro escándalo, al año siguiente, afectó al diputado Antonino Di Giorgio, ex ministro de un gobierno de Mussolini y comandante brillante en los frentes de la Gran Guerra. Dio la impresión de que se había llegado a la “alta mafia”: ¿acaso el *duce* no había ordenado golpear “arriba y abajo”? Di Giorgio fue involucrado por las indagaciones de Spanò entre su electorado de Caronie,[143] y aun cuando no se le probó ni se le encontró ni sombra de alguna responsabilidad, tuvo que retirarse a la vida privada. También Cucco había estrechado vínculos electorales comprometedores, pero las acusaciones contra él no configuraban delitos de mafia, sino irregularidades administrativas y profesionales, abusos de poder, de los que en todo caso resultó absuelto después de 11 juicios. Una sentencia emplea el término *conjura*, reflejando una sensación ampliamente difundida.[144]

Toda esta historia se desarrolló mucho más en la vertiente política que en la policial de la operación Mori. A mediados de los años veinte el fascismo liquidó a los acompañantes liberales que habían hecho posible su victoria. Después se pasó al ataque contra las posiciones de los notables dentro del partido, destinado a convertirse en el gris aparato propagandístico de un régimen hipercentralizador en el cual los juegos se resolvían siempre dentro de círculos restringidos y en confrontación con los poderes “fuertes”: la Iglesia, la monarquía, las burocracias estatales y otras, la Confederación de Industrias. En la periferia los prefectos fueron alentados a tutelar al Partido Nacional Fascista y fueron apoyados en sus frecuentes conflictos con los federales; en toda Sicilia, quizás en toda Italia, la eliminación de personajes incómodos sólo por ser autónomos fue motivada por cuestiones de presunta inmoralidad o por negocios.[145] En Palermo la acusación fue de mafia.

> La calificación de mafioso […] fue usada frecuentemente con perfecta mala fe y en cualquier campo, incluyendo el político, como medio para realizar venganzas, para desahogar rencores, para abatir adversarios.[146]

Es Mori el que habla, y es él mismo quien cínicamente aplica el concepto. El prefecto sabe muy bien quién le proporciona los elementos para la construcción del

expediente contra Cucco: Roberto Paternostro, abogado de muchos mafiosos, dirigente en desgracia del *fascio* que ya algunos años antes había expresado las preocupaciones de Palermo frente a la hipotética llegada de Mori; un “Movimiento Italiano Imperio y Trabajo” formado en gran parte por ex presidiarios, que se hace notar por su apología de la mafia como presunto “sindicalismo” a través del cual los campesinos “arrancaban por la fuerza […] a los señorones y feudatarios locales los medios de sobrevivir”, y finalmente el supercomprometido diputado Lo Monte.[147] Por lo demás, sólo Paternostro volverá a estar por un momento en la cresta de la ola. Los otros desaparecerán junto con los “juegos de papel” de la libertad política. Los vencedores son otros. La liquidación del personal político impulsada por el fascismo lleva a una verdadera revancha agraria de la que la operación Mori es sólo un elemento. “Apuntó demasiado alto y fue redimensionado”,[148] escribe sobre Cucco Tina Whitaker, intérprete de estratos dominantes que no creen en las acusaciones pero que desean un sólido control del partido por el Estado, preocupados por la negativa de Cucco y sus similares a hacer del fascismo una mera reedición del moderatismo, por las amenazas de nuevas “Vísperas” revolucionarias contra el latifundio. En la descripción de Cucco, el Mori de 1927 es un hombre “en pleno frenesí aristocrático”, que “pasa de un salón a otro, de una recepción a una fiesta”, “embriagado” del gran mundo[149] y dispuesto a valorizarlo poniendo a la cabeza del Partido Nacional Fascista al marqués Paternò de Spedalotto y al duque de Belsito. En ese terreno, mucho más que en el propagandístico de la reconquista de los valores folclóricos, se construye la relación entre fascismo y Sicilia que quiere ser una relación directa, sin intermediarios, entre Estado y clases sociales. Los intermediarios por excelencia son los *gabellotti parásitos;* mientras que a los *productores*, es decir, los propietarios, Mori los absuelve en cuanto víctimas de un Estado de necesidad.[150]

Es lícito preguntarse hasta qué punto esas distinciones tan nítidas corresponden a las actas de los grandes procesos por asociación para delinquir, que desde 1927 se suceden involucrando a centenares de imputados hasta un máximo de 450 para la *asociación* de Casteltermini. En las crónicas judiciales las partes oscilan ambiguamente entre la figura de la víctima y la del cómplice: la extorsión termina por transformarse en protección o incluso en sociedad para la gabela o la empresa ganadera; se dan casos en que los abigeos, para devolver los animales robados, piden y obtienen no dinero sino robos de otros animales. En general, quien quiere mantener sus posiciones en la guerra tiene que utilizar los mismos medios que el adversario: eso sería el Estado de necesidad, que, sin embargo, se podría aplicar a muchas de las personas, de distinto nivel, involucradas, condenadas o absueltas.

Tomemos a Giuseppe Ortoleva, hermano de Antonio, acusado de extorsión en contra del sacerdote-*gabellotto* Filadelfio Versaci, ex alcalde de San Fratello.[151] Según Ortoleva, fue Versaci, amenazado por el bandido Russo, quien le pidió “que encargara a alguno de sus *campieri* que arreglara la cosa”, hasta que llegaron a la exigencia de 8 000 liras, que el mediador por su autoridad rebajó a 4 000 anticipando

la suma de su bolsillo. Sin embargo, Russo no está contento y empieza a hacer blanco a Versaci de robos de animales que los mismos *campieri* investigan: así se desembolsan otras 3 000 liras, pero los animales no regresan porque mientras tanto el bandido se mata (!?). Como se ve, la defensa y la acusación se parecen como dos gotas de agua. Este otro Ortoleva admite ser jefe de un aparato militar que trata con los prófugos de una zona y, al parecer, también de otras; ejerce un papel de mediador del que puede obtener frutos en dinero o solamente en capacidad de control que *después* podrá convertir en dinero a través del ejercicio de la gabela. El discurso se complica si introducimos, como quiere el realismo, la variable autónoma de los *campieri* y de la deducción que ellos pueden efectuar: o bien de la ventaja con respecto a sus competidores que Versaci obtendrá de su eventual incorporación a la cadena Ortoleva-*campieri*-Russo. Incluso el ritual de las cartas de chantaje intenta crear complicidad entre las partes contrapuestas, destacar la informalidad de la relación de mediación, ocultar desde el punto de vista judicial y también desde el ideológico la realidad de “industrias” bien organizadas. El chantajista invita a dirigirse para las negociaciones a “personas de confianza” del chantajeado, quien debe hurgar entre sus relaciones como lo hace el comerciante messinés amenazado por bandidos, que a fuerza de buscar entre sus propios clientes de Gangi encuentra quien le responde que “las personas existen, y no es justo, o más bien no es nada prudente, dejarlas insatisfechas, es necesario proceder de inmediato, y mi persona está totalmente a su disposición”.**[152]**

Ésa es la “sociedad de los mafiosos activa, operante”, que, según el procurador general de Palermo, Luigi Giampietro, representa “por sí misma una asociación para delinquir”,**[153]** sin necesidad del comportamiento criminal de ninguno de sus miembros. En los dos procesos en que Calogero Vizzini es acusado como jefe de asociación es difícil comprender no sólo el grado de culpabilidad del imputado sino incluso la razón de la imputación misma, que acaba por reducirse al hecho de que los delitos han sido cometidos por destajistas de su mina y *campieri* de su latifundio, por lo tanto en relación con una red de negocios de la que ni siquiera se esboza una función delincuencial.**[154]** La acusación de asociación, aplicada con facilidad a grandes *gabellotti* y míseros campesinos, nunca cae en cambio sobre los latifundistas, ni siquiera cuando se sospecha su conexión con delitos de sangre: un ejemplo típico es el de Pecoraro, involucrado por muchos testigos en el proceso de Burgio contra Cascio-Ferro y compañía pero que no figura entre los acusados. El *Giornale di Sicilia* llega a censurar, en la carta del moribundo Gioachino Lo Voi, que representa el principal sostén de la acusación, el trozo referente al latifundista “que es católico y protege a todos los delincuentes. Sus defensores matan a todo el mundo, roban todo el tiempo y ese desgraciado los protege porque quiere llegar a ser diputado. ¡Maldito tramposo!”**[155]** Aún más escandalosos son los casos de Gangi. En el curso de las negociaciones con Spanò, Salvatore Ferrarello pregunta ingenuamente (o quizás maliciosamente): “Si nosotros nos entregáramos, ¿quién garantizaría la tranquilidad

en el campo?”;[156] orden mantenido en favor de personajes como el barón Sgadari que por tantos años ha encubierto a los prófugos garantizando sus transacciones financieras, mediando con la autoridad social y con la autoridad política, hasta tratar su rendición contra (falsas) promesas de impunidad, de ahí los estruendosos anuncios de propósitos de represalia en las salas del proceso de Términi. Y, sin embargo, el mismo bandido, tras escapar de su prisión perpetua durante la siguiente guerra mundial, renunciará a la venganza. “¿No han oído hablar de Ferrarello?”, pregunta Vizzini a Montanelli ilustrándole las virtudes de la mediación mafiosa. “Había empezado como Giuliano y terminó como canónigo. Incluso cuando salió de la cárcel renunció a matar al barón Sgadari, que lo había mandado allá. Alguien ajustaría el asunto más tarde”[157]. Por lo tanto, se justifica el estupor del embajador inglés Graham al ver a Sgadari, a quien considera un “supercapo” de la mafia, entre los corifeos de Mori, elevado al cargo de *podestà;*[158] justamente en Gangi tenemos uno de los casos de mayor continuidad del poder local de esas décadas alrededor de las familias de los “ricones” (Li Destri, Sgadari, Mocciato) que cometen “infamias” estigmatizadas en 1937 por el carabinero a caballo Francesco Cardenti:

> El barón Li Destri en tiempos de la mafia se apoyaba mucho en los bandidos que ahora están encarcelados en Portolongone (Elba); si alguno pasaba por su propiedad, como es celosísimo, decía: “No vuelvas a pasar por mi terreno porque de lo contrario te hago sacar de la circulación”; ahora que los tiempos han cambiado y es amigo de las autoridades […] dice: “No pases más por mi terreno porque de lo contrario te hago confinar”.[159]

Aquí, no sin fundamento, los bandidos y el confinamiento aparecen como instrumentos intercambiables; es imposible sustraer al poder de clase la íntima conexión con el poder mafioso.

Veamos un episodio ocurrido en la Conca d’oro *después* de la gran redada de abril-mayo de 1926. En junio de 1927 Giuseppe Carella es asesinado en Villa Adriana, residencia del barón Luigi Bordonaro di Gebbiarossa.[160] El reo confeso es Salvatore Sciacca, hijo, quien sostiene que mató durante una reyerta mientras que las investigaciones revelan la cuidadosa preparación de una emboscada, poniendo de manifiesto una trama de diferencias entre Carella y la familia Sciacca. Como mandante es acusado Salvatore Sciacca, padre, alias *Cola Innusa*, cuidador desde 30 años antes de la villa, que puede ser considerada como un feudo de familia: en efecto, antes que él había ocupado el puesto el suegro de Sciacca padre, aquel Giuseppe Biondo a quien ya encontramos como alto personaje de la cúpula de fines del siglo XIX. Carella, encargado de racionalizar la gestión de la finca que ha sido sustraída a los Sciacca, los ha hecho ver muy mal ante el barón y ha sido castigado. Clásico esquema mafioso para el cual la acusación pide y obtiene severas condenas.

Causa escándalo que don *Cola* llame “colega” a quien era “un oficial, un caballero”: **[161]** los palermitanos están acostumbrados a la sangre de los facinerosos, pero no tanto a la de los otros. También es indicativa de un error de valoración la modalidad de un crimen fácil de descubrir, consumado a golpes de azada como cualquier delito de campesinos, quizás porque no existían las relaciones necesarias para la habitual emboscada en el camino a casa. Sciacca padre tiene una coartada, la mejor: en el momento del delito se encontraba en la provincia con su patrón, quien, sin embargo, apenas se entera del (inesperado) descubrimiento del cadáver se volatiliza, dejando a su guardaespaldas solo en el camino de regreso a Palermo.

Para la defensa, Sciacca padre se identifica con la figura del *homo sicilianus* rudo pero fiel a su superior. En su alegato-parábola, el abogado Ferdinando Li Donni**[162]** imagina una discusión entre jurados: el napolitano, el lombardo, el palermitano que es el único que puede entender y explicar a los otros que *Cola* era mafioso, “si por mafioso entendemos un hombre que comparte los sentimientos del hombre de campo: *omertà*, ocuparse de sus propios asuntos, procurar algún testimonio. Eso sí, colega. Hombre de jardín era”. Sin embargo, “el presidente nos ha encargado examinar no si era mafioso sino si era delincuente. Y les demuestro en cambio que estaba obligado a luchar contra la delincuencia”. En Villa Adriana no se ha verificado ningún robo en 30 años. “Los delincuentes de la comarca sabían que no debían hacer mal a los componentes de ella [la familia del barón], pues de lo contrario el hombre del jardín los habría mandado matar para protegerlos y defenderlos”. Explicado el misterio a los profanos, todo queda en su sitio y emerge el punto central, el vínculo salvador del mafioso con el barón, el vínculo de los otros mafiosos y los otros barones: *Cola* se salvará si demuestra que es en todo y por todo un hombre de su patrón, capaz de matar por él pero no por cuenta propia. “El hombre de campo —según el abogado Berna—, se mantiene siempre primitivo”. En cambio, *Cola*

> viaja con el barón Gebbiarossa, conoce ciudades, reside en ellas por largos periodos, hace operaciones en el banco, está siempre al lado del patrón, con quien se aloja en los mismos hoteles, viaja en el mismo compartimiento ferroviario, fuma los mismos cigarros, es invitado a comer junto con el barón, se sienta a la misma mesa en casa de Gangitano. Por eso *Cola Innusa* ya no es, no puede ser más “el tío Cola” sino que por obra del propio patrón, por voluntad del patrón, se ha convertido en don *Cola*.**[163]**

La acusación describe un mundo prefascista de prepotencia antipropietaria, cuyo fin está sellado con la sangre del “heroico” Carella; la defensa señala que ya desde un año antes, con las redadas, ese mundo se ha derrumbado; que el propietario ha confirmado su confianza más allá de cualquier coacción y que, por lo tanto, el mafioso *no puede* ser delincuente.

Los Sciacca, si no se hubieran dejado dominar por el pánico, habrían conservado en Villa Adriana un poder quizá disminuido, ciertamente a manejar con prudencia, pero duradero. Esto dice mucho acerca de los espacios que quedan en el interior de las relaciones sociales cuando se trastorna la mafia-asociación. Tanto en los jardines como en el latifundio la perpetuación de los sistemas tradicionales por todo el periodo fascista, aun en situaciones "ambientales" tranquilas, desmiente radicalmente cualquier presunto Estado de necesidad. Mori exhibe complacido los agradecimientos de los latifundistas que han podido elevar los arrendamientos,[164] en algún caso de 10 000 a 110 000 liras anuales. Una comisión especial decide cuáles son los "centros infectados" y allí anula los contratos de arrendamiento a la espera del feliz regreso de los ex ausentistas a los deberes-placeres agrestes; para su presidente, el sistema de la gabela "hunde sus raíces en la violencia y en la sangre, [y] encuentra, si es necesario, la perfección de sus extremos contractuales en el fusil y en el homicidio".[165] Pero las cosas no son exactamente así. Los acuerdos sindicales que prevén la eliminación de los subarrendamientos son escamoteados en diversas formas:[166] los propietarios no saben o no quieren eliminar al intermediario, conformándose con haberlo puesto (por ahora) de nuevo en su sitio.

El rescate de los latifundistas representa el elemento común de todos los procesos, que por lo demás muestran notables diferencias entre sí. Algunos tienen un aparato probatorio bastante sólido: las cartas de Ortoleva y la de Lo Voi (Mistretta y Bisacquino), los testimonios de las partes afectadas y las acusaciones de coparticipación entre los propios imputados. Para obtener esos resultados la policía emplea métodos que el embajador inglés califica de *"energetic and ruthless"* [enérgicos y despiadados], maltrato y auténticas torturas que en algún caso, como en el curso del proceso por asociación de Sommatino, salen a luz descalificando la construcción acusatoria.[167] Éste, sin embargo, es sólo uno de los componentes que quiebran la *omertà* con la que los abuelos invitaban a los nietos a la venganza, "porque de todos modos no hay justicia y los jurados están dispuestos a absolver aun cuando ellos mismos hayan sido testigos del delito".[168] Decisivo es el cambio de ruta general. Hablan sobre todo los "perdedores": Giuseppe Gassisi, "después de que le han asesinado a un hijo, antepone la ley de la *omertà* a la del sentimiento";[169] Giovanni Latino, que escapó a la masacre de toda su familia, reconoce a los asesinos después de haber callado durante 10 años. El choque de facciones se traslada a las salas judiciales, no sin ulteriores riesgos de instrumentalización allí donde bajo la configuración criminal se delinea la configuración política. No podemos asombrarnos de que detrás de las acusaciones que involucran al arcipreste Vincenzo Baiamonte de Burgio en el proceso de Sciacca esté el hijo de De Michele Ferrantelli, su adversario político y antiguo *manutengolo* de Cascio-Ferro.[170] Las denuncias del canónigo Giuseppe Di Prima de Campofranco contra el alcalde ex popular Gaetano Bongiorno y varios religiosos se desarrollan en un clima acre de personalismos y chantajes mutuos.[171] Spanò tiene en reserva la incriminación del alcalde de Casteldilucio,

Domenico Di Giorgio, por si acaso el hermano general y ex ministro se presenta "como testigo en descargo de sus amigos" políticos.[172] El testimonio de un notable puede ser decisivo. En el proceso por asociación de Burgio una facción trata de bloquear las revelaciones de la esposa de un acusado perteneciente al grupo opuesto: "Nosotros tenemos un amigo muy importante que es el notario Musso y por medio de él le haremos todo el daño posible a su marido".[173] La calificación de mafioso, lo sabemos, se basa en la voz pública: dado el sistema de la calumnia y de la carta anónima destinado a caracterizar al régimen también en ámbitos muy diferentes, "cualquiera que tuviese un rencor que desahogar, o posiciones que conquistar, encontró ante sí, con las confidencias a la policía, con las denuncias, con los falsos testimonios, un campo de inesperadas posibilidades".[174]

Ese traslado de la lucha política al frente judicial corre el riesgo de reproducir el caso Cucco en cada uno de los pueblos de la Sicilia centro-occidental. De todos modos, la magistratura es prudente, absuelve o aplica condenas leves en el caso de presuntas perturbaciones de remates, presuntas bancarrotas fraudulentas de cooperativas, presuntos saqueos de las cajas municipales (S. Giuseppe Jato, Partinico, Sancipirrello). El juego se hace cada vez más complejo. A medida que el ataque avanza hacia el interior, se subordina a las vicisitudes de los partidos locales alternativamente cooptados, combatidos o devueltos al ámbito del régimen.[175] El fascismo, con todo, ambicionaría seguir a los notables hasta el interior del mecanismo formativo de su poder, con la disolución de las cooperativas y los círculos. Así ocurre en Mistretta con la Cerere, antes presidida por Ortoleva; en Sommatino con el Círculo Nuevo vinculado a Lo Monte; en Corleone donde las autoridades rebautizan el círculo agrícola "casino de la mafia", pretendiendo que siempre se ha llamado así. En Ribera los secuaces de Abisso se rebelan contra los Parlapiano, pero el régimen termina por disolver sus organizaciones cuando Abisso cae en desgracia. En Piana dei Greci las tres cooperativas son clausuradas en 1927 como instrumentos de partido; entre ellas está la socialista fundada por Barbato, que había apoyado a Mori y a la que se le habían concedido en arrendamiento los feudos tomados al famoso alcalde Cuccia. A los funcionarios que la disuelven y que sin embargo reconocen la corrección de su gestión, un campesino responde amargamente: "Si el prefecto Mori hubiera escuchado también la palabra de nosotros que somos los interesados, y no sólo las charlas de ustedes, no se habría llegado a este desorden".[176] Igual que el rey y el *duce*, el prefecto no sabe el mal que se comete en su nombre…

En este caso la operación antidemocrática y la filopropietaria coinciden en la ecuación general cara a los fascistas: *democracia = mafia*. Surge la sospecha de que en *algunas* de las redadas es político el verdadero aglutinante entre los centenares de personas que después posiblemente serán condenadas por el solo delito de asociación: no es difícil imaginar que en un pueblo personas ligadas entre sí por parentesco o por afinidades se hayan asociado entre ellas con fines no mejor identificados, de modo de dar forma jurídica a las "noches de San Bartolomé, en las que para arrestar a 50

malvivientes se arrastraba al abismo a otros tantos hombres honestos”.[177] ¿Podemos pensar que los 11 000 encarcelados (¿y cuántos arrestados?) eran todos mafiosos?

> Se consideraba una secta cuando había varios individuos de acuerdo entre sí, o por lo menos existía una relación asociativa que no creo que se pueda definir, pero que, en conclusión, era algo así como una federación, por lo menos tal como la vi yo.[178]

Esta declaración posterior de uno de los magistrados que participaron directamente implica cierta falta de rigor conceptual. Mori, que no acostumbra usar sutilezas jurídicas, da muestras de considerar el cargo de “asociación para delinquir” como un mero expediente técnico[179] y, con Orlando, se demora viendo el hecho mafioso como elemento de una cultura regional desviada que tendría su aspecto central en el individualismo. Hemos visto que la cultura legalista multiplica viejas y nuevas figuras antropológicas como “el hombre de campo”, o “el hombre de jardín”. Los defensores admiten la calificación de mafioso para hombres como Cascio-Ferro, pero vinculándola a actitudes de “individualismo jactancioso”, no ciertamente de criminalidad.[180] Si la mafia es el fenómeno tradicional, el siciliano tradicional, siempre individualista, no querrá asociarse con nadie ni para delinquir ni para ninguna otra cosa, responde con silogismo perfecto el abogado Puglia, evocando al “verdadero e insustituible conocedor del alma siciliana”, que es, como siempre, Pitrè.[181] Con un poco más de realismo, Giampietro describe en cambio el *crescendo* que lleva a la mafia a configurarse como un ordenamiento seudoestatal, y también como un “seguro” suscrito por “propietarios” y “hombres de negocios” para tutelar “sus bienes y sus personas”. La venganza de sangre deriva de la competencia interna, y de acuerdo con la naturaleza colectiva del fenómeno puede ser “transversal”; es decir, ejercida “contra otros de la familia o de la asociación”; se realiza siempre “a traición, al acecho” y con espectacular ferocidad, “agregando el agravio al cadáver, rociándolo con petróleo o decapitándolo, o bien mutilándolo o haciéndole algo horrendo como señal del poder aterrador de la mafia”.

> Es preciso haber leído en las páginas de los procesos referentes a asociaciones pequeñas o grandes, los asesinatos, la depredación, los incendios, la violencia, los estupros, la venganza salvaje y atroz […] consumadas de día, en pleno mediodía, en las plazas públicas incluso de esta ciudad, los muertos por tierra, los matadores seguros […] para tener una pálida idea de la delincuencia mafiosa.[182]

Más allá de fingimientos y exageraciones, la dimensión colectiva evidenciada aunque sea en grandes líneas en los maxiprocesos del periodo fascista sigue siendo la base de la fenomenología mafiosa y en consecuencia de la lucha contra ella. La verosimilitud de la acusación, para nuestros ojos de estudiosos y no de jueces, reside

en las biografías personales y familiares de los personajes, en la continuidad histórica de los poderes criminales y en la lógica del mecanismo de acción-reacción que evidencia el hecho asociativo, tan difícil de demostrar en una sala judicial. En muchos procedimientos sigue siendo fundamental la confianza en las informaciones (extrajudiciales) de la Seguridad Pública a la que Giampietro atribuye pleno valor probatorio: es el caso de los procesos contra la mafia palermitana, en los que están casi totalmente ausentes los testimonios honestos, arrancados a la fuerza, instrumentales o falsos que el choque político-faccionario suscita en los pueblos. Véase el juicio contra los 213 de Piana dei Colli que las crónicas incluso más moderadas nos describen como algo que se desarrolló en un clima surrealista, con el presidente que "de tanto en tanto […] grita un nombre", los interrogatorios que duran segundos, los testigos que niegan todo, el ministerio público que invita a los jurados, en ausencia de hechos, a condenar a los acusados sobre la base de su "libre convicción";[183] el continuo recurso a las actas de Seguridad Pública que representan la instrucción, las pruebas y la propia sentencia. Es difícil que este tipo de debate pueda garantizar una defensa adecuada contra el poder policial reforzado por una ley de 1926, específica para las "provincias sicilianas", que prevé el confinamiento para aquellos a quienes la habitual "voz pública" señale como "jefes, participantes, cómplices y favorecedores" de las organizaciones criminales. El procurador general insiste en que el confinamiento es "el arma mortal" a utilizar[184] contra los absueltos y los condenados a penas de magnitud "modesta": es el caso de los hermanos Farinella, uno de los cuales, Mauro, después de haber sido condenado a ocho años tiene que cumplir un primer periodo de cuatro años y después otro igual (sin solución de continuidad), terminando por morir en un islote (1940).

Dicho esto, no simularemos creer que las medidas administrativas hayan sido introducidas por el fascismo; era en ellas que residía la capacidad del Estado liberal de controlar a la mafia. Los procesos siempre se habían basado en actas de la Seguridad Pública, y recordando los casos de los *stoppagghieri* y los Amoroso podemos incluso considerar como una garantía la prohibición impuesta a Spanò "de referirse a la voz pública y a la notoriedad de los hechos", así como la obligación de indicar la fuente "cuando tenga que referirse a confidencias".[185] No es posible tener certeza de que algunos de los veredictos no estuvieran preparados con anticipación (en todo caso las absoluciones no son tan raras, especialmente en los procesos "menores"). No se puede jurar sobre la verdad de acusaciones contenidas en cartas póstumas demasiado recurrentes, en testimonios y confesiones que después suelen ser retractados ante el tribunal. Por lo demás, esto vale para todos los regímenes anteriores y posteriores al fascismo.

¿Cómo evaluar, entonces, la operación en su conjunto? No podemos ignorar su intención liberticida, pero tampoco detenernos en ella. La mafia no fue inventada por el fascismo, como parece ser la hipótesis de Christopher Duggan, quien en su trabajo —por lo demás notable— no establece la (difícil) distinción entre la acción del

prefecto y la de la policía, que los mafiosos (como lo demuestran finalmente los recuerdos de Calderone)[186] recordarán por mucho tiempo como una pesadilla. Todos los observadores señalaron la caída vertical de los delitos después de 1925; sin embargo las estadísticas no reflejan sino parcialmente ese fenómeno.[187] Tenemos dos tesis opuestas. Según algunos, Mori aniquiló a la mafia, que renació después en 1943 ya armada, como Palas de la cabeza de Zeus. Otros sostienen que el prefecto fue detenido cuando estaba por llegar "arriba",[188] o bien que la acción se dirigía solamente contra los pequeños delincuentes según lógicas clasistas. La discriminación clasista existe, pero separa a los latifundistas de todos los demás. La represión golpea a profesionistas, alcaldes, sobre todo grandes *gabellotti* como los Ortoleva, los Tusa, los Guccione, los Farinella. Algunos reaparecerán en la posguerra: Vizzini, Genco Russo, Volpe;[189] otros no dejan herederos: Cascio-Ferro y Candino, Ferrarello y Andaloro, las dos facciones palermitanas de los Gentile y los Sparacino. Hay nombres importantes del pasado y del futuro: entre los primeros un Giuseppe Fontana de Villabate y un Salvatore Licata, miembro creo que de la cuarta generación de la familia mafiosa de la Conca d'oro; entre los segundos, un Giuseppe Di Cristina de Riesi, un Santo Fleres de Partinico, un Giuseppe Panzecca de Caccamo, un Calogero Lo Bue de Prizzi, un Antonino Cottone de Villabate, un Stefano Bontà[190]. Entre los 500 (!) mafiosos que huyeron a los Estados Unidos "para escapar al mismo insoportable clima político",[191] encontramos a muchos de los futuros capos de la *Cosa Nostra:* Joe Bonanno, Joe Masseria, Carlo Gambino, Joe Profaci, Stefano Magaddino, así como a un traficante de gran porte como Frank Coppola.

Entre excesos terroristas, condenas de inocentes, persecuciones políticas, el agente Mori y el inquisidor Giampietro encuentran y combaten duramente a la mafia.

6. OTRA POSGUERRA

La mafia da señales de vida ya antes del desembarco aliado de julio de 1943. En 1932, en el centro de Canicattì se llevan a cabo tres homicidios "cuyo modo de ejecución y el misterio profundo en el que continúan envueltos hasta ahora" evocan "delitos típicos de organizaciones mafiosas"; alrededor de Partinico, a mediados de los años treinta, se verifican "incendios, ataques a propiedades, homicidios […] de fondo eminentemente asociativo"; pero sería posible citar muchos otros episodios de los que la prensa no habla, a los que el régimen responde con "alguna condena al fusilamiento" y con una nueva oleada de envíos al confinamiento.[192]

Pero cualquier continuidad lineal se rompe en el momento de la ocupación extranjera y de la disolución del Estado, adversario, modelo y cómplice de la mafia. El formidable *shock* es suficiente para volver a poner todo en movimiento, sin

necesidad de insertar el *deus ex machina* de la conjura con los estadunidenses, a base de aviones y tanques que llegan a Villalba llevando pañoletas de seda con una *L* bordada (como en Lucky Luciano), con la consecuencia inverosímil de una movilización mafiosa dirigida por don Calò para neutralizar las armas italoalemanas.**[193]** En cualquier caso, parece poco creíble que en 1942 exista *la* mafia para que el alto mando o los servicios secretos puedan ponerse de acuerdo con ella. En cambio está documentado que la US Navy confió a Luciano la defensa de los muelles de Nueva York contra saboteadores alemanes, los cuales por lo demás probablemente nunca existieron, siendo el propio *boss* quien simuló los atentados para lograr su excarcelación.**[194]** Realmente en estilo mafioso: la amenaza y la protección van juntas. En la vertiente siciliana, en cambio, Luciano niega haber tenido papel alguno: "Allá, en casa, yo no tenía ni siquiera un contacto".**[195]**

Salvatore Lucania, conocido como Lucky Luciano, había partido de Lercara a la edad de nueve años. La última oleada de mafiosos que se trasladó a América es la de los prófugos de Mori, después con la caída de los flujos migratorios los canales se interrumpen.**[196]** En esa fase se crea, también por obra de Luciano, una organización estadunidense que utiliza el modelo siciliano de afiliación pero que sale de los límites anteriores gracias a la gran oportunidad que le ofrece el prohibicionismo. Mientras tanto, con el ciclón Mori el componente isleño se repliega, de manera que en el momento de la reanudación la diferencia aparece con gran evidencia.

La mafia encuentra crédito *después* del fin de los combates en la isla. Los angloestadunidenses tienen que administrar. Del derrumbado aparato estatal rescatan a los carabineros o el servicio interprovincial de Seguridad Pública creado por Mori; para eso buscan a los que tienen algún poder informal (sacerdotes, aristócratas), teniendo en mente el modelo del *boss* italoestadunidense o el del capo nativo colaborador del colonialismo británico. Para el papel de alcalde confían en los notables prefascistas, entre los cuales no faltan hombres "de respeto". El problema inmediato es el del orden y el aprovisionamiento de alimentos, amenazado por el mercado negro. Algunos oficiales son partidarios de una transacción que quizá deba incluir "la aceptación hasta cierto punto por parte de los Aliados del principio de la *omertà*, código que la mafia realmente comprende y respeta".**[197]** Pero para eso haría falta una mafia centralizada, capaz de controlar el pulular de intrigantes y bandidos.

Mientras tanto, por otra parte, hay una reorganización. Sicilia está de hecho separada de Italia, los partidos antifascistas son débiles y carecen de referencia nacional (esto ocurre alrededor del 8 de septiembre). Algunos notables juegan a anticiparse pidiendo la formación de una república separada y constituyendo el Movimiento por la Independencia Siciliana (MIS). El líder del grupo es Andrea Finocchiaro Aprile, uno de los principales nombres entre los partidarios de Nitti en la isla en 1919-1924, hijo del Camillo que había sido ministro de Giolitti; pero destaca también Lucio Tasca Bordonaro, quien estuvo con Vizzini en el partido agrario de la primera posguerra y fue representante de los propietarios en el Consejo Provincial de

la Economía Corporativa, ahora alcalde de Palermo. En cambio Orlando queda apartado, punta emergente de un pasado que de repente ha vuelto a estar en auge.

Aquí, como en otras partes de este trabajo, no voy a recorrer la historia general de la isla desde el punto de vista de la presencia de la mafia, a través del regreso a la administración italiana, la derrota del separatismo, la creación de la región, la lucha por la reforma agraria.[198] Quiero destacar solamente que por las filas del MIS transitan muchísimos mafiosos: Vizzini, Navarra, Genco Russo; Paolino Bontate y Gaetano Filippone; Pippo Calò y el joven Tommaso Buscetta. Si hemos de creerle a Calderone, mafioso era también Concetto Gallo, propietario catanés y comandante del Ejército Voluntario para la Independencia Siciliana (EVIS).[199] En septiembre de 1945, en una propiedad de Tasca, los principales dirigentes del movimiento deciden utilizar a algunas de las bandas que recorren la campaña justamente para reanimar el EVIS. Nuestro viejo conocido Francesco Spanò comenta: “Aquella noche se reorganizó la antigua *sociedad de mafia* en la que estaban representadas todas las *coscas* de Sicilia”.[200] En realidad la red de relaciones que Mori había conseguir romper logra reorganizarse en torno al MIS. Por primera y última vez la mafia, en lugar de insertarse en un aparato de poder, parece querer contribuir directamente a una hipótesis política. Es difícil decir qué importancia tiene en ello el sicilianismo, en el pasado utilizado como bandera por los mafiosos y sus abogados; ciertamente, si tuvieran una ideología política sería ésa. Más concretamente, se presta atención a los movimientos de la clase política liberal salida del fascismo pero no necesariamente reciclable en una Italia nueva.

Como muchos otros, la mafia clama haber sido víctima del fascismo, con más credibilidad que los notables y sobre todo que los latifundistas, a quienes el régimen devolvió el poder social, si no el político.[201] Subsiste vivísima la memoria de las redadas y de los maxiprocesos que habían mostrado el espectáculo de *campieri* y *gabellotti* desautorizados, denunciados y perseguidos por sus propios ex protectoresprotegidos. ¿Es tan automática la reconstitución de un frente conservador que ve al lado de los latifundistas a esos elementos intermedios? ¿O los *gabellotti* pueden encontrar un lugar propio en la lucha antifeudal (y antifascista) que se prepara en el campo?[202] Tales son los problemas que se plantean a las izquierdas en busca de una burguesía progresista, o por lo menos de una mafia “baja” que puedan contraponer a la “alta”.

El 16 de septiembre de 1944 llega a Villalba un camión cargado de militantes que acompañan al líder comunista regional Girolamo Li Causi, quien había estado entre los emigrados políticos y después en la Resistencia. Vizzini y su sobrino Benedetto Farina, que alternan en el papel de alcalde, controlan una Democracia Cristiana local afiliada al MIS, pero no por eso se oponen a hospedar en el pueblo a los forasteros. Piden solamente que éstos eviten referirse a cuestiones locales “por respeto a la hospitalidad que se les ofrece”.[203] La sociedad pueblerina no está acostumbrada a intervenciones de afuera, que le recuerdan el fascismo, a cuya “prepotencia” don

Calò, declarado inocente por el tribunal y salvado del confinamiento dos veces por obra de una miríada de parientes curas, debe parte de su prestigio. En lo interno, la comunidad está marcada por el conflicto entre los católico-separatistas de los Vizzini-Farina, por un lado, y la antigua familia de los Pantaleone cuyo retoño, Michele, ha constituido un grupo socialista. Junto a él se presenta Li Causi al mitin: señal de que no quiere "permanecer a la altura de la propaganda ideológica" sino entrar en cuestiones de las que *no debería* ocuparse, en particular la del arrendamiento del feudo Micciché, del que los Trabia por decenios habían mantenido alejados a los aparatos mediadores y que finalmente *(sic transit gloria mundi)* llegó a las manos de la cooperativa católica opuesta a la de izquierda. Obsérvese cómo el idioma político-ideológico "alto" se superpone al político-faccionario pueblerino. Cuando el dirigente comunista pasa a criticar la gestión clientelar de los subarrendamientos que llevan a cabo los católicos a través de un *gabellotto*, don Calò grita: "¡Eso es falso!", y se desencadena una "babilonia", con explosión de una docena de tiros y cinco bombas de mano. Hay 14 heridos, entre ellos Li Causi que, de acuerdo con la leyenda, "apuntando al atacante con el dedo", sigue gritando: "¿Por qué disparas? ¿A quién le disparas? ¿No ves que estás disparando contra ti mismo?".

Como se ve, este dirigente comunista, heredero de Verro y Panepinto, no renuncia a una pedagogía de la civilización del conflicto de clases que reconduzca la *anomalía* siciliana al esquema *normal* en el que "los componentes de la vieja mafia, en la lucha por la conquista de la tierra, ya no tendrán necesidad de ponerse fuera de la ley". Por eso estigmatiza a Vizzini como "indigno de pertenecer a la misma mafia". No estamos muy lejos del democristiano Bernardo Mattarella que subraya que "aquellos elementos de Villalba que miraban con simpatía al movimiento democrático cristiano, en el que quizá pensaban encontrar su lugar, no son en absoluto reaccionarios. Se trata en gran parte de campesinos y pequeños propietarios" que sólo por accidente se unieron a los "feudatarios" del MIS. Sin embargo, esa convergencia no es accidental. La masacre de Villalba no se parece en nada a la clásica emboscada mafiosa, representa un gesto de terrorismo "justificad[o] y exaltad[o] por la prensa separatista".[204] Quien lo realiza se propone alinearse abiertamente.

La misma perspectiva política entendida como proyecto subversivo, no como simple gestión del poder (lo que sería continuar la tradición), surge de la más estrepitosa de las historias de la posguerra en la isla, la de Salvatore Giuliano.[205] Y, sin embargo, el futuro príncipe de los bandidos había empezado como un pobre operador del mercado negro sorprendido por los carabineros que instintivamente reaccionó disparando contra ellos: variante menor de un escenario bandidesco que en general empieza en el tono más alto de la venganza contra el prepotente o el infame, o bien en el de la defensa del honor. Ésta de la posguerra es una Sicilia pobre y desesperada que sustrae sus cereales a la acumulación general; es decir, a los desesperados de las regiones que no producen lo suficiente; una Sicilia aún más encerrada en el horizonte pueblerino que los comunistas tratan de romper bautizando

los centros de acopio “graneros del pueblo” y llamando a la movilización contra los propietarios hambreadores. Sin embargo, en muchos pueblos la resistencia es general en todos los estratos sociales, incluyendo a muchos de los campesinos que se orientan hacia la izquierda. Según un rumor difundido en Villalba, Li Causi ha sido “enviado por el gobierno para obligar por la fuerza a los campesinos a llevar su trigo al centro de acopio”.[206] Nacido de esa problemática, el caso Giuliano tendrá una evolución muy diferente. El señor de Montelepre terminará por luchar por el concepto más general (y genérico) de “Sicilia” y después por convertirse en protagonista de la primera tragedia de la tensión en la historia de la República, la masacre de los campesinos reunidos bajo banderas rojas en Portella della Ginestra para festejar el 1º de mayo de 1947.

Ciertamente ese resultado habría sido inconcebible sin el ingreso de Giuliano, como coronel, en el EVIS. La oferta de violencia proveniente de abajo encuentra su demanda: estamos frente al primer bandido político de la historia de Sicilia, que ataca cuarteles de las fuerzas del orden y seccionales comunistas, secuestra a personajes eminentes, mata a mafiosos de rango como Santo Fleres, ataca a columnas del ejército. Él intenta calificar su acción, pero con una serie de zigzags que no demuestran mayor claridad estratégica: a veces ataca ostentosamente a la policía porque es republicana, respetando a los reales carabineros; a veces se mantiene en contacto con la derecha del MIS, monárquica, de los Tasca y los Carcaci, otras con la izquierda guiada por su abogado Antonino Varvaro, que en Montelepre en las elecciones de 1947 obtiene un gran triunfo guiando un movimiento separatista republicano. Entre los presuntos mandantes de la masacre de Portella se cita, además de los separatistas de varias facciones, a los máximos dirigentes democristianos y monárquicos palermitanos. Es probable que Giuliano esté en contacto con ellos en algún momento durante sus grandes peregrinaciones dentro y alrededor del MIS, que desempeñe (¿o sólo crea desempeñar?) importantes funciones mientras a escala regional las izquierdas ganan las elecciones de 1947, en tanto a escala nacional la monarquía cede y soplan vientos del norte. Parece que el punto decisivo es justamente este del pasaje de la monarquía a la república, el momento de una trama que involucra no sólo a políticos y generales fieles a la casa de Saboya sino también a la derecha separatista, descaradamente dispuesta a olvidar su propia presunta vocación antiunitaria y *antirisorgimentale* con tal de participar en un frente reaccionario.[207] El punto es que a ese (posible) complot se superpone otro para capturar a Giuliano vivo o muerto, en torno al cual se dispara la emulación de la policía con resultados desconcertantes, como cuando el alto funcionario de Seguridad Pública Ciro Verdiani (y por lo demás también el procurador general Emanuele Pili) comunica al bandido: “Cuídate de tu primo”, aquel Gaspare Pisciotta con quien están llegando a un acuerdo a través de Nitto Minasola y la mafia de Monreale los carabineros del Comando de Fuerzas de Represión del Bandidismo (CFRB), comandados por el coronel Ugo Luca. Evidentemente no es indiferente *quién* logra

capturar al bandido, o bien convencerlo de que se rinda con la maleta de sus (eventuales) secretos.

Así, es lógico que Giuliano sea capturado muerto, asesinado (al parecer) por Pisciotta previo acuerdo con el CFRB. Es el 4 de julio de 1950, y la posguerra está terminando. La puesta en escena tendiente a simular un conflicto a tiros con los carabineros se desploma míseramente agregando dudas a las dudas; pero más que nada, la eliminación de Pisciotta con el célebre café con estricnina que le sirvieron en la cárcel de Ucciardone hace inevitable la tesis del complot. No hay que esperar que esa novela policial tenga solución. Me conformo con destacar que de esa historia la mafia sale reforzada, legitimada en su función de orden por los funcionarios de policía veteranos de la operación Mori: Messana, Verdiani y Spanò, así como por el propio Luca. Messana escribe:

> Si Giuliano no cae muy pronto en las manos de la justicia será víctima de la mafia […] en estos días, no es una rara coincidencia, no pocos malhechores, algunos de ellos conocidos capos de banda, han sido hallados asesinados.**[208]**

Nos encontramos aquí a comienzos de 1946 y Giuliano seguirá dando trabajo durante cuatro años todavía. Los bandidos caídos representan las víctimas, más que del decreto de alguna superorganización, de la lucha por la redefinición de las jerarquías criminales en el caos de la posguerra que representa la “humillación” de la idea de una mafia de orden, “la comprobación cotidiana de la inexistencia de cualquier función mediadora y reguladora de la mafia”.**[209]** Son los aparatos del Estado los que a fuerza de evocarla terminan por materializarla realmente. Un solo ejemplo: Messana tiene un contacto en la banda: Salvatore Ferreri alias *Fra’ Diavolo*, hombre “en las manos” de la *cosca* de Alcamo que promete (pero no cumple) entregar a Giuliano. *Fra’ Diavolo* es asesinado misteriosamente mientras se encuentra arrestado en un cuartel de carabineros. Según Spanò, el *capomafia* de Alcamo, Vincenzo Rimi, habría sido el “fiduciario para el asesinato de Ferreri por parte de los carabineros, porque temía que Ferreri —arrestado— hablara”:**[210]** opinión de un jefe de policía, no de un subversivo. Si se piensa que Rimi llegará a ser uno de los personajes más importantes y más “protegidos” de la mafia en los años cincuenta y sesenta, se podrá hacer alguna hipótesis sobre el efecto contaminante de esos vínculos. ¿Qué efectos tiene la trama triunfante, hecha entre Luca, Minasola y Pisciotta? “Somos un solo cuerpo, bandidos, policía y mafia, como el padre, el hijo y el espíritu santo”, gritará Pisciotta en el proceso de Viterbo.**[211]**

Por lo demás, existe una diferencia de acentuación entre los huérfanos de Mori, que reactivan los canales con los mafiosos de Madonie o de Alcamo, y Luca, el especialista en lucha antiguerrillera veterano de los Balcanes, que corresponde *también* a una distinción de tipo político entre la categoría de los gubernamentales y

la de los subversivos en la que según él están aliados Giuliano y los comunistas (!?).[212] Se necesita una víctima sacrificial para un frente de orden construido sobre la oposición *mafia buena-bandidismo malo*, que reproduce empeorados los acontecimientos de 1877, que invierte el signo de los hechos de 1926; de ahí las ácidas frases de Giuliano sobre la vocación colaboracionista de la mafia[213] y la leyenda (por lo demás totalmente infundada) del Robin Hood de Montelepre. Sin embargo, el caso, por muy clamoroso que haya sido, forma parte de una operación más compleja para llevar a los separatistas a la Democracia Cristiana (DC): la profecía de Mattarella sobre el regreso de los villalbeses a la DC revelará ser mucho más realista que la comunista sobre la ruptura interna de la posición mafiosa. Sigamos el relato de otro líder democristiano, el nisseno Giuseppe Alessi, sobre el modo como los separatistas de Vallone, guiados por Calogero Volpe y apoyados por Genco Russo, entran en bloque en el partido. Alessi se opone sabiendo bien (incluso por haber intervenido como abogado en algunos de los procesos del Ventenio) que es ése “el mundo de las tres *M:* […] Molino, Moneda, Mafia; es decir, las tres fuerzas unidas que dominan en el Vallone”; pero sus amigos objetan: “Tenemos necesidad de la protección de personas fuertes para detener la violencia de los comunistas”.[214] Un camino más largo es el de Vanni Sacco, *capomafia* de Camporeale que se pasa a los liberales y sólo a fines de la década de 1950 se adhiere a la DC, provocando las protestas del alcalde Pasquale Almerico, a quien responde el lugarteniente de Fanfani y futuro ministro Giovanni Gioia: “El partido tiene necesidad de gente con la cual aliarse, tiene necesidad de hombres nuevos, no es posible obstaculizar ciertas tentativas de negociación”. Almerico queda aislado y cae víctima de un atentado (marzo de 1957).

Desde el final de la guerra, con el acuerdo de los latifundistas, se ha reconstituido la protección de los *campieri* mafiosos en los feudos de la Sicilia occidental[215] para controlar no sólo a los bandidos sino también el movimiento campesino: la lista de los sindicalistas asesinados se alarga en forma aterradora en esa posguerra con la sangre de Accursio Miraglia, Placido Rizzotto, Salvatore Carnevale y muchos otros. Por lo demás, la defensa de lo existente se convierte, como de costumbre, en una carrera hacia la adquisición de lo nuevo. El camino mafioso hacia la movilidad social y la redistribución de los recursos representa un canal de competencia y, por lo tanto, de conflicto con respecto a los que la izquierda propone desde comienzos del siglo XX, pero especialmente ahora que el latifundio está por llegar a la última de sus muchas crisis, la definitiva. Tanto antes como después de la reforma de la propiedad de 1950 los grandes propietarios empiezan a vender, incluso para evitar la expropiación. Al final habrán cambiado de manos 500 000 hectáreas de tierra. Se trata de negocios con frecuencia no muy limpios en los que naturalmente destaca la intervención de los tradicionales gestores, quienes consiguen comprar a precios “de amigo”.[216] Los feudos Polizzello, Micciché, Mandrebianche y Mandrerosse son comprados y vendidos a través de Genco Russo,[217] Vizzini, Tusa, Giuseppe Bua y

Mariano Licari en Marsala, Vincenzo Di Carlo en Raffadali, prácticamente todos los ex *campieri* más o menos mafiosos son quienes controlan esa gigantesca desmovilización de los bienes de sus ex patrones, de la que surgen nuevas fortunas y nuevas clientelas. Esencial es la relación con la DC y la Coldiretti que da acceso al Ente de Reforma Agraria Siciliana (ERAS) y a las financiaciones regionales para la formación de la pequeña propiedad campesina.

Partiendo del separatismo, a través del partido liberal llega a la DC y a la Coldiretti también Michele Navarra alias *U Patri Nostru*, médico-hombre de negocios que crea una empresa de transportes comprando los vehículos de la administración angloestadunidense y junto con Vanni Sacco se dedica al control del Consorcio de Bonificación del Belice alto y medio. Navarra dirige la mafia corleonesa que se rehace "después de la redada del prefecto Mori", tras la cual, escribe el vicebrigadier Vignali, "la delincuencia local organizada cesó toda actividad puesto que […] hasta los parientes de los miembros de la *cosca* fueron obligados a pasar a residir lejos". Navarra está emparentado con los Lo Bue de Prizzi, con los Gagliano y con los Gennaro, complicados en el crimen de Verro y perseguidos por el fascismo; Filippo Gennaro, hijo del Michelangelo señalado entonces como *capomafia*, actúa nuevamente en la segunda posguerra en el mercado de los arrendamientos y de las intimidaciones.[218] Navarra, en cambio, reacciona mal al regreso de los Estados Unidos de Vincent Collura, personaje ligado a Frank Coppola y Joe Profaci y por eso con ambiciones excesivas, quien termina siendo blanco de una ráfaga de plomo (1957). Incómodo es también el sindicalista Placido Rizzotto a quien un miembro de la *cosca*, Luciano Leggio, secuestra en pleno pueblo invitándolo a una "conversación": "antes de salir del pueblo Placido iba diciendo adónde me están llevando, ¡déjenme ir! Lo llevaban a la muerte".[219] A la muerte fue también un adolescente que había tenido la desgracia de ver demasiado, internado en un hospital por un ataque de nervios y curado personalmente por Navarra con una inyección.

Al final de la guerra Leggio era "un joven campesino, sin bienes ni recursos";[220] un *scassapagghiara*, en el sentido literal del término; es decir, un ladrón de cobertizos de heno sorprendido en 1944 por el guardia rural Calogero Comajanni, quien lo llevó, "casi a patadas",[221] al cuartel de los carabineros, atravesando todo el pueblo. El joven se vengará de esa humillación seis meses después, con la clásica emboscada en el camino a casa. De hecho no es exacto que no poseyera ningún recurso, más bien posee una natural habilidad en el manejo de las armas, que ha demostrado desde la adolescencia, gracias a la cual pasa a ser *campiere* de un tal doctor Caruso, sustituyendo al anterior asesinado misteriosamente (1945). A los veinte años ya es *gabellotto*, el más joven de Sicilia; se introduce en los circuitos del abigeato y de los mataderos clandestinos aun cuando se mantiene prófugo, con algunos intervalos, desde 1948 en adelante. El doctor Navarra es el canal gracias al cual Leggio evita la suerte de ser un "nuevo Giuliano" a la que ya en 1958 lo destinan los titulares de los diarios de Palermo. Sin embargo, el "bandido" no se conforma con

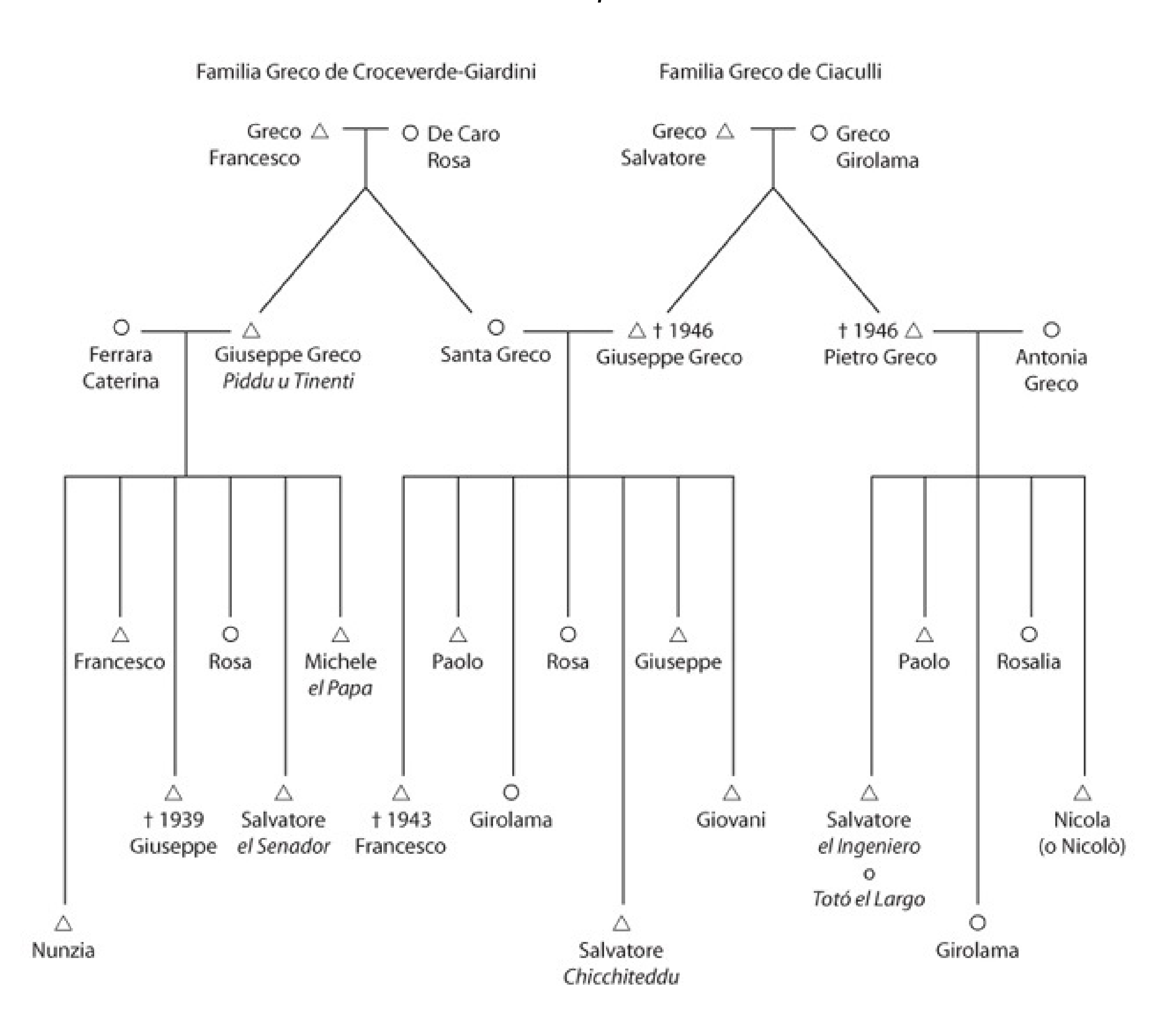
ser un simple ejecutor. Su espíritu de independencia lo hace ver mal por el gran capo, quien organiza contra él un atentado, que fracasa por el gran temor que Leggio inspira a los sicarios. La reacción es brutal: *U Patri Nostru*, que desdeña cualquier precaución, es acribillado a balazos junto con un infortunado colega médico (1958). La guerra culmina en una balacera furibunda en la que participan "alrededor de 40 delincuentes de una parte y otra" en pleno día, en el centro de Corleone, sin ninguna intervención de las fuerzas del orden.[222] Los navarrianos quedan totalmente derrotados.

Y, sin embargo, todos esperaban la victoria de Navarra: él era quien tenía el poder social y los contactos políticos. Si realmente la mafia fuera simplemente un club de notables, de hombres de negocios y de bandoleros obedientes, esta historia sería incomprensible. Si las jerarquías reflejaran simplemente las jerarquías *naturales* (es decir, *sociales*), Leggio habría seguido siendo la insignificancia que era. En cambio la capacidad de dispensar violencia representa un capital esencial. Es preciso ver dónde se gasta. Giuliano juega a la mesa de la gran política, y en ella cae; Leggio invierte en los circuitos mafiosos.

Piénsese en el choque que opone a las dos secciones de la familia Greco, ubicadas respectivamente en los suburbios palermitanos de Croceverde Giardini y Ciaculli. La primera es guiada por Giuseppe Greco, alias *Piddu u Tinenti* [Piddu el teniente]; la segunda se origina en un tal Salvatore Greco, ya muerto en la época de los hechos, que debería ser el que encontramos como capo de la "alta mafia" alrededor del año 1900.[223] Todo empieza en 1939 con una disputa por cuestiones "de honor": el derecho a sentarse en un banco frente a la iglesia durante la fiesta del suburbio; continúa con una emboscada nocturna en el camino de regreso y el primer muerto, un hijo del *Teniente*. En 1946 se inicia la guerra hecha de incursiones, ejecuciones y "luparas blancas", que culmina en un ataque en el que participan las mujeres de la familia Greco de Ciaculli, que ultiman a cuchilladas a un herido del grupo contrario; una de ellas (Antonina) es alcanzada y muerta a su vez (1947). El asunto tiene ribetes tan extraordinarios que se justifica la hipótesis de una participación de la banda de Giuliano al lado del *Teniente*, pero probablemente se trata de una tentativa de atribuir a bandidos imposibles de identificar esa violencia desenfrenada, tan alejada de la reglamentación con base en el honor y la caballería que la apologética habitual atribuye a la competencia intramafiosa. Yo dudaría incluso de la historia del banco y de la fiesta, en vista de lo que hay en juego: el arrendamiento de una de las mayores plantaciones de cítricos de Sicilia, perteneciente a los Tagliavia, armadores y exportadores desde mediados del siglo XIX; la gestión de compañías de derivados de los cítricos y empresas de transportes; la lucha por el control de la parte oriente de Palermo (abigeato, aprovisionamiento de mercados generales, contrabando) que en 1956 conducirá a la eliminación del *capomafia* de Villabate, Nino Cottone, emparentado con los Greco de Croceverde.[224] En esa fecha, los dos primos Greco de Ciaculli, Salvatore, *Chicchiteddu*, y Totó, *el Largo* o *el Ingeniero*, se van

colocando en los vértices del poder y los tráficos de la mafia palermitana, sin que se registren ulteriores conflictos con los parientes.[225] Al parecer se llega a un acuerdo con la mediación de Joe Profaci, originario de Villabate y transitoriamente de regreso en Sicilia.

FIGURA III.1. *La familia Greco*



FUENTE: Catanzaro, *Il delito come impresa*, cit.

Y, sin embargo, los caídos habían sido muchos, entre ellos el padre de *Chicchiteddu*, y el padre y la madre del *Ingeniero*. "Los viejos mafiosos podían adorar a dos ídolos: la riqueza y la venganza":[226] aquí evidentemente sobre la venganza predomina la exigencia de la gestión de los negocios de la familia, que están en fase de gran expansión. No estamos frente a una contienda de familia, ciega o bien culturalmente necesaria, sino ante una decisión lúcida que, según las circunstancias, prevé la paz o la guerra: la guerra de los Greco, la "ferocidad" de Leggio, los innumerables conflictos sangrientos mafiosos o bandidescos de la posguerra.



IV. LA COSA DE ELLOS

1. LA ANTIMAFIA

> Si pasa una muchacha hermosa un siciliano dirá que es una muchacha mafiosa, si un chico es precoz dirá que es mafioso. Se habla de que la mafia está en todas las salsas pero, honorables colegas, creo que están exagerando.[1]

Estamos en 1949. Esta consideración minimalista simula basarse en observaciones “de campo” y en cambio debe mucho a una tradición literaria; es decir, a nuestro viejo conocido Pitrè. Quien la propone es Mario Scelba, ministro del Interior, célebre por su dureza contra las manifestaciones obreras y campesinas, que será mencionado por Pisciotta como mandante de la masacre de Portella. La mafia no existe, o bien se reduce a una tenue categoría cultural: en los años cincuenta gran parte de la sociedad regional y nacional comparte esa tesis, al tiempo que los mafiosos se van integrando al partido mayoritario con más facilidad que los grupos dirigentes tradicionales, que tienen que pasar el trago amargo de la reforma agraria y que gestionan una decadencia áurea entre financiamientos y empleos regionales. La antimafia de derecha desaparece, y con ella la tensión antimafiosa en los aparatos estatales. Son los años en que Lo Schiavo elogia a Vizzini, Genco Russo y la mafia de orden.[2]

Los mafiosos además han hecho méritos al escoger los mismos adversarios que el gobierno y la burguesía. Tiene cierto valor simbólico el hecho de que en Sciara los asesinos de Salvatore Carnevale se reúnan en el mismo edificio que alberga el cuartel de los carabineros, aunque éste tenga una entrada diferente. Unos y otros llevaban mucho tiempo presionando al sindicalista para que “deje en paz a los partidos”, abandone la política: “Te queda poco de esas malfetrías”,[3] le predijo un *campiere*. Emblemática es también la figura del presunto mandante del homicidio de Miraglia, Gaetano Parlapiano-Vella, que ha regresado a los fastos del poder después del confinamiento fascista.[4] Las indagaciones referentes a esos delitos son obras maestras de superficialidad, encallan a nivel policial o bien a nivel judicial: es un poco más que ignorancia, un poco menos que complicidad. El fuego de las polémicas termina por centrarse en Carlo Alberto Dalla Chiesa, oficial de bajo rango del CFRB, comandante de la escuadra de Corleone, que intenta moverse por fuera de los esquemas burocráticos.

Sólo la izquierda continúa clamando contra la mafia, reivindicando a sus muertos, denunciando las colusiones: denuncia que tiene tanto menos probabilidades de ser escuchada cuanto más proviene de una parte política que a partir de 1948 está totalmente aislada. Muy distinta parece ser la actitud de las autoridades en los

Estados Unidos, de donde llegan los estímulos para reabrir el debate también en Italia. En 1953 la editorial Einaudi traduce la *Inchiesta Kefauver*,[5] que debe ser considerada como el primer libro de la posguerra sobre nuestro tema. Lo sigue en 1956 *La mafia*, de Reid, en las huellas (algo confusas) del complot siciliano contra los virtuosos Estados Unidos; texto que goza del inmerecido honor de un prefacio del gran jurista Piero Calamandrei, quien aprecia justamente que Sicilia sea considerada como "la incubadora central de la delincuencia estadunidense"[6] y expresa la esperanza de que una presión, quizás una investigación internacional, pueda alzar la tapadera democristiana. El comunista Francesco Renda encuentra que se trata de "una obra valerosa […] que nos hace recordar con amargura el silencio de nuestra literatura en todos estos años"[7]. Las razones de estas valoraciones son demasiado evidentes. El reconocimiento de la existencia de la mafia proviene del gran protector de Ultramar de las fuerzas que en Italia sostienen exactamente lo contrario; las comisiones parlamentarias estadunidenses sirven de modelo a la izquierda italiana, excluida del gobierno y sospechosa de hipótesis represivas confiadas a la policía de Scelba; se piensa en movilizar un tipo de prensa de "primera línea" que la Italia centrista ve con desconfianza.

> Kefauver […] recuerda incluso que la idea misma de crear la comisión se debe a 16 diarios "agresivos" del país que lucharon por todos los medios […] Desde ahora se puede tener presente también que la prensa italiana ha tenido que actuar en condiciones notablemente distintas de las de la prensa estadunidense […] El periódico o el periodista estadunidenses de los años cincuenta han debido tener en cuenta, además de los gángsters, al gobernador coludido, al policía cómplice, al magistrado temeroso y corrupto, pero en el fondo no se vieron enfrentados a toda la maquinaria del Estado federal.[8]

La consideración es de Vittorio Nisticò, director del diario palermitano de izquierda *L'Ora*, que en dos ocasiones, desde el final de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, promueve grandes reportajes en serie denunciando las relaciones de la DC con la mafia (y también es objeto de un clamoroso atentado dinamitero): es un periodismo de grandes titulares efectistas que, sin embargo, también trata de hurgar en los casos de Corleone y en el saqueo edilicio de la capital, y de darles profundidad histórica exhumando las viejas historias sobre Cascio-Ferro o las crónicas de los procesos de los años veinte. Pero al terminar el centrismo, es todo un mundo de periodistas e intelectuales *engagés* el que propone o repropone la cuestión. Un personaje atípico es el sociólogo triestino Danilo Dolci, que introduce la huelga de hambre en la tipología italiana de la protesta, construye centros en la zona de Partinico, realiza investigaciones y reúne expedientes sobre el bandidismo, la

pobreza, el clientelismo.[9] Otros provienen de una Sicilia profunda y antigua: un geómetra de Villalba, Michele Pantaleone; un médico de Montemaggiore, Simone Gatto;[10] un maestro de Racalmuto, Leonardo Sciascia. El primero coloca a la mafia en el contexto concreto de una historia pueblerina y una figura de notable, don Calò; el segundo la encuadra en la temática del meridionalismo clásico al estilo Franchetti; el tercero juega entre narrativa y ensayística la sensación de que la mafia revela una corrupción general, que nunca se comprende bien si es italiana en general o específicamente siciliana. Frente al mafioso don Mariano, el capitán Bellodi piensa:

> Sería necesario sorprender a la gente en la evasión fiscal, como en los Estados Unidos. Pero no sólo a las personas como Mariano Arena, y no solamente aquí en Sicilia […] Sería mejor que se pusieran a olfatear alrededor de las villas, los automóviles fuera de serie, las esposas, las amantes de ciertos funcionarios, y comparar esas señales de riqueza con los sueldos, y sacar las conclusiones debidas. Sólo así a hombres como don Mariano empezaría a fallarles el terreno bajo los pies.[11]

Para esos intelectuales la mafia es fenomenología del poder: un poder arcaico que viene de la alianza de la DC con las derechas, entre la burguesía y el feudalismo, y que por lo mismo reproduce todos los vicios del transformismo italiano y siciliano. En 1959 se publica *Il gattopardo*, con su ideología de "todo cambia para que nada cambie" hacia la cual la izquierda tiene una relación de odio-amor: la detesta como reaccionaria pero al mismo tiempo la ve como una representación realista de la situación de la isla, quizás incluso como un consuelo por la propia incapacidad de incidir en ella.

Verdaderamente los comunistas y socialistas sicilianos logran salir del gueto en 1959-1960 con la llamada operación Milazzo, que toma su nombre del notable oriundo de Caltanissetta, ex separatista, protagonista de la fractura desde adentro de la DC, gracias a la cual se constituye un gobierno regional atípico, sostenido por la extrema derecha y la extrema izquierda, en el que la clase política de extracción agraria hace su última prueba ganando consensos con base en una plataforma encendidamente sicilianista. Se tiene la sensación de que algunos grupos mafiosos, en tránsito de los grupos de derecha a la DC, apoyan esa tentativa de conservar algo de las viejas autonomías de los notables contra el nuevo partido-máquina creado por Fanfani: es el caso de Francesco Paolo Bontate, alias don *Paolino Bontà*, propietario y arrendatario de vastas plantaciones de cítricos, *capomafia* palermitano de los más importantes, ex separatista y monárquico. Esa alineación política es también la que ve el inicio de dos grupos empresariales que después serán objeto de duras polémicas por su proximidad a ambientes mafiosos: los financieros Salvo de Salemi y los constructores cataneses Costanzo. Parece incluso que el grupo Salvo-Bontate estuvo

entre los artífices de la caída de Milazzo, con un cambio de frente destinado a asegurar a los Salvo una “especie de benevolencia” por parte de toda la DC, manifiesta en la perduración del monopolio de las cobranzas con un lucro (es decir, un premio) de 10%, contra el promedio nacional de 3.3%.[12] Según el *pentito* Calderone, la mafia había sostenido a Milazzo “con todas sus fuerzas” también en razón de las leyes de apoyo a los empresarios aprobadas en aquel primer experimento de consociación:[13] la idea de que de todos modos el capital “siciliano” debe ser protegido, típica del esquema perverso del unanimismo regionalista, hace que el pasado se proyecte de la peor manera sobre el futuro.

Caído Milazzo se va al centro-izquierda, y la Asamblea regional invita al Parlamento a crear la Comisión de Investigación sobre la Mafia, que justamente la izquierda venía pidiendo desde mucho antes y que finalmente se crea en 1963: parece que con la Italia del centrismo y la Sicilia del latifundio la mafia va hacia la derrota. La Comisión emprende un trabajo muy notable de documentación, cuyos resultados, sin embargo, permanecen desconocidos para la mayoría; su presidente, el democristiano Pafundi, primero anuncia que en los expedientes se va acumulando un “polvorín”, pero después tarda en hacerlo estallar, hasta que al final de la legislatura (1968) la montaña pare el ratoncito de una relación de pocas y anodinas páginas. Los que esperaban un proceso público a la clase dirigente empiezan a considerar la Antimafia como una “ocasión perdida”.[14] El partido de la mayoría no está dispuesto a hacerse juzgar, sino al máximo a conceder que en la canasta democristiana puede haber habido alguna manzana podrida aislada como el fanfaniano Vito Ciancimino, mientras la oposición insiste enérgicamente en que un personaje semejante (que ha sido alcalde de Palermo, asesor urbanístico, secretario de la DC en la ciudad) representa la personificación de un sistema de poder más vasto hecho de clientelas y negocios, que se trenza alrededor de la administración municipal palermitana; por lo demás, ya hace años que la prensa ironiza sobre el comité de negocios llamado Valigio (Vassallo-Lima-Gioia, un constructor y dos políticos democristianos), que monopoliza el saqueo edilicio de una ciudad que se expande y se hincha frenéticamente de habitantes. Ya la investigación ministerial confiada al prefecto Bevivino (1964) había revelado una práctica que la documentación de la compañía confirma plenamente: destrucción de edificios antiguos y grandes extensiones de verde público y privado, manipulación de los planes reguladores, licitaciones corruptas, licencias fáciles, sociedades de conveniencia.

> Cinco oscuros personajes, por ejemplo, monopolizaron 80% de las licencias […] Cuatro de los cinco beneficiarios se dedicaban a otras actividades: Uno era un ex albañil, otro vendedor de carbón, un tercero ingeniero amonestado en 1957 por haber firmado proyectos sin haberlos redactado ni dirigido, un cuarto era jornalero y guardia de

obra a la espera de convertirse en portero de uno de los 1 465 edificios para los que había obtenido la licencia.[15]

El típico constructor exitoso, Francesco Vassallo, viene del interior, del suburbio de Tommaso Natale, hace su aprendizaje como *scassapagghiara* en los años treinta y se vincula a una familia mafiosa local que tendrá dos muertos por violencia (hermanos de la esposa) en 1961-1962. En la posguerra hace su despegue en el mundo empresarial blandiendo el instrumento cooperativo, que en este como en otros casos los mafiosos utilizan, de preferencia a las sociedades anónimas, para "dar vida a microestructuras empresariales en las que se asocian entre ellos pero también con sujetos 'colaterales' a la organización".[16] En resumen, al principio Vassallo tiene poco capital pero no carece de relaciones: por ejemplo con una importante empresa de transportes y con el establecimiento Montecatini de Tommaso Natale, que le permiten participar en las licitaciones públicas garantizando su confiabilidad. Después el camino se le abre gracias al crédito fácil, las oportunas variaciones de los planes edilicios, los intercambios de favores y prestaciones con los Lima, los Gioia y otros notables como Di Fresco y Matta. Este último pasará al primer plano cuando la DC trate de incluirlo entre los miembros de la Comisión Antimafia, suscitando la enérgica y victoriosa reacción de los comunistas encabezados por Pio La Torre.

La DC y el PCI van, pues, hacia el choque frontal, hasta la contraposición del informe de la mayoría (Carraro),[17] el de la minoría de izquierda (La Torre) y el de la de derecha (Pisanò) con que concluye la primera fase de la vida de la Comisión (1976). Sin embargo, eso no debe ocultar el acuerdo que se había creado entre el (segundo) presidente Cattanei y su vicepresidente Li Causi, que a partir de 1972 conduce a la publicación de gran número de materiales y que, en general, se refiere más a la evaluación de los *fundamentos* y la *historia* del fenómeno mafioso.[18] Mirando hacia el pasado, el problema de las responsabilidades políticas se hace menos angustioso. Así, es posible abandonar en parte el centrismo al estilo de Scelba, que ya no está tan de moda, y sobre todo el Estado liberal, al que se le atribuyen todos los males con ventaja para las dos fuerzas *antirisorgimentales*, los católicos y los comunistas. Estos últimos en particular obtienen satisfacción sobre el asunto de Giuliano y en general sobre su evaluación de la mafia como instrumento de los latifundistas contra los campesinos. El esquema opositivo malos-buenos incluso se convierte en una clave de lectura de la historia isleña, por lo menos a partir del fin de la feudalidad (1812), empresa llevada a cabo por los relatores con pocos instrumentos y mucha ideología sicilianista en versión de izquierda, con base en un presunto permanente complot tendiente a impedir que el "pueblo" siciliano alcance sus permanentes (presuntos) objetivos: la conquista de la tierra y de la autonomía regional. Tendríamos una mafia ya bien definida en el periodo del *Risorgimento*, que se pone del lado de Vittorio Emanuele II en contra de Garibaldi, que quería dar la tierra a los campesinos; que en 1867 apoya a la burguesía agraria contra (fantasmales)

proyectos gubernamentales de reforma social; que obviamente se contrapone a los *fasci*.[19] Significativamente la relación comunista invierte la misma tradición Grieco-Sereni negando cualquier papel autónomo de los estratos intermedios (los *gabellotti*), con el poco convincente argumento de que la simple existencia de un poder de clase (de los latifundistas) haría necesariamente de la mafia un "fenómeno de clases dirigentes";[20] así, la propia mafia, además de configurarse como director de escena de toda la historia de la isla, vuelve a proponerse como mero reflejo de la política y de la sociedad, contra la advertencia de Rosario Romeo que instaba a delimitar conceptualmente el tema, a "no ceder a la tentación" de hacer coincidir la historia de la mafia "con la historia de Sicilia";[21] o más bien, con la representación adecuada para confirmar el esquema que se presupone a nivel político. Esto vale para las relaciones generales de la Antimafia, no para la enorme mole de documentación reunida y después (parcialmente) publicada en decenas y decenas de volúmenes, en los que se encuentran otros fragmentos de verdad, otras pistas interpretativas.

Mientras tanto, la mafia da señales de indudable y trágica vitalidad. En 1960 es asesinado en Agrigento el comisario de Seguridad Pública Cataldo Tandoj; las habituales voces interesadas intentan despistar montando un turbio escándalo sexual de provincia con participación de notables democristianos, cuando en cambio se trata de la historia más prosaica de un funcionario que tuvo relaciones demasiado estrechas con la *cosca* de Raffadali, dedicada a la compraventa de los latifundios de la zona, que pagó con la vida sus ambigüedades. Pero las primeras páginas son para Palermo. Entre 1955 y 1963 la ciudad es sacudida por la lucha por el control de los mercados generales, que provoca decenas de muertos. En 1962 estalla la llamada "primera guerra de mafia" entre los dos grupos opuestos de los Greco (de Ciaculli) y los hermanos La Barbera, que serán los derrotados: uno de ellos (Salvatore) termina siendo víctima de la "lupara blanca", el otro (Angelo) huye a Milán donde es alcanzado por los asesinos de sus adversarios y se salva por pura suerte, acontecimiento resonante porque con él la mafia se presenta en el primer plano de la capital de la Italia industrial. Aún más resonante resulta la explosión en Ciaculli, el 30 de junio de 1963, de un Alfa Romeo destinado a los Greco, que en cambio mata a siete hombres de las fuerzas del orden. Los automóviles vuelan por las calles persiguiéndose mutuamente, estallan bombas y ráfagas de ametralladora igual que en Chicago en los años treinta: Milán, los Alfa Romeo, los explosivos plásticos representan otros tantos inconfundibles símbolos de la modernidad. El latifundio muere, y con él la sociedad tradicional, pero contra todas las previsiones la mafia palermitana prospera apoyada en la industria de la construcción, el contrabando de tabaco y de estupefacientes. ¿Cómo unir el pasado a este presente? La Comisión parlamentaria presupone un "trasplante" de mafia y mafiosos del campo a la ciudad, mecánicamente correspondiente al fenómeno macrosocial del pasaje de una sociedad de base rural a una de base urbana: a ese viraje epocal conduce la sustitución de una mafia "vieja" por otra "nueva", sin conciencia del hecho de que este tipo de oposición

conceptual ya había sido hecha tantas veces en el pasado en relación con otros virajes reales o presuntos. Por lo demás, la tesis es universalmente compartida por los observadores más variados y, en consecuencia, es aceptada como base indiscutible en la formulación de cuestionarios y entrevistas.

Ciertamente Villalba y Mussomeli, considerados como lugares ideales y típicos del fenómeno mafioso, siguen siendo difíciles de vincular no sólo con Palermo sino con Cor-leone, por mil razones entre las cuales no es la menor la ausencia de una tasa de violencia significativa en los dos pueblos del Nisseno. El modo como Leggio toma el poder no se parece en nada al mecanismo de tranquila sucesión con que, según Pantaleone, Genco Russo habría asumido el papel de monarca de la mafia siciliana heredado de Vizzini.[22] En los libros del propio Pantaleone, en las relaciones de la Antimafia, en toda la literatura estamos frente a una evidente sobrevaluación del papel desempeñado por esos dos personajes en el organigrama mafioso, reciente y drásticamente redimensionado por las revelaciones de los *pentiti*, y al mismo tiempo frente a una indebida generalización del modelo de Caltanissetta, cuya especificidad había señalado ya el cronista de *L'Ora*, Felice Chilanti:

> Los capos de las *coscas* de Palermo, de la zona de Trápani y la de Agrigento se mantienen apartados, en la sombra. A veces están incluso prófugos […] En Palermo ocurre que, al dar los datos biográficos de un *capomafia* muerto, la policía lo define como "pastor" o "peón" aunque sea un empresario […] En Caltanissetta y su provincia el mafioso convertido en empresario pone su nombre en el letrero.

Esta mafia "prefectural" crecida "ante los ojos de los *onorevoli* Aldisio y Volpe"[23] no es *la* mafia, es el grupo que por tener más características políticas ha atraído la atención de la literatura sobre el tema contemporáneo de las luchas por la tierra, el separatismo, la confluencia con la DC. Por lo demás, a la larga la sobrevaloración en este caso ha tenido efectos deformantes sobre la percepción del fenómeno en su generalidad; basta pensar en la dificultad de concebir una mafia urbana, o en la imposibilidad de encuadrar en ese esquema a un personaje como Leggio, tan basado en la violencia pronta y cruda, que por mucho tiempo será acompañado por el adjetivo *bandido* (o *gángster*), de preferencia al otro, *mafioso.* El modelo don Calò, en cambio, insiste en la mediación más que en la violencia hasta la paradoja del mafioso que jamás ordenó un homicidio, cuyo poder significa una simple traducción al idioma local del poder social: el *gabellotto*-notable corresponde *ipso facto* al *capomafia.*

Con este esquema se encuentran en los años sesenta algunos científicos sociales extranjeros que han ido a Sicilia para sus *field researches* sobre la mafia. Ya sabemos que el problema del que parten es estadunidense, no siciliano.[24] Con las

investigaciones estadunidenses del periodo de posguerra se vuelve a proponer una visión de la mafia como entidad centralizada vinculada al dato étnico y a la conspiración extranjera, con implícita acusación contra el frente democrático de Roosevelt, típicamente pluriétnico, que no habría sabido o querido oponerse a ella. Aquí reside el primer equívoco de la recepción italiana de esa problemática: por lo menos hasta Bob Kennedy la antimafia estadunidense es esencialmente de derecha, mientras que la cultura liberal intenta reducirlo todo a relaciones clientelares, *bossism*, pequeña delincuencia, en todo caso *disorganized crime,* sin ninguna connotación étnica.

Por falta de competencia no entro en la cuestión del carácter centralizado y monopolista de las actividades de la mafia estadunidense, tema que es centro de la mayor parte del debate.[25] Me interesa el efecto de rebote. Boissevain, Hess, Blok, Jane y Peter Schneider vienen a Sicilia en los años sesenta buscando una mafia que represente el calco de la sociedad "tradicional", con sus jerarquías y su cultura. Los estadunidenses se confirmarán después en la idea de que, también en la patria de origen, se trata solamente de "un sistema de padrinos y clientes que intercambian favores, servicios y otras ventajas":[26] una mafia reducida a la categoría general del clientelismo, destinada a agotarse con la modernización. "Antes había mafia, ahora hay política", es el poco realista epitafio que Blok coloca sobre el parteaguas de la "gran transformación" de la posguerra, al término de su obra.[27] La tesis coincide en algunos aspectos con las prevalecientes en Italia, de Pantaleone a las relaciones generales de la Antimafia. De ese punto partirá en nuestro país el debate científico con *La mafia imprenditrice* [La mafia empresaria], de Pino Arlacchi (1983), que se abre con una afirmación tan neta como contrastante con los datos empíricos: En "los 20 años siguientes a la guerra" la mafia habría vivido una fase de decadencia, una "crisis profunda"[28] debido a la disgregación de los factores macro-sociales (el universo "tradicional") del que ella habría sido expresión. La *vieja* mafia, por lo tanto, estaría en vías de extinción, en favor de la *nueva*. Así, *La mafia imprenditrice* retoma la posición de la Antimafia, realiza la operación políticamente importante de poner de manifiesto el carácter dinámico y, por lo tanto, peligroso del fenómeno, pero relega a la *vulgata* el pasado rompiendo su relación científicamente fecunda con el presente. Arlacchi sobre todo no enfrenta en absoluto, o enfrenta en forma totalmente errada, el tema de la mafia como organización.

No sé cuánto había leído el jefe de policía de Palermo en 1974, Migliorini, de ciencias sociales, pero ciertamente parece debida a un antropólogo mediterráneo su definición de una mafia ahora en crisis por la decadencia del "sentido del respeto", formada por "asociaciones individuales" sin ordenamientos ni jerarquías, que duran hasta "alcanzar finalidades" individuales y después se disuelven. La consecuencia operativa es, por tanto, triunfalmente nihilista. "¡La represión del fenómeno general es imposible! ¿Represión de qué? ¿De una idea, de una mentalidad?"[29].

2. EL PODER TERRITORIAL

Leonardo Vitale, hijo de Francesco Paolo, pertenece a una antigua familia de mafia, en el doble sentido de la *cosca* y del grupo de consanguíneos. Muy probablemente desciende de uno de los primos Vitale sospechosos de asesinar a Francesco Miceli (1892) así como clientes de Palizzolo y capos de mafia de Altarello di Baida, suburbio en el cual todavía, después de más de 70 años, tiene un papel dirigente un Giovan Battista Vitale, tío de Leonardo, "constructor de edificios [que] en ese campo comete abusos y excesos tanto en la compra de terrenos edificables como en la venta de departamentos".**[30]** Leonardo es, pues, un predestinado, aunque hay muy poco en él que haga pensar en la "hipertrofia del yo", en el machismo y demás rasgos culturales que el imaginario mafiológico repropone, por enésima vez, en los años setenta. Se trata de un muchacho lleno de fragilidades emotivas, huérfano desde pequeño, fascinado por la figura del tío a quien tiene que demostrar que es un "hombre", incluso para rechazar la sospecha de homosexualidad que él mismo incuba. De ahí su gran conformismo en relación con el ambiente y el grupo de mafia que lo rodea, la incapacidad de percibirse a sí mismo como individuo sobre la que reflexionará más tarde: "No me importaba nada de mí mismo, de mi vida […] o sea sólo daba importancia a los demás", "admiraba a todos los demás". Se vuelve mafioso porque quiere sentirse gregario. Para mostrarse a la altura mata primero a un caballo, después a un ser humano, sin conocer otra razón más que eso es lo que se espera de él. Estamos en 1960, Leonardo tiene 20 años. Algún tiempo antes el tío quizá trató de detenerlo al borde del abismo. Le dijo: "¿Ves mis manos? Están sucias de sangre y las de tu padre lo estaban aún más"**[31]**. Después el propio tío le encarga el primer asesinato, y como premio lo lleva de cacería.

Inmediatamente después, Leonardo Vitale es afiliado con el mismo ritual descrito en su tiempo por las fuentes del siglo XIX, de cuya existencia Hess se niega a admitir ni siquiera la "posibilidad",**[32]** ciertamente por la evidente vinculación con modelos imposibles de reducir a los familistas-amiguistas con que se divierten los científicos sociales. Desde entonces han salido a luz otras informaciones, que se suman a las del siglo XIX. Hace ya años que Valachi describió los sistemas de afiliación a la *Cosa Nostra* estadunidense. En Sicilia un tal Giuseppe Luppino en 1958 reveló que se había negado a cometer un homicidio después de haber prestado juramento a la *cosca* de Campobello de Mazzara, revelación validada por el subsiguiente asesinato de Luppino.**[33]** Evidentemente la mafia ha transmitido sus rituales manteniéndolos invariables en ambientes de lo más diversos, de un continente a otro, sin revelarlos casi nunca a los profanos. Se explica por qué continúan jugando a la baja hasta los que deben tomar conocimiento de esos vislumbres del subsuelo: las afiliaciones, la organización por "familias" y por zonas existirán en los Estados Unidos, *pero* sólo como sustitutos artificiales del natural "humus mafioso" existente en Sicilia: "ritualidad y lenguajes secretos" pueden "aflorar aquí y allá […] *pero* pertenecen a

‘filosofías’ y costumbres arcaicas, totalmente superadas”.[34] La mente retrocede ante lo que el rito revela: una organización arraigada en el territorio a través de generaciones; por lo tanto, relativamente impersonal y ligada a una profunda conciencia de sí misma; que en la mafia de los jardines de Altarello se expresa con el detalle del pinchazo en el índice, hecho no con el alfiler habitual sino con una espina de naranjo amargo.

El juez de instrucción Aldo Rizzo, que en 1974 recoge la confesión de Vitale, intenta encuadrar jurídicamente el fenómeno como asociación para delinquir que por tener “programa indefinido” se diferencia de las que tienen límites predeterminados en el tiempo y en el propósito.[35] En efecto, aun en un clima cultural muy desfavorable, los operadores del derecho que se proponen combatir a la mafia no renuncian a encuadrarla en la temática asociativa. Así, ya en 1965, Cesare Terranova, en cuyas sentencias nunca falta el esbozo histórico-teórico, destacaba:

> dejando de lado las fantasías del pasado, que la mafia no es un concepto abstracto, no es un estado de ánimo, sino que es criminalidad organizada, eficiente y peligrosa, articulada en conjuntos o grupos o “familias”, o mejor aún “coscas” […] Existe una sola mafia, ni vieja ni joven, ni buena ni mala, existe la mafia que es asociación delincuencial.[36]

Detengámonos en los blancos de esta polémica: la opinión conservadora que atribuye a la vieja mafia “una función incluso de equilibrio, o de cualquier modo positiva, en la sociedad, en sustitución o como complemento de los poderes insuficientes del Estado”; los notables liberales o demo-cristianos, cuyas “actitudes indulgentes o sentimentales, a veces autorizadas, impregnadas de manifiesta simpatía hacia la mafia o la vieja mafia, no se han resuelto sino en una rémora a los esfuerzos realizados para sanar nuestra sociedad”; los abogados como Puglia y (más prudentemente) el infaltable Pitrè. Para confutar la mitología de los mafiosos honorables e inflexibles tenemos las citas de los procesos del periodo fascista con las “bajezas” “de los imputados que competían en las confesiones, en las acusaciones, en las contraacusaciones y en las imploraciones de clemencia y perdón”.[37] La evocación de “S. E. Giampietro” no debe sorprender en un hombre de izquierda como Terranova: sirve para remachar el dato, afirmado en esos 20 años, de que la mafia es por sí misma asociación para delinquir. Esto no es tan obvio como podría parecer. En los dos grandes procesos instruidos por Terranova, uno contra los corleoneses y el otro contra los vértices de la organización palermitana, el instrumento básico sigue siendo el mismo utilizado en 100 años de historia por el Estado liberal y por el Estado fascista: la relación de la policía con sus fuentes confidenciales que hasta hoy no quieren ni pueden “ser nombradas en el juicio”.[38] Para que la magistratura que debe juzgar se convenza de la veracidad de descripciones que con frecuencia carecen de

pruebas objetivas, es necesario que la *fama* por la cual el mafioso es involucrado en el procedimiento lo muestre verdaderamente capaz de delitos feroces, cosa difícil si se parte de conceptos como los utilizados en una sentencia de 1964: "También los mafiosos tienen sus afectos, también ellos viven su vida de relaciones que puede estar inspirada en principios de sociabilidad y licitud si es que no también de honestidad. No es el hombre el que califica la acción, sino que la acción califica al hombre".[39]

Por el contrario, es justamente el ser mafioso lo que califica la acción; siempre que esa cualidad no sea confundida con una *mafiosidad* inocua sino que represente el contexto explicativo en el cual colocar acciones y reacciones, acuerdos, desviaciones y represalias como las del choque entre Leggio y Navarra o de la primera guerra de mafia; siempre que el conjunto de las interrelaciones entre los mafiosos valga para explicar las alineaciones reales. Ciertamente hay quien se pregunta: "¿cómo se puede hablar de asociación cuando los asociados, en lugar de ser solidarios, se matan entre ellos?"; pero se trata de una "cavilación", como señalaba ya en 1929 Natale Costa, representante del ministerio público en el proceso contra la *cosca* de Piana dei Colli, [40] y antes que él los investigadores del proceso Amoroso y los *stoppagghieri*. En las guerras siempre el uno se divide en dos. Más bien el conflicto representa la mejor prueba, aunque deductiva e indiciaria, de la existencia de la organización que los *pentiti* de los ochenta indicarán con el nombre iniciático ya conocido en los Estados Unidos: *la Cosa Nostra*.

Buscetta da la impresión de que el término se había usado desde siempre en Sicilia para decir *mafia* ("nosotros lo exportamos a América").[41] Parece en cambio plausible que la tradición oral, a la que apela el *pentito*, fuerce los elementos de continuidad, y podríamos hallarnos frente a uno de los efectos de regreso del modelo americano, si es cierto que en 1943 en Sicilia no existía organización y se esperaba un nuevo verbo, traído quizá por los *indeseables*, Luciano, Coppola, Genovese, que en ese periodo fueron expulsados por las autoridades estadunidenses y devueltos a Italia. También podría ser estadunidense el término *familia* para decir *cosca*, empleado entre otros por Vitale y Buscetta; sin embargo, este último subraya la tradición totalmente palermitana de una mafia organizada con base en la unidad territorial del "suburbio". Palermocéntrica es en verdad la realidad que surge de esas revelaciones, como se desprende de los resultados de la gran indagatoria de Terranova de 1965 de la que saldrá en 1968 el proceso de Catanzaro; esa indagatoria se construyó con base en informes de carabineros y policía que desde el momento del nacimiento de la Antimafia, pero sobre todo frente a la masacre de Ciaculli, habían dejado de contentarse con el "se matan entre ellos" que tranquilizaba a la opinión burguesa tanto en el siglo XIX como en la década de 1950.

Aquí los hechos hablan un lenguaje distinto del de la Antimafia, no muestran indicio del presunto trasplante del latifundio a la ciudad y, por el contrario, indican una formidable continuidad del asentamiento mafioso en el centro y sobre todo en los suburbios de Palermo, confirmando lo que ya sabíamos por las historias de los Greco

de Ciaculli-Croceverde y de los Vitale de Altarello: continuidad destinada a reaparecer hasta épocas más cercanas a nosotros y a asombrar hasta a un mafioso de extracción muy diferente, como el catanés Antonio Calderone:

> Los mafiosos palermitanos […] nacen, viven y mueren en el mismo lugar. El barrio es su vida, su familia vive ahí desde hace generaciones y todos son parientes. Los apellidos principales son cuatro o cinco, los demás son todos agregados. Al máximo uno se hace una casa más bonita, más lujosa. Stefano Bontade derribó la casa de su padre, en Santa Maria di Gesù, y construyó encima un palacio, y lo mismo hicieron su hermano Giovanni y Salvatore Inzerillo en Bellolampo. No se movieron un metro de su reino, donde son amos absolutos desde hace decenios y decenios.[42]

Este mismo tipo de extracción tienen los 24 capos de la mafia palermitana citados en 1963 por el informe del teniente de carabineros Mario Malausa, que caería en la masacre de Ciaculli. Son todos nativos de la ciudad o de su *hinterland*, perseguidos (cuando la edad lo permite) en los procesos del periodo fascista contra las mismas *coscas* palermitanas en las que continúan militando, y han pasado por las mismas peripecias políticas de sus colegas del interior hasta la adhesión general a la DC. Malausa escribe de Benedetto Targia:

> Fue un ferviente partidario del separatismo, pero cuando ese movimiento perdió poder siguió las huellas de otros mafiosos pasando de partido en partido (liberal-monárquico-democristiano). La aversión que tiene por la legalidad demuestra claramente que lo que lo ha empujado hacia la democracia cristiana no es el sentimiento político, sino solamente la conveniencia personal.[43]

En efecto, también esa instrumentalización del dato político, después de la embriaguez separatista, representa una constante. El Baldassarre Motisi propietario de jardines, comerciante mayorista de cítricos, concejal municipal demo-cristiano, que según Malausa “tiene muchas adherencias con personalidades de relieve y las aprovecha […] con el objeto de consolidar tanto su posición de mafioso como la de hombre político”, tiene el mismo apellido y responde al mismo *identikit* del Francesco Motisi que fue concejal municipal en 1899 y representante de la mafia de Mezzomorreale. Los 24 del informe son todos “facinerosos de las clases medias”, como los que describía Franchetti: *gabellotti*, propietarios y arrendatarios de plantaciones de cítricos, intermediarios, traficantes, “industriosos” e “industriales”. Esto naturalmente no excluye la movilidad social. El choque entre los La Barbera y los Greco se refiere a una nueva y una vieja mafia generadas ambas en el interior del

área palermitana, con base en una dialéctica que se remonta a los tiempos de Palizzolo, entre zona oriental y zona occidental. Como explica Terranova,

> los Greco, se podría decir, tienen los cuatro cuartos de nobleza, representan la mafia tradicional, la mafia camuflada de respetabilidad […] y están unidos por una densa red de amistades, intereses y protecciones con los mayores mafiosos de la región de Palermo. Tienen una posición de preeminencia en el campo de los contrabandistas de tabaco y estupefacientes. Los La Barbera en cambio provienen de la oscuridad y su fuerza consiste sobre todo en su ánimo emprendedor y en la resuelta banda de sicarios que los sigue.[44]

Si entre los aliados de los La Barbera está Tommaso Buscetta, hijo de un vidriero proveniente también él “de la oscuridad”, también está un Pietro Torretta, que fue “acompañante” de la banda de Giuliano y ahora es capo de la *cosca* del Uditore, de mayor nobleza mafiosa: administrador de los bienes de los marqueses Di Gregorio, hombre acomodado y “de máximo respeto”,[45] debería ser hijo de aquel Francesco Torretta que encuentro citado en el *Rapporto Sangiorgi* como miembro de rango no excelso de la *cosca* en 1895. Entre las acusaciones pronunciadas contra Torretta hijo está la del asesinato de un tal Salvatore Gambino, ultimado a balazos después de una feroz golpiza (1963). Pocas horas antes Gambino había matado por motivos fútiles a Filippo y Michele Bonura y después había ido a refugiarse con Torretta. Fuentes confidenciales atribuyen su muerte a la voluntad del *capomafia* de ejercer su función reguladora y punitiva en relación con un homicidio “injustificado”; sin embargo, el tribunal considerará insuficiente el móvil en vista de la tenuidad de las relaciones entre los Bonura y los Torretta, en comparación con el compadrazgo que liga a Torretta con Gambino. Tal vez la cuestión se habría visto más clara si se hubiera sabido que 60 años antes, en ese mismo suburbio, que representa la primera infancia de la mafia palermitana, otros miembros de una familia Bonura habían sido capos de la *cosca* de Torretta padre, y que 20 años más tarde otro Bonura estaría ocupando el mismo puesto en el mismo lugar.

En indagaciones judiciales sobre hechos de la naturaleza más variada se abren de pronto vislumbres de esa vertiginosa profundidad histórica. Lleguemos por un momento a la década de 1970. El ingeniero Giuseppe Di Benedetto, empresario civil escaso de efectivo, es presionado por el barón Sebastiano Provenzano, quien le había prestado 30 millones y ahora le pide que se los devuelva, junto con los intereses correspondientes. Di Benedetto busca entonces la mediación del viejo *capomafia* de Passo di Rigano, Rosario Di Maggio, que inmediatamente se ofrece a “arreglar” la cosa; al ingeniero, agrablemente sorprendido, le explica que fue “amigo” de su padre y gran elector de su abuelo, que además era el *onorevole* Lo Monte, protector de la

mafia en la primera posguerra. Los intereses serán cancelados y los pagos escalonados en forma cómoda: quien se hace cargo del crédito es Rosario Spatola, sobrino de Di Maggio, constructor, banquero-reciclador del grupo encabezado por Salvatore Inzerillo, sucesor del mismo Di Maggio a la cabeza de la *cosca* y capo de la mayor banda de traficantes de droga en la ruta Palermo-Nueva York.[46] ¿Mafia vieja o mafia nueva? Mafia clásica de los suburbios, expresión de la continuidad del control sobre un territorio que representa el escenario de las especulaciones sobre los suelos y del saqueo edilicio de Palermo. El veto impuesto por Michele Greco a la venta de terrenos que formaran parte del eje hereditario Tagliavia se explica a la luz del tradicional papel de arrendatarios de esos terrenos que desempeñan los Greco y, por lo tanto, de una especie de usucapión mafiosa apoyada por el *onorevole* Luigi Gioia, albacea del patrimonio Tagliavia y emparentado con ellos, y como tal presumiblemente en el centro de una antigua red de relaciones que incluye a los mismos Greco. Los instructores del maxiproceso comentan: “Era impensable que Michele Greco consintiera en comprar, aunque fuera en parte, terrenos que ya consideraba como suyos”.[47] Como beneficiarios de la lotificación edilicia del fondo Scalea no debe asombrarnos que aparezcan los hijos del mafioso Gaetano Cinà,[48] quien fue cuidador de aquellos jardines y probablemente descendiente de su homónimo que ya a fines del siglo anterior era miembro de la organización.

Añádase otra consideración. Ésta es la Palermo de la decadencia aristocrática, la Palermo que todavía (hasta mediados de los años cincuenta) confía su existencia a un cuadro liberal-moderado, y por lo tanto se deja conquistar por la clase política (democristiana) originaria de la Sicilia interna que asume el control de la región;[49] se podría decir que el mafioso es el único estrato “político” urbano que consigue defender e incrementar su propio poder.

El caso de los corleoneses parecería una excepción, considerando el papel central que tendrán en la historia. Sin embargo, hay que ver si se trata realmente de mafia interna. Navarra era el *capomafia de Corleone*. Leggio permanece prófugo casi siempre, y pasa la mayor parte del tiempo en Palermo, en cuyo mercado de la carne tiene sus intereses de abigeo. Él mantiene una guarnición permanente justo en el corazón de la vieja mafia de los jardines, Piana dei Colli, con una empresa de transportes confiada a Giacomo Riina y a su joven sobrino Salvatore, que no por casualidad está destinado a asumir en el futuro la dirección del grupo. Por lo demás, lo ocurrido en la región de Corleone tiene efectos inmediatos en Palermo. Después de la eliminación de Navarra, Leggio es convocado por Salvatore Greco, quien le pide cuentas de su iniciativa provocando una reacción irritada del nuevo *boss*.[50] Al parecer la mafia de los jardines estaba de acuerdo con Navarra para impedir la realización de una presa que llevaría el agua de la zona de Corleone a la Conca d’oro, arruinando el monopolio de distribución de agua, mientras que Leggio quiere explotar las posibilidades de negocios que representa la construcción de la presa.[51] Los problemas de Corleone, por lo tanto, no son internos del pueblo sino que más

bien forman parte de “esa cadena que, por la estatal 118, conduce a la capital de la isla”.[52] A lo largo de esa cadena se reconstituye un espacio subprovincial en el que desempeñan un papel notable los mafiosos de Cinisi (Cesare Manzella y Gaetano Badalamenti), Corleone (Leggio), Caccamo (Giuseppe Panzecca). En todo caso el centro está en Palermo, la cabecera que volvió a ser capital con la institución de la Región.

¿Qué actividades tutela y promueve la red de las afiliaciones mafiosas? ¿Para qué sirve la mafia?

Volvamos a Leonardo Vitale, quien, como el protagonista de *Buenos muchachos,* convertido en gángster porque quiere “estacionarse frente al hidrante”, prende fuego al automóvil del gerente de un cine, un calabrés culpable de no dejarlo entrar gratis. Es ésa la única ocasión en que Leonardo toma una iniciativa personal. Por lo demás, sus delitos siempre forman parte de la vida cotidiana de una entidad colectiva, la *cosca* o bien familia Altarello-Porta Nuova, dirigida por Pippo Calò. Es necesario obtener puestos de guardián en jardines y obras, cobrar la “mordida”, hablar por teléfono y escribir cartas amenazantes, envenenar perros guardianes y prender fuego a algunas maquinarias, si es preciso matar con la vieja *lupara* desde atrás del muro o, más modernamente, de pie en un Fiat 500 con el techo abierto. Igual que sus padres y sus abuelos, Vitale y los suyos matan generalmente a otros facinerosos, al ladrón de limones *(¡sic!)*, al rival en la jerarquía mafiosa. Una vez muere un empresario durante una tentativa de secuestro: si no hubiera reaccionado, comenta disgustado uno de los afiliados, “él estaría vivo y nosotros tendríamos el dinero”.[53]

Ese mecanismo de control territorial no hace distinciones entre sectores: agrícola, edilicio, comercial. Lo importante es que el monopolio de ciertas actividades, ante todo la custodia, esté reservado a la *cosca*, y las demás se desarrollen con su permiso y con su participación en los beneficios. Esto vale incluso para las raras industrias palermitanas. El astillero perteneciente a la empresa genovesa Piaggio adjudica a la *cosca* de Acquasanta algunos servicios internos, entre ellos el encargo de mantener el orden entre los trabajadores, con métodos de blando clientelismo o de dura oposición, como ocurrió en 1947 cuando el tío Cola D’Alessandro y sus muchachos echaron mano a las pistolas. Otra compañía genovesa, que constituye un sector de Elettronica Sicula, ya en el momento de la compra de los terrenos en los que se alzarán sus instalaciones utiliza la mediación del *capomafia* de Santa Maria di Gesù, don Paolino Bontà; éste hace valer su autoridad también para superar las resistencias locales a las excavaciones hechas por los técnicos para captar las venas de agua, tema siempre muy delicado en la región de Palermo. Se llega a la inauguración de la fábrica, durante la cual se verifica “un espectáculo […] verdaderamente degradante”. El nuevo director Profumo apenas ha comenzado su discurso cuando de repente se encuentra solo, porque el “nutrido grupo de funcionarios representativos de la Región y del Municipio” que se encuentra frente a él se levanta y en un grupo compacto corre hacia la puerta: es una carrera a ver quién llega primero a rendir homenaje a

don Paolino, que acaba de entrar a la sala. Hay que pensar que para favorecer la inversión "productiva" el *capomafia* debe haber gastado muchas de sus relaciones de ex monárquico ahora democristiano, quizás incluso la de parentesco que lo une con la diputada (también democristiana) Margherita Bon-tate; a cambio de ello están reservadas para él la contratación de los obreros y el comedor de la empresa, aparte de una considerable compensación en dinero. En 1959 es él en persona quien pide y obtiene que se impida a la CGIL [central sindical de izquierda] presentar listas propias para la comisión interna. Profumo declarará: "A mí Paolo Bontà *[sic]* me sirve, porque es él quien me da el agua, es él quien me da el terreno para ampliar la fábrica, dependo de él para conseguir trabajadores".[54]

La relación entre el ingeniero Profumo y don Paolino puede aclarar que entre protección, mediación y coparticipación existe un *continuum* que debe ser visto en el marco del fenómeno ya conocido por nosotros de la transformación de los guardianes en hombres de negocios, *gabellotti* y comerciantes de diversos tipos. La mediocridad de los delitos de un Leonardo Vitale representa solamente el nivel básico de las actividades de la mafia; los mismos instrumentos, en manos de personajes más hábiles, conducen a resultados distintos. Tomemos el caso de los hermanos La Barbera, cuyo punto de partida es el ínfimo nivel de los ladronzuelos de suburbio, tanto que la Antimafia los definirá como "delincuentes comunes que se han infiltrado entre las mallas de la red mafiosa";[55] igual que en el caso de Leggio, se continúa sobrevaluando el papel de la violencia en la definición de las jerarquías, en la determinación de elevaciones incluso muy rápidas. Los dos ex ladrones se convierten pronto en extorsionadores-guardianes de casas de campo y después de construcciones en obra, desempeñando allí el papel subsidiario al que desde la juventud estaba acostumbrado Salvatore La Barbera, "peón carretero" en el suburbio de Partanna, hasta que los dos hermanos forman una sociedad de accesorios para la construcción, a la que se dirigirán los empresarios protegidos; el *capomafia* Bartolo Porcelli los pone en contacto con Eugenio Ricciardi, hombre de confianza del empresario constructor Salvatore Moncada. Naturalmente la carrera del protector-empresario tiene que jugarse también *dentro* del grupo de mafia, en este caso la familia de "Palermo-centro", donde se ajustan las cuentas con los otros aspirantes a la misma función. Allí, efectivamente, Angelo La Barbera define su competencia con Ricciardi atrayéndolo a la emboscada de Gaetano Galatolo, alias *Tanu Alatu* (1952); de ese asesinato arranca el ascenso que lleva a los dos hermanos al corazón del poder mafioso, a la cabeza del grupo de familias de la que forma parte también la de Altarello-Porta Nuova.

Los La Barbera sustituyen a Ricciardi no sólo en el estatus sino también en las actividades. Cuando Giuseppe Ricciardi, hijo de la víctima, encuentra el camión de la pequeña empresa paterna de transportes sin ruedas y coreográficamente colocado sobre un par de burros, comprende que tiene que vender todo a los vencedores y encuentra un empleo de contador en un negocio de electrodomésticos. Pero el

ambiente es el mismo. Los nuevos empleadores del joven, Giulio Pisciotta y Vincenzo Maniscalco, conspiran contra la cúpula de la *cosca*, se reúnen con otros personajes discutibles y terminan por promover una extorsión nada menos que contra Moncada (1960). Maniscalco cae en una emboscada. Después los La Barbera aparecen, junto con Tommaso Buscetta y Salvatore Gnoffo, frente a la estación Brancaccio donde Pisciotta y su socio Natale Carollo, acompañados por Ricciardi, van a recoger la mercancía; es el propio Ricciardi quien proporciona (¿involuntariamente?) la información a los asesinos de su padre. Bajo la amenaza de las armas, los primeros dos son invitados a una "plática" de la que no regresarán nunca; el tercero a volverse a su casa y olvidarse de todo. Por lo menos ésa es la primera versión de Ricciardi, que después niega sosteniendo que había sido torturado, pero luego desmiente eso también en forma desesperadamente contradictoria, terminando por afirmar que "no conoce a nadie, está enfermo, ha perdido una ocupación bien retribuida por ser hijo de su padre, tiene miedo de todo y de todos" y no quiere otra cosa que "vivir tranquilo".[56] Evidentemente la vida de hijo de un *capomafia* no es fácil.

3. Militares y traficantes

Los anteojos primitivistas y ruralistas que usa la mayoría de los observadores son los principales responsables del hecho de que cause asombro la presencia de mafiosos desde la posguerra en las rutas del contrabando internacional de tabaco o en el comercio de la droga destinada a los Estados Unidos. El intercambio transoceánico representa una de las características fundantes de la historia que se relata aquí, ante todo con la exportación de cítricos sin la cual no existiría la mafia de los jardines, ni los jardines mismos. Es justamente escondidos en los cajones de cítricos que el opio y la morfina viajan de Palermo a Nueva York durante los años veinte, en cantidades tales que provocan una serie de restricciones comerciales de parte de los estadunidenses en represalia.[57] Pero el intercambio de bienes se entrelaza con el de personas, con la emigración de principios de siglo y después, aun cuando los flujos se van reduciendo. Entre otros, continúan cruzando el océano personajes como Calogero Orlando, nacido en Terrasini en 1906, quien partió hacia Detroit en 1922 con 400 dólares, regresó en 1928 con 800 dólares y después se enriqueció, en el curso de un continuo ir y venir entre los Estados Unidos, Sicilia y España, con la importación y exportación de aceites y quesos, con la fabricación y el comercio de sardinas y anchoas saladas; por lo menos es lo que dice él, porque según la policía, en cambio, la mercancía que maneja es la droga.[58] Recuérdese que en los años treinta Lucky Luciano ya importaba estupefacientes de Europa, tal vez mediante personajes como Pietro Davì, alias *Jimmy el Americano*, quien regresó de los Estados Unidos en 1934 y ya en 1935 fue arrestado en Milán por ese turbio tráfico, y a quien encontramos en

la década de 1950 como importador de morfina de Alemania. Pero aquí estamos ya después de la guerra, cuando son los Estados Unidos los que vienen a Italia con el plan Marshall y los “indeseables”.

El principal de estos últimos es el propio Luciano, excarcelado y enviado a su patria de origen después de oscuras negociaciones con su ex perseguidor, el senador Thomas Dewey. Ciertamente es él quien reabre el juego, primero explotando el “filón aurífero” representado por las industrias farmacéuticas del norte de Italia de las que obtiene la materia prima;[59] después estrechando relaciones con los refinadores de Marsella. Tras ponerlo en libertad, los estadunidenses parecen obsesionados con ese hombre al que consideran “rey o por lo menos miembro de la familia real”[60] de un tráfico que desemboca todo en su país; de ahí las protestas contra las autoridades italianas acusadas de no prestar atención a sus actividades. En realidad, los italianos se muestran renuentes a poner en movimiento una maquinaria investigadora capaz de seguir los complejos giros de la droga. Luciano es un tranquilo hombre de negocios extranjero; negocios quizá ilegales pero de todos modos inocuos para Italia donde no se producen ni (sobre todo) se consumen estupefacientes. La alarma social provocada por el contrabando es siempre escasa: aquí llega al mínimo.

El “lugarteniente de Lucky Luciano en Palermo” es Antonio Sorci, conocido como *Ninu u riccu* [Nino el rico] por haber sabido emplear en forma provechosa los beneficios del narcotráfico en la lotificación de la antigua Villa d’Orleans.[61] Con él se asocia Rosario Mancino, ex estibador del puerto convertido en titular de una empresa de exportaciones en apariencia de cítricos pero en realidad de heroína, obtenida posiblemente a través de los canales libaneses del propio Mancino que en Beirut está como en su casa. Quien recibe un envío suyo en los Estados Unidos (1951) es Gaetano Badalamenti, mafioso de Cinisi que con frecuencia encuentra hospitalidad en Detroit con su hermano Emanuele y la mafia local. Al parecer existe un eje Luciano-Sorci-Mancino-La Barbera, correspondiente quizás a la organización palermitana para el narcotráfico y el contrabando de tabacos, que las fuentes de la policía fiscal dicen que es capitaneada por el Pietro Davì que ya conocemos. Sin embargo, no sé si es posible definirla como una “estructura monopolista gobernada por Luciano”.[62] Siempre de acuerdo con las mismas fuentes, además de la de Davì hay otra organización (¿rival?) de traficantes internacionales dirigida por el Gaspare Ponente que cae asesinado en 1958, dejando el puesto a Salvatore Greco, *el Ingeniero*. Independientemente de Luciano, mientras tanto, se ha introducido en el comercio otro siciliano-estadunidense, Frank Coppola de Partinico, que será atrapado con las manos en la masa, al parecer gracias a una denuncia del propio Luciano. Además hay en el giro otros personajes sin conexión clara con los anteriores, como los hermanos Caneba o Serafino Mancuso, nativo de Alcamo, que van y vienen entre los Estados Unidos e Italia, tratan con los marselleses sobre calidad y precio del producto, organizan los envíos.

A esta altura debemos preguntarnos por qué pasa a través de los sicilianos la mercancía llamada heroína, que se produce en forma de opio en el Oriente, se transforma en Francia y se consume en los Estados Unidos. El hecho de que la droga se esconda en los baúles de los emigrantes representa un primer indicio de cómo se utilizan de nuevas maneras las redes que unen a Sicilia con los Estados Unidos. Por ejemplo, Pascak Molinelli, nativo de Niza, se asocia con mafiosos (Buscetta) porque ellos "consiguen los clientes y tratan con ellos".[63] Los narcotraficantes sicilianos disponen de un recurso estratégico: las relaciones de confianza que los unen con los compradores; incluso ellos *son* los fiduciarios de los compradores. De ahí el papel de grupos que, incluso con respecto a la "gran" organización palermitana, parecen especializarse en mantener un pie a cada lado del océano. Sobre todo al oeste de la capital, zona de antigua conexión con Túnez y, por lo tanto, con la migración clandestina, hay *coscas* típicamente narcotraficantes, típicamente siciliano-estadunidenses, como las de Cinisi, Alcamo, Partinico y sobre todo Castellammare del Golfo, el pueblo de los Bonanno de Nueva York y de los Magaddino de Buffalo, que produce un porcentaje notable de los mafiosos estadunidenses aunque no tiene una importancia comparable en los asuntos de la isla: aquí reinan todavía Gaspare Magaddino y Diego Plaja, parientes y amigos de los *bosses* estadunidenses. Igual que a principios de siglo, el circuito migratorio vuelve a poner en movimiento una serie de "colonias" comerciales mafiosas en alguna medida similares a las compactas colonias judías o griegas que movían los tráficos a larga distancia de la época moderna, o bien a los ingleses y estadunidenses de comienzos del siglo XIX, que mandaban a sus hijos a Sicilia a organizar la importación de cítricos, transferir los medios financieros para favorecer su cultivo y despachar esas mercancías perecederas a cruzar el océano en frágiles veleros. En todos estos casos el vínculo fiduciario, familiar o étnico sirve para disminuir los fuertes riesgos inherentes a la transacción: para los estupefacientes el peligro de confiscación por la policía, pero también de robo, de la "trácala" siempre en acecho.

Esas organizaciones no corresponden a las "familias" de la *Cosa Nostra* palermitana, en cuanto lo que administran no es un control territorial sino tráficos a gran distancia. Tenemos dos modelos distintos de organización, para leer los cuales podemos partir de la dialéctica, propuesta por Alan Block para el caso de Nueva York, entre *power syndicate* y *enterprise syndicate,* uno tendiente esencialmente a la "extorsión, no a la empresa", el otro "operante en el terreno de las empresas ilícitas como prostitución, juegos de azar, contrabando y droga".[64] En Palermo podemos llamar *power syndicate* a la estructura territorial de las familias, con sus afiliaciones rígidas, su formidable estabilidad en el tiempo, su fuerza militar y, por lo tanto, la capacidad de desarrollar, partiendo del mecanismo de la guardianía, una función vicaria de seguridad pública a lo largo del circuito extorsión-protección; el *enterprise syndicate* representa en cambio algo mucho más móvil: la red de negocios que ya en el siglo XIX se iba tejiendo para el abigeato y el contrabando. El hecho de que en esas

redes participen los mismos militantes de las *coscas* no afecta la distinción, ni conceptual ni empíricamente: Buscetta explica que las familias se limitan a dar a sus adherentes "el permiso" para participar en los diversos asuntos ilícitos. Por lo demás, la red no puede ser enteramente mafiosa, porque de ella entran a formar parte tangerinos, estadunidenses, napolitanos, marselleses, chinos, aventureros, mujeres, honorables y deshonrados, *scassapagghiara* y banqueros. Es lo que ocurre también con el contrabando de cigarros, nacido con la aportación de "grupos de aventureros internacionales en su mayoría estadunidenses" establecidos en los puertos francos de Tánger y después de Gibraltar, y que de ahí se ramifica hacia Génova y Sicilia bajo la dirección respectivamente de los marselleses y de los mafiosos, apoyándose en "algunas compañías de importación y exportación tangerinas y suizas para la financiación de las operaciones en bancos de Tánger controlados por judíos".**[65]** El tráfico presupone

> el empleo de capitales muy ingentes y de medios notables para adquirir o alquilar naves […] adquirir o trasladar a Francia y a Italia los aparatos de radio clandestinos; proveer el pago de los cigarros embarcados en Tánger y en Gibraltar (la carga de una sola nave venía a costar a los organizadores en promedio 40 000 dólares); contratar y trasladar a Italia y a otros países a los comandantes y tripulantes de las naves, así como operadores de radio; enfrentar y amortizar las pérdidas de hombres y de medios; transferir notables medios financieros a Suiza, Italia, Francia, Malta.**[66]**

Volvemos a encontrar a mafiosos como Badalamenti, Buscetta, Angelo La Barbera, Calcedonio Di Pisa, Vincenzo Spadaro, que esperan en las playas las cargas, se mueven de un país a otro, tratan con notables del hampa corso-marsellesa como Paul Paoli o con milaneses como Romano Scarabelli; que hacen contacto con los napolitanos para crear otra terminal en la distribución cuando las costas sicilianas llegan a atraer demasiado la mirada de las fuerzas del orden. Un papel especial, vagando por Europa, corresponde a Salvatore Greco, *el Ingeniero*, "financiador y encargado de los contactos con las organizaciones extranjeras"**[67]** en estrecha relación con el otro *boss* marsellés, Elio Forni. Pero hay también niveles más modestos en los que los mafiosos entran en contacto con personas que no tienen nada que ver con sus mitos y sus rituales, con su extracción étnica y cultural. La esposa de un contrabandista tangerino arrestado en 1960 reclama para sí y para su hijo por nacer el dinero que le deben "los amigos de Palermo" al marido arrestado: "Ustedes allí son muchos y entre todos no les resultará pesado un poco a cada uno […] estoy segura de que ustedes [en mi lugar] ya habrían sacado las pistolas"; después amenaza con venganzas agregando "no tengo miedo de la mafia de ustedes"**[68]**. Aquí hay que observar no sólo la imprudencia de una mujer "extranjera" que usa por escrito la

palabra *mafia* (lo que puede representar una amenaza de revelaciones a las autoridades), sino la ausencia de solidaridad interna del grupo de contrabandistas, en contraste con el cuidado en mantener a las familias de los arrestados que es de rigor dentro del grupo mafioso.

Esa heterogeneidad provoca consecuencias negativas en el plano de la seguridad bien garantizada, a diferencia de la cohesión del *power syndicate;* de ahí la mayor fuerza de las familias (de mafia y sobre todo de sangre) siciliano-estadunidenses. Más expuestos a traiciones y a denuncias, siempre dedicados a actividades que inevitablemente dejan huellas (barcos, mercancías, llamadas telefónicas, cartas, movimientos bancarios), los traficantes a veces son atrapados con las manos en la masa: su nivel es superficial y visible, comprobable como delito, mientras que el nivel de la organización territorial sigue siendo siempre misterioso y subterráneo. Además existe una potencial contradicción entre las dos esferas organizativas. Buscetta refiere que en 1958 fue por un tiempo *posato* [expulsado] de su familia por haberse excedido en sus contactos externos: "El contrabando de cigarros incluía a personas que no tenían la mentalidad mafiosa",**[69]** y no olvidemos las conocidas perplejidades de las familias estadunidenses con respecto al comercio de drogas. En la gestión de los grandes tráficos además los mafiosos se encontrarán lado a lado no sólo con "extraños" sino también con miembros de *coscas* distintas de la suya, con el riesgo de que la solidaridad de la familia termine por ser superada por la de los negocios. La afiliación común implica un simple y genérico derecho a participar en los asuntos de los coafiliados, que, sin embargo, en la práctica para ser ejercido depende de la capacidad gerencial y sobre todo financiera de cada uno: "Para el tráfico de estupefacientes todas las personas eran autónomas. El que tenía más posibilidades económicas trabajaba más".**[70]** Esto explica las grandes diferencias económicas y sociales entre los personajes que se mueven en el universo mafioso y en el interior de cada *cosca*, entre los cuales (como en cualquier otro universo) existen ricos y pobres.

Las estructuras territoriales pueden frenar o moderar, a través de polémicas internas más o menos instrumentales, el acceso de sus miembros a los recursos, pero nunca bloquear el desarrollo de actividades fructíferas: la conversión de los guardianes en hombres de negocios es un fenómeno que se repite continuamente a todo lo largo de la historia de la mafia y debe ser considerado coesencial a ella. Así, disuelta en vastas redes de relaciones, la pertenencia mafiosa continúa favoreciendo la identificación de los grupos sicilianos y siciliano-estadunidenses con "costumbres similares, una filosofía criminal similar y una herencia común",**[71]** representando un espacio de comunicación privilegiado comparable al de la pertenencia masónica para los políticos, funcionarios y hombres de negocios. Sin embargo, existe un nivel más específico de funcionalidad recíproca entre *enterprise syndicate* y *power syndicate*. Las empresas ilegales tienen necesidad de protección igual y más que las legales, ya que no pueden dirigirse a las autoridades públicas para ser tuteladas.

> Las consecuencias económicas de esas particularidades son múltiples: el patrimonio ilícito es vulnerable al embargo legal así como al robo; los derechos de propiedad no pueden basarse en documentos escritos y en general su definición es incierta […] El robo, la estafa, la bancarrota, la insolvencia, la desconfianza y las controversias […] son mucho más comunes en los mercados ilegales que en los legales; en consecuencia, no sólo hay una mayor demanda de protección, sino que ésta también es particularmente difícil de proporcionar. No es preciso decir que una atracción fatal arrastra a la mafia hacia esos mercados.[72]

En el contrabando de cigarros, la Policía Fiscal no excluye "que algunas *coscas* mafiosas se limiten a cobrar un porcentaje sobre las ganancias de las organizaciones contrabandistas (lo que llaman el *pizzu*)".[73] La mafia, diría además Gambetta, goza de una "marca" comercial particularmente apreciada como consecuencia de la antigüedad de la *empresa* que significa continuidad de los negocios y (presumible) corrección de quienes los llevan a cabo; pero, agregaría yo, también de su (presunta) capacidad de ser *Estado*, de imponer reglas, de vigilar y castigar. Es la relación entre la criminalidad común y la mafiosa lo que aparece en el estudio de Reuter sobre el caso de Nueva York.[74] "La naturaleza de mi cargo es controlar los abusos", escribe con lenguaje de inspector ministerial Calogero Di Carlo, miembro de la familia Gambino, al correo de la droga de Marsala Vincenzo Martínez.[75] En toda una serie de circunstancias, en el curso de frenéticas negociaciones para calmar divergencias, verificar estafas, regular pagos, atribuir la titularidad de mercancías y capitales, el papel de la jerarquía tanto estadunidense como siciliana parece ser el de garante.

Intentemos releer con estos instrumentos los acontecimientos de los años cincuenta. Al llegar a Italia, Luciano se cuida bien de interferir en la restructuración de los poderes territoriales en Sicilia: no tenía el interés ni la fuerza necesarios. Se establece en cambio en Nápoles,[76] lugar adecuado para mantener relaciones con los Estados Unidos, Francia, el norte de Italia y Sicilia. El hombre que fue impunemente abofeteado en el hipódromo de Agnano por un pequeño malviviente local[77] no es *el* capo de la mafia, sino un intermediario de negocios. La célebre reunión del Hotel delle Palme de Palermo (octubre de 1957) representa ciertamente una tentativa de modificar el rumbo de las cosas. En la perspectiva del cierre de la base cubana debido a la revolución castrista, Joe Bonanno y otros capos de la *Cosa Nostra* estadunidense intentan convencer a los locales de llegar a algún reparto amistoso; sin mayor éxito, si hemos de creer en la frase que Genco Russo pronuncia en los lujosos corredores del hotel, dirigiéndose a su paisano estadunidense Santo Sorge: "Quannu ci sunu troppi cani supra un ossu, beato chiddu chi pò stare arrassu".[78] Además de ese personaje decorativo pero fuera de lugar, el resto de los presentes representa a las mafias más típicamente siciliano-estadunidenses: los Badalamenti de Cinisi-Detroit,

posiblemente algún alcamés, seguramente los Magaddino y los Plaja; Frank Garofalo de Castellammare, que justamente en ese año de 1957 había regresado de los Estados Unidos a Sicilia.[79] Vista desde la perspectiva de las familias Bonanno y Magaddino de Nueva York y Buffalo; es decir, del otro extremo de la cadena migratoria, Sicilia puede parecer un pequeño apéndice de Castellammare del Golfo, donde todo está al servicio de la *connection* estadunidense; pero se trata de una distorsión óptica.

Según Buscetta,[80] son los estadunidenses los que proponen crear en Sicilia una comisión sobre el modelo de la de Nueva York; pero hay que ver hasta qué punto los resultados corresponden a las intenciones. Se constituye un organismo provincial palermitano, del que por lo tanto están excluidos los trapaneses, integrado inicialmente por personajes de segundo orden (simples "soldados") y no capos de familias, elemento simbólicamente tendiente a subrayar que el liderazgo territorial de las *coscas* sigue siendo soberano. Aun cuando después los poderes de la Comisión se amplían rápidamente, en ella los grupos hegemónicos, los Greco, los La Barbera, Torretta y Leggio, son autónomos con respecto a los estadunidenses, y más bien por lo que sé no tienen parentelas de importancia al otro lado del océano. Ciertamente en Palermo los traficantes tienen sus referentes. Luciano mira principalmente a los La Barbera, mientras que en los Greco hay una dialéctica mucho más estrecha entre los dos primos: el gran contrabandista *(el Ingeniero)*, el capo de *cosca* descrito por todos como un verdadero líder *(Chicchiteddu)*. El hecho de que Luciano (¿es decir los estadunidenses?) esté de parte de los La Barbera[81] no salva a éstos de la derrota, como prueba de que el *enterprise syndicate* no puede decidir la suerte de las luchas en el *power syndicate*. Después del periodo inicial de Giuseppe Panzeca, nativo de Caccamo, es *Chicchiteddu* quien asume la guía de la Comisión de Mafia que, según *carabinieri* y policías, nace para enfrentar a la Comisión Antimafia: el Estado sigue constituyendo un buen modelo para el otro Estado. El propio Terranova califica de "vagas y no verificadas"[82] esas informaciones de la policía que en cambio muestran una capacidad siquiera relativa de penetrar secretamente en las cosas secretas. No creo que la Comisión se haya constituido solamente por el impulso y modelo estadunidense, ni me parece que lo pruebe lo que escribe Bonanno: "La Comisión no formaba parte de mi Tradición; no existía un organismo de este tipo en Sicilia".[83] En Palermo existía un organismo de coordinación a fines del siglo XIX y probablemente también en otros periodos. Ya en 1951 las familias de Palermo centro mostraban su propia estructura de decisiones común y se sucedían las reuniones con otros grupos urbanos[84].

En realidad, el principio del monopolio territorial es fácil de enunciar pero difícil de mantener salvo a través del reconocimiento recíproco de los grupos, la negociación para obtener autorización para actuar en el territorio de otro o para determinar la ventaja (un porcentaje, un intercambio de favores) que se puede obtener de la acción del otro en el propio territorio. Una parte de la vida cotidiana de Leonardo Vitale se dedica a tales mediaciones, para simplificar las cuales es preciso

identificar una sede permanente de las negociaciones. Quien resuelve una diferencia entre la *cosca* de Altarello-Porta Nuova y la de Noce sobre el derecho a imponer pagos sobre determinada zona es Salvatore Riina, el ex asesino de Leggio ascendido al rango de personaje de autoridad que administra, media, coordina; desde la islita en que está confinado, Giovan Battista Vitale acepta el desenlace desfavorable del arbitraje, aunque declara que de todos modos Altarello tendrá que "probar" algo.[85] Ocurre también que la víctima de la extorsión se dirija a mafiosos de otras zonas, como lo hace el empresario Silvio Faldetta, que ante el pedido de 50 millones (de 1983) se lanza en busca de su "interlocutor habitual", quien, sin embargo, esta vez no se deja encontrar: en realidad la zona es la de Pippo Calò, capo de la *cosca* de Porta Nuova, a quien por último Faldetta tendrá que dirigirse para la negociación.[86] Algunas veces esos cruces provocan fricciones. Un sobrino de Buscetta que posee una empresa de construcción activa en Termini Imerese, por ejemplo, es objeto de intimidaciones y atentados por parte del *capomafia* local, Pino Gaeta. Aquí la competencia territorial evidentemente se opone a la *auctoritas* de un notable de la *Cosa Nostra* como don Massimo Buscetta, a cuyas reclamaciones Gaeta responde con la acusación infamante: el sobrino de Buscetta frecuenta demasiado a los policías. Por fin se llega a un acuerdo gracias a la mediación de Calò; en otros casos la controversia tiene desenlaces trágicos.

Como se ve, las relaciones traspasan los límites territoriales, las influencias se cruzan. No sólo la gran red de los comercios internacionales, sino también la más estrecha de los asuntos ciudadanos se colocan sobre ejes que no se limitan al perímetro del señorío territorial de cada familia. Así, no es posible definir con claridad los confines, y no sólo en el sentido topográfico del término. Un mafioso puede controlar relaciones políticas necesarias para actividades a desarrollarse en localidades diferentes; una empresa puede tener necesidad de protección en todos los ámbitos geográficos en los que opera, y pedirla a una sola *cosca;* una compañía de materiales para la construcción como la de los La Barbera puede tener clientes en varios puntos de la ciudad (o incluso en otras ciudades). No creo que pueda limitarse a los territorios controlados por una sola familia la Recredit —Sociedad de Cobranzas de Créditos por Cuenta de Empresas Privadas—, de la que es socio Salvatore Inzerillo, así como deben operar en vastos espacios los dos mafiosos encargados por una compañía del norte de Italia que construye la carretera Palermo-Mazzara de ocuparse "de conseguir los permisos por parte de los propietarios interesados en la ejecución de los trabajos, a fin de que los trabajos mismos pudieran iniciarse de inmediato".[87]

Un solo grupo, el de Acquasanta, controla la guardianía del Hotel delle Palme y de Villa Igea, administrados por la misma sociedad pero ubicados en dos puntos distintos de la ciudad, e impone a la dirección sus propios canales para el aprovisionamiento de carnes, lo que indica un impulso al monopolio sectorial, más que territorial. Un hecho nuevo como el traslado de la sede de los mercados generales

del barrio de Zisa al de Acquasanta (enero de 1955) provoca un choque feroz, en el que se alinean de un lado los grupos que manejan el sistema de los anticipos a los productores y de la intermediación comercial —la más clásica mafia de los jardines en la que se va solidificando el poder de los Greco, especialmente después de la muerte de Antonino Cottone—; del otro la *cosca* que se cree con derecho al control del mercado por competencia territorial.**[88]** Los muertos se cuentan por decenas. En el grupo de Ciaculli cae un Francesco Greco, “mayorista de frutas y verduras”. Mucho más gravoso es el tributo de sangre pagado por la cosca de Acquasanta: en rápida sucesión son muertos uno de sus capos, los ya citados *Tanu Alatu* y Cola D’Alessandro; un tercero, Salvatore Licandro, es perseguido hasta Como y asesinado.**[89]**

La guerra demuestra que la regla de la competencia territorial no es de aplicación automática cuando afecta a grandes intereses. Podemos buscar los motivos del contraste en el mercado mismo, en el sistema de relaciones entre productores, intermediarios, agentes, mayoristas, o acusar a las autoridades de no haber sabido (o querido) hallar el modo de favorecer la competencia en lugar de prestarse al monopolio por el cual después los grupos chocan. Pero eso es quedarse siempre en el dato fenoménico, externo, como si la mafia renaciera constantemente de condiciones económicas o sociales determinadas, mientras que en la realidad existe ya desde antes un poder para el cual el control de ciertos sectores puede representar un objetivo estratégico y capaz de imponerse a un nivel terrorista tal que hace inútil cualquier cambio interno al sector. El elemento que desencadena la guerra es la interferencia, el corto circuito entre la red de los intereses y los poderes territoriales. Se ha sostenido que la eliminación de la violencia mafiosa en el sector en el periodo más reciente se debe a la estrategia anti-monopolística adoptada por las autoridades municipales y, por lo tanto, que es el mercado el que ha derrotado a la mafia.**[90]**

Yo, sin embargo, creo que es el cambio de los equilibrios entre las *coscas* —por ejemplo el debilitamiento (y después la destrucción) de la de Acquasanta— lo que posibilita la reapertura de una dialéctica de mercado, y entre otras cosas también lo que facilita ciertas decisiones “valientes” de la burocracia municipal: el factor decisivo es la decisión del *power syndicate* de ocupar un sector, o bien de abandonarlo. Mercados, pesquerías, carnicerías y obras en construcción, entre otros, son el escenario de los choques pero no necesariamente su causa. Los traficantes de droga pueden dispararse entre ellos, pero no necesariamente la droga es la razón, o la única razón, de esos conflictos.

Intentemos analizar las razones de la primera guerra de mafia (1962). Todo habría empezado por un gran negocio de drogas organizado por Cesare Manzella, italoestadunidense de Cinisi, con participación de los Greco y de un grupo de financiadores, entre los que figuran también los La Barbera. Quien maneja materialmente la transacción como fiduciario de Manzella y sus socios es Calcedonio Di Pisa, quien, sin embargo, entrega a los interesados una cifra inferior a lo previsto

“en varios millones de liras”, afirmando que alguno de los compradores estadunidenses lo ha estafado. Los La Barbera se informan en los Estados Unidos y concluyen que fue Di Pisa quien se apropió de esa suma; pero la Comisión que preside la instrucción llega a otras conclusiones y ordena la absolución del acusado. Esa decisión no contenta a los La Barbera, quienes deciden actuar personalmente contra Di Pisa y contra Manzella; ambos caen, y eso provoca la reacción violenta de los Greco, una serie de acciones y represalias cuyo resultado final es la ruina de los La Barbera y la disolución de la familia de Palermo centro.

Ya en esta reconstrucción es evidente que el fracaso de la solución del conflicto nacido por el tráfico de drogas se debe a otras cuestiones. Los Greco y los La Barbera, que financian conjuntamente el negocio, están divididos por rivalidades en cuanto representan a dos potencias que crecen, respectivamente, en Palermo este y Palermo oeste; en la evaluación de la controversia los grupos se separan según líneas preexistentes, y la causa más probable de que no logren llegar a una conciliación son rivalidades preexistentes. Además está la actitud autónoma de los La Barbera, que pone en duda la capacidad de la Comisión de reglamentar, de juzgar y de castigar (o absolver). Por lo demás, es preciso señalar otra interpretación proveniente de la propia mafia; es decir, de los *pentiti* Buscetta y Calderone.[91] Según ellos, el responsable de la muerte de Di Pisa sería Michele Cavataio, sucesor de *Tanu Alatu* a la cabeza de la mafia de Acquasanta, quien deliberadamente habría hecho recaer la responsabilidad sobre los La Barbera para dividir a la Comisión. Los problemas se habrían acentuado por la negativa de algunos de los más ancianos a respetar la norma según la cual cada hombre debe optar entre el cargo de *capofamiglia* y el de representante en la Comisión, regla evidentemente tendiente a subdividir el poder en favor de la cole-gialidad de la coordinación, y tal vez también a acelerar la sustitución de la dirigencia.

Las dos interpretaciones no son alternativas, pero la segunda pone mejor de manifiesto los problemas internos del *power syndicate* para crear y aplicar una ley común a través de la Comisión mientras el poder militar queda en las manos de las familias. Aun cuando todos los grupos acepten una regla, siempre podrán sabotearla después con los instrumentalismos, los cambios de rumbo, las astucias de sus miembros. En la lucha entre la zona oriente, la de los Greco, y la zona centro-occidental de Porta Nuova-Altarello-Acquasanta-Piana dei Colli; es decir, La Barbera-Cavataio-Torretta, los Greco triunfan siempre pero no logran alcanzar un punto firme. La bomba de Ciaculli hace trizas fragorosamente la tentativa de la Comisión de garantizar la paz; es decir, el equilibrio entre los grupos.

4. Metástasis

Después de Ciaculli, la generación de los Greco, de los La Barbera, de los Buscetta, de los Leggio (todos nacidos entre 1923 y 1928) encuentra por primera vez un antagonista que durante los años cincuenta se había eclipsado: la represión estatal movida no por la administración ordinaria sino por una intención política específica. El impacto inicial es grave. Una nueva ley sobre el confinamiento para los mafiosos y las indagatorias de Terranova descompaginan los organigramas, provocan la disolución de la Comisión y por último la parálisis de las familias. "La *Cosa Nostra* no ha existido en la región de Palermo desde 1963"[92]. Algunos de los dirigentes se pasan a la clandestinidad, definitiva para los Greco; intermitente para Leggio que es arrestado y después liberado, que escapa misteriosamente a los procedimientos restrictivos de la policía y desaparece, para ser finalmente entregado a la justicia en 1974. Pero aquí ya estamos ampliamente en una fase de recuperación de los grupos mafiosos, como lo corrobora abundantemente el resultado de los procesos de Catanzaro (1968) y Bari (1969), de los que la mayor parte de los *bosses* sale indemne. Son los años en que las redes mafiosas se extienden al norte de Italia, incluso como fruto perverso de las medidas de permanencia obligada basadas en el habitual prejuicio según el cual la mafia es simplemente producto del ambiente "primitivo" y, por lo tanto, no aclimatable al mundo del "desarrollo". Este último, en cambio, demuestra ser un campo de negocios quizá más fructífero que los que pueden encontrarse en Sicilia: entre ellos el tráfico de drogas y los secuestros. Por periodos o definitivamente se establecen en el continente (entre otros) Pippo Calò y Luciano Leggio.

Mientras tanto, vuelve a plantearse el problema de quien ahora ya es identificado como el enemigo común de las *coscas* palermitanas, Cavataio. Después de una serie de negociaciones que no concluyen nada, Salvatore Greco decide cortar el nudo enviando *killers* disfrazados de policías a Viale Lazio, a las oficinas de la sociedad edilicia donde está la cueva de Cavataio, quien pierde la vida —entre otros— en una balacera furibunda (diciembre de 1969). La composición del *commando* revela el eje de las alianzas: forman parte de él dos corleoneses, entre ellos el sicario-príncipe del grupo, Bernardo Provenzano; dos hombres de los Bon-tate; un Damiano Caruso, residente en Villabate pero afiliado a la familia de Riesi.[93] Por primera vez encontramos al capo de una *cosca* de la zona de Caltanissetta, Giuseppe Di Cristina, involucrado en una cuestión interna del *power syndicate* palermitano, llamado por los propios palermitanos justamente por ser externo, para mediar con Cavataio y finalmente traicionarlo, junto con Pippo Calderone de la familia catanesa de la *Cosa Nostra.*

Así se hacen visibles las conexiones más estrechas entre Palermo y el resto de la isla. Ciertamente los dos casos, el de Caltanissetta y el de Catania, son diferentes. En el interior de Sicilia se dan continuidades históricas muy notables: en Riesi, en Favara, en Raffadali, en Siculiana, la red de las afiliaciones mafiosas no debe haberse

interrumpido nunca. Di Cristina es hijo de un *capomafia;* Leonardo Messina, joven *pentito* de San Cataldo en los años ochenta, puede jactarse de un auténtico *pedigree:*

> La mía es una familia que pertenece por tradición a la *Cosa Nostra*, y yo soy la séptima generación […] Yo no me afilié porque era rapiñador ni porque era capaz de matar, sino porque por tradición familiar estaba destinado a formar parte de ella.[94]

En esas zonas la mafia, que estaba en peligro de desaparecer junto con el latifundio y el azufre, es revitalizada —Messina dice “regenerada”—[95] por un nuevo contacto con la *Cosa Nostra.* La Región —como división administrativa— representa un elemento importante de centralización alrededor del nudo del gasto público. Es emblemático el caso de la presa de Solarino construida por el grupo catanés Rendo, cuyos trabajos son adjudicados en licitación a los apetitos de mafiosos de Caltanissetta, como Giuseppe Madonia, por los cuales se mata y se muere[96]. Di Cristina encuentra empleo en el Ente Minero siciliano, carretón regional que administra la decadencia de las minas de azufre del interior de la isla;[97] desde allí mira hacia Palermo y se introduce en el mercado de la heroína. La mafia de Siculiana también es regenerada, pero por la emigración a Canadá de los miembros de la familia Cuntrera-Caruana, que habían sido *campieri* del barón Agnello y después se trasladaron a Venezuela para tejer la trama de un gigantesco tráfico de drogas.

La de Catania en cambio es mafia nueva, a pesar de que la *cosca* local se había constituido desde 1925, importada por Nino Saitta, tío de los Calderone, veterano de un periodo de clandestinidad en Madonie (¿tal vez entre los Farinella?).[98] En los años cincuenta tenemos noticia de otra *cosca* en Ramacca, creada por mafiosos procedentes de la zona de Agrigento a lo largo de una línea que ya conocemos como típica de la comunicación entre la parte oriental y la occidental de la isla. Como parecen indicar los lazos de amistad y de compadrazgo entre Pippo Calderone y Di Cristina, el otro camino es el de Mazzarino-Riesi, el antiguo camino por el que se transportaba el azufre a las refinerías y al puerto; en apariencia eran justamente transportadores de azufre los integrantes de la familia de Santapaola, de la que proviene otro de los notables de la *cosca*, Benedetto, llamado *Nitto.* Por fin se comprueba la participación de los cataneses en el contrabando de cigarrillos junto con los Greco y los Badalamenti.[99] En conjunto, este grupo, hasta los años sesenta y aún más allá, condiciona muy poco la imagen de Catania donde todos (no sin satisfacción) atribuyen la mafia a su rival Palermo y a la parte occidental de la isla, menos desarrollada y dinámica. Catania gusta de presentarse como la Milán del Sur, comercia, construye, hace negocios, especula bajo la égida de la máquina política construida por Nino Drago, el enésimo fanfaniano.[100] Los grupos delincuentes urbanos de diversa extracción pueden representar pequeños engranajes de esa máquina, aunque no faltan señales inquietantes percibidas a tiempo por la parte más

sensible de la opinión pública; por ejemplo, a comienzos de los años sesenta, cuando para defender a un desconocido miembro de la desconocida *cosca* (Franco Ferrera) viene desde Roma Giovanni Leone, príncipe del foro, líder democristiano y futuro presidente de la República. La ciudad prefiere verse reflejada en los "caballeros del trabajo", Costanzo, Graci, Finocchiaro, Rendo, grandes constructores con intereses en la industria edilicia privada y pública de escala regional, ignorando o tratando de ignorar que en el curso de sus negocios en Sicilia esos caballeros entran en contacto con grupos mafiosos, a los que, según el modelo usual, adjudican licitaciones a cambio de protección. Es la misma actitud de muchas empresas septentrionales, pero los efectos pueden ser más graves porque las conexiones son más íntimas. De acuerdo con las confesiones de Antonino Calderone (hermano menor de Pippo), Carmelo Costanzo desde sus primeros pasos como *capomafia* se vincula con Luigi Saitta pasando después a estar bajo la protección de Calderone padre en el curso de su ascenso a las filas de la alta burguesía en el periodo de Milazzo. Siempre según el *pentito*, los mafiosos tanto de Catania como de Trápani (de la familia Minore) obtienen de Costanzo subconcesiones, facilidades, pagos en dinero. Santapaola se muestra al lado del empresario cuando éste anda entre sus trabajadores, adquiere una concesionaria Renault, frecuenta los salones de la Catania "bien" y, en suma, entra a formar parte del *establishment*. Entre las actas hay una fotografía tomada en el casamiento de Giuseppe Costanzo que muestra, uno al lado del otro, al alcalde de Catania, el presidente de la provincia, el secretario provincial de la DC, el diputado socialdemócrata, los sobrinos de Costanzo y *Nitto* Santapaola.

La Catania de los años setenta del siglo XX se parece en cierto sentido a la Palermo de los años setenta del siglo XIX, con un grupo mafioso que encuentra su conexión con la clase dirigente dispuesta a cerrar un ojo, o los dos. Pero los 100 años de historia que cargan los palermitanos hacen una diferencia. Los mafiosos cataneses no tienen el sentimiento de arraigo en el territorio, apenas pueden escapan de los barrios-gueto donde han nacido y se establecen en las áreas residenciales. Es imposible para ellos hacer valer pretensiones de control territorial: la única *cosca* local administra un espacio indefinido (¿quizás el de las empresas Costanzo?) con sus 35 miembros, y sólo mediante un esfuerzo de la fantasía puede compararse con las 54 familias de Palermo con sus casi 3 000 afiliados, que cubren todo el territorio y están permanentemente seleccionando entre los muchachos más despiertos los cuadros necesarios para su reproducción.**[101]** Tradicionalmente en Catania la territorialidad coincidía con la posibilidad de identificar a un personaje *'ntisu* (conocido) al que en cada barrio se dirigía la gente para recuperar el automóvil u otro objeto robado; mecanismo regulador que de todos modos en los años setenta se desmorona como muchos otros, mientras desde el vientre de la ciudad se va extendiendo una criminalidad agresiva y anárquica que se dedica primero a la rapiña callejera, después a la rapiña en el norte de Italia (con traslados aéreos fulminantes), que empieza a imponer el *pizzo* a los negocios y las empresas. El grupo mafioso, cuyas redes de

relaciones apuntan hacia lo alto (el *establishment*) y hacia el exterior *(Cosa Nostra)*, mira a la delincuencia “común” con aristocrático desprecio. En una ocasión Calderone hijo y Santapaola se dignan participar en una fiesta en el campo convocada por el grupo de los *carcagnusi* pero, habituados como están a la hospitalidad de los Costanzo o de los Salvo, no pueden no sentirse un poco incómodos entre pollos humeantes, motonetas que llegan de todas partes y mochilas a la espalda:

> Era realmente la fiesta de los ladrones. Todo lo que nos rodeaba, todo lo que estábamos usando, no pertenecía a los *carcagnusi:* las Vespa eran robadas, los pollos eran robados, el vino era robado, la radio había sido recién robada, las pistolas y los fusiles eran robados. Estábamos allí a escondidas, porque el guardián era amigo de ellos… **[102]**

Las relaciones no siempre eran tan amistosas; de hecho, Santapaola se erige en custodio del orden y empieza a matar despiadadamente a los extorsionadores; para ese fin, la familia tiene que ampliarse y admitir en su interior a numerosos *killers* eficientes, capaces de sostener el nivel del choque. Pero la idea de la regulación revela ser bastante ilusoria: Catania sigue siendo el campo de batalla de grupos enfrentados y la propia *cosca*, al ampliarse, se divide en grupos. El modelo mafioso se generaliza pero no alcanza un nivel de competencia comparable al de las zonas donde está radicado desde mucho antes.

Cuando le piden que hable del peso porcentual de los grupos provinciales de la *Cosa Nostra*, Buscetta responde: “Del uno al diez: Palermo 10, Agrigento 8, Trápani 8, Caltanissetta 6, Catania 4”.**[103]** La escala jerárquica, pensada con referencia a la actualidad, en cierta medida refleja también la dimensión histórica. Obsérvese la ausencia de Siracusa, Ragusa y Messina, zonas tradicionalmente inmunes;**[104]** sin embargo, hay una familia en Mistretta, obviamente agregada a Palermo junto con Gangi y San Mauro Castelverde, bajo la guía de un tan Giuseppe Farinella,**[105]** de apellido bien conocido para nosotros. También desde el interior de la organización las cosas se pueden ver desde diferentes puntos de vista, según la experiencia de cada uno. Leonardo Messina sostiene la importancia de la región de Caltanissetta, promoviéndose él mismo de paso: “En general piensan que si el *pentito* no es palermitano no tiene nada que decir”.**[106]** Vincenzo Marsala, oriundo de Vicari (pueblo del interior palermitano), da un consejo: “Señor juez […] si no se empieza por los pueblos esta mala planta no se acabará nunca. La reserva de la mafia está en el interior”.**[107]** Gaspare Mutolo, palermitano, afirma: “Por desgracia la mafia está en Palermo”, y cuenta una anécdota de Rosario Di Maggio sobre Riina: “Él aquí en Palermo hace lo que debe, si estamos todos de acuerdo. Si no, lo agarramos a puntapiés en el trasero y lo mandamos de vuelta a Corleone a cultivar el trigo”.**[108]**

Pero en realidad se trata solamente de una frase, porque el único cultivo al que Riina se dedicó siempre es el de la mafia ciudadana.

Con la claridad de percepción que le viene de estar colocado en un observatorio periférico como es el de Catania, Calderone hijo observa que la igualdad entre las familias y las provincias "vale solamente en la forma", mientras que en la realidad existe un "poder hegemónico de los palermitanos": "En particular, desde siempre, los Greco ejercen el poder efectivo sobre toda Sicilia".[109] Sería interesante saber a qué "siempre" se refiere el *pentito*. En los años setenta Salvatore Greco, *Chicchiteddu*, y su primo y tocayo, *el Ingeniero*, se trasladan a Venezuela, y después de regresar un par de veces a Sicilia desaparecen de nuestra historia: informaciones no verificadas afirman que el primero murió de muerte natural, mientras que del segundo no se sabe más nada. Buscetta nos presenta un *Chicchiteddu* disgustado, decidido a salirse de la organización, coherentemente con su tesis de una mafia antes noble pero ahora en vías de degeneración, que habría encontrado precisamente en él el último líder prestigioso. Sin embargo, es lícito tener algunas dudas acerca de su voluntad de retirarse del todo. Justamente en ese periodo, con los Cutrera-Caruana, Venezuela se convierte en una base importante de operaciones para el tráfico de drogas. Se podría adelantar la hipótesis de que después de la sangrienta guerra de mafia y la disgregación de las estructuras de coordinación, los Greco consideraron que la estructura del *power syndicate* palermitano era ingobernable, y prefirieron arrojar sus capacidades, sus relaciones y sus capitales del lado del *enterprise syndicate*. En la red de los tráficos y los negocios, el nudo sudamericano empieza a adquirir importancia.[110]

En Ciaculli la herencia de los dos primos es recogida por Michele Greco, hijo de don *Piddu uTinenti* y por lo tanto perteneciente al ala de Croceverde Giardini. *Chicchiteddu*, emparentado con ambas vertientes (la madre era de Croceverde, el padre de Ciaculli), había representado el punto ideal de equilibrio de la reconciliación, el que según Buscetta había hecho el gesto magnánimo de aceptar de nuevo en la familia a los primos de Croceverde aun cuando los ambientes mafiosos habían reconocido que "la razón estaba enteramente de su parte"[111] (o sea, que Ciaculli había salido triunfante del choque). Las secuelas de la antigua guerra Greco contra Greco se perciben todavía en un periodo reciente: *el Ingeniero*, cuyos progenitores habían caído ambos, intenta descalificar a Michele Greco recordando a sus pares que una vez don *Piddu* había faltado a todas las reglas presentándose al tribunal a pedir justicia para su hijo: una prueba más del sentido de continuidad histórica de la mafia de los jardines, puesto que habían transcurrido más de 35 años si la referencia es al asesinato de Giuseppe Greco (1939). Por su parte, Michele Greco, en el momento de su arresto, se lamentará públicamente de ser víctima de un equívoco debido a que lleva el mismo nombre que los dos capos mafiosos, con los cuales no tenía nada que ver, en evidente toma de distancia[112]. En consecuencia, los

vencedores de los años sesenta abandonan no sólo la organización provincial sino hasta a la familia en manos de un grupo distinto y en cierto modo opuesto.

Alrededor de 1970, un triunvirato formado por Riina, Badalamenti y Stefano Bontate (hijo de don *Paolino*) recibe el encargo de reorganizar la mafia palermitana, reconstituir sus familias y garantizar su coordinación. La *cosca* de Palermo centro (ex La Barbera) es disuelta y después formada de nuevo, desaparece la de Acquasanta que tantos problemas había causado, de *Tanu Alatu* a Cavataio.[113] Alrededor de 1973 se constituye nuevamente la Comisión provincial bajo la presidencia de Badalamenti; en 1975 se forma una Comisión regional guiada por Pippo Calderone. Pero hay más. Varios capos napolitanos que desde tiempo antes participan en negocios con los sicilianos en el contrabando de cigarrillos son afiliados, con la esperanza de que eso ayude a tenerlos mejor controlados. La solución es principalmente formal y no evitará diferencias y estafas recíprocas. El sistema de regulación de la Sicilia occidental, que ya funcionaba mal, difícilmente podía dirigir a grupos más alejados y heterogéneos; de todos modos, la mafia en sentido estricto parece imposible de comparar con los fenómenos similares que ahora pululan en el Mezzogiorno. En la realidad, como subraya varias veces Calderone hijo, la autoridad de la Comisión regional estará siempre a un nivel muy inferior al de la Comisión palermitana. Se está realizando una tentativa de *internalizar* (término horrible pero eficaz utilizado por los científicos sociales) todas las transacciones; es decir, de llevarlas al interior de la estructura territorial de la *Cosa Nostra*, para evitar los contrastes del pasado y establecer un orden geométrico y jerárquico.

La administración Badalamenti se abre con el asesinato del pequeño camorrista que varios años antes había osado abofetear a Lucky Luciano. El nuevo líder procede a informar a los estadunidenses que “la ofensa había sido lavada con sangre, aunque fuese con retraso”.[114] Aquí tal vez no hay retraso sino oportunismo: Badalamenti quiere complacer a sus amigos del otro lado del océano, que por lo demás siempre han sido sus referentes y los de la mafia de Cinisi, justamente en el momento en que llega al poder. El mensaje desagrada a Leggio, quien critica a “Badalamenti porque había hecho saber a la *Cosa Nostra* americana que por mérito suyo la provincia de Palermo estaba en orden y él había pasado a ser el ‘*capo dei capi*’”.[115] La dirección de ese gran traficante siciliano-estadunidense terminará inesperadamente en 1977, pero no en un dramático ajuste de cuentas con sus adversarios ni con un acuerdo de sucesión, sino con una expulsión de la *Cosa nostra*, indolora y total, que muestra hasta qué punto su poder derivaba más de las relaciones externas que de su fuerza en el *power syndicate*. Buscetta, que relata el episodio, se niega a proporcionar la mínima tentativa de interpretación. Calderone, en cambio, recuerda que Badalamenti, originariamente muy cercano a los corleoneses y a Michele Greco, después es acusado por ellos de “haberse enriquecido con la droga en el momento en que muchas familias se encontraban en dificultades financieras y muchos hombres de honor estaban casi pasando hambre”.[116]

El nuevo capo, el mismo Greco, no sigue la misma línea de su primo más prestigioso, Salvatore *Chicchiteddu*, sino que realiza una especie de inversión de las alianzas ligándose estrechamente a los corleoneses, mientras que de la parte opuesta se alza la estrella de Stefano Bontate, capo de la familia de Santa Maria di Gesù, que se alía con el joven *capo-cosca* de Passo di Rigano, Salvatore Inzerillo. Con eso están definidas las alineaciones para nuevos asuntos, nuevos y más sangrientos conflictos.

5. PODER Y DINERO EN GUERRA

Cuando un mafioso protege a un empresario no admite interferencias, ni siquiera de otros miembros de la organización. Tomemos el caso de Pasquale Costanzo: la hipótesis de su afiliación al parecer es tomada en consideración por los Calderone y después hecha a un lado en cuanto habría colocado a Costanzo demasiado adentro del juego de las presiones "por parte de todos los hombres de honor, que se habrían sentido con derecho de dirigirse *directamente* a él".[117] Por lo tanto, la elección se propone tutelar no sólo la autonomía de Costanzo sino también la exclusividad de la comunicación con la familia catanesa o bien con Calderone. Afiliados a la *cosca* de Salemi y mafiosos de varias generaciones son en cambio los primos Nino e Ignazio Salvo, cuyo estatus, como subraya un convincente Buscetta, no deriva de los cargos que ocupan dentro de la *Cosa Nostra* sino de las riquezas y de las relaciones políticas adecuadamente cultivadas dentro y fuera de la DC con pagos en dinero para evitar que alguien ponga en discusión el monopolio de la cobranza. Como afirma en 1964 el diputado democristiano Giuseppe Alessi, "es un asunto muy caliente, porque el juego es de millones y puede dar vida y prosperidad a partidos, a corrientes políticas, a grupos de personas. No quisiera que nosotros anduviéramos cazando gorriones y dejando pasar a las águilas rapaces".[118]

El hecho de que Badalamenti esté "particularmente orgulloso" de la amistad de los Salvo, así como atento a preservarla de las incursiones de otros afiliados, muestra un cruce de iguales entre la jerarquía del poder mafioso y la del dinero; pero aún más antigua y consolidada es la relación con los Bontate, padre e hijo. En esa lógica se ubica también el secuestro y asesinato de Luigi Corleo (1975), suegro de Nino Salvo, a quien así se le hace saber explícitamente que esos apoyos no son suficientes para preservarlo. Acusado por la magistratura, Salvo sostendrá que no es un mafioso sino una víctima, al igual que los demás empresarios sicilianos, que tuvo que dirigirse a Bon-tate sólo para obtener su protección, y agrega un detalle interesante:

> Hasta el secuestro de mi suegro Luigi Corleo, yo consideraba que había instaurado una convivencia tranquila aunque incómoda con tales organizaciones, creyendo equivocadamente que bastaba portarse bien para no tener problemas con nadie.[119]

Aquí se lee el desconcierto de una mafia que intenta transformarse en gran burguesía, que considera que la red de relaciones pasadas de la *Cosa Nostra* es protección suficiente y que en cambio aún “portándose bien” es absorbida por la dimensión criminal de la competencia entre los protectores. Por otra parte, resulta imposible proponer en Sicilia una industria del secuestro según el modelo de Cerdeña o de Calabria, que rompería el pacto entre protectores y protegidos instaurado en el lejano 1877 y cuyos efectos se atenúan únicamente en el caos de las dos posguerras. Cito un caso de 1976, pero que podría haber ocurrido un siglo antes: una banda de independientes trapaneses secuestra a un tal Campisi entre la desaprobación de los “hombres de honor”, expresada en el habitual aviso a los carabineros por parte del *capomafia* de Partanna, Stefano Accardo; los trapaneses responden con un atentado al que el mafioso sobrevive milagrosamente. Sigue la masacre de los cinco culpables del doble error.[120] Así, la mafia continúa queriendo respetar a las fuerzas exteriores a ella, de ahí la decisión de la Comisión que prohíbe los secuestros en el territorio de la isla (afuera es diferente, como demuestran las actividades de Leggio). La regla en general es respetada, violada ocasionalmente en los momentos más calientes de la competencia intramafiosa.

En el caso de los Salvo, el contrato de protección muestra algo más que la ambigüedad habitual. Refiriéndose al empresario Moncada, íntimo de los La Barbera, Terranova comentaba: “No se consigue establecer si fue víctima o *manutengolo* de los mafiosos o más bien una cosa y otra, según los diversos momentos y las diversas conveniencias”.[121] Lo que en las discusiones de alrededor de 1900 se llamaba *manutengolismo* hoy se llama *contigüidad*, con la misma significativa indeterminación del término. En la instrucción del maxiproceso, Falcone y otros notan que algunos de los empresarios indicados por Vitale como víctimas de extorsión se han convertido, en los 10-15 años transcurridos, en socios, cointeresados o cómplices de quienes los extorsionaban.[122] De hecho, el precio pedido, incluso a los negociantes, es con frecuencia ése, facilitar con alguna asociación en negocios la transformación de los protectores en “empresarios”. Lo que habría que investigar de otra manera es el caso de quienes sacan partido de las conexiones mafiosas y *después* son perjudicados por ello. Salvo clama contra el Estado “prácticamente ausente de la lucha contra la mafia”,[123] con tonos polémicos ya antiguos pero en el caso concreto sumamente instrumentales: se trata de personas que, como los viejos Guccione, dominan justamente gracias a su contacto con la red mafiosa en un mercado del que todos los competidores que no cumplan ese requisito están excluidos. ¿Es posible alegar el estado de necesidad *propio* cuando uno está prosperando gracias al estado de necesidad *general*, en el que otros viven sin sacar los mismos frutos? Ése es el caso de los Costanzo que abren nuevas empresas y hacen negocios, libres de las intimidaciones gracias a las acciones violentas que sus protectores llevan a cabo *autónomamente*. Aquí vale la pena citar la sentencia (1991) de un juez catanés con el nombre ilustre de Luigi Russo, junto a la cual palidece el rescate de los propietarios

en los procesos del periodo fascista. El magistrado verifica que gran parte de las revelaciones de Calderone hijo sobre los Costanzo son fundadas, pero considera que sus actos no son punibles en cuanto dictados por un estado de necesidad muy similar al del tendero extorsionado. Aquí no se discute la cuestión en el aspecto judicial, sino desde el punto de vista sociológico sobre el cual, por lo demás, el licenciado Russo insiste con un *pathos* desconcertante: compadeciéndose de los empresarios millonarios obligados a hospedar en sus oficinas las reuniones de los mafiosos; compartiendo con los Costanzo la angustia por el matrimonio de una sobrina con un líder de la *cosca*, Salvatore Marchese (primo de los Calderone); adhiriéndose a la tesis de la utilidad social de la colusión.

> Negarse a cualquier diálogo tendiente a alcanzar algún punto de equilibrio [con los mafiosos] conduciría al empresario a renunciar al ejercicio de la empresa, y eso paradójicamente ocurriría en esas zonas del territorio nacional en las que el mantenimiento y el desarrollo del empleo deberían servir para impulsar la liberación de las poblaciones de la presencia mafiosa.[124]

Todavía estamos en la falaz ecuación subdesarrollo es igual a mafia, de la que se extrae el aún más falaz corolario de que el desarrollo iría en contra de la mafia, con base en el cual amplios sectores de la opinión pública, industriales o sindicalistas, expresan en Catania y en otros lugares preocupaciones por la “criminalización” de los empresarios. Más original es la teoría de Russo según la cual hasta la eventual afiliación del amenazado a la *Cosa Nostra* representaría un escamoteo *defensivo*, en consecuencia no catalogable y punible bajo el caso jurídico de la asociación mafiosa.[125] Histórica y conceptualmente, esa *defensa* representa la esencia misma del fenómeno mafioso.

La posesión de un capital propio de relaciones con el *establishment*, político y económico, parece configurar *dentro* de la *Cosa Nostra* un mecanismo de *ennotablecimiento*, ya que podemos considerar notable a quien hace valer en una organización una legitimación independiente de la organización misma. Hay otros factores que operan en ese sentido, ante todo el prestigio que es parte esencial del papel del mafioso. Por ejemplo, según Buscetta, Vincenzo Rimi nunca había ocupado ningún cargo, “era un simple hombre de honor de la familia de Alcamo, de la que ignoro quién era el capo, pero era una persona dotada de un grandísimo ascendiente en el seno de la *Cosa Nostra*” por sus dotes “de equilibrio y de prudencia”.[126] Me parece excesivo sostener, como lo hace Buscetta con el orgullo del *self-made man,* que el poder mafioso de *ninguna* manera puede ser transmitido por herencia, de otro modo no entenderíamos la continuidad de señoríos familiares como el de los Greco, ni el rápido ascenso de un joven como Stefano Bontate a la guía de la *cosca* de Santa Maria di Gesù en la que su padre había ocupado el mismo cargo. Por el contrario, si

debemos creer a Calderone y también a Buscetta, Michele Greco es un personaje “descolorido” que, en consecuencia, sólo llega a la guía de la Comisión por el apellido que lleva. Y siendo ricos y poderosos desde hace varias generaciones, los Greco y los Bontate son también “señores”: lo cual como tarjeta de presentación no estorba en un ambiente tradicionalista como el de la *Cosa Nostra*, donde la riqueza sola no constituye “rango”, como lo demuestra la escasa *auctoritas* de Tommaso Spadaro que, sin embargo, es un gran *boss* en el contrabando de tabaco y el tráfico de drogas.

Es difícil decir cuál es el rango de Tommaso Buscetta, en un tiempo definido como “*boss* de dos mundos” por su continuo movimiento entre Europa, Sudamérica y Norteamérica, buscado por las policías de medio mundo como narcotraficante de alto nivel y que, en cambio, en su célebre confesión, sostendrá no haber comerciado jamás con drogas, no haber ocupado nunca un cargo y ser apenas un simple “soldado” de la familia de Porta Nuova, capitaneada por Pippo Calò, que además siempre se había alineado con los perdedores, desde los La Barbera hasta Stefano Bontate. Probablemente Buscetta no quiere revelar sus actividades en el *enterprise syndicate:* de todos modos, sigue siendo difícil entender su gran prestigio entre los mafiosos encarcelados o encerrados en las jaulas del maxiproceso, que escuchan en respetuoso silencio sus acusaciones, a menos que aceptemos la interpretación psicologista del propio *pentito:* “La madre naturaleza me dotó de un carisma, tengo ‘algo más’”.**[127]** En realidad, existe una discrepancia entre el papel objetivamente modesto que Buscetta se atribuye en la confesión a Falcone, y el tono de la autobiografía dictada a Enzo Biagi, así como el de las revelaciones a la Drug Enforcement Administration (DEA), el departamento para la lucha contra la droga de los Estados Unidos cuyo dirigente, Frank Monastero, sostiene: “Buscetta debe ser considerado del más alto nivel, con referencias en tres continentes […] Valachi no tenía en la organización la misma fuerza, el carisma, el grado de Buscetta”.**[128]**

La divergencia podría explicarse por los dos puntos de vista distintos, siciliano y estadunidense, y por el modo como un narcotraficante siciliano-estadunidense puede parecer un líder aun sin ocupar altos cargos en la jerarquía de la *Cosa Nostra.* El fin de los años setenta representa un momento de *boom* sin precedentes en el tráfico de drogas, que se desarrolla siempre entre los dos mundos, el nuevo y el viejo, del que Buscetta sería uno de los *bosses*. Del nuevo llega un río de dinero a través de los canales bancarios, que representan la pista sobre la cual se esfuerza el nuevo sabueso de la procuraduría de Palermo, el juez Giovanni Falcone, gracias a su experiencia en delitos financieros. Del viejo parte un río de heroína, con el que en 1982 se llega a cubrir 80% del mercado de la región noreste de los Estados Unidos.

En las dos terminales están dos primos, Carlo Gambino y Salvatore Inzerillo, lo que significa la *cosca* más poderosa de Nueva York como comprador y el capo de una de las *coscas* más antiguas de Palermo como vendedor. Entre ambas, sicilianos de emigración reciente, establecidos en la costa este de los Estados Unidos también

para escapar a la represión de comienzos de los años sesenta, administran otro eslabón de la cadena, el de la importación: los investigadores llegarán a la conclusión de que existe una tercera mafia, después de la siciliana y la estadunidense: una mafia narcotraficante *siciliana* capitaneada por Badalamenti.[129] El papel fundamental de este personaje, que poco antes había sido expulsado de la *Cosa Nostra* palermitana, muestra que este grupo siciliano-estadunidense no representa una filial de la casa matriz, no es una terminal de la organización territorial isleña[130] (ni tampoco de la estadunidense), sino que se trata de un *enterprise syndicate* relativamente autónomo con respecto a ambas: su existencia señala la inversión de la tendencia de los años cincuenta, cuando los compradores iban a Europa, mientras que ahora son los vendedores los que van a los Estados Unidos. Estamos todavía en el flujo alternado de mercancías, de capitales, de cuadros en que la emigración se mezcla con el comercio, ahora con la droga igual que antes con el aceite y los cítricos, por obra de "parientes y 'amigos' de fidelidad probada" que desde 100 años antes se mueven en los dos sentidos entre un continente y otro. En el grupo Inzerillo "la increíble intrincación de los parentescos", observa Falcone, "es tal que hace falta un esfuerzo para entenderla y es interesante notar que a cada generación los vínculos se hacen más estrechos debido a los matrimonios entre primos", endogamia conscientemente perseguida en el marco de una "aparente recuperación de los valores tradicionales […] instrumentales para aumentar la homogeneidad y la cohesión del grupo".[131] Es el viejo modelo de las mafias narcotraficantes de Cinisi y de Alcamo ahora manejado en escala mucho mayor desde Palermo, donde el aglutinante del parentesco sustituye a las estructuras de la mafia territorial, que no son aplicables a la red transcontinental.

Superada la *French connection*, a fines de los años setenta empiezan a aprovisionarse directamente en el Extremo Oriente los ex contrabandistas de tabaco, ricos en capitales y en relaciones acumulados en los años inmediatamente precedentes: Tommaso Spadaro, Nunzio La Mattina, Pino Savoca. Ahora los sicilianos hacen su propia refinación, gracias a la importación de técnicos marselleses, y despachan su mercancía hacia los Estados Unidos, de modo que manejan varios eslabones de la cadena. En algunos aspectos ese manejo es unitario, todos los mafiosos pueden aprovechar tanto esa estructura "industrial" como los canales comerciales, con financiar una parte de la mercancía. Sin embargo, es evidente la fragmentación y la desconfianza recíproca entre los diversos poderosos. Giovanni Bontate, por ejemplo, aplica un sistema que recuerda los que utilizaba el protocapitalismo de la época moderna, el *putting out* de modelo flamenco: no se limita a hacer que los refinadores elaboren su morfina por una compensación, sino que primero se las vende y después la vuelve a comprar, una vez refinada.[132] Además hay dos estrangulamientos en el libre acceso a los recursos: el primero del lado de la adquisición de la morfina base, que está firmemente en las manos de los tres individuos citados, de manera que los otros (por ejemplo los corleoneses) tienen que "adecuarse a la parte que les pueda tocar";[133] el segundo del lado de la

exportación hacia los Estados Unidos, donde Inzerillo ejerce un control que no sabemos hasta qué punto es exclusivo. La indagatoria de Falcone, y antes de ella las investigaciones de un funcionario de policía que trabaja en conexión con la DEA, Boris Giuliano, nos permiten conocer la estructura de ese grupo, en torno al cual florece todo un mundo de empresarios, banqueros, recicladores, con una división interna de las tareas entre la sección narcotraficante y la sección de negocios. En esta última el hombre más importante es un primo de Inzerillo, Rosario Spatola, conocido también por haber hospedado al amigo de los Gambino, el gran banquero en dificultades Michele Sindona, durante su misterioso viaje a Sicilia (1979). La diferencia entre Spadaro y sus socios, por un lado, e Inzerillo, por otro, está en el hecho de que los primeros sólo pesan en la vertiente del *enterprise syndicate*, mientras que el segundo suma al papel de gran traficante el rango de *capofamiglia* de la *Cosa Nostra*, y está vinculado por un lado con el tradicional exponente "del tráfico internacional de estupefacientes" siciliano-estadunidense, Badalamenti, por el otro con Di Cristina y por último con Bontate,[134] líder del grupo "de minoría" en la Comisión. En la instrucción, tanto estadunidense como italiana, aparece con frecuencia el nombre de Buscetta.

En este periodo de punta los beneficios anuales del comercio siciliano-estadunidense son del orden de cientos (¿miles?) de millones *de dólares*. Aquí tenemos el origen de la llamada segunda guerra de mafia que ya se había anunciado en la periferia con el asesinato de Di Cristina y Pippo Calderone, para después estallar con la muerte de Stefano Bontate, Salvatore Inzerillo y buena parte de los miembros de su familia (de sangre) y finalmente concluir en un par de años (1981-1982) con la aterradora hecatombe de alrededor de 500 000 personas. Caen muchos de los empresarios del *entourage* de Inzerillo; un precursor del tráfico de heroína como Antonino Sorci, ex socio de Luciano; Leonardo Caruana, de la famosa familia de traficantes de heroína de Agrigento y Venezuela. Es significativo que Inzerillo se declare, aun después de la muerte de Bontate, seguro de que Riina no lo tocará porque todavía tiene que cobrar varios cientos de millones de su parte de una partida de droga; de inmediato lo desmiente la descarga de la Kalashnikov que perfora el blindaje de su automóvil. El cadáver de un hermano de Salvatore, Pietro Inzerillo, será encontrado en Nueva York "con un manojo de dólares metidos en la boca y entre los genitales. Mensaje: 'Quisiste tragar demasiados dólares'",[135] el mismo mensaje de aquella carta *de oros* arrojada 120 años antes sobre el cuerpo de don Giuseppe Lumia. El *power syndicate*, y por él el eje de los "vencedores", tiende evidentemente a cortar el componente siciliano-estadunidense y a adueñarse no tanto de los beneficios del narcotráfico, en los que como hemos visto todos podían participar (pero ¿en qué medida?), como de las palancas principales del control del mismo. Aquí es preciso distinguir a la Comisión, en la que Greco y Riina tienen la mayoría, de las familias, en primer lugar la de Santa Maria di Gesù, la más numerosa y poderosa de todas, que ve caer a su prestigioso capo sin reaccionar. En realidad, no

hay ni siquiera un intento por defenderse de parte de los “perdedores”; actitud desconcertante si la comparamos con las continuas represalias recíprocas de la primera guerra entre los Greco y los La Barbera. Declara Mutolo:

> Cuando se habla de guerra de mafia, yo no entiendo bien esas palabras; hay guerra de mafia cuando dos o más familias mafiosas se arman y saben que un grupo de personas combate contra otro. En cambio en Palermo, en mi opinión, según mi mentalidad, no hubo una guerra de mafia en ese sentido, hubo una traición.**[136]**

Y, en efecto, hay una “traición”, en el sentido de que la ofensiva de la Comisión corta transversalmente a las familias evidenciando la fragilidad de sus aglutinantes internos. La *cosca* ya no representa la célula base de la organización mafiosa, puesto que está sometida a la presión opuesta y contraria de dos fuerzas: la centralización del poder militar en la Comisión, y los impulsos centrífugos debidos al desarrollo de las redes de negocios. Ya Cavataio había creado un agrupamiento oculto y transversal como será el de los *corleoneses.* Buscetta explica, en la sala del maxiproceso: “Cuando digo corleoneses no me refiero a los corleoneses nacidos en Corleone. Me refiero al agrupamiento corleonés”. “¿A la familia?”, pregunta el presidente. “No, agrupamiento”, repite el *pentito*.**[137]** El propio Buscetta, alineado con Bontate e Inzerillo aun cuando pertenece a la *cosca* de Calò aliada de Riina, es un ejemplo de esa doble dislocación de las fuerzas a lo largo de los ejes de los grandes tráficos. Los dos hermanos Bontate, Stefano y Giovanni, trafican ambos, cada uno sin que el otro lo sepa, y esa situación ciertamente tiene alguna relación con la decisión de Giovanni de alinearse con los vencedores aceptando (¿o promoviendo?) el asesinato de su hermano, contra todos los códigos familistas. La regla según la cual la familia, en cuanto tal, no administra los asuntos en primera persona puede conducir al enriquecimiento sólo de algunos de los afiliados, hasta determinar una especie de lucha de clases en el interior de las *coscas.* El agrupamiento corleonés en este caso podría incluir a la mayor parte de la estructura territorial y militar palermitana, que se rebela contra algunos de sus capos; eso explicaría la ausencia de lucha y la facilidad con que la dirigencia es sustituida.

> El hecho de que no sólo hayan sido asesinados impunemente capos de familias, sino sobre todo de que miembros de las mismas familias hayan ocupado el puesto de los capos significa, sin que pueda quedar ninguna duda, que los sustitutos estaban previamente de acuerdo para la eliminación de los capos.**[138]**

Aquí se puede repetir todo lo dicho sobre el conflicto entre Leggio y Navarra: el dinero, las relaciones externas, económicas y políticas, Gambino, Sindona, los Salvo, Lima, están todos de un lado, y sin embargo ese lado pierde en el momento en que el

choque se traslada al terreno militar. La mafia aparenta espíritu empresarial y de notabilidad social, pero no se transforma en un club de empresarios y notables, más bien frente al desafío reacciona acentuando su carácter militar, cuyo mejor (peor) representante es un hombre como Riina.

A esta altura es necesario decir que esta interpretación de los hechos no corresponde sino en parte a la dada por Buscetta. El *pentito*, en efecto, sostiene que en la base de todo "no hay un motivo importante. Hay sólo una toma de posición de los corleoneses",**[139]** una especie de voluntad de poder de Riina y sus socios. Su análisis revela tres tipos de contradicción: una entre las redes de negocios y la organización militar; otra entre las familias individuales y la Comisión, y la otra entre los "agrupamientos", que no coinciden con las familias ni de mafia ni de sangre: es el caso de los dos hermanos Bontate o de los dos primos Badalamenti, ubicados en vertientes opuestas.**[140]** La guerra se va transformando en una operación centralista que termina por trastornar la autonomía de las familias y que lleva a término (pero en esto Buscetta no estaría de acuerdo) un proceso iniciado, aunque con mucho mayores precauciones, por Salvatore Greco, *Chicchiteddu*. Sin embargo, es evidente que el elemento desencadenante es el narcotráfico, evidencia que Buscetta admite sólo genéricamente como decadencia del tono "moral" de la *Cosa Nostra*, "confusión" en sus organismos directivos. No sólo desmiente, contra toda evidencia, su participación personal en esos tráficos, sino que intenta exculpar a sus amigos, no a Inzerillo (habría sido imposible) pero sí a Stefano Bontate, quien, en cambio, como se sabía y como lo confirmaron otros *pentiti*, se ocupaba muy activamente de ellos. Llega a sostener que en los años sesenta la *Cosa Nostra* siciliana no comerciaba en absoluto con drogas y, de hecho, como se ha visto, ofrece explicaciones alternativas (en realidad complementarias) del estallido de la primera guerra; tiene un instante de desconcierto sólo cuando Falcone le replica que Di Pisa seguramente vendía heroína, e incluso hizo un intento con un agente del Narcotic Bureau.**[141]** Es de él la distinción neta entre la *Cosa Nostra* siciliana en los Estados Unidos, que trafica con heroína, y la *Cosa Nostra* estadunidense que rechaza esa actividad. La participación de los Gambino en las importaciones y exportaciones de los sicilianos lo desmiente, pero es evidente que él quiere cubrir justamente las vertientes norte y sudamericanas,**[142]** que son por lo menos tan suyas como la siciliana, sobre la cual en cambio proporciona una abundancia de informaciones sumamente lúcidas y en gran parte verídicas: es significativo que una de las pocas *lagunas* en su reconstrucción se refiera a la expulsión de Badalamenti en 1977, momento esencial de la *connection* siciliano-estadunidense.

Además, es preciso reflexionar sobre la continuación de la historia. Badalamenti en fuga se presenta a Buscetta en Brasil y le pide que vaya a Palermo "con el objeto de dirigir", explica el propio Buscetta, "en virtud de mi ascendiente, la revancha contra los corleoneses";**[143]** también tenemos constancia de la intercepción de varias comunicaciones telefónicas que demuestran que los Salvo lo buscaban con el mismo

objeto.[144] Buscetta considera que es una idea “alocada”, y en realidad no se equivoca: ¿qué habría podido su “ascendiente” (cuyo origen de todos modos no logramos comprender) contra el enorme poder militar de la Comisión, en momentos en que en Palermo los muertos se cuentan por decenas *cada día*? Lo extraño es que esa idea “alocada” sea propuesta por personajes con mucha autoridad, y que los enemigos de Buscetta (misteriosamente informados del proyecto de Badalamenti pero no de la firme negativa que se le opuso) la tomen en serio al punto de lanzar una despiadada reacción preventiva masacrando a dos de sus hijos, un hermano y varios parientes más. Se podría pensar que el “*boss* de dos mundos” ha sido llamado a mediar en nombre de algún otro, ubicado en uno de esos dos mundos, y que la Comisión haya querido demostrar con simbolismo feroz que no acepta interferencias externas. Tenemos el testimonio no demasiado claro de Mutolo, según el cual después de la muerte de Bontate e Inzerillo, John Gambino viajó de los Estados Unidos a Italia para reabrir el diálogo “dado que los caminos se habían interrumpido poco antes”, siendo Inzerillo uno de los eslabones “que llevaba más droga a los Estados Unidos”; por lo demás, todavía en febrero de 1984 Badalamenti llama por teléfono a los Estados Unidos desde Rio de Janeiro para insistir (quizás con la fuerza de la desesperación): “la licencia para importarla [la heroína] la tenemos nosotros, no la tiene nadie más”. Michele Greco en cambio se declara pronto a reabrir los intercambios sobre otra base, pero pide que los estadunidenses “den algún golpe para fregar a Buscetta”, que se ocupen de “matar a todos esos alojados, [es decir] escapados a los Estados Unidos”.[145] En Brasil, Buscetta es arrestado y al ser interrogado por Falcone se decide a hablar.

6. TERRORISTAS Y *PENTITI*

Paralelamente a las guerras de mafia se inicia en Sicilia una matanza de personajes de primerísimo plano. Empieza en septiembre de 1979 con Terranova, que después de haber sido electo en las listas del Partido Comunista y de haber participado en la Antimafia había regresado a la magistratura. Siguen, entre los magistrados, Gaetano Costa (1980) y Rocco Chinnici (1983), para citar solamente a los asesinados en Palermo. No faltan las víctimas entre los políticos, como Piersanti Mattarella, el presidente de la Región a quien no le vale de nada el capital de buenas relaciones en los ambientes mafiosos acumulado por su padre, Bernardo Mattarella, y Pio La Torre, secretario regional comunista muerto en 1982. Agreguemos los hombres de las fuerzas del orden: el vicejefe de policía Boris Giuliano, los oficiales de carabineros Russo y Basile y, finalmente, Carlo Alberto Dalla Chiesa, el general nombrado prefecto de Palermo en 1982. Estamos frente a un notable problema de interpretación. Si excluimos a Notarbartolo, la mafia palermitana nunca había producido cadáveres “excelentes”, por lo menos hasta 1971, y el asesinato del procurador general Pietro

Scaglione, que es interpretado por los contemporáneos en general como prueba de la colusión de ese magistrado, en la lógica del "se matan entre ellos". Visto en la perspectiva posterior a Dalla Chiesa, el crimen de Scaglione aparece en cambio como el primero de muchos episodios de intimidación hacia las instituciones y el sistema político.

En algunos casos la dirección misma de los golpes propone la interpretación. Russo y Boris Giuliano son investigadores de punta; en particular el segundo por sus relaciones con la DEA. La misma lógica conduce a Costa en la investigación contra los Inzerillo, y a Rocco Chinnici, muerto en la explosión de un auto bomba cuando coordinaba el *pool* de magistrados que trabajaba en la instrucción contra los "vencedores" de la guerra de mafia. Aquí aparece un aspecto que si bien ha sido objeto de énfasis retórico no por eso es menos real: el del *aislamiento* que la muerte provoca. En los ambientes policiales y judiciales la mayoría se queda en la administración ordinaria por incapacidad, por holgazanería, por miedo o por complicidad. Examinando las entrevistas hechas por la Comisión parlamentaria a mediados de los años sesenta entre los operadores en el campo, se comprende de inmediato cuáles son los que van a morir: los pocos que dan respuestas comprometidas e inteligentes. Entre ellos el general Dalla Chiesa, hombre de prestigio, de grande y reconocida experiencia en el campo, que llegó a Palermo para ser un símbolo**[146]** y fue de inmediato simbólicamente eliminado. El expediente, utilizado en otras fases históricas, de tener de reserva un funcionario que *sabe* y que es enviado a Sicilia cuando la necesidad lo requiere (pensamos en Sangiorgi, en Mori) ya no funciona. Dar en un blanco tan visible es fácil: como lo había sido en el caso de Terranova, incluso considerado en los ambientes judiciales de Bari como un "perseguidor" del pobre Leggio,**[147]** y en el de Costa, que para superar las vacilaciones de sus colaboradores había firmado solo, contra la práctica habitual, la orden de captura contra los miembros del grupo Spatola-Inzerillo.

Los efectos sobre la parte contraria son graves. "Para los policías y los carabineros […] la emboscada contra Costa representó un mensaje inequívoco: ahora ya sabían que cuanto más se investiga seriamente sobre la mafia más se pone en peligro la vida"**[148]**. Para tener una reacción con todas las fuerzas habría hecho falta algo diferente de *aquel* Estado, profundamente contaminado por las colusiones de su clase política, empantanado en los automatismos de una gestión mediante asambleas y consociaciones, en la praxis y en la teoría de un gobierno débil; incapaz, como se había visto en el caso de Dalla Chiesa, de dar a sus organismos una señal unívoca. Y, sin embargo, después de esa tragedia se abre una temporada de resultados extraordinarios obtenidos por el *pool* antimafia formado por los magistrados Falcone, Borsellino, Di Lello, Guarnotta, guiado por Antonino Caponnetto: se recogen las confesiones de Buscetta y después poco a poco las de los demás "arrepentidos", se lleva a término la instrucción que conduce a la incriminación de nada menos que de

707 presuntos afiliados a la *Cosa Nostra*. Se inicia la caza de hombres para que no queden vacías las jaulas en la sala de lo que será llamado el *maxiproceso*.

Aquí la palabra vuelve a la policía que había desmantelado en forma brillante la red de las refinerías de heroína, que con el informe “de los 162” había proporcionado al *pool* el mapa de los vencedores. Ya al terminar 1983 la escuadra móvil de Palermo tiene su mártir, el agente Calogero Zucchetto que entre los huertos de cítricos y el bar de Ciaculli había identificado al prófugo Salvatore Montalto en territorio de los Greco y de sus aliados Prestifilippo. Al parecer lo que decide su suerte es el hecho de que el policía se había infiltrado entre ellos y de alguna manera los había utilizado para preparar su trampa. En los ambientes mafiosos circula la noticia de que los superiores del agente muerto, Beppe Montana y Ninni Cassarà, han declarado que Mario Prestifilippo y Pino Greco llamado *Scarpazzedda*, el *killer* de los vencedores, no debían ser apresados vivos. La cosa es posible, en el momento de la rabia y la inquietud; más bien ¿por qué misteriosos canales llega al enemigo semejante rumor? **[149]** Montana, mientras tanto, se dedica a la búsqueda de los prófugos utilizando hasta sus vacaciones para espiar las lujosas mansiones de la costa desde su lancha de motor: así es como lo matan, de *short* y sandalias (verano de 1985). Toda la escuadra móvil se lanza a la búsqueda de los asesinos y arresta como sospechoso de ser un *killer* a un tal Salvatore Marino, que muere durante un incidente en la jefatura de policía. En el funeral, que la *cosca* patrocina abiertamente, habla Marco Pannella. El ministro del Interior Scalfaro acude apresuradamente a Palermo y con rapidez nunca vista en casos similares (ante todo el de Pinelli) desintegra la mayor estructura de investigación que jamás haya existido en Palermo trasladando a sus funcionarios a los cuatro extremos de la península. La muerte de Marino resulta un negocio excelente para la mafia. Cassarà regresa a su casa con plazos incalculables, se pasea en un auto blindado escoltado por dos agentes, uno de los cuales es Roberto Antiochia, que ha vuelto súbitamente de sus vacaciones para “cubrir las espaldas” a su jefe. Nunca se sabrá cómo fue que un ejército de por lo menos 15 sicarios logró obtener las informaciones necesarias para interceptarlos a los tres, justo delante de la casa de Cassarà, y eliminarlos en un huracán de fuego. Estamos a 24 horas de las decisiones de Scalfaro: en ese momento los hombres de la escuadra móvil están solos como si fueran ellos los delincuentes, los subversivos sobre los que se abate el enorme poder de un Estado moderno.

Esta trágica historia encierra gran parte de una lucha enunciada retóricamente por el Estado y practicada sólo por algunos de sus funcionarios: son gente que trabaja en sus vacaciones, que arriesga el pellejo para defender a los amigos, polemiza con los colegas ineptos, encuentra la traición pero sigue por su camino aún sabiendo que “todos los investigadores que trabajan realmente en serio acaban asesinados”,**[150]** y que justamente por eso entra en un choque *personal* con los mafiosos que facilita la reacción asesina. Como cualquier lógica institucional es precaria y contradictoria, no habría lucha alguna si no intervinieran el espíritu de cuerpo, el culto de los caídos, el

punto de honor de los que no ceden. Después pasa lo que pasó en el funeral de Cassarà, con policías y carabineros enfrentándose casi con las armas en la mano y el ataúd del joven Antiochia "sustraído por los agentes a la oficialidad de la jefatura de policía" y transportado a la sede de la escuadra móvil envuelto en la bandera italiana.[151] El segundo agente de la escolta (Natale Mondio), que sobrevive milagrosamente, será muerto a su vez en 1989. Scalfaro, Pannella, los otros pacíficos exponentes de la rutina italiana, no pueden comprender que hay una Italia "en primera línea" que combate y muere al parecer sin que nadie se entere, aunque los funerales se transmitan por las redes de televisión. Eso provoca ulterior *aislamiento,* así como los conflictos destinados a asumir la apariencia de lucha de facciones: piénsese en las furibundas rencillas provocadas por la actividad del *pool,* o en los ya proverbiales "venenos" del Palacio de Justicia palermitano y del Consejo Superior de la magistratura.[152]

Las mismas contradicciones, pero a nivel más alto, volvemos a encontrarlas en el debate que opone a dos agrupamientos que identificamos con Giampaolo Pansa y Nando Dalla Chiesa de un lado, Leonardo Sciascia del otro. Estamos en el periodo del maxiproceso, iniciado en febrero de 1986. Pansa está describiendo una Palermo no suficientemente involucrada en la gran ocasión y en la que más bien existe un "pantano" listo para "engullir el procesote".[153] De ésa distingue a la otra Palermo, que está asumiendo la lucha contra la mafia como palanca de una renovación general, a la que corresponde un movimiento en el seno de la clase política que lleva al primer plano de la democracia cristiana a personajes como Elda Pucci y Leoluca Orlando, alcalde "antimafia" apoyado por una mayoría atípica que terminará por incluir a los comunistas. Opuesta es la posición de Sciascia, quien como buen libertario es sospechoso de la "cultura de las esposas".[154] ¿Qué se puede esperar de un movimiento político que pretende influir en un proceso judicial? El riesgo es que el frente antimafia represente un escalón sobre el cual algunos ambiciosos, como el propio Orlando, quieren construir su carrera; mayor sería el riesgo si los ambiciosos fuesen Falcone y compañía, quienes avanzando con lógica deductiva a través de *pentiti* y pentitismo podrían faltar a la obligación de investigar las responsabilidades individuales.

Es importante recordar que la ocasión de esa polémica sobre los "profesionistas de la antimafia" surge de la reseña de Sciascia del libro de Duggan sobre la operación Mori,[155] texto que, como se ha dicho, delinea tan bien la instrumentalización política que estaba en la base de la antimafia del periodo fascista que por el camino pierde toda percepción de lo que era o podía ser la mafia, y es desconcertante que justamente el autor de *Il giorno della civetta* muestre no darse cuenta de eso. Sciascia puede incluso pasar por alto el hecho de que más allá del caso fascista, de los tiempos de la derecha histórica a los del bloque rudiniano-socialista sobre el caso Notarbartolo, el frente antimafia siempre trata a su opuesto de potencia a potencia o incluso de facción a facción, para quitar al adversario y ponerse él. (En cada caso hay

facciones mejores y peores: los Palizzolo, los Lo Monte, los Ciancimino). Lo extraño es que, en forma totalmente inesperada, la reseña termina con un ataque a Paolo Borsellino y al *pool*, que no tienen nada que ver con las ambiciones y facciones políticas. Aquí influyen las polémicas generales en que están empeñados socialistas y radicales contra la magistratura,[156] pero tengo la impresión de que Sciascia prevé que el maxiproceso se va a transformar en una operación liberticida por una razón mucho más específicamente relacionada con nuestro problema: él no cree que la *Cosa Nostra* sea un sujeto procesable, ni siquiera identificable, igual que pensaba en 1973, cuando sostenía que el mafioso ni siquiera sabe que lo es, porque la mafia representa un comportamiento y no una organización.[157]

Efectivamente, el maxiproceso apunta justamente al *power syndicate*, contrariamente a la instrucción de Falcone contra el grupo Spatola-Inzerillo, que había atacado al *enterprise syndicate* utilizando sobre todo el instrumento de la investigación bancaria para revelar la gigantesca red de los negocios del narcotráfico. Por primera vez la *Cosa Nostra*, en cuanto tal, pasa a ser objeto de un procedimiento. Desde fines de los años sesenta se había visto, en Catanzaro y en Bari, que la opinión pública recogida en las actas de la policía ya no era suficiente para condenar a una persona. En 1974 el mayor Russo (otro de la triste lista de los que iban a morir) expresaba así ante la Antimafia su frustración por "la ulterior afirmación del poder y la inteligencia de la mafia", comprobada por el infausto resultado de los procesos:

> Cuando se trata de informaciones confidenciales obtenidas por nosotros, la información confidencial no tiene valor; las intervenciones [telefónicas], por ley, no se pueden utilizar; las revelaciones no las creen. ¿Qué es lo que hay que hacer? ¿Esperar que el mafioso se declare culpable de determinados crímenes? Eso no lo hará jamás.[158]

La existencia de revelaciones, si es que Russo se refería a Leonardo Vitale, habría podido demostrar lo contrario. Sin embargo, Vitale no representaba el tipo ideal de gran mafioso, como lo demuestra la definición de "Valachi de suburbio", como si los suburbios a los que hace referencia no fuesen los de Palermo, corazón y vivero del fenómeno mafioso. Por lo demás, paradójicamente, en sustancia le creen, ya que los delitos que denuncia son comprobables mediante elementos objetivos. El desinterés en cambio era, como siempre, por la temática de asociación, y también por la dificultad jurídica para encuadrar el problema: ¿Es delito pinchar un dedo y quemar un santito? ¿Cuál es la relevancia del hecho de que ciertas jerarquías concedan permisos por genéricas influencias territoriales?[159]

La ley La Torre de 1982 marca un paso adelante al introducir el concepto de *asociación mafiosa*. Los hechos indican el camino: en efecto, si el choque indica siempre la existencia de organizaciones contrapuestas, una serie de delitos como la de

1981-1982, no basada en la secuencia lógica acción-represalia de la guerra de bandas, remite a una superorganización que juzga y castiga. Aquí la contribución de los *pentiti* es central, por más que los miembros del *pool*, para atenuar las polémicas, afirmen que "en conjunto, el papel de ellos es bastante marginal".[160]

Las enfatizaciones de los medios de comunicación y el escaso conocimiento de la historia de la mafia no ayudan a comprender el fenómeno del "pentitismo". Buscetta y sus socios no son —como se sostiene— los primeros en hablar, en romper el "férreo" muro de la *omertà:* los mafiosos siempre hablan con la policía, la dirigen hacia sus adversarios por medio de cartas anónimas, de conversaciones confidenciales, del *do ut des*. En las instrucciones de Terranova, los secretarios de actas sabían casi todo, incluso de la existencia de la Comisión; el caso último es el de Di Cristina, que a solas con un oficial de carabineros cuenta todo lo que pueda servir para perjudicar a los corleoneses.[161] Por lo demás, si desde afuera la organización parece estar perfectamente compactada por la regla de la *omertà*, adentro se tiene la sensación exactamente opuesta: la traición es *normalmente* inminente, y es por eso que los mafiosos se califican mutuamente de espía, *'nfami, tragediatore*. Así, Luppino, dirigiéndose a los carabineros, subraya que los verdaderos espías son los adversarios; Vitale mata a otro afiliado que anda diciendo que el tío es informante de la policía. La novedad del maxiproceso es que los mafiosos hablan en el tribunal: por lo tanto, no nos encontramos frente a una progresiva "barbarización" del derecho, como se ha dicho, sino al comienzo del mecanismo de la garantía procesal de un fenómeno que antes quedaba a la relación personal, y necesariamente ambigua, entre mafiosos y policías. Por lo demás, no es una innovación absoluta, aparecía ya en los procesos del periodo fascista, contrariamente a lo que sostiene Sciascia: es el caso, entre otros, del Giuseppe Gassisi que acusaba a Cascio-Ferro y sus socios.[162]

Ciertamente en un maxiproceso la comprobación de las responsabilidades de cada individuo es cosa ardua, y esto vale no sólo para los centenares de peones de la *Cosa Nostra* sino también para los miembros de la Comisión. Estos últimos, en efecto, son llamados a responder de una cantidad de crímenes por el declarado carácter centralizado de la organización y en particular con base en la regla enunciada por Buscetta: un delito "excelente" sólo se puede cometer con autorización de la Comisión, un delito "normal" requiere sólo el permiso de la familia en cuyo territorio se lleva a cabo la operación. Es particularmente difícil creer que exista y que se respete en realidad la obligación de decir la verdad entre los hombres pertenecientes a la *Cosa Nostra*, según la cual habría que atribuir el mismo valor a hechos que el *pentito* conoce directamente y a las informaciones obtenidas por él en conversaciones con otros afiliados. En todo caso, el propio Buscetta muestra que esas leyes se violan en toda una serie de ocasiones, lo que suscita la obvia objeción de un defensor: "la regla que no soporta ninguna violación en la página 14 del interrogatorio tiene muchísimas excepciones en las otras 400 páginas".[163] Sciascia concluye que los *pentiti* ofrecen

> una descripción atendible en los detalles, inatendible en el conjunto. En suma, en las revelaciones hay una contradicción intrínseca y esencial: afirmar la mafia como hecho unitario, que como una catedral remata en su "cúpula", y al mismo tiempo dar una representación de ella como desorden, con diferencias internas mortales, con prevaricaciones y estafas internas.[164]

No me detengo en la importancia probatoria de la cues-tión.[165] Para la interpretación "de conjunto" del fenómeno la consideración de Sciascia, en cambio, tiende a confundir. La Comisión no es la cúpula de una catedral, ni la cabeza pensante de un pulpo, sino un organismo de coordinación dotado de los poderes que sus miembros se proponen darle efectivamente. El hecho de que la primera en violar las reglas sea justamente la mayoría Riina-Greco demuestra solamente algo que ya se sabía: los mafiosos no son mejores que los demás hombres que fundan instituciones para después tratar de torcerlas en beneficio propio. La descripción de Contorno, el segundo *pentito*, el hombre de acción de Bontate, es simplista y por eso absolutamente comprensible: "El juramento sería tipo los diez mandamientos… no mirar a las mujeres de los demás, decir siempre la verdad",[166] todos los preceptos que los buenos católicos nunca respetan. Calderone relata la afiliación del ladrón que al oír de la prohibición del hurto se rebela: es preciso explicarle que es sólo a los cofrades que no se debe robar.[167] La descripción de Buscetta adolece de formalismo "jurídico" por dos razones: porque explicar un sistema de normas a quien no las conoce significa *ipso facto* absolutizarlas, como ocurre en cualquier manual de derecho; porque cuando un sistema de reglamentación ya no funciona y hace implosión trágicamente la solución más obvia consiste en atribuir la responsabilidad de la degeneración a la "ferocidad" de los adversarios, presentando a la mafia "de antes" como buena y respetuosa de las reglas. Por lo demás, Buscetta sabe perfectamente que es la fuerza la que crea el derecho, que las instituciones representativas en la *Cosa Nostra* son un reflejo de las relaciones de fuerza, como subraya Calderone a propósito de la debilidad de la Comisión regional frente al poder excesivo de los palermitanos.

¿Por qué se arrepienten? Ante todo porque pierden, porque se proponen continuar la batalla por otros medios y buscar la venganza. Buscetta denuncia los delitos de sus enemigos y oculta los de sus amigos y los suyos propios, y en ese sentido es verdad que conserva, más allá del "sentimiento mafioso", también el "actuar mafioso".[168] Presenta un modelo de mafia antigua abandonado por los corleoneses, esforzándose por convencernos, o por convencerse a sí mismo, de que el verdadero arrepentido no es él, sino sus enemigos; igual que Valachi, que, según el agente del FBI que lo interroga, "no se considera en absoluto traidor a la *Cosa Nostra;* para él el verdadero traidor es Vito Genovese".[169] Desde el comienzo de su confesión a Falcone, Buscetta intenta demostrar su credibilidad llevando el discurso a un plano elevado:

> Quiero decir ante todo que no soy un espía, en el sentido de que lo que digo no es dictado por el hecho de que quiero propiciarme los favores de la justicia. Y tampoco soy un "arrepentido", en el sentido de que mis revelaciones no son dictadas por mezquinos cálculos de intereses.[170]

En este contexto se establece entre los interrogadores y su supertestigo un diálogo —incluso una relación— de estimación y de confianza. En el volumen-entrevista publicado pocos meses antes de su asesinato,[171] Falcone hablará de la sicilianidad como de un código simbólico y cultural común que permite al juez y al mafioso comprenderse. Si se refiere a algo más que el conocimiento del dialecto y de la mímica, permítaseme tener alguna duda; la capacidad de crear un contacto deriva mucho más de la capacidad, de la pasión del juez, de un proyecto lúcidamente perseguido. La manifestación de una simpatía (en el sentido etimológico) con la condición del mafioso quiere indicar un camino para salir de la *Cosa Nostra* a sus cada vez más numerosos afiliados que temen ser triturados. Falcone persigue, en el plano mucho más directo de la relación entre el juez y los *pentiti*, la reapropiación y la inversión de los códigos de la cultura folclórica que ya había intentado Mori: es necesario demostrar que los desvalores mafiosos tienen debajo valores que pueden ser reutilizados con fines de civilización. Para Buscetta es imposible identificar ese terreno común salvo en el antiguo concepto de mafia de orden, que se contrapone a una mafia irreconocible por ser terrorista, desfigurada por la avidez y el narcotráfico. La droga en particular representa por sí misma un factor destructivo del orden social: por esa finalidad ideológica, además de por varias otras prácticas, la calificación de narcotraficantes es aplicada a los vencedores pero no a los perdedores; mientras que si fuera posible hacer esas distinciones las cosas en todo caso estarían al revés.

La ideología de la mafia de orden representa el terreno de comunicación entre el submundo y el supramundo, entendiendo por esto no sólo las instituciones sino el vasto círculo de clientes y simpatizantes de la mafia. Calogero Vizzini se presentaba como el hombre que "arregla" las cuestiones evitando conflictos más graves. Para esas finalidades se podía emplear también la palabra *mafia*, aunque con la técnica de la inversión polémica contra la *incomprensión* de los nórdicos utilizada ya en las reivindicaciones de Pitrè, Morana y Orlando y repetida en el ya citado epitafio de Ciccio Di Cristina, padre de Giuseppe, con su llamado a la "ley del honor, defensa de todo derecho". No se trata de un residuo de mafia agrícola con sus presuntas características patriarcales y protectoras. Leggio cita doctamente a Pitrè dando a entender que la suya, si no es mafia, podría ser mafiosidad. Spatola, después de haber sido un dinámico empresario del reciclaje, encuentra en la cárcel tiempo para fijar en unos apuntes su propio credo sobre la mafia, o bien —como él dice— sobre la *omertà*, que "ayuda y no se aprovecha de los débiles", que "siempre hace el bien".[172]

La mafia conserva una ideología de orden porque continúa jugando sobre una función de orden. De vez en cuando mata a algún rapiñero y también ocurre que Michele Greco, durante las sesiones del maxiproceso, afirme que ni él ni sus colegas tienen ninguna relación con el misterioso asesinato del hijo de 11 años del contratista de la limpieza del tribunal, declaración a la que aparentemente sigue el castigo ejemplar de los *killers*.[173] Por lo tanto, es lógico que la ruptura ideológica se realice sobre esos temas. Por cierto, Buscetta es prácticamente la última encarnación del mafioso del tipo antiguo. Pluridivorciado, y en consecuencia capaz de cambiar con frecuencia de mujeres y de aliados, "vanaglorioso", según la opinión unánime de la Antimafia y de sus ex colegas en el maxiproceso, hombre nuevo, carente de tradición familiar. Por lo demás, si la mafia no es comportamiento, tampoco existe —como se sigue pensando— un cuño humano común en el que sea posible identificarla. Hay un modelo, el del mafioso que sólo habla por sentencias y parábolas a la manera de Michele Greco. Pero si de las representaciones ideológicas que dan los mafiosos pasamos a la realidad, encontramos de todo: Buscetta caballeresco y "deshonrado", los diversos astutos, los diversos sádicos, uno que encuentra una excusa para no participar en las acciones de sangre, como Antonino Calderone, y otro que se siente mal si no mata. Durante su confinamiento en Linosa, Giuseppe Sirchia descubrió la literatura e inició una correspondencia con Sciascia en la que declaraba querer vivir solo y tranquilo, pero al regresar encontró la venganza de Bontate, el presunto caballero descrito por Buscetta, el hombre que al llegar a una cita se excusa por su retraso debido a la necesidad de cambiar una rueda y de estrangular a un ser humano.[174] La única categoría que se podría mencionar es la de los gregarios, los fidelísimos a sus capos, como Caruso, el *killer* torpe de Di Cristina, o el salvaje y hábil Contorno que habla con el mismo ritmo que necesita para escapar a las emboscadas, en el curso de las cuales incluso puede ocurrirle encontrarse enfrentando a un amigo: "Era amigo mío desde hacía mucho, cuando se me apareció enfrente tenía cara de muerto, me comí la hoja entera: *Finivu!* [estoy acabado], dije".[175]

Otro que actúa por espíritu gregario es Leonardo Vitale. Él sí podría explicar lo que era la vieja mafia, usar con buen derecho su ideología, pero está loco, y en su locura quizás ve más claro: se cubre de excrementos para purgarse del pecado, quema las ropas adquiridas con el dinero del delito, se muestra indulgente hacia el tío pero no hacia la herencia común, que considera el origen de sus males:

> Semienfermedad mental = mal psíquico; mafia = mal social; mafia política = mal social; prostitución = mal social; sífilis, crestas de gallo, etc. = mal físico que repercute en la psique enferma desde la infancia; crisis religiosas = mal psíquico derivado de esos males. Ésos son los males de los que he sido víctima yo, Leonardo Vitale, resurgido en la fe del verdadero Dios.[176]

En suma, cuando sale del manicomio Leonardo está fuera de la lógica mafiosa, y es en esa condición pacificada que los *killers* lo alcanzan y despiadadamente lo matan.

Como se ve, si los mafiosos no son todos iguales, tampoco son iguales todos los arrepentimientos; ni la ruptura para ser completa necesita siempre apoyarse en la locura. Las mujeres, por ejemplo, llegan antes y mejor. No todas, naturalmente, y es posible que algunas desempeñen el supuesto papel de vestales de la venganza; pero en el momento en que hay que decidirse a cambiar de bando ellas muestran una flexibilidad mental distinta de la de sus hombres. Los procesos de mafia están llenos de personajes femeninos, como la esposa del *campiere* Colajanni, asesinado por Leggio, que después de una larga incertidumbre encuentra el valor para acusarlo y se encuentra con un ministerio público según el cual "no hay razón para prestar oídos a una mujercilla que primero decía una cosa y después otra".[177] Serafina Battaglia ha perdido a su hombre, un mafioso, y trata de salvar a su hijo de una suerte idéntica dirigiéndose al *boss* Torretta, que le promete protección y en cambio deja que los Rimi de Alcamo lo maten; entonces la mujer denuncia a los asesinos y en la sala del proceso de Catanzaro enfrenta a Torretta arrojándole a la cara su desprecio: "Y ustedes se complacen en hacerse llamar hombres de honor […] Usted es un hombre de cincuenta centavos".[178] También está la historia de Felicia Bartolotto, casada con Luigi Impastato de Cinisi, mafioso de varias generaciones a quien toca en suerte un hijo, Peppino, militante de Democracia Proletaria, que truena en los mítines y por los micrófonos de las estaciones de radio locales contra personajes excelentes como don Gaetano Badalamenti. Aquí la mafia y la Antimafia chocan dentro de la misma familia, en un *crescendo* de odios, amenazas y protecciones ambiguas. Caerá el padre, y también el hijo caerá; para él la mafia guarda la burla de un fingido atentado dinamitero, que deberá ser atribuido al subversivo. Por la memoria de Peppino, Felicia aprende a combatir como puede, concediendo entrevistas a los periodistas continentales:

> Porque me gusta hablar de eso, porque así la cosa de mi hijo se extiende, entienden qué significa la mafia […] Ellos se imaginan: "Ésta es siciliana y mantendrá la boca cerrada". Y en cambio no. Yo tengo que defender a mi hijo, políticamente tengo que defenderlo. Mi hijo no era un terrorista. Luchaba por cosas justas y precisas.[179]

7. La política vista por la mafia…

En el curso de un terrible 1992 la mafia lleva a cabo cuatro golpes tremendos, asesinando a sus mayores enemigos, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, pero también a dos de sus más calificadas conexiones con el poder oficial, Salvo Lima e

Ignazio Salvo. Sigue una reacción estatal que conduce al despliegue del ejército en Sicilia y al arresto de muchos capos, prófugos desde tiempo inmemorial, entre ellos el propio Totò Riina, discípulo de Leggio, líder de los corleoneses, sucesor de Michele Greco a la cabeza de la Comisión. A continuación viene la incriminación de Giulio Andreotti, tal vez el político más eminente de la Italia republicana, llevado a juicio por asociación mafiosa; es decir, por un tupido y continuado intercambio de favores originado por la conversión al andreottismo —a fines de los años sesenta— de la más importante corriente de la DC siciliana, la de los ex partidarios de Fanfani, que se habían separado del propio Fanfani y de Gioia, encabezados justamente por Salvo. El ex presidente del Consejo además habría encargado a la *Cosa Nostra* el homicidio del periodista romano Mino Pecorelli, y sobre todo estaría involucrado en el crimen de Dalla Chiesa, cuyas causas, según los investigadores palermitanos, deberían buscarse no tanto en la hostilidad de la mafia como en un complot político originado en el asesinato de Aldo Moro. Este desenlace, clamoroso e imprevisible, se combina con la debacle de los partidos del gobierno bajo el ciclón de *Tangentopoli*,[180] induciendo a muchos italianos a preguntarse cuál era la relación de la mafia con los otros poderes que a nivel oculto o visible han gobernado a Italia en los últimos 30 años. Y por primera vez viene del interior de la *Cosa Nostra*, a mediados de los años noventa, una respuesta, una abundancia de informaciones sobre la relación entre mafia y política que parecen confirmar lo peor de lo imaginado por la opinión pública.

Nuestras fuentes se identifican esta vez —al contrario de lo ocurrido en los años ochenta— en un grupo muy consistente de mafiosos de “grado” medio y alto dispuestos a colaborar con la justicia: es una avalancha, una crisis general que afecta a la organización, provocada por la intensificación de la represión y por la propia centralización operada por los corleoneses. No tenemos en cambio el testimonio de los líderes que trataron con los grandes políticos, ni el de Riina, ni el de Badalamenti, ni obviamente el de Bontate. Hoy Buscetta finalmente admite sus propias antiguas relaciones con Lima, su propia participación en la presunta tentativa de liberación de Moro; pero para todo lo demás se basa también él en informaciones provenientes de Badalamenti o de Bontate.

Es pues el tam-tam de la *Cosa Nostra*, a todos los niveles, lo que lleva a juicio a Lima y Andreotti por sus vínculos con Bontate primero y con Riina después. La opinión general de los mafiosos representa por sí misma un elemento significativo, puesto que dentro de esa organización secreta, pero presente en varios continentes y metida en actividades diversas pero relacionadas, algún instrumento aceptable y comúnmente aceptado de comunicación tiene que existir, incluso donde no se cree que se respete realmente la *obligación* de decir la verdad entre afiliados. El *capomafia* explicará a colaboradores y gregarios los hechos de la política y sus propias relaciones con los políticos según códigos vigentes entre los mismos mafiosos, y dará una interpretación adecuada para él mismo y sus consocios de lo que ocurre en el supramundo. Se dirá que el juez Corrado Carnevale quiere y, en

consecuencia, siempre puede “arreglar” los procesos por dinero o por amistad; que Lima quiere y, en consecuencia, puede intervenir en cuestiones de política judicial, por lealtad y gratitud a quien le consigue votos, que en ausencia será el “tío” Giulio (Andreotti) quien, por las mismas razones, entre directamente en la pelea. A cambio será posible procurarle los objetos por los cuales “enloquece”. Como por ejemplo “cierto cuadro”.**[181]** Del lado opuesto, Falcone es visto como alguien que “quiere mandar”, dispuesto a todo con tal de que no se derrumbe el maxiproceso. Como se ve, en particular por este último caso, las representaciones podrían no ser falsas, pero en todo caso están deformadas en clave de simplificación. Se prevé que en el mundo de arriba, igual que en el de la *Cosa Nostra*, las reglas solemnemente enunciadas se respetarán sólo hasta donde sea conveniente; se tiene la certeza de que al final, frente a las relaciones personales y en último análisis a la fuerza, valdrán cero.

En el paso de los años setenta a los ochenta la represión empieza a golpear a la *Cosa Nostra*, la cual intenta convencer a su socio democristiano de que bloquee la máquina de la justicia. El camino más evidente pasa por el control de los votos. En su presunto encuentro con Andreotti, Bontate habría exclamado: “En Sicilia mandamos nosotros, y si no quiere que la Democracia Cristiana desaparezca por completo tiene que hacer lo que decimos nosotros. De lo contrario, le quitamos no sólo los votos de Sicilia, sino también los de Reggio Calabria y de todo el sur de Italia. Puede contar solamente con los del norte, donde todos votan a los comunistas, acepte ésos”.**[182]** La amenaza se cumple, bajo el comando de Riina, en ocasión de las elecciones de 1987, cuando se difunde la indicación de votar por el garantismo de socialistas y radicales, contra la inatendibilidad de los democristianos. En la cárcel palermitana del Ucciardone se vota unánimemente en ese sentido, y —al parecer— se apoya a los radicales. También en algunos barrios populares el resultado es el buscado, pero a nivel de la ciudad, la provincia y la región el triunfo de los socialistas corresponde a la tendencia nacional del voto, y de hecho va acompañado por el éxito también de la DC, también aquí siguiendo la tendencia general y a pesar del boicot de la *Cosa Nostra*.

Por lo tanto, debemos preguntarnos dónde acabaron, en esa ocasión, no sólo los consensos de todo el Mezzogiorno de que se jactaba Bontate, sino los 180 000 votos que en 1988 la mafia controlaba sólo en Palermo, según el juez Ayala, o los 50 000-60 000 que desde 1994 —después que la represión había debilitado a la organización—, y hasta hoy según los diputados progresistas, estarían a disposición de la *Cosa Nostra*.**[183]** El método inductivo con que se elaboran esas estimaciones, multiplicando el número presunto de adherentes a las *coscas* por una cifra de 70-80 votos que cada mafioso podría influenciar parece, ante todo, más bien tosco: es fácil admitir que el primero de los 2 700 afiliados (en 1988) o de los 780 (hoy) puede influenciar 80 votos o más, que el segundo y el tercero hagan lo mismo, pero parece improbable que el centésimo o el milésimo o el dosmilsetecentésimo pueda encontrar, en el ambiente en el que pescan en común él y los otros, en la red de clientes de la

cosca mafiosa, *otros* 80 votos más, que no hayan sido conquistados ya por sus cofrades. Para ir más allá haría falta propaganda visible, una hipótesis o de alguna manera una máquina política; es decir, de índole distinta de la máquina mafiosa. Por lo demás, señalaba en su momento Falcone criticando a su colega y amigo Ayala, "todo eso presupondría una unidad de orientación, llamémosle política, de la *Cosa Nostra* que en la realidad de los hechos no existe. No hay una decisión del consejo de administración de la *Cosa Nostra* que dice en cada ocasión por qué partido o qué candidato hay que votar".**[184]** Aun admitiendo que eso ocurra en circunstancias excepcionales, como en 1987, tal vez el instrumento no permita cambiar de caballo en mitad de la carrera, o los capos puedan y quieran manejar ese cambio. Por último, nada impide que nuevas e improvisadas alianzas puedan funcionar mejor que las viejas: es el caso de Claudio Martelli, elegido en ese año en Palermo con una plataforma garantista y que como ministro de Justicia conferirá un cargo importante en Roma al máximo enemigo de la *Cosa Nostra*, Giovanni Falcone.**[185]**

Comprendo que este razonamiento mío parece cuestionar la idea de un intercambio entre mafia y política basado totalmente en el momento electoral. Para comprender qué es lo que la mafia da a la política quizás habría que mirar más al modo como ambas se relacionan con la iniciativa privada "sucia" y garantizan los negocios que se desarrollan en el territorio (por ejemplo, las obras públicas) y las transacciones financieras. Los mafiosos ciertamente desempeñan el papel de mandaderos y capos electorales, orientan las preferencias, participan en la parte ejecutiva de la máquina política; sin embargo, es dudoso que en una gran ciudad o incluso a escala regional —casos distintos del individual de cada pueblo o de barrios infectados— puedan representar su parte noble, el motor, los circuitos de ideación y de decisión. Si miramos también al pasado, la intervención de la mafia en los grandes momentos de la vida política siciliana muestra un saldo bastante dudoso. En su momento se apoyó en el separatismo pero no fue capaz de conseguirle grandes triunfos electorales, y hay que considerar que el MIS, por más que no haya tenido la masa de adherentes que los rumores le atribuyen, disfrutó por su cuenta, y no por virtud de las *coscas*, de un notable número de votos de opinión. Después los mafiosos apoyaron a la derecha, hasta el convulso epílogo de la operación Milazzo, y sólo terminaron por confluir en la DC cuando ésta ya triunfaba, o como diría el capitán Malausa, "por conveniencia personal", abriendo la larga fase en la que amarrarían su propia suerte a la de ella.

La *Cosa Nostra* no es un partido, no obtiene el consenso para sí misma. Eso lleva de vuelta la pelota al campo de la política, a las opiniones, a los intercambios materiales y simbólicos. Por ejemplo, en el triunfo de Forza Italia en Palermo en las elecciones políticas de 1994, apenas pocos meses después de la elección por plebiscito de Leoluca Orlando como alcalde (y a Orlando se le podía atribuir un signo político opuesto), la movilización mafiosa *sigue*, como en los buenos tiempos de la DC, a la constitución de un agrupamiento capaz por sí mismo de producir mitos, ideas,

proyectos, instrumentos, hombres para el gobierno de la cosa pública. El hecho de que Forza Italia haya basado buena parte de sus campañas electorales de 1994 y 1996 en una plataforma de garantismo especioso (ataque a la legislación de compensaciones para los *pentiti*, a las disposiciones sobre las condiciones de detención y seguridad en las cárceles y al concepto mismo de asociación mafiosa) demuestra una vez más la primacía de la *propuesta* política. Y en cierto sentido se podría decir que muchos de los temas que según los investigadores palermitanos fueron objeto de negociaciones ilícitas, subterráneas e ineficaces entre la *Cosa Nostra* y Andreotti en el curso de la década de 1980 son ahora parte del programa manifiesto, oficial y legal de Forza Italia, dirigido al pueblo italiano y, por consiguiente, también a los *lobbies* mafiosos.

La *Cosa nostra*, por lo tanto, parece incapaz de poner en juego su influencia electoral sin la aportación de un partido político, y con más razón de *condicionar* la política. Eso explica que en los últimos 15 o 20 años el terrorismo haya representado cada vez más para la mafia un camino obligado —de dudosa eficacia en cuanto a los efectos mortales— en el intento de derrotar a los adversarios, pero también de condicionar a los aliados, actuales o potenciales. Piersanti Mattarella, por ejemplo, habría sido asesinado porque, aunque proveniente de una tradición familiar sensible a la influencia mafiosa, a cierta altura se habría puesto con decisión en contra de ella. Pero lo que provoca el estallido de las represalias es sobre todo la incapacidad del poder político de mantener bajo control al Poder Judicial en el momento de la validación definitiva de los resultados del maxiproceso. Ignazio Salvo y Salvo Lima, los presuntos grandes mediadores entre la mafia y Andreotti, habrían sido castigados por su incapacidad de garantizar la protección que Riina y sus socios esperaban.

Al final, en 1993, los corleoneses Brusca y Bagarella proyectaban lanzarse contra el “cornudo” de Andreotti, personalmente o a través de sus hijos, por haber “vuelto la espalda” a sus amigos.**[186]** Uno y otro episodio pueden haber tenido un desarrollo distinto del atestiguado por los *pentiti* y supuesto por los jueces de instrucción palermitanos, pero en suma la lógica es ésa. En cambio, no creo que los “perdedores” del grupo Bontate-Inzerillo hayan recurrido realmente a una metodología opuesta a la de los corleoneses (“tradicionalista”, dice la acusación contra Andreotti,**[187]** igual que se decía ya en el maxiproceso). En realidad, la lógica que en la fase inicial empujó a la *Cosa Nostra* al terrorismo era común a los varios grupos reunidos en su interior, homologados por la competencia por el control de la política y de los políticos, así como por el control de los negocios y los tráficos, aun antes de la segunda guerra de mafia, o bien del golpe de la Comisión. Buscetta, por ejemplo, atribuye a Inzerillo el asesinato del magistrado Gaetano Costa. Cuando se enteró de que Rosario Nicoletti (el secretario regional de la DC, que se suicidó en 1984) estaba en tratos con Riina, Stefano Bontate en persona le dijo a Mannoia: “A ese imbécil si no pone la cabeza en su sitio tenemos que matarlo”.**[188]**

En el curso del encuentro subsiguiente al asesinato de Mattarella, siempre según el *pentito* Mannoia, Bontate habría "desafiado al *onorevole* Andreotti a adoptar intervenciones o leyes especiales, porque en tal caso se verificarían hechos gravísimos".[189] Aquí no interesa establecer si el encuentro tuvo lugar realmente o no. Nos interesa el hecho de que la línea de la *Cosa Nostra*, tal como es expuesta por los capos a los socios, prevé el pasaje de la relación (de acuerdo o de intimidación) con el administrador para la gestión de negocios, contratos y similares a la tentativa de determinar mediante la persuasión o las amenazas el curso de la acción legislativa y, por así decirlo, de la política en general. Sólo ese paso ulterior puede explicar la *escalation* del terrorismo.

Tenemos ejemplos aún más claros. Falcone, en colaboración con Martelli, inicia medidas legislativas contra la mafia, así como el monitoreo de las sentencias de la Casación, que al parecer logra salvar el maxiproceso; es en ese plano superior del choque que la contraparte juega su carta homicida. Por lo demás, sin obtener el resultado deseado. Y además ¿qué resultado concreto habrían podido obtener los atentados de los Uffizi y de via Fauro (1993), tan similares a los del terrorismo político?

8. … Y LA MAFIA VISTA POR LA POLÍTICA

En previsión de su partida hacia Palermo, donde se encontraría con su destino, Carlo Alberto Dalla Chiesa fue a ver a Andreotti, respondiendo a un pedido del propio senador que le parecía natural, "dada su presencia electoral en Sicilia". El 6 de abril de 1981 el general anotó en su diario: "Fui muy claro, y le transmití la certeza de que no tendré reparos con la parte del electorado donde están sus grandes electores. Estoy convencido de que la falta de conocimiento del fenómeno […] lo ha conducido y lo conduce a errores de evaluación de hombres y circunstancias".[190]

Tenemos aquí en síntesis extrema una interpretación de toda la cuestión de la relación legal entre el gran líder y la *Cosa Nostra*. Dalla Chiesa distinguía tres niveles: el del propio Andreotti, que con la mafia habría tenido una relación mediada, instrumental, reducida a un problema electoral; el de los andreottianos, "la familia política más contaminada de la isla",[191] los grandes electores (Lima, el presidente de la Región de Adquisiciones, el alcalde de Palermo Martellucci) a quienes superficialmente el gran líder habría dado su confianza; el del electorado de los grandes electores, las familias de mafia, distintas de las políticas. No estamos muy lejos de lo que afirma el senador ex comunista Emanuele Macaluso: "Andreotti no produce política. De Gasperi, Fanfani, Moro se enfrentaron al complejo proceso político siciliano. Andreotti no, usaba lo que encontraba o lo que se le proponía. En 1968 llega Lima. Y es Lima el que hace política".[192] Por lo tanto, si Dalla Chiesa y Macaluso identifican una red de muchos anillos que vincula a Andreotti con la mafia,

y que debe ser leída a la luz de la responsabilidad política más que penal, es el propio Andreotti el que en sus declaraciones se mantiene en una posición de cerramiento total, negando entre otras cosas haber sido él quien convocara a Dalla Chiesa, llegando a afirmar que no se "hizo ninguna referencia a los temas que aparecen anotados en la página del diario",[193] y lo sostiene a pesar de que la conversación quedó escrita, podríamos decir grabada, en el diario del hombre que iba a morir. En esa página del diario se relata que Andreotti, presionado por Dalla Chiesa para que se pronunciase sobre las fechorías de sus secuaces, de repente se refirió a Sindona y relató la historia de un tal Inzerillo, "que murió en los Estados Unidos, y llegó a Italia en un ataúd y con un billete de 10 dólares en la boca". Dalla Chiesa anotó fastidiado que también eso "testimonia en el sentido" de la superficialidad de Andreotti, que lamentablemente en esas cosas "todavía prevalece el folclor".[194] Y, sin embargo, aquí Andreotti —que hoy niega esa parte de la conversación— parece finalmente insinuar en forma nada trivial una pista, una clave interpretativa.

El Inzerillo en cuestión era el hermano del Salvatore, gran intermediario en el narcotráfico con cuyo asesinato —y con el de Bontate— se inició la ofensiva de los corleoneses. De todo esto aparentemente el gran investigador no sabía mucho, como casi todos en abril de 1981, mientras que Andreotti, aunque por un instante solamente, parece estar muy al tanto de los secretos. Por lo demás, la cuestión de los conflictos intramafiosos alrededor de la gran apuesta del narcotráfico conduce inmediatamente a la figura de Michele Sindona, quien, como es sabido, fue apoyado por Andreotti y los andreottianos aun después de su incriminación por la justicia italiana e incluso después del asesinato del licenciado Ambrosoli, ordenado por él. Sindona venía de antiguas relaciones con los Gambino de Nueva York, como se ha dicho estrechó otras con Rosario Spatola y, por lo tanto, se inserta muy bien en la conexión siciliano-estadunidense que estuvo en primer plano en la segunda guerra de mafia. Según el *pentito* Mannoia, para el grupo Bontate-Inzerillo, Sindona representaba el canal financiero que para los corleoneses era el jefe de la logia masónica príncipe Licio Gelli (y con él quizás Roberto Calvi, el presidente del Banco Ambrosiano). Mutolo, en cambio, más genéricamente afirma que unos y otros habían invertido en los bancos de Sindona, y cuando los negocios de éste empezaron a andar mal ellos pidieron "la restitución del dinero".[195]

El sangriento conflicto entre las dos alas de la mafia militante en Palermo no necesariamente implica una contraposición equivalente entre los canales financieros utilizados por ambas en Milán o en Nueva York, y tampoco entre sus referentes políticos. En cambio, es posible que el estallido de la violencia en esa escala y con ese grado de evidencia —piénsese en la muerte de Ambrosoli, en el atentado contra el vicepresidente del Banco Ambrosiano, en el misterioso asesinato de Calvi, en el propio "suicidio" de Sindona— hiciera más difícil la relación de esos grupos empresariales-mafiosos con sus referentes políticos. Partiendo de esos elementos, podríamos intentar reconstruir, en forma totalmente hipotética, una versión

andreottiana coherente. Andreotti, al cambiar de tema bruscamente con Dalla Chiesa, podría haber querido indicarle que había dos alas de la mafia, la siciliano-estadunidense ligada al comercio de la droga, y la política; que el grupo peligroso era el primero y que a él le correspondía tutelar el segundo a través de Lima y los Salvo. Así se explicaría que los procedimientos contra los narcotraficantes, de los que Andreotti se jacta hasta hoy, hayan acompañado y hasta ahora acompañen la defensa de Lima. Así se explicarían también las crípticas alusiones de Andreotti a la venganza de los narcotraficantes y/o de los estadunidenses —que sería terrorista contra Lima y Salvo, judicial contra el propio Andreotti—, así como las polémicas contra Buscetta, quien sobre la vertiente estadunidense sabe mucho más de lo que nunca quiso decir.

Macaluso, en cierto sentido haciendo explícita la tesis de Andreotti, piensa que la droga creó una cuña entre la clase política y la mafia, aterrorizando a la primera y haciendo audaz a la segunda. Es una explicación plausible, pero no convincente, en sentido específico y en sentido general. En sentido específico, en la guerra de mafia y la *escalation* terrorista no se observa tanto un conflicto entre narcotraficantes y políticos como una tentativa de la Comisión de tomar el control de los tráficos y de las relaciones políticas. En sentido general, la mafia nunca se reduce a una asociación de traficantes, de asépticos financieros cuyos capitales operan sólo en el mundo virtual de las computadoras.[196] Ciertamente en esos años la mafia se enriqueció gracias a la droga, pero también utilizó las ocasiones cada vez más fructíferas de ganancia que le ofrecía la versión italiana del Estado asistencial; se robusteció con la proliferación de la ilegalidad a todo nivel, y sobre todo sacó del contacto con una máquina política corrupta la idea, no importa qué tan realista, de que podía actuar como protagonista en el escenario de la lucha por el poder.

La tentativa de atribuir toda la culpa a la droga es también indicio de la necesidad que algunos miembros de la clase política tienen de salvar su alma, con mala fe, como es seguramente el caso de Macaluso.[197] La historia de las relaciones entre mafia y política ciertamente no es la *verdadera* historia de Italia, como sugiere quien dio a la prensa el acta de la acusación contra Andreotti, ni siquiera la verdadera historia de Sicilia. Pero entre las otras, hermosas o no tan hermosas, es *una* de las historias de Italia, y no de las menores; una parte de ella proviene de la droga, otra parte de la profundidad del proceso siciliano, otra del sistema político. De ella y de su propio papel en ella, Andreotti no quiere decir nada, tanto que la inverosimilitud de su defensa representa el principal indicio de alguna culpabilidad suya. Él podría haber dicho que apoyó a Sindona tutelando las relaciones entre Italia y el Vaticano; que conoció a los Salvo por razones electorales; que dejó a Lima en su política regional porque no entendía mucho del asunto; que habló con Dalla Chiesa de ciertos temas sin darle importancia. Pero para resultar creíble tendría que admitir que no se dio cuenta de hasta qué punto los Lima, los Salvo, los Nicoletti estaban, por lo menos, condicionados o chantajeados; de cómo en su *entourage*, que directa o indirectamente era también el de él, iba creciendo lo turbio y lo peligroso para ellos y sobre todo para

nuestra pobre patria. Andreotti debe conocer el papel atribuido a los Salvo ya por la instrucción del maxiproceso; tampoco puede ignorar que el asesinato de Ignazio Salvo, junto con el de Lima, con las matanzas de Capaci y de via d'Amelio, señala la más estrepitosa de las ofensivas de la *Cosa Nostra*. *Hoy*, después de todo eso, Andreotti considera a los Salvo personajes de relieve local: eso es lo más inverosímil y asombroso de todo el asunto, más aún que su presunto romance con Riina.

9. EL PROBLEMA DE FALCONE

El caso Andreotti, y más en general la historia de la mafia en los últimos 20 años, sirven para replantear algunas de las cuestiones interpretativas de las que partimos. La mafia es una organización, vincula a los facinerosos entre ellos en una estructura antigua y consolidada, cohesionada por el ritual del juramento, capaz de sobrevivir, de renovarse e incluso de fortalecerse por más de un siglo. Desde sus orígenes determina una serie de jerarquías internas, totalmente independientes de las *generales* de la economía y la política, pero durante toda la primera parte de su historia no pasa de ser un poder menor respecto al de los grandes propietarios y los grandes notables, que sólo puede funcionar vinculada con ellos a través de una serie de retículas clientelares. Frank Coppola, inmediatamente después de regresar a Italia tras pasar muchos años en los Estados Unidos, volvió a declararse "devoto" de Vittorio Emanuele Orlando y a trabajar por sus intereses políticos; Orlando, por su parte, podía hacerle cosquillas a la mafia y velar por sus intereses, pero entre tantos otros intereses que promovía y tutelaba, siempre que le conviniese. Buscetta vuelve a proponer hoy, no sin nostalgia, la prudente concepción que de la relación con la política tenían los mafiosos "tradicionales", cuando sostiene que aun al diputado coludido hay que admitirle que vote una ley contra la mafia, porque cualquier persona razonable se da cuenta de que él "tiene que conservar esa imagen pública incluso en perjuicio de la *Cosa nostra*":**[198]** que los políticos respeten las reglas de la política como los mafiosos respetan las leyes de la mafia, para que las cosas puedan funcionar solas dejándolas en su orden natural. Más aún, diría que la mafia *tradicional* —en la época liberal o en el primer periodo republicano— no pensaba en absoluto en determinar el contenido de las leyes, dejando los problemas de ese tipo no sólo formalmente sino también sustancialmente al juicio de los grandes notables o quizás a la capacidad de negociación de alguna asociación de propietarios, de algún *lobby* local. Después las cosas cambiaron, y mucho más rápidamente *en el exterior* que *en el interior* de la *Cosa Nostra*, la cual como hemos visto ha dado muestras de sorprendente estabilidad en el transcurso del tiempo. La gran propiedad desapareció como tema político y social en forma tan repentina que surge la sospecha de que fue el fascismo el que la mantuvo con vida por 20 años; la nobleza dejó el lugar a la máquina del partido, debido a la representación proporcional, la hegemonía

democristiana y además a causa de la disgregación de la sociedad pueblerina “tradicional”. No por eso el sistema político se volvió impermeable a los mafiosos, a los que incluso les quedó más espacio para presionar sobre la política misma, para que ésta redistribuyese el creciente flujo de recursos que le tocaba administrar, o bien paralizara el aparato administrativo, policial y judicial del Estado; no hablemos de los municipios y las regiones, donde sería muy ingenuo suponer que hay distinción entre política y administración.

En el momento en que la sociedad *en general* deja de estar rígidamente ordenada por censo y por *auctoritas*, la mafia empieza a pensar que no hay tapadera que resista a lo que hierve en su gran olla, y por fin la organización intenta trasladar toda la red a su interior, subordinar a sí misma a todos los interlocutores externos, tanto empresariales como políticos. Recuérdese la respuesta del propio Buscetta a quien lo interrogaba sobre el peso de los secretos de Sindona: “Los secretos de Sindona son una pluma comparados con los de Bontate”; quizás porque estos últimos llevan agregado el peso del plomo, comentaba Sciascia.**[199]** Aquí se escribe una historia en la que las jerarquías se invierten: Bontate tiene secretos más pesados que los de Sindona, Riina vale más que Bontate y el criador de ovejas Leggio elimina al notable Navarra.

En este sentido, es mucho más importante la batalla intelectual, además de judicial, de Giovanni Falcone, su tentativa de sacar a la *Cosa Nostra* de la retícula de sus conexiones externas, político-empresariales, para poder examinarla en sí misma; problema de estrategia judicial y represiva que coincide en cierta medida con el nuestro de estudiosos, en cuanto no es posible combatir lo que no se distingue. En particular Falcone se negaba a leer las relaciones de la política con la mafia según un esquema jerárquico:

> si es cierto que no pocos hombres políticos sicilianos han sido, para todos los efectos, adeptos de la *Cosa Nostra*, también es verdad que en el seno de la organización mafiosa nunca han gozado de particular prestigio debido a su extracción política. En resumen, la *Cosa Nostra* tiene tal fuerza, compacidad y autonomía que puede dialogar y celebrar acuerdos con cualquiera, pero nunca en posición de subalternidad.**[200]**

Del mismo modo, los mafiosos particularmente ricos en relaciones externas, tanto políticas como empresariales, no por eso han gozado de un poder correspondiente dentro de la organización. Hoy que los *pentiti* describen con abundancia de detalles los excelentes contactos de Bontate en el mundo “de arriba”, no debemos olvidar por eso con cuánta facilidad fue eliminado el *boss* de Santa Maria di Gesù; cuando analizamos el papel de los Salvo y de Lima en el sistema de poder político-mafioso

no debemos olvidar tampoco que Ignazio Salvo y Salvo Lima fueron muertos igual que cualquier habitante de un barrio pobre.

"Por encima de las cúpulas de la organización —afirmaba Falcone— no existen 'terceros niveles' de ninguna clase, que influyan o determinen la orientación de la *Cosa Nostra*", y sabiendo que el mundo de la mafia no prevé ni titiriteros ni títeres, ni superagencias que controlen a los ignorantes líderes de la cúpula, creyó que la idea del "gran viejo", "que desde lo alto de la esfera política mueve los hilos de la mafia", era sólo un signo de "gran tosquedad intelectual".**[201]** Más tarde esa tesis fue confirmada no sólo por los tribunales sino por la violencia asesina de la reacción de la organización mafiosa. Ya antes había sido causa de un *crescendo* de ataques incluso desde el frente "antimafia" —y en particular de Leoluca Orlando— contra Falcone, acusado de haber mantenido "en el cajón" los procesos más quemantes, los políticos, y de no haber querido atacar al tercer nivel, la fantasmal supercúpula. Sobre esto son conocidas las consideraciones de Buscetta, quien desde su primer arrepentimiento dio a entender que poseía informaciones importantísimas sobre esos asuntos, que no deseaba revelar porque el país no estaba dispuesto a recibirlas, porque el consiguiente escepticismo habría trastornado todo el procedimiento judicial en curso; podemos creer que en primer lugar el *pool* haya preferido concluir el maxiproceso, que se cerraría con la adquisición esencial de la existencia de la *Cosa Nostra* como entidad organizada y centralizada, cosa que hasta poco antes muy pocos (incluyendo a los mafiólogos) estaban dispuestos a aceptar. Bajo la guía de Giancarlo Caselli, el magistrado oriundo de Turín que asumió la dirección de las investigaciones sobre la *Cosa Nostra* después de la muerte de Falcone, la magistratura indagatoria palermitana se adentró a fondo en la *connection* entre mafia y política, pero siempre inspirándose en la idea de la "soberanía" de la *Cosa Nostra* que había sido del mártir de Capaci.

Es cierto que en este contexto los delitos político-mafiosos, que hasta hoy siguen siendo los más oscuros, resultan difíciles de interpretar. El problema fue planteado correctamente por Nicola Tranfaglia, quien se preguntó si las vinculaciones entre la *Cosa Nostra*, grupos terroristas y *lobbies* ocultos expresa "un proyecto político coherente" o se resuelve en "alianzas tácticas, aunque sean frecuentes".**[202]** El asesinato de Dalla Chiesa podría explicarse por esta segunda hipótesis si se demuestra su vinculación con el caso Moro. No ha faltado quien atribuya a la *Cosa Nostra* un papel orgánico en un frente internacional, posiblemente inspirado en su origen por una lógica anticomunista. Por lo demás, Mattarella y La Torre eran representantes de la izquierda democristiana y del partido comunista justamente en la fase histórica en que esos dos grupos experimentaban un difícil acuerdo; La Torre había sido uno de los protagonistas de la lucha contra la instalación de los proyectiles Cruise en Comiso; tanto Terranova como Costa eran de los pocos altos magistrados "rojos". He aquí cómo comentaba en 1982 estos hechos *Segno*, revista de inspiración

católica que representaba (y representa) un punto de referencia en la lucha contra la mafia:

> En el momento en que las instituciones democráticas —el poder legal — sufren el condicionamiento creciente de la izquierda y de las fuerzas populares, los centros de poder extralegales, que no desdeñan el homicidio y la masacre como arma política, entran en la lid para decir su palabra sobre el resultado y el desenlace de la crisis política de nuestro país.[203]

Entre ellas se cuenta un proyecto de participación en el golpe Borghese presentado en 1970 a Leggio por Salvatore Greco, *Chicchiteddu*, acompañado por Buscetta, que podría haber sido fruto de ambientes italosudamericanos (¿P2?) y que como tal fue rechazado. Después de la desdichada experiencia de Mori, los mafiosos no tienen simpatía por el fascismo. Luego está la historia de Sindona, que en 1979 habría intentado organizar una rebelión separatista, de la cual, sin embargo, no hay ningún indicio en la prensa ni en la opinión pública: evidentemente se trataba de una agitación tan secreta que ni siquiera los necesarios protagonistas de ella, los sicilianos, se enteraron.

Pero aun cuando el Gran Complot permanezca inescrutable, es preciso notar que en ambos casos la iniciativa proviene del grupo de los derrotados en la segunda guerra de mafia, para los cuales las relaciones políticas representaban una fracción mayor del total del capital disponible: que en consecuencia eran más ricos en ese campo, así como en el de los narcodólares. Eso no quiere decir que ellos creyeran realmente en la posibilidad de realizar esos proyectos extravagantes, más bien podemos suponer que al acreditarlos tendían a acrecentar su prestigio de mediadores tanto hacia sus interlocutores externos, con los cuales establecían contactos más íntimos y fructíferos, como hacia sus contrapartes en el interior de la *Cosa Nostra*. Es el caso de Bontate, que intenta resucitar su declinante poder dentro de la Comisión proponiéndose a la DC como mediador para la solución del caso Moro, mientras que por la razón opuesta (devaluar el capital de Bontate) sus adversarios en la *Cosa Nostra*, Riina y Calò, tienden a obstaculizarlo.[204] Si ésta es una interpretación plausible, hay que observar que un acontecimiento absolutamente central (para nosotros) en la historia reciente de Italia es tratado por los mafiosos como algo totalmente instrumental a sus conflictos internos; es decir, que en su alucinado universo todo es considerado subordinado a las *cosas de la Cosa Nostra*. Se trata de una lógica que comparten las organizaciones sectarias, como por ejemplo los grupos terroristas con los que la mafia entra desde fines de los años setenta en una relación de intercambio,[205] que me parece más cultural que material. Los mafiosos se encuentran con los terroristas en la cárcel, y se miden por sus hazañas. Brigadas Rojas, “Prima Linea” y otras organizaciones similares compiten entre ellas por

conquistar el consenso de los compañeros de camino en una competencia para ver quién dispara más alto, al blanco más destacado: es también por eso que Aldo Moro fue asesinado. La *Cosa Nostra* denomina al asesinato de Dalla Chiesa “operación Carlo Alberto”, y en la cárcel los cataneses enloquecen de alegría, ganan credibilidad y *respeto* frente a quienes creen que fueron los asesinos de Santapaola los que “llevaron a cabo, con perfecta eficiencia operativa, el homicidio”.**[206]** Cuando ocurra el asesinato de Lima un mafioso detenido dirá: “Finalmente empezaron”,**[207]** tranquilizado por el hecho de que los suyos se hacen oír incluso fuera de los muros de la prisión. La mafia no publica periódicos ni noticiarios, y en consecuencia muchos de los hechos que la tienen como protagonista parecen concebidos como mensajes destinados a ser amplificados por el tam-tam de la cárcel, por los chismes de los suburbios palermitanos, por las pláticas de los traficantes en los hoteles de todo el mundo: es el caso de Badalamenti y Buscetta, que en Rio de Janeiro ven el noticiario italiano y descodifican el gran delito.**[208]** Del propio Buscetta proviene una interpretación de la muerte de Costa, ordenada por Inzerillo no tanto para detener la investigación sino “sólo para demostrar su potencia”;**[209]** es decir, para contrabalancear el efecto propagandístico sobre la gente de la *Cosa Nostra* de los atentados realizados por los corleoneses.

El dato del enfrentamiento *interno* entre las facciones predomina todavía, en forma abrumadora. Por mi parte, creo que después de la derrota del MIS la mafia tuvo, y tiene hasta hoy, escaso interés en la gran política, en la que sólo participa marginalmente y sin particular entusiasmo. Pero naturalmente los afiliados a la *Cosa Nostra* están interesados en lo que ocurre en la gestión cotidiana de la cosa pública; es decir, en la política-máquina, mucho más que en la política-proyecto. Ya hemos visto que en 1987 Riina no logró castigar a la DC con una reducción de los votos, posiblemente también por resistencias dentro de la organización: es el caso, por ejemplo, de Antonio Madonia, que continúa votando por los candidatos de la DC con el objeto de tutelar antiguas relaciones de “amistad”.**[210]** Más en general, los hombres como Madonia, aun cuando formen parte del grupo corleonés, mantienen en secreto incluso para sus aliados sus “relaciones de conocimiento con ‘personas de importancia’ de los ambientes políticos, administrativos y económicos”,**[211]** porque evidentemente no quieren que otros intenten utilizarlas. Recuérdese cómo se esforzó Pippo Calderone por salvaguardar su relación con Costanzo de sus hermanos de mafia, cómo Calò trató de forzar la relación exclusiva que unía a Riina (cuando todavía no era el gran capo) con Ciancimino. Franco Restivo, gran notable democristiano, era “compadre” de Antonino Mineo, *capomafia* de Bagheria, y obviamente lo favorecía; para los La Barbera, y después para Stefano Bontate, la relación con Lima era importante. En consecuencia, la vinculación con grandes empresarios y grandes políticos, con el *establishment* en suma, no parece depender del grado que el mafioso tiene en la organización; al contrario, quien dispone de esas relaciones viene a hallarse en la posición estratégica de mediador con el mundo

exterior. “Cuando un hombre de honor—incluso de alto rango como un *capomandamento*— tenía necesidad de entrar en contacto con un político importante, tenía que pasar por esos canales”[212].

Se puede decir, pero sólo para los fines de este razonamiento, que el hecho de que el político sea afiliado a la *Cosa Nostra*, o simplemente coludido, no representa mayor diferencia: el canal es siempre privado y la organización no se identifica con los canales utilizados por sus miembros. Por eso los innegables procesos de centralización no modifican el carácter doble de la fenomenología mafiosa, que hemos identificado desde sus orígenes: la relación con los políticos y con los hombres de negocios dibuja en los márgenes e incluso en el interior de la organización un conjunto de redes fluidas a través de las cuales se reproduce una serie de vínculos tradicionales entre el submundo y el supramundo. Esas relaciones representan para el *capomafia* sus propios capitales privados, análogos a los utilizados en el narcotráfico y, por lo tanto, es posible que él considere que formar parte de una máquina política es más conveniente que perseguir un presunto interés general de la organización.

¿Pero acaso la *Cosa Nostra* está en condiciones de tomar (o siquiera de aspirar) la gestión directa del poder político? La concepción parasitaria de la relación con la política representa siempre una fuerte limitación en ese sentido, y además es preciso considerar el problema de los instrumentos de interpretación de la realidad de que disponen los afiliados y los propios capos. Ellos siguen convencidos de que, como dice un viejo proverbio muy citado en los estudios del siglo XIX, “quien tiene dinero y amigos se ríe de la justicia”; ahora agregan la fe en los efectos de las represalias violentas contra los amigos que no mantienen sus promesas. Pero así las cosas se ven como por el agujero de la cerradura, con un ángulo visual que no permite distinguir la complejidad de los mecanismos que regulan el funcionamiento del poder oficial, las relaciones entre los distintos grupos políticos y las relaciones entre el sistema político, la administración y la magistratura, el papel de la opinión pública. Es muy difícil condicionar ese vastísimo campo de fuerzas con un par de instrumentos bastante elementales, la zanahoria del intercambio de favores y el bastón de la intimidación terrorista. Totò Riina cree que puede conservar el apoyo de Andreotti amenazándolo o recordándole sus obligaciones con la tranquilizadora y melosa demostración del beso en el curso del segundo y famoso encuentro en la cumbre; que si verdaderamente tuvo lugar representó no tanto el reconocimiento por Andreotti de la soberanía de la otra parte,[213] sino la enésima manifestación de su cinismo, de su capacidad de manipular a quien, mirando las cosas desde el submundo, conserva una ingenua fe en la corrección de los poderosos del mundo de arriba.

Y finalmente tenemos la cuestión de la eficacia de las acciones terroristas derivadas de los procesos de centralización de la *Cosa Nostra*. Aquí se puede introducir razonablemente el concepto de efecto perverso. Como desde mediados de los años ochenta (¿como consecuencia de la guerra de mafia?) la participación siciliana en el comercio de heroína tiende a declinar, es posible (esperemos) que

como consecuencia de la opción “militarista” tienda a declinar la influencia de la *Cosa Nostra* en la política italiana. El desafío y la respuesta se han fortalecido mutuamente, y es seguro que una parte de la responsabilidad por el hecho de que desde hace 15 años existe una antimafia, de que algunas instituciones[214] y la propia opinión pública hayan opuesto una resistencia cada vez más viva, debe atribuirse al propio terrorismo. A fines de 1996, en el momento en que escribo, gran parte de los cuadros y de los dirigentes de la “tenebrosa asociación” ha sido condenada y encarcelada, pero ¡con cuánto atraso, a qué precio de sangre y de civilización, con qué deformaciones (¿permanentes?) de su espíritu público ha alcanzado Italia ese resultado!

La gravedad de los costos pagados demuestra hasta qué punto el cinismo y la *nonchalance* del poder político en estos últimos 30 años son políticamente —además de éticamente— inaceptables. En algún punto de su libro-apología Andreotti escribe: “Había leído una vez que había sido arrestado un alto personaje de la mafia, un tal Michele Greco, apodado *el Papa*”.[215] Del capo de la Comisión en los años de su poder Andreotti, procesado por asociación mafiosa, recuerda con esfuerzo que una vez había leído su nombre en un periódico. Es justamente allí que los dos puntos de vista opuestos, el del mundo de abajo y el del mundo de arriba, se enfrentan. Riina creyó posible condicionar la política con halagos y amenazas; Andreotti piensa que el gran político, y la propia gran política, pasan por hechos y personas tan vulgares sin ser sustancialmente afectados por ellos, y que la mafia misma no es tan digna de su atención.

Por otra parte, así pensaba un gran estadista como Vittorio Emanuele Orlando; así vivía el problema la clase política de la época liberal y del primer cuarto de siglo republicano; así también lo veían los funcionarios del Estado, los notables y los empresarios de la bella Sicilia. Sólo que evidentemente ese mecanismo basado en la tolerancia a cierta altura empezó a enloquecer, la mafia pasó a intoxicar cada vez más las conciencias, las instituciones de la democracia, la posibilidad misma de la existencia de una democracia. El caso de Calvi y sobre todo el de Sindona —hombre venido de la nada, súbitamente ascendido a las cumbres del mundo financiero internacional, italiano y estadunidense, que va a constituir “una de las mayores, quizás la mayor, de las sociedades financieras europeas” e intenta adueñarse de las palancas fundamentales del capitalismo italiano[216] apoyándose en el grupo andreottiano, en la P2 y en la *Cosa Nostra* americana y siciliana— demuestra hasta qué punto ya desde el nivel de viraje, que varias veces hemos ubicado al final de la década de 1970, una de las redes empresarialesmafiosas corrió el riesgo de expandirse en el corazón del poder económico, además del político, italiano. Desde ese punto de vista, la responsabilidad que se ha supuesto que corresponde a Andreotti nada tiene que ver con la de un Crispi o un Giolitti, a quienes con frecuencia se hace referencia en forma superficial; así como no tiene precedentes la peligrosidad demostrada por la mafia en los últimos 30 años de historia de Italia.

La *Cosa Nostra* se ha vinculado en forma absolutamente nueva con la gran política y los grandes negocios, o bien con la gran época (que esperamos haya terminado) del Estado asistencial y del gobierno "débil", desintegrado en instituciones *ad hoc*, que en realidad son *ad personam*, *lobbies*, facciones, clientelas y favores, Usl y regiones, sobornos para todos, del dominio abierto del negocio y de los poderes ocultos. Para leer ese sistema, que es el contexto en el que se desarrolló la metástasis mafiosa, hará falta una historia de Italia, porque una historia de Sicilia no basta. Por lo demás, descubrir toda la mafia en ese contexto implicaría el mismo error de los antropólogos que pensaban que la mafia *era* la sociedad meridional. Del mismo modo, quienes imaginan que la historia se desarrolla íntegramente entre Palazzo Chigi y Montecitorio pueden creer que la mafia *es* la política. La organización llamada hoy la *Cosa Nostra*, con distintos nombres, en distintos momentos y bajo muy distintos regímenes, está activa desde hace muchísimos años, es vieja pero no teme a la modernidad: esperemos que esa formidable continuidad histórica pueda ser interrumpida cuanto antes.

Notas

[1] No obstante, es preciso mencionar que las obras de S. F. Romano, *Storia della mafia*, Milán, 1966; F. Brancato, “La mafia nell’opinione pubblica e nelle inchieste dall’Unità al fascismo”, en *Antimafia. Relazione sui lavori svolti […] al termine della V legislatura*, pp. 163 ss.; G. Barone, G. Fiume, R. Mangiameli, P. Pezzino, G. Raffaele, N. Recupero, representantes de la “nueva” y más aguerrida historiografía sobre el tema, serán citadas más adelante. Cito ahora en cambio mis trabajos que serán reutilizados aquí: “Nei giardini della Conca d’oro”, en *Italia contemporanea*, 1984, 156, pp. 43-53; “Il tenebroso sodalizio”, en *Studi storici*, 1988, pp. 463-489; “Tra banca e politica: il delitto Notarbartolo”, en *Meridiana*, 1990, 7-8, pp. 119-155, y también el ensayo escrito en colaboración con R. Mangiameli, “Mafia di ieri, mafia di oggi”, *ibid.*, pp. 17-44. <<



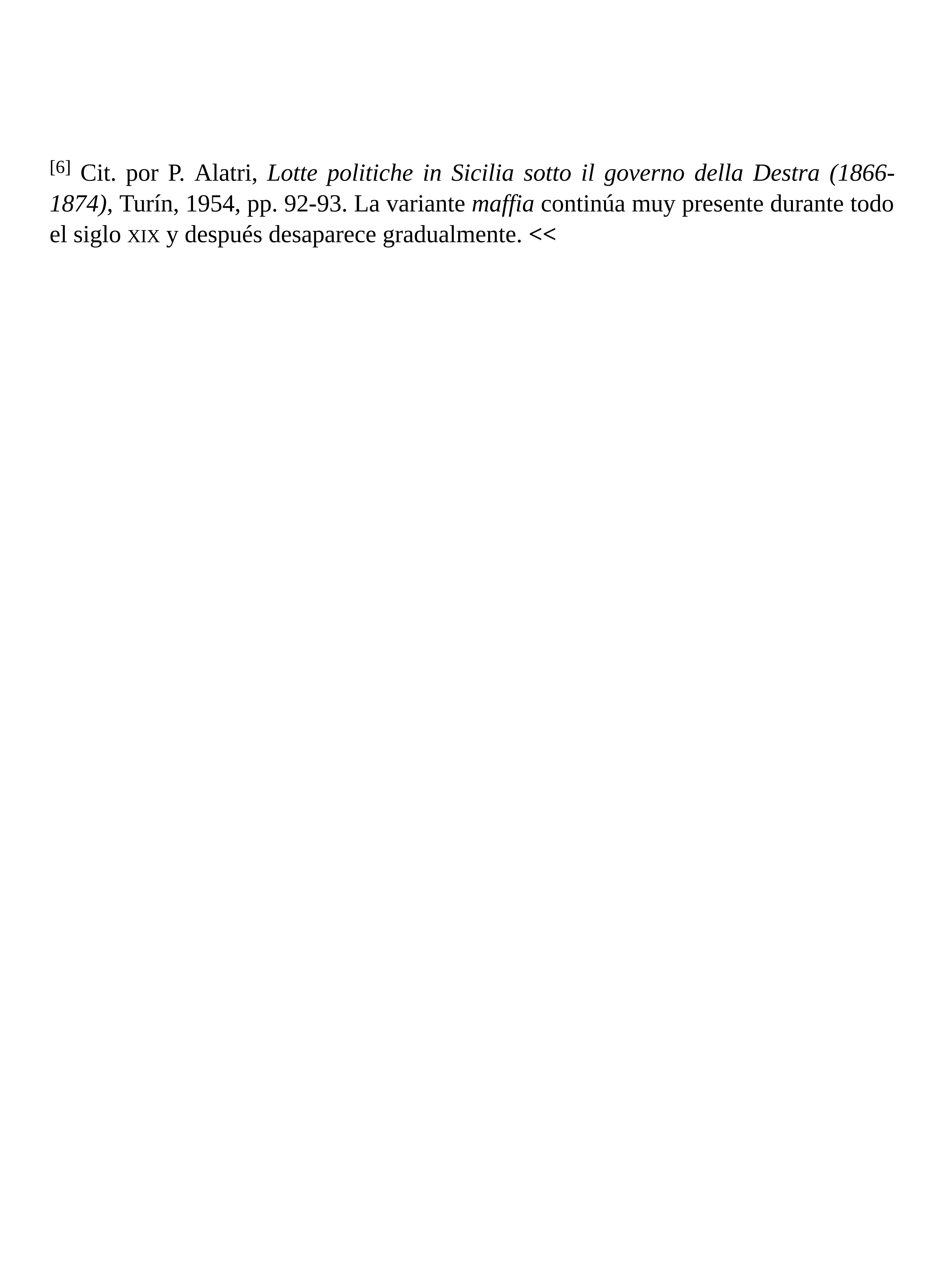
[2] “Una nuova fase della lotta alla mafia. Intervista con Giovanni Falcone”, *Segno*, 1990, 116, p. 10. <<

[3] En ese sentido lo emplea N. Tranfaglia, *La mafia come metodo,* Roma/Bari, 1991. <<

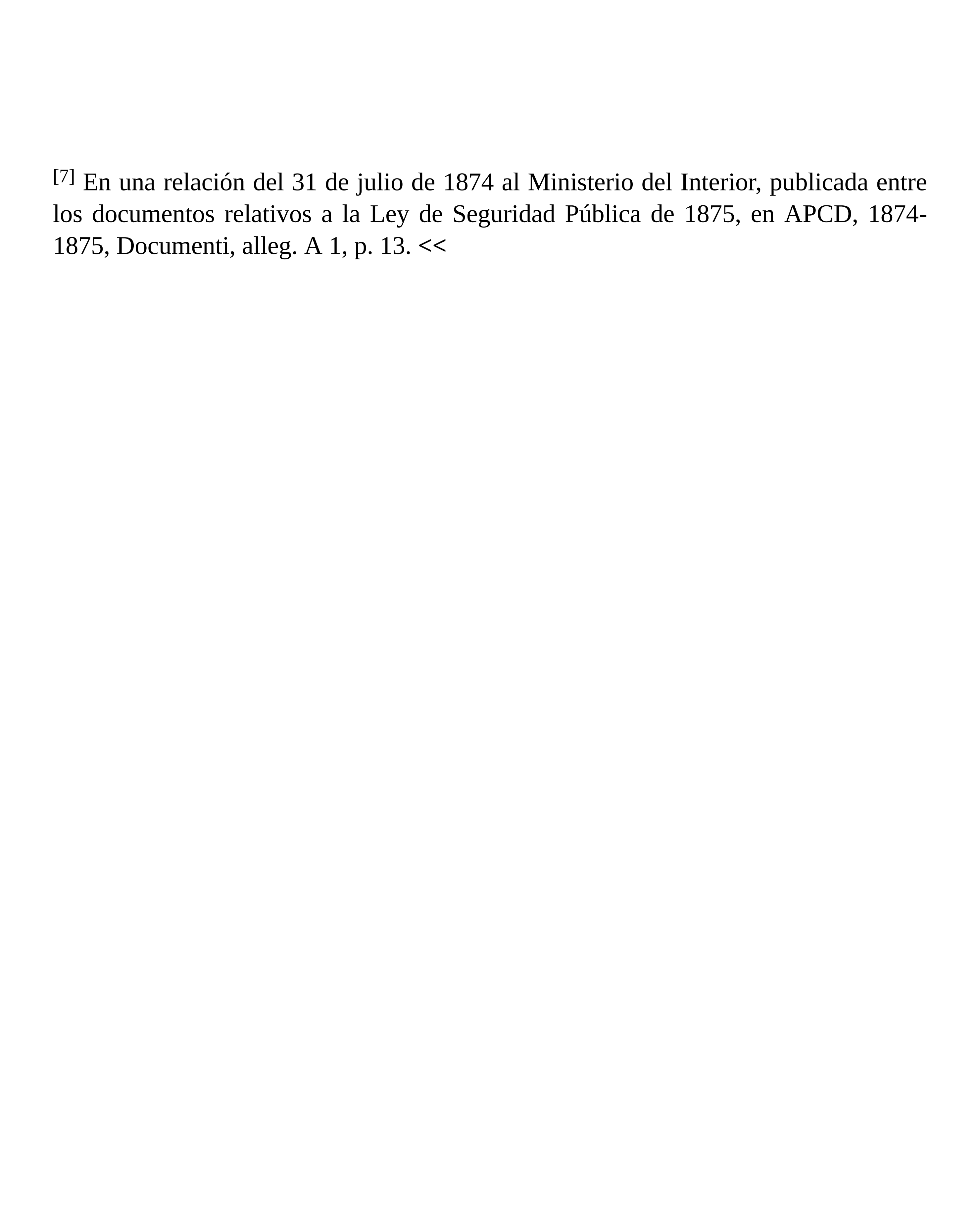


[4] L. Galluzzo, F. Nicastro y V. Vasile, *Obiettivo Falcone. Magistrati e mafia nel palazzo dei veleni*, Nápoles, 1989, pp. 167-168. <<

[5] La comedia, que se encuentra en G. G. Lo Schiavo, *100 anni di mafia*, Roma, 1962, fue puesta en escena por el director Giuseppe Rizzotto pero al parecer había sido escrita por un tal Gaspare Mosca. <<



[6] Cit. por P. Alatri, *Lotte politiche in Sicilia sotto il governo della Destra (1866-1874)*, Turín, 1954, pp. 92-93. La variante *maffia* continúa muy presente durante todo el siglo XIX y después desaparece gradualmente. **<<**



[7] En una relación del 31 de julio de 1874 al Ministerio del Interior, publicada entre los documentos relativos a la Ley de Seguridad Pública de 1875, en APCD, 1874-1875, Documenti, alleg. A 1, p. 13. <<

[8] Relación del 4 de abril de 1875, en APCD, 1874-1875, Documenti, n. 24 ter, p. 20. <<

[9] L. Franchetti, “Condizioni politiche e amministrative della Sicilia”, en L. Franchetti y S. Sonnino, *Inchiesta in Sicilia*, Florencia, 1974 (1.ª ed., 1876). Existe una edición reciente del libro de Franchetti, Roma, 1991, con introducción de P. Pezzino. <<

[10] N. Recupero, “Ceti medi e ‘homines novi’. Alle origini della mafia”, *Polis*, 1987, 2, p. 316. Del mismo autor, *cf*. “La Sicilia all’opposizione (1848-74)”, en M. Aymard y G. Giarrizzo (eds.), *La Sicilia*, Turín, 1987, pp. 41-85. La etimología —fantasiosa hasta el surrealismo— que lee mafia como sigla formada por las iniciales del lema “Mazzini Autorizza Ferimenti Incendi Avvelenamenti” [“Mazzini autoriza heridas, incendios, envenenamientos”], registrada en H. Hess, *Mafia*, con prefacio de L. Sciascia, Roma/Bari, 1991 (1.ª ed., 1970), p. 6, remite de alguna manera a ese contexto. <<

[11] Informe del Gran Jury constituido en Nueva Orleans en 1892, cit. en H. S. Nelli, *The Business of Crime. Italians and Syndicate Crime in the United States*, Chicago, 1981, p. 65. <<



[12] G. Pitrè, *Usi, costumi, usanze e pregiudizi del popolo siciliano*, Palermo, 1978, II, pp. 292 y 294, respectivamente. <<

[13] *Ibid.*, pp. 288-293; el *Dizionario siciliano* de G. Traina (1868), citado por él, supone que el término es de origen toscano; el *Nuovo dizionario siciliano-italiano* de V. Mortillaro, Palermo, 1875, dice: “voz piamontesa [¡sic!] introducida en el resto de Italia”. <<

[14] Aspecto destacado para la zona de Gioia Tauro por P. Arlacchi, *Mafia, contadini e latifondo nella Calabria tradizionale*, Bolonia, 1980; F. Piselli y G. Arrighi, “Parentela, clientela e comunità”, en P. Bevilacqua y A. Placanica (eds.), *La Calabria*, Turín, 1985, pp. 367-494. <<



[15] A. Cutrera, *La mafia e i mafiosi. Saggio di sociologia criminale*, Palermo, 1900, p. 57. <<



[16] Sobre la camorra del siglo XIX, *cf*. los estudios fundamentales de M. Marmo, “Economia e politica della camorra napoletana nel sec. XIX”. <<

[17] E. Ciconte, *’Ndrangheta. Dall’Unità a oggi*, Roma/Bari, 1992, y *Processo alla ’ndrangheta*, Roma/Bari, 1996. Pero sobre la dificultad de una historia de Calabria véase P. Bevilacqua, “La mafia e la Spagna”, *Meridiana*, 1992, 13, pp. 110-116. <<

[18] Hess, Mafia, cit.; A. Blok, *La mafia di un villaggio siciliano, 1860-1960*, Turín, 1986 (1.ª ed., 1974); J. y P. Schneider, *Classi sociali, economia e politica in Sicilia*, Soveria Mannelli, 1989 (1.ª ed., 1976); Arlacchi, *Mafia, contadini e latifondo, cit.*, y *La mafia imprenditrice. L'etica mafiosa e lo spirito del capitalismo*, Bolonia 1983. Los Schneider volvieron recientemente al tema con argumentos nuevos y convincentes: *cf*. de ellos, "Mafia, antimafia e la questione della cultura", en G. Fiandaca y S. Costantino (eds.), *La mafia, le mafie*, Roma/Bari, 1994, pp. 299-324. <<



[19] Según la interesante teorización de R. Catanzaro, “La mafia come fenomeno di ibridazione sociale”, *Italia contemporanea*, 1984, 156, pp. 7-41. <<

[20] Véanse, respectivamente, en este volumen, pp. 93-94 y 252 ss. <<

[21] Discurso del abogado G. Russo Perez en GDS, 8 de junio de 1930. <<

[22] Tribunal de Palermo, sentencia contra Spatola + 119 (juez Falcone), p. 485. <<

[23] *Cf.*, en este volumen, pp. 168-169. <<

[24] N. Gentile, *Vita di capomafia*, memorias recogidas por F. Chilanti, Roma, 1993 (1.ª ed., 1963), p. 201. <<

[25] J. Bonanno, *Uomo d'onore. L'autobiografia di J. B.*, Milán, 1985, passim. <<

[26] Entrevista de Pagano, en *Inchiesta Bonfadini*, p. 483. <<

[27] En la entrevista a I. Montanelli, *Pantheon minore*, Milán, 1958, reimpresa en Arlacchi, *La mafia imprenditrice*, p. 43. <<

[28] *Cf.*, respectivamente, la carta del obispo nisseno G. Jacono, 12 de junio de 1935, cit. en C. Naro, *La chiesa di Caltanissetta tra le due guerre*, Caltanissetta/Roma, 1991, II, p. 167, y C. Sarauw, *Note e richieste al R. Governo per l'assetto dell'industria zolfifera siciliana*, Catania, 1922, pp. 5-6. <<

[29] *Cf.*, por ejemplo, las consideraciones críticas de R. Catanzaro, “Mafia come impresa?”, en VVAA, *L’Italia estrema*, Roma, 1922, IV, pp. 37-43, e *Il delitto come impresa. Storia sociale della mafia*, Padua, 1988; U. Santino, *La mafia interpretata*, Soveria Mannelli, 1995, y U. Santino y G. La Fiura, L’impresa mafiosa, Milán, 1990. <<

[30] Véanse en este volumen, cap. IV, sección 5, las posiciones apologéticas de Buscetta y, para la vertiente estadunidense, P. Jenkins, “Narcotic trafficking and the American mafia: the myth of internal prohibition”, en *Crime, Law and Social Change*, noviembre de 1992, pp. 303-318. <<



[31] La carta está publicada en “Diario della settimana”, suplemento de *L’Unità*, 30 de octubre-5 de noviembre de 1996, p. 58. <<

[32] D. Gambetta, *La mafia siciliana. Un’industria della protezione privata*, Turín, 1992. Pero sobre esto véase también Catanzaro, *Il delitto come impresa, cit.*, pp. 27-30 y 76-79. <<

[33] Línea que aparece con claridad en el trabajo de M. Onofri, *Tutti a cena da don Mariano. Letteratura e mafia nella Sicilia della nuova Italia*, Milán, 1996. <<

[34] En particular, *cf*. M. Marmo, “Le ragioni della mafia: due recenti letture”, *Quaderni storici*, abril de 1995, 88, pp. 195-211; R. Catanzaro, “Recenti studi sulla mafia”, Polis, 1993, 2; Santino, La mafia interpretata, cit. **<<**

[35] G. Mosca, *Che cosa è la mafia, ahora en Uomini e cose di Sicilia*, Palermo, 1980, p. 12; las cursivas son mías. Véase también G. Fiandaca y S. Costantino, “La mafia degli anni ’80 tra vecchi e nuovi paradigmi”, *Sociologia del diritto*, 1990, 3, p. 76. <<



[36] De una sentencia del tribunal de Locri de 1950, cit. por Ciconte, *’Ndrangheta, cit.*, p. 242; las cursivas son mías. <<

[37] Testimonio de Vitale en Maxiproceso, p. 13. <<



[38] Tribunal de Catania, Ordenanza de custodia cautelar sobre V. Aiello y otros (diciembre de 1993), *passim*. <<

[39] Citado por O. Cancila, *Storia dell’industria in Sicilia*, Roma/Bari, 1995, p. 306. <<

[40] *Rapporto Sangiorgi*, p. 6. <<

[41] Fiandaca y Costantino, “Introduzione”, en *La mafia, le mafie, cit.*, pp. X-XI; Santino, *La mafia interpretata, cit.*, pp. 37 ss. <<

[42] *Cf*. más adelante, cap. IV, sección 3, las revelaciones de Buscetta, que concuerdan con todo lo que sabemos sobre una *cosca* por lo demás muy diferente de las de Palermo, la Santapaola-Pulvirenti de Catania: Tribunale di Catania, Ordinanza, cit., pp. 71 ss. <<

[43] A. Block, *East Side-West Side. Organizing Crime in New York City*, Cardiff, 1980. Concuerdo con Catanzaro, Recenti studi, cit., y “La strut-tura organizzativa della criminalità mafiosa in Sicilia”, en VVAA, *La criminalità organizzata*, Milán, 1993, pp. 147 ss.; las críticas de Santino, *La mafia interpretata*, *cit.*, sobre la incompatibilidad entre mi esquema y el de Block no son suficientes para inducirme a renunciar a esta terminología. <<

[44] La distinción entre protectores y protegidos en Gambetta, *La mafia, cit.*, pp. 319 ss., es criticada por Santino, *La mafia interpretata, cit.*, que evoca entre otras cosas el caso de Angelo Siino, a quien Gambetta considera cliente de la empresa mafiosa pero que en realidad es un personaje orgánico de la *Cosa Nostra* (pp. 64-65), y por Marmo, “Le ragioni della mafia”, cit. <<

[45] Sin embargo, el desembarco de otros *capi* mafiosos (Masseria, Bonanno, Gambino, Profaci) se remonta a la primera mitad de la década, cuando no había empezado la represión y los mafiosos tenían buenas relaciones con los partidos gobernantes. <<

[46] En Chicago encontramos entre los *bosses* a tres napolitanos (Torrio, Al Capone, Ricca), dos calabreses (Colosimo y Nitti) y sólo dos sicilianos (Accardo y Giancana). Por lo demás, el hecho de que los no sicilianos, tanto en Nueva York como en Chicago, provinieran todos de Campania y Calabria puede ser indicio de vinculaciones con otras tradiciones criminales anteriores. Tomo los datos de H. Abadinsky, *Organized crime*, Chicago, 1994, *passim*. <<

[47] La tentativa de distinguir una mafia siciliana en los Estados Unidos ha legitimado leyendas como la de la eliminación simultánea en todo el país de entre 40 y 60 “viejos” mafiosos de la isla junto con Maranzano: *cf.* la crítica en A. Block, *Space, Time, and Organized Crime*, Londres, 1994, pp. 3 ss. <<

[48] R. Scarpinato, miembro del *pool* de los investigadores palermitanos, ha escrito: “Las relaciones de sangre deben ser dejadas de lado si es necesario. Si la organización decide el asesinato de un pariente de un hombre de honor, él debe aceptar ese acontecimiento como una necesidad superior”; “Caratteristiche e dinamiche degli omicidi eseguiti e ordinati da Cosa Nostra”, *Segno*, 1996, 176, p. 78.
<<

[49] Gentile, *Vita di capomafia, cit., passim.* <<

[50] Tomo esta noticia de Block, *Space, Time*, *cit.*, p. 27; creo que puedo traducir "Treasury police" por *"guardia di finanza"* ["policía fiscal"]. <<



[51] J. L. Albini, “L’America deve la mafia alla Sicilia?”, en S. Di Bella (ed.), *Mafia e potere*, Soveria Mannelli, 1983, I, p. 189. <<

[52] F. J. Ianni, *Affari di famiglia*, Milán, 1984. <<



[53] Como dice la presentación de la portada del célebre *Honor thy Father*, biografía del hijo de Bonanno, Bill, escrita por G. Talese, Nueva York, 1981 (1.ª ed., 1971). <<



[54] G. Hawkins, *God and the Mafia* (1969), cit. en Santino y La Fiura, *L'impresa mafiosa, cit.*, p. 257. <<

[55] Sobre Hawkins, véanse las críticas de P. Reuter, *Disorganized Crime*, Cambridge (Mass.)/Londres, 1983, p. 7 y nota; las declaraciones de Sciortino en Antimafia, *Relazione Bernardinetti*, p. 593. <<

[56] Hess, *Mafia, cit.*, p. XII y *passim*. **<<**

[57] Arlacchi, *La mafia imprenditrice, cit.*, pp. 66-67; Schneider, *Classi sociali, cit.*, en particular, p. 250; en una línea análoga Blok, *La mafia di un villaggio siciliano, cit.* En recientes intervenciones político-periodísticas Arlacchi ha dado muestras de haber cambiado de opinión; véase su autocrítica en *Gli uomini del disonore*, Milán, 1992, p. VIII. <<



[58] Ordenanza del juez de instrucción de Agrigento (2 de abril de 1986), publicada con el título *La mafia di Agrigento*, ed. de G. Arnone, Cosenza, 1988, p. 279-280. <<

[59] G. M. Puglia, “Il mafioso non è un associato per delinquere”, en *La scuola positiva*, I, 1930, p. 156. <<

[60] R. T. Anderson, “From Mafia to Cosa Nostra”, *The American Journal of Sociology*, noviembre de 1965, 3, pp. 302-310. <<



[61] President's Commission on Organized Crime, *Report to the President I. The Impact*, Washington, 1986, pp. 26-27. <<

[62] Hess, *Mafia, cit.*, p. 109; G. Alongi, *La maffia nei suoi fattori e nelle sue manifestazioni. Saggio sulle classi pericolose di Sicilia*, Turín, 1886; 2ª ed. revisada, titulada *La mafia*, Palermo, 1904; Cutrera, *La mafia e i mafiosi, cit*. <<



[63] L. Violante, *Non è la piovra. Dodici tesi sulle mafie italiane*, Turín, 1994, pp. 58-59 y 81 y ss. <<

[64] Vale la pena leer el texto de A. Baratta, “Mafia e Stato. Algune riflessioni metodologiche”, en *La mafia, le mafie, cit.*, pp. 95-117. De aquí parte la exigencia de ligar el concepto de *mafia* al de “burguesía mafiosa” en que tanto han insistido Santino, por ejemplo en “La mafia come soggetto politico”, en *La mafia*, *le mafie*, *cit.*, pp. 122-124, y G. Di Lello, *Giudici*, Palermo, 1994, p. 10 y passim; observo solamente que de ninguna manera la mafia puede ser considerada una clase social (y viceversa), y que por lo tanto esa sugerencia no ayuda a la necesaria distinción entre los diversos elementos constitutivos de la red mafiosa. <<



[65] El dato está en el informe de F. Conti al seminario del Imes sobre asociacionismo en época liberal, celebrado en Roma en la primavera de 1996. <<

[66] Gentile, *Vita di capomafia, cit.*, p. 55. <<

[67] Testimonio Buscetta, Debate, I, p. 37. <<

[68] W. Natoli, *I Beati Paoli*, ahora en Palermo, 1971. Véase también F. Renda, *I Beati Paoli. Storia, letteratura e leggenda*, Palermo, 1988. <<

[69] Hess, *Mafia, cit*., pp. 134 ss. <<



[70] Véase W. Turner, *Il processo rituale*, Brescia, 1972, p. 103. He retraducido la última frase. <<

[71] G. Ciotti, *I casi di Palermo,* Palermo, 1866, p. 7. <<

[72] Marmo, “Tra carceri e mercati”, cit., p. 724. Pero *cf*. también las intervenciones de la misma Marmo y de P. Pezzino en G. Fiume (ed.), *Onore e storia nelle società mediterranee*, Palermo, 1989. <<

[73] G. Giarrizzo, “Mafia”, en *Enciclopedia italiana*, Roma, 1993, apénd. V, p. 278. <<

[74] Alongi, *La maffia, cit.*, p. 75. Pero ya la relación citada del prefecto de Trápani (16 de mayo de 1874) destacaba la conexión entre el concepto de *humildad* y el de *humanidad*, y E. Onufrio, “La mafia in Sicilia”, en *Nuova Antologia*, 1877, pp. 365-367, se remitía a la terminología de la camorra de las cárceles y de los *ricottari*. Entre la historiografía, véase Pezzino, *Una certa reciprocità, cit.*, p. 118 y passim. <<

[75] Cit. en R. Mangiameli, “Gabellotti e notabili nella Sicilia dell’interno”, *Italia contemporanea*, 1984, 156, p. 67. <<

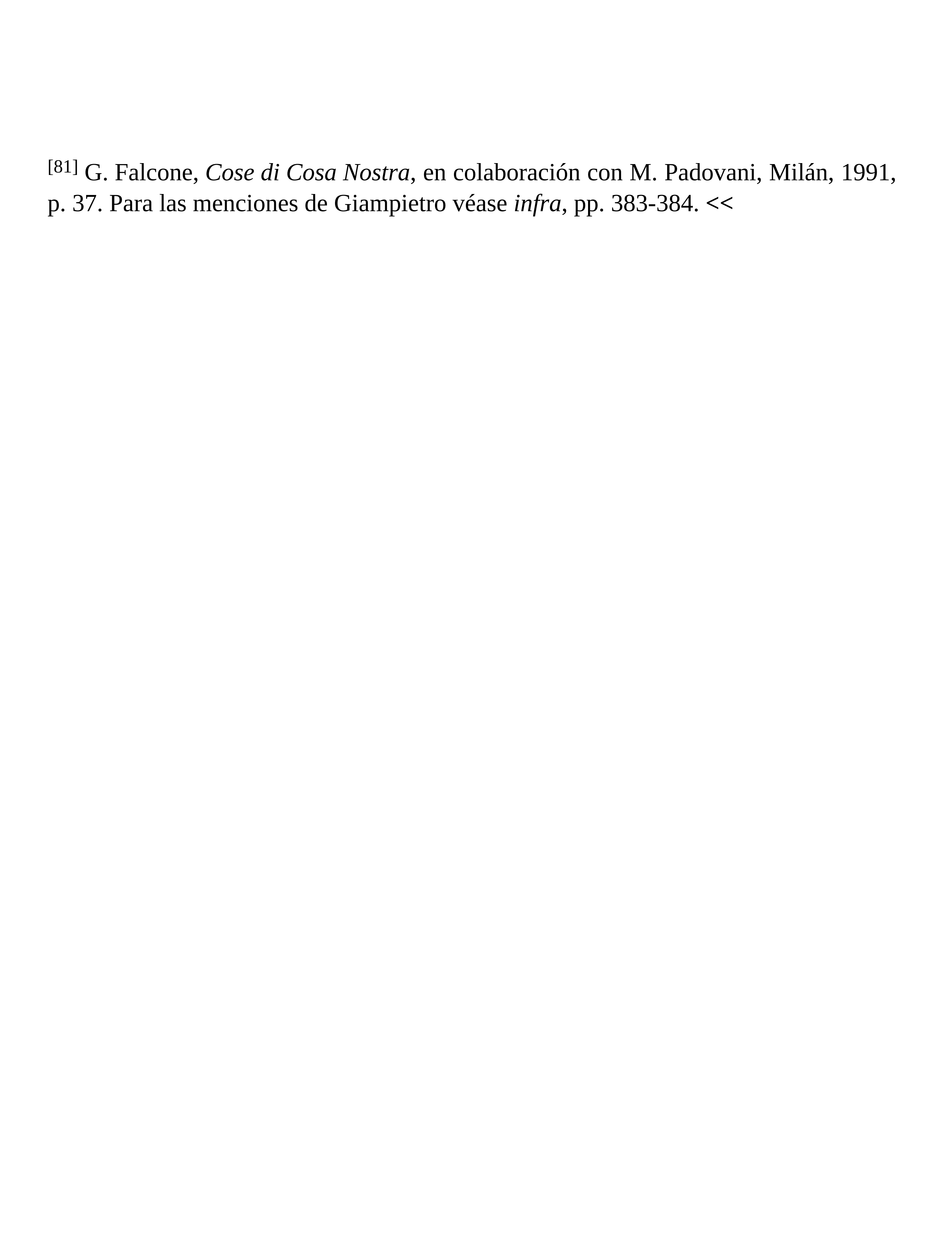
[76] S. Romano, *L'ordinamento giuridico*, Florencia, 1945 (1.ª ed., 1918), p. 101; sin embargo, en ese texto Romano nunca utiliza la palabra *mafia*. **<<**

[77] Romano, *L'ordinamento, cit.*, pp. 36-37. <<

[78] G. G. Lo Schiavo, “Nel regno della mafia”, en *Processi*, 1955, cit. por Galluzzo y otros, *Obiettivo Falcone, cit.*, p. 75. Igualmente hagiográfica es la representación en la novela de Lo Schiavo, *Piccola pretura* (Milán, 1948), de la cual extrajo Pietro Germi la película *In nome della legge* (1949). Pero *cf*. también de *Lo Schiavo 100 anni di mafia, cit*. <<

[79] Gambetta, *La mafia, cit.*, pp. XII-XIII, y las consideraciones críticas de G. Fiandaca, “La mafia come ordinamento giuridico: utilità e limiti di un paradigma”, *Segno*, 1994, 155, pp. 23-35. <<

[80] Cit. por C. Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, Milán, 1932, pp. 15 ss. <<



[81] G. Falcone, *Cose di Cosa Nostra*, en colaboración con M. Padovani, Milán, 1991, p. 37. Para las menciones de Giampietro véase *infra*, pp. 383-384. <<



[82] *Cf*. también las cartas de Santapaola, junto con la de Ferone, en “Diario della settimana”, supl. de *L’Unità*, 30 de octubre-5 de noviembre de 1996, pp. 58-82. <<

[1] La derivación más acreditada sería del árabe *marfud*, del cual proviene el siciliano *marpiuni* (tramposo, estafador) *marpiusu-mafiusu*; véase Lo Monaco, en *Lingua nostra*, 1990, cit. en Giarrizzo, *Mafia*, cit., pp. 277-278. <<

[2] *Poche parole alla commissione parlamentare*, Palermo, 1867, en apéndice a la *Inchiesta Fabrizi*, p. 515. Más en general *cf*. los viejos Alatri, *Lotte politiche*, cit., y F. Brancato, *La Sicilia nel primo ventennio del Regno d'Italia*, Bolonia, 1956. [Antes de la Unidad no había en Sicilia servicio militar obligatorio. (T.)]. <<

[3] Carta de Pantaleoni a Ricasoli, septiembre-octubre de 1861, cit. por Brancato, *La mafia*, cit., pp. 193-195. <<

[4] Se trata de las “apuñalaciones” que la policía atribuyó a un complot de las oposiciones de derecha y de izquierda, incluyendo hasta al moderado príncipe de Sant’Elia; *cf*. el relato tan brillante como poco convincente de Leonardo Sciascia, *I pugnalatori*, Turín, 1976, y ahora el documentado ensayo de Pezzino, *La congiura dei pugnalatori*, Venecia, 1992. En la Palermo de esos años el terrorismo ocupa mucho espacio en la definición de las relaciones entre los demócratas y entre éstos y la autoridad, como lo demuestran el asesinato de C. Trasselli y el intento de asesinato de F. Perroni Paladini, garibaldinos moderados: Alatri, *Lotte politiche*, cit., pp. 109 y 137. <<

[5] La última versión de este razonamiento historiográfico es la de Tranfaglia, *La mafia*, cit., criticada por lo demás por Bevilacqua, *La mafia e la Spagna*, cit. Más típica de la tradición cultural isleña es la variante de V. Titone, *La società siciliana sotto gli spagnoli e le origini della questione meridionale*, Palermo, 1978. <<

[6] Gambetta, en *La mafia*, cit., y también en “La protezione mafiosa” (*Polis*, agosto de 1994, pp. 302-303), sostiene en cambio que España “introdujo” (*¡sic!*) en el Sur la “desconfianza” de la que deriva la mafia, considerando significativo el hecho de que hoy se dé una violencia endémica—que por lo demás no es para nada la mafia— en otras ex colonias españolas como las Filipinas. El razonamiento es débil. ¿Por qué aplicar la comparación a las Filipinas y no a Japón o a China, donde existen formas importantes de criminalidad organizada? ¿Por qué el dominio español habría tenido tan funestos efectos en el sur de Italia y no en los Países Bajos, en Lombardía y en la propia España? Hay que recordar que Sicilia no era una colonia, sino uno de los reinos de la corona de Aragón, que a fines del siglo XV pasó a la de Castilla conservando su estatus, sus ordenamientos y también su influencia en las políticas imperiales. Más que a las Américas o las Filipinas debe ser asimilada a Aragón y demás posesiones ibéricas de los Habsburgo, excluyendo a Castilla. H. G. Koenigsberger, *The practice of Empire*, Ítaca/Nueva York, 1969; G. Giarrizzo, “La Sicilia dal Cinquecento all’Unità d’Italia”, en G. Giarrizzo y V. D’Alessandro, *La Sicilia dal Vespro all’Unità d’Italia*, Turín, 1989. <<

[7] Como en O. Cancila, *Così andavano le cose nel secolo sedicesimo*, Palermo, 1984; sin embargo, parece excesiva la definición del Santo Oficio como “una gran organización mafiosa” (p. 29). <<

[8] Franchetti, “Condizioni politiche e amministrative della Sicilia”, cit., tesis abundantemente retomada después, por ejemplo por P. Pezzino, *Una certa reciprocità di favori. Mafia e modernizzazione violenta nella Sicilia post-unitaria*, Milán, 1990. <<



[9] *Cf*., por ejemplo, la intervención de Gambetta en el debate con Lupo, Pezzino y Tranfaglia en *Passato e presente*, 1994, 31, pp. 24-25. <<



[10] S. Lupo, "Tra centro e periferia. Sui modi dell'aggregazione politica nel Mezzogiorno contemporaneo", *Meridiana*, 1988, 2, pp. 18-22. <<

[11] Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., e *Il paradiso abitato dai diavoli*, Milán, 1992. Véase también las contribuciones de E. Iachello y A. De Francesco, en F. Benigno y C. Torrisi (eds.), *Elites e potere in Sicilia*, Roma, 1995. <<

[12] G. Fiume, *Le bande armate in Sicilia (1819-1849). Violenza e organizzazione del potere*, Palermo, 1984, p. 117; de la misma opinión, entre los contemporáneos, fue L. Bianchini, cit. por Brancato, *La mafia*, cit., p. 172. <<

[13] Fiume, *Le bande armate,* cit., passim. <<

[14] E. Sereni, *Il capitalismo nelle campagne*, Turín, 1980 (1.ª ed., 1946), pp. 145 ss. <<

[15] *Cf*. G. Cammareri Scurti, *Il latifondo in Sicilia e l'inferiorità meridionale*, Milán, 1909, pp. 80 ss.; *Inchiesta parlamentare sulla condizioni dei contadini nelle province meridionali e nella Sicilia*, Roma, 1908, VI, y mi "I proprietari terrieri nel Mezzogiorno", en *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea*, Venecia, 1990, II, pp. 105-150. <<

[16] En *Inchiesta Fabrizi*, p. 117. **<<**

[17] Fiume, *Le bande armate*, cit., p. 74. <<

[18] Relación del 3 de agosto, en E. Pontieri, *Il riformismo borbonico nella Sicilia del Sette e dell’Ottocento*, Roma, 1945, pp. 222-225. <<

[19] Cit. por Fiume, *Le bande armate*, cit., p. 75. <<

[20] Cit. por Fiume, *La crisi sociale del 1848 in Sicilia*, Messina, 1982, p. 64. <<

[21] Fiume, “Il disordine borghese nella Sicilia dei Borbone: il caso di Marineo (1819-1859)”, en VVAA, *Contributi per un bilancio del regno borbonico*, Palermo, 1990; S. Costanza, *La patria armata. Un episodio della rivolta antileva in Sicilia*, Trápani, 1989, y mi “Tra centro e periferia”, cit. <<

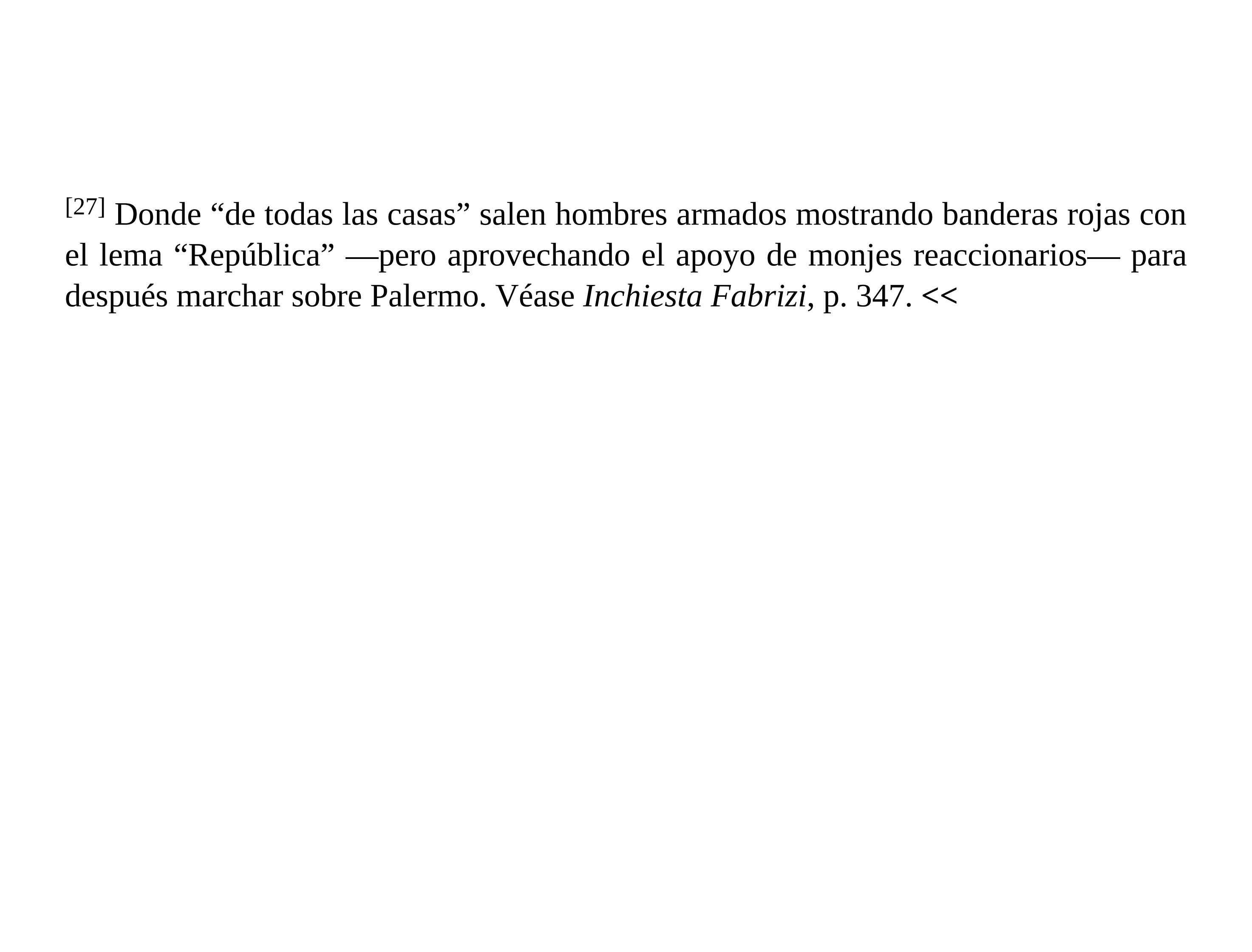
[22] En *Inchiesta Bonfadini*, p. 277. <<

[23] *Cf*. ahora A. De Francesco, *La guerra di Sicilia*, Catania, 1992. <<

[24] G. Fiume, *La crisi sociale del 1848*, cit., además de R. Romeo, *Il Risorgimento in Sicilia*, Bari, 1950, y Giarrizzo, “La Sicilia dal Cinquecento all’Unità”, cit. <<

[25] Entre la literatura reciente, véase Giarrizzo, "La Sicilia dal Cinquecento all'Unità", cit., y P. Pezzino, "La tradizione rivoluzionaria siciliana e l'invenzione della mafia", *Meridiana*, 1990, 7-8. También en la Colombia contemporánea los cárteles narcotraficantes tienen sus bases en zonas que han vivido una guerra civil endémica: P. Burin des Rozies, *Cultures mafieuses. L'exemple colombien*, París, 1995, y algo similar puede decirse acerca de los "señores de la guerra" en las áreas limítrofes con China. <<

[26] Enunciado en diciembre de 1860 por el lugarteniente M. Cordero de Montezemolo en carta a Cavour, en G. Scichilone, *Documenti sulle condizioni della Sicilia dal 1860 al 1970*, Roma, 1952, pp. 62-63. <<



[27] Donde “de todas las casas” salen hombres armados mostrando banderas rojas con el lema “República” —pero aprovechando el apoyo de monjes reaccionarios— para después marchar sobre Palermo. Véase *Inchiesta Fabrizi*, p. 347. <<

[28] V. Maggiorani, *Il sollevamento della plebe di Palermo e del circondario nel settembre 1866*, Palermo, 1866, pp. 82-83, y Ciotti, *I casi di Palermo*, cit.; A. Maurici, *La genesi storica della rivolta del 1866 in Palermo*, Palermo, 1916, pp. 469 ss. A nivel historiográfico, *cf*. F. Brancato, “Origine e caratteri della rivolta palermitana del settembre 1866”, en *Archivio storico siciliano*, 1955, y el número monográfico de *Nuovi quaderni del Meridione*, 1966, p. 16. <<

[29] Maggiorani, *Il sollevamento*, cit., p. 6. <<

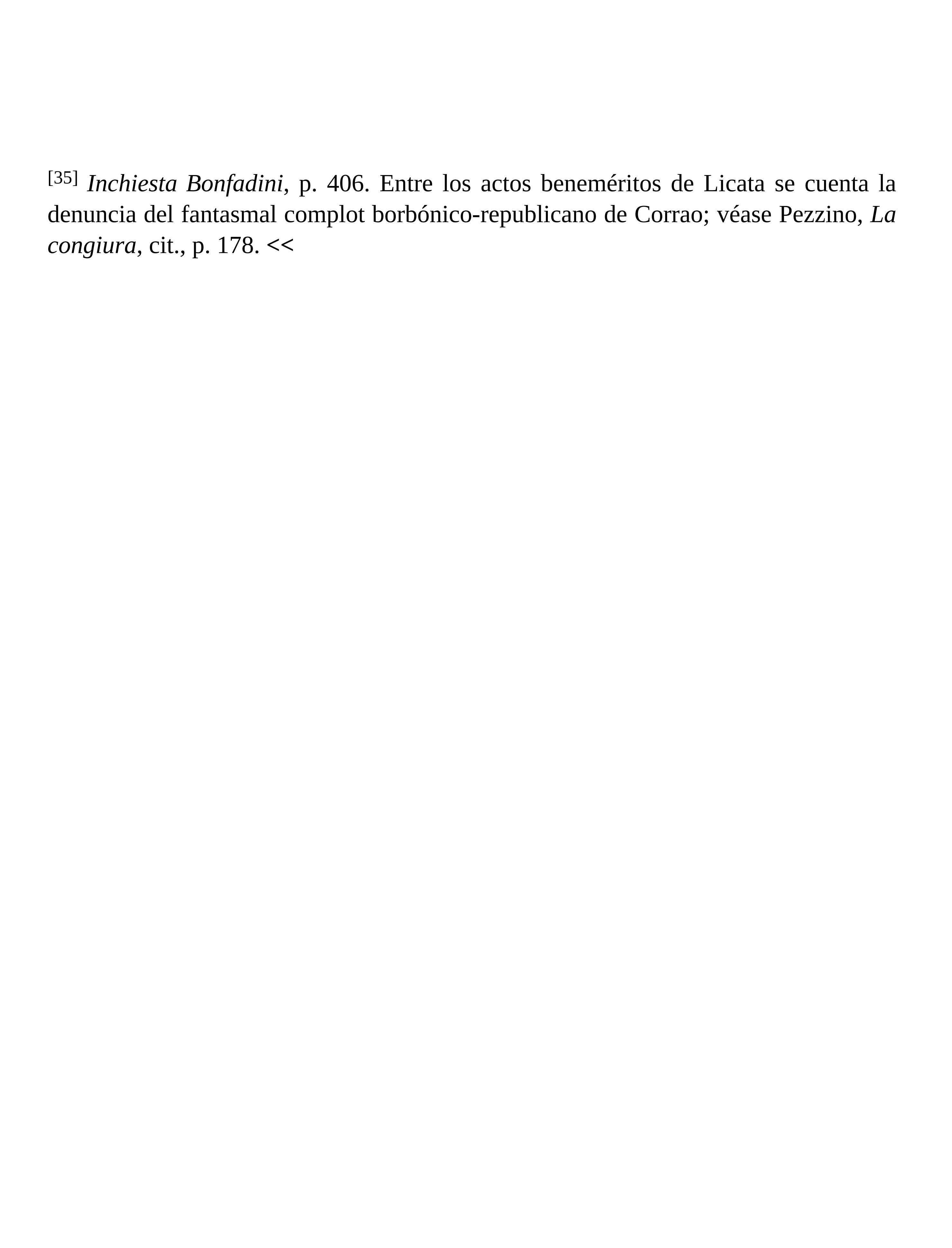
[30] Maurici, *La genesi*, cit., p. 471. <<

[31] *Inchiesta Bonfadini*, p. 522. <<

[32] Piénsese en la enajenación de los bienes de las instituciones religiosas, que interrumpe el flujo financiero procedente de toda Sicilia permitiendo a la sociedad local emplear esos recursos, o en el modo como el nuevo Estado completa la acción del borbónico en el campo de las obras públicas y la distribución de los cargos (por ejemplo judiciales), valorizando otras ciudades a expensas de la capital. Las entrevistas en la *Inchiesta Fabrizi* indican casi todas la especificidad de Palermo; en contra Alatri, *Lotte politiche*, cit., pp. 10 ss. <<

[33] *Cf*. el testimonio del inspector Felzani, en *Processo Amoroso*, p. 53. En casa de los Amoroso es arrestado Badia, allí se desarrollan las reuniones del comité insurreccional; Maurici, *La genesi*, cit., p. 337; Alatri, *Lotte politiche*, cit., pp. 102 ss. <<

[34] Maggiorani, *Il sollevamento*, cit., p. 69. Eso hace más inverosímil la tesis según la cual Sant'Elia habría sido el instigador de los “apuñaladores” de 1863; tal personaje, en relación entre otros con los Guccione de Alia (Guccione, *Storia di Alia*, Caltanissetta/Roma, 1991, p. 345) —que encontraremos entre los máximos *gabellotti* mafiosos—, no habría tenido necesidad para reclutar sicarios de exponerse interpelando a candidatos casi al azar por Palermo… <<



[35] *Inchiesta Bonfadini*, p. 406. Entre los actos beneméritos de Licata se cuenta la denuncia del fantasmal complot borbónico-republicano de Corrao; véase Pezzino, *La congiura*, cit., p. 178. <<

[36] Intervención del duque de Cesarò en *Inchiesta Bonfadini*. **<<**

[37] G. Petix, *Memorie e tradizioni di Montedoro*, Montedoro, 1984, pp. 241-242. <<

[38] La familia está involucrada también en otros episodios de violencia: un Caico es raptado alrededor de 1874, se paga un rescate "seguido por la inmediata captura de tres de los delincuentes, y la muerte de un cuarto"; un Caico, alcalde de Montedoro, será arrestado en 1897 (y después absuelto) por el asesinato del jefe de la facción contraria: L. Hamilton Caico, *Vicende e costume siciliani*, Palermo, 1983, pp. 161-162; testimonio del senador F. Morillo di Trabonella, en *Inchiesta Bonfadini*, p. 1028; Petix, Memorie, cit., pp. 291-294. <<

[39] *Inchiesta Bonfadini*, pp. 462-463. <<

[40] ASPA, GP, 1876, b. 35, f. 6, el comisario al procurador del rey, 21 de septiembre de 1875, pp. 14-15 y 15-16, respectivamente. <<

[41] *Cf.* mi *Il giardino degli aranci*, cit., y O. Cancila, Palermo, Roma/Bari, 1988, passim. <<

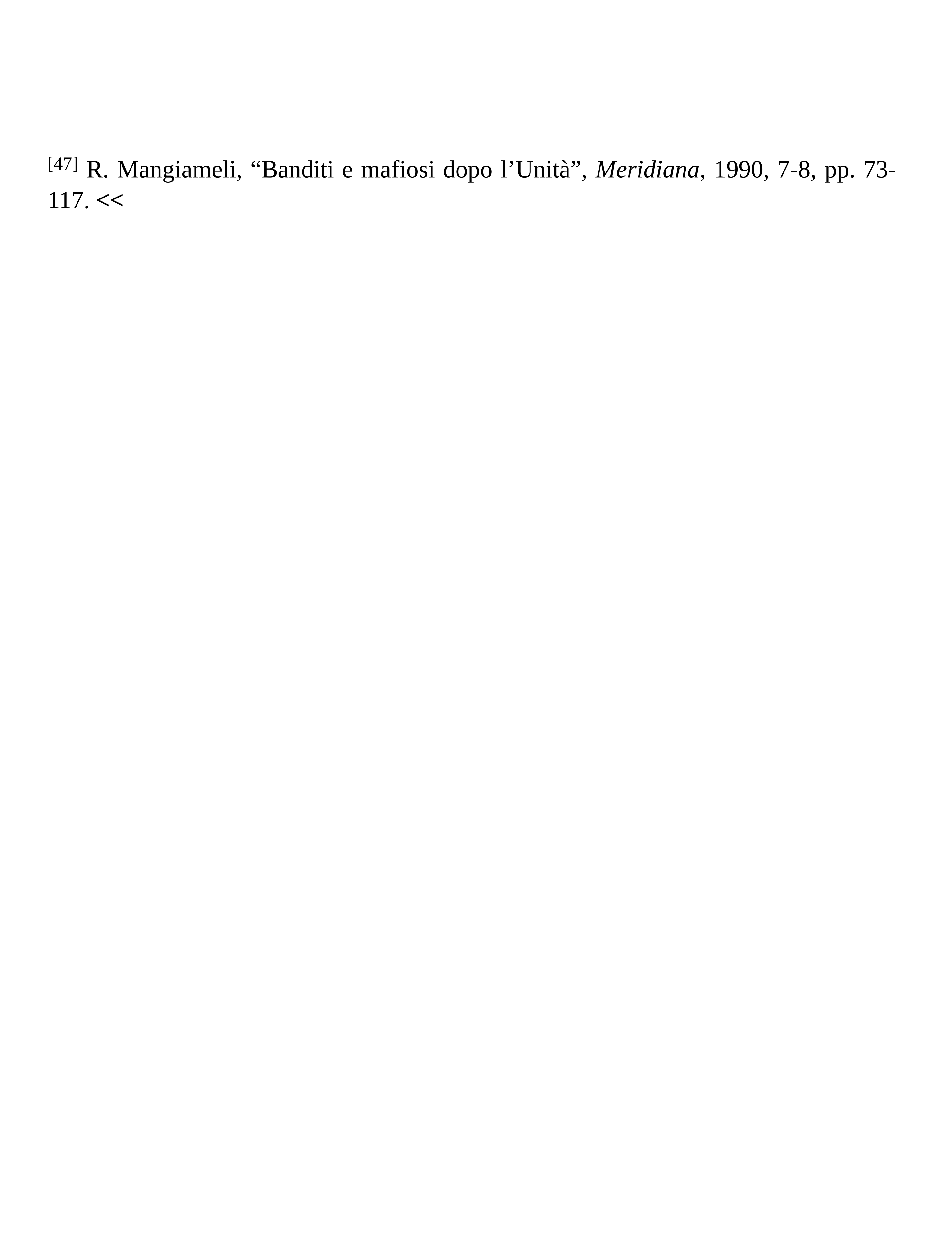
[42] L. Franchetti, *Politica e mafia in Sicilia. Gli inediti del 1876*, A. Jannazzo (ed.), Nápoles, 1995, p. 190. La carta de protesta de Turrisi está en *L'Amico del popolo*, 24 de agosto de 1874. La lista de mafiosos de Cefalù en ASPA, GP, 1877, b. 39. <<

[43] D. Farini, *Diario di fine secolo 1896-1899,* Roma, 1961, II, p. 909. <<

[44] Entrevista en *Inchiesta Bonfadini*, p. 473. <<

[45] L. Tirrito, *Sulla città e comarca di Castronovo di Sicilia, Palermo,* 1873, II, pp. 69-70; por lo demás, los Nicolosi eran borbónicos. Sobre los Guccione, *cf*. Guccione, *Storia di Alia*, cit. <<

[46] Lista de mafiosos de Términi, I cat., n. 20, en ASPA, GP, 1877, b. 39. Sobre Leone, *cf*. Alongi, *La mafia*, cit., p. 85; sobre Valvo, Di Menza, *Le cronache delle assise di Palermo*, Palermo, 1878, p. 74. <<



[47] R. Mangiameli, “Banditi e mafiosi dopo l’Unità”, *Meridiana*, 1990, 7-8, pp. 73-117. <<

[48] *Idem*. <<

[49] *Cf*. la amplia documentación en ASPA, GP, b. 85. <<



[50] Cit. en Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit., p. 104. En el mismo año Borsani fue trasladado. <<

[51] “Audizione”, en *Inchiesta Fabrizi*, p. 29. <<

[52] En particular, *cf*. Hess, *Mafia*, cit., y Blok, *La mafia di un villaggio siciliano*, cit. <<

[53] Relación del 31 de julio de 1974, cit., pp. 13-14; las cursivas son mías. <<

[54] Fiore, *Il controllo della criminalità*, cit., p. 132. <<

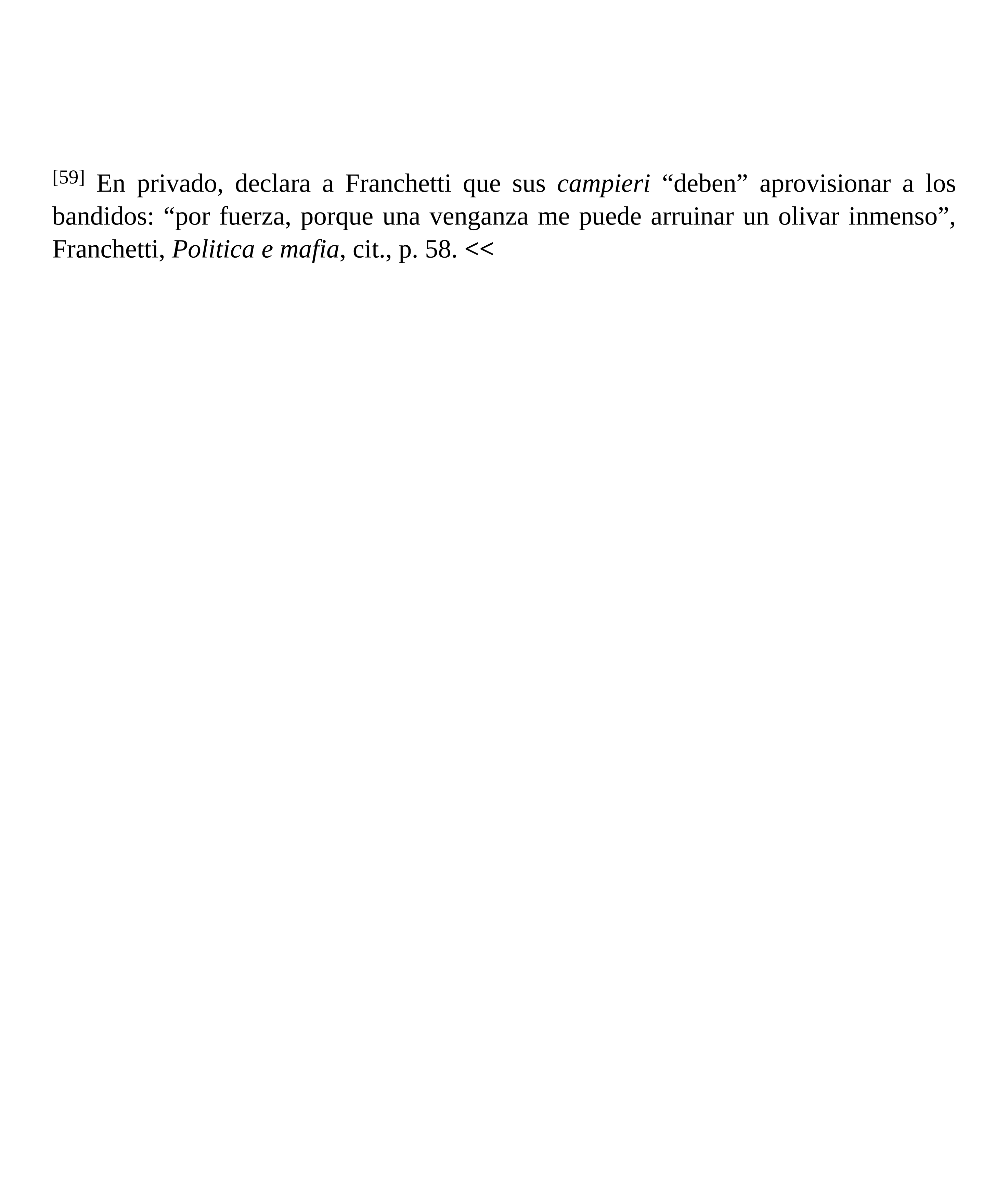


[55] N. Turrisi Colonna, *Cenni sullo stato attuale della sicurezza pubblica in Sicilia*, Palermo, 1988 (1.ª ed., 1864), pp. 29-39. <<

[56] Resumen de los informes (18 de enero de 1875) en APCD, 1874-1875, Documenti, all. 2, p. 57. Recuérdese la función análoga desempeñada por la camorra napolitana, aunque sólo por un breve periodo, hasta la represión promovida por S. Spaventa: Marmo, “Economia e politica della camorra napoletana”, cit., pp. 114 ss. <<

[57] Turrisi Colonna, *Cenni*, cit., p. 43. <<

[58] *Ibid*., p. 48. <<



[59] En privado, declara a Franchetti que sus *campieri* “deben” aprovisionar a los bandidos: “por fuerza, porque una venganza me puede arruinar un olivar inmenso”, Franchetti, *Politica e mafia*, cit., p. 58. <<

[60] Giarrizzo, “La Sicilia”, cit., p. 700. <<

[61] Cit. de Recupero, *La Sicilia all'opposizione*, cit., pp. 48-49. <<

[62] Relación del comisario, 28 de febrero de 1876, en ASPA, GP, b. 35. <<

[63] Recupero, “Ceti medi”, cit., p. 313. <<

[64] Cito siempre de la relación sobre el grupo Giammona. <<



[65] *Corriere giudiziario*, apénd. del GDS, 15 de mayo de 1878; descripciones de los rituales en ASPA, GQ, b. 7 (1880). <<

[66] Respectivamente, Di Menza, *Cronache*, cit., y testimonio de Rudinì, en *Inchiesta Fabrizi*, p. 118. La cárcel y el confinamiento ponen en comunicación a la criminalidad napolitana y siciliana; *cf*. el mismo Di Menza, *Cronache*, cit., así como la relación del prefecto de Trápani en APCD, 1874-1875, 16 de mayo de 1874, p. 15. Puede ser significativa la leyenda de tres nobles catalanes que en Favignana dieron origen a las criminalidades regionales del Mezzogiorno: Ciconte, *’Ndrangheta*, cit., pp. 6-8. Sobre la camorra carcelaria, *cf*. Marmo, “Tra le carceri e i mercati”, cit. Según un documento de 1861 (en G. Machetti, “Camorra e criminalità popolare a Napoli”, *Società e storia*, 1991, 51, p. 80), el ejército borbónico fue vehículo de la importación a Nápoles desde Sicilia (donde la conscripción se hacía entre los galeotes) de una camorra “más grande, más feroz y también más baja” que la autóctona. <<

[67] G. Baglio, *Ricerche sul lavoro e sui lavoratori in Sicilia: il solfaraio,* Nápoles, 1905, cit. por Barone, “Formazione e declino di un monopolio naturale”, en S. Addamo *et al.*, *Zolfare di Sicilia*, Palermo, 1989, p. 94. <<

[68] T. V. Colacino, “La Fratellanza”, *Rivista di discipline carcerarie*, 1885, cit. en Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., pp. 212 ss.; otro estudio de la misma época es el de F. Lestingi, “La fratellanza nella provincia di Girgenti”, en *Archivio di psichiatria*, 1884; ambos mencionados por Cutrera, *La mafia*, cit., p. 125. Sobre todo el asunto y sobre la problemática social mencionada más arriba, véase Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., pp. 202 ss. <<

[69] L. Pirandello, “La lega disciolta”, en CS, 6 de junio de 1910, ahora en Pirandello *Novelle per un anno*, vol. III, t. I, pp. 70-80; texto y problemática evocados ya por Giarrizzo, *Mafia*, cit. De E. Hobsbawm, *cf*. *I ribelli*, Turín, 1966, e I banditi, Turín, 1971. <<



[70] Las cifras no incluyen a evasores y desertores: Informe de la Commissione Depretis en APCD, 1874-1875, Documenti, Progetti di legge, 24 A, p. 21. <<



[71] Es otra relación de Calà Ulloa, 25 de abril de 1838, en Pontieri, *Il riformismo,* cit, p. 217. <<

[72] Sobre esto véase L. Mascilli Migliorini, “Il mondo politico meridionale di fronte alla legge di PS del 1875”, *Nuova rivista storica*, 1979; F. Renda, *Storia della Sicilia*, II, Palermo, 1985, pp. 32 ss. <<

[73] Las relaciones de Fortuzzi, del 4 de abril de 1874 y el 4 de enero de 1875, en APCD, 1874-1875, Documenti, Progetti di legge, n. 24 ter., pp. 20 y 58. <<

[74] Juicio de la comisión Depretis, *ibid*., n. 24 A, p. 23. <<

[75] APCD, Discussioni, sesión del 4 de junio, p. 3883. <<

[76] *Ibid.*, pp. 3890 y 3886-3887. <<

[77] *Relazione*, cit, p. 12. <<

[78] *Cf*. las polémicas en *Inchiesta Bonfadini*; la normativa sobre la amonestación en V. Fiore, “Il controllo della criminalità organizzata nello stato liberale”, *Quaderni dell’Istituto universitario orientale. Dipartimento di scienze sociali*, Nápoles, 1989, 2, pp. 141 ss. <<

[79] Circular del 6 de julio de 1871, cit. en Alatri, *Lotte politiche*, cit., p. 363. <<

[80] *Cf*. G. Giarrizo, *Catania*, Roma/Bari, 1986, en particular pp. 25-26. Divergencias también entre la jefatura de policía y Borsani, predecesor de Tajani y futuro presidente de la comisión parlamentaria, en Alatri, *Lotte politiche*, cit., pp. 180 ss. <<

[81] APCD, 1874-1875, Discussioni, 11 de junio de 1875, p. 4124. Este y otros textos de Tajani están ahora en P. Pezzino (ed.), *Mafia e potere*, Pisa, 1993. <<

[82] APCD, Discorso, cit., p. 4132. <<

[83] *Cf*. R. Mangiameli, “Dalle bande alle cosche. La rappresentazione della criminalità in provincia di Caltanissetta”, en G. Barone y C. Torrisi (eds.), *Economia e società nell’area dello zolfo*, Caltanissetta/Roma, 1989, pp. 210-211. <<

[84] Los materiales de la investigación, que pueden consultarse en el ACS, fueron parcialmente publicados en 1968 (*Inchiesta Bonfadini*), y otra parte por E. Iachello, *Stato unitario e disarmonie regionali*, Nápoles, 1987. Sobre la investigación, *cf.* la introducción al texto de Iachello, así como Pezzino, *Una certa reciprocità di favori*, cit., pp. 31-80. <<

[85] Véase ahora en la edición de F. Barbagallo, Nápoles, 1979 (1.ª ed., 1875). <<

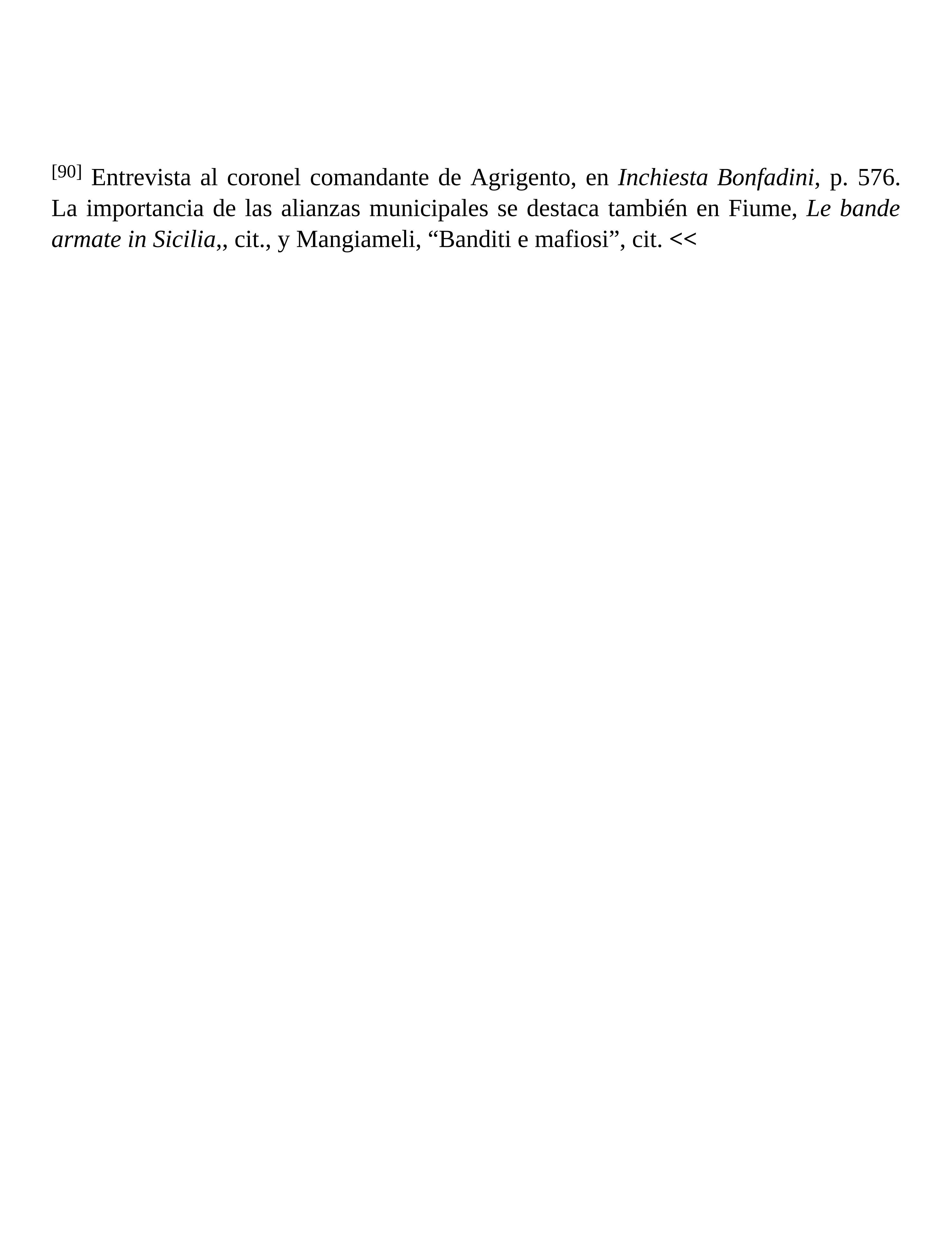


[86] Cito del borrador de Bonfadini, sesión del 25 de marzo de 1876, en *Inchiesta*, p. 156; temas obviamente retomados en la relación final, *ibid*., pp. 1135 ss. <<

[87] S. Salomone-Marino, *Leggende popolari siciliane in poesia*, Palermo, 1880, p. XXII; pero *cf*. la hermosa reconstrucción de Mangiameli, *Banditi e mafiosi dopo l'Unità*, cit. <<

[88] Relación del general A. Casanova, pp. 48-53. *Cf.* también Fiume, *Le bande armate in Sicilia*, cit., entre otras cosas los mapas en pp. 159-169 que muestran con claridad que el radio de acción de las bandas era el mismo antes y después de la Unidad, y además coincide con la zona tradicional de infestación mafiosa. <<

[89] APCD, 1874, Documenti, relación del ministro Cantelli sobre las medidas de Seguridad Pública, pp. 2 y 4. Sobre la mezcla de prófugos de la justicia y criminales adventicios, *cf*. también el testimonio de *don Peppino el lombardo* en Mangiameli, “Dalle bande alle cosche”, cit., p. 197. <<



[90] Entrevista al coronel comandante de Agrigento, en *Inchiesta Bonfadini*, p. 576. La importancia de las alianzas municipales se destaca también en Fiume, *Le bande armate in Sicilia,*, cit., y Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit. <<

[91] G. Pagano, *La Sicilia nel 1876-77*, Palermo, 1877, p. 41. **<<**



[92] *Cf*. Hess, *Mafia, passim*, y Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit. pp. 129-131. <<

[93] Entrevista al coronel comandante de Agrigento, cit., p. 580. <<

[94] E. Fincati, *Un anno in Sicilia, 1877-1878*, Roma, 1881, p. 76. En el juicio influyeron las mejores relaciones entre el Estado y las clases dirigentes después de 1876. <<

[95] Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit., p. 98. <<

[96] APCD, Discorso, cit., p. 4126. <<

[97] Según la sarcástica expresión de G. di Menza, *Cronache della assise di Palermo*, Palermo, 1978, II, p. 232. *Cf*. Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit., sobre estos episodios y para un perfil del propio Di Menza, magistrado y hombre de izquierda (p. 75). <<

[98] APCD, Discorso, cit., p. 4131. <<

[99] Entrevista cit. <<

[100] Relación final, *Inchiesta Bonfadini*, p. 1158. **<<**

[101] Por lo menos según el testimonio del barón, cit., pp. 699-702. <<



[102] El alegato de Tajani con el testimonio de Barraco en N. Russo (ed.), *Antologia della mafia*, Palermo, 1964, p. 163. <<

[103] APCD, Discorso, cit., p. 4133. <<



[104] *Cf.* respectivamente el informe, p. 5, y la entrevista en Inchiesta Bonfadini (después de las renuncias), pp. 969-970. <<

[105] APCD, 11 de junio de 1875, p. 4114. <<



[106] Remito a la introducción de L. Sandri a *Inchiesta Bonfadini*, y al ensayo introductorio de Iachello, *Stato unitario*, cit., pp. 7-86. <<

[107] S. Sonnino, “I contadini in Sicilia”, en Franchetti y Sonnino, *Inchiesta*, cit., II. <<

[108] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., p. 93. <<

[109] Entrevista Rudinì en *Inchiesta Bonfadini*, p. 951; Pitrè, *Usi, costumi*, cit., p. 291. <<

[110] Franchetti, *Politica e mafia*, cit., p. 41. <<

[111] *Ibid.*, pp. 68-69, 37 y 48-49. <<

[112] *Ibid.*, pp. 198 y —para las referencias anteriores— 34, 32 y 62. <<

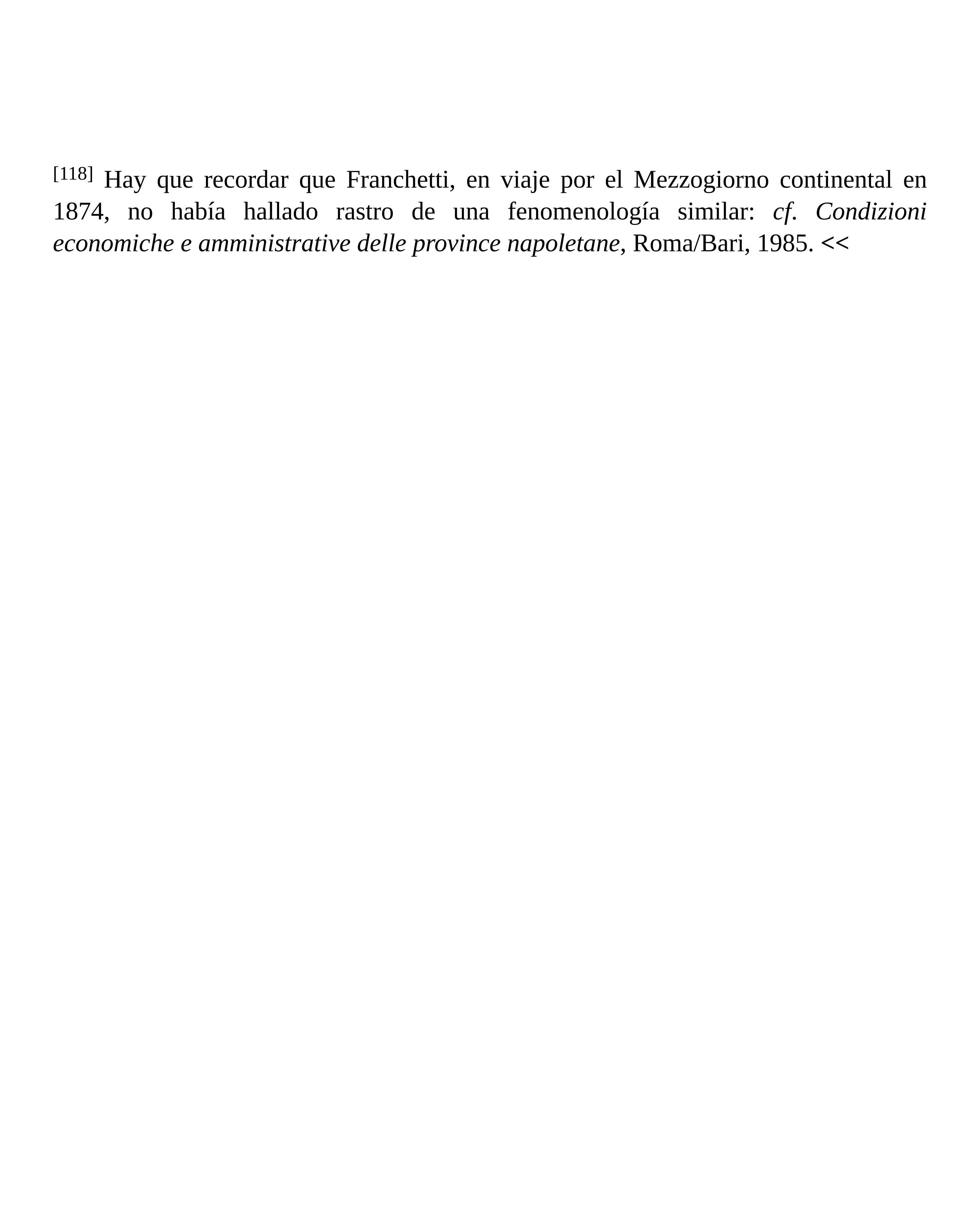
[113] *Ibid.*, pp. 36, 46 y 49. <<

[114] *Ibid.*, p. 196. <<

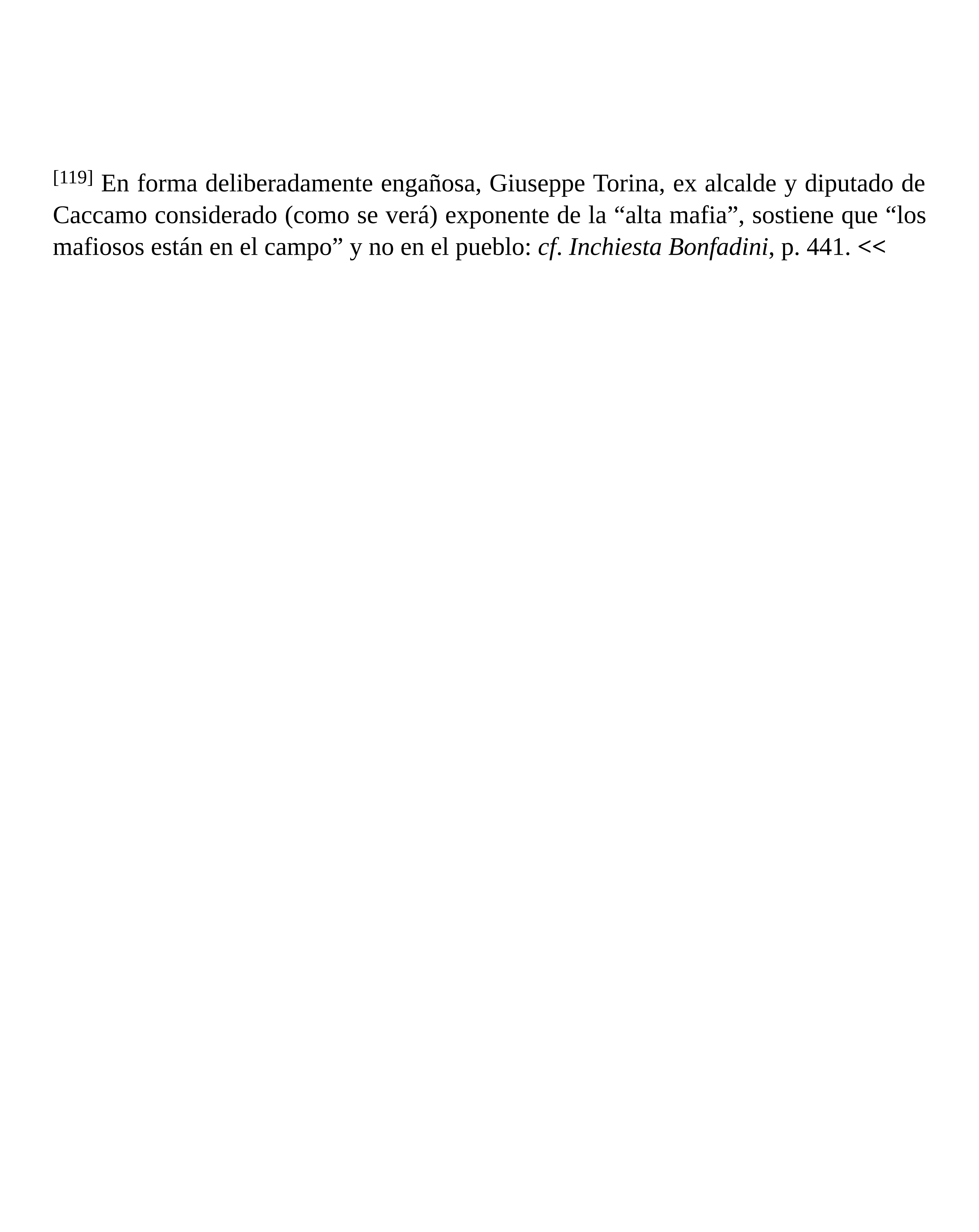
[115] Sin embargo, entre las *Lettere di Sidney Sonnino ad Emilia Peruzzi*, en proceso de publicación, que pude consultar gracias a la cortesía de la editora Paola Carlucci, hay una (fechada en Palermo el 2 de marzo de 1876 y numerada CXXX) en la que dice de Turrisi: “Aquí dicen que está ligado a la mafia, pero eso no importa, y quisiera oír lo que dice”. <<

[116] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., p. 91. <<

[117] *Ibid.*, p. 31. <<



[118] Hay que recordar que Franchetti, en viaje por el Mezzogiorno continental en 1874, no había hallado rastro de una fenomenología similar: *cf. Condizioni economiche e amministrative delle province napoletane*, Roma/Bari, 1985. <<



[119] En forma deliberadamente engañosa, Giuseppe Torina, ex alcalde y diputado de Caccamo considerado (como se verá) exponente de la “alta mafia”, sostiene que “los mafiosos están en el campo” y no en el pueblo: *cf. Inchiesta Bonfadini*, p. 441. <<

[120] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., pp. 33-34. El intento de distinguir entre dos tipos de manutengolismo (de interés y de necesidad) está ya en la citada relación de Rasponi del 31 de julio de 1874, pp. 13-14. <<

[121] Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit. <<

[122] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., p. 55. <<



[123] La movilización de los propietarios contra los bandidos a la que alude Franchetti ha sido sobreestimada: *cf*. Mangiameli, “Banditi e mafiosi”, cit., pp. 98-99. <<



[124] No puedo dejar de remitir a R. Romanelli, *Il comando impossibile*, Bolonia, 1988. <<

[125] Iachello, *Stato unitario*, cit., p. 70, recuerda que Fortuzzi representa una de las fuentes de Franchetti; *cf*. también E. Cavalieri, introducción a la Inchiesta, p. XXIII. <<

[126] Véanse las pp. 218-239 de Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., y por las citas las pp. 219, 221, 222 y 224. <<

[127] Título de un panfleto de R. Conti, Catania, 1877. <<

[128] Alongi, *La mafia*, cit., p. 9. <<

[129] Pagano, *La Sicilia nel 1876-77*, cit., p. 35. <<

[130] ACS, Giustizia AAGGRR, b. 37, 1877, en particular el *Prospetto dei processi […] per abusi di autorità*; *cf*. también ASPA, GP, b. 42, con el enésimo conflicto entre la magistratura y la policía. <<

[131] Pagano, *La Sicilia*, cit., p. 41. <<

[132] Las listas están en ASPA, GP, 1877, b. 39; pero en la ya citada relación del 31 de julio de 1874, p. 14, Rasponi preanunciaba “una lista de mafiosos diferenciados por grados”. <<

[133] Ficha de M. Abbate, número 66 de la lista de Términi, segunda categoría. <<



[134] Respectivamente, fichas de A. Di Marco, número 70, y de L. Crimi, número 67, Términi. <<

[135] Ficha número 50, Términi. <<

[136] Ficha de G. Demma, número 52, Términi. <<

[137] Respectivamente, relación del delegado del 10 de junio de 1877 y telegrama de Nicotera al prefecto del 26 de enero de 1877, en ASPA, GP, 1877, b. 39; ficha sobre Torina, primera categoría, Términi, número 22. La citada entrevista con Torina, pp. 433-442 de la *Inchiesta Bonfadini*, es toda una polémica contra los “excesos” de la amonestación. <<

[138] Carta del 17 de febrero de 1877, en ASPA, fondo cit. <<

[139] Relación del delegado, octubre de 1872, en ASPA, fondo cit. <<

[140] Ficha número 3, primera categoría Términi. <<

[141] Testimonio en el proceso Notarbartolo recogido por G. Marchesano, *Processo contro Raffaele Palizzolo & C. Arringa dell'avv. G. M.*, Palermo, 1902, p. 309. Reivindicación de méritos colaboracionistas por parte de notables-mafiosos de la década de 1880 también en Hess, *Mafia*, cit., pp. 92-94. <<



[142] “La questione Avellone”, en GDS, 3 de abril de 1892, cit. por Cancila, Palermo, cit., p. 235. <<

[143] Ficha número 1, primera categoría, Términi. <<

[144] Ficha números 4-5, primera categoría, Términi. <<

[145] Relación del 10 de junio de 1877, en ASPA, GP, 1877, b. 39. Los hermanos Runfola son propietarios de Valledolmo, números 6 y 7 de la lista de Términi, primera categoría; Cerrito debía ser un miembro de la familia de grandes arrendatarios de Caltavuturo. <<

[146] Informaciones proporcionadas por el diputado Girolamo De Luca Aprile y recogidas en el resumen de la primera instrucción sobre el delito Notarbartolo, en ACS, Giustizia, MAP, b. 126. Cabe señalar que De Luca Aprile fue uno de los críticos de Malusardi (*cf*. Brancato, *La mafia*, cit., p. 230); Marchesano señala que, como Palizzolo tenía una postura filoministerial, las razones de la amonestación no deben atribuirse a aspiraciones electorales (*Processo*, cit., pp. 348-349). <<

[147] *Prospetto del processi […] per abusi di autorità*, cit., pp. 1-2. <<

[148] Alongi, *La mafia*, cit., p. 299. <<

[149] Cit. por Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., p. 138. <<

[150] *Idem*. <<

[151] APCD, Discussioni, 8 de julio de 1896, pp. 7315-7353, y en particular 7347; las cursivas son mías. <<

[152] Las cartas están en Marchesano, *Processo*, cit., pp. 320-329; la referente a Filippello en ASPA, GQ, 1866-1939, b. 20. <<

[153] APCD, Discussioni, 8 de julio de 1896, pp. 7315-7353. <<



[154] Cutrera, *La mafia*, cit., p. 91; sobre Li Destri véase la documentación citada por Hess, *Mafia*, cit., passim. <<

[155] Sonnino, “I contadini”, cit., p. 68. Pero véase también mi *Il giardino degli aranci. Il mondo degli agrumi nella storia del Mezzogiorno*, Venecia, 1990. <<

[156] La entrevista a Corleo en Iachello, *Stato unitario*, cit., pp. 259-260. Idéntico es el tono de Villari, *Le lettere meridionali*, cit., p. 56; poco convincente N. Colajanni, *La delinquenza in Sicilia e le sue cause*, Palermo, 1885, pp. 35 ss. <<

[157] Tesis expresada en la relación final de la *Inchiesta Bonfadini*, p. 1079. <<

[158] APCD, Discorso, cit., p. 4125. <<

[159] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., p. 95. <<

[160] Entrevista en *Inchiesta Fabrizi*, p. 77. <<

[161] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., pp. 97-99. **<<**

[162] *Atti della Giunta per l'inchiesta agraria*, XIII, Roma, 1884-1885, f. 1.2, p. 249. <<

[163] Respectivamente, anónimo, 22 de marzo de 1879, pp. 2-3; carta de un consejero al prefecto (reaccionarios de septiembre son los participantes en el movimiento de septiembre de 1866); lista de consejeros de 1879: ASPA, GP, b. 61. <<

[164] *Processo Amoroso*, cit., p. 160. <<

[165] G. De Felice, *Maffia e delinquenza in Sicilia*, Milán, 1900, pp. 52-53. **<<**

[166] Respectivamente, carta del jefe de policía al prefecto, 10 de octubre de 1875, en ASPA, GP, 1876, b. 35; anónimo en ASPA, GP, 1880, b. 51. <<



[167] Testimonio del presidente de la Corte de Apelaciones de Palermo, S. Schiavo, en *Inchiesta Bonfadini*, pp. 376-377. <<

[168] Entrevista en *Inchiesta Bonfadini*, p. 477. <<

[169] La expresión es también de Gestivo, entrevista cit., cuya ideología filomafiosa en realidad no carece de claridad. **<<**

[170] Cito del memorial escrito por Galati, “I casi di Malaspina e la mafia nelle campagne di Palermo”, en *Inchiesta Bonfadini*, pp. 999-1016, en particular, p. 1000; también en ASPA, GP, 1876, b. 5, cit. <<

[171] Alegato del abogado Siracusa, *Processo Amoroso*, cit., p. 218. <<



[172] El jefe de policía al prefecto, 10 de octubre de 1875, en ASPA, GP, b. 35. <<

[173] Memorial Galati, cit., p. 1001. <<

[174] El jefe de policía al prefecto, 18 de septiembre de 1875, en ASPA, GP, b. 35. <<

[175] *Processo Amoroso*, cit., p. 238; las cursivas son mías. <<

[176] El ministro al prefecto, 18 de septiembre de 1875, p. 3, en ASPA, GP, 1875, b. 35, f. 6. <<

[177] El jefe de policía al prefecto, 26 de octubre de 1875, fondo cit., pp. 11 y 10. <<



[178] Intercambio de cartas entre Codronchi y Gerra, 26 y 30 de noviembre de 1875, fondo cit. <<

[179] Memoria del 29 de diciembre de 1875, fondo cit. **<<**

[180] El ministro al prefecto, 12 de agosto de 1875, pp. 2 y 4. **<<**

[181] Relación del jefe de policía al procurador, 29 de septiembre de 1876, en ASPA, GQ, b. 7 (1880), con amplísima documentación. *Cf*. también Di Menza, *Le cronache*, cit., pp. 221 ss., y Cutrera, *La mafia*, cit., pp. 118 ss. **<<**

[182] Como se desprende de muchos de los textos del proceso de 1878 y de la declaración del acusado S. Spinnato, 27 de abril de 1878, en ASPA, GQ, fondo cit. <<

[183] Di Menza, *Le cronache*, cit., p. 232. <<

[184] El delegado Bernabò al jefe de policía, 16 de septiembre de 1876, p. 3, en ASPA, GQ, fondo cit. Entre los *stoppagghieri* hay dos que sostienen haber sido perseguidos por Albanese: *ibid*., “Dichiarazioni degli imputati”. **<<**



[185] El procurador del rey al ministro, 18 de enero de 1879, en ACS, Giustizia, MAP, b. 49. <<

[186] Carta al GDS, 28 de mayo de 1878. <<

[187] Sobre el trágico conflicto que lo opone al alcalde de Marineo, Calderone, *cf.* el memorial (1887) de su esposa, G. Cirillo Rampolla, *Suicidio per mafia*, con introd. de G. Fiume, Palermo, 1986. <<



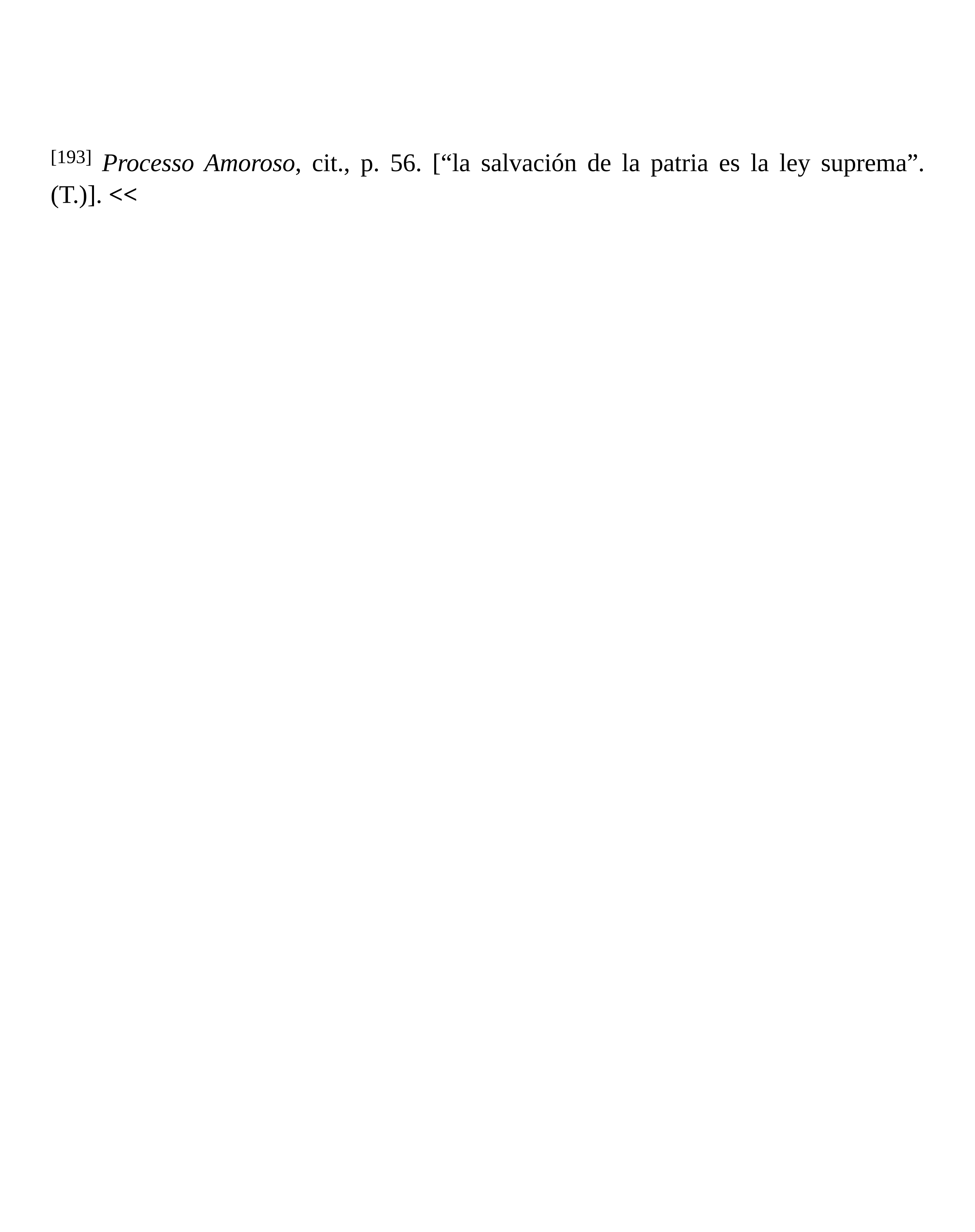
[188] Relación del delegado de Misilmeri, 1.º de diciembre de 1876, junto con las otras en ASPA, GQ, fondo cit. <<

[189] Di Menza, *Le cronache*, cit., p. 238. <<

[190] Documentación en ACS, Giustizia, MAP, b. 49; el texto de las cartas en *Processo Amoroso*, cit., pp. 148-150. <<

[191] Franchetti, “Condizioni politiche”, cit., p. 96. <<

[192] ASPA, GP, b. 63. <<



[193] *Processo Amoroso*, cit., p. 56. [“la salvación de la patria es la ley suprema”. (T.)]. <<



[194] Proceso por uxoricidio atribuido a un mafioso palermitano: relación del prefecto, 23 de agosto de 1914, p. 3, en ACS, Polizia giudiziaria, b. 144. <<

[195] Relación del prefecto, 16 de junio de 1912, p. 2, fondo cit., b. 374. <<



[196] El testimonio y el incidente en ASPA, GQ, b. 63, donde se encuentran los materiales del proceso. <<

[197] *Processo Amoroso*, cit., p. 41. <<

[198] *Ibid.*, p. 203. <<



[199] *Cf*. la relación del mismo, 8 de marzo de 1880, en ASPA, GQ, fondo cit. **<<**



[200] Telex de Marinuzzi en *L’Amico del popolo*, 5 de marzo de 1880; las cursivas son mías. Un amplio resumen del alegato en ASPA, GQ, fondo cit. <<

[201] *Processo Amoroso*, cit., p. 24. <<

[202] *Ibid.*, p. 251. <<

[203] *Ibid.*, p. 40. <<

[204] “I casi di Malaspina”, cit., p. 1000. <<

[205] E. Arnao, *La coltivazione degli agrumi*, Palermo, 1899, p. 373. <<

[206] Respectivamente, F. Alfonso, *Trattato sulla coltivazione degli agrumi*, Palermo, 1875, p. 463; entrevista al exportador F. Puglisi en Iachello, *Stato unitario*, cit., p. 200. <<

[207] La descripción del asesinato de uno de esos empleados en la relación de Bernabò al jefe de policía, 24 de septiembre de 1876, en ASPA, GQ, fondo cit. Pero para un análisis más profundo de las transacciones típicas de la economía de los cítricos, que no es posible desarrollar aquí, véase mi *Giardino degli aranci*, cit. <<

[208] Entrevista Pagano, en *Inchiesta Bonfadini*, p. 483. <<

[209] El jefe de policía al procurador del rey, 29 de septiembre de 1876, cit., p. 8. <<

[1] Un perfil de Notarbartolo, laudatorio pero atendible siempre que ha sido posible comprobarlo, se encuentra en la obra de su hijo, L. Notarbartolo, *Memorie della vita di mio padre, Emanuele Notarbartolo di San Giovanni*, Pistoia, 1949. Sobre su periodo como alcalde, *cf*. Cancila, *Palermo*, cit., pp. 148-155; sobre la dirección del banco, R. Giuffrida, *Il Banco di Sicilia*, Palermo, 1973, II, pp. 307-319. Véase también Barone, *Egemonie urbane*, cit., pp. 307-319, y Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., pp. 159-165. <<

[2] Marchesano, *Processo*, cit., p. 213. <<

[3] “Per l’assassinio del comm. Notarbartolo” (24 de octubre de 1896), p. 1, en BCI, Carte Codronchi, Commissariato civile por la Sicilia, cat. 16, Processo Notarbartolo, b. 8217. <<

[4] Relación al ministro de Gracia y Justicia del 26 de febrero de 1894, p. 1, en ACS, Giustizia, MAP, b. 126. <<

[5] Testimonio en el proceso de Milán del jefe de policía de Messina, Peruzy, antes inspector de Seguridad Pública en Palermo, en GDS, 23-24 de noviembre de 1899. <<



[6] R. Poma, *Onorevole alzatevi!*, Florencia, 1976, ha descrito los debates que por mi parte seguí en las crónicas del CS, del GDS, del *Avanti!* y de otros periódicos. **<<**

[7] Carta a Codronchi, 5 de diciembre de 1899, en BCI, fondo cit. **<<**

[8] Notarbartolo, *Memorie*, cit., p. 339. <<

[9] *Avanti!*, 18 de noviembre de 1899. <<

[10] CS, 4-5 de septiembre de 1901. <<

[11] Relación del prefecto De Seta del 15 de mayo de 1900 en ACS, PS, AAGGRR, 1879-1903, b. 1, fasc. 1/11, p. 4, que contiene la nota de Di Blasi. <<

[12] GDS, 3-4 de diciembre de 1899. <<

[13] GDS, 15-16 de diciembre de 1899. <<

[14] GDS, 23-24 de noviembre de 1899. <<

[15] S. Sonnino, *Diario 1866-1912*, ed. de B. F. Brown, Bari, 1972, I, p. 428 y también 423. <<

[16] *Avanti!*, 8 de diciembre de 1899. <<



[17] Rastignac [V. Morello], “I discorsi del giorno: de malo in pejus”, en *La Tribuna*, 15 de diciembre de 1899. <<

[18] De Felice, *Maffia e delinquenza*, cit., p. 42. <<



[19] Carta al ministro de Gracia y Justicia, 14 de febrero de 1900, p. 6, en ACS, Giustizia, fondo cit., b. 125. <<

[20] La intervención de Sonnino en la Cámara, del 6 de julio de 1896, está en S. M. Ganci, *Il commissariato civile per la Sicilia del 1896*, Palermo, 1958, pp. 320-340. Para una lista de los diputados del gobierno a la llegada de Codronchi, véase BCI, fondo cit., cat. 15, b. 8182. Sobre el comisariado civil, *cf*. la síntesis de Barone, *Egemonie urbane*, cit., pp. 285-294. <<

[21] Farini, *Diario,* cit., II, p. 908. <<

[22] Discurso cit., del 8 de julio de 1896, p. 7349. <<

[23] Notarbartolo, *Memorie*, cit., p. 333. <<

[24] Carta y apuntes en BCI, fondo cit. **<<**

[25] Notas sin fecha en BCI, fondo cit. El de la administración de Amato-Pojero será definido en la investigación sobre el municipio de 1900-1901 como “uno de los periodos más tristes y desdichados” en la historia de la ciudad; *cf*. Cancila, *Palermo,* cit., p. 205. <<

[26] Respectivamente: De Felice, “Le responsabilità del governo: i consiglieri della maffia”, *Avanti!*, 28 de diciembre de 1899; Cancila, *Palermo*, cit., pp. 103-104. <<

[27] Farini, *Diario*, cit., II, p. 1188. <<

[28] *Ibid.*, II, p. 908. <<

[29] “La mafia: sue origini e manifestazioni”, en GDS, 10-11 de diciembre de 1899. <<

[30] *Rapporto Sangiorgi*, anexo a la XVI relación, p. 16. <<

[31] Las negociaciones entre Codronchi, Lucchesi y Bertolani están en BCI, fondo cit., cat. 14, b. 7816 bis. Según un “Memorandum” del ministerio público (14 de enero de 1900, pp. 4-5), habría sido Cosenza quien convenció al preso de que evitara las referencias al mandante; ACS, Giustizia, cit. <<

[32] Notarbartolo, *Memorie*, cit., pp. 335-338. <<



[33] Carta cit. del 5 de octubre de 1899, pp. 3-4; en el mismo sentido, y en el mismo fondo, también Rudinì a Codronchi, 10 de octubre de 1899. <<

[34] Carta cit., p. 1. <<

[35] *Ibid.*, p. 2. <<

[36] Relación del 15 de mayo de 1900, cit., p. 5. <<

[37] Cosenza a Gianturco, 1.º de abril de 1901, p. 4, en ACS, Giustizia, cit., b. 126. <<

[38] Memorandum del 14 de enero de 1900, cit., p. 14. <<

[39] Notarbartolo, *Memorie*, cit., pp. 351-352. <<

[40] Drago, “La maffia è necessaria”, *Avanti!*, 5 de diciembre de 1899. <<

[41] Carta del 8 de julio de 1900 en BCI, fondo cit., cat. 16, b. 8223. De G. De Felice *cf.*, por ejemplo, “L’ex-Viceré Codronchi e la mafia”, *Avanti!*, 9 de diciembre de 1899. <<

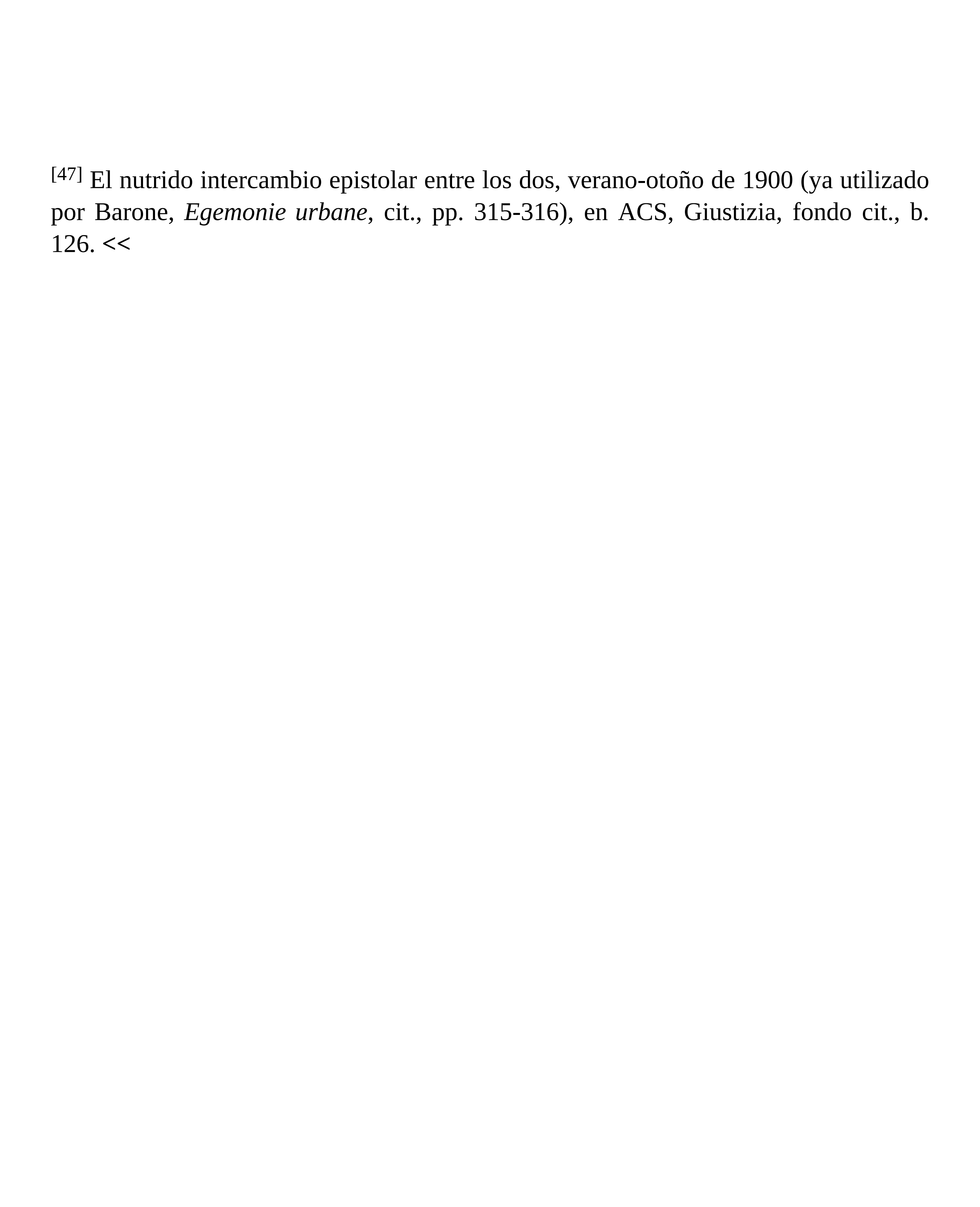
[42] En APCD, Discussioni, 1.º de diciembre de 1899. <<

[43] “Attorno al processo Notarbartolo”, *Il Tempo*, 2 de enero de 1900, y el comentario de G. De Felice, “Sempre le lettere del generale Mirri”, *Avanti!*, 4 de enero de 1900. <<

[44] “La mafia: sue origini”, cit. <<

[45] Documentos de enero de 1900 en ACS, Giustizia, fondo cit., b. 125. <<

[46] Relación del 1.º de marzo de 1900 en ACS, fondo cit. <<



[47] El nutrido intercambio epistolar entre los dos, verano-otoño de 1900 (ya utilizado por Barone, *Egemonie urbane*, cit., pp. 315-316), en ACS, Giustizia, fondo cit., b. 126. <<

[48] *Memoria in difesa di R. Palizzolo,* Palermo, 1904, p. IX. <<

[49] CS, respectivamente, 28-29 de septiembre y 1.º-2 de octubre de 1901. <<

[50] Memoria, cit., p. IX. <<



[51] G. Mosca, “Palermo e l’agitazione pro-Palizzolo”, en Mosca, *Uomini e cose di Sicilia*, Palermo, 1980, p. 52. <<

[52] *Cf*. las consideraciones de Frosini en la introducción a Mosca, Uomini e cose, cit., pp. XIV-XV, así como la necrología de Rudinì, *ibid*., pp. 89-98. Hay que recordar que Mosca será elegido diputado de Caccamo; ¿es posible que haya tratado con consideración a los partidarios de Palizzolo? <<

[53] ASPA, GP, b. 84; pero también Notarbartolo, *Memorie*, cit., pp. 165-188. <<

[54] Marchesano, *Processo*, cit., p. 417. <<

[55] Respectivamente, relación del 21 de agosto de 1882, pp. 2-3, en ASPA, GP, b. 84; del 3 de agosto de 1875 en ASPA, GP, b. 33; ficha personal en ASPA, GQ, b. 20; Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., pp. 163-164. <<

[56] *Rapporto Sangiorgi*, XXIV relación, pp. 4-5. **<<**

[57] Cutrera, *La mala vita di Palermo*, Palermo, 1900. **<<**

[58] Marchesano, *Processo*, cit., p. 332. <<

[59] E. Bertola, *Requisitoria pronunciata alla Corte d'Assise di Bologna…*, Bolonia, 1902. Un amplio resumen de la cuestión también en CS, 9-10 de septiembre de 1901. <<

[60] Bertola, *Requisitoria*, cit., p. 27. <<

[61] *Ibid.*, p. 28. <<



[62] Declaración de los testigos Accardi y Barabbino, *ibid*., pp. 30 y 32; Pezzino, *Una certa reciprocità*, cit., p. 161. <<

[63] *Rapporto Sangiorgi*, pp. 370-372. Un caso similar al del fondo Gentile es el de la finca Ferreri con Tommaso Natale, cuartel general de abigeos y “de los más temidos contrabandistas”: el comandante de la legión CC al prefecto, 3 de enero de 1896, en ASPA, GP, b. 148, f. 16. <<

[64] “Per l’assassinio del comm. Notarbartolo. Sunto e impressioni della pratica esistente in questura” (24 de octubre de 1896), en BCI, fondo cit., cat. 16, b. 8217, p. 23. <<



[65] ACS, Interni, AAGGRR, 1879-1903, b. 1, fasc. 1/11, telex del 18 de diciembre de 1899. <<



[66] El prefecto al presidente del consejo, 24 de octubre de 1900, pp. 3 y 4, en ASPA, GQ, b. 20. <<



[67] “La misteriosa scomparsa di 4 persone”, en GDS, 6-7 y 12-13 de noviembre de 1897. <<

[68] Apunte manuscrito s. f., seguramente de mano de Sangiorgi, en ASPA, GQ, b. 20.
<<

[69] *Rapporto Sangiorgi*, p. 47. <<

[70] *Ibid.*, p. 9. <<

[71] *Ibid.*, p. 193. <<

[72] Relación del jefe de policía, 3 de agosto de 1900, en ACS, GQ, b. 20; no sé si este Filippo Vitale es el mismo *capomafia* de Altarello ni si este Salvatore Greco es el mismo señalado en el *Rapporto Sangiorgi* como miembro importante del grupo de Ciaculli. <<



[73] Calpurnio, *Dai ricordi dal carcere del comm. Raffaele Palizzolo*, Roma, 1908, p. 142. <<

[74] Relación del 24 de octubre de 1900, cit. <<

[75] CS, 30-31 de octubre de 1901. <<

[76] *Cf.*, por ejemplo, las preocupaciones del propio Sangiorgi, *Rapporto*, p. 369. **<<**

[77] *Cf.*, por ejemplo, el episodio *ibid.*, pp. 89-90. **<<**

[78] *Ibid.*, pp. 84 SS. <<

[79] *Ibid.*, p. 37. <<

[80] *Ibid.*, p. 38. <<

[81] *Ibid.*, pp. 335-336. <<

[82] Alongi, *La mafia*, cit., p. 301. <<

[83] Respectivamente, anónimo cit., p. 1, y XXVII relación; en *Rapporto Sangiorgi*. **<<**

[84] *Rapporto Sangiorgi*, p. 10. <<

[85] Drago, “La maffia è necessaria”, cit. <<

[86] Mosca, *Che cosa è la mafia*, cit. <<

[87] Relación debida al ingenio del comisario Alongi, 13 de mayo de 1904, en ASPA, QAG, b. 1434, *Associazione a delinquere, Camastra Giovanni+75*, que llama "mafiosos" a los jefes de la organización; en cambio Cutrera, *La mala vita di Palermo*, cit., tiende a distinguir a los lenones de los mafiosos. <<

[88] *Raporto Sangiorgi*, p. 6. <<

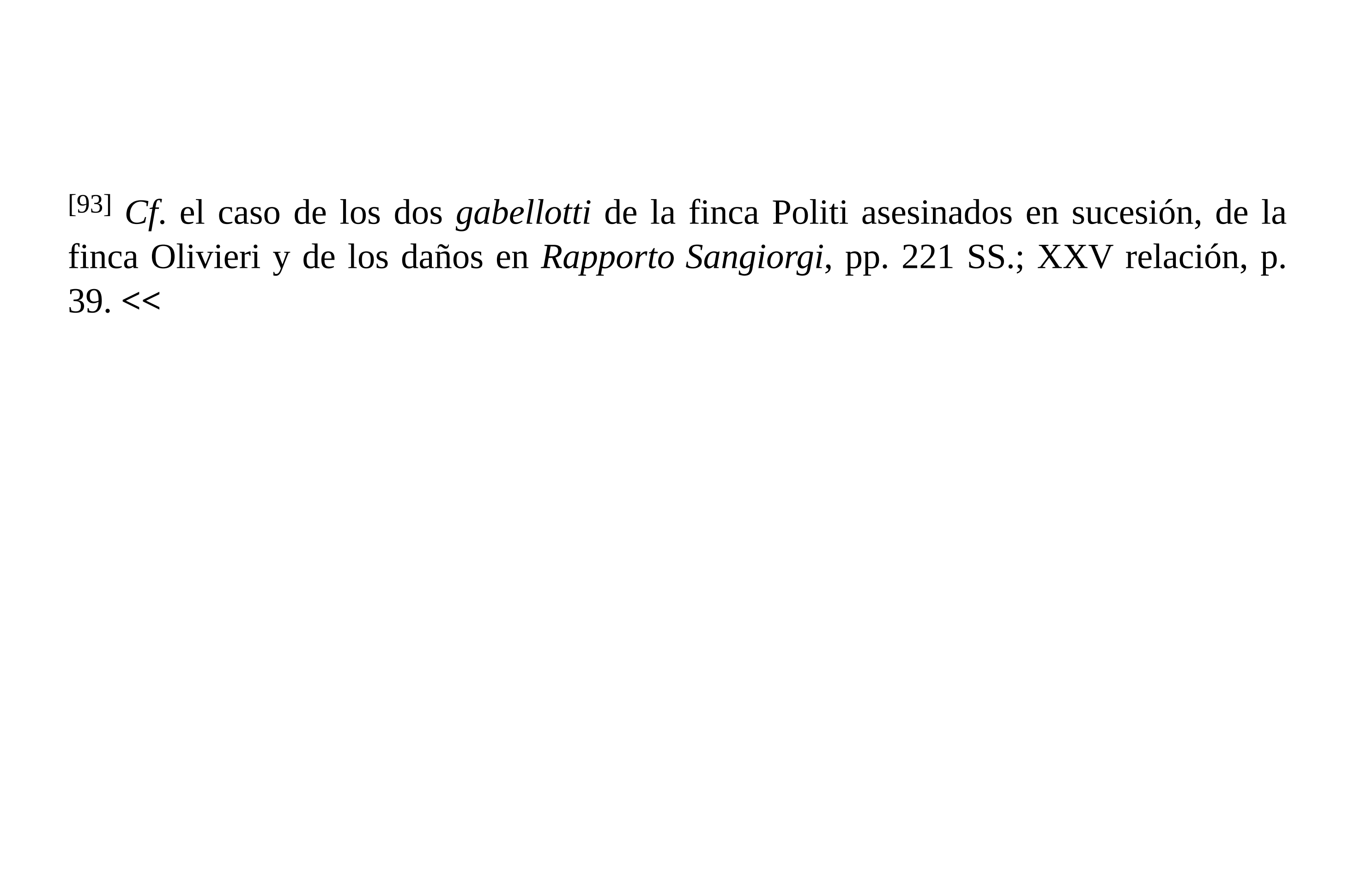


[89] Respectivamente, *Rapporto Sangiorgi*, pp. 382 ss.; el delegado de Villabate al jefe de policía, 14 de diciembre de 1901, en ASPA, GP, b. 20. <<

[90] El delegado de Villabate al jefe de policía, 29 de diciembre de 1901, en ASPA, fondo cit. <<

[91] *Cf*. un caso de robo y otro de extorsión a un vendedor ambulante en ACS, PG, 1912, b. 374. Sobre la camorra urbana *cf*. Marmo, “Tra le carceri e i mercati”, cit., pp. 711 ss.; sobre la del interior, pp. 726 ss. Para una comparación más general, Marmo, “Introduzione”, *Quaderni dell’Istituto universitario orientale. Dipartimento di scienze sociali*, Nápoles, 1989, 2, pp. 9-30. <<

[92] *Rapporto Sangiorgi*, XXVI relación. <<



[93] *Cf*. el caso de los dos *gabellotti* de la finca Politi asesinados en sucesión, de la finca Olivieri y de los daños en *Rapporto Sangiorgi*, pp. 221 SS.; XXV relación, p. 39. <<



[94] La *lupara* es el fusil de caza típicamente utilizado por los mafiosos. La *lupara bianca* es justamente este procedimiento, también típico, en el que la víctima es asesinada y el cadáver no aparece. [T.]. <<



[95] “La misteriosa scomparsa… D’Alba, vittima o complice?”, en GDS, 12-13 de noviembre de 1897. <<

[96] “Uno strascico delle bombe sparate ai mercanti di limoni”, en GDS, 24-26 de octubre de 1897; sobre esas divergencias véase mi *Il giardino degli aranci*, cit., p. 162. <<

[97] *Rapporto Sangiorgi*, pp. 92 ss. <<

[98] *Ibid.*, pp. 17 y 135 ss. <<

[99] *Ibid.*, p. 18. <<

[100] *Ibid.*, p. 43. <<



[101] *Ibid.*, pp. 137 y 143 ss., anexos 1 y 2 con las declaraciones firmadas de las dos viudas. <<

[102] *Ibid.*, p. 149. <<

[103] *Ibid.*, p. 140. <<

[104] Resumen de la primera instrucción cit., p. 126. <<



[105] *Idem*. Sobre la caída de la administración regionista, *cf*. Cancila, *Palermo*, cit., pp. 145 ss. <<

[106] Notarbartolo a Gerra, 30 de marzo de 1876, cit. en Giuffrida, *Il Banco*, cit., p. 145. *Cf*. también Barone, *Egemonie urbane*, cit., pp. 309-311. <<

[107] Notarbartolo al inspector A. Quarta, 30 de junio de 1889, cit. en Giuffrida, *Il Banco*, cit., p. 161. <<

[108] ACS, Carte Crispi, b. 420, carta del 8 de abril de 1889, publicada como apénd. a Giuffrida, *Il Banco*, cit., pp. 320-328. <<

[109] Notarbartolo, *Memorie*, cit., pp. 223-224. <<

[110] Marchesano, *Processo*, cit., p. 391. <<



[111] Según Marchesano, *Processo*, cit., p. 394, Palizzolo se encuentra en la misma situación; Notarbartolo no lo dice en sus cartas y tampoco otras fuentes. <<



[112] También la segunda carta está en ACS, fondo cit., y como apéndice en Giuffrida, *Il Banco*, cit., pp. 329-332. <<

[113] Resumen de la primera instrucción cit. <<

[114] Cit. por L. De Rosa, “Il Banco di Napoli e la crisi economica del 1888-1894. Tramonto e crisi della gestione Giusso”, *Rassegna economica*, 2, 1963, pp. 349-431, y en particular p. 430. <<

[115] *Cf*. el análisis de De Rosa, “Il Banco di Napoli”, cit. <<

[116] Cit. por G. Barone, “Crisi economica e marina mercantile nel Mezzogiorno d’Italia (1888-1894)”, en *Archivio storico per la Sicilia orientale*, I, 1974, pp. 45-111, y en particular p. 82; remito a este artículo para la historia de la italobritánica. <<

[117] Barone, “Crisi economica”, cit., p. 83. Sobre el imperio de los Florio, *cf*. S. Candela, *I Florio*, Palermo, 1986. <<

[118] G. Barone, “Lo Stato e la marina mercantile in Italia”, *Studi storici*, 1974, 3. <<



[119] Discurso del 29 de abril de 1885 en APCD, Discussioni, pp. 13203-13221, en particular p. 13219. <<

[120] R. Palizzolo, *Sulle convenzioni marittime*, Roma, 1893, p. 30. <<



[121] Testimonio de P. Bazan en Milán en GDS, 25-26 de noviembre de 1899; pero *cf.* la lúcida reconstrucción de Marchesano, *Processo*, cit., pp. 452 ss. <<

[122] *L’Epoca*, 8 de junio de 1890, cit. por Giuffrida, *Il Banco*, cit., p. 256. **<<**

[123] Resumen de la primera instrucción cit. <<

[124] CS, 6-7 de septiembre de 1899. <<

[125] Cutrera al jefe de policía, 26 y 27 de enero de 1900, en ASPA, GQ, 1866-1939, b. 20. Pero sobre la financiación de las exportaciones de cítricos *cf*. mi *Il giardino degli aranci*, cit. **<<**



[126] *Cf*. las fichas personales contenidas en ASPA, fondo cit., y las relaciones del 24 y 25 de enero de 1900, *idem*. **<<**

[127] Respectivamente, *Processo Amoroso*, p. 28, y ACS, PS, AAGGRR, 1907-1903, b. 1, fasc. 1/11, telex del prefecto de Agrigento, 13 de diciembre de 1899. <<

[128] Exposición de G. Blandini, junio de 1909, cit. por G. Barone, “Lo Stato e le opere pie in Sicilia”, en VVAA, *Chiesa e società urbana in Sicilia*, Acireale, 1990, p. 52. <<

[129] *Rapporto Sangiorgi*, cit., pp. 314-316. <<



[130] Respectivamente, carta del 9 de marzo y relación del 4 de abril de 1898 en ASPA, GP, b. 172. Más en general, *cf*. mi *Il giardino degli aranci*, cit., pp. 159 ss. **<<**

[131] GDS, 30 de noviembre-1º de diciembre de 1899. <<

[132] Notarbartolo, *Memorie*, cit., p. 394. <<

[133] *Rapporto Sangiorgi*, anexo a la XIV relación. **<<**



[134] Calpurnio, *Dai ricordi del comm. R. Palizzolo*, cit., p. 10; no he podido hallar otro rastro de esos fantasmales *Ricordi*. **<<**



[135] Mosca, “Perché offende l’assoluzione di Palizzolo”, en Mosca, *Uomini e cose di Sicilia*, cit., p. 58. <<



[136] Naturalmente se trataba de temas recurrentes: nótese por ejemplo la coincidencia cronológica entre la presentación de la obra de Nitti y la inauguración del proceso de Milán en GDS, 8-9 de noviembre de 1899. <<

[137] Sobre el “Pro-Sicilia”, *cf*. Renda, *Socialisti e cattolici*, cit. <<

[138] Cancila, *Palermo*, cit., pp. 237-240; Candela, *I Florio*, cit.; G. Barone, “Il tramonto dei Florio”, *Meridiana*, 1991, 11-12, pp. 15-46. <<



[139] *La Battaglia*, 10 de noviembre de 1901, cit. en Renda, *Socialisti e cattolicii*, cit., p. 405. <<

[140] *Cf.*, por ejemplo, el citado discurso parlamentario de De Felice del 1.º de diciembre de 1899, pp. 350-351, y de Felice, *Maffia e delinquenza*, cit., p. 37. <<

[141] *Cf*. la carta de V. E. Orlando a Giolitti de 1909 citada por Barone, “Il tramonto dei Florio”, cit., p. 34. <<



[142] Programa electoral en Renda, *Socialisti e cattolicii*, cit., p. 116, al que remito para la reconstrucción de esos acontecimientos. <<

[143] *L’Ora*, 24-26 de julio de 1904; coincide con el resto de la prensa palizzoliana: “Il caso Palizzolo”, *Il Gazzettino rosa*, 11-16 de enero de 1900; Spartachus, “Tasca, Drago e Palizzolo”, La Forbice, 7 de enero de 1900. <<

[144] De Felice, *Maffia e delinquenza*, cit., p. 43. <<

[145] *Cf*. las consideraciones de M. Marmo, *Il proletariato industriale a Napoli in età liberale*, Nápoles, 1978, pp. 223 ss., y de F. Barbagallo, *Stato, Parlamento e lotte politico-sociali nel Mezzogiorno*, Nápoles, 1976, pp. 70 ss. <<

[146] En *Avanti!*, 1.º de agosto de 1902. <<

[147] “Saprofiti politici”, *Critica sociale*, XIII, 1895, pp. 194-195. <<

[148] A. Labriola, “Nord e Sud”, *Critica sociale*, XV, 1896, p. 234. <<

[149] En *Il Giorno*, 8 de enero de 1900. <<

[150] Colajanni, *Nel regno della mafia*, cit., p. 39. <<

[151] En *Il Mattino*, 13 de noviembre de 1903, cit. en Barbagallo, *Stato, Parlamento*, cit., p. 169. Anteriormente Rosano había polemizado con la extrema por su intención de defender a Palizzolo. <<

[152] L. Pirandello, *I vecchi e i giovani*, Milán, 1913 (1.ª ed., 1905), p. 7. **<<**

[153] Artículo del 1.º de agosto de 1902, cit. en CS, 2-3 de agosto de 1902. <<

[154] CS, 2-4 de octubre de 1901. <<

[155] *La mafia: sua natura e sue manifestazioni*, cit. <<

[156] Alongi, *La mafia*, cit., p. 112. <<

[157] En *L’Ora* y en GDS, 31 de marzo, 1.º de abril de 1902. Las cursivas son mías. <<

[158] APCD, sesión de 1874-1875, Discussione, cit., 7 de junio, p. 3966. <<



[159] Mosca, *Che cosa è la mafia*, cit. Sobre esto, véase R. Salvo, “Mosca, la mafia e il caso Palizzolo”, *Nuovi quaderni del Meridione*, 1982, pp. 233-245. <<

[160] Marchesano, *Processo*, cit., p. 292. <<

[161] *Cf*. respectivamente la declaración citada de Bolonia; el testimonio de la hija en G. Bonomo, *Pitrè, la Sicilia e i siciliani*, Palermo, 1898, p. 345; las obras citadas de Barone y Renda. Véase también Pitrè, “Per la Sicilia”, en GDS, 7-8 de agosto de 1902. <<

[162] Pitrè, *Usi e costumi, credenze e pregiudizi*, cit., p. 289. <<

[163] *Processo Amoroso*, p. 39. <<

[164] En L. Sciascia, *A futura memoria*, Milán, 1989. Por lo demás, Hess por error atribuye la frase al imputado Minì; Sciascia, sumando un equívoco a otro, afirma que "Mini [*¡sic!*] significa Fulano; un Fulano mediano o un gran mafioso": típica proyección hacia un empíreo simbólico de hechos y personas perfectamente identificables (Hess, *Mafia*, cit., e *ibid*., prefacio de Sciascia, p. VI). **<<**

[165] *Processo Amoroso*, respectivamente pp. 34, 69 y 30. <<

[166] *Processo Amoroso*, p. 120. <<

[167] Hess, *Mafia*, cit., p. 44. <<

[168] Alegato Lucifora, en ASPA, GQ, b. 7; alegato Cuccia, en *Processo Amoroso*, p. 250. <<

[169] Tesis desmontada por Marchesano, *Processo*, cit., pp. 69-70. <<

[170] Marchesano, *Processo*, cit., pp. 294-295. <<

[171] *Pitrè, Usi e costumi, credenze e pregiudizi,* cit., p. 292. <<

[172] “El hombre que habla mucho con su propia boca se arruina”. **<<**

[173] Es la opinión del anónimo, cit., p. 1. <<

[174] *Rapporto Sangiorgi*, pp. 277 ss. y 349 ss. <<

[175] *Ibid.*, p. 191; pero también Alongi, *La guardianìa*, cit., p. 354. <<

[176] El jefe de policía al prefecto, 18 de septiembre de 1875, cit., p. 5. <<

[177] Schneider, *Classi sociali*, cit., pp. 103 ss. <<

[178] “Il processo contro i rapinatori di carrozze”, en GDS, 7 de julio de 1928. Por un caso del mismo tipo, *cf.* el informe de la prefectura, 11 de octubre de 1916, en ACS, PG, 1916-1918, b. 236. <<

[179] Relación cit. de Alongi, del 13 de mayo de 1904, p. 12. <<



[180] J. Amery, *Sons of the Eagle: A Study in Guerrilla War*, Londres, 1948, cit. por los Schneider, *Classi sociali*, cit., p. 121. <<

[181] G. E. Nuccio, *Il giardino dei limoni*, Palermo, 1926, cit. por S. F. Romano, *La Sicilia nell’ultimo ventennio del secolo* XIX, Palermo, 1958, p. 118. <<

[182] *Rapporto Sangiorgi*, relación XXVIII, p. 9; las cursivas son mías. <<

[183] El jefe de policía al prefecto, 10 de octubre de 1875, cit. **<<**



[184] Relación del prefecto de Palermo, 16 de marzo de 1916, en ACS, PG, 1916-1918, b. 236. <<

[185] ASPA, GP, b. 148, f. 16, el comandante de la legión de los carabineros al prefecto, 3 de enero de 1896, pero también *Rapporto Sangiorgi*, p. 253. <<

[186] Lo Schiavo, *100 anni di mafia*, cit. **<<**

[187] *Processo Amoroso*, p. 47; E. Scalici, *Cavalleria di Porta Montalto*, Nápoles, 1895, p. 81 de la reimpr. titulada *La mafia siciliana*, ed., de A. D'Asdia, Palermo, 1980. <<

[188] Onufrio, *La mafia*, cit, p. 367. <<



[189] Arlacchi, *La mafia imprenditrice*, cit., pp. 26-27. Mucho más convincente el análisis de Catanzaro, *Il delitto*, cit., pp. 38-41. <<

[190] Términos empleados por Francesco Siino, *Rapporto Sangiorgi*, p. 45. <<

[191] *Ibid.*, p. 95. <<

[1] E. Reid, *La mafia*, Florencia, 1956, pp. 152 ss.; J. L. Albini, *The American Mafia: Genesis of a Legend*, Nueva York, 1971, pp. 159 ss.; Nelli, *The Business of Crime*, cit., pp. 27 ss. <<

[2] Seguramente se refiere al bandido Leone y fue apropiada por H. Asbury, *The French Quarter*, Nueva York, 1938, cit. en Albini, *The American Mafia*, cit., p. 160. <<

[3] Cit. por A. Paparazzo, *Italiani del Sud in America*, Milán, 1990, p. 12, al que remito para esta temática. <<


[4] E. Sori, *L’emigrazione italiana dall’Unità alla seconda guerra mondiale*, Bolonia, 1979, pp. 330-336. <<

[5] A. Testi (ed.), *Plunkitt di Tammany Hall, una serie di conservazioni… raccolte da W. L. Riordon*, Pisa, 1991 (1.ª ed., 1905). <<

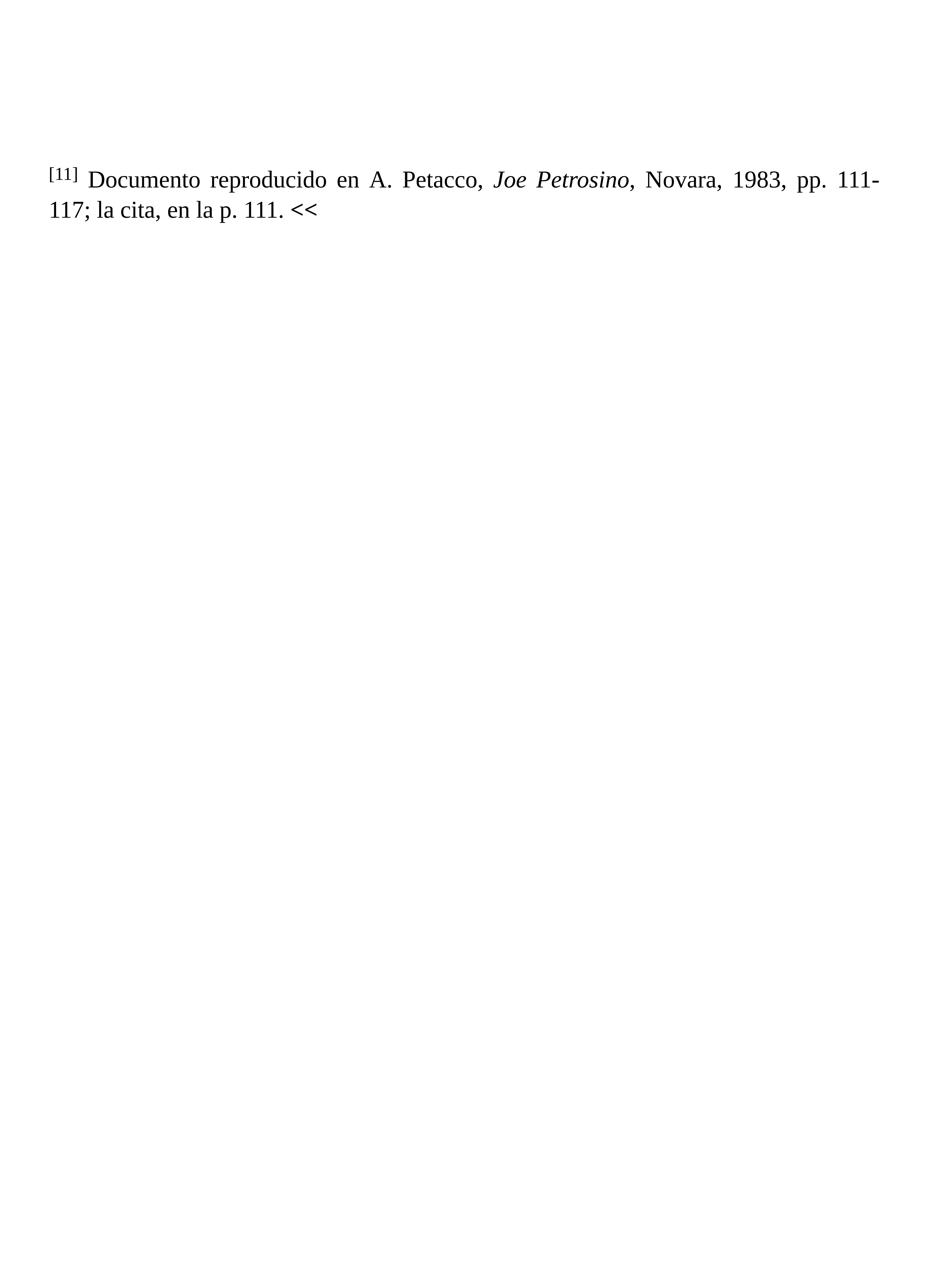
[6] Albini, *The American Mafia*, cit., p. 154, trad. mía. De la literatura de entre las dos guerras cito a J. Landesco, *Organized Crime in Chicago*, Chicago 1979 (1.ª ed., 1929), y F. W. White, *Little Italy. Uno slum italo-americano*, Bari, 1968 (1.ª ed., 1943). Hay referencias a este debate en P. Arlacchi y N. Dalla Chiesa, *La palude e la città*, Milán, 1987, y en San-tino-La Fiura, *L'impresa mafiosa dall'Italia agli Stati Uniti*, cit., pp. 516 ss. <<

[7] Véase mi *Il giardino degli aranci*, cit., pp. 128 ss. <<

[8] *Cf*. en este libro, p. 172. <<

[9] Carta del bandido reproducida en L. Lumia, *Villalba, storia e memoria,* Caltanissetta, 1990, II, p. 234. <<

[10] Cito sólo el caso de P. Pollara, concejal del municipio de Ficarazzi; relación del prefecto de Palermo, 4 de febrero de 1916, en ACS, PG, 1916-1918, b. 236. <<



[11] Documento reproducido en A. Petacco, *Joe Petrosino*, Novara, 1983, pp. 111-117; la cita, en la p. 111. <<

[12] He reconstruido la historia basándome sobre todo en el libro de Petacco citado en la nota anterior y en otro de N. Volpes, *Tenente Petrosino, missione segreta in Sicilia*, Palermo, 1972, que reproducen ampliamente documentación de primera mano, en parte tomada de un fascículo de la policía de Palermo imposible de consultar a través de los canales normales. <<

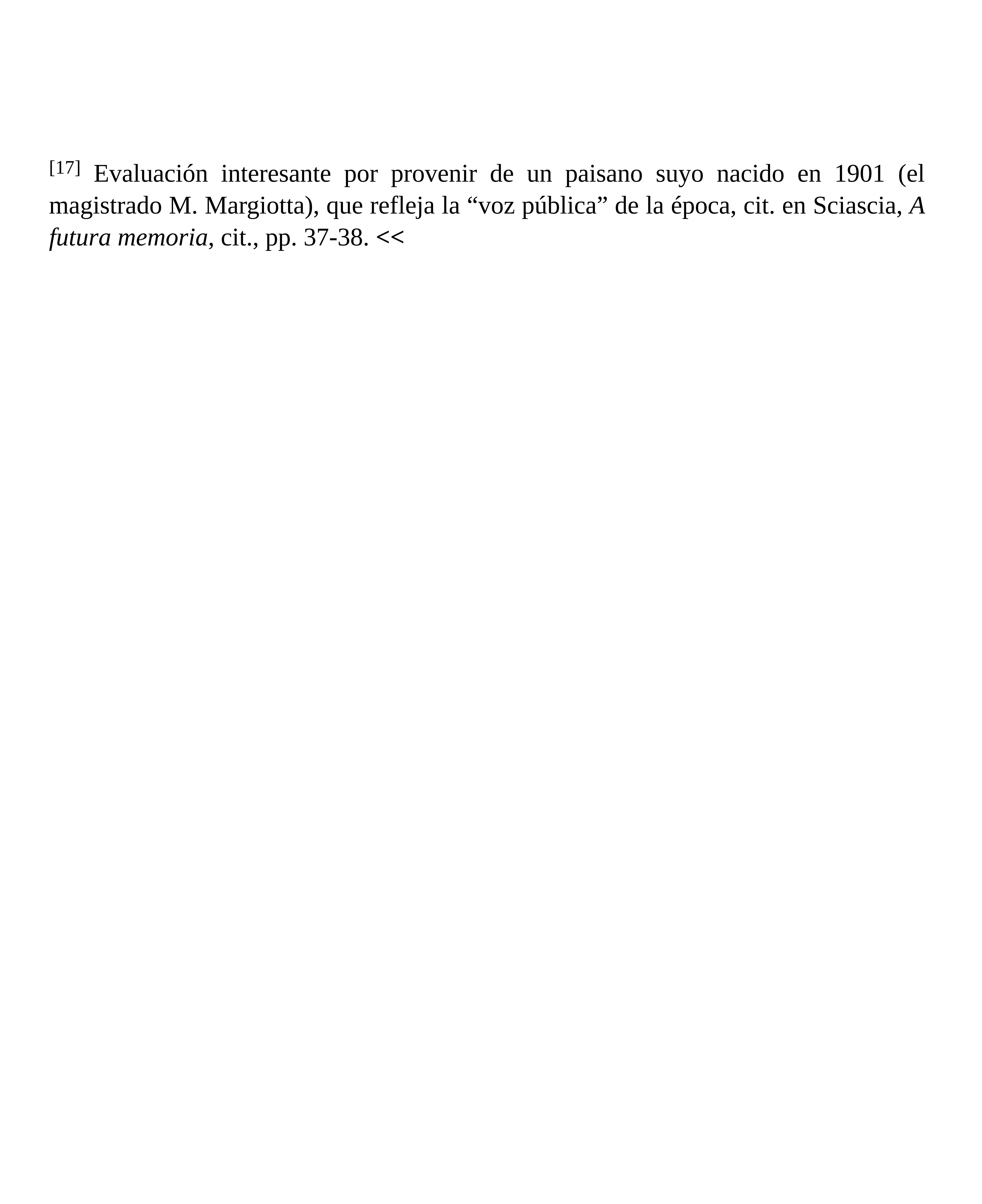


[13] El *Report of Immigration Commission* del Congreso federal de 1911, en cambio, atribuye al gobierno italiano una actitud de colaboración; otras dificultades derivan de la legislación estadunidense: Albini, *The American Mafia*, cit., pp. 168-169. <<

[14] Relación cit. por Petacco, *Joe Petrosino*, cit., pp. 138-139. <<

[15] Sentencia de la sección de acusación de la Corte de Apelaciones de Palermo, 22 de julio de 1911, reproducida por Volpes, *Tenente Petrosino*, cit., pp. 146-153, y en particular p. 148. <<

[16] Relación de Ceola, 2 de abril, en Petacco, *Joe Petrosino*, cit., pp. 166-170. <<



[17] Evaluación interesante por provenir de un paisano suyo nacido en 1901 (el magistrado M. Margiotta), que refleja la “voz pública” de la época, cit. en Sciascia, *A futura memoria*, cit., pp. 37-38. <<



[18] Respectivamente, carta a Ceola del jefe de policía de Roma del 19 de marzo, en Volpes, *Tenente Petrosino*, cit., p. 118, y Block, East Side-West Side, cit., p. 8. <<

[19] Pantaleone, *Mafia e politica,* cit., información que no se encuentra en ningún documento, así como la otra según la cual Cascio-Ferro habría sido el inventor de la "mordida" organizada en Palermo (pp. 29-30). El camino por Marsella es el que se utiliza para evitar los controles italoestadunidenses: *Report of Immigration Commission,* 1911, cit. En 1924 quien emigrará por la ruta Túnez-El Havre-Cuba-Florida (el último trecho también en barco pesquero) será Bonanno, *Uomo d'onore*, cit., pp. 54-55. <<

[20] Tomo las noticias de ACS, CPC, b. 1141, integrándolas con la documentación incluida en los volúmenes de Petacco y Volpes. <<

[21] Pantaleone, *Mafia e politica*, cit., p. 31. <<

[22] Para ese proceso *cf*. Barone, *Egemonie urbane*, cit., pp. 215-216. **<<**

[23] Declaración Blandini, cit., p. 52. <<

[24] *Cf. supra*, pp. 203-204. <<

[25] Ficha personal en ACS, CPC, fondo cit. <<

[26] Relación del prefecto de Palermo, 12 de diciembre de 1908, en ACS, fondo cit. <<

[27] Alegato del teniente Palizzolo, defensor de los *fascianti* de Partinico, en G. Casarrubea, *I fasci contadini e le origini delle sezioni socialiste della provincia di Palermo*, Palermo, 1978, II, p. 257. <<

[28] Es el caso, entre otros, de la masacre de Caltavuturo, para la cual *cf*. la reconstrucción de F. Turati, “Il ‘trionfo dell’ordine’ a Caltavuturo”, *Critica sociale*, VI, 1893. <<

[29] Drago, “La maffia è necessaria”, cit. <<

[30] Casarrubea, *I fasci*, cit., *passim*. **<<**



[31] Documento impreso titulado *Il municipio di Misilmeri*, Palermo, 1901, p. 11, en ACS, AC, Comuni, b. 172. <<

[32] *Cf*. el fundamental ensayo de Barone, *Egemonie urbane*, cit. **<<**



[33] Relación del delegado de Seguridad Pública, 20 de diciembre de 1899, en ACS, fondo cit. <<

[34] Respectivamente, el artículo “Cose di Monreale”, *La provincia*, 1908, y el manifiesto de la administración municipal, 18 de junio de 1908, en ACS, fondo cit. <<

[35] Recurso firmado M. Costanzo, 20 de marzo de 1908, en ACS, fondo cit. <<

[36] Relación cit., del 20 de diciembre de 1899. **<<**

[37] Relación del prefecto, 4 de octubre de 1906, en ACS, AC, Comuni, b. 173. <<



[38] Respectivamente, telex de Di Pisa a Zanardelli, 29 de junio de 1906, memorial del círculo de los civiles, s. f., pp. 6 y 7, ACS, fondo cit. <<

[39] Relación del prefecto, 16 de julio de 1906, en ACS, fondo cit., b. 173. <<

[40] ACS, PG, 1912, b. 374; pero *cf. supra*, p. 174. <<

[41] Lo Schiavo, *Il reato di associazione*, cit., p. 145. <<



[42] Recurso firmado por G. Fiducia Morana, p. 4, y Relación de la dirección general de Seguridad Pública, 8 de junio de 1906, en ACS, fondo cit., b. 172. <<

[43] Fiume, “Introduzione” a Cirillo Rampolla, *Suicidio per mafia*, cit. **<<**

[44] ASAG, Subprefectura de Bivona, b. 107. <<

[45] A. Rossi, *L’agitazione in Sicilia*, Palermo, 1988 (1.ª ed., 1894), p. 64. <<



[46] *Cf*. también Blok, *La mafia*, cit., pp. 122 ss. Aquí, como en otras partes, utilizo los nombres reales, en lugar de los convencionales empleados por los autores. **<<**

[47] *Cf*. el análisis de G. Procacci, “Movimenti sociali e partiti politici in Sicilia”, *Annuario dell’Istituto italiano per la storia moderna e contemporanea*, Pisa, 1959, pp. 109-214. <<



[48] R. Ciuni, “Un secolo di mafia”, en VVAA, *Storia della Sicilia*, Palermo, 1978, IX, p. 393. <<

[49] Cit. por C. Messina, *Il caso Panepinto*, Palermo, 1977, p. 40. <<

[50] *La Plebe*, 5 de enero de 1905, en *In giro per Sicilia con “La Plebe”*, ed. C. Messina, Palermo, 1985, pp. 71-74. <<



[51] Relación del prefecto del 11 de febrero de 1902, en ACS, AC, Comuni, b. 173 (Prizzi). <<

[52] Messina, *Il caso Panepinto*, cit., p. 77. <<

[53] Cit. por G. Barone, “Gruppi dirigenti e lotte politiche”, en VVAA, *Lorenzo Panepinto*, cit., p. 61. <<



[54] Relación del prefecto de Palermo, 24 de noviembre de 1915, en ACS, PG, 1916-18, b. 236. <<

[55] Verro a Colajanni, 27 de mayo de 1912, en G. Barone, “La cooperazione agricola dall’età giolittiana al fascismo”, en O. Cancila (ed.), *Storia della cooperazione siciliana*, Palermo, 1993, pp. 255-256. <<

[56] A. Tasca, “Un apostolo troncato”, *Avanti!*, 31 de mayo de 1911. **<<**

[57] *L’Ora*, 19-20 de mayo de 1911, reproducido en Messina, Il caso Panepinto, cit., pp. 189 ss. <<

[58] Verro a Colajanni, 12 de mayo de 1911, en G. Barone, “La cooperazione”, cit. <<



[59] Carta publicada en S. Mangano, *Bernardino Verro socialista corleonese*, Palermo, 1974. <<

[60] Intervención en el congreso campesino de Palermo, febrero de 1920, cit. por G. C. Marino, *Partiti e lotta di classe in Sicilia, da Orlando a Mussolini*, Bari, 1976, p. 143; pero sobre la conciencia de Alongi véase también la relación del 4 de marzo de 1920, en ACS, CPC, b. 76, p. 2. <<

[61] Relación cit., pp. 3 y 6. <<

[62] Marino, *Partiti e lotta di classe*, cit., p. 140. <<

[63] S. Centinaro, “La reazione dell’opinione pubblica alla morte di Lorenzo Panepinto”, en AAVV, *Lorenzo Panepinto*, cit., p. 146. El proceso, que por legítima sospecha se celebró en Catania, terminó sin nada concreto. <<

[64] Evaluación de Verro en la carta cit. del 12 de mayo de 1911. <<

[65] Relación del prefecto de Palermo, 24 de noviembre de 1915. <<

[66] Lumia, *Villalba,* cit., II, p. 271. <<

[67] Relación de la Caja Rural de Villalba, en *Inchiesta parlamentare*, cit., t. I, p. 717. <<

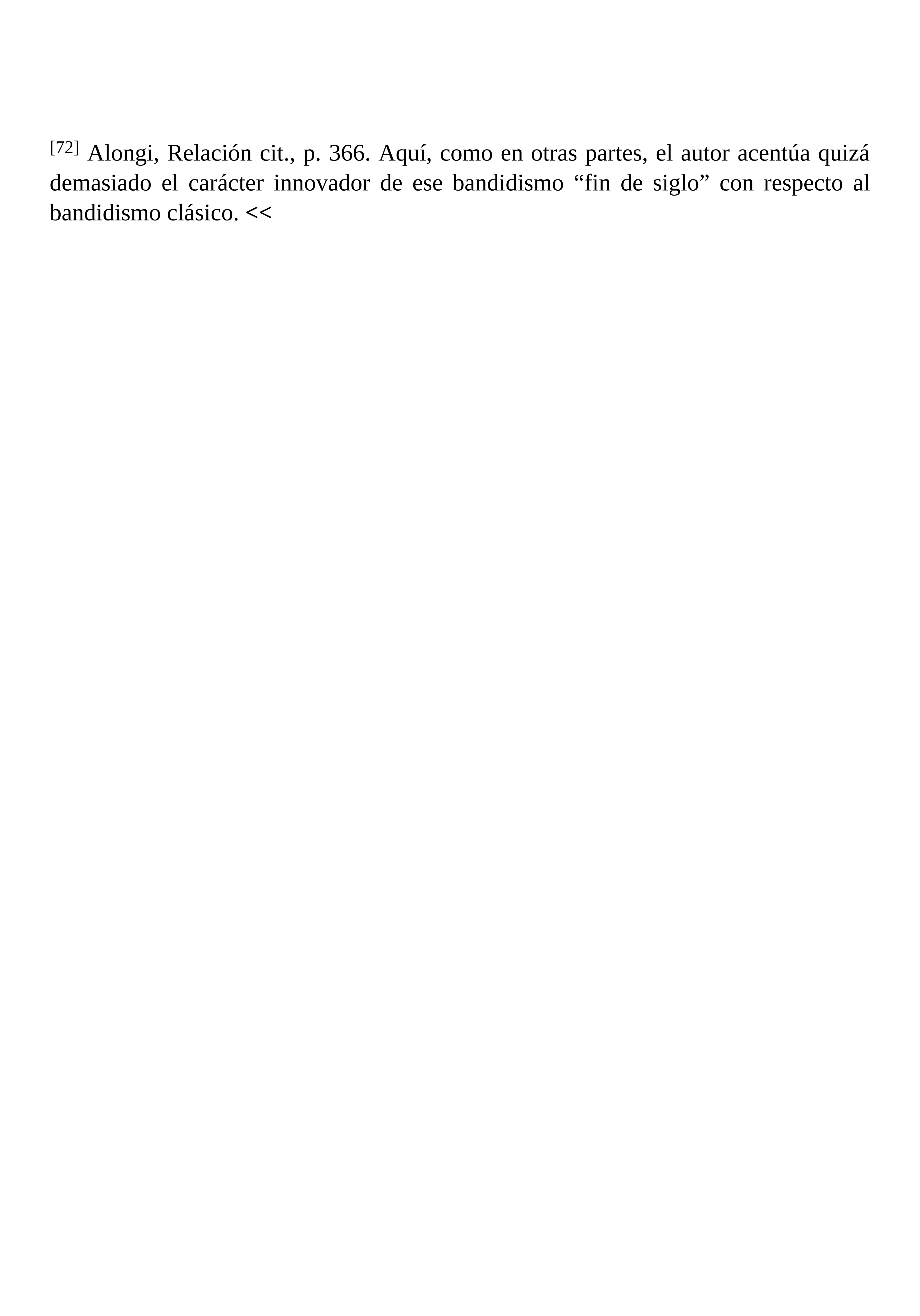
[68] *Cf*. una vez más Lumia, *Villalba*, cit., II, p. 273 ss. **<<**

[69] *Cf*. la relación de G. Alongi, 14 de noviembre de 1902, publicada como apéndice a *Alongi, La mafia*, cit., pp. 363-387, y Cutrera, *Varsalona, il suo regno e le sue gesta delittuose*, Roma, 1904. <<

[70] *Cf*. la relación del juez de instrucción F. U. Di Blasi, 2 de octubre de 1928, en *Antimafia*, Doc., IV, t. V, pp. 423-433. <<



[71] *Cf.* también el anónimo fechado en Buenos Aires, 9 de marzo de 1913, y la relación del prefecto, 6 de mayo de 1913, en ACS, PG, 1913, b. 103. <<



[72] Alongi, Relación cit., p. 366. Aquí, como en otras partes, el autor acentúa quizá demasiado el carácter innovador de ese bandidismo “fin de siglo” con respecto al bandidismo clásico. <<

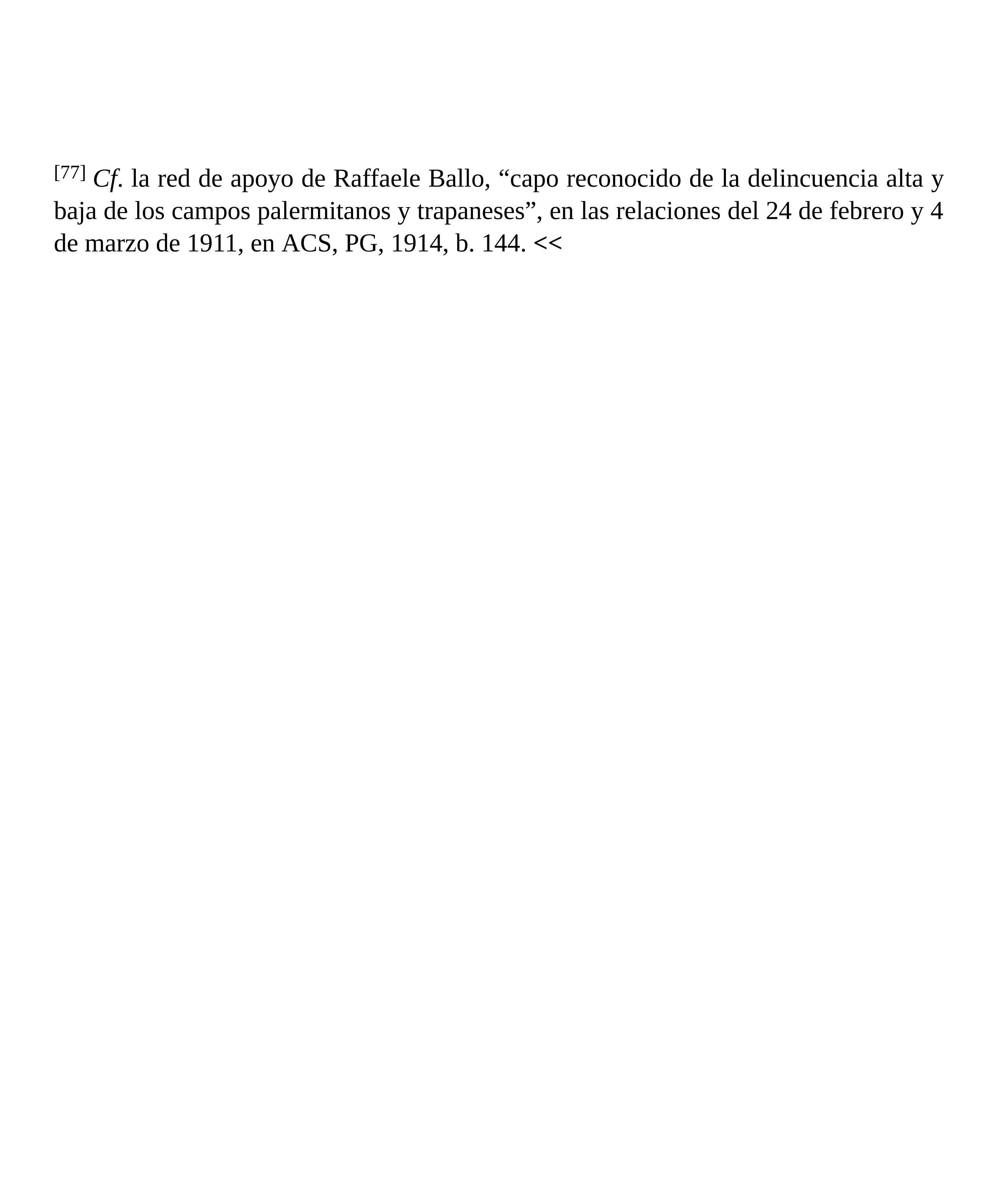


[73] Un anónimo “propietario amenazado” al prefecto, junio de 1912, en ACS, PG, 1913, b. 374. <<

[74] Relación Di Blasi, 15 de septiembre de 1926, en *Antimafia, Doc.*, IV, t, V, p. 339. Véase también el testimonio del mismo Candino, en A. Spanò, *Faccia a faccia con la mafia*, Milán, 1978, p. 20; el autor, hijo del comisario Francesco Spanò, quien sirvió en la zona desde 1912, utiliza documentación del padre. <<

[75] Alongi, Relación cit., p. 376. <<

[76] La protesta del alcalde, 4 de octubre de 1915, en ACS, PG, 1916-1918, b. 236. El encuentro a tiros entre la banda Grisafi y uno de los Lo Jacono, después de la masacre de 16 bovinos (1912), en ACS, PG, 1912, b. 374. *Cf.* también Blok, *La mafia*, cit., pp. 131 ss. <<



[77] *Cf*. la red de apoyo de Raffaele Ballo, “capo reconocido de la delincuencia alta y baja de los campos palermitanos y trapaneses”, en las relaciones del 24 de febrero y 4 de marzo de 1911, en ACS, PG, 1914, b. 144. <<



[78] Los parientes de Varsalona ejercen una especie de monopolio sobre los molinos de la zona: Alongi, Relación cit., p. 371. <<



[79] Relación del subprefecto de Corleone, 12 de septiembre de 1913, p. 2, en ACS, PG, 1913, b. 103. <<



[80] Carta de la empresa Malato & C., 17 de febrero de 1913; respuesta de la prefectura, 29 de marzo, en ACS, PG, 1913, b. 103. <<

[81] M. Genco, *Il delegato*, Palermo, 1991, p. 55; la referencia es al ya citado Varsalona. <<

[82] Carta fechada en Palermo, 15 de agosto de 1814, en ACS, PG, 1914, b. 144. <<

[83] Alongi, Relación cit., p. 373. <<

[84] Carta del príncipe de Camporeale, 30 de noviembre de 1916, en *Quarant'anni di vita politica italiana. Dalle carte di Giovanni Giolitti*, Milán, 1961, III, pp. 202-203. <<



[85] Alegato del abogado Restivo en el proceso Ortoleva, en GDS, 28 de marzo de 1929. <<

[86] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., p. 212 y passim. <<

[87] Relación Di Blasi, cit., I, pp. 339 y 317. <<

[88] La asociación de abigeos presidida por el alcalde de Godrano, Giuseppe Barbaccia, es denunciada por relación del prefecto del 11 de mayo de 1916, en ACS, PG, 1916-1918, b. 236. Sobre todo en la sangrienta secuela de la segunda posguerra, *cf*. la relación sobre el bosque de la Ficuzza, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. III, pp. 1223-1233. <<

[89] GDS, enero de 1926. <<

[90] GDS, 6 de septiembre, y en general julio-septiembre de 1930. <<

[91] Relación Di Blasi, 26 de febrero de 1928, II, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. III, p. 371. <<

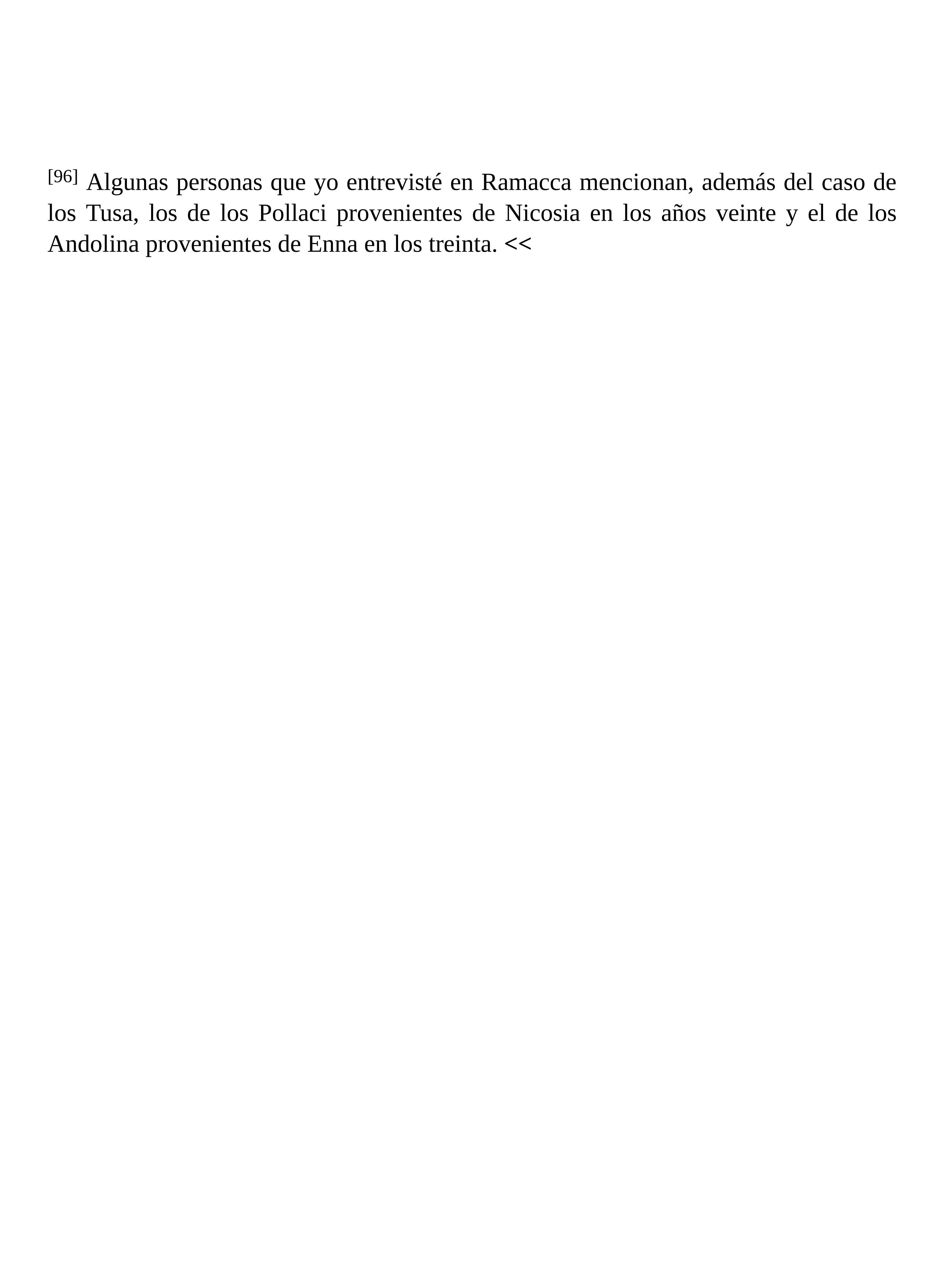
[92] Carta cit. en la relación Di Blasi, III, p. 378. <<

[93] Sobre los casos de Mistretta, *cf.* la amplia reconstrucción de G. Raffaele, *L’ambigua tessitura*, en proceso de publicación; Spanò, *Faccia a faccia*, cit.; la relación Di Blasi, cit.; las crónicas judiciales citadas más adelante. <<



[94] *Cf*. también el testimonio del sacerdote I. Strano, en GDS, 14 de noviembre de 1928. <<

[95] Testimonios de B. Tusa y L. Seminara, en GDS, 11 de septiembre de 1928. <<



[96] Algunas personas que yo entrevisté en Ramacca mencionan, además del caso de los Tusa, los de los Pollaci provenientes de Nicosia en los años veinte y el de los Andolina provenientes de Enna en los treinta. <<

[97] En GDS, 28 de diciembre de 1928. <<

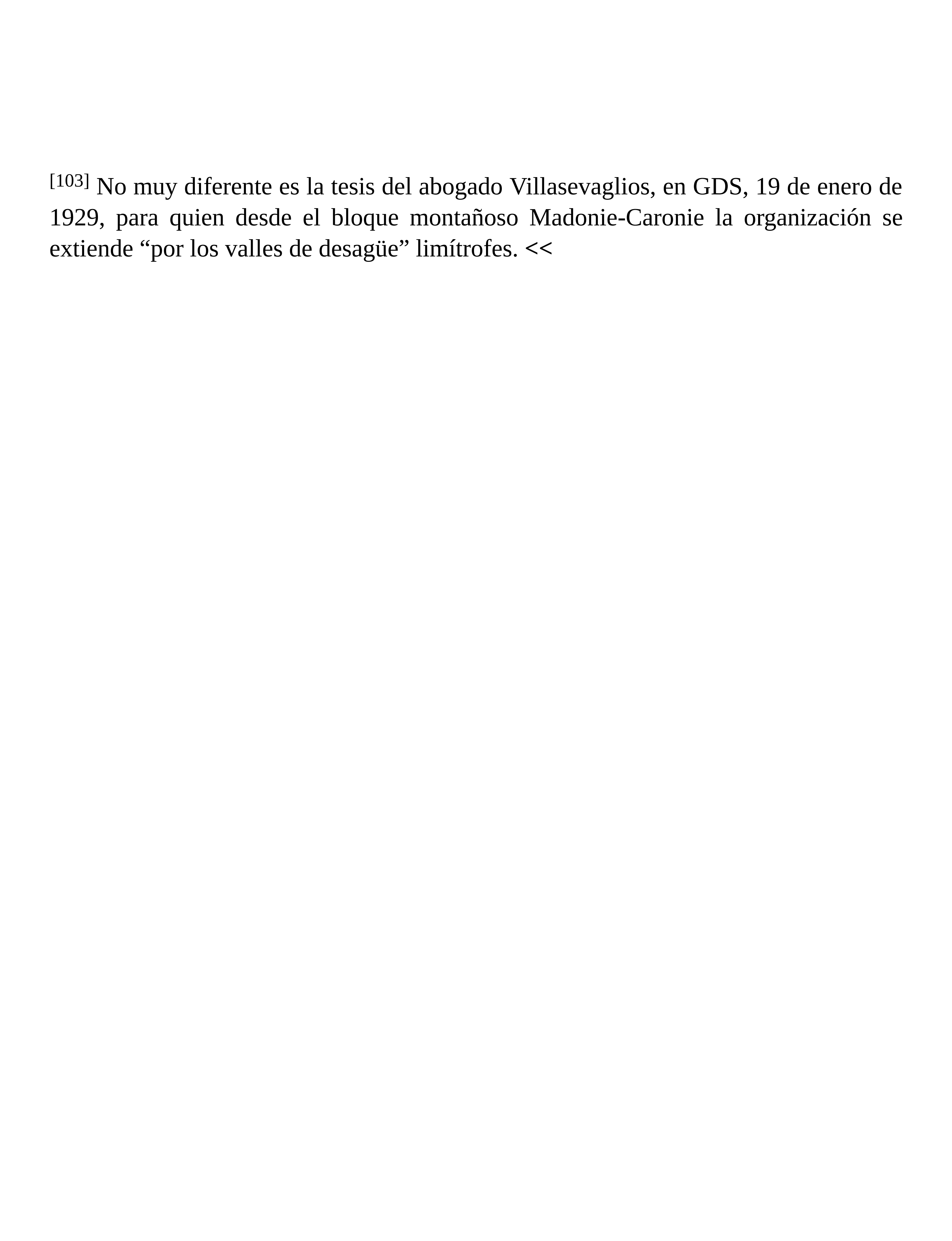
[98] Pero condenado a cuatro años en el proceso de Nicosia de 1929. <<

[99] Testimonio Calderone-Arlacchi, pp. 10-11. **<<**

[100] Testimonio del barón, en GDS, 15 de octubre de 1930. <<

[101] GDS, 11 de enero de 1929. <<

[102] Raffaele, *L’ambigua tessitura*, cit., p. 237. <<



[103] No muy diferente es la tesis del abogado Villasevaglios, en GDS, 19 de enero de 1929, para quien desde el bloque montañoso Madonie-Caronie la organización se extiende “por los valles de desagüe” limítrofes. <<

[104] *La mafia*, cit., p. 143. Blok no encuentra contradictorio describir a Cascio-Ferro planeando abigeatos tanto en Bisacquino como en Sambuca (p. 147), ni tampoco admitir (p. 144) que éste se haya impuesto “como *capomafia* en extensiones más vastas”. Sostener que la “presunta asociación para delinquir” debe ser definida en términos de “redes de relaciones” no resuelve la cuestión de la *amplitud* y la *estabilidad* de esas redes. <<

[105] G. Molè, *Studio-inchiesta sui latifondi siciliani*, Roma, 1929; N. Prestianni, *Inchiesta sulla piccola proprietà coltivatrice formatasi nel dopoguerra*, vol. VI de la *Inchiesta Inea*, Roma, 1931. <<

[106] Respectivamente, Barone, *Lo Stato e le opere pie*, cit., p. 55; ACS, AC, Podestà: Catania. <<

[107] Raffaele, *L’ambigua tessitura,* cit., pp. 226 ss. <<

[108] Documentación en ACS, PS, 1920, b. 87; pero *cf*. también A. Cicala, “Il movimento contadino in Sicilia nel primo dopoguerra”, *Incontri meridionali*, 1978, 3-4, pp. 61-78. <<

[109] Ficha sobre las cooperativas de Ribera, en ACS, PS, Gabriele, b. 35: Agrigento. <<

[110] Sobre Genco Russo, *cf*. *Antimafia. Biografie*, pp. 39-64; sobre los casos del feudo Polizzello, *Antimafia. Doc.*, IV, tt. II y III. Sobre las vicisitudes judiciales, “Cooperativa tra i combattenti di Mussomeli”, en GDS, 9 de octubre de 1929, y la sentencia contra Termini + 20, en ASCL, Corte d’Assise, Sentenza, b. 35. <<



[111] El episodio está reconstruido con la claridad habitual en Lumia, *Villalba*, cit., pp. 340 ss. <<

[112] Relación Di Blasi, II, p. 370. <<

[113] Carta del obispo de Caltanissetta, Jacono, cit. <<

[114] *Cf.* mi “La crisi del monopolio naturale”, en VVAA, *Economie e società nell’area dello zolfo*, cit., p. 354. Sobre negocios anteriores de don Calò *cf*. Lumia, *Villalba*, cit., pp. 313 ss. <<



[115] Discurso parlamentario de mayo de 1949 cit. por O. Barrese, *I complici*, Soveria Mannelli, 1988, p. 18. <<

[116] En GDS, 28 de julio. <<

[117] APCD, Discussioni, 7 de febrero de 1923, p. 1516. **<<**



[118] Octubre de 1925; se compite por el destajo en la mina Trabia: GDS, 15 de enero de 1928 ss. <<

[119] Telegrama del 3 de julio de ACS, AC, Ufficio elettorale, b. 18. Sería necesario decir más de lo que es posible aquí sobre el fascismo; debo remitir a mi “L’utopia totalitaria del fascismo”, en AAVV, *La Sicilia*, cit., pp. 371-482. <<



[120] Pero *cf*. Marino, *Partiti e lotta di classe*, cit., pp. 282-266, con la documentación allí citada. <<

[121] Véase la lista en GDS, 27 de febrero de 1926. <<

[122] En GDS, 3 de diciembre de 1927. <<

[123] Carta de V. Franco cit. por Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 33. **<<**

[124] Carta de G. Faraci, 5 de abril de 1923, en ACS, Carte Bianchi, b. 2. **<<**

[125] Discurso de Agrigento del 9 de mayo, en B. Mussolini, *Opera omnia*, XX, Florencia, 1959, p. 264. <<

[126] El periodo de Mori es quizás el más estudiado de la historia de la mafia. Además de las obras ya citadas, véase A. Petacco, *Il prefetto di ferro*, Milán, 1976; S. Porto, *Mafia e fascismo*, Palermo, 1977; C. Guggan, *La mafia durante il fascismo*, Soveria Mannelli, 1986. El libro de Mori, *Con la mafia ai ferri corti* [Choque final con la mafia], cit., es tan pobre en información como rico en ideología. <<

[127] C. Mori, *Tra le zagare oltre la foschia*, Florencia, 1923. **<<**

[128] Marino, *Partiti e lotta di classe*, cit., pp. 166-175; “La situazione in provincia di Trapani”, *Bollettino della Confederazione dell’agricoltura siciliana*, 16 de noviembre de 1920. <<

[129] [*“Vedi Trapani e poi Mori”*, juego de palabras con *“Vedi Napoli e poi mori”*. (T.)]. A. Infranca, “Il periodo trapanese del prefetto Mori nel giudizio della stampa locale”, *Nuovi quaderni del Meridione*, 1982, 78, pp. 227-261. <<

[130] Carta de G. Faraci, p. 8. <<

[131] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., p. 242. <<

[132] *Ibid.*, p. 244. <<

[133] *Ibid.*, p. 338. <<



[134] Discurso pronunciado en Alcamo, en Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 268-271. <<

[135] Estimación de Mussolini, como el general Di Giorgio recuerda al propio duce en la carta del 19 de marzo que publica G. Caprì, “Di Giorgi e Mori ai ferri corti”, *Osservatore politico-letterario*, enero de 1977, p. 48; la cifra no comprende los condenados a confinamiento. <<

[136] GDS, 4 de junio de 1926. <<

[137] Spanò, *Faccia a faccia*, cit., pp. 42 ss. <<



[138] Si debemos creer a la autobiografía de Cucco, cit. en Duggan, *La mafia*, cit., p. 50. La prensa de la época habla de multitudes que vitoreaban. <<

[139] Carta a Scelba citada por Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 147. **<<**



[140] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 42 ss. Pero *cf*. el episodio en la relación del viceprefecto cit. en Duggan, *La mafia*, cit., p. 87. <<

[141] C. Gower Chapman, *Milocca, un villaggio siciliano*, Milán, 1985, pp. 29-31. <<

[142] “A lu milli novicentu lu ventottu / a li setti di innaru fu lu fattu. / Dormivanu tutti comu gigli all’ortu / ‘ntri ‘na nuttata l’arresto fu fattu. / L’arrestu principià di Mussumeli / fu tirminatu ‘ntra du uri. / Cu dici figghiu, cu dici mugghieri, / Cu dici sà cu fu ‘stu tradituri”. Recogida y publicada por Naro, *Chiesa*, cit., pp. 62-63. <<



[143] Relación del 9 de abril de 1928 del comisario en Spanò, *Faccia a faccia*, cit., pp. 62-64, que revela también diferencias entre la policía y los carabineros. <<

[144] Relación de un informante de la policía, 13 de abril de 1931, en ACS, Segreteria, CR, b. 39, FASC. personal de Cucco. Por el caso similar del federal nisseno D. Lipani, *cf*. G. Barone, “Notabili e partiti a Caltanissetta”, en *Economie e società nell’area dello zolfo*, cit., pp. 318-320. <<

[145] No puedo dejar de remitir al tratamiento de la historia del fascismo isleño por mí en “L’utopia totalitaria”, cit. <<

[146] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., p. 84. <<

[147] *Cf.* relaciones y documentos en ACS, PS, AAGGRR, Gabriele, 1920-1945, b. 138, y en ACS, Polizia politica, b. 195. Un tratamiento más analítico en mi “L’utopia totalitaria”, cit. <<

[148] *Cf*. su diario, 23 de enero de 1927, en R. Trevelyan, *Principi sotto il vulcano*, Milán, 1977, p. 357. <<

[149] Recurso de abril de 1927, en ACS, Segreteria, cit., p. 2; pero *cf*. también Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 38. <<

[150] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 88-89. <<

[151] GDS, 8 de septiembre de 1928. Otro hermano, Gaetano, administra feudos en la provincia de Palermo. <<

[152] La carta en la relación Di Blasi, cit., I, p. 237. <<

[153] Cit. por Di Blasi, “Il reato di associazione per delinquere”, en *Giurisprudenza penale*, 1930, parte II, col. 228; *cf*. también Lo Schiavo, *Il reato di associazione*, cit., pp. 146-147, ambos magistrados que participaron directamente. <<

[154] Para la mafia minera, *cf*. GDS, 10 de agosto de 1929 ss.; para la del latifundio la sentencia contra Alfano + 30, en ASCL, Corte d’Assise, 1931, b. 35. Don Calò fue absuelto en ambos casos. <<



[155] Cit. por Blok, *La mafia*, cit., p. 163; el texto completo en GDS, 30 de julio de 1929. <<

[156] Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 41. <<



[157] Montanelli, *Pantheon minore*, cit., p. 284; quizás gracias a esa renuncia el bandido conseguirá mantenerse prófugo *ad aeternum*. <<

[158] Relación de agosto de 1928, citada por Duggan, *La mafia*, cit., p. 203. [El podestà era el funcionario supremo de la administración municipal en la época fascista (T.).] <<

[159] Carta del 21 de octubre en ACS, AC, Podestà, *Palermo*, Gangi. **<<**

[160] Véanse las crónicas del proceso en GDS, 12 de marzo de 1928 ss. <<



[161] *Cf.* el duro intercambio entre Carella padre y don *Cola* en GDS, 15 y 16 de marzo de 1928. <<

[162] GDS, 31 de marzo de 1928. <<

[163] GDS, 26 de marzo de 1928. <<

[164] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 351 ss. <<

[165] Veleidad es en cambio la ambición de revisar todos los contratos de compraventa, “verdaderas expoliaciones que solamente pueden justificar ciertas ‘súbitas’ riquezas”; la propiedad, como quiera que haya sido adquirida, es sagrada. S. Sirena, “L’azione della Commissione per le affittanze agrarie”, en GDS, 18 de febrero de 1928. <<

[166] Banco de Sicilia, *Notizie sull’economia siciliana, anno 1928*, Palermo, 1929, pp. 226 ss.; Molè, Studio-inchiesta, cit., p. 24. <<

[167] El responsable es el comisario Belfiore, “dominado por el sueño de crear la más grande de las asociaciones”: alegato del abogado F. Trigona della Foresta en GDS, 25 de diciembre de 1930; pero *cf*. también las admisiones del procurador, *ibid*., 27 de noviembre de 1930. La opinión del embajador en un informe de 1927 colacionado en *Memorandum on Sicily under Italian Rule*, en Public Record Office, Foreign Office, 371/33251. Entre las referencias a torturas remito a la de Abisso (porque es favorable a Mori), en GDS, 11 de enero de 1929. <<



[168] Testimonio de C. Soldano, a quien le asesinaron al padre, en GDS, 7 de agosto de 1930. <<

[169] El procurador Grisafi en GDS, 2 de agosto de 1929. <<

[170] Alegato del abogado *onorevole* Ungaro en GDS, 20 de agosto de 1929. **<<**

[171] Naro, Chiesa, cit., pp. 66-67. <<

[172] Relación cit. en Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 63. <<

[173] Testimonio Petrusa en GDS, 23 de agosto de 1930. <<

[174] Di Giorgio a Mussolini, carta cit., p. 47. <<

[175] Aquí remito una vez más a mi “L’utopia totalitaria”, cit. <<

[176] Recurso del 19 de octubre de 1927 en ACS, PS, Gabriele, b. 141; en el mismo fondo las b. 33 (Ribera), 56 (Sommatino), 107 (Mistretta); para Corleone, *cf*. Duggan, *La mafia*, cit., p. 96. <<

[177] Carta de G. Guarino-Amella a Mori, cit. por Duggan, *La mafia*, cit., pp. 202-203. <<



[178] Intervención de I. Messina, instructor de los procesos contra las coscas de Bisacquino y Corleone, en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 367. <<

[179] Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 313-314. <<

[180] Alegato del abogado G. Russo-Perez en GDS, 8 de junio de 1930. **<<**

[181] G. M. Puglia, “Il ‘mafioso’ non è un associato per delinquere”, en *La scuola positiva*, 1930, I, p. 156. <<

[182] Cit. por Mori, *Con la mafia ai ferri corti*, cit., pp. 15 ss. **<<**

[183] GDS, 6 de mayo y 7 de junio de 1929. Los procedimientos contra las asociaciones de Roccella y de Porta Nuova transcurrieron en forma similar. <<

[184] GDS, 13 de enero de 1928. La ley es la núm. 1254, del 15 de julio de 1926. <<

[185] GDS, 25 de noviembre de 1928. <<

[186] Testimonio Calderone-Arlacchi, pp. 14-15 y *passim*. <<



[187] Al día siguiente de la guerra, tanto la primera como la segunda, se verifica una cascada de crímenes destinada a agotarse con la coyuntura posbélica: tendencia nacional y no sólo regional. <<

[188] No se ve en qué se basa esta convicción, dada la posición filopropietaria de Mori. Es cierto, en cambio, que el régimen no gustaba de que en la periferia se consolidaran *personalidades*; de todos modos, el prefecto permaneció en el cargo por cinco años, duración muy superior al promedio del pasado. <<



[189] Dejo de lado la diversa incidencia de la represión (cárcel o confinamiento) en cada caso, que determina el desarrollo ulterior de las carreras mafiosas. <<

[190] Ellos figuran respectivamente entre los imputados de los procesos contra la mafia de Mazzarino, Partinico, Términi, Corleone, Bagheria y Monreale. <<

[191] Bonanno, *Uomo d’onore*, cit., p. 70. La estimación numérica es de fuente oficial estadunidense: President’s Commission on Organized Crime, *Report to the President*, cit., I, p. 52. <<

[192] En la literatura hay indicaciones en R. Candida, *Questa mafia*, Caltanissetta-Roma, 1966; Spanò, *Faccia a faccia*, cit., pp. 72-73. Amplia documentación en cambio en ACS, PS, FM; las citas provienen de b. 138 y 85. <<



[193] El relato de Pantaleone, *Mafia e politica*, cit., pp. 48 ss., está reproducido en innumerables sitios en la literatura mafiológica. <<

[194] Ésa es la versión de Luciano que registra G. Gellèrt, Maffia, Soveria Mannelli, 1987, p. 78. E. Kefauver, *Il gangsterismo in America*, Turín, 1953, describe en cambio un trato mucho más lineal: “Te doy para que me des”. **<<**

[195] También en Géllert, *Maffia*, cit., p. 80. <<



[196] Hasta un estudioso muy escéptico como Block, *East Side-West Side*, cit., p. 8, considera que ése puede haber sido el momento del viraje. <<

[197] *The problem of Mafia in Sicily*, 29 de octubre de 1943, relación del capitán estadunidense W. E. Scotten publicada por R. Mangiameli en *Annali del Dipartimento di Scienze Storiche de la Facoltà di Scienze Politiche*, Catania, 1980, p. 629. <<

[198] En este punto me declaro en deuda con R. Mangiameli, “La regione in guerra (1943-1950)”, en VVAA, *La Sicilia*, cit., pp. 485-600. <<

[199] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 46. <<

[200] Justamente “de puño” del inspector en Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 89. <<



[201] Pero sobre el deterioro de las relaciones entre la propiedad y el régimen a fines de los años treinta véase mi “L’utopia totalitaria”, cit., pp. 457 ss. <<

[202] S. Gentile, “Mafia e gabellotti in Sicilia; il Pc dai decreti Gullo al lodo De Gasperi”, en ASSO, 1973, pp. 491-508. Es necesario volver a la “Tesi sul lavoro contadino nel Mezzogiorno”, de R. Grieco (1926), en Grieco, *Introduzione alla riforma agraria*, Turín, 1946, y a E. Sereni, *La questione agraria nella rinascita nazionale*, Turín, 1975 (pero escrito en 1943), pp. 239 ss. <<

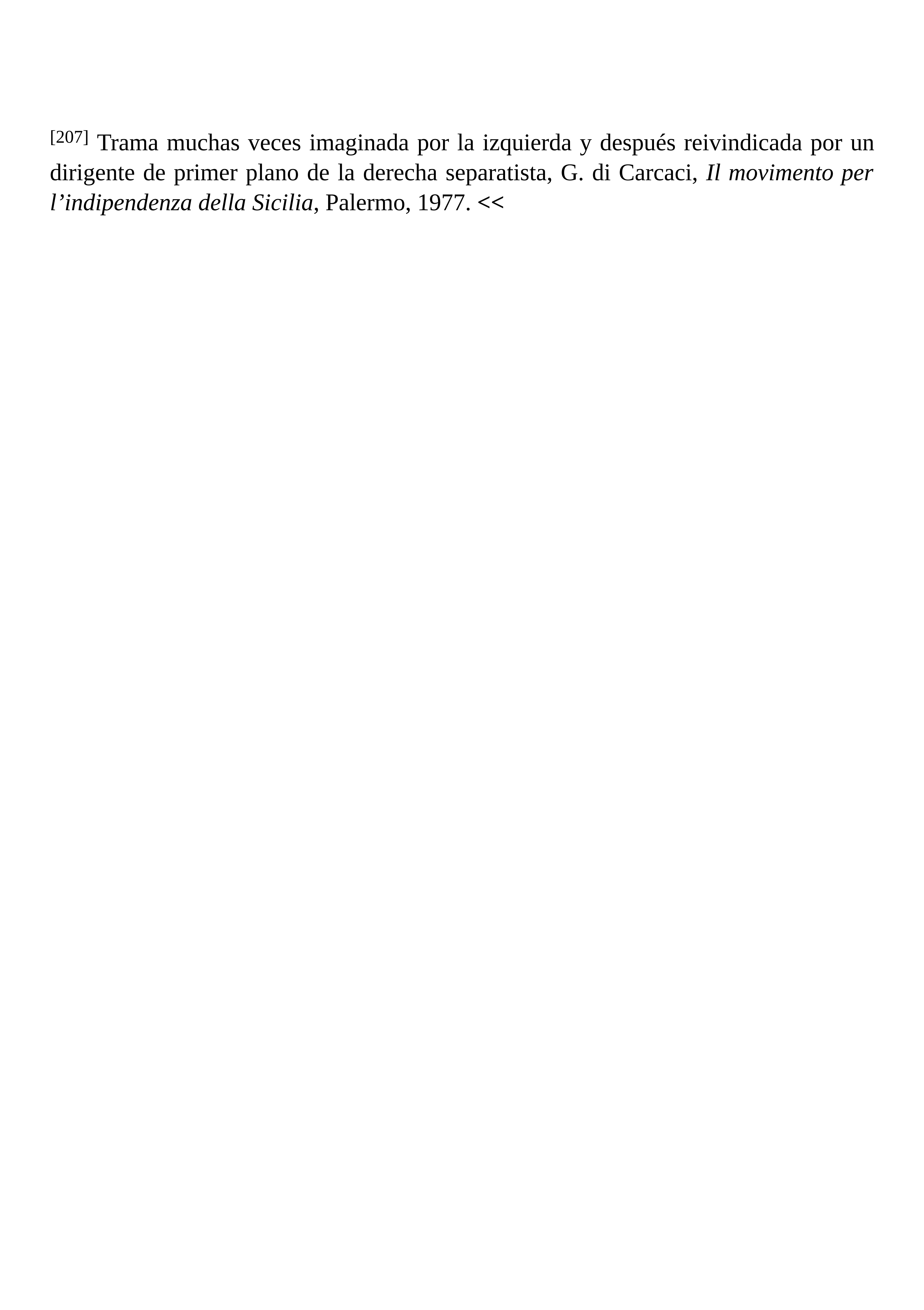
[203] Es la reconstrucción de parte separatista cit. por R. Mangiameli, “La regione”, cit., pp. 552 ss.; pero *cf*. también Pantaleone, *Mafia e politica*, cit. pp. 89 ss., y Lumia, *Villalba*, cit., II, pp. 448 ss. <<



[204] R. Mangiameli, “La regione”, cit., p. 554, a la que remito también para las citas (pp. 553 y 555). <<

[205] 205 Sobre el asunto, véase *Antimafia. Relazione Bernardinetti*. De la literatura específica cito sólo a L. Galluzzo, *Meglio morto. Storia di Salvatore Giuliano*, *Palermo*, 1985; entre las obras generales, buenos tratamientos son los de Gellèrt, *Maffia*, cit., y sobre todo Spanò, *Faccia a faccia*, cit. <<

[206] Lumia, *Villalba*, cit., II, p. 447. <<



[207] Trama muchas veces imaginada por la izquierda y después reivindicada por un dirigente de primer plano de la derecha separatista, G. di Carcaci, *Il movimento per l'indipendenza della Sicilia*, Palermo, 1977. <<

[208] Cuando el bandido Labruzzo es asesinado misteriosamente, Luca subraya que las “laboriosas poblaciones” “hacen votos para que la misma suerte le toque al bandido Lombardo”: relación del 1.º de febrero de 1950, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. I, p. 75. <<



[209] S. Gatto, *La Sicilia tra autonomia e sviluppo* (1948), después incluido en Gatto, *Lo Stato brigante*, *Palermo*, 1978, p. 53. <<

[210] Spanò, *Faccia a faccia*, cit., p. 113. Según el magistrado G. Bellanca, Rimi era "uno de los principales favorecedores de Giuliano": testimonio en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 508. <<

[211] Cit. en Galluzzo, Nicastro, Vasile, *Obiettivo Falcone*, cit., p. 54. **<<**

[212] Véase sus relaciones en *Antimafia. Doc.*, IV, t. I. <<

[213] *Cf*. en este volumen, pp. 63-64 y 323. <<

[214] Tal es por lo menos su testimonio en VVAA, *Chiesa e società a Caltanissetta nell’indomani della seconda guerra mondiale*, Caltanissetta, 1984, pp. 358-360. <<

[215] *Cf*. el episodio narrado por el magistrado S. Mercadante, del *campiere* de Enna, que en el pasado había prestado servicios a la policía, sustituido por un mafioso “inmediatamente tras la liberación” después de asesinar a su hermano como demostración: *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 130. <<



[216] Es la expresión del magistrado A. Di Giovana acerca de la lotificación de los feudos del barón agrigentino Cannarella, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. I, p. 524. <<

[217] Sobre esto, *Antimafia. Singoli mafiosi*, pp. 39 ss. Sobre el feudo Polizzello *Antimafia. Doc.*, IV, tomos II y III. <<

[218] Sentencia de envío a juicio contra Leggio y otros, 13 de octubre de 1967, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XVI, p. 164. Sobre Navarra, también *Antimafia. Singoli mafiosi*, pp. 65 ss. <<

[219] Anónimo enviado a Li Causi, cit. por Chilanti-Farinella, *Rapporto*, cit., p. 45. **<<**

[220] Testimonio Streva en la Corte de Apelaciones de Bari, sentencia contra Leggio y otros, 23 de diciembre de 1970, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XVI, p. 1135. La sentencia sobre el caso Comajanni, *ibid.*, IV, t. XV. <<

[221] Testimonio de C. Terranova en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 1188. <<

[222] Testimonio del vicejefe de policía A. Mangano, en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 1147. <<

[223] *Cf. supra*, p. 261; el Giuseppe Greco citado podría ser el hijo de Salvatore, nacido en 1887 y jefe de la familia en 1945; *cf.* la genealogía en *Antimafia. Singoli mafiosi*, pp. 135-136, representada a continuación, según la cual las familias serían homónimas y emparentadas por vía femenina cuando ese Giuseppe Greco de Ciaculli se casó con una Santa Greco, hermana del Teniente. Sin embargo, no se puede excluir un tronco común, dada la recurrencia de algunos nombres de bautismo en ambas partes. <<

[224] Su hija María se había casado con Salvatore Greco, *el Senador*. **<<**

[225] Éste es el origen del futuro *capomafia* Michele Greco, hijo del *Teniente. Cf.* los episodios relatados en *Antimafia. Singoli mafiosi*, pp. 137 ss.; *cf.* también la sentencia de envío a juicio contra P. Torretta y otros, 31 de mayo de 1965, en *Antimafia. Doc.*, III, t. XVII, pp. 720-721. <<

[226] Chilanti-Farinella, *Rapporto*, cit., p. 90. <<

[1] Intervención en el Senado, 25 de junio de 1949, cit. por Barrese, *I complici*, cit., p. 7. <<



[2] *Cf*. en este libro, p. 63. Pero sobre esta fase, en particular para lo que se refiere a la magistratura, véase G. Di Lello, *Giudici*, Palermo, 1994. **<<**

[3] *“picca nn’hai di ’sta malandrineria”*; testimonio de la madre de Carnevale en el extracto de la sentencia en *Antimafia. Doc.*, III, t. VII. 1, pp. 276-278. <<



[4] Relación de la policía de Agrigento, 16 de abril de 1947, en *Antimafia. Doc.*, III, t. VII.1, p. 225-227. <<

[5] Kefauver, *Il gangsterismo in America*, cit. **<<**

[6] Calamandrei, prefacio a Reid, *La mafia*, cit., p. XI. **<<**



[7] F. Renda, *Un libro sulla mafia negli USA* (1956), ahora en Renda, *La Sicilia degli anni ’50*, Nápoles, 1987, p. 403. <<

[8] Nisticò, prefacio a Chilanti-Farinella, *Rapporto*, cit., p. 23. *Cf.* también el testimonio del mismo en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, pp. 751 ss., y el expediente allí reproducido. <<

[9] Sus obras más interesantes: *Banditi a Partinico*, Bari, 1955, y Spreco, Turín, 1960.
<<

[10] Cuyos artículos de 1948-1976 están reunidos en *Lo stato brigante*, cit. De Pantaleone, uno de los colaboradores de *L’Ora*, aparece en 1962 *Mafia e politica*, cit. <<

[11] Sciascia, *Il giorno della civetta*, Turín, 1980 (1.ª ed., 1961), p. 99. <<

[12] *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 344 ss., y allí mismo las declaraciones del *onorevole* C. Mannino. *Cf*. también Giarrizzo, “Sicilia oggi”, en Aymard y Giarrizzo (eds.), *La Sicilia*, cit., pp. 633 ss. <<

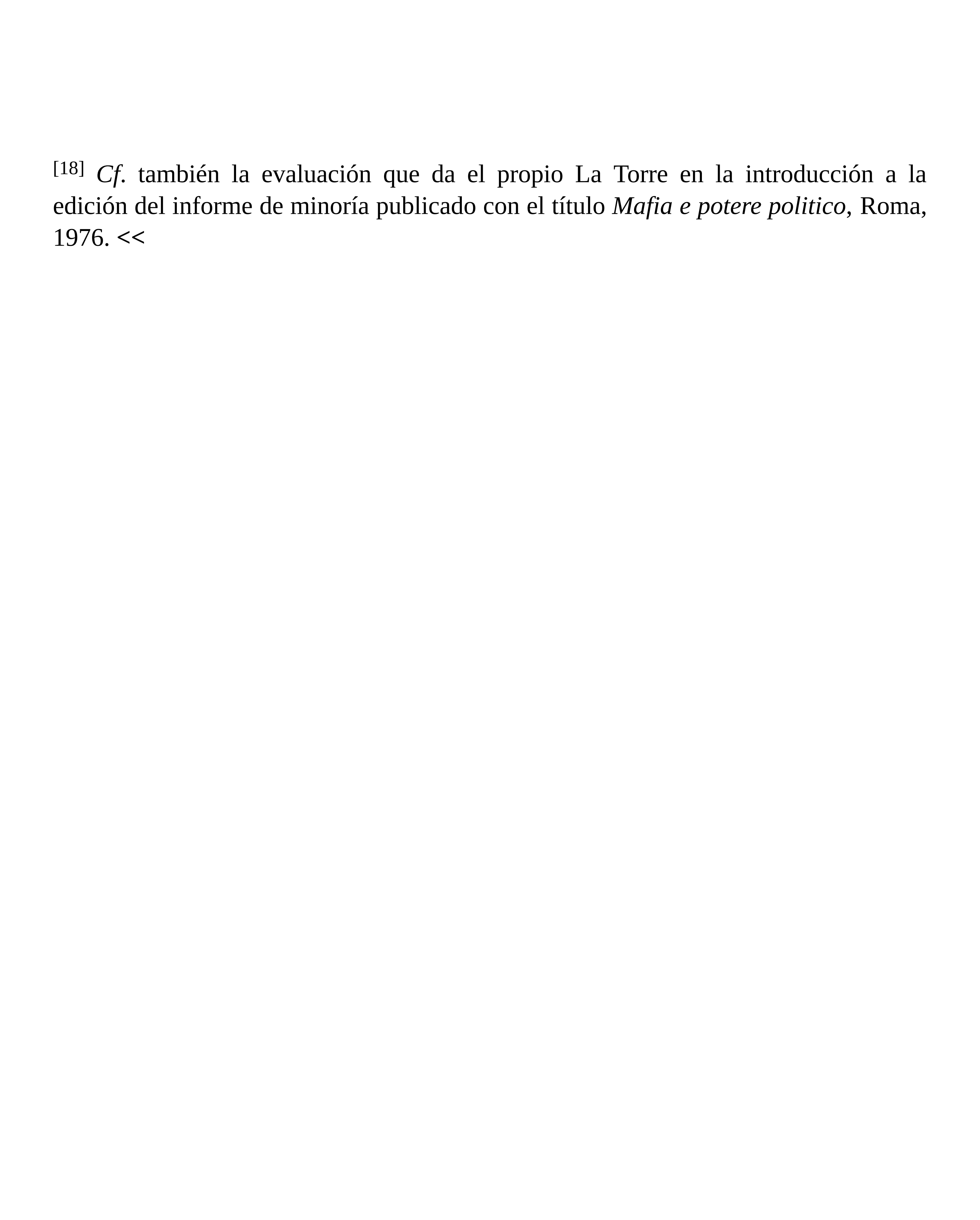
[13] Declaración de Calderone citada en el documento *Mafia e politica* de Antimafia, suplemento de *La Repubblica*, 10 de abril de 1993, p. 13; *cf*. también Testimonio Calderone, pp. 223-224. Sobre la funcionalidad entre políticas regionales y “reconstitución del humus mafioso”, *cf*. la excelente síntesis de Catanzaro, *Il delitto come impresa*, cit., pp. 179 ss. (La “consociación” es una forma política típica del escenario italiano e indica “La tendencia a hacer participar en la gestión del poder también a fuerzas sociales y políticas de oposición”. [T.]). <<

[14] Es el título del libro de Pantaleone, *Antimafia occasione mancata*, Turín, 1969. Sobre la Antimafia, *cf*. también Barrese, *I complici*, cit., y ahora la antología de las relaciones editada y con prólogo de N. Tranfaglia, *Mafia, politica e affari*, Roma/Bari, 1992. <<

[15] Pantaleone, *Antimafia*, cit., p. 18. <<

[16] Santino y La Fiura, *L'impresa mafiosa*, cit., p. 18. <<

[17] Sobre esto remito a Tranfaglia, *Mafia*, cit., pp. 48 ss., que destaca justamente las contradicciones en que se encuentra Carraro no sólo con las relaciones de minoría sino también con la de Zuccalà, que aun siendo “sectorial” parece ser la más centrada hacia un análisis de las líneas fundamentales del problema. <<



[18] *Cf.* también la evaluación que da el propio La Torre en la introducción a la edición del informe de minoría publicado con el título *Mafia e potere politico*, Roma, 1976. <<

[19] Formulaciones que ya habían aparecido en la *Rel. Bernardinetti* y reaparecido en la *Rel. Cattanei* (por ejemplo en la p. 101) y en la *Rel. La Torre*. Los asesores no ayudan mucho al tribunal: véase cómo en Brancato, *La mafia*, p. 163, se afirma que, puesto que de la mafia ya se sabe todo, se trata sólo de ver su reflejo en la opinión pública. <<

[20] *Rel. La Torre*, pp. 569 ss. <<

[21] *Antimafia. Doc.*, I, p. 94. <<

[22] Pantaleone, *Mafia e politica*, cit. <<

[23] Chilanti, “La mafia ‘prefettizia’”, *L’Ora*, 19 de abril de 1963. <<

[24] Como lo había destacado también para el periodo precedente Mangiameli, *Le allegoria del buongoverno*, cit. <<

[25] *Cf*. infra, pp. 399 ss. <<



[26] Albini, “L’America deve la mafia alla Sicilia?”, en S. Di Bella (ed.), *Mafia e potere*, Soveria Mannelli, 1983, I, p. 189. <<

[27] Blok, *La mafia*, cit., p. 207. <<

[28] Arlacchi, *La mafia*, cit, p. 12. <<

[29] En *Antimafia. Doc.*, I, pp. 765, 767 y 753. <<

[30] Relación Malausa, en *Antimafia. Relazione sulle risultanze acquisite al Comune di Palermo*, p. 47. Lo que me hace pensar en la continuidad de la familia Vitale de Altarello es la recurrencia de nombres de pila que no son muy comunes. En 1930 estuvieron involucrados en el proceso por la asociación de Porta Nuova-Altarello un Francesco Paolo Vitale, hijo de Giovanni Battista; un Francesco Paolo, hijo de Filippo; un Leonardo, hijo de Francesco Paolo; un Giovanni Battista, hijo de Filippo, etcétera; GDS, 19 de abril de 1930. <<

[31] Pero *cf*. la advertencia similar dirigida por el tío mafioso a Calderone antes de su afiliación, en Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 41. Del acta de los interrogatorios de Vitale hay largos extractos en Galluzzo, Nicastro, Vasile, *Obiettivo Falcone*, cit., pp. 95 ss. Las citas están en las pp. 107, 99, 101 y 109. <<

[32] Hess, *Mafia*, cit., p. 116; otros ignoran la cuestión. <<



[33] El texto de la confesión en *L’Ora*; pero *cf*. también el caso de la afiliación del médico palermitano revelada en 1937, en Gambetta, *La mafia*, cit., p. 367. <<



[34] Respectivamente, intervención de G. Servadio en Di Bella (ed.), *Mafia e potere*, cit., p. 118; Ciuni, *Un secolo di mafia*, cit., p. 394 (las cursivas son mías). <<

[35] Entrevista en *Antimafia. Doc.*, I, p. 730. También aquí destaco la oposición conceptual al tema de las asociaciones inestables y *ad hoc* en que insisten en esos mismos años los científicos sociales. <<

[36] Tribunal de Palermo, Sentencia de envío a juicio contra L. Leggio + 115, 14 de agosto de 1965, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XVI, pp. 208-209. <<



[37] Tribunal de Palermo, Sentencia de envío a juicio contra A. La Barbera + 42, 23 de junio de 1964, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XVII, pp. 506 ss. <<

[38] Tribunal de Palermo. Sentencia de envío a juicio contra P. Torretta + 120, 8 de mayo de 1965 (juez Terranova), en *Antimafia*. *Doc*., IV, t. XVII, p. 627. <<

[39] Cit. en *Antimafia. Rel. Carraro*, p. 169. <<

[40] GDS, 6 de junio de 1929. <<

[41] Testimonio Buscetta, Debate, I, p. 104. <<

[42] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 148. <<

[43] Relación Malausa, cit., p. 40. <<



[44] Respectivamente, testimonio en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 1053; Sentencia contra La Barbera y otros, cit., p. 543. <<

[45] Relación Malausa, cit., p. 42. <<

[46] Tribunal de Palermo, *Sentenza istruttoria contro Spatola + 119* (G. I. G. Falcone), pp. 493 ss. <<

[47] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 86. <<

[48] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 90. <<



[49] De inmediato vienen a la mente los nombres de los agrigentinos E. y G. La Loggia, del nisseno Alessi, del calatino Milazzo. <<

[50] Testimonio Buscetta, p. 37. <<

[51] Chilanti-Farinella, *Rapporto*, cit., pp. 47-49. <<

[52] Relación Vignali, cit., p. 163. <<

[53] Por todo esto *cf.* el alegato del procurador G. Pizzillo contra Vitale y otros, 4 de diciembre de 1974, en *Antimafia. Doc.*, I, pp. 809-836; pero también *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 6 ss. <<

[54] Sentencia contra Torretta y otros, cit., pp. 724 ss.; Relación Malausa, cit., pp. 43-44; memorial de la Federación palermitana del PCI, anexo a la *Rel. La Torre*, p. 850. <<

[55] *Antimafia. Singoli mafiosi*, p. 163. <<

[56] Corte de Apelaciones de Catanzaro, Sentencia contra A. La Barbera + 114, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XXVII, p. 992, e *ibid.*, la citada sentencia de envío a juicio; sobre los La Barbera véase también Chilanti-Farinella, *Rapporto*, cit., pp. 125 ss. <<

[57] “Per l’esportazione agrumaria”, *Sicilia nuova*, 19 de marzo de 1926; *cf.* también la crónica del embargo de 100 kg de morfina que salían de Palermo hacia Nueva York en GDS, 24 de julio de 1926. <<



[58] Tribunal de Palermo, Sentencia contra F. Garofalo y otros, 31 de enero de 1966, en *Antimafia. Doc.*, XIV, t. XIV. <<

[59] *Antimafia. Rel. Zuccalà*, pp. 353 y 343. <<



[60] Testimonio del agente estadunidense C. Siragusa cit. en *Antimafia. Rel. Zuccalà,* p. 343. <<



[61] Relación del Comando General de la Policía Fiscal, 1955-1963, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XIV, pt. 1, p. 185. <<



[62] *Antimafia. Rel Zuccalà*, p. 367. Sobre Mancino véase también *Antimafia. Singoli mafiosi*, pp. 203 ss. <<

[63] Relación de la Policía Fiscal, año 1958, p. 232. <<

[64] Block, *East Side-West Side*, cit., p. 129. <<

[65] Relación de la Policía Fiscal, cit., p. 184. <<

[66] Relación cit., 1958, pp. 248-249. <<

[67] Relación cit., 1963, pp. 287-288. <<



[68] La carta de M. Bergez, fechada en Tánger el 16 de abril de 1960, en la Relación cit., pp. 266-267. <<

[69] Testimonio Buscetta, Debate, I, p. 141. <<

[70] *Ibid.*, p. 218. <<

[71] President’s Commission on Organized Crime, *Report*, cit., p. 51. <<

[72] Gambetta, *La mafia siciliana*, cit., p. 319. **<<**

[73] Relación, 5 de abril de 1971, en *Antimafia. Doc.*, IV, t. XIV, p. 993. <<

[74] Reuter, *Disorganized Crime*, cit. *Cf*. en particular los casos en pp. 160 ss. <<

[75] Carta cit. en Sentencia contra F. Garofalo y otros, cit., p. 644. <<



[76] También Frank Coppola, aunque conservó relaciones estrechas en Partinico, se estableció en Pomezia. <<

[77] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 27. <<

[78] “Cuando hay demasiados perros sobre un hueso, feliz del que puede mantenerse lejos”, frase escuchada por un policía de paisano; Sentencia contra F. Garofalo y otros, cit., p. 908. Sorge, que se mueve con frecuencia entre Italia y los Estados Unidos, parece ser un típico personaje de *enterprise syndicate*: Valachi y demás *pentiti* estadunidenses no logran encuadrarlo en ninguna familia aunque lo conocen como hombre de alto rango; *ibid*., pp. 898-899. <<

[79] Sentencia contra F. Garofalo y otros, cit., p. 625; en cambio el citado Report de la President’s Commission, pp. 52-53, señala también la presencia de Badalamenti y Buscetta. <<

[80] Quien reivindica para sí el papel de interlocutor de Bonanno: E. Biagi, *Il boss è solo*, Milán, 1986, pp. 147 ss., y el testimonio a la DEA cit. por C. Sterling, *Cosa non solo nostra. La rete mondiale della mafia siciliana*, Milán, 1990, pp. 82-83. <<

[81] L. Galluzzo, *Tommaso Buscetta, l’uomo che tradì se stesso*, Aosta, 1984, p. 30. <<

[82] Sentencia contra Torretta y otros, cit., pp. 659 y 627. <<

[83] Bonanno, *Uomo d’onore*, cit., p. 172. <<

[84] Sentencia de la corte de Catanzaro, pp. 975-976. <<

[85] Sentencia contra L. Vitale y otros cit., p. 834. Estamos en el periodo en el que la Comisión se ha disuelto y reina un triunvirato formado por el propio Riina, Badalamenti y Stefano Bontate. <<

[86] *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 79-80. <<



[87] Sentencia contra Spatola y otros, cit., pp. 599 y 787; también en Catania el cobro de créditos es una actividad importante de los grupos mafiosos. <<

[88] *Antimafia. Rel. sui mercati all’ingrosso*, informe del jefe de policía, pp. 48 ss. <<

[89] *Ibid.*, pp. 12-13. <<

[90] D. Gambetta, “La mafia elimina la concorrenza. Ma la concorrenza può eliminare la mafia?”, *Meridiana*, 1989-1990, 7-8, pp. 319-336; tesis muy atenuada en Gambetta, *La mafia siciliana*, cit., pp. 291 ss. <<

[91] Testimonio Buscetta, pp. 102 ss.; Testimonio Calderone, p. 81. <<

[92] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 72. <<

[93] Testimonio Calderone, pp. 52 ss. <<

[94] Testimonio dado a *Antimafia*, XI Legislatura, 4 de diciembre de 1992, p. 513. En los hechos de Sommatino de 1925 (*cf. supra*, p. 315) uno de los personajes más importantes es un tal Leonardo Messina de San Cataldo. Sobre el uso del término *Cosa Nostra* en referencia a un pasado remoto, *cf*. lo dicho en la p. 184; por lo demás, el propio *pentito*, siempre evocando su tradición familiar, afirma con énfasis: “No es la primera vez que la *Cosa Nostra* cambia de nombre y de piel […] lo han hecho ya en el pasado”, *ibid*., p. 520. <<

[95] *Ibid.*, p. 519. <<

[96] *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 266 ss.; en general G. Martorana-S. Negrelli, *Così ho tradito Cosa Nostra*, Quart, 1993, pp. 61 ss. Este Madonia no debe ser confundido con sus homónimos palermitanos. <<

[97] Catanzaro, *Il delitto come impresa*, cit., pp. 184 ss. <<

[98] Utilizo aquí el testimonio de Calderone completándolo con otras fuentes. <<



[99] Ya en 1957, por ejemplo, es arrestado en Pozzillo con Badalamenti un tal G. B. Ercolano, otro miembro de la cosca; Relación de la Policía Fiscal, cit., p. 224. <<

[100] M. Caciagli, *Democrazia cristiana e potere nel Mezzogiorno*, Rímini-Florencia, 1977; Giarrizo, *Catania*, cit.; C. Fava, La mafia comanda a Catania, Roma/Bari, 1992. <<



[101] Los datos de la estimación de Falcone entrevistado por G. Fiume, “La mafia tra criminalità e cultura”, *Meridiana*, 1989, 5, p. 202. <<

[102] Testimonio Calderone-Arlacchi, pp. 225-226. <<

[103] *Antimafia*, XI Legislatura, Testimonio Buscetta, 16 de noviembre de 1992, p. 355. <<



[104] Pero sobre el complejo entrecruzamiento de sociedad local y *racket* en una de esas zonas, *cf*. ahora S. Costantino, *A viso aperto. La resistenza antimafiosa a Capo d'Orlando*, Palermo, 1993. <<

[105] Testimonio Calderone, p. 5. <<

[106] *Antimafia*, Testimonio Messina, cit., p. 531. <<

[107] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 69. <<



[108] *Antimafia*, XI Legislatura, 9 de febrero de 1993, Testimonio Mutolo, p. 1231. <<

[109] Testimonio Calderone, p. 41. <<

[110] Sterling, *Cosa non solo nostra*, cit., pp. 127-142. **<<**

[111] Testimonio Buscetta, p. 50. <<

[112] Declaraciones en el momento del arresto (1986) en S. Lodato, *Dieci anni di mafia*, Milán, 1992, p. 194; en realidad, Michele, tocayo del Greco de Ciaculli, es primo de *Chicchiteddu*. Sobre las acusaciones a don *Piddu*, véase Testimonio Calderone, pp. 8-9. <<

[113] Testimonio Buscetta, p. 12. <<

[114] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 27. <<

[115] Testimonio Calderone, p. 51. <<

[116] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 94. <<

[117] Testimonio Calderone, p. 248; las cursivas son mías. <<



[118] *Cf.* en *Istruttoria maxiprocesso*, p. 351. Documentos sobre los fondos destinados por los Salvo a pagos a políticos, *ibid.*, pp. 352-354. <<

[119] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 340. <<

[120] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 32. <<

[121] Sentencia contra La Barbera y otros, cit., p. 523. <<

[122] *Istruttoria maxiprocesso,* p. 8. <<

[123] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 328. <<



[124] Cito de un extracto de la sentencia publicado en *Città d’Utopia*, 1.º de enero de 1992, p. 29, y para las demás referencias pp. 27 y 26. <<

[125] Sentencia contra La Barbera y otros, cit., p. 25. <<

[126] Testimonio Buscetta, p. 84; pero también Testimonio Calderone, p. 116. <<

[127] Biagi, *Il boss è solo*, cit., p. 125. <<

[128] Cit. en S. Turone, *Partiti e mafia, dalla P2 alla droga*, Roma/Bari, 1985, p. 78; pero *cf*. también Sterling, Cosa non solo nostra, cit., passim. <<

[129] President's Commission, vol. cit., p. 51. Sobre la relación entre mafia y narcotráfico *cf*. ahora A. Becchi y M. Turvani, *Proibito? Il mercato mondiale della droga*, Roma, 1993, pp. 138 ss. <<

[130] Como, en cambio, piensa Sterling, *Cosa non solo nostra*, cit. **<<**

[131] Sentencia contra Spatola y otros, cit., pp. 480, 506 y 488. <<

[132] Gambetta, *La mafia*, cit., p. 339. <<

[133] *Antimafia*, Testimonio Buscetta. **<<**

[134] Sentencia contra Spatola y otros, cit., p. 510. <<

[135] G. Falcone y M. Padovani, *Cose di Cosa nostra*, Milán, 1991, p. 28. <<

[136] Testimonio Buscetta, p. 1231. <<

[137] Testimonio Buscetta, Debate, p. 28. <<

[138] Testimonio Buscetta, p. 268. <<

[139] Testimonio Buscetta, Debate, p. 28. <<

[140] *Ibid.*, pp. 218, 243, 89 y 178-179. <<

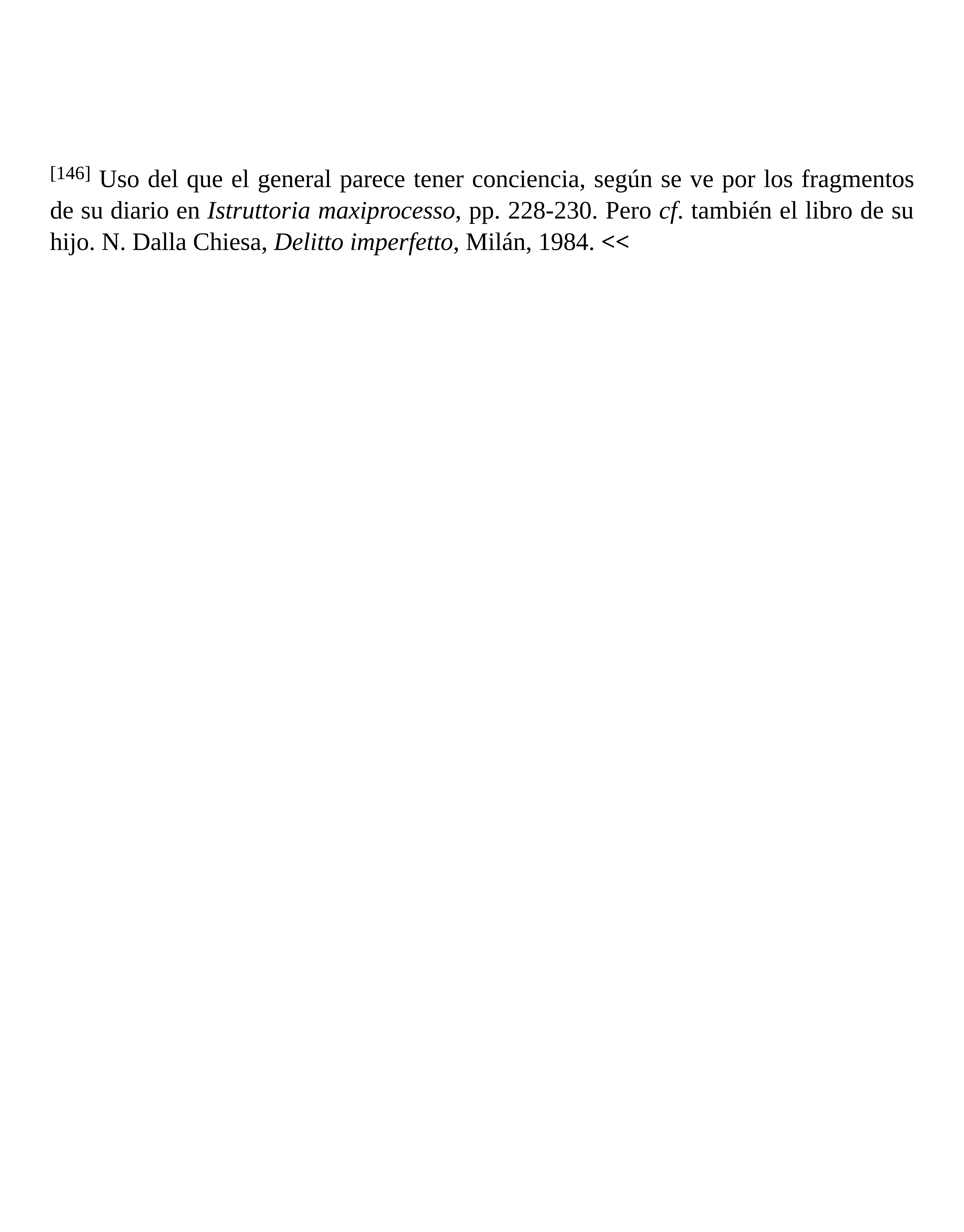
[141] Testimonio Buscetta, p. 299. <<

[142] Es también la opinión de Sterling, *Cosa non solo nostra*, cit. <<

[143] Testimonio Buscetta, p. 60. <<

[144] *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 324-325. <<

[145] Testimonio Buscetta, pp. 1272-1274. La intercepción de la llamada de Badalamenti en Sterling, *Cosa non solo nostra*, cit., p. 96. <<



[146] Uso del que el general parece tener conciencia, según se ve por los fragmentos de su diario en *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 228-230. Pero *cf*. también el libro de su hijo. N. Dalla Chiesa, *Delitto imperfetto*, Milán, 1984. <<

[147] *Cf*. el testimonio del propio Terranova en *Antimafia. Doc.*, III, t. I, p. 1188. <<



[148] Entrevista-relato de Falcone en *Rapporto sulla mafia degli anni ’80,* Palermo, 1986, p. 27. <<

[149] Falcone y Padovani, *Cose di Cosa nostra*, cit., p. 157. <<



[150] Entrevista de Cassarà pocos días antes de su muerte: Lodato, *Dieci anni*, cit., p. 167. <<

[151] *Ibid.*, p. 172. <<

[152] Sobre esto véase Galluzzo, Nicastro, Vasile, *Obiettivo Falcone*, cit. <<

[153] G. Pansa, *Carte false*, Milán, 1986; Arlacchi-Dalla Chiesa, *La palude e la città*, cit., pp. 78 ss. <<



[154] Artículo publicado en cs, 26 de enero de 1987, ahora en Sciascia, *A futura memoria*, cit., p. 139. <<



[155] Duggan, *La mafia*, cit.; la reseña está en cs, 10 de enero de 1987, ahora en Sciascia, *A futura memoria*, cit., pp. 123-130. <<



[156] De las que hay amplias huellas en el cit. *A futura memoria*; recuérdese que estamos en los años del caso Tortora y del “teorema Calogero”. <<

[157] Introducción a Hess, *Mafia,* cit. <<

[158] *Antimafia*, Doc., I, p. 872. Pero *cf*. también el análisis hecho por Di Lello en la entrevista concedida a V. Villa, “Magistratura e maxiprocesso”, *Area metropolitana*, enero de 1986, p. 15. <<



[159] Pero en lo referente a Vitale *cf*., además de las citadas anotaciones de Rizzo, también las de La Torre y Terranova en *Antimafia. Doc.*, I, pp. 716 y 873. <<

[160] Di Lello, *Magistratura*, cit., p. 13. <<

[161] *Istruttoria maxiprocesso*, pp. 17 ss. <<



[162] Es significativo que Blok (*La mafia*, cit.), aunque trabaja sobre el proceso, calle acerca de este arrepentimiento, evidentemente porque no cabe en su rígido esquema. <<

[163] Testimonio Buscetta, Debate, III, pp. 62-63; la objeción es del licenciado Fragalà. <<

[164] Sciascia, “Introduzione”, en L. Jannuzzi, *Così parlò Buscetta*, Milán, 1986, p. 9. <<

[165] Pero sobre esto remito a la opinión del presidente Giordano, para quien la sentencia definitiva no se debe a ninguna lógica deductiva extraída del llamado “teorema Buscetta” (Lodato, *Dieci anni*, cit., p. 221), y al reconocimiento de la equidad de la sentencia por Sciascia en cs, 27 de diciembre de 1987, ahora en *A futura memoria*, cit., pp. 147-149. <<

[166] En Jannuzzi, *Così parlò Buscetta*, cit., p. 151. <<

[167] Testimonio Calderone-Arlacchi, pp. 56-61. <<

[168] Sciascia, “Introduzione”, en Jannuzzi, *Così parlò Buscetta*, cit., p. 8. <<

[169] Maas, *La mela marcia*, cit., p. 39. <<

[170] Testimonio Buscetta, p. 2. <<

[171] Falcone y Padovani, *Cose di Cosa nostra*, cit. **<<**



[172] Sentencia Spatola, cit., p. 485. Pero véase lo escrito en las secciones 1 y 2 del capítulo 1. <<

[173] Lodato, *Dieci anni*, cit., pp. 202-205. <<

[174] Testimonio Calderone-Arlacchi, p. 159. <<

[175] Testimonio en el maxiproceso en Jannuzzi, *Così parlò Buscetta*, cit., p. 166. <<

[176] En *Istruttoria maxiprocesso*, p. 14. <<

[177] Testimonio Terranova, en *Antimafia. Doc.*, I, p. 1188. <<

[178] Sentencias contra La Barbera y otros, cit., p. 1090. <<

[179] F. Bartolotto Impastato, *La mafia in casa mia*, entrevista de A. Puglisi y U. Santino, *Palermo*, 1987, pp. 60-61. <<



[180] En el lenguaje periodístico de los noventa, el escándalo de las mordidas (*tangenti*) en la administración pública (T.). <<

[181] Declaración de F. M. Mannoia, en *Processo Andreotti*, p. 110. <<

[182] *Processo Andreotti*, p. 737. <<

[183] Respectivamente, *cf*. G. Ayala, “La lobby mafiosa”, *Micromega*, 1988, 4, p. 15, y las estimaciones para 1994 en *L’Espresso*, 19 de noviembre de 1995, p. 61. <<

[184] *Cf*. entrevista de G. Fiume a Falcone, “La mafia tra criminalità e cultura”, cit., p. 202. <<

[185] Martelli ahora comprende que en 1987 fue objeto —sin saberlo— de una maniobra mafiosa: *cf*. *Processo Andreotti*, pp. 221 ss. <<

[186] Testimonio de Gioacchino La Barbera, *ibid*., pp. 215-218. <<

[187] *Ibid.*, p. 757. <<

[188] *Ibid.*, p. 735. <<

[189] *Ibid.*, p. 737. <<

[190] En *Istruttoria maxiprocesso*, p. 229. <<

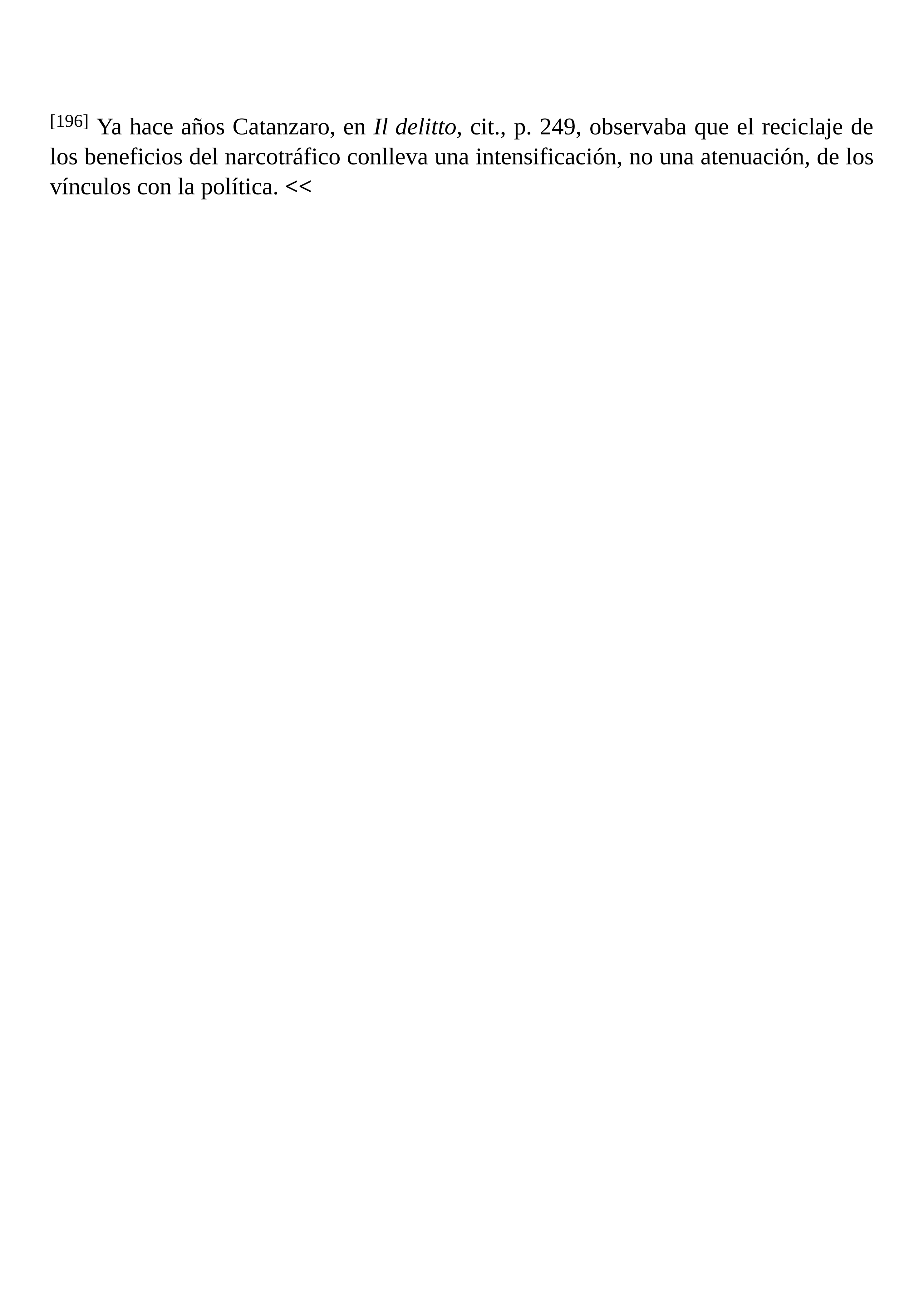
[191] Es la expresión empleada en la famosa carta a Spadolini. <<

[192] E. Macaluso, *Giulio Andreotti tra stato e mafia*, Soveria Mannelli, 1995, p. 16. <<

[193] Processo Andreotti, p. 156. <<

[194] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 229. <<

[195] Processo Andreotti, pp. 28 y 48. <<



[196] Ya hace años Catanzaro, en *Il delitto*, cit., p. 249, observaba que el reciclaje de los beneficios del narcotráfico conlleva una intensificación, no una atenuación, de los vínculos con la política. <<



[197] Es imposible no notar el paralelismo entre ese intento y el de los propios mafiosos, o bien de los *pentiti*, de atribuir a la droga la culpa de la degeneración de sus costumbres antes benéficas. <<

[198] *Antimafia*, Testimonio Buscetta, p. 428. <<

[199] Sciascia, *A futura memoria,* cit., p. 109. <<



[200] Conferencia de Falcone en el verano de 1989, publicada en *L’Unità*, 31 de mayo de 1992. <<

[201] Respectivamente, *ibid*. y Falcone-Padovani, *Cose di Cosa nostra*, cit., p. 169. Véase también la antología de escritos de Falcone, *Interventi e proposte (1982-1992)*, Florencia, 1994. <<

[202] Tranfaglia, *La mafia*, cit., p. 102. <<

[203] “Il modello mafia”, *Segno*, 1982, 33, p. 6. <<

[204] Testimonio Mannoia, en Tribunal de Palermo, “Ordinanza del giudice A. Giardina sul delitto Lima”, 20 de octubre de 1992, publicada en *Segno*, octubre-noviembre de 1992, 139, pp. 56-57. <<

[205] Véanse también las consideraciones de P. La Torre, “Se terrorismo e mafia si scambiano le tecniche”, *Rinascita*, 16 de noviembre de 1979, ahora en La Torre, *Le ragioni di una vita*, Bari, 1982, pp. 125-129. <<

[206] *Istruttoria maxiprocesso*, p. 293. Eso naturalmente prescinde del *hecho* de que la responsabilidad de Santapaola sea realmente ésa. <<

[207] En “Ordinanza […] sul delitto Lima”, cit., p. 19. <<

[208] Testimonio Buscetta, p. 72. <<

[209] Testimonio Buscetta, p. 269. Pero hay que recordar también el paralelismo entre el asesinato de Costa y el del juez Coco por la Brigadas Rojas, que Dalla Chiesa rastrea en la entrevista a G. Bocca, *La repubblica*, 10 de agosto de 1982. <<

[210] *Processo Andreotti*, p. 49. <<

[211] “Ordinanza […] sul delitto Lima”, cit., testimonio de G. Mutolo y G. Marchese, pp. 15-23. <<



[212] Testimonio Mutolo, *ibid*., p. 15. *El mandamento* es el grupo de tres familias que tiene un representante en la Comisión. <<

[213] Según la discutible interpretación de la procuraduría, *Processo Andreotti*, pp. 761-768, y sobre ello *cf*. también las consideraciones de U. Santino, “Guida al processo Andreotti”, *Città d’utopia*, noviembre de 1995, p. 4. <<

[214] Sobre la vertiente de la magistratura, además de las obras de Falcone, véase el hermoso testimonio de Di Lello, *Giudici*, cit. **<<**

[215] Andreotti, *Cosa loro*, cit., p. 35. <<

[216] *Cf.*, entre otros, el testimonio de G. Carli, *Relazione di minoranza della commissione parlamentare d'inchiesta sul caso Sindona*, VIII Legislatura, doc. XXIII, n. 2 sexies, 222. <<